EL ÚLTIMO NIÑO

una novela

DEENA THOMSON

EL ÚLTIMO NIÑO

DEENA THOMSON

POPPY SEED PRESS

THE LAST BOY Copyright © 2024 by Deena Thomson

All rights reserved.

POPPY SEED PRESS

Spanish edition

Copyright © 2025 by Deena Thomson

No part of this publication may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher, except as permitted by U.S. copyright law. For permission requests, contact poppyseedpress6@gmail.com

The story, all names, characters, and incidents portrayed in this production are fictitious. No identification with actual persons (living or deceased), places, buildings, and products is intended or should be inferred.

Book Cover by Deena Thomson

Manufactured in the United States of America

1st edition 2024

Para Kristie,
Mi compañera mamá de puros varones.
En amorosa memoria de tu pequeño Chrissy,
que te fue arrebatado demasiado pronto,
y
Para mi hijo menor, Avery,
gracias por saber cuánto te necesitábamos.
Tenías razón, mi pequeño Océano.
Con amor,
Mamá

¿Quedaba alguien con vida que no fuera parte de los De Cree? ¿Y la ayudarían a proteger al que quizá era el último niño con vida?
Leah Hollen

Nota de la autora

El Último Niño es una historia que he llevado muy cerca de mi corazón durante décadas. Pasaron años en los que ni siquiera lo miré, y otros en los que me rendí por completo. Pero siempre estuvo allí, apareciendo en mi mente, negándose a ser ignorado. Es difícil enviarlo al mundo, pero finalmente ha llegado el momento de dejarlo vivir en las páginas para que los lectores lo exploren.

El Último Niño ha sido liberado.

Gracias a Jill Thomson, Anita Dickson Dade, Ashley Botts y Joanna Bumbacco por los cuatro meses que dedicaron a leer mis capítulos. Gracias por el tiempo y el trabajo invertido; estaré eternamente agradecida por toda su ayuda. Significó mucho para mí y me animó a seguir adelante cuando realmente no quería hacerlo.

Gracias a los incontables amigos y familiares que me han estado alentando y esperando pacientemente a que The Last Boy estuviera terminado y publicado en el mundo. Puede que no lo pareciera, pero esas palabras se quedaron conmigo. Esos comentarios preguntando por mi escritura fueron recordatorios constantes de lo que siempre quise hacer con mi vida: escribir las historias encerradas dentro de mí.

Y por último, pero no menos importante, a mis seis bebés. Cuando escribo sobre el amor de una madre por su hijo, escribo desde mi corazón y desde el amor feroz que siento por todos ustedes. El día en que cada uno de ustedes nació fue el más poderoso, emotivo y mejor día de mi vida. No existen palabras para describir el amor que siento por cada uno de ustedes. Es total y eterno.

Mamá los ama, siempre y para siempre. Haría cualquier cosa para protegerlos.

No hay mayor amor que el de una madre por su hijo. Incluso cuando ya son adultos.

Ustedes, mis queridos, lo comprenderán cuando tengan a los suyos.

¡No puedo creerlo… por fin terminé de escribir El Último Niño!

Deena

contents

[Prólogo](#)
Leah 1990

[Capítulo 1](#)
Leah, 1993

[Capítulo 2](#)
Leah

[Capítulo 3](#)
Leah

[Capítulo 4](#)
Kai

[Capítulo 5](#)
Summer

[Capítulo 6](#)
Leah

Capítulo 7
Ben

Capítulo 8
Summer

Capítulo 9
Leah

Capítulo 10
Leah y Amanda

Capítulo 11
Ben y Yasmeen

Capítulo 12
Leah y Ben

Capítulo 13
Summer

Capítulo 14
Kai

Capítulo 15
Summer

Capítulo 16
Chris

Capítulo 17
Lonnie

Capítulo 18
Malik

Capítulo 19

Lonnie

Capítulo 20
Amanda

Capítulo 21
Leah

Capítulo 22
Summer

Capítulo 23
Ben

Capítulo 24
Tabitha

Capítulo 25
Malcolm

Capítulo 26
Summer

Capítulo 27
Lonnie

Capítulo 28
Kai

Capítulo 29
Leah

Capítulo 30
Chris

Capítulo 31

Lonnie

Capítulo 32
Yasmeen

Capítulo 33
Summer

Capítulo 34
Yasmeen

Capítulo 35
Ben

Capítulo 36
Leah y Kai

Capítulo 37
Summer

Capítulo 38
Kai

Capítulo 39
Kai

Capítulo 40
Ben

Capítulo 41
Tabitha y Yasmeen

Capítulo 42
Yasmeen

Capítulo 43

Yasmeen

Capítulo 44
Summer

Capítulo 45
Lonnie

Capítulo 46
Yasmeen y Lonnie

Capítulo 47
Leah

Capítulo 48
Amanda

Capítulo 49
Kai

Capítulo 50
John

Capítulo 51
Yasmeen

Capítulo 52
Ben

Capítulo 53
Amanda

Capítulo 54
Ben

Capítulo 55

Yasmeen y Amanda

Capítulo 56
Ben

Capítulo 57
Yasmeen

Capítulo 58
Ben

Capítulo 59
Leah

Capítulo 60
Leah

Capítulo 61
Adam

Capítulo 62
Leah

Capítulo 63
Kai

Capítulo 64
Lonnie

Capítulo 65
Summer y Leah

Capítulo 66
Kai

Capítulo 67

Kai

Capítulo 68
Amanda

Capítulo 69
Kai

Capítulo 70
John

Capítulo 71
Tabitha

Capítulo 72
Leah

Capítulo 73
Ben

Capítulo 74
Leah

Capítulo 75
Malcolm

Capítulo 76
Leah

Capítulo 77
Summer

Capítulo 78
Yasmeen

Capítulo 79

Kai

Capítulo 80
Yasmeen

Capítulo 81
Malcolm

Capítulo 82
Tabitha

Capítulo 83
John

Capítulo 84
Yasmeen y Leah

Capítulo 85
Malcolm

Capítulo 86
Tabitha

Capítulo 87
Leah

Capítulo 88
Summer

Capítulo 89
Lonnie

Epílogo
Adam 2011

Acerca de la autora

Chapter

PRÓLOGO

LEAH 1990

LEAH CERRÓ LOS OJOS con fuerza y soltó un grito gutural. El dolor y la presión le desgarraban el cuerpo, abriéndola en un ardor abrasador. Estirándola hasta que sintió que la parte inferior de su cuerpo se partiría en dos.

—Solo un pujo más —la animó el doctor, con la cabeza asomada entre sus piernas.

Ella miró hacia abajo; su vientre, hinchado y distendido, se cernía frente a ella. Se habían vuelto viejos amigos en los últimos meses.

Un pujo más. Solo un pujo más.

Respiró, buscando en lo más profundo de su ser para reunir toda la fuerza que le quedaba. Apretó los ojos con fuerza y pujó con todas sus fuerzas para expulsar al pequeño agresor que se había apoderado de su cuerpo. Tenía que lograrlo esta vez. Doce horas de parto eran tortura suficiente para cualquier ser humano promedio. No podía soportarlo más.

O eso creía ella.

La cabeza del bebé comenzó su descenso, coronando primero. Empujando hacia abajo por el canal de parto, abriéndose paso hacia el mundo exterior. El pánico, como nunca antes lo había experimentado, se apoderó de ella mientras Leah se retorcía de agonía, indefensa ante la rebelión de su cuerpo.

Iba a morir, y no tenía control sobre nada de eso.

¿Cómo demonios había sobrevivido alguna mujer a un asalto tan bárbaro a su cuerpo? No había forma de que sobreviviera a esto.

Soltó un lamento y luchó contra la oleada de presión que la obligaba a pujar, mirando a su alrededor, frenética, buscando a alguien que la ayudara. Preguntándose por centésima vez dónde estaba su esposo. Intentó contactarlo en numerosas ocasiones, llamando a su trabajo y a su casa en vano. Ahora, era demasiado tarde. Se estaba perdiendo el nacimiento de su hijo.

—Todo está bien, querida. El bebé ya casi está aquí —dijo una enfermera por encima de su rostro. Leah apenas se percató de ella mientras sentía que se abría en un anillo de fuego y dolor.

—¡AHHHHHHH! —gritó, su voz raspándole los lados de la garganta. ¿En qué estaba pensando al querer un parto natural?

—Vamos, un pujo más, señora Hollen —dijo la enfermera, colocándole un paño frío en la frente.

Señora Hollen. Cierto, eso era ella ahora. La señora Hollen. Pero ¿dónde estaba el señor Hollen? ¿No se suponía que un esposo debía estar con su esposa en el nacimiento de su hijo?

Irguiéndose con rabia, pujó con todas sus fuerzas, gritando toda su angustia y dolor.

Miró entre sus piernas temblorosas.

—¡Salió la cabeza!

—¡Sáquenlo! —vociferó Leah, moviendo la cabeza de un lado a otro sobre la rígida almohada del hospital. El olor áspero y estéril del detergente para ropa le subió por las fosas nasales, haciéndola sentir enferma y abandonada.

Ella retorció las sábanas entre sus manos, sus dedos blanqueándose mientras intentaba encontrar alguna forma de consuelo entre sus ataduras.

No era así como había imaginado traer a su hijo al mundo.

—Deje de pujar —ordenó el doctor.

Lo miró fijamente, con su cabeza calva balanceándose entre sus piernas.

¿Hablaba en serio? ¿Que dejara de pujar?

El dolor ardiente que antes era su entrepierna tenía voluntad propia. Era imposible contener el impulso incontrolable de pujar. Ella lo fulminó con la mirada, deseando poder moverse lo suficiente para patear su brillante calva que relucía bajo las duras luces fluorescentes.

Oyó al doctor succionando algo entre sus piernas.

—Adelante, puje —asintió él, mirándola como si ella fuera una ocurrencia tardía.

Por fin, pensó ella.

Sus manos se aferraron a las barandillas de la cama a cada lado mientras reunía la fuerza que le quedaba y pujaba una última vez.

En un torrente de agua y alivio, sintió el pequeño cuerpo deslizarse hacia afuera, chocando, húmedo y tibio, contra el costado de su muslo.

Un pequeño llanto atravesó la austera habitación, haciendo que los ojos de Leah se abrieran de golpe por la sorpresa.

—¡Es un niño! —proclamó el doctor mientras cortaba el cordón umbilical y colocaba al bebé viscoso sobre su vientre desinflado. El bebé arrugó su rostro enrojecido y soltó un quejido sin dientes.

—¿Un niño? —se quedó mirando a la criatura que lloraba y que momentos antes estaba dentro de ella.

Insegura, le tocó la cabeza húmeda. Dejó de llorar de inmediato. Unos ojos oscuros la miraron fijamente. La enfermera lo frotó con una toalla, calentando su cuerpo tembloroso. Leah le acarició el cabello sedoso, sintiendo la presión de su peso húmedo sobre el de ella. Se sentía diferente de como se sentía dentro de ella. Ya no era un extraño por descubrir.

ÉL.

Ahora era un él.

El tiempo se detuvo mientras todo lo demás se aceleraba a su alrededor. El personal médico en la habitación se movía rápido,

cumpliendo con sus deberes. Todo era un borrón. Sus ojos solo estaban en él, incluso cuando pujó cuando se lo dijeron y su placenta fue expulsada.

—Tengo un hijo.

Las palabras escaparon de su boca por sí solas, al igual que la pequeña vida ante ella se había abierto paso a la fuerza para salir de la seguridad de su vientre.

Con cuidado de no lastimarlo, tomó al bebé en su regazo.

Soltó un sonido como un maullido mientras ella acurrucaba su cabeza en forma de manzana bajo su barbilla. Su diminuto cráneo encajaba en el hueco de su cuello. Como si siempre hubiera estado destinado a estar allí. Se le formó un nudo duro en la garganta y todos los pensamientos sobre su marido ausente se desvanecieron. Sus labios comenzaron a temblar mientras los diminutos dedos del bebé se clavaban en la piel rosada de su pecho. Aferrándose a su madre. Aferrándose a ella.

Leah envolvió sus brazos en un capullo apretado alrededor de su cuerpo desnudo. Sintió que la atmósfera cambiaba junto con su mundo a medida que la dura prueba del parto se desvanecía. Todo era más brillante y más preciso mientras guiaba al niño hacia su pecho expectante. Los instintos se activaron mientras él buscaba a tientas, y luego se prendió con una fuerza que la hizo jadear. Contemplando su cabeza cubierta de pelusa mientras succionaba acurrucado en sus brazos, el corazón de Leah se sentía apretado. Demasiado grande para su pecho. Sus labios se curvaron en una sonrisa mientras sus lágrimas se convertían en risa.

—Tengo un hijo.

CAPÍTULO 1

LEAH, 1993

LAS YEMAS DE LOS dedos de Leah tamborileaban contra el frío cristal de la ventana, marcando un lento ritmo de vacío a su paso. Sus ojos, vidriosos y desenfocados, miraban a la nada.

El cielo nocturno parecía muerto. No se movía vida alguna en sus profundidades de tinta. Ni una estrella titilaba, ni un rayo de luna resplandecía; solo un vasto manto de oscuridad impermeable. Únicamente el golpeteo de las yemas de sus dedos rompía el silencio. Se inclinó hacia la ventana, su cuerpo balanceándose mientras la quietud la devoraba. Mirando la noche vacía con una esperanza desesperada, deseó con todas sus fuerzas que un haz de luz apareciera en el camino de entrada, pero ninguno llegó.

Suspiró, apartándose del ventanal, y se dejó caer en el suave sofá de cuero, permitiendo que su cuerpo se amoldara a sus contornos. De inmediato comenzó a morderse la uña ya destrozada del dedo índice.

¿Cómo había terminado aquí?

Molesta, se sacó el dedo de la boca y escupió los trozos de uña que había logrado arrancar. Ya no podía seguir engañándose. Sabía exactamente cómo había terminado sola, esperando que su esposo bueno para nada volviera a casa. No había ningún misterio colosal. Nunca lo hubo.

Todo comenzó cuatro años y medio antes, cuando Leah era joven e ingenua. Bueno, esa era su excusa, de todos modos.

Estaba de pie, sola, observando a la multitud de gente que socializaba. Bebía a sorbos su rye con ginger ale, dejando que las burbujas le hicieran cosquillas en la garganta. Mientras examinaba el lugar, sintió que esa vieja y familiar sensación de incomodidad se apoderaba de ella. Todos a su alrededor hablaban y reían con soltura, sintiéndose a gusto entre ellos. Carraspeando, intentó erguirse con aire de confianza, pero en cuanto se enderezó, volvió a hundirse en su habitual postura encorvada.

No podía evitarlo. Su metro setenta y ocho no era la mayor estatura, pero la había alcanzado a una edad temprana. Siempre fue más alta que la mayoría de las otras chicas de su edad, lo que la hacía destacar cuando lo único que quería era mezclarse con la multitud. Los recuerdos de una chica alta y desgarbada siendo objeto de burlas por parte de sus compañeras más bajas aún la atormentaban después de todos esos años. Tanto que, a sus veinticinco años, todavía se sentía acomplejada por su altura.

Tosió, tratando de sacudirse el creciente nerviosismo, y echó la barbilla hacia adelante. Su largo y sedoso cabello rubio le rozó el hombro y cayó por su espalda, llegando justo por encima de su cintura.

No. Leah ya no era la jovencita que una vez fue. Era la nueva y mejorada Leah Lafford, y no iba a permitir que su timidez arruinara más eventos sociales. Era una graduada universitaria y, si todo salía bien, pronto sería periodista.

Una sonrisa sigilosa se dibujó en su rostro al pensar en el diploma que estaba sobre la mesa de su cocina. Hacía apenas unas horas, Dean Sherman había tomado su mano extendida, ofreciéndole el papel firmemente enrollado y atado con una barata cinta morada, y había sonreído.

El poder parecía emanar de aquel pergamino. Después de cuatro largos años de periodismo, se había graduado. De acuerdo, no como la mejor de su clase, pero tampoco como la peor. Le había ido bien.

Sus padres habrían estado orgullosos. Les habría encantado verla ajustarse el birrete negro sobre la cabeza, tirando de él para que encajara mientras colocaba la borla en la posición correcta. Habrían sonreído con orgullo desde el público, con los ojos empañados de alegría mientras aplaudían con entusiasmo al ver a su única hija graduarse.

Leah se secó una pequeña lágrima que se formaba en el rabillo del ojo. No tenía sentido alterarse por eso. No estaban allí y nunca lo estarían. Bueno, no en persona. Sabía que estaban con ella en espíritu. Tenía que recordar eso cuando se sentía sola, que era la mayor parte del tiempo. Huérfana y sin familia. Tenía que recordar que sus padres estaban allí, en lo más profundo de su corazón, aunque no fuera más que eso. Tenía que ser suficiente. No le quedaba más remedio que aceptarlo. Así son las cosas, como dice el dicho. Además, Amanda estaba allí. La buena de Amanda.

Pensar en su amiga trajo a Leah de vuelta a la realidad: de pie en la esquina del gran departamento que pertenecía a Amanda. Celebrando su graduación. Había extendido una invitación a todos los de la universidad. Era rica, popular y divertida. Leah todavía no entendía qué veía Amanda en ella. Sin embargo, allí estaban, amigas íntimas, y lo habían sido desde que se sentaron una al lado de la otra en el primer año de ciencias políticas. La chica pequeña y delgada de vibrante cabello rojo le echó un vistazo a Leah y entabló una conversación. No habían dejado de hablar desde entonces.

Leah miró a su alrededor; la sensación de ansiedad comenzaba a subirle por el pecho hasta la garganta. Amanda estaba de pie, charlando con un hombre en la entrada de la sala. Enderezó los hombros y se irguió mientras caminaba hacia su amiga. No tenía

sentido esconderse en la esquina toda la noche. Convertirse en periodista significaba abandonar el papel de florero, de una vez por todas.

En el momento en que Amanda vio a Leah caminar hacia ellos a través de la multitud, levantó la mano, agitándola en el aire, haciéndole señas para que se acercara.

Sus labios se curvaron en una sonrisa de alivio mientras Leah permitía que su cuerpo se relajara un poco y se colocaba entre los dos.

—¿Dónde te habías escondido? —radiaba Amanda, apurando el resto de su bebida. Por la euforia en su voz, Leah supo que Amanda ya estaba bien entonada.

—No me estaba escondiendo. Solo observaba —susurró Leah mientras veía a Amanda hablar con el hombre. Lo miró directamente a los ojos. Tenían aproximadamente la misma altura, y pudo distinguir el color avellana verdoso de su iris. Tenía una nariz larga y recta y un rostro esbelto pero masculino. A pesar de su complexión delgada y ligera, irradiaba virilidad. Un cabello rubio claro adornaba su cabeza, y cuando sonreía, mostraba unos dientes blancos y rectos que solo se logran con aparatos de ortodoncia.

—¿Viste algo interesante? —dijo él con una leve sonrisa en la voz.

—Algo… —dijo Leah, sorbiendo su bebida y obligándose a no encorvarse. Sintió una opresión en el corazón.

¿Pero qué demonios? ¿Acababan de salir esas palabras de su boca? Sorbió con más fuerza de la pajilla, desviando la mirada.

—Oye, ¿hola? Amanda está en la sala. Ni siquiera los he presentado todavía. Lu Lu, este es Ben Hollen. Se graduó hace un par de años, pero todavía le gusta merodear cerca de las universitarias para divertirse un rato —soltó una carcajada Amanda, golpeando a Ben en el brazo.

Él sonrió con suficiencia, sin la menor vergüenza por los comentarios, y bebió de su botella de cerveza como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Me estás haciendo quedar mal —dijo él en un tono firme, sin apartar la mirada de Leah.

Maldición, ojalá tuviera una bebida nueva.

Amanda echó la cabeza hacia atrás, soltando una risa exagerada. Tomó otro sorbo de su vaso, balanceándose ligeramente al hacerlo.

—¿Hacerte quedar mal? Está bien, Ben. Como sea, chico malo, tienes que conocer a mi mejor amiga. Ya no es una chica universitaria. Desde hoy, Leah Lafford es una graduada. Estamos viendo a la próxima gran reportera de investigación.

Leah sintió un calor extenderse por sus mejillas, pero fue imposible contener la sonrisa que se formó en sus labios. Las palabras de Amanda eran como un abrazo reafirmante, asegurándole a Leah que no estaba sola, que su amiga estaba allí para ella, siempre, como una familia.

—Ah, ¿así que eres periodista? —replicó Ben, impávido ante las palabras de Amanda. Sus ojos seguían clavados en Leah.

—Bueno, me acabo de graduar hoy.

—Solo espera y verás, será la mejor periodista —exclamó Amanda mientras tomaba del brazo a un chico que pasaba, quien la abrazó cálidamente.

—Ya vuelvo, chicos. Hazle compañía a Lu Lu, Ben, hasta que regrese —dijo por encima del hombro mientras desaparecía entre la multitud.

—¿Lu Lu? —enarcó la ceja derecha Ben.

Una carcajada se le escapó, imposible de contener.

—Amanda y su manía por los apodos.

—Mmm, me gusta más Leah. Lu Lu suena a personaje de caricatura. —Ben se acercó para tomar su vaso; el hielo derretido tintineó contra las paredes mientras lo retiraba suavemente de sus largos dedos. Entrelazó su brazo con el de ella, sus cuerpos ahora unidos.

—Tú, *Leah*, necesitas otra bebida.

Siguiendo a Ben hacia la habitación llena de humo, a Leah le sorprendió lo bien que encajaban sus brazos. Como piezas de un rompecabezas.

No tardó mucho en acostarse con él. No es que fuera de las que se acostaban con cualquiera. Simplemente, Ben tenía ese efecto en ella. Una vez que la eligió entre la multitud, fue suya, y poco

después, nació Adam, agitando brazos y piernas, para el deleite de su madre.

Ben no estuvo en el nacimiento de Adam. A pesar de los esfuerzos incesantes, Leah no pudo localizarlo a tiempo.

No había sido fácil.

Nada con Ben lo era. Se había enfurecido cuando Leah descubrió que estaba embarazada a pesar de usar un diafragma.

A medida que los días se convertían en semanas, la idea de formar una familia se volvió cada vez más atractiva para él, y antes de que se dieran cuenta, estaban intercambiando votos, convirtiéndose en el señor y la señora Hollen.

Al principio, los ojos de Leah estaban llenos de estrellas. Locamente enamorada de Ben. Ajena a las consecuencias de sus actos. Pero esas estrellas no tardaron en apagarse. Eso era lo que pasaba con Ben Hollen. Siempre se las arreglaba para extinguir la luz de todo.

Suspiró una vez más mientras se recostaba en el sofá de cuero color canela. No tenía sentido arrepentirse. Había sido una imprudencia casarse con Ben, pero Adam fue el resultado. Amaba a ese niño tanto que le dolía. Físicamente. Justo en el corazón. Cada vez que imaginaba una vida sin él, una opresión tan fuerte se apoderaba de ella que la dejaba paralizada. Él valía todo. Incluso las interminables noches de espera y de mirar por la ventana vacía, preguntándose cuándo volvería Ben a casa.

Sabía dónde estaba, o más bien, qué estaba haciendo. Él nunca afirmó que sería fiel. Al principio, Leah lloraba por su infidelidad. Pero después de un tiempo, cuando por fin se le cayó la venda de los ojos, ya no importaba lo que él hiciera. Solo quería salir de esta condena que era su matrimonio. Necesitaba tomar a Adam y empezar su propia vida sin Ben.

Pero, ¿cómo?

Leah se pasó los dedos por su espeso cabello, dejando que la suavidad de los mechones calmara su mente adolorida. Era más fácil decirlo que hacerlo. Quería irse, pero ¿a dónde iría? No tenía familia. Sus padres murieron en un accidente automovilístico años atrás, dejándola huérfana en la adolescencia. Ahora, a los veintinueve, estaba aislada de la mayoría de sus amigos. Ben afirmaba que la envenenaban contra él, haciéndole creer que era malo.

Incluso Amanda dejó de llamar después de un tiempo.

Estaba sola. Bueno, excepto por Adam, el dulce Adam. Un rayo de luz en una vida sombría y oscura. No sabía qué habría hecho si no fuera por Adam. Era mucha presión para un niño de tres años ser el centro de la vida de su madre, y Leah se sentía culpable por ello. Otra de las muchas razones por las que necesitaba salir de esta relación.

Se levantó y retomó su posición junto a la ventana. El cielo nocturno se tragaba todo a la vista, volviendo el mundo oscuro y desolado.

¿Qué más podía hacer sino esperar?

CAPÍTULO 2

LEAH

LEAH ENTRECERRÓ LOS OJOS contra la dura luz de la mañana que se filtraba por las cortinas y le quemaba la vista. Intentó cubrirse con la mano, pero fue inútil. Gimiendo, se incorporó del sofá, sintiendo cómo cada músculo se quejaba en protesta.

Una vez más, se había quedado dormida esperando a que Ben regresara a casa.

Frotándose los ojos cansados, miró alrededor del cuarto.

Era evidente que había vuelto. Sus mocasines marrones, tirados con desgano —seguro se los quitó en una borrachera—, yacían atravesados en la entrada. Un saco deportivo color tostado estaba arrojado sobre la silla frente al sofá, abandonado.

Se le frunció el ceño de angustia.

¿Acaso se dio cuenta de que yo estaba aquí tirada? pensó, poniéndose de pie.

Agarró el saco y sacudió las arrugas, sin percatarse del niño pequeño que se le había acercado por detrás. Al dar un paso hacia atrás para inspeccionar la prenda, chocó con él de lleno.

—¡Ay! ¡Mamá!—gritó Adam, inclinándose para sujetarse el pie. Leah se volvió, sobresaltada.

—Perdón, cariño, no te vi parado ahí. Se agachó y examinó el pie amoratado de su hijo—. Se ve bien. No vamos a tener que amputar.

Las risitas incontrolables de Adam estallaron mientras Leah le hacía cosquillas juguetonas en los deditos. Él se retorció y se estremeció de gusto, los piececitos pateando bajo su toque suave.

—¿Por qué está durmiendo papá con esa señora, mamá?—preguntó Adam, y su risa se fue apagando.

—¿Qué?—El corazón de Leah se aceleró y se le escapó el aliento. Se puso de pie, mirando por el pasillo hacia la recámara que compartía con Ben.

—Hay una señora en la cama de papá —exclamó, rascándose la cabeza con desconcierto. Se jaló la pretina de su pijama, decorada con perritos blancos y negros que corrían sin rumbo.

La mente le corría a mil, igual que los cachorritos moteados que saltaban por la pijama de Adam.

Ben no pudo haber traído a una de sus —señoritas— a casa. ¿O sí?

Un sudor frío le cubrió el cuerpo. Recordó que anoche, antes de que Ben se fuera, le dijo que quizá llevaría a Adam a la cabaña el fin de semana. A él le pareció excelente que se fueran al lago. Ella también lo sintió así, pero cuando empezó a hacer cosas en la casa, perdió la noción del tiempo y se olvidó de la cabaña. Pues bien, ella se olvidó. Ben creyó que se habían ido.

Las piernas le respondieron antes que el cerebro. Cuando se dio cuenta, su mano ya estaba en la perilla de la puerta de su recámara. En cámara lenta, se abrió.

Estaban ahí tendidos, expuestos. La piel dorada por el sol de Ben entrelazada con la figura larga y esbelta de una morena. Las ondas del cabello de la mujer, desnuda, se desparramaban sobre la almohada de Leah, en un contraste brutal con sus propios mechones rubios. El atuendo de la extraña —un vestido negro sencillo de

tirantes delgados y tacones a juego— yacía hecho un ovillo al pie de la cama, tirado sin pensar. La vista se le nubló mientras asimilaba la escena; un brazo bronceado descansaba, casual pero familiar, sobre el cuerpo de Ben.

Leah cerró los ojos ante la escena. Sabía de sobra que Ben no era fiel, pero traerlo a su casa, a su cama, y restregárselo así en la cara... Era tocar fondo, incluso para él.

Se enjugó una lágrima que le resbalaba por el rostro lívido.

—Ben —dijo, con la voz vacía de emoción.

Las dos figuras siguieron inmóviles, perdidas en un sueño apacible. Tan relajadas que ni parecían conscientes de su entorno. No había rastro de miedo mientras sus cuerpos yacían juntos en la cama, despojados de todo cobertor y vulnerabilidad.

—Ben —repitió, con una voz que le sonó lejana e irreconocible. Se sentía desconectada, una mera espectadora en su propia recámara.

—¿Papá?

La vocecita de Adam quebró los pensamientos de Leah y la trajo de golpe a la realidad.

—¡Adam!—Leah se lanzó hacia su hijo, intentando cubrirle la vista. En su prisa, golpeó la puerta, azotándola contra la pared con un estruendo. El sonido inesperado sobresaltó a los dos de la cama, que se incorporaron de un brinco, alarmados.

Sobresaltada, la mujer se incorporó, dejando al descubierto sus pechos perfectos de color oliva cuando las sábanas se deslizaron. Se envolvió en el edredón color crema y suave que Leah y Ben compraron para su boda.

—¿Leah? ¿Adam?—dijo Ben, incorporándose, con el pelo rubio cenizo erizado.

Arrastrando a Adam con ella, Leah dio la espalda a la escena.

—¿Por qué esa señora está durmiendo en tu cama, mamá?—dijo Adam, siguiéndola. Leah no miró hacia su carita alzada; hacerlo le partiría el corazón.

—Deberías preguntarle eso a tu padre, Adam —dijo, y se arrepintió de la dureza en cuanto las palabras salieron de su boca.

—¿Papá está en problemas, mamá?

—Sí, amor, papá está en problemas.

Se detuvo en la entrada de la sala y le hizo señas a Adam para que la siguiera, sentándolo en el sofá.

—Puedes ver la tele mientras me preparo. Quédate solo en esta habitación, ¿sí? —le indicó, con tono severo—. ¿Entiendes?

Asintiendo, sus solemnes ojos color avellana se desviaron hacia la caricatura en la televisión. Su mente joven no alcanzaba a comprender del todo lo que pasaba. Solo sabía que su madre estaba más enojada que nunca.

Hirviendo de rabia, Leah salió hecha una furia de la sala y se fue directo a la recámara de Adam. Abrió el clóset y agarró su pequeña maleta, metiendo a la carrera prendas al azar tan rápido como pudo.

No fue sino hasta que habló que notó a Ben parado en el umbral.

—¿Qué estás haciendo, Leah? —preguntó, como si fuera una mañana cualquiera.

Ella se volvió hacia él. Estaba desnudo de la cintura para arriba, el pelo aún revuelto por el sexo y el sueño. Los pantalones de pijama de seda negra que ella le compró para su cumpleaños le caían bajos en las caderas, dejando ver los músculos en V debajo del ombligo. Estaban arrugados y parecían manchados.

Asqueada, Leah apartó la vista, sin querer pensar en la naturaleza de la mancha. Todo en Ben le resultaba repulsivo. Fue una tonta por haberse enredado con alguien como él.

—¿Qué parece, Benjamín? —dijo, sin dejar de empacar.

—Leah, no es tan grave como parece.

Se detuvo y quedó erguida, incapaz de apartar la mirada del pecho desnudo de él y de ese pijama arrugado.

—Acabo de entrar a nuestra recámara y me encontré contigo y otra mujer durmiendo desnudos en nuestra cama. ¿Qué tanto peor puede ser?

Frustrado, Ben se pasó las manos por el pelo con brusquedad.

Ella metió a presión varios pares de calzones y calcetines en la maleta abierta, seguidos de suéteres y jeans al azar. Agarró lo que fuera, sin fijarse, solo queriendo llenar la maleta lo más rápido posible.

Apoyado en el marco de la puerta, Ben miró, sin hacer el menor intento por detenerla.

—Ya tuve suficiente. Esta fue la gota que derramó el vaso.

Cerró la maleta atiborrada y se volvió hacia él, sintiendo su peso en la mano.—Me voy de aquí y esta vez no voy a regresar.

Él la miró incrédulo.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó con un resoplido de exasperación. Una sonrisa ladeada se le formó mientras cruzaba los brazos musculosos sobre el pecho enjuto. Seguro de sí, como un león que vigila su territorio.

—Eso no es asunto tuyo.—Ignorando su pose arrogante, se dirigió a la recámara que compartía con Ben, rezando para que la mujer no estuviera ahí. El cuarto estaba vacío. Lo único que quedaba de las actividades de la noche eran las sábanas revueltas.

Leah se quedó un momento mirando la cama. Un pelo largo y oscuro yacía enroscado sobre su almohada. La rabia subió a la superficie.

No recordaba haber empacado su propia maleta.

Adam estaba sentado, en silencio, en el sofá. Con las dos maletas en la mano, Leah le hizo señas para que viniera. Obediente, él escuchó y se puso los zapatos en la entrada.

Leah se calzó unos tenis viejos, sin molestarse en ponerse calcetas.

Ben se plantó frente a ellos, observando.

—El niño sigue en pijama, Leah. Estás siendo irracional con esto.

Ella miró a Adam. En efecto, seguía con su pijama de perritos. Tendría que bastar. Tenía que irse ahora, mientras todavía le alcanzaba el impulso. Si titubeaba, sellaría su futuro, y mañanas como esta dejarían de ser la excepción.

—Vámonos, Adam —le tomó la mano—. Despídete de papá.

El niño se volvió hacia su padre, con los ojos grandes y confundidos. Había pasado algo enorme. Pensó en la señora que había salido corriendo de la casa hacía un momento y se preguntó si ella había hecho algo para enfurecer a su mamá.

—Adiós, papá —dijo el niño sin emoción alguna. Adam no era cercano a su padre. Papá era solo la otra persona que vivía con él y mamá. La persona que hacía llorar mucho a mamá.

—Piensa lo que estás haciendo, Leah. Podrías arrepentirte más tarde —dijo Ben, ignorando el rostro alzado del niño.

Ella se irguió y miró a Ben directo a los ojos. El labio le amenazó con temblar, pero se contuvo.

—Lo mío son puros arrepentimientos. ¿Qué es uno más?

Sintiendo más fuerza que nunca, alzó las dos maletas, cada una llena a reventar. Dando media vuelta, salió por la puerta, seguida de Adam en su pijama de perritos brincando.

Leah no sabía adónde iba. Lo único que le importaba era manejar. Adam jugaba con carritos en el asiento trasero, sujeto a su asiento elevador. Ajeno a los riachuelos de lágrimas que le corrían por las mejillas.

Lo hizo.

Dejó a Ben y, aunque no sabía qué vendría después, no podía evitar sentirse aliviada. Liberada.

Imágenes de la mañana le inundaron la mente. Esa mujer, en *su* cama, junto a *su* marido. Su cuerpo impecable, a diferencia del de Leah, sin marcas del parto. Libre de feas estrías rojas y de pechos caídos por alimentar a un bebé hambriento. Hundió la espalda contra el respaldo del asiento, entumecida, como si ya no tuviera terminaciones nerviosas. Muerta para sentir nada nunca más.

Pues que se lo quedara. Si algo sabía Leah era que Ben no era ningún premio. Una risa seca se le escapó de la garganta apretada. Podía imaginar lo que él estaba haciendo en ese mismo minuto. Lo más probable era que estuviera sentado en el sofá. En el que ella pasó la noche. Esperando a que volviera después de desahogarse. Pues no, Ben, estás muy equivocado. No tenía ninguna intención de volver a casa jamás.

Alargó la mano hacia el asiento del copiloto y hurgó, con una sola mano, en su bolso, tratando de averiguar cuánto dinero llevaba encima.

—¿Mamá?—La voz de Adam le rompió los pensamientos mientras ella tanteaba los billetes de veinte, contándolos uno por uno.

—¿Sí, cariño?—Leah alzó la vista hacia la autopista frente a ella.

—¿Vamos a la cabaña?—preguntó el niño, estampando dos carritos uno contra otro.

—¡La cabaña!—Se le aceleró el corazón. Claro, ¿cómo no se le ocurrió?

Lo único que le quedaba de sus padres, fallecidos hacía mucho, era la pequeña cabaña de dos recámaras en Bear Lake. Sabiendo cuánto la amaba, se la heredaron. Era lo único que poseía exclusivamente suyo. Un refugio lejos de Ben.

Emocionada, dio vuelta a la izquierda en el siguiente cruce. Un cosquilleo eléctrico le hormigueó en los dedos mientras apretaba el volante. Ya se sentía mejor. Más fuerte. Tenía un lugar para ellos. No cualquier lugar, sino uno que ya llamaban hogar.

Se detuvo en el semáforo en rojo y lo miró por el retrovisor.

—Adam, hijo, eres un genio.

El niño alzó la mirada por encima de su carrito rojo en miniatura y esbozó una sonrisa llena de dientes.

—Lo sé —dijo, con un indudable dejo de orgullo, y empezó a hacer ruiditos de carro.

Leah echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar, con una risa nerviosa y alegre, la tensión acumulada entre los omóplatos. Con esta nueva seguridad, estarían bien sin importar lo que viniera.

Mientras se tuvieran el uno al otro, podían enfrentar lo que la vida les echara encima.

Eran libres.

CAPÍTULO 3

LEAH

LEAH BAJÓ A ADAM al asiento del carrito de compras y le abrochó la correa sobre el regazo. Agarró las manijas del carrito, ajustó su agarre, respiró hondo y empezó a empujarlo hacia el pasillo de alimentos que se extendía ante ella. El pánico le oprimió el pecho. Se sentía aturdida y no sabía qué hacer.

Se tomó un momento para observar a Adam con el ceño fruncido en el carrito; su cabello le caía sobre los ojos, el puñado irregular de pecas pálidas le cubría la nariz y las mejillas. Sus labios formaban un puchero y sus cejas se fruncían con frustración, derritiendo el corazón de Leah.

Dios, qué lindo es.

Miró los ojos tiernos y confiados de su hijo. La pesadez en su pecho se hizo aún más intensa.

Reacciona, Leah. Tienes que ser fuerte. La figura protectora que Adam necesita. Nada más importa que asegurarte de que tenga un

futuro brillante. Contrólate y concéntrate en el aquí y ahora. Ahora solo te tiene a ti.

Una punzada de amor verdadero la invadió, incluso mientras Adam se quejaba en señal de protesta.

El carrito se mecía de un lado a otro mientras sus ruedas se atascaban en el piso de baldosas. Ignorando las quejas de Adam, avanzó por los pasillos, buscando algo que la hiciera sentir viva de nuevo. Negando con la cabeza, soltó una carcajada seca.

Ridículo,

Ahí estaba, empujando a su hijo de tres años por el supermercado y, como era típico en ella, intentando encontrar respuestas en la sección de enlatados.

Espabila de una maldita vez, Leah. Le gritó la voz en su cabeza.

Adam volvió a gruñir, retorciéndose aún más en su asiento.

¿En qué estaba pensando? ¿Cómo se suponía que iba a ser la protectora de Adam si ni siquiera podía caminar por un supermercado sin sentirse indefensa?

Adam gimió más fuerte, retorciéndose en su asiento.

Sus pensamientos se aceleraron mientras reflexionaba sobre Ben y el rumbo que tomaría su vida. Los días se mezclaban unos con otros. Había pasado una semana desde que entró en la habitación que compartía con su esposo y lo encontró desnudo con otra mujer, con el cuerpo de ella enredado en las sábanas de Leah, justo del lado en el que dormía.

Ya no podía regresar. Ben hizo lo impensable. No había forma de que pudiera inventar una excusa para quedarse con él. ¿Cómo podría?

Sería una tonta y, aun así, una gran parte de ella deseaba desesperadamente correr de vuelta al carro, abrochar a Adam a salvo en su asiento y manejar lo más rápido que pudiera hacia el padre de su hijo.

Extrañas sensaciones recorrían su cuerpo como si no le perteneciera. Se sentía entumecida and paralizada, anhelando tomar el control de la situación, pero sin saber cómo.

¿Por qué? ¿Por qué tuvo que llevarla a casa?

Sacudió la cabeza, tratando de borrar la imagen de la larga cabellera oscura y rizada esparcida sobre su almohada y el brazo de tono oliva que cubría la espalda desnuda de su marido. Familiar. Como si perteneciera allí.

Leah apretó los dientes y respiró hondo por la nariz, obligándose a no hiperventilar.

¿Cómo podía ser real? ¿Cómo había llegado a este lugar, empujando este estúpido carrito de compras que seguía desviándose hacia los estantes abarrotados que querían devorarla?

Se detuvo en medio del pasillo, preguntándose qué demonios necesitaba comprar para la cabaña. La cabaña que ahora era el hogar de su hijo sin su padre.

Adam se inquietó en su asiento y echó la cabeça hacia atrás, soltando un quejido.

—Mamá, no quiero sentarme en este asiento de bebé. Soy un niño grande. Déjame salir. —Empezó a patear con los talones contra el carrito, haciendo que las barras de metal vibraran. Las vibraciones le subieron por las manijas, recorriéndole los brazos y haciendo que su mandíbula se tensara en respuesta. No estaba de humor para un berrinche.

—Está bien. —Forzó una sonrisa tensa e intentó mantener la paciencia. Lo sacó del carrito y lo dejó en el suelo. —Si quieres ser un niño grande, tienes que quedarte cerca de mí y no alejarte —dijo con severidad.

Adam la miró con una expresión solemne en su rostro.

—Ok, tenemos un trato.

Leah sonrió, revolviéndole el pelo cariñosamente.

Dándose la vuelta, Adam tomó su posición al mando del carrito de compras, avanzando con el entusiasmo de un soldado que acaba de recibir órdenes para una nueva misión. Leah no pudo evitar reírse. Oh, ser una niña otra vez, cuando lo único que importaba en la vida era que te permitieran marchar sin restricciones delante de un carrito de compras.

Suspirando, retomó su posición, agarrándose al carrito y comenzó a comprar. Sus ojos recorrieron las filas con poco interés. Cómo

deseaba poder despejar su mente y marchar con Adan sin ataduras. Libre.

Con la mirada perdida en la distancia, sus pensamientos derivaron, como siempre, de vuelta a Ben, a una vida sin él y a la responsabilidad que recaía exclusivamente en sus hombros de mantener a Adam. Se quedó quieta en medio del supermercado, perdida en sus pensamientos mientras contemplaba la nada. Sintiendo punzadas de ansiedad, se dio cuenta de cuán sin rumbo se había vuelto su vida. ¿Quién era ella sin Ben? El chirrido de un carrito cercano la sacó de sus pensamientos y miró a su alrededor para encontrar a varias personas observándola.

Sonrojada de vergüenza, bajó la vista rápidamente, se metió un mechón de su cabello decolorado por el sol detrás de la oreja antes de levantar la mirada de nuevo hacia el frente.

Sus pies comenzaron a moverse de nuevo, pero algo no se sentía bien. La confusión la invadió mientras exploraba el pasillo en busca de pistas sobre lo que andaba mal; sin embargo, nada parecía fuera de lo común. Se sacudió la sensación y reanudó el empuje del carrito, tratando de ignorar la extraña sensación que la invadía. Ignorando las crecientes palpitaciones en su pecho. Una ola de pánico la ahogó mientras se inclinaba para mirar el asiento vacío del carrito. Las esquinas de su visión se volvieron borrosas mientras miraba frenéticamente a su alrededor y un escalofrío recorría su cuerpo.

Adam había desaparecido.

CAPÍTULO 4

KAI

KAI CERRÓ LOS OJOS y respiró hondo, imaginando el aroma de las galletas dulces de avena llenando sus pulmones. Abrió sus pesados párpados y se quedó mirando sus dedos como si pertenecieran a otra persona, agarrando la delgada bolsa de plástico.

Galletas.

Qué extraño que algo tan ordinario pudiera lanzar sus pensamientos a una espiral de descontrol. Arrastrándolo a las profundidades del duelo.

Su mano izquierda se hundió en el bolsillo de su abrigo y se cerró alrededor del objeto escondido en su interior. No era un artículo grande, una simple baratija que había llevado consigo durante años. Podía sentir su presencia, fría y dura contra las yemas de sus dedos, su mera existencia un recordatorio de que *él* había existido una vez. Estuvo aquí viviendo, amando, riendo. Oh, Dios, su risa. Kai cerró los

ojos, escuchando las risitas lejanas, y respiró hondo; todavía estaba allí, a buen recaudo.

Se quedó ahí de pie, dejando que el recuerdo de la risa de Chrissy se filtrara en sus pensamientos, su garganta cada vez más apretada por lo reales que se sentían los sonidos. Como si estuviera justo frente a él. Apretó el objeto en su bolsillo una vez más, permitiendo que los recuerdos tomaran el control, sin soltar la bolsa de galletas de avena. Suspirando, al darse cuenta de que todavía estaba en el pasillo del supermercado, comenzó a abrir los ojos, esperando que la risa desapareciera junto con las imágenes detrás de sus párpados. Pero no lo hizo.

Confundido, se dio la vuelta y sintió que su mano se deslizaba fuera de su bolsillo, todavía aferrada a su posesión más preciada. Sus pensamientos eran oscuros y confusos, su mano se comportaba como si tuviera vida propia. El juguete que momentos antes había agarrado para estabilizarse de la creciente oscuridad que lo arrastraba, cayó con estrépito sobre el piso de baldosas.

Arrancado de sus pensamientos, Kai se irguió, paralizado. En el suelo sucio y rayado yacía el contenido de su bolsillo. Un camioncito de juguete, de color naranja y gastado por las manos de un niño pequeño, por el juego constante. Empujado en muchas aventuras de su imaginación.

El camioncito naranja de Chrissy. Lo único que a Kai le quedaba de él. Lo único que lo hacía todavía real, todavía parte de este mundo.

Se agachó y estiró su alta figura para agarrar el camioncito de juguete. El sonido de la risa resonó una vez más, y luego una pequeña mano blanca perteneciente a un niño se agachó y arrebató el camión de Chrissy del suelo.

Horrorizado, levantó la vista hacia el rostro de un niño pequeño que se acercaba a él. El camión de Chrissy aferrado en su mano. Sus pequeños labios temblaban, sus hombros subían y bajaban tratando de reprimir las lágrimas.

Era este pequeño niño blanco el que hacía los sonidos de risa, pero no era risa, eran sollozos.

Kai miró a su alrededor, su largo cabello oscuro balanceándose detrás de él con cada movimiento.

¿Dónde estaba la madre de este niño? No podía ser mucho mayor que Chrissy. ¿Por qué estaba este niño solo, sin un adulto? ¿No se daban cuenta los padres de lo peligroso que era aquí afuera para los niños? ¿No se daban cuenta de que a su hijo se lo podían llevar en un abrir y cerrar de ojos?

Estaban solos en el pasillo largo y estrecho. Un hombre nativo de un metro noventa y tres y un pequeño niño blanco.

—¿Dónde está tu familia? —Kai escuchó las palabras antes de darse cuenta de que las había dicho. El niño todavía estaba de pie ante él, con su manita extendida y el camión acunado entre sus dedos. A Kai le sorprendió lo perfectamente que el camión encajaba en la mano del niño. Tal como le quedaba a Chrissy. El pequeño camión parecía empequeñecerse en el fuerte agarre de Kai, como si pudiera ser aplastado si lo sostenía con demasiada fuerza, pero encajaba en la del niño como si perteneciera allí.

A Kai no le gustó eso. Extendió la mano hacia el camión y lo arrebató.

¡Tío!

Kai se dio la vuelta; el camión tragado por su mano.

—¿Chrissy?

Sacudió la cabeza, preguntándose si se estaba volviendo loco, sintiendo una vergüenza instantánea cuando el niño retiró la mano, asustado.

—¿Quién es Chrissy?

Kai bajó la vista hacia el niño que permanecía inmóvil ante él. Sus dedos se retorcían juntos mientras su cabeza se inclinaba hacia atrás tanto como podía para mirarlo.

—¿Es su camión? —los sollozos del niño se hicieron más lentos, pero sus dedos continuaron moviéndose juntos, como si ya no pudieran estar quietos, ahora que estaban vacíos.

—Sí —la voz profunda de Kai, una vez más, lo sorprendió, hablando antes de querer hacerlo. Decirlas se sentía como si Chrissy estuviera aquí, justo a su lado. Podía imaginarlo sonriéndole al niño blanco, con la mano extendida con el camión, ofreciéndoselo al otro para jugar. Por supuesto, lo imaginaba haciendo eso. Eso era

exactamente lo que Chrissy haría, al ver a otro niño solo y llorando. Ese es el tipo de niño que es.

Era.

Abriendo la mano, miró el metal naranja del camión, pequeño en su palma, y la cerró una vez más, sintiendo las llantas de goma y los lados fríos que nunca parecían calentarse a pesar de que yacía en su abrigo, día tras día.

No recordaba que estuviera frío cuando Chrissy jugaba con él. No, lo recordaba tibio al tacto por las horas de diversión afuera, empujándolo a través de caminos de arena hechos a mano y terrenos de hierba alta en los que el camión podía perderse, junto con la imaginación de un niño.

Kai cerró los ojos, sintiendo la presencia de Chrissy más que nunca. Por un momento, juró que lo vio. De pie junto al niño de pelo corto y rubio arenoso. Su Chrissy. Con el pelo largo y castaño claro. Los dos eran tan contrastantes en apariencia, pero solo eran dos niños pequeños. Uno moreno, uno blanco, pero dos niños pequeños. Chrissy le sonrió a Kai, su risa resonando en sus oídos. Recuerdos grabados para siempre en su mente.

¿Cómo podría dejarlo ir? ¿Cómo?

El niño junto al fantasmal Chrissy parecía triste y perdido. Solo en un mundo que devoraba a los niños.

Kai suspiró, apretando el camión, tratando de grabar la sensación para siempre en la palma de su mano. Podía ver a Chrissy asintiendo con la cabeza en señal de aprobación, sabiendo lo que tenía que hacer.

—¿Cómo te llamas, niño?

—Adam —el niño aspiró con un sonoro sollozo entrecortado, sus ojos clavados en los de Kai—. ¿Eres un Guerrero Indio?

Kai se puso rígido, tomado por sorpresa por las palabras del niño.

—¿Estás aquí para salvarme? —el rostro de Adam se iluminó con esperanza y asombro—. Nunca antes había visto a un Guerrero Indio.

—Ten, esto es para ti —le empujó el juguete al niño confundido.

—Pero es de Chrissy.

Las palabras, aferrándose como tentáculos, se agarraron al palpitante corazón de Kai, apretando firmemente su carne herida. Escuchar el nombre de Chrissy pronunciado en voz alta por la voz de un niño lo rompió una vez más en un millón de pedazos.

—Lo era —sus palabras se le escaparon de los labios sin permiso. Liberando las verdades que nunca quiso admitir.

Adam miró el camión en sus manos. El brillo en sus ojos se intensificó mientras examinaba cada centímetro del camión con la curiosidad presente en todos los niños pequeños.

—¿Se fue?

—Sí —la voz de Kai era profunda y firme.

—No quiero quitarte su camión.

Los ojos del niño se estaban aguando de nuevo, atravesando a Kai. Abriendo la pena que yacía enterrada para siempre en lo más profundo de su ser.

—Él ya no lo necesita —su voz salió firme, aunque Kai no se sentía así en absoluto. Sentía como si una represa estuviera explotando en su pecho, derramando toda su masa acumulada después de haber estado contenida por tanto tiempo.

—Pero tú sí, señor Guerrero Indio.

Kai trató de reprimir una risita.

—Me llamo Kai.

—¡Adam!

Tanto Kai como el niño se giraron hacia el sonido de la frenética voz femenina.

Una mujer irrumpió hacia ellos con la piel pálida y un brillante cabello rubio que le caía por la espalda en ondas similares a los mechones oscuros de Kai cuando se quitaba las trenzas. Rizado, no natural, sino de estar entrelazado. De inmediato, se puso rígidamente a la defensiva a medida que la expresión de su rostro se hacía más clara; sus mejillas estaban sonrojadas y sus ojos azules estaban abiertos de par en par por el pánico.

Esta alta y rubia criatura amazónica tenía que ser la madre del niño.

—¡Adam! —la mujer corrió hacia el niño, y él la reconoció al instante.

—¡Mamá!

Ella jadeó, corriendo hacia el niño, agarrándolo por los hombros y sacudiéndolo, sin percatarse del alto extraño que tenía delante, con el pelo largo y oscuro y un rostro severo.

—¿Por qué te fuiste? No debías alejarte de la parte delantera del carrito. Pensé que alguien te había llevado —aferrándolo a su pecho, lo abrazó con fuerza contra ella, como si fuera un salvavidas que la mantenía a flote—. Nunca, jamás te alejes de mí, ¿me oyes? Pensé que te había perdido para siempre.

—Perdón, mamá. No quise perderme, solo quería unas galletas.

Kai los observaba en silencio, hipnotizado por las acciones de madre e hijo.

—Kai me protegió. Es mi Guerrero Indio.

La mujer finalmente se percató de su presença, haciendo que Kai se sintiera extraño. Fuera de lugar. Como si debiera correr, sentía que sus ojos azules lo atravesaban, pero no de la misma manera que los avellana del niño. No, estos eran acusadores.

—Mira, mamá —Adam le puso el gastado camión naranja en la cara, obligando a su madre a mirarlo a él y al objeto que sostenía.

—Kai me lo dio.

Ella se enderezó, tratando de recomponerse.

—Adam, devuélveselo al señor —dijo su madre, sin mirar a Kai, solo al niño con sus enormes ojos fijos en ella, confundido.

Kai observó cómo los otros compradores comenzaban a apartar la mirada incómodamente, algunos incluso retrocediendo con sus carritos en la dirección por la que habían venido. Temerosos de involucrarse en lo que fuera que estuviera pasando entre la agitada mujer rubia y el hombre alto y moreno, que claramente no era el padre del niño.

Le dio una palmada en la cabeça a Adam. No por mucho tiempo, en caso de que su madre hiciera una escena aún mayor de la que ya había hecho.

—Fue un placer conocerte, Adam —se volvió para irse, metiendo las manos en sus bolsillos vacíos, sus dedos buscando instintivamente el camión que ya no estaba allí. Su garganta se

apretó, necesitaba salir de este pasillo, de este supermercado, de este lugar. Ahora.

—¡Kai! Espera, olvidaste el camión de Chrissy.

Al escuchar el nombre de Chrissy de nuevo de boca de Adam, Kai se giró contra su voluntad, viendo al niño tratar de zafarse del frustrado agarre de su madre.

—¡Adam! —gritó ella mientras el niño se liberaba y corría tras Kai.

El niño se detuvo frente a él, diminuto y frágil en comparación con la imponente altura de Kai, pero era él quien se sentía pequeño y fácilmente quebrantable. Se inclinó hacia el rostro levantado de Adam y trató de controlar las crecientes emociones que ya no permanecerían guardadas en las partes profundas y oscuras de él que antes eran seguras.

—Ahora es tuyo —sus palabras sonaron profundas, pero ya no carentes de vida—. Debes cuidarlo muy bien. Ahora es tu responsabilidad.

—Pero no quiero quitarte el camión de Chrissy. Él lo necesita.

Kai suspiró, sintiendo una calidez que lo invadía como el abrazo de un niño pequeño.

—No, ya no lo necesita. Él querría que un niño como tú lo tuviera.

La madre de repente estaba detrás del niño, con las manos sujetándole los hombros.

—Gracias. Es muy generoso de su parte —sus palabras sonaron sorprendentemente jóvenes y ligeras. Él asintió sin hablar, mirando brevemente sus ojos azules, e inclinó la cabeza para irse.

Podía sentirlos, a la madre y al niño, de pie juntos, las manos de ella sujetando firmemente los hombros de su hijo y, por un momento, quiso darse la vuelta, arrebatarle el camión naranja a Adam y correr. Correr tan rápido que casi parecería que nunca estuvo allí y que el camioncito de juguete de Chrissy con sus lados naranjas oxidados estaría donde siempre había estado. A buen recaudo en los pliegues de su bolsillo. Siempre allí, esperándolo.

Pero siguió caminando, con la vista fija en las puertas de cristal que se abrían y cerraban a medida que cada persona entraba y salía. Extraños que se cruzaban. Un momento en el mismo universo, al siguiente, desaparecidos.

Adam era solo un niño. Igual que Chrissy. Inocente. Por ahora.

Miró hacia adelante, con la mano metida en el bolsillo del abrigo, ahora solo lleno de pelusa, ya no era el captor de recuerdos. Solo un bolsillo de abrigo una vez más. Se acercó a la puerta de cristal, y esta se abrió con un silbido, permitiendo que una ráfaga de aire fresco y limpio fuera absorbida hacia adentro. El graznido de un cuervo atravesó el aire, rompiendo los sonidos del supermercado mientras avanzaba, el pesado peso sobre sus hombros sintiéndose un poco menos pesado.

Se volvió, solo una vez, y vio a la mujer de largo cabello rubio tan similar a sus mechones oscuros, de pie, inmóvil, aferrada a su niño. Su manita se levantó y saludó, todavía agarrando el camión entre sus dedos, y Kai juró que lo vio brillar por un momento. Se dio la vuelta, dejando atrás a la extraña y a su hijo, con la garganta relajándose mientras volvía al mundo exterior.

CAPÍTULO 5

Summer

SUMMER LE DIO OTRA calada a su cigarrillo, deseando que el chico skater frente a ella arrancara de una vez. Estaban uno al lado del otro, cada uno con sus zapatillas deportivas sucias sobre una patineta gastada.

Arrojó la colilla y observó cómo las brasas se encendían al chocar contra el concreto.

—¿Y bien? ¿Estás listo, gallina? —se inclinó sobre la patineta y se ajustó los pantalones de nylon para que sus zapatillas no se enredaran en los dobladillos. No importaba qué talla de pantalones usara Summer; con su metro y medio escaso, todo le quedaba largo.

Una canción de los ochenta sonaba de fondo en sus pensamientos. Justo a tiempo. Su vida era un gran musical de los ochenta protagonizado por ella, Summer. Una de las tantas malas hierbas que brotaron del lado equivocado de la ciudad.

Con una sonrisa de suficiencia, se arremangó los pantalones negros, dejando al descubierto un tobillo bronceado y pequeño.

—Vas a morder el polvo, Summer —dijo el pelirrojo a su lado.

Ella soltó una risita para sus adentros, negando con la cabeza. Su cabello negro y revuelto le chicoteó el rostro ovalado. Le hacía cosquillas.

—Ya quisieras —escupió a un lado, casi dándole al grupo de chicos que se arremolinaba a su alrededor.

Sus ojos de un claro color avellana volvieron a fijarse en el chico que estaba a su lado. Ahí estaba él. El chico. Alto y desgarbado, torpe en su mono de skater. Y con razón. Era una abominación. Una mezcla cómica de azules y amarillos canario que se arremolinaban como una especie de vórtice arcoíris. Su pelo rojo y rizado y su tez pálida remataban aquel obsceno desastre de la moda.

El corazón le dio un vuelco. Se lamió los labios secos, los apretó y pasó la lengua sobre ellos por dentro de la boca.

El chico, Josh.

Josh distaba mucho de lo que la mayoría de las chicas consideraban guapo. Demasiado alto para su cuerpo en crecimiento, su cara aún no había alcanzado al resto de él. Su largo pelo rizado siempre estaba enredado e ingobernable alrededor de su rostro flaco. Pecas anaranjadas le salpicaban la nariz. De hecho, se parecía más a un payaso que a un chico guapo. Y en cuanto a su vestuario, tampoco ayudaba mucho.

No importaba.

La voz de una mujer se filtró en su mente, cantando con anhelo, las emociones que Summer sentía mientras miraba a Josh.

Nada se compara contigo.

Tragó saliva, intentando componerse.

—Basta de charla. Hagámoslo —dijo, apartando la mirada de los ojos azules del chico.

Se balancearon sobre sus patinetas; la multitud se hacía más ruidosa por la emoción.

Con un rugiente zumbido de las ruedas acelerando sobre el concreto, se lanzaron cuesta abajo. Sincronizándose. Sus patinetas parecían fusionarse con sus cuerpos. Convertirse en parte de ellos,

fundiéndose en uno mientras los dos bajaban a toda velocidad por la rampa de cemento.

Summer contuvo el aliento mientras se inclinaba hacia adelante, sin atreverse a mirar a Josh a su lado. El viento le azotaba la cara, haciéndola sentirse viva. *Esto.* Esta descarga de adrenalina que le recorría las venas era la razón por la que amaba el skateboarding.

Vivía para eso.

La sensación de la tabla bajo sus pies, su cabello revuelto ondeando detrás de ella. En equilibrio al borde de la vida. Otra canción de los ochenta se activó en la lista de reproducción de su cerebro. La voz de la cantante clamaba que necesitaba un héroe al final de los tiempos. El impulso de cantar la letra a todo pulmón comenzó a pulsar en la garganta de Summer. Pero se contuvo. Ella no mostraba emociones. Las emociones eran para la gente que podía darse ese lujo.

Ella no era una de esas personas. Era una de las malas hierbas.

A sus dieciséis años, Summer Raine Reidar no podía permitirse tener sentimientos. Se quedó sin emociones hacía diez años, cuando terminó en el primero de muchos hogares de acogida.

Frunció el ceño. Atormentada por el recuerdo.

¿Por qué estaba pensando en esto ahora?

Se giró y alcanzó a ver a Josh, que iba detrás de ella.

—¡Ja! —volvió a mirar la colina que descendía ante ella, con una sonrisa de suficiencia. Su cuerpo se movió y lo sintió. Perdió el equilibrio. El ligero cambio en su peso. Sucedió rápido. Estaba sobre la tabla, y luego ya no.

Se deslizó por la calle de gravilla, sintiendo cómo se le partía el tobillo. La patineta dio varias vueltas en el aire y aterrizó de lleno en un manchón de dientes de león que crecía a un lado del camino.

Aturdida, intentó incorporarse. Un dolor agudo le subió por el tobillo. Se mordió el labio, agarrándose la pierna, tratando de no llorar.

—¡Summer!

Estaba a su lado, con los ojos azules llenos de preocupación y algo más. ¿Era miedo? Se arrodilló, trayendo consigo el olor de su colonia. Era abrumador, pero a Summer le gustaba. Su aroma le

proporcionó un consuelo instantáneo a pesar del dolor que le atravesaba el tobillo.

—¿Estás bien? Vaya, te diste un porrazo tremendo.

Josh se sentó, su cuerpo empequeñeciendo el de Summer. Su mano se extendió para examinarle el tobillo, y ella se apartó. Rígida.

Él hizo una pausa, con la mano suspendida en el aire, y la miró a los ojos.

Su respiración se aceleró. Su pecho se elevaba un poco más que momentos antes. Sintió la presión del aire expandirse y luego escapar con fuerza por su nariz.

La mano de Josh no se movió. Permaneció suspendida sobre su tobillo. Esperando.

—No te voy a hacer daño.

Ella lo fulminó con la mirada, intentando reprimir las ganas de llorar. Podía oír el sonido de los pies que bajaban corriendo la colina hacia ellos. Ni loca iba a dejar que esos perdedores la vieran llorar o, peor aún, que Josh viera su debilidad.

—No es nada —dijo, intentando levantarse.

—¡Claro que es algo! —Josh la obligó a volver al suelo con una mano firme pero suave—. Mira, Chica Dragón, te prometo que no te voy a hacer daño.

—¿*Chica Dragón*? —espetó ella.

Los labios de Josh formaron una sonrisa tonta. La respiración de Summer se aceleró. Mortificada.

—Chica Dragón, si pudieras escupir fuego, ahora mismo estaría hecho cenizas. Eres la chica más feroz que he visto en mi vida.

Una calidez la recorrió mientras relajaba el agarre sobre su tobillo palpitante.

Josh le levantó los pantalones de nylon, con cuidado de no lastimarla. El tobillo estaba hinchado y rojo. Tenía sangre untada en la piel por una herida en la parte interior del pie. Parecía superficial. El tobillo, sin embargo, estaba torcido en un ángulo extraño.

—No se ve bien —sus ojos seguían fijos en la herida.

Extendió la mano y tocó la zona afectada, haciendo que Summer saltara de dolor.

—Lo siento, pero creo que está mal —recorrió con la mirada al grupo de adolescentes que se arremolinaba a su alrededor—. ¿Alguien vive lo suficientemente cerca como para llamar por teléfono? Creo que está roto.

—¡No está roto! —intervino Summer, intentando en vano volver a ponerse de pie. Josh la bajó de nuevo y se levantó para adoptar una postura protectora sobre ella.

El corazón le latía, y le latía, y le latía. Tanto que temió que todo el mundo pudiera verlo palpitar a través de su camiseta.

El flacucho de Josh estaba tomando el control de la situación. No sabía cómo sentirse al respecto. Ella era la que siempre tenía el control. Nunca acababa bien cuando alguien más se lo quitaba.

Miró fijamente la espalda de Josh mientras este atravesaba con la mirada al grupo de chicos hasta que uno se adelantó. Josh se movió hacia él mientras hablaban y luego el chico se fue. Corriendo a buscar ayuda.

Estaba a su lado de nuevo, sin darle tiempo a protestar. Se arrodilló, como si fuera a pedirle matrimonio, y le puso una mano delgada en el hombro. Los nervios cobraron vida con pequeñas punzadas de corriente eléctrica bajo su palma.

—Todo va a estar bien, Summer. Te lo prometo —dijo, con determinación en la voz.

Ella asintió, sin decir una palabra, tratando de ignorar la presión de su mano que hacía que su cuerpo se incendiara.

Le creyó.

CAPÍTULO 6

LEAH

LEAH PUSO LA BOLSA del supermercado sobre la encimera. Miró por el ventanal que había sobre el fregadero y contempló la luz del sol que se desvanecía. Adam jugaba con aquel viejo y maltrecho camión de juguete que el extraño alto del supermercado le había dado, empujándolo por el patio con una concentración absoluta. Ella lo saludó con la mano, con el corazón hinchado de amor y de algo más. Miedo. El dinero casi se había acabado. Había pasado una semana desde que se fueron solo con las maletas que ella había hecho a toda prisa. Solo una semana desde que encontró a Ben y a su amante durmiendo en su cama. Desnudos, sin pudor, como si fuera normal que un marido follara con otra mujer en la cama que compartía con su esposa.

Solo una semana.

Solo una semana.

Respiró profundamente por la nariz y exhaló mientras sonreía y saludaba mecánicamente a Adam. Hacía solo una semana que por fin había encontrado el valor para dejar a Ben para siempre. La opresión en su pecho se aflojó un poquito. No mucho, pero lo suficiente para saborear el hecho de haberlo dejado.

No se limitó a aguantar y seguir siendo el felpudo de Ben. No, tenía eso a lo que aferrarse. Esa pequeña victoria. Tantas cosas pueden pasar en solo una semana. Toda una vida de cambios. El comienzo para convertirse en alguien nueva. ¿Más fuerte, tal vez?

Pensó en lo que había ocurrido antes en el supermercado.

La oscuridad se cernió sobre ella una vez más. Con ella, la desesperación y el miedo.

Revolcándose en su propia miseria, casi pierde a Adam.

Cuando se dio cuenta de su ausencia, todos los pensamientos sobre sus problemas egocéntricos con Ben se desvanecieron y el pánico y el terror se apoderaron de ella.

Adam no estaba.

Saliendo de su autocompasión, pasó a la acción, tratando de encontrar a su hijo.

Cuando dobló la esquina hacia el pasillo de las galletas, se quedó helada al ver a Adam de pie, hablando con un intimidante y alto nativo que se alzaba sobre él.

Se estremeció al pensarlo.

Se sintió amenazada al instante y corrió hacia ellos, atrayendo a Adam hacia sí.

Pero Adam estaba bien. El hombre que se paraba de forma amenazante ante ella la miró directamente a los ojos, leyendo sus pensamientos antes de que pudiera cambiar su compostura.

Cerró los ojos con fuerza en un esfuerzo por borrar su imagen: su largo cabello oscuro y sus hipnóticos ojos almendrados que la miraban acusadoramente. Como si ella fuera la negligente, y él tenía razón. Lo era. Era él, el extraño, quien se había quedado pacientemente con Adam. Consolando al niño hasta que Leah lo encontró. O eso esperaba que fuera la intención del hombre.

Basta ya.

Las palabras salpicaron su mente. Como tiza en una pizarra.

La cabeza de Leah se despejó, y empezó a centrar sus pensamientos en Ben y en la situación actual, relegando todo lo ocurrido con el hombre desconocido y el supermercado a un rincón de su cerebro.

Eso ya había pasado. Adam estaba bien. A salvo en el patio, jugando. No tenía tiempo para pensar en los ojos oscuros que la taladraban, leyendo la debilidad que burbujeaba en su interior. Exponiendo la verdad. No, se acabó. Nunca lo volvería a ver. Había cosas más importantes entre manos. Como Ben.

Sí, genial, por fin tuvo las agallas para dejar a Ben, pero ¿y ahora qué? La realidad la estaba golpeando. ¿Cómo mantendría a Adam ahora que el dinero casi se había acabado? Estaba muy bien que le hubiera plantado cara al imbécil de su marido, pero eso no ponía comida en la mesa ni pagaba la calefacción para mantener a su hijo abrigado. Tenía que pensar en algo, y rápido.

Respirando de nuevo por la nariz, inhaló el aroma del lago que flotaba en el aire. Cerró los ojos, permitiendo que sus otros sentidos se activaran: el sonido de las hojas verdes susurrando en las ramas, los ruiditos de su niño mientras jugaba a sus fantasías. Su respiración se calmó. *Algo surgirá*, pensó. *Siempre surge algo*. Al menos había suficiente comida por un tiempo.

Abrió a medias el ojo derecho, permitiendo que las imágenes del mundo exterior saltaran a su enfoque. El huerto que ella y Adam plantarían en primavera pronto estaría lleno. Los dos empezarían el día yendo a regar, desmalezar y cosechar de él. Las bayas calentadas por el sol pronto llamarían desde los arbustos, y era solo cuestión de tiempo antes de que se deleitaran felizmente con puñados de dulzura ácida. Saldrían adelante, de alguna manera.

Sacudió la cabeza, abriendo el otro ojo para ver todo lo que tenía delante. Absorbiendo el entorno.

Mira este lugar.

Un dosel de altos pinos y arces se extendía por kilómetros a su alrededor. Fuera de la vista, detrás de la cabaña, el lago brillaba, llamándolos. Esperando a que sumergieran los dedos de los pies en sus frescas profundidades y se zambulleran. Se quedó maravillada

ante la belleza de todo aquello. Esto era suyo. Suyo y de Adam. Tenía tanto por lo que estar agradecida.

—Deja de lamentarte, Leah —dijo en voz alta. Empezó a guardar las compras, colocando la carne molida y las salchichas en el congelador del refrigerador. La puerta mosquitera se abrió con un traqueteo, y se giró para ver a Adam de pie en el umbral.

—Hola, hombrecito.

El niño se acercó con paso tranquilo.

—Hola, mamá —respondió, hurgando en una de las bolsas del supermercado.

Leah metió la mano en otra bolsa y sacó un paquete de galletas con chispas de chocolate.

—¿Es esto lo que buscas? —frunció el ceño, destellos del supermercado y del hombre alto y seductor intentaron volver a aflorar en sus pensamientos.

El rostro de Adam se iluminó, sus ojos brillantes de expectación.

Su cabeza se movía arriba y abajo, haciendo que su largo flequillo cayera sobre sus ojos.

—Siéntate en la mesa y te traeré un vaso de leche. —Leah le apartó el pelo de la cálida frente a Adam y no pudo evitar sonreír. Era un niño tan dulce, nunca le causaba ningún problema. A pesar de arrepentirse de haberse casado con Ben, no se arrepentía de tener a su hijo.

—¿Mamá? —preguntó Adam, subiéndose a la silla de madera. Era una de cuatro, hecha a mano por un carpintero local. No era nada del otro mundo, pero Leah disfrutaba de la sencillez del trabajo. Ben se horrorizó de que ella quisiera algo tan simple y soso cuando la compraron hacía más de un año. A diferencia de otras veces, se mantuvo firme y la compró, diciéndole a Ben que la usaría para su casa de campo. Eso lo satisfizo lo suficiente. La cabaña era su lugar. A Ben no le interesaba la «choza», como le gustaba llamarla.

—¿Qué? —dijo Leah, llevando un vaso de leche y colocándolo sobre la mesa.

—¿Vas a trabajar? —preguntó él, dando un mordisco a la galleta y colocando el pequeño camión naranja sobre la lisa superficie de la mesa. Las chispas de chocolate empezaron a derretirse,

manchándole la cara. Leah le acarició el pelo rubio cenizo que era un espejo del de su padre y se sentó a su lado.

La inocencia de un niño para sacar los miedos a flote de nuevo.

—¿Qué tipo de trabajo crees que debería hacer?

—Escribes en el periódico —dijo Adam, con la boca llena mientras señalaba el periódico que ella había arrojado sobre la mesa antes.

Recogió la gruesa pila y la desdobló. Las palabras LÍDER ESPIRITUAL MALCOLM GOBBO LLEGA A LA CIUDAD estaban impresas en negrita en la portada. Un escalofrío recorrió su cuerpo como si dedos de miedo la tocaran por completo, haciéndola crispar. Al ver la foto bajo el titular, se estremeció, confundida por su reacción física. Un hombre bajo, de unos cuarenta y pocos años, le devolvía la mirada con unos ojos fríos y claros. Unos rizos suaves caían holgadamente alrededor de su rostro anguloso, realzando su nariz recta. Ben pensaba que el tipo era genial y estaba ansioso por verlo cuando llegara a la ciudad. Leah estaba desconcertada por lo que él veía en Malcolm Gobbo. Para ella, parecía haber algo siniestro y de secta en él. Era inquietante la cantidad de gente que acudía a él, profesando su fe y sus formas de vida. La manera en que se movía y hablaba tenía un efecto casi hipnótico, y Leah no podía evitar sentirse incómoda por el poder que parecía poseer sobre ellos.

—¿Mamá? —la voz de Adam la sacó de sus pensamientos.

—¿Ajá? —respondió sin apartar los ojos de los gélidos de Malcolm. Últimamente, dondequiera que estuviera, él estaba allí. Con su apariencia de Jesús, Malcolm Gobbo sonreía desde alguna valla publicitaria o poste, con sus ojos tranquilos taladrándole el interior.

—Escribes en el periódico. —Adam plantó su mano sucia sobre la cara de Malcolm Gobbo, manchándola con chispas de chocolate.

—¿Escribir en el periódico? —Leah arrugó la cara.

Adam alargó la mano hacia su vaso de leche, sus ojos verdes asomándose por encima del borde.

—Fui a la universidad para ser periodista. ¿Sabes lo que es eso, Adam? —dijo, recordando la universidad y su gran sueño de ser reportera.

Adam se encogió de hombros. Su mente estaba centrada en la leche.

De repente, se acordó de Amanda. Trabajaba en una prestigiosa compañía periodística. El mismo periódico para el que Leah una vez soñó escribir. Hacía meses que no hablaban. Se retorció el labio inferior con los dedos mientras su cerebro bullía de ideas. Podía llamarla. Amanda le había preguntado más de una vez si quería ser aprendiz en *Starlife*. Ella se había negado, afirmando que su trabajo era criar a Adam. A decir verdad, quería trabajar allí, pero Ben se negó a oír hablar de ello. Se enojó tanto cuando lo mencionó la primera vez. Enfurecido por cómo ella necesitaba estar en casa para el «crío», como siempre llamaba a Adam. Ella debía quedarse en casa y cuidarlo, no otra persona. Tomó una decisión, y ahora tenía que afrontarla. El chantaje emocional funcionó. Eligió a Adam, y quería ser ella quien lo criara, no una extraña, pero también quería ser periodista. Pero eso era antes. No ahora, cuando cuidar a Adam también significaba poner comida en la mesa para que comiera.

Leah se levantó rápidamente y fue a su bolso abierto sobre la encimera. Hurgó en él, buscando su pequeña libreta negra. Frustrada, volcó todo el bolso, vaciando el contenido sobre la encimera.

Entre los tampones y el lápiz labial yacía su pequeña libreta negra.

La agarró, ojeando las finas hojas hasta que vio el nombre y el número de Amanda en *Starlife*. Tomó el teléfono antes de perder el valor y marcó el número, su corazón revoloteando con cada bip de los botones que presionaba. Una secretaria la comunicó de inmediato. Contuvo la respiración mientras la música de la radio sonaba de fondo en el auricular. Su pie tamborileaba impacientemente al ritmo de la melodía.

¿Y si la oferta de Amanda ya no estaba sobre la mesa? ¿Y si finalmente se había cansado de las educadas excusas de Leah sobre por qué no podía ir a almorzar de nuevo?

Los minutos pasaban, y empezaba a sentir que había cometido un error. Su mano se cernía sobre el teléfono, lista para colgar, cuando una voz clara y familiar la sacó de sus pensamientos.

—¿¿Lu Lu?? ¿Eres tú?

Capítulo 7

Ben

AL LEVANTARSE DE LA cama, Ben tomó los jeans arrugados que había tirado descuidadamente en la alfombra. Subió la tela de mezclilla por sus muslos delgados y sintió una mano cálida deslizarse por su costado. Se giró hacia Yasmeen, que yacía desnuda en la cama. Su largo cabello castaño caía suelto en rizos por su espalda dorada. Parecía una reina gitana extendida sobre las sábanas blancas de satín. Sintió que se endurecía de deseo .

Yasmeen estaba buenísima.

—Vuelve a la cama, cariño —lo llamó su voz grave y sensual. Dejó escapar un suspiro de satisfacción mientras se ponía boca arriba, revelando las curvas perfectas de sus pechos bronceados.

Sus pezones oscuros, erectos, le rogaban que los tomara. Suspiró, deseando sucumbir una vez más a ese cuerpo voluptuoso.

—No puedo, tengo que irme —dijo, apartándose de la criatura que tenía ante sí. Se puso rápidamente la camisa que encontró a los pies

de la cama, arrojada allí antes en el ardor del momento.

—¿A dónde tienes que ir que sea más importante que estar conmigo? —ronroneó Yasmeen, dejándose caer con gracia de nuevo sobre su vientre plano.

—Tengo una reunión importante hoy —dijo él, de pie frente al gran espejo de cristal sobre el gabinete de madera de cerezo.

Yasmeen se puso de pie y se envolvió el cuerpo esbelto con la sábana de seda. Su piel perfecta, de un bronceado dorado, resaltaba contra el brillo de la tela, haciéndola parecer exótica y mítica.

—¿Qué reunión? ¿Nunca me hablaste de ninguna reunión? —dijo, dolida, mientras se colocaba detrás de él. Observó su reflejo en el espejo, esperando la respuesta de Ben con un puchero en los labios.

Él se enderezó y se pasó los dedos por el cabello con mechas, haciendo que algunos mechones se levantaran y le dieran un aspecto ligeramente desordenado pero con estilo. Se sintió satisfecho y se giró para enfrentar a Yasmeen.

—No, no lo hice porque no es asunto tuyo —dijo sin compasión. A Yasmeen se le cayó la mandíbula, dejando al descubierto unos dientes impecables, blancos y relucientes.

—Pero… ¿yo pensé que...? —su rostro se sonrojó y cerró la boca de golpe, interrumpiendo sus palabras.

—¿Qué pensaste? —los ojos color avellana de Ben la taladraron, llenos de acusación. Ella no pudo sostenerle la mirada y bajó la vista —. Solo porque nos acostamos no te da derecho a saber todo sobre mi vida.

Se irguió, intentando parecer más alto. Funcionó, ya que Yasmeen se encogió ante sus ojos.

—Ni mi propia esposa está al tanto de todo en lo que ando metido. ¿Por qué lo estarías tú? Lo que yo hago es asunto mío.

—¿Por qué la mencionas? —dijo Yasmeen en voz baja, sin mirar a Ben, con los ojos fijos en los dedos de sus pies que intentaban hundirse en la mullida alfombra—. No la has visto desde que nos encontró.

Ben guardó silencio. La sangre se le subió al rostro al pensar en ese día, un par de meses atrás. Había sido una jugada estúpida llevar a Yasmeen a casa. Hasta él podía ver que había presionado

demasiado a Leah. Ella se hacía de la vista gorda con sus aventuras, pero él rompió las reglas y expuso a su hijo. Suspiró, pensando en Leah y Adam. Tuvo que confesarse a sí mismo que los extrañaba. No el tipo de nostalgia que sientes por alguien que te apasiona. Esa pasión en su relación había desaparecido hacía mucho tiempo, desde el momento en que Leah le dijo que estaba embarazada. Leah le había gustado, claro que sí, al principio. Le gustaba su aspecto, alta y esbelta, de complexión sólida como una guerrera amazona rubia. Era diferente a la mayoría de las mujeres con las que se acostaba. Tímida y nerviosa. No es que fuera tan diferente. No había demasiadas mujeres que Ben encontrara distintas entre sí. Leah era simplemente un poco menos ordinaria. Aun así, fue fácil de llevar a la cama y fue divertido hasta que llegó el niño.

Pensar en Adam lo amargaba un poco.

Había hecho lo correcto cuando se enteró de que Leah estaba embarazada. Pensó, qué diablos, podía tener un hijo con ella. Era atractiva, aunque no lo sabía, y se comportaba como tal. La receta perfecta para una esposa y madre para su hijo. Así que se casó con ella. No era su culpa no poder serle fiel. Había demasiadas mujeres hermosas en el mundo que estaban más que dispuestas a pasar tiempo con él. De hecho, parecía tener más acción como hombre casado que como soltero. Nunca dejaba de asombrarle cómo las mujeres eran gatas listas para abalanzarse sobre los gatos de las demás.

—Mi esposa no es de tu incumbencia. —Miró el cabello oscuro de Yasmeen que caía en cascada sobre sus hombros cincelados. Dios, era una belleza. Todavía no había terminado con ella. Aún la disfrutaba demasiado. Ben extendió la mano y jugueteó con un mechón de su cabello, levantándolo hasta su nariz para olerlo.

Yasmeen respondió al instante, su cuerpo irguiéndose como si cada nervio estuviera conectado al mechón de cabello que Ben sostenía suelto entre sus dedos.

Una marioneta, lista para moverse y balancearse de la manera que él deseara.

Era estimulante.

—No hablemos más de esto, ¿de acuerdo, nena? —dijo, dejando que el cabello de ella se demorara bajo su nariz, absorbiendo su esencia.

Con un pequeño y obediente asentimiento, ella dejó que la suave sábana de seda se deslizara de su cuerpo desnudo. La intensa mirada de Ben recorrió cada centímetro de su piel, empapándose de su imagen.

Estaba donde la necesitaba.

Por ahora.

CAPÍTULO 8

Summer

SUMMER PASABA LOS CANALES, buscando sin rumbo algo que ver. Podía oír a Josh hurgando en la cocina en busca de una bebida. Sintiéndose cálida y a gusto, sonrió para sus adentros.

Le echó un vistazo a su pierna enyesada, que le llegaba justo debajo de la rodilla. Josh había pintado sobre todo el yeso un intrincado dragón con naranjas, rojos y azules entrelazados en un remolino de nubes y humo. Sus largas alas de murciélago se extendían, listas para alzar el vuelo en cualquier momento, y sus afiladas garras parecían casi vivas. El talento de Josh sorprendió a Summer mientras lo veía pintar minuciosamente cada detalle con precisión y paciencia. Cuando terminó, Summer apenas podía creer lo que veía. La pintura era a la vez feroz y hermosa. Él sonrió con su sonrisa tonta y declaró con orgullo: —Chica dragón.

Era lo más hermoso que alguien había hecho por ella.

Desde que se fracturó el tobillo, Josh había sido excepcional. Estaba a su lado, haciéndole compañía cada momento que podía, usando la excusa de traerle la tarea.

A Summer no le importaban sus razones. Simplemente se alegraba de que viniera.

Se apartó de los ojos su desgreñado cabello negro. Se aseguró de haberse aplicado una buena cantidad de delineador negro y rímel para darse una apariencia de mujer gato egipcia. Se negaba a admitírselo, pero quería verse bien para Josh. Atractiva.

La cobertura de noticias se desplegaba por el televisor de 23 pulgadas. Un gurú predicaba sobre salvar al mundo.

—Pura mierda. —Summer se agachó, estirándose para tomar el control remoto, con cuidado de no mover la pierna, cuando Josh entró en la habitación con dos latas de refresco.

—Espera, quiero ver esto —dijo él, dejándose caer en el sofá a su lado. Sus piernas se extendían mucho más allá de los cojines, sobresaliendo largas y desgarbadas como las de una araña. Le dio a Summer una lata de Coca-Cola genérica. Ella la tomó, incapaz de quitarle los ojos de encima, abrió la lata y le dio un gran trago. Las burbujas danzaron por su garganta, haciendo que sus ojos delineados de negro se llenaran de lágrimas. Diablos, le encantaba cuando eso pasaba. Tomando otro sorbo, se hundió más en el sofá.

—Este tipo está en todas las noticias —dijo Josh, tomando un sorbo de su refresco. Sin darse cuenta de que Summer lo miraba fijamente, arrugó su nariz pecosa con desagrado.

—No entiendo tanto alboroto por este loco. O sea, me parece un poco psicópata. —Josh tomó otro trago de su refresco y reprimió un eructo.

Summer se encogió de hombros.

—Como sea. —Se reclinó más en el sofá. Su cabeza a centímetros de los hombros de Josh.

—Summer, lo digo en serio. Hay algo en este tipo que me da escalofríos. —Josh apartó su cabeza pelirroja del televisor. Ella se enderezó y se concentró en la pantalla. Un hombre esbelto con cabello castaño claro y rizado estaba de pie junto a un tipo de la

política. Se daban la mano mientras se sujetaban los hombros mutuamente.

—A mí no me parece tan espeluznante. Es medio enclenque —dijo ella, dándole a Josh un empujón amistoso en el brazo.

Su corazón dio un vuelco cuando Josh la giró y la sujetó juguetonamente por los hombros. Ella soltó una risa de sorpresa y se estabilizó agarrándose de sus brazos.

—Mira quién habla de enclenques —rio él, inmovilizando su menudo cuerpo contra los mullidos cojines del sofá. Ella soltó un chillido de sorpresa e intentó quitárselo de encima con las manos, pero él no se movió. Su pierna enyesada se desplazó, casi cayendo del borde. Instintivamente, ambos intentaron sujetar el yeso multicolor, gritando al unísono cuando sus cabezas chocaron.

Cara a cara, ambos se miraron, con la respiración irregular.

El aire entre ellos pareció chispear, cargado de energía. Sus miradas se encontraron y una corriente surgió en el aire, creando una conexión eléctrica invisible.

A Summer se le secó la boca mientras miraba los ojos azul claro de Josh.

—Chica dragón —su voz era apenas un susurro. Una mano grande y pecosa le tocó el cabello con suavidad.

Ella no se movió, temerosa de romper el momento. Su corazón se sentía vivo de maneras que nunca había imaginado. Una mezcla de emoción y miedo mientras el calor que recorría su cuerpo la abrumaba. ¿Qué estaba haciendo? Estaba acostumbrada a una existencia aislada, a no preocuparse por nadie, así como a nadie le importaba ella. Pero aquí estaba Josh, destrozando en mil pedazos todo lo que ella conocía, solo con tocarla.

Contuvo la respiración mientras los dedos de Josh peinaban sus mechones teñidos de negro.

—Eres tan bonita —dijo él con voz ronca; la voz le fallaba.

—Cállate, no es cierto. —Las palabras apenas escaparon de sus labios temblorosos. En el fondo de su cabeza sonaba una canción de The Cardigans sobre amar a alguien y querer engañarlo.

Ámame, ámame, di que me amas... engáñame, engáñame...

—Sí, lo eres —murmuró Josh, inclinándose hacia ella. Sus labios se unieron y una descarga eléctrica recorrió el cuerpo de Summer, justo como en las cursis películas de los ochenta que a Merri, su madre de acogida, le encantaban.

Merri y Larry Murray eran geniales para ser padres de acogida. Con dos hijos perfectos ya criados y enviados a vivir vidas perfectas, y una tonta shih tzu blanca y negra a la que llamaban con cariño Meggie Mugs.

Merri y Larry habían decidido abrir su hogar y sus corazones a niños menos afortunados.

Les presento a Summer Raine Reidar, una de esas desafortunadas. La estrella de este jodido musical.

Abandonada a los seis años por su madre adolescente adicta a la heroína, vivió toda su infancia entrando y saliendo de hogares de acogida, sin poder llamar hogar a ningún lugar.

La casa de los Murray era igual, excepto que, para consternación de Summer, le agradaban Larry y Merri. Pensaba que eran un poco empalagosos. Hasta sus nombres eran lo más cursi que podían ser dos nombres. Una vez comentó lo tontos que sonaban sus nombres, recordándole a personajes de caricaturas. Los Murray se rieron, sus cuerpos regordetes abrazándose afectuosamente mientras Summer comía una tostada con mantequilla de maní, fallando en sus intentos por ignorarlos.

—Es mucho mejor que nuestros nombres completos —rio Merri, soltando a su corpulento marido para sacar jugo de naranja del refrigerador—. ¿Laurence y Meredith? —rio entre dientes mientras le servía un vaso a Summer—. Cuando empezamos a salir en la preparatoria, pensamos que era el destino que nuestros apodos coincidieran. Como si fuera una señal.

Una señal.

Summer cerró los ojos, con miedo a moverse mientras los labios de Josh presionaban con fuerza contra los suyos. Podía saborear su aliento, dulce por el refresco.

Él se apartó y todo terminó. Ella abrió los ojos. Su boca hormigueaba mientras otra canción de los ochenta sobre un eclipse total del corazón resonaba en su mente. Su obsesión con los setenta y los ochenta comenzó después de que Larry y Merri se la metieran en la cabeza con su noche semanal de películas y música de esas décadas.

Ella siempre ponía los ojos en blanco, fingiendo que odiaba la noche de los ochenta, pero eso era mentira. Le encantaba y la esperaba con tantas ansias como los Murray. Pero ni aunque el infierno se congelara lo admitiría, aunque la vida era mucho mejor viviendo en un musical de los ochenta.

—¿Summer? —la voz temblorosa de Josh la sacó de sus pensamientos. Abrió sus ojos verdes para mirarlo, sintiéndose como Brooke Shields en *Amor sin fin*. Él parecía tan asustado como ella se sentía.

—Me gustas. Mucho. —Sus manos tocaron la mejilla de ella.

Avergonzada, se sonrojó, incapaz de evitarlo.

—Cállate... tonto —tartamudeó Summer, confundida por sus crecientes emociones. A ella también le gustaba él y se odiaba por ello. La canción de Nazareth sobre el amor que duele retumbaba en su cabeza.

¡BASTA! ¡Fin de la música, cerebro!

¿Qué más daba? La enviarían a un nuevo hogar de acogida antes de que se diera cuenta. Para Summer, la vida siempre fue un asunto solitario. Regla número uno: no te encariñes.

No amaba a nadie y nadie la amaba a ella.

Josh no hizo caso. Con manos torpes, la alcanzó. Su tacto, aunque vacilante, envió oleadas de calor a través de su cuerpo. La atrajo más cerca. Summer se sintió impotente para resistir. Sus corazones latieron al unísono por un momento antes de que ella se fundiera en su abrazo. Todas las reservas fueron desechadas mientras se

permitía, por primera vez, ser amada por este chico llamado Josh, que la abrazaba como si su vida dependiera de ello.

La luz azulada del televisor iluminaba dos cabezas muy juntas, una de cabello oscuro y la otra con una mata de rebeldes rizos cobrizos. Los delgados labios de Malcolm Gobbo se movían en silencio en la pantalla, ignorados por los dos adolescentes, mientras se inclinaban el uno hacia el otro, fundiéndose como uno solo en el sofá.

Capítulo 9

Leah

LEAH ESTABA DE PIE, moviéndose nerviosamente entre los otros reporteros. Sintiéndose un poco como una impostora, buscó la grabadora en su bolso.

Sonrojada, la volvió a meter, hundiéndola bajo pañuelos desechables, monedas y un lápiz labial. La mayoría de los otros reporteros tenían libretas y bolígrafos listos. Leah también tenía esas cosas, y una grabadora de cinta anticuada, pero hacía años que no usaba la taquigrafía. En verdad quería encender la grabadora por si no podía escribir lo suficientemente rápido. Suspiró. Ah, en fin, por ahora, con esto bastaba. Tenía suerte de estar aquí.

Hasta ahora, desde que empezó a trabajar en el periódico cuatro meses antes, todo lo que había cubierto eran exhibiciones caninas e historias locales irrelevantes. Esta era su gran oportunidad para demostrarle a Burt Thomas que Amanda tenía razón al rogarle que la contratara.

Se puso de puntillas, recorriendo con la mirada a la multitud que abarrotaba el estadio. Generalmente, se usaba para conciertos de rock o partidos de hockey, pero hoy no. Hoy, Malcolm Gobbo era el responsable de que el estadio estuviera abarrotado.

Leah se estremeció y se abrazó a sí misma. Algo en Malcolm Gobbo le ponía la piel de gallina. Quizás era porque era el líder de un movimiento en rápido crecimiento que parecía rayar en el sectarismo. O tal vez era por cómo Ben se había interesado tan intensamente en el gurú espiritual varios meses atrás.

La sorprendió la rapidez con que él quedó cautivado por Malcolm. Él, que nunca fue muy espiritual, compró todos los libros escritos por el líder de la secta. Los leía de principio a fin, fascinado por la sabiduría contenida en sus páginas. Era difícil ignorar cuán apasionado se había vuelto Ben por esta nueva ideología. Incluso intentó convencerla de que leyera las palabras de Malcolm. Aun así, ella no podía quitarse la sensación de que algo siniestro acechaba bajo su revolucionaria ideología.

En un intento por complacerlo, Leah comenzó a leer uno de sus muchos libros, pero le desagradaban los mensajes que Malcolm predicaba. Por la forma en que hablaba, uno pensaría que se creía la segunda venida. El tipo era un mesías autoproclamado y aquellos que no lo seguían estaban condenados.

Leah visualizó la imagen en blanco y negro en la solapa interior del libro *«Más allá de esta vida. Encontrando tu camino a la verdad».*

Malcolm Gobbo podría haber sido más apuesto. Rayaba en lo soso, bastante ordinario. Parecía una reminiscencia de los años setenta con el cabello largo y rizado que le rozaba los hombros, y un rostro bien afeitado, lo que sorprendió a Leah. Lo había imaginado con una barba desaliñada, pero una barbilla de aspecto relativamente débil con un hoyuelo profundo aparecía libre de vello. Lo que le llamó la atención fueron sus ojos. Aunque la foto era en blanco y negro, podía notar claramente que sus ojos eran muy claros. Atravesaban la foto y se clavaban en su cabeza, haciendo imposible que alguna vez pudiera olvidar a Malcolm Gobbo.

Se estremeció de nuevo, sin saber por qué, y se apretujó contra la horda de otros reporteros. La gente en el estadio era una masa

hirviente de expectación. El ruido en el aire era vibrante, reverberando en las paredes como un trueno. A dondequiera que miraba, los rostros estaban iluminados por la emoción mientras los espectadores esperaban a que comenzara el evento principal.

Frotándose los brazos enérgicamente, Leah escuchó a dos reporteros hablar a su lado. Ambos rondaban los treinta y cinco años, de aspecto pulcro y profesional. El de piel más oscura parecía casi un fanático mientras escrutaba a la multitud.

—No puedo creer que estemos a punto de verlo en persona. El tipo es un genio, un genio absoluto —deliraba—. ¡Sus ideas son revolucionarias, acertadísimas y, si Dios quiere, con la gente adecuada que lo respalde, Malcolm Gobbo arreglará este mundo de mierda de una vez por todas!

—Te entiendo, hermano —dijo el hombre de piel más clara, con los ojos vidriosos de admiración—. Es justo lo que la gente necesita para un mundo mejor. Para volver a encarrilar a esta sociedad.

Ambos hombres asintieron de acuerdo.

Los espectadores se agitaron cuando comenzaron las actividades en el escenario.

Leah desvió su atención de los dos reporteros y observó con asombro cómo la multitud se calmaba.

En el silencio, Malcolm apareció. Era bajo, de apenas un metro setenta con una complexión delgada, pero caminaba erguido con la máxima confianza.

Respiró profundamente, notando cómo la ruidosa sala de hacía un momento estaba en completo silencio, pero viva de fascinación por el hombre ante ellos. El aire crepitaba con electricidad y algo más que no pudo identificar.

Un coro de vítores estalló entre la multitud cuando Malcolm extendió los brazos en señal de bienvenida.

El aplauso fue tan fuerte que sacudió la sala, ensordeciendo a Leah. Abrumada por la respuesta, se tapó los oídos.

Todos los rostros circundantes compartían la misma mirada vidriosa que los dos reporteros.

Un pulso rápido latía en su pecho. Se había equivocado en su evaluación inicial. No había nada ordinario en Malcolm Gobbo.

Sus brazos descendieron lentamente mientras se aferraba al podio. La multitud volvió a guardar silencio, esperando la siguiente orden de su pastor.

Con una voz sorprendentemente suave pero autoritaria, Malcolm habló.

—Bienvenidos, Hermanos y Hermanas. El despertar se acerca. Nuestro momento de actuar es ahora. Pronto, recuperaremos la tierra y la pondremos en orden. Ya no nos quedaremos de brazos cruzados mientras nuestro mundo cae en espiral hacia el caos. Recuperaremos la tierra y la pondremos en orden. ¡Los días opresivos de hoy desaparecerán para siempre, reemplazados por días de libertad, justicia y progreso construidos por nosotros, unidos como uno solo! Nuestra fuerza reside en nuestros números. Cuando nos unimos en solidaridad, nada puede detenernos. Somos una sola fuerza, una sola voz; ningún poder puede oponérsele. Escúchenme ahora: hay esperanza de un mañana más brillante. Seremos dueños del futuro juntos. ¡EXTiendan la mano! —su voz resonó como un trueno, cada palabra una onda expansiva de intensidad que atravesaba el aire. Lanzó sus manos al cielo, enviando una poderosa oleada por todo el estadio, exigiendo con una fuerza implacable—: ¡EXTIENDAN LA MANO!

Un hombre de cabello rubio cenizo con una amplia sonrisa y una confianza serena se materializó a su lado. Agarró firmemente la mano de Malcolm y la levantó en señal de apoyo. Leah se puso de puntillas para ver mejor y entrecerró los ojos, tratando de distinguir el rostro del hombre que estaba con Malcolm. Algo en el desconocido emanaba un aura de familiaridad, haciendo que su pecho se contrajera por dentro. Entrecerró los ojos en la oscuridad, desesperada por descubrir qué le parecía tan familiar. Necesitaba acercarse al escenario.

Se abrió paso entre la multitud emocionada, que tenía las manos entrelazadas en el aire. La ignoraron mientras se abría camino a través del grupo embriagado, con la adrenalina impulsándola hacia adelante.

Juntaron sus manos en una muestra de unidad mientras la multitud enloquecía. El corazón de Leah latía con fuerza,

ensordeciéndola a las palabras de Malcolm.

Ya sabía a quién vería cuando finalmente se acercara lo suficiente a las dos figuras de pie en el escenario. La sangre le martilleaba en los oídos, envolviéndola. Leah apuró el paso hasta que estuvo justo debajo de ellos. Los dos hombres la miraron simultáneamente. El reconocimiento brilló en los ojos de todos.

Era Ben quien estaba de pie, recto y erguido, flanqueando a Malcolm. Era Ben cuya mirada de acero la desafiaba a cuestionar su autoridad. Su futuro exesposo, el padre de Adam, era la mano derecha de Malcolm Gobbo.

Mientras Malcolm continuaba predicando sus palabras a la multitud, la sangre de Leah se heló. Miró a su alrededor, aterrorizada, con la boca abierta ante la frenética multitud. El miedo por razones desconocidas la atenazó mientras observaba los ojos vidriosos de la gente pulular más cerca a su alrededor. Un temor creciente bullía en su interior al sentir que cada uno de ellos se convertía en una sola vibración. Una mentalidad. Uno. Todos los ojos estaban fijos en un trance febril en los dos hombres de pie en el escenario.

Se giró, desincronizada, hacia un mar de cuerpos que pululaban.

Eran cientos.

CAPÍTULO 10

LEAH Y AMANDA

LEAH CAMINABA DE UN lado a otro en la oficina de Amanda, con los ojos desorbitados por la conmoción.

Se mordía una uña con ansiedad, su mente reviviendo los desastrosos acontecimientos que habían ocurrido apenas unas horas antes.

Un mar de rostros se fundía en un trance, sus expresiones unidas en una de pura adoración. El aire estaba cargado con el rugido ensordecedor de la energía ferviente de la adoración casi sectaria de la multitud hacia su ídolo. Envolvieron a Leah. Arrastrándola en todo aquello. La imagen quedó grabada a fuego en su alma y marcada en su mente, para nunca ser olvidada.

¿Ben y Malcolm Gobbo?

¿Cómo llegaron a conocerse? Durante los meses posteriores a la partida de Leah, no hubo ninguna señal de que Ben conociera a

Malcolm Gobbo personalmente. Sabía que era un gran seguidor, pero eso era todo.

O eso creía ella.

Dejó de caminar y se enfrentó a Amanda, que estaba sentada inmóvil en su escritorio. La computadora detrás de ella brillaba intensamente con el artículo en el que había estado trabajando antes de que Leah irrumpiera.

—¿Crees que debería llamarlo? —Leah se mordió las uñas con más fuerza.

—No lo sé —respondió Amanda con sinceridad—. ¿Crees que sea prudente? No has hablado con él desde que te fuiste. Podría ser difícil después de tanto tiempo. —Amanda cerró la boca, temerosa de que sus palabras ofendieran. A Leah le había ido tan bien desde que dejó a Ben. Retomó el periodismo como si nunca lo hubiera dejado. Ella y Adam parecían felices y relajados en la cabaña, ya no estaban nerviosos. Al niño le sentó de maravilla estar fuera de la ciudad y en medio de la naturaleza. Amanda siempre había encontrado a Adam solemne y retraído, sus ojos color avellana reflejando el alma vieja enterrada dentro de su cuerpo de tres años. Desde que estaba lejos de su padre, el niño había vuelto; sus ojos danzaban con vigor juvenil, como debió haber sido desde el principio.

Hablar con Ben era peligroso. ¿Y si la convencía con palabras dulces para que volviera con él? O peor, ¿y si revelaba el secreto de Amanda antes de que ella tuviera la oportunidad de contárselo a Leah?

Leah frunció el ceño, comprendiendo las preocupaciones de Amanda.

—No tienes que preocuparte. No lo quiero de vuelta.

Y lo decía en serio. No estaba ciega a los cambios de Adam. Además, cuanto más tiempo pasaba lejos de Ben, más se daba cuenta de lo feliz que era sin él. La vida era tan tranquila y pacífica, y ahora, con su trabajo en el periódico, todo se sentía como debía ser. Ella estaba al mando. En control de su vida y la de Adam. Una vez que se dio cuenta de que podía hacerlo sola, los años con Ben se sentían cada vez más como un recuerdo lejano y terrible.

—No me gusta este personaje, Malcolm. Me parece peligroso. —Leah empezó a caminar de nuevo, sus ojos recorriendo la habitación mientras repasaba la escena en su mente. La lealtad ciega de la multitud, la presencia magnética de Malcolm y la mirada penetrante de Ben cuando la vieron entre la masa se reproducían como una película muda.

Malcolm la reconoció.

Malcolm Gobbo, el líder de la creciente nación de los De Cree, sabía quién era ella.

Esto la asustaba más que nada. No quería que Malcolm la conociera a ella ni a su hijo.

Amanda se reclinó en su silla, golpeándose los dientes con el bolígrafo, pensativa.

—No lo sé. A mí me parece intrigante, y sus ideas suenan lógicas. —Amanda se detuvo, conteniendo la noticia que tanto deseaba compartir con Leah, pero que ahora dudaba en hacerlo.

—¿De verdad te crees las porquerías que suelta? —Leah estaba atónita. Amanda era una mujer brillante, inteligente y moderna. No podía creer que su buena amiga pudiera creer semejantes tonterías salidas de la boca de Malcolm Gobbo. Se estremeció, un escalofrío recorriéndole la espalda. Esos ojos. No podía sacarse esos ojos de la cabeza. Mirándola directamente desde el podio. Familiares. Como si fueran viejos amigos.

O enemigos.

—Bueno, algunas cosas que dice son razonables, Lu —respondió Amanda, tratando de ocultar el matiz defensivo en su voz.

Amanda se removió en su asiento, sintiendo que el calor de la vergüenza le subía por el cuello. La verdad era que había querido contarle a su amiga que ella era una de las cientos de personas congregadas con asombro en el estadio, aclamando a Malcolm Gobbo. Pero no encontraba las palabras; sentía la garganta demasiado seca. ¿Cómo podía transmitirle a Leah que se había visto arrastrada por el frenesí del momento? Fue embriagador. Peor aún, ¿cómo podría decirle a su amiga que era su deber apoyar a Malcolm? Que lo conocía personalmente.

Deslizó las manos bajo el escritorio, sintiendo el anillo en su dedo izquierdo.

Se sonrojó, avergonzada de admitir que le gustaba cómo se sentía apretujada contra los otros seguidores. El calor de la emoción, la camaradería que compartió con todo el estadio cuando Malcolm subió al escenario. No pudo evitar dejarse llevar junto con todos los demás.

Ni siquiera se había dado cuenta de que Ben estaba a su lado. Saber que era Ben le restó valor a la experiencia. Se sintió como si alguien le hubiera robado algo a Amanda, haciéndola sentir triste. Usada.

Leah no se dio cuenta del oscuro talante de Amanda. Sus propias preocupaciones la consumían.

—No quiero a ese fanático religioso cerca de mi hijo —dijo Leah, mirando el teléfono sobre el escritorio de Amanda.

—Ben ni siquiera ha intentado ver a Adam desde que lo dejaste. ¿Por qué te preocuparía que esté cerca de Malcolm?

Amanda no pudo ocultar la animosidad en su voz. Leah la estaba irritando. Se había mantenido en silencio durante meses, sin querer contarle a Leah las cosas buenas que habían sucedido en su vida. No quería restregarle su propia alegría en la cara por el matrimonio roto de Leah y la infidelidad de Ben.

Ahora, viendo a Leah de pie frente a ella, Amanda se preguntaba cómo diablos le diría a su mejor amiga sobre el nuevo hombre en su vida.

—Bueno, una vez que el divorcio se resuelva, estoy segura de que Ben querrá ver a su hijo —respondió Leah, sin percatarse de la creciente hostilidad de Amanda.

Amanda sacudió la cabeza con incredulidad. Esforzándose por no poner los ojos en blanco. Quería a Leah como a una hermana, pero cada vez era más difícil tolerar sus malas decisiones a lo largo de los años. Hizo una pausa en sus pensamientos, pensando en sus propias decisiones recientes. Las que no había compartido con su amiga. Había sido fácil ocultárselas a Leah antes, cuando estaba bajo el yugo de Ben y Amanda apenas la veía, ¿pero ahora? ¿Con

ella trabajando a su lado todos los días? No. Se estaba volviendo imposible mantener ocultos a Leah los acontecimientos recientes.

La culpa la invadió. ¿Quién era ella para juzgar a Leah? Cuando tenía toda una vida secreta, desconocida para su mejor amiga. Una sobre la que no tenía más remedio que sincerarse.

Eventualmente.

Amanda sintió una mezcla de emociones recorrerla mientras se giraba y miraba el artículo que parpadeaba en la pantalla. Sus ojos se desviaron hacia su mano izquierda, donde el solitario de diamantes brillaba a la luz del sol. ¿Cómo no lo había notado Leah, a pesar de que llevaba meses usándolo? Respirando hondo, Amanda se armó de valor, intentando bloquear la conversación que estaba a punto de tener lugar.

Leah, ignorándola, tomó el teléfono y marcó. Su corazón latía con fuerza mientras sonaba al otro lado.

CAPÍTULO 11

BEN Y YASMEEN

YASMEEN SE ENVOLVIÓ EL cuerpo húmedo y desnudo con la gruesa toalla. Fue rápidamente hacia el teléfono que sonaba, dejando un rastro de agua tras de sí. Ben se quedó en la ducha, quitándose el sudor acumulado por los sucesos del día.

Había sido un éxito rotundo. Malcolm era una estrella, y Ben estaba en el centro de una revolución.

Después de salir del estadio, Ben sintió una oleada de energía y fuerza que recorría su cuerpo como nunca antes. Malcolm lo despidió por el momento, pero lo quería de vuelta en tres horas para una reunión con su gente de confianza.

Ben era uno de ellos.

Cerró los ojos, dejando que el agua tibia cayera en cascada sobre su rostro. Se sentía bien. Muy bien.

Recordó su reunión inicial con Gobbo.

Fue poco después de que Leah se fuera con el niño.

Ben se sentía un poco molesto de que la perra aún no hubiera vuelto a casa. ¿Iba en serio esta vez? Ese pensamiento lo irritaba hasta más no poder. No era porque todavía sintiera algo por Leah. Era simplemente que si su matrimonio iba a desmoronarse, quería que fuera en sus propios términos. No en los de ella.

Frustrado, recurrió a su nueva obsesión, los De Cree.

Malcolm Gobbo era el fundador y líder de Los De Cree, un movimiento en rápida expansión por el que Ben se sentía atraído. Las creencias de Malcolm resonaban profundamente en Ben, tocando la fibra más íntima de su ser. Era la primera vez en su vida que Ben creía de verdad en algo.

Fue fácil contactar a Los De Cree. Lo único que hizo fue buscar Los De Cree y Malcolm Gobbo en el Directorio Comercial y de Asociaciones Profesionales. Ambos tenían diversa información de contacto, incluidos números de teléfono. A Ben le impresionó el rápido crecimiento de Los De Cree. Los políticos y otras figuras de poder parecían acudir en masa a Malcolm Gobbo, y Ben quería ser parte de ello.

Recibió una llamada poco después de su intento inicial de contacto.

Ben contestó, con el corazón latiéndole con fuerza y el número del identificador de llamadas destellando con cada timbrazo, mientras la anticipación lo inundaba. Era John Wilder, el jefe del consejo de las fuerzas De Cree. Los De Cree se alegraban de tener noticias de un hermano que intentaba encontrar el camino a casa.

Fue el comienzo de varias llamadas más y, finalmente, de conocer en persona al corpulento y fornido John Wilder.

Ben suspiró mientras sumergía el rostro bajo el agua caliente, dejando que pulsara sobre él. No pudo evitar sonreír. Una vez que conoció a John, no pasó mucho tiempo antes de que finalmente conociera al hombre en persona. Malcolm Gobbo. El director impresionó a Ben al instante. Podía sentir el poder detrás del pequeño exterior de Malcolm. A Ben no le costó mucho darse cuenta de que el sueño de Malcolm de un mundo poblado con la sangre pura de Los De Cree era la única solución a los problemas de la humanidad. Era lo único que tenía sentido. El mundo estaba jodido,

y Malcolm estaba aquí para arreglarlo, y si eso significaba algunas bajas por el camino, que así fuera. Era por el bien mayor del colectivo. Y Ben iba a ser parte de todo eso.

Yasmeen tomó el teléfono, quitándose el pendiente de diamantes de dos quilates que Ben le había comprado. Fue un regalo después de que ella cediera y se uniera a Los De Cree. Sonrió para sus adentros, recordando lo orgulloso que estaba Ben cuando Malcolm la bautizó en la hermandad de los De Cree.

Fue una experiencia aleccionadora. La reunión fue bien, más o menos.

Yasmeen se estremeció al pensar en la noche de hacía dos semanas.

Ataviada con una túnica blanca, fue casi un cliché cómo salió descalza a la sala de la piscina cubierta, iluminada por velas.

La tela blanca de su túnica rozaba el suelo de baldosas y se arrastraba tras ella mientras caminaba en silencio. El profundo color esmeralda de la piscina cubierta brillaba bajo la luz serena. Otros permanecían en silencio, hombro con hombro, bordeando la piscina en una postura espeluznante. Todos vestidos con las mismas túnicas blancas, sin moverse. Rostros vacíos de emoción.

Ansiosa, Yasmeen avanzó lentamente hacia Malcolm, sintiéndose como un cordero sacrificial. Como un dios, él se erguía más alto, más grandioso, a la cabecera de la piscina.

No le caía bien.

Pero a Ben sí.

Estaba obsesionado con Malcolm y Los De Cree. Si Ben quería ser uno de ellos, entonces Yasmeen lo seguiría. Además, si lo que él decía era cierto, con el tiempo, los De Cree serían los únicos que quedarían. Malcolm había hecho de Ben uno de sus hombres centrales por una razón, y como la mujer de Ben, ella tendría igual importancia en Los De Cree.

Tragó saliva y procedió hacia Malcolm, tratando de enfocar sus ojos solo en Ben, que estaba de pie, rígido e inexpresivo, a su lado.

La esposa de Malcolm, Tabitha, salió de la fila de seguidores de túnicas y agarró a Yasmeen por el brazo. La repentina presencia de la mujer insignificante la sobresaltó, junto con la fuerza de su agarre. No parecía una mujer con mucha sustancia, una figura insulsa que se fundía en la sombra de su marido. Sin embargo, la forma en que la sujetaba del codo le decía lo contrario.

Se paró frente a Malcolm y Ben, sin moverse. Tabitha, todavía a su lado, le soltó el brazo, sin decir una palabra. Yasmeen miró a Ben, buscando gratitud por estar haciendo esto por él. Esta extraña iniciación. Pero los ojos de Ben estaban vidriosos. Miraba más allá de ella, evitando el contacto visual y cualquier señal de siquiera conocerla. No pudo evitarlo. Frunció el ceño, dolida.

¿Qué demonios, Ben?, pensó, apretando los labios, con el ceño fruncido por la frustración*. Estoy haciendo esto por ti. Lo menos que podrías hacer es mirarme.*

Nada.

Él simplemente se quedó allí, frente a ella. Con su túnica envuelta a su alrededor.

La mano de Malcolm alcanzó su túnica blanca. Con una familiaridad que no tenía, tiró del cinturón de felpa y lo dejó caer a sus costados; la parte delantera se abrió y expuso su cuerpo desnudo debajo. En un instante, se le puso la piel de gallina por todo el cuerpo, lo que la hizo respirar hondo. Sus pechos se elevaron, erizándose sin su consentimiento. Maldijo en voz baja. Enojada por la traición de su cuerpo.

—Hoy, te despojas de las costumbres de tu pasado y te vistes con el espíritu de los De Cree. Esta es tu muerte y tu renacimiento —dijo Malcolm, su voz calmada, casi hipnótica—. Hermana Yasmeen, ¿está lista para dejar los caminos de los malvados y abrazarnos a nosotros, los De Cree? ¿Acepta usted nuestro modo de vida como el único camino? —Abrió los pliegues de su túnica, exponiendo el cuerpo desnudo de ella.

Se le erizó la piel, pero no movió un músculo.

La voz de Malcolm tenía una forma de paralizarla, de hacerla cumplir todas sus órdenes.

Miró a Ben, obligándose a continuar y no salir corriendo de esta jodida actuación teatral. De pie, expuesta frente a Malcolm y sus matones De Cree, se sentía vulnerable.

Los ojos de Ben se fijaron en los de ella, su rostro firme. Sintió que se derretía por dentro. Su mirada pétrea le decía que obedeciera todo lo que Malcolm le indicara.

—Sí —la respuesta de Yasmeen cayó lánguida de sus labios apenas abiertos. Junto con su poder.

Ben le entregó a Malcolm una copa con un líquido rojo. Malcolm tomó la copa entre sus manos y se la ofreció.

—Con esta bebida, hermana, te volverás una con *nosotros*.

Tabitha se movió. Yasmeen apenas se había dado cuenta de que todavía estaba allí. Al verla, sintió el impulso de correr. Algo en los ojos de Tabitha la inquietaba. Casi un aire de envidia pasó entre ellas. ¿O era más bien celos? ¿Resentimiento?

Yasmeen se apartó, sintiendo la fuerza de su sangre corriendo por sus venas. Si la esposa de Malcolm envidiaba su creciente posición, quizás no tenía nada que temer después de todo.

—¿Nos aceptas con todo tu ser? ¿Aceptas ser la esposa de nuestros hermanos? ¿La madre de nuestros hijos de sangre pura?

Malcolm mantuvo la copa frente al rostro de Yasmeen. El aroma dulce y penetrante del vino tinto flotó hasta su nariz. Su corazón latía con fuerza, pensando en sí misma como la esposa de Ben y la madre de sus hijos de *sangre pura*. Sus hijos, no el mocoso malcriado de Leah.

En su mente, podía ver a un bebé de pelo oscuro con sus rasgos persas acunado en sus brazos. Ben, de pie, protegiéndolos, sonriéndole al niño que ella le había dado. Sintió la garganta oprimida. La boca se le secó.

—¡Sí! —exclamó, con el pecho agitado, luchando contra el impulso de arrebatarle la copa de las manos a Malcolm. Asintiendo para que bebiera, él se la entregó.

Bebió de un trago el líquido tibio sin sentir cómo bajaba por su garganta. Como una niña sedienta. Un poco se derramó por la

comisura de su boca y bajó por su barbilla. Malcolm extendió un dedo y lo limpió, dejando tras de sí la presión de su yema. Ella se estremeció, sintiéndose sellada. Marcada.

Con una mirada de complicidad, él le devolvió la copa vacía a Ben.

—Tome mi mano, hermana —Malcolm extendió la mano hacia Yasmeen mientras Tabitha le quitaba la túnica, dejando el cuerpo de Yasmeen expuesto a toda la procesión. Extendió la mano, sintiéndose ligeramente mareada por el vino.

Malcolm se quitó la túnica, exponiendo su delgado pecho escasamente cubierto de un vello castaño claro y apretado. Yasmeen se negó a mirar hacia abajo para ver si su miembro expuesto estaba excitado.

Sentía la cabeza pesada y rara. Su deseo de terminar esta farsa se hizo más fuerte.

Malcolm la guio hacia la piscina. Estaba cálida y acogedora. Se relajó de nuevo mientras los espectadores se desvanecían de su mente y el agua la envolvía, haciéndola sentir arropada, protegida. Permitió que Malcolm la recostara. Su oscuro cabello rizado desapareció bajo el agua, dejando solo su rostro por encima de la superficie. No se oía nada más que el zumbido del filtro de la piscina. Su cuerpo estaba ligero y más relajado que nunca. Mientras el agua chapoteaba sobre su cuerpo desnudo, se sintió ebria y algo excitada.

Los ojos verde claro de Malcolm la miraban fijamente por encima de los suyos, que eran marrones. Su pequeña barbilla tenía una barba incipiente recién cortada, incluso en su profundo hoyuelo. Observó cómo sus delgados labios se movían, hablándole a ella y solo a ella. Confundida, se esforzó por oír sus palabras ahogadas bajo el agua.

—No tenga miedo. Usted es la elegida.

No recordó nada más después de eso.

Se despertó desnuda, en la cama con Ben al día siguiente.

Avergonzada, no podía recordar nada de la noche anterior. Tomó la decisión de fingir que no había ocurrido nada fuera de lo común.

Ben se le echó encima en el momento en que despertó. Duro como una roca y febril de una manera que nunca antes había

estado. Se forzó dentro de ella cuando no estaba del todo lista, pero ella se dejó llevar, clavando los dedos en la carne de sus nalgas, empujándolo para que entrara más profundo.

Él respondió, empujando con más presión, su cabeza golpeando contra la cabecera. Le dolió, pero ella solo gritó más fuerte de placer, deseando que su cuerpo pudiera sumergirse en el de ella, y entonces, tal vez, se sentiría completa. Él la miró, sus ojos atravesándola. Extendió la mano hacia la pierna de ella y la subió a la fuerza contra su torso. Presionaba incómodamente contra su pecho agitado. Yasmeen odiaba esta posición, y él lo sabía, pero no dijo nada mientras él embestía más profundo dentro de ella, haciéndola suya. Necesitaba abrazarlo y apretarlo con fuerza, pero su pierna le impedía tocarlo. Aferrándose al costado de su muslo, retorció la otra mano en las sábanas de seda de la cama, tirando de ellas con fuerza, tratando de prepararse.

Gimiendo, gritó su nombre, sintiéndose subir con el deseo, acercándose cada vez más a estallar de placer.

Las embestidas de Ben se volvieron más agresivas y rápidas, su pasión a punto de explotar. Y entonces lo hicieron, juntos. Yasmeen cabalgó ola tras ola de placer mientras Ben se ponía rígido, apartando su pierna con una mano y desplomándose sobre ella mientras continuaba teniendo orgasmos. Aferrada a su cuerpo exhausto, levantó las caderas, tratando en vano de mantenerlo dentro de ella mientras el peso de Ben se hacía más pesado. Desinflado y acabado.

No habían hablado de su renacimiento desde entonces.

—¿Hola? —dijo Yasmeen al teléfono de color crema, borrando el recuerdo de su bautismo. Habían pasado dos semanas desde entonces, y la pasión de Ben en el dormitorio no había disminuido. Sin embargo, él seguía emocionalmente distante, si no más ahora.

—¿Puedo hablar con Ben, por favor? —se oyó una voz femenina y fría al otro lado.

A Yasmeen le latió el corazón con fuerza. Reconoció la voz que salía del auricular.

Tragó saliva, tratando de controlar su creciente ansiedad, y sintió náuseas de nuevo por segunda vez ese día.

¿Qué quería? Ya habían pasado meses. ¿Qué hacía Leah contactando a Ben ahora?

Imágenes de Leah, sorprendida y dolida al descubrir a Ben y a Yasmeen juntos en la cama, afloraron en su mente. Una punzada de culpa se retorció en sus entrañas, pero la apartó. No le importaba. Fue lo que rompió su matrimonio, haciendo que Ben fuera suyo ahora.

—¿Por qué llamas aquí? —dijo Yasmeen con los dientes apretados —. Él ya no te pertenece —en el momento en que las palabras salieron de su boca, le arrancaron el teléfono de la mano con una fuerza brutal, golpeándola dolorosamente contra la oreja. Sobresaltada, Yasmeen se llevó la mano a la oreja herida.

Retrocedió un paso, su expresión reflejando dolor mientras Ben respondía al teléfono con un ronco: —¿Hola?

Capítulo 12

Leah y Ben

LEAH INHALÓ PROFUNDO AL oír la voz de Ben por primera vez en meses. La mujer que atendió el teléfono con hostilidad no la inmutó. Ni siquiera era consciente de que las bruscas palabras de la mujer pertenecían a la misma persona que había sorprendido desnuda con Ben todos esos meses atrás. Ben era un mujeriego, famoso por andar con una y con otra. Saltando de una cama a la otra. La señorita al teléfono aún no lo sabía. Aunque tenía razón en una cosa. Definitivamente, él no era de Leah.

No le pertenecía a nadie.

—Gracias a Dios —apenas susurró entre labios inmóviles.

—¿Leah? ¿Eres tú? —dijo Ben, intentando no gritar en el auricular. Nunca lo admitiría, pero oír su voz hizo que la extrañara. Lo sorprendió. La extrañaba lo suficiente como para volver si ella lo quisiera.

—Ben —comenzó Leah, sintiéndose estúpida de repente. Se apartó de Amanda, insertó un disquete en la unidad de disco de la computadora y habló en voz baja en el auricular—. ¿Qué demonios haces con Malcolm Gobbo? Sabes que te vi hoy.

Ben sonrió, recordando su expresión atónita. Se sorprendió tanto como ella cuando sus miradas se cruzaron. Leah era la última persona que esperaba ver allí. Su creciente interés en Malcolm y los De Cree se le escapaba. Lo cual no era sorprendente. Aparte del niño, la mujer era incapaz de pensar en otra cosa. Su mente no podía comprender el hecho de que ella tuviera un título en periodismo.

Yasmeen se dejó caer en el impecable sofá de cuero blanco. Intentó aparentar que no estaba escuchando, pero Ben sabía que no era así.

—Sí, te vi hoy —respondió él, notando cómo las cejas de Yasmeen se alzaban con preocupación. Se apartó, asqueado. Yasmeen era hermosa, pero patética de una manera tan predecible.

—Ben, ¿qué está pasando? —preguntó Leah, tratando de ocultar el miedo en su voz—. ¿Qué haces con ese hombre?

—¿Te refieres a Malcolm Gobbo? Si es a él a quien te refieres, yo que tú, escogería mis palabras con cuidado. Malcolm Gobbo es más que un hombre, Leah. Es el soberano del mañana.

Sin palabras, el sudor le brotó en la frente.

—Si yo fuera tú, Leah, una tú *inteligente*, me uniría a los De Cree y rápido —dijo Ben con vehemencia, su torso desnudo todavía goteando por la ducha. La gruesa toalla atada a su cintura se aflojó.

Yasmeen se enderezó, aferrándose al borde del sofá.

No.

Leah no podía unirse a los De Cree. No después de todo lo que Yasmeen había hecho para complacer a Ben. Se abrazó fuertemente con la gruesa toalla, sintiendo de repente mucho frío.

—Ni loca —declaró Leah con firmeza, pero con un atisbo de miedo que se colaba por la línea.

—Bueno, será tu propio funeral y el del niño.

—¿Qué demonios se supone que significa eso? —Su voz se alzó con ira mientras agarraba el auricular con ambas manos—. ¿Me

estás amenazando? Ya no me intimidas, Ben. Esos días se acabaron.

Una risa mecánica y gutural se filtró por el teléfono como una advertencia ominosa, escalando en intensidad hasta alcanzar un punto febril. El sonido reverberó a través de la línea. La risa, ensordecedora, resonando como una condena en el auricular.

—No es gracioso, Ben. Malcolm me parece peligroso —dijo con voz entrecortada. El miedo se abría paso en su corazón.

—¡Malcolm Gobbo es un *Dios*! —gritó Ben, su rostro enrojeciendo.

Yasmeen saltó ante la convicción en su voz, continuamente sorprendida de lo devoto que era a los De Cree.

—Te lo advertiré de nuevo, Leah. El resto queda en tus manos. Malcolm tiene seguidores en todas partes, especialmente en la política. Del tipo que puede hacer que las cosas sucedan a su favor. Los mestizos no serán tolerados cuando llegue el momento. Una vez más, si tienes algo de sentido común en ese espacio que llamas cerebro, únete a los De Cree antes de que sea demasiado tarde. —La voz de Ben vaciló, superado por la emoción por el niño por primera vez desde que descubrió que Leah había dado a luz a su hijo.

Apretó los labios. Sentía la boca abrumadoramente seca. Sus palabras no estaban vacías. Solo esperaba que Leah no fuera tan estúpida como para ignorar su advertencia.

Hubo silencio al otro lado de la línea.

Una oscuridad pareció irradiar de él mientras su cuerpo sentía que se expandía, volviéndose más alto y amenazante. La estática crepitó en su oído y el suave sonido de la respiración de Leah al otro lado de la línea se aceleró. Él sonrió, henchido por su poder sobre ella, que se extendía a través de la línea telefónica.

—Te lo advierto*, esposa*. Ahora está en tus manos.

El pequeño rostro de Adam, tan parecido al suyo, apareció en su mente. Su corazón sintió un momento de empatía por su único hijo, pero si Leah no se unía a los De Cree, Adam no sería un sangre pura, y no había nada peor en la mente de un De Cree que eso.

Suspiró, borrando al niño de su cerebro. Si Leah se negaba a unirse, la obligaría, o el niño estaría muerto para él.

Colocó el auricular en su base y se giró hacia la expresión atónita en el rostro de Yasmeen.

—¿Qué? —dijo, mientras la toalla caía de su cuerpo desnudo, que aún brillaba por la ducha. Caminó hacia ella, con su deseo más que evidente, y le arrancó la toalla que la cubría, exponiéndola ante él.

Ella cerró su boca abierta sin decir una palabra, mientras él la volteaba de espaldas, asiéndola por las caderas. Tomándola por detrás sin decir una palabra.

Ella cerró los ojos, sin decir nada, mientras él se metía en ella, sus cuerpos golpeándose.

Terminó en cuestión de minutos.

Ben volvió a la ducha para limpiarse, dejando a Yasmeen sola e insatisfecha. Se cubrió, su mente volviendo a las palabras de Ben que no la abandonaban.

¿De qué demonios estaba hablando y por qué de repente sentía un miedo que le calaba hasta los huesos?

CAPÍTULO 13

Summer

¿Y BIEN? —PREGUNTÓ JOSH mientras Summer salía renqueando del baño. Ella levantó la cabeza, con el pelo todavía ocultándole el rostro. En sus manos sostenía el aplicador de plástico. Dos pequeñas ventanas con un círculo rosa en cada una. Sin mirar a Josh, que esperaba impaciente a su lado, se lo entregó. Él agarró el aplicador y lo miró fijamente.

—¿Qué significa esto? —El rostro pecoso de Josh se arrugó de preocupación mientras miraba con asombro la varilla, confundido.

—Significa que se armó la gorda —dijo Summer, metiendo las manos en sus jeans de tiro bajo. Seguía sin poder mirarlo.

—¿Que se armó la gorda? —Él extendió la mano y la giró con delicadeza para que lo mirara—. ¿Summer? ¿Estás…?

Ella se giró de mala gana.

—¿Summer? ¿Lo estás? Dímelo sin rodeos, en serio, no es broma.

Ella lo miró a sus ojos celestes, los suyos ocultos bajo una cortina de pestañas espesas. Apartó la vista rápidamente, su expresión se convirtió en un ceño fruncido mientras le arrebataba la prueba. Los sólidos círculos rosas la miraban, acusadores.

¡ESTÚPIDA, NIÑA ESTÚPIDA! La voz de su madre chillaba en su cabeza. *¿Usted cree que mi vida resultó tan genial? ¿Va y se deja embarazar por el primer idiota que se le cruza? Pendeja.*

Sí, pendeja. Círculos rosas como ojos se grabaron en su mente. ¿Cómo carajos iba a resolver este brillante nuevo descubrimiento? Una canción de Madonna sobre su papá y sermones resonaba en el fondo de sus pensamientos. Apretó los ojos, intentando bloquear la realidad en la que se había metido.

—¿Summer? —La tomó con más fuerza por los brazos.

—Significa que lo estoy. —Summer apenas pudo hablar por encima de un susurro. Se zafó bruscamente del agarre de Josh y entró furiosa a la sala. Al dejarse caer en el sofá, hizo una mueca de dolor. La punzada en su tobillo le sirvió de recordatorio de su reciente curación.

—¡Summer! —Josh la siguió hasta la habitación, su cara se puso roja y con manchas—. No huyas de mí —se sentó a su lado, sus ojos buscando en su rostro inexpresivo. Ella sintió el calor que emanaba de él y deseó desesperadamente caer en sus brazos y llorar. Pero no lo hizo. Reprimió las lágrimas y se puso la coraza que había construido hace años.

—Tenemos que hablar de esto —dijo él, colocando su mano pecosa sobre la pierna de ella.

—Bueno, Josh —se frotó la nariz bruscamente con el dorso de la mano—. La cosa es así. Estoy preñada. Yo me encargaré del problema.

—¿Encargarte? ¿Del problema? —Su mano se deslizó por el costado de la pierna de ella—. ¿Qué quieres decir con encargarte?

Summer lo miró, odiando lo solemne y perdido que se veía. Ella le había hecho eso. Ella le provocó esa mirada. Sus labios se apretaron con firmeza mientras sacudía la cabeza, haciendo que su largo flequillo se apartara de sus ojos maquillados de oscuro.

—Sabes lo que significa.

—No querrás decir…

—Es exactamente lo que significa. —Saltó del sofá, incapaz de soportar sus ojos clavados en ella.

—No, no puedes. —Josh se levantó, bloqueándole el paso a la cocina. Ella se detuvo y respiró hondo. Por supuesto que reaccionaba así. Ese era justo el tipo de chico que era Josh. Pero Summer no era tonta. Sabía cómo funcionaba la vida real. La vivía. Josh vivía en una burbuja. Ciego a todo lo que estuviera fuera de las cuatro paredes de su hogar seguro.

Él no podía entenderlo. Sus padres eran cariñosos. Lo mantenían a salvo. No abandonaron a su hijo en un hogar de acogida y rara vez miraban atrás para ver si su hijo estaba vivo. No. A ellos les importaba. Él no puede entender la vida de Summer. Rebotando de hogar de acogida en hogar de acogida. Todas sus pertenencias en una andrajosa bolsa de basura. Eso era ella. Una vida contenida en una bolsa de basura.

Y ahora, esto.

Debería haberlo sabido. Debería.

¿Fue esa primera vez? Fundidos en el sofá de los Murray. Su pierna enyesada olvidada. ¿Fue entonces cuando ocurrió? ¿Fue esa la noche que la llevó a este día? Summer sosteniendo una prueba de embarazo positiva, con todo su mundo derrumbándose a su alrededor. Josh con esa mirada que le rompía el corazón.

¿Quién sabe? ¿Acaso importaba? Después de ese primer encuentro, nunca dejaron de tocarse. Hacían el amor en cualquier lugar y en todas partes donde podían. Comportándose como, bueno, un par de adolescentes calientes.

Un par de adolescentes calientes y enamorados.

Su rostro comenzó a endurecerse. Miró a Josh, evitando cómo sus ojos, llenos de amor e inocencia, le suplicaban. Una mirada que, con el tiempo, se atenuaría y se convertiría en resentimiento, y tal vez en algo más. No podía hacerle eso. Simplemente no podía. Sus hombros se hundieron por un instante antes de enderezarse de nuevo, obligándose a parecer más alta. Inclinó la cabeza hacia él mientras su pelo se apartaba de su cara, exponiendo sus rasgos pequeños y afilados. Los suaves contornos de su barbilla

sobresalían. Se mordió con fuerza el labio, que le temblaba. Su decisión estaba tomada.

—Sí, puedo, y lo haré.

CAPÍTULO 14

KAI

A KAI NO LE GUSTABA el hombre blanco.

Desde que era un niño pequeño, cuando su padre mudó a su familia de la Reserva a la ciudad, sintió su desprecio; lo vio en sus rostros mientras miraban su piel morena y su largo cabello oscuro. Prefería la Reserva, rodeado de su gente, a la del hombre blanco y sus ciudades ruidosas y detestables.

Aunque ya no eran realmente su gente, ¿o sí? Esa parte de su vida se había ido y estaba casi olvidada. Arrasada por el paso del tiempo. No sabía nada de las costumbres de su gente, ni de las antiguas ni de las nuevas.

Nada.

Lonnie era diferente. Ella todavía recordaba.

Siendo quince años mayor que Kai, su hermana recordaba cómo era vivir con los suyos. Pero ella tenía una perspectiva diferente a la de él sobre la gente.

—Somos todos hijos de la tierra. Algunos simplemente han perdido el rumbo —le decía con calma.

—El hombre blanco no es parte del Pueblo. El hombre blanco es como una serpiente que se desliza por la hierba, esperando para tomar a su antojo lo que quiere.

Lonnie soltaba una risita y le daba una palmada cariñosa en la cabeza.

—Incluso una serpiente es una de las creaciones de la naturaleza. Todos tomamos del planeta.

—¡Bah! ¡No es lo mismo! Nosotros tomamos lo que necesitamos para sobrevivir, nada más —contraatacaba Kai, con los brazos firmemente cruzados sobre el pecho en señal de desafío.

Lonnie enarcó una ceja.

—De verdad, mi pequeño Océano, permíteme que disienta. Has idealizado lo que crees que es ser de las Primeras Naciones.

Él soltaba una carcajada, tratando de contener sus palabras mientras Lonnie lo regañaba, sabiendo que no era rival para ella. Su hermana era mucho mayor que él y había vivido toda una vida antes de que él llegara al mundo.

Pasaron quince años antes de que su madre, Aiyana, tuviera su segundo hijo, un varón a quien la propia Lonnie llamó Kai.

—Kai tiene muchos significados, mi pequeño Océano. Tierra, Belleza, sauce, mar —le guiñaba un ojo con complicidad, refiriéndose al apodo cariñoso que le había puesto.

—Independientemente del idioma que se hable, es un nombre que da vida, y para ti, yo vi vida.

Kai sonrió. Lonnie siempre lo hacía sentir mejor. Más fuerte. Era más una madre que una hermana.

Su madre había muerto inesperadamente cuando Kai era apenas un bebé, y su padre ya era viejo cuando él nació; demasiado viejo para ser padre, más bien un abuelo.

Viudo, decidió llevarse a sus hijos y mudarse a Lex para empezar de nuevo con una nueva vida. Trabajar en las minas y estar más cerca de la universidad local, para que a Lonnie le fuera más fácil asistir. Además, quedarse en la Reserva era demasiado doloroso para su padre. Había demasiados recuerdos de su esposa allí. Acechando

en todo lo que era familiar. Necesitaban un nuevo comienzo como familia. Quería a Kai y le enseñó a cazar y a pescar, pero le enseñó a su hijo como un abuelo. No importaba. Él y Lonnie eran suficientes.

Después de que su padre falleció, Lonnie lo fue todo, y todavía lo seguía siendo todos estos años después.

Kai ya no era un niño, sino un hombre hecho y derecho de treinta años. Sin embargo, su odio por el mundo exterior se hacía cada día más y más fuerte.

Por otro lado, Lonnie se mantuvo fiel, siempre una roca en la que apoyarse, sin importar cuántas veces la vida se derrumbara a su alrededor, y habían sido muchas.

Kai estaba sentado afuera, en la terraza de su casa modular, en la pequeña y vacía comunidad que él y Lonnie habían formado varios meses antes. Cansado de vivir según las reglas del hombre blanco, él y varios otros compraron unas casas prefabricadas y se instalaron en lo profundo del bosque, en tierras que eran parte de la reserva que habían dejado décadas atrás. La intención era volver a sus verdaderas raíces. Ser uno con la Madre Tierra como lo fueron sus antepasados. Lonnie también vino. Ella siempre seguiría a Kai, incluso si cuestionaba sus motivos. Eran todo lo que se tenían ahora, desde que…

La mano de Kai buscó instintivamente el camión de juguete en el bolsillo de su abrigo. Vacío. La sacó de golpe, negando con la cabeza. El niño del supermercado le vino a la mente. El camión agarrado en su mano mientras saludaba a Kai. No pensaría en eso. No podía pensar en todo lo que Lonnie había perdido.

Lo que él perdió.

Le gustaba estar allí, en medio de la nada, lejos de la mirada acusadora de la sociedad. Aquí, podía ser él mismo.

Se pasó los dedos por su mandíbula marcada; la barba incipiente le rasguñó la palma. Su cuerpo de un metro noventa y tres era esbelto y esculpido, no por entrenar en un gimnasio, sino por el trabajo honrado al aire libre. Su hermoso rostro estaba cincelado, con pómulos prominentes y una mandíbula fuerte. Tenía un aspecto rudo, musculoso, esbelto y masculino, como si hubiera salido de una

de esas revistas de papel satinado de los años 70, sin camisa, de pie junto a un arroyo rumoroso.

Se puso de pie y se recogió el largo cabello oscuro en una cola de caballo en la nuca. Consideró afeitarse, pero decidió no hacerlo y comenzó a caminar hacia la casa de Lonnie.

Al ver la pequeña casa de ella, con los arriates de flores rodeando el exterior, Kai sintió de nuevo, por millonésima vez, que la culpa se apoderaba de él. Lonnie en realidad no había querido mudarse tan adentro del monte, dejando atrás la práctica de partera que tanto amaba. Pero lo hizo por él, y todavía ejercía en la Reserva. Siempre había mujeres que necesitaban la ayuda de Lonnie al dar a luz. Pero no era lo mismo. Kai lo sabía. Lonnie renunció a mucho por él, y él no se atrevía a cambiarlo. Con suerte, una vez que la nueva comunidad creciera, Lonnie volvería a dedicarse a tiempo completo al asunto de los partos.

Sonrió para sí, pensando en cómo crecería su pequeño refugio. En este momento, no había más de una docena de personas, y muchas de ellas viajaban, como Lonnie, de regreso a la Reserva para ver a familiares y amigos.

En fin, pensó Kai, *Roma no se construyó en un día, y Hayden tampoco lo hará*.

Había bautizado su pequeño asentamiento como Haven. No era el nombre más creativo, pero le gustaba cómo sugería un refugio tranquilo del mundo exterior. Estaba orgulloso de su pequeño rincón del planeta y de su título… hasta que Chrissy pronunció mal su nombre. Una sonrisa se extendió lentamente por su rostro. Recordando los sonidos de la voz de Chrissy repitiendo las palabras «Hayden» una y otra vez hasta que Kai cedió y Haven se convirtió en Hayden.

Se acercó a la puerta de Lonnie y llamó. No hubo respuesta, así que entró. La puerta de Lonnie siempre estaba abierta para cualquiera que llamara. La casa era idéntica a la de Kai. Un modelo de los años 70. La mayoría de las casas móviles de aquí lo eran. Era más barato comprar modelos más antiguos y arreglarlos. No era enorme, 88 metros cuadrados, lo suficientemente grande para vivir cómodamente. En invierno, había calefacción; en verano, tenían

unidades de aire acondicionado. Por supuesto, a Kai le parecía curioso usar estos lujos modernos, pero no era tonto. Hacía un frío de muerte en invierno y era bochornoso en verano. Llenar sus tanques de gas para poder tener algo de comodidad estaba bien. No estaba en contra de todas las comodidades modernas, solo de las que no le convenían.

Sus ojos recorrieron la habitación. Todo estaba en su lugar. La cama estaba hecha y todos los platos estaban dispuestos para secarse sobre un paño de cocina junto al fregadero. Oyó un pájaro cantar afuera y su corazón se aceleró al pensar que Lonnie todavía no había vuelto de su viaje al pueblo. Se había ido horas antes para hacer unos recados en la clínica de salud Rayside para la nueva partera que empezaba en la Reserva. Kai le había ofrecido llevarla a Lex, donde podría conseguir los suministros que faltaran, pero ella dijo que no, que quería hacerlo rápido y sabía exactamente lo que necesitaba. Salió de nuevo al sol y esperó su regreso.

Estaba seguro de que ella había dicho que no tardaría más de unas pocas horas. Ya era casi la hora de la cena y aún no había vuelto.

Se sacudió el miedo de que algo pudiera haber sucedido y se frotó la cara sin afeitar, odiando la sensación.

Lonnie era fuerte; estaría bien, y hasta su regreso, bien podría afeitarse.

Capítulo 15

Summer

SUMMER ESTABA PARADA, MIRANDO fijamente el alto e imponente edificio que se cernía ante ella. Sintió un suave tirón en el brazo y bajó la vista para ver los largos dedos de Josh envolviendo los suyos. Dudosa, entrelazó sus delgados dedos con los de él y se atrevió a mirarlo a los ojos. Sus iris azules estaban llenos de amor. Lo único que quería era huir lejos, a algún lugar seguro, y fundirse en él. Sus manos temblaron en el firme agarre de él mientras Josh le daba un apretón. Por un momento, el impulso de apartarse y huir la abrumó, pero un anhelo perdido en lo más profundo de su alma oscurecida la mantuvo allí, incapaz de resistir la calidez que era Josh.

Él había luchado mucho para hacerla cambiar de opinión.

—También es mi bebé —suplicó él una vez más, de pie frente a ella en la cocina de los Murray. Summer se apartó de él; su cabello rojo y rizado le caía torpemente sobre los ojos. Imágenes de un

bebé con el mismo cabello rojo se grabaron en su mente, provocando que le doliera el corazón.

No podía. No podía tenerlo.

Dejó escapar un suspiro lento y entrecortado. Se le oprimió el pecho y se le nubló la vista mientras su mente regresaba a los años de soledad de su infancia. El dolor del abandono de su propia madre y el escozor del rechazo aún estaban frescos, incluso después de todos estos años.

Luego estaban la multitud de hogares de acogida en los que había vivido. Cada uno era más desconocido que el anterior. Era una niña perdida, no deseada y sin amor, zarandeada como una muñeca de trapo, buscando constantemente a alguien que eligiera quedarse con ella y amarla.

Todo le volvió como un puñetazo en el estómago.

Summer se sentía rota, y el amor de Josh por ella le parecía un desperdicio. No iba a cargarle ni con un hijo ni con ella. Él era demasiado bueno para eso.

—Es mi cuerpo —dijo con una malicia que no sentía—. No voy a atarme a un mocoso.

—Pero yo te ayudaría, Summer. Yo estaría ahí. No estarías sola. —Josh la tomó por sus estrechos hombros, obligándola a mirarlo.

Dios, qué guapo era.

Deseó poder simplemente caer en sus brazos y hacer que todo desapareciera. Se zafó de su agarre.

—Eso es lo que todos dicen. No he visto a muchos padrecitos por ahí cuando el niño deja de ser tan adorable. Pero sí veo a un montón de mamás adolescentes acabadas arrastrando mocosos llorones, hasta el cuello de deudas y sin salida. No, Josh. No. Esa no voy a ser yo.

Lo que los llevó a donde estaban ahora. De pie frente a la Clínica de Salud Rayside, a las ocho de la mañana de un lunes sombrío.

—¿Estás segura, Summer? No es demasiado tarde para cambiar de opinión —insistió Josh. Ella miró al frente, con el corazón roto ante la idea de destruir la vida que ella y Josh habían creado.

¡No!, gritó su mente. *No estoy segura, Josh. Quiero tener al bebé, pero no puedo.* Suspirando, frunció su pequeño rostro en una mueca

de resignación. Solo tenía dieciséis años, pero sabía cómo eran las cosas.

¿Por qué fuimos tan descuidados? ¿Por qué tuvo que pasar esto?

Josh caminaba detrás de ella a regañadientes, con la cabeza gacha, sin prestar atención a su entorno mientras avanzaba penosamente. Sus grandes pies se sentían como bloques de hierro mientras los arrastraba, cada uno su propia ancla pesada.

No sabía por qué quería tanto que Summer tuviera al bebé. Él solo tenía diecisiete, y a sus padres les daría un infarto que hubiera dejado embarazada a una rebelde adolescente. Pero quería al bebé y a Summer más que a nada que hubiera deseado antes. Él y su padre siempre fueron muy unidos, y la idea de tener lo mismo con un hijo propio, un hijo con el espíritu de Summer, hacía que su joven alma diera un brinco. Pero siguió la pequeña figura de Summer, con su largo brazo extendido, aferrándose a su mano como a un salvavidas.

Entraron en el edificio y fueron asaltados por el ambiente blanco y estéril. Todo estaba en silencio y tranquilo, guardando en secreto lo que ocurría tras sus frías paredes.

Sus pasos resonaron en el vestíbulo de techos altos. Tomando valor, se acercaron al mostrador de recepción. La mujer que estaba detrás levantó la vista, su sonrisa artificial nunca llegó a sus ojos.

—Sí, ¿puedo ayudarlos? —dijo, sonriendo y saludando por encima de sus hombros a alguien que pasaba. Summer se giró brevemente para ver a quién saludaba la recepcionista y vio a una mujer indígena regordeta, de mediana edad, con el cabello oscuro recogido en una pulcra cola de caballo en la nuca.

Summer se sonrojó. Supuso que dos adolescentes que venían a abortar un embarazo era algo común. No eran diferentes de los siguientes adolescentes descuidados que cruzaban la puerta. No importaba que este embarazo, el embarazo que ella y Josh crearon, estuviera hecho de amor y ternura. Solo eran otro par de adolescentes calenturientos a los que la situación se les había salido de las manos.

—Tenemos una cita a las 8:30 —dijo Summer con firmeza, soltando la cálida mano de Josh.

—¿Nombre, por favor? —dijo la señora, mirando una lista frente a ella.

—Summer Reidar.

La mujer levantó la vista de su portapapeles y le sonrió cálidamente a Summer.

—De acuerdo, querida, puedes tomar asiento en la sala de espera. No tardarán mucho. —Pasó el dedo por la lista antes de tachar el nombre de Summer con un rápido trazo del bolígrafo.

Summer sintió que el tiempo se escapaba más rápido que la arena entre sus dedos. Pasando al igual que su nombre era tachado de una lista. Caminó hacia adelante, con Josh siguiéndola, mientras entraban en la sala de espera. Miró brevemente hacia atrás, a la cara triste de él, y notó que un grupo de hombres entraba detrás de ellos.

Extraño, pensó, ¿un grupo de hombres entrando a una clínica de salud para mujeres? Tal vez eran los médicos, que llegaban para empezar el día con sus compañeros de trabajo. Por alguna razón, le revolvieron el estómago a Summer. ¿Era la forma casual en que llegaban a trabajar? Bebiendo café y charlando sobre el partido de squash que planeaban jugar esa tarde. Como si no importara que en unos momentos le arrancarían del cuerpo la vida que ella y Josh habían creado.

Se apartó, incapaz de mirarlos por más tiempo. Josh le pasó el brazo por los hombros, enviándole al instante oleadas de calidez y seguridad.

—Pase lo que pase, estoy aquí para ti —dijo Josh, mirándola a sus ojos color avellana.

Sintió la garganta espesa y seca mientras asentía.

—Lo sé —dijo, y lo decía en serio.

Una fuerte conmoción provino del mostrador de recepción, haciendo que Summer y Josh se giraran al unísono hacia la puerta. Ante sus ojos, uno de los hombres sacó una pistola calibre .45 y le disparó a la recepcionista justo entre los ojos.

Conmocionada y aturdida, Summer se quedó de pie, sin poder creer lo que veía. Los hombres se separaron y se fueron en

diferentes direcciones. Observó con horror cómo gritaban como si estuvieran en trance.

—Ha llegado la hora. La purga del pueblo ha comenzado. ¡Todos los infieles serán destruidos, y la sangre pura de los De Cree florecerá y se multiplicará! —Los hombres levantaron los brazos y vitorearon, con las armas firmemente sujetas.

Los ojos de Summer buscaron frenéticamente un lugar seguro antes de que los De Cree pudieran verlos.

—¡Josh! —le agarró el brazo bruscamente. Él se giró, aturdido, incapaz de creer lo que acababan de presenciar. —¡Tenemos que escapar de aquí!

Él asintió, todavía sin poder creer lo que veían sus ojos.

—¿Qué acaba de pasar? —tartamudeó—. Mataron a esa recepcionista… ¿qué son los De Cree?

Summer lo tomó del brazo, tirando de él para esconderse detrás de la puerta.

—Shhh… escucha —se agachó, tirando de Josh hacia abajo con ella. A lo lejos, oyeron gritos y alaridos, seguidos de disparos y silencio.

El corazón de Summer comenzó a acelerarse. Tenían que salir de ahí.

La entrada en la recepción estaba despejada por el momento. Los hombres se habían ido por ahora. Agarró de nuevo el brazo de Josh y corrió hacia la puerta exterior.

Crujió mientras empujaban con su peso contra el pesado marco de metal. Un rayo de sol se coló por las grietas, cegándolos momentáneamente. Con un fuerte golpe, la puerta se abrió de par en par, revelando una extensión de cielo azul.

—¡CORRE, JOSH, CORRE! —le gritó por encima del hombro mientras el sonido de los disparos se hacía más fuerte. Sus piernas bombeaban más y más rápido mientras corría, con los brazos oscilando a los costados.

El agudo sonido de los disparos los siguió hasta el claro iluminado por el sol. Podía sentir el aliento caliente del peligro en la nuca. Una ráfaga de aire le rozó el brazo. Con un golpe repugnante, oyó que algo caía al suelo detrás de ella. Su corazón martilleaba en su pecho

mientras se giraba lentamente y, con horror, vio a Josh desplomado en el suelo, con la ropa empapada en sangre.

—¡JOSH!

Un grito de terror escapó de sus labios mientras corría hacia él, cayendo a su lado.

—Summer. Corre. —Se ahogó, escupiendo sangre que borboteaba de un rojo brillante de sus labios cada vez más grises. Gotas salpicaron el brazo de Summer.

—¡No puedo! ¡No puedo! —sollozó, abrazándolo con fuerza. Miró a su alrededor frenéticamente, sin saber qué hacer.

Los disparos resonaron en la entrada de la clínica, y las balas rebotaban contra las paredes de ladrillo, esparciendo una lluvia de esquirlas y mortero por el aire. El olor a pólvora llenó las fosas nasales de Summer.

Un arbusto de follaje espinoso se alzaba delante. Con la esperanza de que el arbusto espinoso les proporcionara algo de cobertura, Summer apretó los dientes y comenzó a arrastrar el pesado cuerpo de Josh hacia él, dejando un rastro de sangre a su paso.

—Josh —lloró, acunando su cabeza en su regazo, tratando de detener la hemorragia.

Apenas consciente, su mirada se desvió hacia Summer, tratando desesperadamente de enfocarla. Su torso estaba cubierto de sangre, formando un lago rojo cada vez más grande, haciendo imposible determinar por dónde había entrado la bala en su cuerpo. Lo único que ella sabía con certeza era que era grave.

Muy grave.

—¡No! —gritó Summer, incapaz de detener lo que estaba sucediendo.

—El bebé… —farfulló Josh, la sangre tiñendo sus dientes de un rojo brillante.

Summer lo estrechó en un abrazo, su cabeza presionando pesadamente sobre su vientre plano mientras comenzaba a gemir, meciéndose de un lado a otro.

La mano de Josh tembló mientras la extendía sobre su cabeza. Sus pálidos dedos tantearon para abrirse paso entre los apretados rizos rojos de su cabello y la tela que cubría el estómago de Summer. Las

pecas anaranjadas de sus mejillas se apagaron mientras susurraba sus últimas palabras, que resonarían para siempre en sus oídos.

—Por favor, Summer. Nuestro bebé.

Su último aliento se escapó mientras ella retorcía la tela caliente y pegajosa de su camisa entre sus puños apretados. Sus brazos temblaban violentamente con cada tirón, tratando desesperadamente de arrancar el dolor que era demasiado pesado para soportar. El mundo comenzó a girar. Su angustia, tan insoportable, se había vuelto física, abriéndose paso hasta su garganta. Un lamento grave resonó en el cielo, reverberando en los árboles, clamando con angustia por el chico, por Josh.

La única persona que la había amado.

CAPÍTULO 16

CHRIS

CHRIS ANWIR SIEMPRE HABÍA sido insignificante. Sus manos eran suaves, sus dedos cortos y regordetes, sus palmas ligeramente surcadas por tenues líneas que hablaban de años de trabajo tedioso. Era de estatura y complexión promedio, pero a medida que se adentraba en la mediana edad, su cuerpo se había rellenado un poco, pasando de su figura juvenil, antes ordinaria, a una ordinaria de la mediana edad. Algunos rastros de canas salpicaban su cabello oscuro y cuidadosamente cortado, aunque por suerte todavía no había desarrollado los delatores signos de una ordinaria calvicie incipiente. Supuso que al menos debería estar feliz por eso.

A sus cincuenta y cuatro años, no había mucho que hiciera feliz a Chris Anwir. Era soltero, nunca tuvo una relación seria con una mujer que durara más de unos pocos meses y raramente tenía sexo. Las veces que lo hacía, al igual que todo lo demás en él, era ordinario. Era, en sus propias palabras, una vida vivida con arrepentimiento.

Se había pasado la vida trabajando en empleos en los que sabía que era bueno, pero que odiaba. Lo hacía para sentir alguna chispa de vida que lo hiciera revivir y brillar como el hombre que quería ser, pero nunca sucedió. Eso era lo que pasaba con ser ordinario.

Chris era talentoso, pero nunca iba más allá como alguien que realmente amaba lo que hacía. Carecía de pasión por una sola cosa, así que, aunque podía hacer muchas cosas bien, siempre sería eclipsado por otra persona con un nivel de habilidad similar pero con más entusiasmo.

Nunca brilló porque no le gustaba nada.

Chris se había resignado a una vida de monotonía, trabajando duro en las instalaciones de la red principal y desempeñando sus funciones como jefe del departamento con el mínimo de reflexión.

Eso fue hasta que Malcolm Gobbo entró con aire despreocupado en su oficina varios meses atrás, con un aire de autoridad que Chris nunca antes había encontrado, preguntando si él era el tipo que podía apagar las luces y cerrar la ciudad.

Había algo en él que hizo que Chris sintiera que cualquier cosa era posible, incluso para él.

Bueno, si Chris era honesto consigo mismo, era más que solo eso. Simplemente no era consciente, cuando comenzó a sumergirse en el nuevo mundo de la tecnología de las computadoras, de que esto lo llevaría a la vida que tenía en este preciso momento. Jefe de la Red principal de la central eléctrica de toda la Ciudad de Lex. Él era el hombre detrás de las luces. Su dedo controlaba la energía de toda la ciudad, es decir, él y su equipo, por supuesto. ¿Quién iba a saber, cuando se interesó por primera vez en la universidad por esta creciente tecnología de las computadoras, que llevaría su vida por un nuevo camino? Un nuevo futuro y uno en el que era parte de algo tan grande que ni siquiera él podía entenderlo todo.

Se reclinó en su silla, mirando la pantalla que tenía delante. Tenía cincuenta y cuatro años, soltero. Ninguna semilla plantada en mujer alguna para continuar su legado genético. La línea terminaba aquí con él. Chris Anwir, producto ordinario.

Sus dedos se movieron rápida y confiadamente sobre el teclado mecánico, cada clic y clac parecía resonar en su oficina. El

reconfortante sonido le recordó lo increíblemente genial que fue actualizar su anticuada máquina de escribir eléctrica.

Lo máximo, como dirían las chicas fresas.

Se concentró en las instrucciones que tenía delante, descifrando el código que haría desaparecer a Lex, cerrada y sellada como si una burbuja gigante hubiera rodeado el área, aislándola del resto del mundo. Ahí estaba él, el hombre del momento, sentado frente a la pantalla de su computadora, mirando la línea parpadeante que esperaba su orden.

El poder lo recorrió mientras extendía las manos, cerniéndose sobre las teclas, sintiendo el calor que irradiaban. ¿Era posible? ¿Podía sentir la energía que emanaba de las teclas, sabiendo lo que iba a hacer a continuación?

Nadie en el exterior lo sabría. Nadie.

Su corazón comenzó a latir más rápido, y Chris se sorprendió cuando sintió que se endurecía.

—¿Qué carajo? —dijo en voz alta mientras se apretaba las manos sobre la entrepierna.

—¿Qué carajo qué?

Las manos de Chris se levantaron de un salto, avergonzado. Su rostro enrojeció al oír la profunda voz de Malik Gobbo retumbando ante él, su cuerpo voluminoso y musculoso enmarcado en el umbral de la puerta.

Chris se hundió en sí mismo, deseando que la tierra se lo tragara.

El hermano menor de Malcolm, Malik, era todo lo que Chris no era. Era un bruto enorme de cabello oscuro, ondulado y descuidado. Una barba desaliñada le cubría la mayor parte del rostro. Siempre vestido como ese actor australiano, Mel Gibson, en la película *Mad Max*. Como si fuera una especie de salvador apocalíptico.

Chris le temía y aspiraba a ser como él.

—¿Qué tramas, imbécil? Pareces culpable de algo. Como si anduvieras en malos pasos. —El rostro de Malik se contrajo mientras golpeaba con su puño grueso, cubierto por un guante sin dedos, la mesa que los separaba. Sus ojos pequeños y penetrantes taladraron a Chris, quien sintió que el estómago se le caía. Con los dedos

temblorosos, se subió nerviosamente las gafas por el puente de la nariz, tratando de cerrar la boca abierta.

—No… nada, solo preparándome para la fase final de los apagones. —Chris tosió y se enderezó en su silla, despreciando cómo Malik lo hacía sentir como un cobarde. Pero a decir verdad, eso era exactamente lo que era. Un cobarde. La mera presencia de Malik desinfló inmediatamente su erección. Encogiéndola de nuevo en su cuerpo como una tortuga miedosa. La oleada de poder que había sentido momentos antes, mientras sus manos corrían por el teclado, se había secado y desaparecido de repente.

—¡A darle, nene! —Malik se palmeó el bolsillo de su chaleco, sacó una cajetilla de cigarrillos arrugada y le ofreció uno a Chris, quien no dudó en aceptarlo. Aunque el humo de su último cigarrillo todavía flotaba en el aire a su alrededor.

Chris le dio una profunda calada a su cigarrillo y lo dejó en el cenicero rebosante, mirando el teclado, con las manos temblando mientras se preparaba para cortar la energía de la ciudad. Malik se cernía sobre él, con una sonrisa depredadora en el rostro.

—¿Es este? —preguntó Malik, señalando un botón en el panel. Antes de que Chris pudiera responder, Malik presionó el botón con su dedo índice, soltando un grito de victoria.

—¡PAQUETE!

—¡Qué demonios, hombre! —Chris giró su silla, con el cuello y las mejillas encendidos de ira. Malik estaba en medio de la habitación, bailando, empujando las caderas hacia adelante, moviéndose lascivamente en el aire, gritando vítores triunfantes.

Incrédulo, Chris se quedó mirando. Le habían arrebatado su momento. Se lo habían arrancado con el toque de un botón justo delante de sus narices. Se suponía que esta era su gran oportunidad de demostrarle su valía a Malcolm, y ahora se había esfumado. Había pasado meses preparándose para este momento: estudiando los planes que Malcolm le había confiado, memorizando cada detalle del siguiente paso de El De Cree. Pero ahí estaba, sentado, impotente, mientras el hermano imbécil de Malcolm se lo arrebataba todo en un instante.

La mandíbula de Chris se crispó de rabia mientras tomaba su cigarrillo humeante del cenicero y aspiraba profundamente. El cilindro de ceniza que se formaba se hizo más largo, amenazando con caerse en cualquier momento. Exhaló bruscamente, enviando una nube de humo y trozos de ceniza gris en cascada que cayeron descuidadamente sobre el teclado de su computadora. Chris no se molestó en quitarla. ¿Para qué? El momento había pasado. Ya todo había terminado. Todo.

Malik detuvo lentamente sus giros al notar a Chris desplomado en la silla, con los ojos vidriosos, enfurruñado, con un cigarrillo encendido entre los dedos.

—Ah, ¿qué pasa, Christopher? —se burló Malik, apoyándose en el escritorio. Con reflejos rapidísimos, le arrebató el cigarrillo a Chris antes de que pudiera darle otra calada. La risa de Malik se filtró por la pequeña habitación como la de un niño, mientras echaba la cabeza hacia atrás, aspirando una larga bocanada de lo que había sido el cigarrillo de Chris.

—Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente, hermanito —exhaló, soltando una gran bocanada de humo hacia el techo—. No te pongas como un bebé por esto. Es vergonzoso, hombre.

Chris saltó de su silla cuando el agudo timbre de un teléfono sonando atravesó el aire, haciendo que tanto Chris como Malik se sobresaltaran. Miró a su alrededor, presa del pánico por un momento, antes de darse cuenta de que no era el elegante teléfono negro de la compañía en su lugar habitual sobre su escritorio, sino el voluminoso teléfono portátil gris con una antena que Malcolm le había dado para que pudieran contactarse después de que se fuera la luz. Empezó a estirar la mano para tomarlo, pero Malik lo agarró antes que él y contestó con voz ronca.

Mirando la boca abierta de Chris, su rostro se torció en una mueca de desprecio. Dándose la vuelta, se dirigió a la puerta que daba al pasillo. Chris se quedó helado en su escritorio, con los ojos fijos en Malik mientras hablaba urgentemente por teléfono. Su voz era baja y apresurada, densa de frustración.

—Vamos, hombre, está bien. Tengo esta mierda bajo control. Dame un respiro. Soy tu hermano, por el amor de Cristo. —Se pasó

una mano libre por el cabello con exasperación y miró a Chris. Su ceño se frunció y los músculos de su mandíbula se crisparon mientras su voz se quebraba por la tensión.

La mirada era inconfundible, enviando escalofríos por la espalda de Chris.

¿Qué diablos estaba pasando? Acababa de hacer todo lo que Malcolm quería que hiciera. Él era el único que podía hacerlo. Y lo hizo. Pum. Luces fuera.

Pensó en Malik hundiendo su dedo gordo en el teclado, arrebatándole todo por lo que había trabajado, y frunció los labios, mientras la lógica se apoderaba de él.

No, no lo hizo.

Malik solo presionó un botón que desencadenó un efecto dominó en toda la ciudad de Lex. Apagando la red que suministraba a la ciudad hasta la última onza de energía que tenía. Aislándolos por completo del mundo exterior.

Eso no sucedió solo con pulsar un interruptor. No. Eso fue todo él, Chris Anwir.

Nadie más sabía cómo hacerlo. Era indispensable, ¿entonces cuál era el problema?

Una fría revelación comenzó a amanecer en él. Él era el único que podía apagar la energía, pero no era el único que podía volver a encenderla. Su utilidad se había agotado.

Los había entrenado para volver a encender las luces.

¡Idiota!

Al mirar el bolsillo de Malik, no pudo evitar notar el ligero bulto que era inconfundiblemente la forma de una pistola. Levantó la vista y vio los ojos oscuros de Malik entrecerrados con sospecha, como si preguntara: «¿Qué quieres, pequeña comadreja?».

Chris reconoció la frialdad y la intimidación en la mirada de Malik. Conocía esa mirada. La conocía bien.

Apoyó las manos contra el borde de su escritorio y se puso de pie, sus instintos activándose, tratando de pensar en una forma de escapar. Eso era lo que hacía Chris. Huía de todo lo que le daba miedo.

La mirada de Malik estaba fija en él, una expresión de fastidio pintada en su rostro mientras continuaba su conversación con Malcolm.

Su mano se levantó, saludando a Malik como si tuviera mente propia. Ya tomando decisiones dos pasos por delante de su mente consciente. Sintió una oleada de náuseas que lo invadió, reprimiendo la amarga decepción que amenazaba con liberarse.

¿Cómo pudo haber sido tan ingenuo? Había confiado en Malcolm. Pensó que era parte de algo más grande que él por una vez, solo para darse cuenta de que Malcolm lo había utilizado. Ahora que su servicio ya no era necesario, había enviado a su hermano psicópata para que lo matara. El miedo recorrió a Chris, amenazando con paralizarlo.

—Malcolm, solo un minuto, solo un minuto —dijo Malik—. ¿Qué diablos, Chris? Estoy tratando de hablar de negocios con mi hermano. O sea, ya sabes, acabas de apagar la luz en todas partes.

Chris se apretó las manos entre las piernas, cambiando su peso de un pie al otro.

—Tengo que mear. Ya vuelvo.

Malik, como un cachorro entrenado, se volvió hacia el teléfono, sus dedos se movieron en un silencioso gesto de mando, agitando la mano como diciendo «sí, ve, ve».

Chris asintió casi imperceptiblemente y luego salió de la habitación sin decir otra palabra.

Malik se creía tan poderoso, invencible, que nadie podía ser más listo que él. Su arrogancia flotaba en el aire como una niebla, pesada y opresiva.

Se creía listo, pero no lo era. Malik era la esencia de la previsibilidad. Chris podía leerlo como un libro abierto. Era tan transparente.

Dicho esto, su hermano Malcolm estaba lejos de ser estúpido.

Si quería a Chris muerto, Chris estaría muerto.

Se apresuró por el corredor, pasando por los cubículos de los baños, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie lo estuviera observando o si había otros soldados por ahí, como ese

imbécil de Ben Hollen. Otro pez globo engreído, con un rango más alto en la jerarquía que Chris.

¿En qué estaba pensando? Pensó en todos los miembros de El De Cree y en cómo la gran mayoría de ellos no eran personas que le agradaran. Incluso la esposa de Malcolm, Tabitha, era espeluznante. Una mujer como un espantapájaros que se cernía cerca de las puertas, escuchando a escondidas las reuniones y luego susurrando palabras a los oídos de su esposo que solo ellos dos conocían.

¿Por qué me metí en esto? No podía pensar en una sola persona que hubiera conocido en El De Cree que no fuera turbia.

Eso no era cierto. Le agradaba el soldado, John Wilder. Era un buen hombre. Un hombre mejor que Chris. John era un hombre negro, alto y musculoso, con la cabeza afeitada que brillaba. Llevaba el uniforme de El De Cree con orgullo, siempre en posición de firmes. Chris no podía imaginar a John Wilder involucrado en el lado siniestro de El De Cree. Simplemente no le parecía ese tipo de hombre, a diferencia de Ben Hollen. Ese bribón vendería hasta a su propia madre para salir adelante.

Exhaló profundamente, sus largos dedos se enredaron en su espeso cabello mientras gotas de sudor corrían por su frente. Dudó frente al ascensor, debatiendo si subir y tomarlo hasta la planta baja. Su vista se posó en una puerta metida en el lado izquierdo de la pared, que pasaba desapercibida. Invisible a menos que supieras qué buscar.

A Malik no se le ocurriría tomar las escaleras, mientras que a Malcolm sí. Él tomaría las escaleras en lugar de un ascensor cada vez. Nunca se permitiría ser sorprendido sin guardia, atrapado en una caja suspendida por cables. No, Malcolm no. ¿Pero su hermano? Ni siquiera se daría cuenta de las puertas que conducían al mundo exterior.

Chris agarró una de las frías manijas metálicas de la puerta y tiró. Crujió al abrirse, enviando un escalofrío por su espalda mientras se volvía hacia el lugar de donde venía. Su oficina parecía silenciosa, excepto por el sonido ahogado de la voz de Malik desde algún lugar al fondo. Sonaba molesto, casi quejumbroso, mientras despotricaba con Malcolm.

Con las manos temblando, Chris se deslizó por la puerta abierta, volviéndose una vez más para ver si Malik se había dado cuenta de que Chris aún no había regresado. Tenía que darse prisa. Una vez que Malik supiera que Chris había escapado, no se sabía qué haría para atraparlo. Había visto a Malik en acción. Sabía quién era Malik y de lo que era capaz.

Volviéndose hacia las escaleras, miró a su alrededor en busca de testigos. En la esquina yacían un balde y un trapeador, sobrantes de uno de los conserjes que trabajaban en el edificio hasta altas horas de la noche. Lo levantó, todavía goteando con un líquido turbio. Agarrándolo con ambas manos, deslizó un extremo del trapeador entre las dos manijas de la puerta, atascándolas para que no se pudieran abrir.

Bajó corriendo por la escalera de metal, sus zapatos resonando ruidosamente en cada escalón. Cuando llegó al final, irrumpió por la puerta de salida con un fuerte golpe: la luz del sol le dio de lleno en la cara. Todo en él quería gritar pidiendo ayuda, pero no lo hizo. Se mantuvo en silencio y comenzó a evaluar la situación.

Estaba en la parte trasera del edificio, pero no estaba ni cerca de su auto. Llegar al frente tomaría demasiado tiempo y sería exactamente a donde Malik esperaría que fuera, así que comenzó a correr por el callejón a través del creciente ruido de gente corriendo, confundida y asustada.

¿Qué había hecho?

Chris había vendido a cada una de las personas de esta ciudad. ¿Y por qué? ¿Para poder sentirse como un pez gordo y ser parte de El De Cree? Fue estúpido. Sabía lo que estaba haciendo. Y sin embargo, lo hizo de todos modos. Ahora, ¿a dónde podría ir? ¿Qué podría hacer?

Agachándose, se cubrió la cabeza mientras gritos lejanos y disparos se oían en el aire. Se escondió detrás de un gran contenedor de basura de metal, presionando la espalda contra el áspero ladrillo de las paredes. Podía imaginar lo cabreado que estaría Malik. Perdiéndose las redadas y la destrucción. No había hablado de otra cosa durante días, semanas.

¿Habló Malik sobre ejecutar a Chris? ¿Había anhelado apagar la luz de Chris como lo había hecho con los ciudadanos de Lex?

Se quedó paralizado, sin saber qué hacer a continuación. La gente pasaba apresuradamente a su lado, sus voces fusionándose en un borrón confuso. No podía distinguir ninguna palabra individual, y entonces sucedió algo horrible.

Oyó la voz de Malik viniendo de la vuelta del edificio y se quedó helado, apretándose más contra la pared, sin mover un músculo.

Malik seguía al teléfono, con el dispositivo portátil pegado a la oreja mientras caminaba, absorto en la conversación. Chris lo observó con asombro, horrorizado por esta nueva invención de los teléfonos portátiles. Oyó el sonido ahogado de una voz proveniente del dispositivo y quedó desconcertado por la velocidad de la tecnología moderna.

Sacudió la cabeza, asqueado.

Acababa de apagar todos los mecanismos, causando todo este caos. Dejándolo acobardado detrás de un contenedor de basura como el traidor miserable que era.

Sin respirar, observó cómo Malik pasaba de largo, todavía despotricando con su hermano al otro lado del teléfono portátil. Su antena brillaba con el viento mientras el paso de Malik se aceleraba.

—Sí, hombre, está hecho. Te dije que lo haría. Me dirijo a Rayside ahora. Oye, son mis hombres, Malcolm. Debería estar con ellos. —Hizo una pausa, sin mirar a su alrededor, solo mirando fijamente con el teléfono apretado contra su oreja.

—Ya me encargué de Chris. No tenemos que preocuparnos más por él. Sí, sí, tengo que irme de aquí, hermanito, antes de perderme todo. —Malik comenzó a moverse de nuevo, su voz apagándose mientras doblaba la esquina del callejón y desaparecía.

Exhalando pesadamente, Chris se dejó caer en el cemento mugriento, su cuerpo apoyado contra la pared exterior del edificio.

¿Se había encargado de él? Bueno, eso es bastante extraño, Malik. Porque estoy aquí mismo, todavía vivo, pensó Chris.

No se movió al oír el portazo de una puerta en la distancia y el sonido de unas ruedas chirriando al alejarse. Era Malik, dirigiéndose

al Centro de Salud Rayside, donde los principales soldados estaban a punto de comenzar las primeras etapas de la toma de control.

Chris, con el corazón latiéndole en la garganta, se sentó en el suelo sucio del callejón, incapaz de moverse, pensando en Malik y en lo que sucedería en el Centro de Salud Rayside. No se movió durante mucho, mucho tiempo.

Horas.

Jódete, Malik, enfermo de mierda, pensó Chris, todavía escondido detrás del desbordante contenedor de basura. La gente pasaba corriendo, y pensó por un momento que fue él, no Malik, quien había cortado la luz, causando que el caos estallara. Apestando, al igual que la basura en la que se escondía.

Chris Anwir. Un hombre insignificante.

Avanzó desde su escondite una vez que la gente pasó. Correría con ellos. Se escondería entre la gente. Eso es lo que iba a hacer. Eso lo mantendría a salvo y oculto de El De Cree, por ahora. Todo lo que necesitaba era pensar en el momento presente. Ya se preocuparía más tarde por las luces y su papel en todo aquello.

Corrió, sin aliento, deseando poder fumarse un cigarrillo, fuera del callejón y hacia la calle abierta, directamente frente a una furgoneta de un amarillo brillante.

CAPÍTULO 17

LONNIE

LONNIE LLEGÓ A LA clínica en su vieja camioneta Chevy. La pintura con manchas de óxido se estaba descascarando y el guardabarros trasero derecho estaba dañado, pero a ella le encantaba. Estaba curtida, como ella. A pesar del óxido, la vibrante pintura amarilla sobresalía en el mar de autos blancos y grises. Se estiró para darle una palmada cariñosa al tablero. Su corazón se llenó de calidez al recordar las muchas veces que había estado llena de gente de la reserva que necesitaba que la llevaran a la ciudad. Abría sus amplias puertas, amontonándolos en cuatro filas y permitiendo que sus maletas de mano y bolsas del supermercado descansaran bajo sus pies. A Lonnie nunca le importaba traerlos si ella iba para allá. Disfrutaba de su compañía y la conversación la hacía sentir menos sola en sus viajes para ejercer como partera.

No tenía a nadie con ella en ese momento mientras manejaba hacia la Clínica de Salud para la Mujer de Rayside. Estaba sola, y eso

no sucedía muy a menudo.

Lonnie metió la camioneta amarilla en el estacionamiento de la clínica y salió al sol. Observó cómo dos jóvenes caminaban delante de ella, con las manos entrelazadas. La chica era menuda, con el pelo negro y corto que le caía sobre la cara, contrastando bruscamente con el cuerpo alto y desgarbado del chico y sus brillantes rizos anaranjados tipo afro. Sonrió para sus adentros. Era dulce ver una pareja tan improbable. Nada como un poco de sazón para variar las cosas.

Con un suspiro, arrojó las llaves a su bolso mientras veía a la pareja desaparecer por la entrada de la clínica. Al pasar por el frente, saludó con la mano a Karen, sentada detrás del mostrador de recepción. Los labios de Karen se estiraron en una sonrisa cuando los dos adolescentes se le acercaron. Lonnie articuló sin sonido: «¿Café más tarde?», antes de dirigirse por el pasillo hacia el consultorio del Dr. King.

El Dr. King no estaba, pero su secretaria sí. Lonnie se acercó con confianza al escritorio, con una sonrisa genuina iluminándole el rostro.

—Buenos días, Jane.

La secretaria, una mujer de mediana edad con ojos amables y uñas pulcramente arregladas, levantó la vista de sus libros de contabilidad y le devolvió la sonrisa.

—Lonnie, qué bueno verla. ¿Cómo van las cosas por allá en el monte con su hermano?

—Oh, ya conoce a Kai. —Lonnie negó con la cabeza, divertida—. Ese hermanito mío tiene muchas ideas.

—Bueno, tiene suerte de tenerla como hermana —respondió Jane, poniéndose de pie—. No cualquiera dejaría su práctica para seguir los sueños de otra persona.

—No la voy a dejar. Con el tiempo, estaré tan ocupada como siempre. Además, seguiré yendo a la reserva. Le prometí a la nueva partera que tomará mi puesto que la ayudaría en todo lo posible. —Lonnie se alisó el largo cabello castaño, dejando que su rostro redondo brillara—. Además, creo en la visión de mi hermano. Es una

buena visión. Sana. ¿Dónde está el Dr. King? —preguntó, cambiando de tema.

—Tenía una cita que no pudo cancelar y no vendrá hasta mucho más tarde hoy. Me dijo que le diera los suministros que necesitaba. —Jane desapareció en la parte de atrás, solo para volver momentos después cargando una gran caja de cartón.

—Aquí tiene —dijo, entregándosela a Lonnie.

—Gracias, esto es genial.

El estruendo de disparos rasgó el aire.

Lonnie y Jane agacharon la cabeza simultáneamente.

—¿Qué diablos fue eso? —preguntó Jane, con la voz quebrada por el miedo.

A Lonnie le temblaban las manos mientras bajaba la caja al escritorio y se arrastraba con cuidado hacia la puerta. Al asomarse, se le cortó la respiración al ver a cinco hombres con armas apostados en el vestíbulo. Gritaban sobre los De Cree, la purificación y el amanecer de un nuevo día.

Sintió un escalofrío al recordar fragmentos sobre la organización De Cree transmitidos en la radio.

Se volvió hacia Jane, que estaba de pie justo detrás de ella.

—Tenemos que salir de aquí. ¿Esa ventana se abre? No podemos salir por esta puerta.

Jane se giró hacia la ventana, sus manos comenzaban a temblar.

—Sí, se abre.

El sonido de las balas rebotando en las paredes y las voces masculinas gritando resonaron por el pasillo. Lonnie apretó con más fuerza el brazo de Jane, impulsándola hacia adelante. Agarró la caja, acomodándosela bajo el brazo.

—¡Ábrala! ¡Ahora! ¡Rápido! —Lonnie apretó los dientes mientras su mirada se desviaba hacia la ventana, su rostro extrañamente tranquilo.

—Lonnie, ¿qué está pasando? —Jane se volvió, asustada.

—No sé, solo váyase —dijo ella.

Jane forcejeó con el seguro de la ventana, con las manos temblorosas mientras oía más disparos y gritos a lo lejos.

Finalmente, encontró el pestillo y la abrió lo suficiente como para que ella pudiera pasar.

Lonnie le pasó la caja a Jane y luego pasó su cuerpo por el alféizar de la ventana. Justo cuando bajaba al suelo, vio a un hombre pasando por la puerta abierta. Se agachó y se acurrucó bajo la ventana, llevándose un dedo a los labios para indicarle a Jane que guardara silencio.

—¿Qué diablos está pasando? —susurró Jane frenéticamente, su rostro era una máscara de conmoción y confusión.

—Shhh. —El corazón de Lonnie latía con fuerza en su pecho mientras agarraba con seguridad la mano de la otra mujer. Conteniendo la respiración, se asomó con cautela por el marco de la ventana.

No había nadie en la habitación. Los hombres estaban más adelante en el pasillo.

Se sentó, presionando su espalda firmemente contra la áspera pared de ladrillos del edificio para cubrirse. Lonnie podía sentir su estómago retorciéndose en nudos mientras los ojos ansiosos de Jane buscaban respuestas en su rostro.

Su mente era un torbellino.

—Ok, esto es lo que vamos a hacer. Tenemos que llegar a mi camioneta y conseguir ayuda.

Jane gimió, asustada.

Lonnie se armó de valor e intentó sonar segura al decir: —Está bien. Una vez que lleguemos a la camioneta, estaremos bien. — Aferrando sus llaves con fuerza, se levantó lentamente de su escondite y caminó de puntillas bordeando la pared del edificio.

Jane iba justo detrás de ella, tan cerca que Lonnie podía oír su respiración agitada mientras ambas avanzaban poco a poco hacia la camioneta estacionada en el frente, tratando de ignorar los ruidos que provenían del interior del edificio.

Lonnie bordeó la esquina con cautela, estirando el cuello en una búsqueda desesperada de cualquier señal de la policía. Todo estaba inquietantemente silencioso, excepto por los sonidos de horror que venían del interior del edificio. Una inquietante sensación de pavor se instaló en su estómago. ¿Por qué no había nadie cerca para

detener esta masacre? Dobló la esquina y el alivio inundó sus venas cuando su camioneta apareció a la vista. Vio a la pareja de adolescentes de antes salir corriendo del edificio. Suspiró, aliviada. Al menos ellos escaparon. Entrecerró los ojos, buscando, con la esperanza de ver a Karen salir también por las puertas, pero no se la veía por ninguna parte. El corazón se le fue a los pies, rezando en silencio para que su amiga estuviera a salvo.

Tomó la mano de Jane.

—Tenemos que correr, y tenemos que correr rápido.

Justo en ese momento, sonaron más disparos mientras dos hombres se paraban en la entrada de la clínica. Lonnie supo que era ahora o nunca. Tenían que intentarlo. Corrió, agachada, arrastrando a Jane con ella. Llegaron a la camioneta sin ser vistas y se agacharon detrás, fuera de la vista de los hombres. Lonnie rezó para que los adolescentes hubieran logrado escapar a salvo mientras le quitaba la caja a Jane y agarraba sus llaves con manos temblorosas.

Jane temblaba a su lado, pero Lonnie ignoró los sollozos de la mujer y abrió con cautela la puerta de la camioneta sin ponerse de pie. La puerta se movió hacia adelante y Lonnie la sostuvo para que no se abriera de golpe. Con una respiración profunda, se inclinó, colocó la pesada caja de cartón en el piso del lado del pasajero y se metió a gatas en el asiento del conductor. Jane la siguió tímidamente, emitiendo gemidos apenas audibles mientras se desplomaba en el lado del pasajero.

—Vamos a salir de aquí lo más rápido posible, así que manténgase agachada —dijo Lonnie, poniendo las llaves en el encendido.

Jane asintió, aterrorizada, mientras se sentaba en el suelo, colocando la caja en el asiento.

Lonnie contuvo la respiración mientras giraba la llave en el encendido. La camioneta cobró vida y, sin dudarlo, pisó el acelerador y salió a toda velocidad de la entrada hacia la carretera, casi golpeando un buzón. Tenía el corazón en la garganta mientras se erguía en su asiento para poder ver hacia dónde iba. Miró brevemente hacia la clínica justo a tiempo para ver a un hombre con uniforme militar de color caqui de pie en la entrada. Sostenía un rifle en sus manos mientras la veía alejarse. Su pelo rizado estaba

recogido en una gorra militar que asomaba por detrás de su cuello. Tenía una mirada malvada y le sonrió como diciendo: *Ya me encargaré de usted más tarde.*

Lonnie dio un volantazo, su pie presionando con más fuerza el acelerador. Le temblaban las manos mientras respiraba hondo. Tenía el estómago hecho un nudo por la imagen del soldado. Su rostro se le grabó a fuego en la mente con cada kilómetro que pasaba, sus ojos fríos taladrándola. Podía sentir su garganta apretarse mientras la saliva se acumulaba en su boca. Intentó tragar a pesar del nudo en la garganta, forzándose a mantenerse concentrada en la carretera.

Lonnie agarró el volante con fuerza, sus nudillos se pusieron blancos. Apretó los dientes. En su cabeza, de repente escuchó una voz que parecía venir de fuera de ella misma. «Vamos, chica», dijo en un inconfundible tono de aliento.

Jane permanecía inmóvil, todavía acurrucada en el suelo del asiento del pasajero, mirando a Lonnie, pero Lonnie seguía concentrada en la carretera, observando cómo los árboles pasaban volando como un borrón. El sudor perlaba su frente mientras escudriñaba el largo tramo de la autopista, instando a su camioneta a moverse más rápido. Su mente corría con preguntas y preocupaciones. Lonnie repetía la frase como un mantra: «Vamos, vamos».

Bajar la velocidad no era una opción. Tenía que llegar a donde estaba Kai en Hayden.

Capítulo 18

Malik

MALIK PERMANECÍA DE PIE, observando a la mujer nativa alejarse en su furgoneta, con el arma aún humeante después de haberle disparado a la pareja de adolescentes. Todavía se deleitaba en el poder tras ver al muchacho caer de rodillas sobre la tierra, con sus rizos naranjas rebotando mientras su cráneo impactaba el suelo con un golpe sordo, y a la chica, incapaz de evitarlo, tropezando sobre él.

Había estado tentado de dispararle a ella también, pero algo en sus gritos lo hizo dudar. Una satisfacción enfermiza lo invadió mientras observaba sus alaridos de angustia por el chico, mientras sus manos recorrían el cuerpo de él, tirando de su camisa con desesperación. La desolación de la chica irradiaba a través de él, así que se quedó allí un rato, observando, absorbiendo su dolor como una esponja, regodeándose en su angustia.

Eso fue hasta que la furgoneta amarilla y oxidada apareció a toda velocidad por el camino de tierra, levantando nubes de polvo que se arremolinaban y danzaban a su paso. Los dedos de Malik se tensaron alrededor de su pistola. Entrecerró los ojos, alineando su tiro hasta que la vio a ella, la mujer al volante, devolviéndole la mirada con unos ojos penetrantes. Su mirada lo atravesó, desgarrándolo hasta el centro de su ser, exponiendo la oscuridad que se enconaba, que bullía cada vez más alto dentro de él, finalmente libre para ser liberada.

La mujer se marchó a toda prisa, sin dejar más que una nube de polvo a su paso y el sonido de la respiración entrecortada de Malik mientras permitía que la rabia hirviente en su interior creciera, ya sin contención.

Su brazo estaba firme, el arma aún levantada, su cuerpo sólido como una estatua, observando hasta que la furgoneta no fue más que un punto en el horizonte. Bajó el brazo lentamente, sus dedos apenas aflojando su agarre sobre el gatillo. La dejó ir, sabiendo que ella había visto lo que yacía bajo su máscara: la cruda verdad de su ser.

Sí, pensó Malik. Recuérdeme. Grábeme en su mente. Selle lo que vio en lo profundo de su alma. Deje que el miedo crezca y se infle, sabiendo que escapó esta vez. Pero iré por usted. A tomar lo que es mío.

Joder, se rio Malik con una risa maníaca, sintiendo una euforia pura al contemplar la incipiente transformación del mundo de su hermano. Asimiló las vistas y los olores de su recién descubierta libertad. Abrazando el lado de sí mismo que se había desbloqueado tras haber estado reprimido por tanto tiempo. Una oleada de poder, una energía oscura, recorría su cuerpo a cada instante. Se sentía invencible en este mundo, donde a su verdadero yo se le permitía prosperar y tomar el control.

Extasiado. Así es como se sentía. Extasiado por la potencia de todo aquello.

Su mente derivó a unas horas antes, cuando Chris, ese cobarde llorón, de algún modo había logrado escabullirse. Malik tenía que admitirlo. Nunca pensó que el debilucho tuviera las agallas, pero ahí

estaba. Soltó una risita para sí, bajando su arma. La gente como Chris no estaba destinada para este nuevo mundo, pensó Malik mientras se pasaba una mano por el pelo. ¿Y qué si Malcolm lo quería muerto? Claro, Chris se había escapado, pero eso era secundario. Irrelevante. No pasaría mucho tiempo antes de que Chris encontrara su destino.

Malik sacó un cigarrillo e inhaló, pensando en Chris huyendo como un cerdito chillón. La idea de que uno de sus soldados lo masacrara le provocó a Malik un ataque de risitas y, a la vez, lo hizo sentir ligeramente desinflado. Se suponía que él era quien debía ejecutar a Chris. Necesitaba reunir a sus hombres y asegurarse de que, cuando capturaran a Chris, fuera él, Malik, quien masacrara al cerdito de Chris. Nadie más.

Se sentía bien. Muy bien.

Cazaría a Chris antes de que Malcolm se diera cuenta de que Malik le había mentido.

Esto era mejor, pensó. Rastrear a Chris como a una presa salvaje.

Así pensaba en todo. Todos eran presas, y él era el depredador que los derribaría, igual que ese chico con los rizos alborotados rebotando alrededor de su cara como un faro mientras corría. Solo esperando. Esperando que Malik amartillara su arma y lo abatiera.

Todo iba exactamente como su hermano se lo había prometido.

Lo único que le cabreaba a Malik era el hecho de que se había perdido la invasión inicial al centro de salud. Eso era algo que no podía perdonar. Había trazado cada intrincado detalle del ataque. Y, sin embargo, se le había privado de la euforia de liderar a sus hombres, a sangre y fuego, en la batalla mientras asaltaban el centro de salud. Demonios, si fue Malik quien se las arregló para reclutar a la mayoría de los soldados necesarios para tomar la ciudad. Colegas que había conocido cumpliendo condenas en prisión.

La clase de colegas que no tendrían ningún problema en ejecutar los planes de Malcolm sin que los otros miembros del De Cree se enteraran.

Eran sus hombres. Suyos.

Maldijo a Malcolm por exigir que se encargara de Chris inmediatamente.

Chris iba a pagar por eso.

La voz de Malcolm resonó en la mente de Malik, preguntándole si estaba seguro de que se habían encargado de Chris.

¿Pero qué carajos?

Malik le dio una larga y profunda calada al cigarrillo entre sus dedos. Exhaló lentamente, viendo el humo ascender en una espiral tenue antes de disiparse en la nada. Lanzó la colilla de un golpe, observándola girar en el aire antes de golpear el suelo con un leve siseo, levantando una lluvia de chispas en el camino vacío frente a él.

La perpetua duda y decepción de su hermano solo lo hacía sentir inferior. ¿Acaso no entendía que ahora ambos eran un equipo? Malik era su hermano, su igual, su socio en el Decreto. ¿Por qué todavía lo trataba como si fuera el bebé llorón que necesitaba protección cuando eran niños? Esos días habían quedado atrás. Era el turno de Malik de ayudar a liderar el Decreto y construir la realidad que Malcolm imaginaba.

El problema era ese otro tipo, Ben Hollen. ¿Qué demonios veía Malcolm en él? El tipo no era gran cosa, solo un niño bonito. Uno setenta y dos, con suerte. No era un gran soldado, para nada. Pero, por otro lado, no era solo un soldado, ¿o sí? No. Era mucho más importante para su hermano, y eso era lo que más confundía a Malik. ¿Qué veía Malcolm en Ben que lo hizo elegirlo como su segundo al mando? Malik simplemente no lo entendía en absoluto. Él, que era leal hasta la médula, y aun así su hermano elegía a Ben por encima de él cada vez.

Luego estaban los problemas con la perra de Ben. ¿Por qué tenían que atraparla? ¿Por qué era tan importante si Ben ya tenía a la otra? ¿Cómo se llamaba?

Yasmeen.

La chica persa descarada de pelo oscuro y rizado. Vaya pedazo de hembra. Sintió que se le endurecía y se dio un apretón, sacudiéndose el miembro, sonriendo, divertido.

Yasmeen, la que Malcolm declaró que era la elegida.

Claro, hermano, claro. La elegida.

Tabitha, la escuálida esposita de Malcolm con su rostro contraído, apareció en la cabeza de Malik. Se escabullía por todas partes, tratando de pasar desapercibida. Oculta, pero no del todo. Supuso que no podía culpar a Malcolm por querer que Yasmeen fuera la elegida, considerando a su esposa chiflada.

Al soltar el agarre que tenía en su entrepierna, sintió que cualquier atisbo de excitación se desvanecía al pensar en su cuñada. No le interesaban los asuntos de mujeres. Le interesaba el arma en su mano y apuntarla a la presa frente a él.

Malik giró sobre sus talones y regresó con paso decidido hacia el centro de salud. Había más lugares a donde ir. Incluyendo reunirse con su alteza en persona, Ben. Necesitaban tramar un plan para traer a su esposa y a su mocoso a casa, al De Cree.

Puede que los motivos de Malcolm no estuvieran claros para él, pero de cualquier forma no importaba. Mientras lo dejaran en paz para hacer lo que le viniera en gana, Malik estaba dispuesto a seguirle el juego.

CAPÍTULO 19

LONNIE

A LONNIE LE TEMBLABAN LAS manos mientras se limpiaba las gotas de sudor que se acumulaban sobre su labio superior. Aferrada al volante, intentó lanzar una mirada casual por el espejo retrovisor a la creciente multitud que había detrás de ella.

El miedo y la confusión llenaban sus rostros mientras sus ojos se movían de un lado a otro, incapaces de procesar lo que estaba sucediendo.

Su corazón latió con fuerza una vez más.

Después de dejar a June en su casa, Lonnie se dirigió a una estación de policía, pero un hombre que saltó frente a la camioneta la detuvo. Los frenos rechinaron cuando el vehículo se detuvo bruscamente a solo centímetros de atropellarlo.

El hombre rodeó la camioneta, con su camisa de vestir blanca ondeando al viento. Extendió una mano temblorosa hacia la ventanilla de la camioneta de Lonnie, que estaba atascada.

—¡Ayúdeme! —suplicó, con la voz quebrada por el miedo—. ¡El mundo se ha vuelto loco!

Lonnie no respondió. En su lugar, sosteniéndole la mirada con una expresión silenciosa, destrabó la puerta y le permitió entrar.

Fue la primera de las personas que había recogido en el camino. Todas intentaban escapar de la masacre que parecía estar ocurriendo por todas partes en Lex.

—Ya llegamos. —Su voz se deslizó por sus labios resecos, sonando extraña a sus propios oídos. Detuvo la camioneta y giró su pálido rostro hacia los pasajeros que estaban detrás de ella.

Una a una, las personas bajaron del vehículo como en un trance. Sus rostros estaban marcados por el agotamiento y el miedo.

—Gracias.

Lonnie asintió, apretando cada mano, rezando a Dios, a los ángeles o a los espíritus, en quienquiera que creyeran, para que cuidaran y protegieran a cada uno de ellos.

La última persona bajó al exterior y Lonnie regresó al frente. Sobresaltada, se llevó una mano al pecho.

Su primer pasajero, el que casi atropella, estaba sentado en silencio, con la mirada fija en la estación de policía que tenían delante.

—Señor, ya llegamos. —Habló ella, con sus palabras suaves como un hilo de plata.

—No tengo a dónde ir. —Dijo el hombre, con los ojos brillando detrás de sus lentes.

Lonnie levantó la mirada y, por primera vez desde que casi lo atropelló, observó los rasgos del hombre. Era bastante alto, ni mucho ni poco, de unos cuarenta y tantos o cincuenta y pocos años. De complexión corpulenta y cabello castaño oscuro. Tenía los ojos rasgados, pero era difícil verlos detrás de sus lentes.

—La policía lo ayudará —dijo una vez más con su voz tranquila.

—No, no lo harán. Con algo tan grande, la policía es parte de esto. —Dijo, sin apartar la vista de la ventanilla.

Lonnie extendió la mano y tomó la del hombre. Él se aferraba al tablero como si fuera un salvavidas que lo rescatara de ahogarse.

El hombre se giró lentamente para mirarla, con los labios temblorosos.

—No —dijo—. Esto es solo el comienzo. —Parecía resignado mientras inclinaba la cabeza y sollozaba—. Lo siento mucho. Dios, lo siento tanto.

Lonnie no sabía qué hacer. Los acontecimientos del día aún no habían calado en su mente.

—¿Por qué lo siente? —Colocó su mano regordeta sobre el hombro tembloroso del hombre—. Usted no hizo nada.

El hombre se sacudió violentamente, sus emociones causaban estragos en su cuerpo.

—Ahí, mi querida señora, es donde se equivoca.

Ella retiró la mano como si hubiera tocado algo al rojo vivo.

El hombre levantó la vista, sus pequeños ojos enrojecidos por las lágrimas. Su rostro estaba descompuesto por el remordimiento.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó ella, apenas en un susurro. Su mano flotaba en el aire, a centímetros de tocar el brazo del desconocido.

—Chris. —Sollozó.

A Lonnie se le encogió el corazón.

Christopher

Cerró los ojos ante la oleada de dolor que amenazaba con abrumarla, tratando de abrirse paso hasta la superficie, suplicando ser liberada.

Más tarde, se dijo a sí misma, conteniéndolo, aferrándose a las emociones que bullían bajo la superficie. *Más tarde, dejaré que el pasado visite mi alma.*

No es el momento, Chrissy.

Abrió los ojos, apretando sus labios temblorosos.

Después de todos estos años, *su* nombre seguía siendo como una fuerza física que la dejaba sin aliento mientras todo lo que había sucedido regresaba de golpe. Su presencia habitaba todo lo que había existido y alguna vez fue, aunque él no estuviera aquí.

—Chr… Chris. —Se aclaró la garganta y abrió los ojos. Era solo el desconocido otra vez. Guardó a buen recaudo los recuerdos del pasado, como una vieja colcha guardada en un baúl de cedro,

esperando el momento adecuado para sacarlos, sacudirlos y contemplarlos y saborearlos.

—¿Por qué demonios se echa una carga tan pesada sobre los hombros? ¿Qué lo hizo decidir asumir una responsabilidad tan enorme? No es razonable. La culpa debería recaer sobre este grupo De Cree.

Chris hizo una mueca al oír la mención de los De Cree.

—Pensé, pensé… —rompió en llanto de nuevo—. Nunca pensé que esto pasaría. Cuando pidió cerrar la ciudad...

El rostro de Lonnie se arrugó, confundida.

—¿Cerrar la ciudad? ¿No entiendo?

Una calma se apoderó de Chris, provocando un escalofrío que le recorrió la espalda a Lonnie.

—El alcalde, la élite política de Lex. Todos los peces gordos poderosos están en el bolsillo de Malcolm Gobbo. Todos los pesos pesados de la política en Lex bailan al son de Malcolm Gobbo. Todos son socios de los De Cree. —Chris respiró hondo y continuó—: Él ordenó el cierre. Yo fui uno de los responsables de la vigilancia masiva que se ha llevado a cabo durante el último año. Mi trabajo era ayudar a aislar a Lex del resto del mundo, para que nadie supiera lo que está pasando aquí por un buen tiempo.

—¿Qué está diciendo? —La comprensión le recorrió las venas a Lonnie, fría y desoladora.

—No sabía que a esto se referían con empezar la purificación. No pensé que matarían. —Chris hundió el rostro entre las manos—. Se suponía que solo era una forma de prevenir el terrorismo.

¿Vigilancia? Era mucho peor de lo que Lonnie podría haber imaginado. Esto sonaba más a una infiltración. Su cuero cabelludo hormigueó con pequeños pinchazos.

Luces parpadeantes llenaron su visión, cada una una explosión vibrante de color que parecía pulsar al ritmo del latido ensordecedor que resonaba en sus oídos. El constante bum, bum, bum y el agudo zumbido eran como señales de advertencia con cada pulsación.

Lex estaba aislada del resto del mundo. Dejada en las garras de los De Cree. Nadie podría detener a Malcolm Gobbo antes de que fuera demasiado tarde.

—Esta es solo la primera ciudad. —La voz de Chris se quebró en la distancia.

—El poder político que respalda a Malcolm Gobbo es ilimitado. Hasta el más alto nivel, aquellos que lo siguen pero no son parte de su círculo íntimo están influenciados por su carisma, lo que los ciega ante la corrupción y la manipulación que está ocurriendo hasta que es demasiado tarde. Esto es lo que me pasó a mí. Escapé de ser ejecutado por su hermano, ese hijo de puta, Malik. Planeaban deshacerse de mí una vez que terminaran de usar mi ayuda. ¿Puede creerlo? Pensé que era uno de ellos. Uno de los que ayudaría a traer armonía a nuestro mundo roto, y trataron de ejecutarme. Deshacerse de mí como si fuera basura que ya no se necesita. —Hundió el rostro en las palmas de sus manos y se sacudió con sollozos una vez más.

Como un hilo invisible, fue arrancada de los sonidos y colores que danzaban a su alrededor como voces que se extendían, tratando de advertirle de lo que se avecinaba. Intentó quedarse donde estaba, pero era demasiado tarde. Su atención volvió al mundo real y al hombre sentado en su camioneta.

Chris.

Un nombre que la llenaba de amor y alegría, pero que también la asfixiaba con una tristeza de la que nunca podría librarse y no quería, aunque le arrancara el corazón. Anhelaba volver al pasado, pero temía tener que regresar y enfrentar la verdad que siempre estaba con ella en el presente.

Lonnie se aclaró la garganta, viendo el edificio, al hombre a su lado y el volante frente a ella. En el aquí y el ahora, estaba viva, justo donde se suponía que debía estar. Todavía había trabajo por hacer y gente a la que amar. Su historia aún no había terminado. Le gustara o no, estaba destinada a vivir.

—Sí —respondió, volviéndose hacia el parabrisas. Giró la llave en el encendido, arrancando el vehículo—. Puedo creerlo. —Dijo, con la voz tranquila mientras salía del estacionamiento de la policía—. No es la primera vez en la historia que el hombre destruye a sus hermanos en la búsqueda de poder y control. —Se giró hacia Chris, que estaba sentado, atónito, mirándola.

—De alguna manera, tenemos que detener esto. —Dijo, sin saber cómo iba a lograr semejante tarea.

Pensó en su hermano, en su ira y su dolor, carcomiéndolo día tras día.

Y pensó en Hayden, el santuario que Kai había construido, con la intención de crear una comunidad alejada de todo el daño que los rodeaba en el mundo exterior.

Giró la camioneta hacia la autopista y pisó el acelerador.

Chris se pegó al asiento, sobresaltado. Los ojos de Lonnie se centraron en la vista que tenía por delante. Su pulso estaba acelerado como si acabara de terminar un maratón. Necesitaba ver a su hermano. Abrazarlo fuerte como cuando era un niño pequeño. Necesitaba hablar con él sobre Hayden y todo lo que había pasado ese día, incluidas las personas a las que había ayudado.

Si lo que Chris decía era verdad, habría más, y necesitarían un refugio seguro para resguardarse de los De Cree.

—Esto no puede estar pasando. —Apenas respiró a través de los labios apretados.

Chris se agarró al tablero, sus dedos tratando de aferrarse a un punto seguro.

—Es demasiado tarde. Ya ha comenzado. —Su voz se apagó sobre el rugido del motor.

Lonnie pisó el acelerador con más fuerza.

—Malcolm Gobbo es demasiado poderoso. Está exterminando a cualquiera que se interponga en su camino.

—Es solo un hombre, y a un hombre se le puede poner de rodillas —respondió Lonnie, con la voz firme mientras agarraba el volante. Permaneció inmóvil en su asiento, con la respiración superficial e irregular mientras intentaba anclarse en el momento presente. Esperando que eso la fortaleciera.

Deseó sentirse tan segura como sonaba.

Capítulo 20

Amanda

AMANDA, DE PIE JUNTO a su escritorio, garabateaba las últimas palabras en el papel; la pluma arañaba la hoja. Deslizó la carta doblada dentro de un sobre blanco en el que había escrito el nombre de Leah con su letra temblorosa. Hizo una pausa y dejó que su dedo índice recorriera el nombre de su amiga, mientras ofrecía una plegaria silenciosa para que Leah lo abriera y entrara en razón.

Una ola de culpa la inundó; estaba cometiendo la máxima traición contra su mejor amiga. Ocultarle una vida secreta que involucraba a The De Cree. ¿Pero cómo podría no hacerlo? Además, Malcolm Gobbo había recomendado silencio hasta que Leah estuviera dispuesta a unírseles, afirmando que lo entendería una vez que estuviera dentro del redil.

Amanda dudaba cada vez más que su mejor amiga aceptara unirse a la causa de Malcolm. Ahora más que nunca, con Ben tan cerca de Malcolm.

Leah solo podía ver la participación de Ben en The De Cree. Lo veía como alguien inmerso en la agenda oculta de la organización, con los detalles de sus actividades envueltos en misterio. Poco sabía ella que detrás de todo había una organización compleja con muchas capas.

Era tal como había dicho John: The De Cree era una nueva forma de vida.

Al principio, Amanda se asombró al descubrir el verdadero alcance de The De Cree. La primera vez que oyó hablar de Malcolm Gobbo, supuso que era una organización tipo secta o un esquema piramidal. Sin embargo, lo que descubrió fue mucho más de lo que jamás podría haber imaginado. Personas de todos los orígenes, edades y clases sociales formaban parte de esta sociedad, viviendo juntas en una comunidad muy unida, unificadas por objetivos comunes.

Malcolm y John le mostraron las diversas partes de The De Cree. Había comités dedicados a la educación, la atención médica, la vivienda, el comercio y el entretenimiento. Cada comité tenía su propio conjunto de reglas y regulaciones que debían seguirse para mantener intacta la armonía entre los miembros. Todos tenían un papel dentro de The De Cree, un sistema organizacional autosuficiente diseñado para brindar seguridad y estabilidad a todos sus miembros.

El complejo de The De Cree fue la primera comunidad, con los primeros miembros dejando atrás el viejo mundo y entrando en uno mejor.

El corazón de Amanda rebosaba de gratitud al ser acogida por la comunidad. Pudo sentir una camaradería instantánea con los demás miembros mientras trabajaban juntos para mejorar sus vidas y las de los otros en su comunidad. Se había apasionado por The De Cree. Era algo especial, algo revolucionario. Y ahora tenía a John.

Sus mejillas se sonrojaron a un tono más intenso al pensar en él. Era la encarnación perfecta del hombre alto, moreno y guapo, con una dosis extra de definición muscular que se ondulaba bajo su camisa como piedra de granito. Su piel se sentía dura al tacto, como una roca.

Un calor suave y eléctrico se agitó en su vientre al recordar la sensación de sus manos explorando los contornos de sus brazos, sintiendo los tendones duros presionados bajo las yemas de sus dedos. Cerró los ojos, inhalando profundamente, anhelando que él la tocara de nuevo.

No podía creer que Malcolm hubiera elegido a John para ser su pareja.

Inicialmente, dudaba de las leyes del complejo, que requerían que todos los adultos en edad fértil estuvieran casados. Malcolm y su esposa, Tabitha, les asignarían un cónyuge basándose en quién creían que sería una buena pareja. Le parecía arcaico y retrógrado, pero su historial de citas la había dejado sola y sin prospectos a la vista. En verdad, Amanda quería casarse y formar una familia.

John Wilder era más de lo que jamás podría haber imaginado. Todo lo que habría esperado en un cónyuge. Amable, dulce y, lo más importante, poderoso.

Dios, cómo le gustaba un hombre poderoso.

No supo cuánto hasta que conoció a John. Amanda no podía creer que este hombre fuera suyo —su esposo— y que lo sería para siempre.

Dejó la carta en su escritorio, sabiendo que Leah vendría y la encontraría.

Por detrás, John abrazó a Amanda con sus brazos firmes y protectores. Ella se recostó en él, aspirando su aroma, una mezcla de lo misterioso y lo familiar. Aunque solo llevaban unos meses casados, sentía como si hubiera sido mucho más tiempo. Recordó el día de su boda. Todo en él era sencillo pero significativo. Llevaba un simple vestido de novia blanco que cubría su esbelto cuerpo justo por debajo de la rodilla. Se paró ante el juez con su futuro esposo, que lucía majestuoso en su traje gris junto a Malcolm Gobbo. Todo pareció pasar en un borrón surrealista mientras el juez los declaraba oficialmente casados.

Amanda no podía quitarle los ojos de encima a John.

¿Estoy loca?, pensó mientras repetían sus votos, con John sujetando sus pequeñas manos entre las enormes de él.

Esto es una locura, pensó, y sin embargo, de alguna manera, cuando John la miró con sus impactantes ojos grises que contrastaban con el tono de su piel, todo en él se sintió correcto. Como si siempre se hubieran conocido y solo estuvieran esperando este momento para reconectar. Su yin para el yang de él. Juntos como marido y mujer. Uno solo.

Extraños, y ahora John y Amanda Wilder.

Él la abrazó con fuerza, acurrucando su cabeza en la curva de su cuello, presionando suavemente sus labios sobre su piel tersa, provocando escalofríos que le recorrieron la espalda.

—Ya recapacitará —dijo él.

Sus labios temblaron al pensar en Leah y el pequeño Adam. Los amaba. Leah era su hermana de corazón. Y Adam, ese dulce niño, Adam, era el sobrino que no tenía.

—Eso espero, John —se recostó en él—. Siento que la he traicionado.

John la acercó, girándola para que lo mirara. Sus ojos se encontraron en un tierno abrazo. Sus manos ahuecaron su rostro, sus dedos suaves mientras le levantaba la barbilla.

—Pronto estará contigo.

—No lo sé. Es bastante terca cuando quiere. Y luego está Ben. Honestamente, no sabes lo mal que lo pasó cuando estaba con él.

Con un suspiro, John la abrazó. Su pecho, duro como una piedra, se presionó contra su oreja. Podía sentir su corazón latiendo bajo la camisa.

—Ben es la mano derecha de Malcolm. Leah no puede tener un lugar separado en The De Cree aparte de él. Además, Adam es su hijo, te guste o no, el niño es su hijo.

Extendió la mano y la colocó sobre el vientre de Amanda. Una emoción que nunca antes había sentido la atravesó como un rayo.

—Quizás pronto tengamos nuestro propio pequeño.

La idea de llevar un bebé de John despertó un torrente de euforia en su interior.

Colores claros y cálidos y contornos suaves surgieron en su mente. Los huesos de su cadera no eran tan prominentes como el mes pasado. Una sensación de aleteo en lo profundo de su vientre agitó

un torrente de sensaciones y emociones que no estaba segura de cómo procesar. La abrumaba.

¿Cómo podía ser esta su nueva vida? ¿Cómo se transformó su vida de un ciclo de citas solitarias a estar casada con este hombre increíble, imaginando a sus futuros hijos juntos?

Todo gracias a Malcolm. Malcolm era el hombre que moldearía el mundo y lo haría un lugar mejor para Amanda y John. Y quizás para el hijo que esperaba que ya estuviera creciendo dentro de ella.

John se arrodilló y posó sus labios sobre su vientre plano, exhalando su aliento caliente contra la tela de su camisa.

Oh, cómo deseaba devorarlo en ese mismo instante, simplemente envolverse en él y no soltarlo nunca.

—¿Estás ahí, bebé? ¿Puedes oírme? ¿Estás acurrucado en mamá, creciendo y haciéndote más fuerte? —su voz vibró contra su piel.

Amanda ahuecó la cabeza calva de John, amando la sensación de la suavidad de la piel, las hendiduras y recovecos de los huesos de su cráneo. Este era su hombre; solo ella podía tocarlo de esta manera.

Nada podría quitarle eso.

John le dio a su vientre un último beso y se puso de pie, posando sus labios sobre los de ella.

—Él está esperando. Tenemos que irnos —declaró, sus ojos brillando con nada más que amor.

—Lo sé —dijo ella, dándole una palmada en el brazo, mirando por encima del hombro hacia la carta que esperaba que Leah leyera y se diera cuenta de que el complejo era la mejor opción para ella y Adam.

—Todo va a pasar hoy. Necesitamos volver al complejo. Ella estará allí, Amanda, vendrá —presionó su gran mano entre sus omóplatos y la guio fuera de la habitación.

Amanda suspiró, echando una última y larga mirada a la carta.

Sabía que algo grande estaba a punto de suceder. Malcolm estaba, en esencia, tomando el control de la ciudad.

Con sus extensas conexiones, Malcolm lo ejecutaría de una manera dulce y rápida, permitiendo que aquellos que no quisieran formar parte de The De Cree abandonaran la ciudad en paz.

Malcolm era un buen hombre. Cambió su vida para mejor, y ahora cambiaría Lex.

Solo esperaba que Leah estuviera allí con ellos, incluso si eso significaba apoyar a Ben. Tocándose el vientre, consideró la posibilidad de estar embarazada. Podría estarlo. Ella y John ciertamente lo estaban intentando. Si lo estaba, necesitaría a Leah a su lado.

Entrelazó sus dedos con los de John y salió de la oficina hacia el pasillo oscuro. La puerta se cerró tras ellos con un clic, dejando un aroma persistente a papel y el zumbido de su luz fluorescente. Doblaron una esquina, pasaron junto a los buzones vacíos que bordeaban las paredes y caminaron hacia las puertas de salida.

No había nadie alrededor. Estaba inquietantemente vacío, pero Amanda apartó el pensamiento al fondo de su mente mientras salían al sol. La luz radiante hacía que todo pareciera vivo.

Malcolm se apoyaba en el capó de su auto, con los dedos entrelazados frente a él. Con una mirada inquebrantable fija en ellos, esperaba pacientemente, arraigado al lugar como una estatua de piedra, esperando su señal para cobrar vida. El sol del mediodía brillaba en el espejo lateral, proyectando un halo dorado alrededor de su cabeza.

Tabitha estaba de pie cerca de Malcolm, sus sombras fusionándose. Ben Hollen salió del auto y se acercó a ellos, con las manos metidas en los bolsillos y una expresión indescifrable en el rostro. Sin hacer ningún gesto de reconocimiento a Amanda, clavó la mirada en John.

—¿Todo en orden?

John asintió, apretando suavemente la mano de Amanda.

—Todo está despejado y listo para empezar.

Amanda sintió la familiar punzada de la traición al volverse hacia Ben, lamentando la idea de intentar persuadir a Leah para que volviera a su matrimonio con él.

Yasmeen no era la esposa de Ben. Por mucho que Malcolm pensara en Yasmeen como la elegida, la realidad era que Leah era la que debería estar al lado de Ben, no su amante.

—Ben, le he dejado una nota a Leah diciéndole que debe unirse a The De Cree. Estamos esperando que ella y Adam formen parte de nuestra familia.

—¿No es eso muy noble de tu parte? —sonrió con sarcasmo, apenas mirándola.

—Malcolm quiere que usted tenga a Leah y Adam en The De Cree —espetó Amanda, sintiendo que repetía como un loro las palabras que había oído.

—Tenemos que irnos. Los hombres vienen para acá, y debemos regresar al complejo —dijo él, mirando más allá de Amanda, de vuelta a John.

—¿Por qué tenemos que volver al complejo? —intentó no mostrar cuánto le afectaba el comportamiento displicente de Ben—. Es extraño lo ansioso que estás porque regresemos al complejo de The De Cree. ¿Por qué? No tiene sentido. Todo está sucediendo ahora mismo. En este momento. ¿Por qué querría que todos nos lo perdiéramos?

Sobresaltada y confundida, dio un brinco cuando sintió que alguien le tocaba el brazo.

—Amanda.

La voz de Tabitha era fría y mesurada, imitando la de Malcolm. Sin embargo, había una diferencia. Había una falta de autenticidad que la hacía sentir forzada. Adoptó una actitud altiva, tratando la conversación como si fuera con una niña en lugar de una adulta, en contraste con Malcolm, cuya voz exudaba calma y consuelo.

—Es importante regresar al complejo donde los demás están esperando. Numerosos miembros están en medio de la mudanza. Además, estorbaremos.

Amanda puso los ojos en blanco, sin tomar como sincera ni una sola palabra de la boca de Tabitha.

—Eso no tiene sentido. Hay muchos soldados allí para vigilar la comunidad —replicó Amanda sin querer.

—Cierto, pero son soldados de clase baja. No de clase alta como su esposo.

Los ojos de John se movieron rápidamente entre las dos mujeres.

Amanda pudo notar que de repente él estaba cuestionando la veracidad de lo que salía de la boca de Tabitha.

—Este tipo de cosas probablemente causará algunas perturbaciones. No querríamos que nadie saliera herido, ¿verdad? —con una inclinación de cabeza, Tabitha la miró como si le dijera que estaba siendo egoísta y que necesitaba aprender que se había excedido.

Amanda abrió la boca para hablar, pero Tabitha la interrumpió.

—Su esposo es uno de los sargentos principales de Malcolm en The De Cree. Sería muy imprudente e irresponsable de nuestra parte no tener a alguien que sea visiblemente importante y un miembro de alto rango de The De Cree cuando lleguen los miembros. Por Dios, Amanda. Tenemos mujeres con niños allí. Madres embarazadas. ¿Qué pasaría si algunos de los ocupantes no tan inocentes de la sociedad vinieran a tocar a nuestra puerta? ¿A quién querría usted para protegerla a usted y a su hijo nonato? —los ojos de Tabitha se desviaron hacia abajo, descansando por un breve segundo en el vientre de Amanda.

Sintió que se le revolvían las entrañas e instintivamente se rodeó la cintura con los brazos, tratando de proteger lo que podría estar creciendo dentro de ella, lejos de los ojos lascivos de Tabitha.

Amanda no confiaba en ella. No. No confiaba en ella en absoluto.

—Tabby —era Malcolm.

—Sí, cariño —dijo ella, sin apartar la vista de Amanda.

—¿Hay algún problema?

Amanda se sonrojó, sintiéndose como si la hubieran pillado con las manos en la masa, como a una niña.

—Absolutamente no, cariño. Amanda y yo solo estamos discutiendo la logística.

Amanda quiso meterse debajo de la tierra, avergonzada de haber cuestionado la autoridad de Malcolm. John era la elección obvia para ser el rostro de la seguridad de los miembros de The De Cree que se establecían en su nuevo mundo. Daba miedo soltar lo viejo y abrazar lo desconocido, pero valía la pena.

Algo la molestaba.

¿Era la forma en que Tabitha parecía hervir por dentro con anticipación? ¿Lista para saltar, hambrienta, por lo que estaba por venir? ¿Qué era?

El aire de repente se sintió ligero, y los pensamientos persistentes que picoteaban el cerebro de Amanda desaparecieron. El comportamiento de Tabitha cambió. Un telón había caído sobre la persona real escondida en su interior. Se volvió hacia Ben, que tampoco le prestaba atención, y le habló a su esposo.

—¿Es Amanda un miembro ejemplar de The De Cree, Malcolm?

El rostro de Malcolm se iluminó, una sonrisa de complicidad cruzando sus facciones. Con las manos ahuecadas y levantadas, presionó sus dedos índices juntos en una V invertida contra sus labios. Incapaz de contenerse, asintió en acuerdo, haciendo que sus labios se estiraran aún más.

—Ben, por favor, no le hable a una novia de The De Cree con tal falta de respeto. Está por debajo de alguien de su estatus. Amanda no tiene más que buenas intenciones para su esposa e hijo. Desea que sean parte de The De Cree. Muestre respeto y sea más proactivo para lograrlo. Tiene un hijo. Él será parte del futuro. Su posición en la organización hace imperativo que su familia esté dentro del complejo de The De Cree. Servirán como ejemplo de cómo inculcaremos nuestras creencias en los niños —hizo una pausa —, y en las esposas.

—Aprecio lo que dice, pero puedo encargarme de encontrar a mi esposa sin la participación de Amanda —Ben no miró a Tabitha, y ella no lo miró a él. Permaneció inmóvil, con la mirada fija al frente como si no hubiera hablado en absoluto.

—Amanda es solo una conocida. Adam es mi hijo. No es nada para ella. Así que, perdóneme si estoy un poco cortante, pero esto no es asunto suyo. Ella y mi esposa no tenían la relación tan fuerte que tenían cuando eran más jóvenes. Una vez que Leah se convirtió en mi esposa y en la madre de mi hijo, se relacionaron muy poco, ya que vivían vidas drásticamente diferentes. Leah ya no bebía ni iba de fiesta y… —Ben dejó que sus palabras se desvanecieran, permitiendo que las implicaciones se asentaran.

—Necesitas cambiar tu tono de voz ahora cuando hablas de mi esposa —John se inclinó hacia Ben, con las fosas nasales dilatadas. Amanda le sujetó la parte superior del brazo como si pudiera contenerlo.

—Ella quiere a Leah y a Adam y desea lo mejor para ellos. Igual que Malcolm.

Malcolm rompió la tensión.

—Sí, eso es correcto. John, tienes razón, y Ben también lo sabe. Él y su esposa han atravesado un período de dificultades. Sucede — tomó la mano de Tabitha y la apretó—. Tabby y yo hemos tenido muchos altibajos a lo largo de nuestros años de matrimonio, y sin embargo, aquí estamos, todavía firmes juntos. Con las manos entrelazadas, nos convertimos en uno. Porque nosotros, como hombres, necesitamos a una mujer para estar completos. Esa es la manera correcta. Es la forma en que ha sido y siempre será.

Amanda sintió que la mano de John se apretaba alrededor de la suya. El hecho de que saliera en su defensa la entusiasmó una vez más. La forma en que la miraba transmitía una sensación de igualdad. Ella era su igual en la relación, no su subordinada. Era algo que nunca había experimentado en relaciones pasadas.

Ben fulminó a Amanda con la mirada.

En un instante, todas las expresiones desaparecieron de su rostro y una serena sonrisa de acuerdo apareció en su lugar. Se volvió hacia Malcolm.

—Por supuesto, es solo un detalle, un pequeño bache en el camino del matrimonio. Todo estará bien una vez que tengamos esta ciudad bajo control.

Las palabras de Ben sonaron crípticas, como si le estuviera ocultando algo. Su tono sonaba como si no estuviera siendo del todo sincero.

—Una vez que tengamos todo arreglado, haré un breve viaje a la cabaña para buscar a mi esposa y a mi hijo.

—Sé que lo harás —dijo Malcolm, apretando el hombro de Ben, transmitiendo su intención.

—Espero conocerla y darle la bienvenida a nuestra sociedad, y no puedo esperar a conocer a su pequeño. ¿Qué tan bendecido eres

por tener un hijo? —dijo Tabitha, acercándose a ellos.

Malcolm rodeó a Tabitha con el brazo, dándole un ligero apretón.

—Es tan cierto, querida. Qué amables palabras. Todos esperamos que Adam se convierta en parte de la familia De Cree, ¿no es así?

—Sí —dijo Tabitha con un brillo en los ojos—. Los niños son una bendición, y algún día tendremos los nuestros.

Sin pronunciar una sola palabra, Tabitha se apoyó en Malcolm mientras él la abrazaba con otro apretón.

—Esa es una promesa, querida. Esa es una promesa.

Un escalofrío repentino, como si alguien caminara sobre su tumba, recorrió el cuerpo de Amanda. La persistente sensación de que algo andaba mal había vuelto. Las palabras de Malcolm le hicieron sentir la necesidad de escapar. Sucedía de vez en cuando. Por lo general, involucraba a Tabitha cuando su velo, usado sin esfuerzo, se caía de su rostro, exponiendo a otra persona.

Amanda no pudo evitarlo. Simplemente había algo en Tabitha que no le gustaba y en lo que no confiaba. La mujer le daba escalofríos.

Todo en ella quería contarle a John sus sentimientos, pero guardó sus pensamientos para sí misma, no queriendo molestarlo con lo que podría estar solo en su cabeza.

Pensó en John acunándola en el hueco de su brazo, protegiéndola, haciéndola sentir fuerte de nuevo. Amanda sabía que haría cualquier cosa por él, incluso soportar a Tabitha Gobbo.

¿Cómo podía algo hacerla sentir sospechas? Cuando todo lo que había experimentado desde que se unió a The De Cree había sido grandioso.

Caminaron hacia el vehículo, y Amanda abrió la puerta, deslizándose sobre la suave frescura del asiento de cuero. John entró tras ella, su cuerpo sellándola del mundo exterior. Mientras se alejaban, Amanda miró por encima del hombro y vio otros autos llegando al edificio Starlife con hombres bajando de ellos.

Eso fue extraño, pensó, sintiéndose confundida. La mano de John descansaba en su regazo, y su atención se centró en él y en el camino por delante.

La conversación comenzó, y Amanda fue absorbida de nuevo en el mundo de The De Cree. Se reclinó en el asiento de cuero, de

repente agotada, algo que había estado sintiendo mucho últimamente. Al cerrar los ojos, la imagen de los hombres saliendo de los vehículos se reprodujo en su mente.

Podría haber jurado que llevaban armas.

CAPÍTULO 21

LEAH

LEAH SINTIÓ LOS DUROS tablones del piso contra sus rodillas mientras se agachaba con cuidado, asegurándose de no transferir demasiado peso al cuerpo inmóvil debajo de ella. Podía sentir el pequeño cuerpo de Adam temblar bajo el suyo. Su pecho subía y bajaba con cada respiración mientras ella contenía la suya en una oración silenciosa, esperando que no hiciera ningún ruido que delatara su escondite. Estaban apretujados en un compartimento oculto en la parte superior de un diminuto rincón elevado de la pared: un simple hueco apenas lo suficientemente grande para una persona. Afuera, un soldado merodeaba cautelosamente por la cabaña, con su arma levantada y lista para disparar si encontraba su objetivo.

Podía sentir su corazón martilleándole en el pecho mientras escuchaban los sonidos lejanos de botas que caminaban

pesadamente por la cabaña, cada chasquido y crujido enviándole escalofríos por la espalda.

Justo había empezado a batir huevos para hacer omelets cuando notó una figura recortada por la luz de la madrugada. Asustada por todo lo que había estado sucediendo últimamente, agarró la mano de Adam y trepó por la alacena de la cocina. Un espacio secreto yacía escondido justo encima de ellos, uno que había descubierto de niña durante sus juegos de escondidas con sus padres. Desde el suelo, no parecía más que una simple alacena con estantes sin nada de particular, pero a través de un pestillo oculto, había un espacio vacío perfecto para esconderse.

Ahora ella y Adam estaban adentro, apretujados, ocultos del hombre que merodeaba por la cocina.

Le susurró suavemente al oído a Adam que se quedara quieto, abrazándolo con fuerza. Su pequeño corazón latía con fuerza, golpeando rápido contra las palmas de ella, asustado.

Leah estaba aterrorizada.

El mundo se había vuelto loco.

Recordó cuando empezó todo.

Era un día normal, o eso pensaba ella. La risa de Adam resonaba desde afuera mientras ella se preparaba para llevarlos de viaje a la ciudad. Al parecer, tenía algún tipo de problema con los dispositivos de la cabaña.

Bueno, eso no era del todo cierto. El silencio total llenaba todas las estaciones de radio y televisión. Mientras cambiaba de canal, cada pantalla de televisión permanecía negra y muda. Incluso cuando encendió su única radio, todo lo que escuchó fue estática.

Ni siquiera el teléfono funcionaba. Intentó sin éxito varias veces contactar tanto a *Starlife* como a Amanda. Sin embargo, todos sus demás electrodomésticos funcionaban. Su estufa todavía encendía, y su refrigerador estaba frío con su comida a salvo adentro.

Era raro.

Habían pasado un par de semanas desde que Leah había ido a Lex, y al principio, cuando el teléfono no sonó, asumió que Al, su jefe, no la necesitaba. Era finales de primavera, después de todo. No había mucho sobre qué escribir cuando la mayoría de la gente se iba a sus casas de campo y otros planes de vacaciones. No pasaba mucho en una ciudad como Lex, excepto por los conciertos al aire libre en el Parque Ring, a donde la mayoría de la gente, cuando estaba atrapada en el trabajo, escapaba para nadar por las tardes y escuchar tocar a los músicos locales.

Pero cuando la segunda semana llegó y pasó, empezó a preguntarse por qué Al, o incluso Amanda, no la habían contactado.

Tomó el teléfono para llamar, y fue entonces cuando descubrió que el teléfono estaba muerto.

Al principio, no le dio mucha importancia. Supuso que volvería a funcionar en algún momento, aunque un pensamiento insistente no dejaba de surgir. Susurrándole al oído. *¿Cuánto tiempo lleva sin funcionar el teléfono?*

Fue entonces cuando encendió el televisor.

Rara vez lo usaban. A Adam le encantaba estar afuera, y los dos pasaban la mayoría de sus días caminando hasta el lago que estaba a poca distancia de su casa. Disfrutando de los comienzos de los perezosos días de verano, holgazaneando a la sombra y chapoteando en el agua. Tenían comida, bebidas y flotadores. ¿Qué más necesitaban?

Ambos llegaban a casa por la noche somnolientos y en silencio, sin mucho ánimo para otra cosa que no fuera comer y dormir.

Era maravilloso. Leah sentía que volvía a la vida y algo más.

Ella misma.

Recordando quién era antes de que Ben entrara en su vida, tomándola como esposa y robándole la confianza.

Estaba sanando e incluso comenzó a escribir de nuevo. No solo artículos para *Starlife,* sino escritura de verdad, la que amaba. La que hizo toda su vida en secreto. Relatos cortos que con el tiempo se parecían mucho a novelas.

Estaba volviendo a ser Leah.

Así que, cuando levantó el teléfono esperando escuchar el tono agudo al otro lado, se sorprendió un poco, pero desechó la idea hasta que, unas horas más tarde, seguía en silencio. Nada más que estática al otro lado. Fue entonces cuando se preguntó cuánto tiempo llevaba sin funcionar el teléfono.

Se quedó de pie, agarrando el auricular, mirándolo, y notó el televisor por el rabillo del ojo. Volvió a colocar el auricular en la base del teléfono contra la pared y caminó hacia el televisor. Agachándose, presionó el botón de encendido.

Una pantalla de nieve blanca se encendió de golpe con una fuerte y crepitante estática que penetró en el aire. Se quedó clavada en el sitio. Confundida.

¿Qué diablos?

Giró la perilla para encontrar el canal de noticias, pero cada canal era igual. Solo una brillante pantalla de nieve blanca, exactamente como el canal anterior.

Eso era extraño.

Arrugó la frente, sin saber qué pensar, pero se encogió de hombros. *Deben haberse caído algunos cables de electricidad*. Pensó. Sin entender cómo funcionaban los cables de electricidad y sin que le importara. No era gran cosa, excepto que podría haberse perdido llamadas de *Starlife* con trabajos que querían que hiciera.

Fue entonces cuando decidió ir al pueblo, preparó a Adam y salió, sin saber hacia qué se dirigía.

Al principio, nada parecía fuera de lugar. Todo era igual. Los árboles a ambos lados de la carretera se mecían verdes de un lado a otro, en unión unos con otros. Una danza de la naturaleza. La ventana abierta de su auto alborotaba el cabello de Leah, igual que sacudía las hojas en sus ramas.

Le sonrió a Adam, que tenía la mano levantada, tratando de atrapar el viento. La presión de este le hacía cosquillas en la mano con un aire fresco y de olor dulce. Todo era perfecto. Igual.

Hasta que dejó de serlo.

La primera señal de que algo andaba mal fue el humo negro que se alzaba débilmente a lo lejos. Al principio, Leah no le dio importancia. Como con tantas cosas en su vida, no le prestaba

mucha atención a lo que no se conectaba con lo que sucedía a su alrededor. Típico de las personas que están acostumbradas a una vida de comodidad y seguridad, la idea de que algo pudiera estar mal no se asimilaba en su proceso de pensamiento. No hasta que lo tuvo directamente frente a ella, y no tuvo más remedio que verlo.

Cuanto más se acercaban a Lex, más oscuro se volvía el cielo, lleno del ondulante humo negro que salía de la ciudad. Ni siquiera lo pensó, sino que pisó el acelerador y se dirigió directamente hacia él.

Leah salió del auto, incapaz de seguir manejando. Los restos de la ciudad yacían ante ella.

Autos volcados ensuciaban el área, con vidrios rotos cubriendo el suelo y una gruesa capa de polvo cubriéndolo todo. Vio edificios destruidos y ventanas rotas por todas partes donde miraba, con restos de autos esparcidos por las calles, y el silencio espeluznante de un mundo devastado.

Adam se aferró fuerte a su mano mientras sorteaban los escombros, en silencio, excepto por su respiración dificultosa. Finalmente, llegaron a *Starlife*, desesperados por encontrar claridad. Pero cuando entraron, lo encontraron vacío, excepto por unas pocas mesas y sillas dispersas y desordenadas; ni siquiera Amanda estaba allí.

En busca de respuestas, rebuscó entre los escombros.

Un sobre sin abrir descansaba sobre el escritorio de Amanda, intacto. El nombre de Leah estaba escrito con la letra grande y arremolinada de su amiga. Lo abrió rápidamente, sacando una sola hoja de papel con manos temblorosas. Levantó la vista hacia Adam, que estaba sentado en una de las sillas de oficina, impulsando sus pies para que la silla girara. Un suave sonidito de *«wiii»* escapó de sus labios.

Dirigió la mirada a la hoja que sostenía frente a ella, incapaz de leer las palabras escritas en ella. Leah entrecerró los ojos e intentó enfocar, dejando que las palabras se filtraran en su mente y formaran algo que pudiera comprender. Volvió a mirar a su hijo, asegurándose de que todavía estuviera donde pudiera verlo, y comenzó a leer la carta de Amanda.

Querida Leah

Me he unido a los De Cree y me he ido para estar con mi nuevo esposo, John Wilder. Sé que no entenderás por qué hago esto, pero si supieras lo que Malcolm Gobbo representa, tú también te unirías a los De Cree y ayudarías a crear un mundo mejor para nuestros hijos. Para Adam. Por favor, reconsidéralo y ven a 1453 Pochette Rd. Es un complejo donde se alojan los nuevos miembros durante nuestro período de orientación. El mundo está cambiando, Lulú, y Malcolm está a la cabeza. Te extrañaré, pero debo seguir mi corazón y comenzar mi propia familia con mi esposo, John. Es dulce, Lulú, de verdad, muy, muy dulce, y sé que te gustaría. ¿Quién sabe? Puede que tenga mi propio niño amado dentro de poco. ¿Te imaginas? ¿Yo? ¿Casada y madre? ¿Puedes leer lo feliz que estoy? No puedo describir este sentimiento, Lulú. No puedo.

Te necesito, ahora más que nunca, a mi lado. Tienes que escucharme y traer a Adam al complejo de los De Cree.

Sé lo que sientes por Ben, pero no dejes que arruine tu vida y las oportunidades que Malcolm Gobbo te ofrece a ti y a Adam.

Espero que cambies de opinión. Las puertas de los De Cree siempre están abiertas.

Con cariño

Amanda

Doblando la carta, Leah se la metió en el bolsillo trasero.

—¿Dónde está Amanda, mamá? —Adam saltó de la silla, dejándola girar lentamente detrás de él mientras se acercaba, sus enormes ojos color avellana mirando inocentemente a su madre.

—Se fue, cariño. Se ha ido.

—¿A dónde fue?

—A un lugar malo, Adam. Un lugar a donde nunca quiero que vayas. —Se arrodilló para estar cara a cara con él.

—Escucha, mi vida, han pasado algunas cosas terribles.

Los ojos de Adam se abrieron más y sus labios se curvaron ligeramente en un puchero.

—No podemos confiar en nadie ahora. Ni en Amanda, ni en papá, ni en nadie más que en nosotros.

—¿Por qué, mamá? ¿Hicieron algo malo?

—Sí, Adam, lo hicieron. —Leah cerró los ojos brevemente. Las imágenes de los carteles pegados en cada superficie disponible afuera ardían en su mente.

La cara de Malcolm estaba por todas partes, testimonio de que él era el responsable del horror que había comenzado.

No perdió mucho tiempo en *Starlife*. Era demasiado peligroso y, además, a Leah le daba miedo que Adam viera algo horrible que lo marcara de por vida. Además, estaba asustada. No habían visto a nadie, pero sentía que había gente alrededor. Observándolos. Esperando.

Regresaron a la cabaña donde permanecieron escondidos, completamente aislados del mundo exterior.

Leah intentó en vano contactar a alguien, a quien fuera, de fuera de Lex por radio y teléfono. Incluso probó con una vieja radio de banda ciudadana que encontró en el ático.

Nada.

Solo se oía ruido blanco, crepitando con estática.

Ella y Adam estaban solos. Ben y Amanda estaban con los De Cree; todos los demás que conocía estaban desaparecidos.

Estuvieron solos en el bosque durante un mes.

La cabeza de Leah se levantó de golpe cuando escuchó una segunda voz desde la entrada.

—¿Los encontraste? —dijo la familiar voz masculina.

—No, parece que se fueron de prisa —dijo el soldado, tomando un trozo de tocino aún caliente de la sartén y metiéndoselo en la boca. Se dio la vuelta para encarar a la voz que le hablaba, masticando.

El aliento de Adam se contuvo. Leah le tapó la boca con la mano, silenciándolo mientras miraban a los dos hombres. Podía sentir sus labios formando la palabra: *Papá.*

—Mmm, eso es sorprendente. Estoy seguro de que están aquí. No tienen a dónde más ir.

—Bueno, he registrado el lugar y no están aquí. —El soldado sacó un cigarrillo y lo encendió, arrojando el fósforo quemado al suelo de la cocina.

—Malik, ¿de verdad tienes que hacerlo? —espetó Ben mientras el humo se arremolinaba frente a su cara.

—¿Hay alguien más a quien creas que tu esposa iría además de la tipa esa, Amanda? —dijo Malik, ignorando el disgusto de Ben.

—No hay nadie. Mi esposa no es una mujer de muchos amigos. Está aquí en algún lado, tal vez afuera con el niño haciendo algo. Estoy seguro. —Ben se dio la vuelta y, por un momento, Leah estuvo segura de que vio la puerta del compartimento secreto. Se echó hacia atrás junto con Adam, adentrándose más en el escondrijo, conteniendo la respiración.

—Esto es una pérdida de tiempo —dijo Malik, rascándose la cara sin afeitar—. Fue una mala idea esperar tanto para venir por ellos. Me regreso. Si mi hermano quiere encontrar a tu vieja y al niño, que venga a buscarlos él mismo. Yo ya terminé.

Leah observó cómo Ben desviaba su mirada hacia el soldado que estaba a su lado, vestido de pies a cabeza con uniforme militar. Podía sentir la animosidad que irradiaba de él hacia el hombre como una espesa niebla.

—Malcolm se decepcionará —dijo Ben con naturalidad.

—Sí, bueno, debería haber pensado en eso antes. Qué idea estúpida dejarla a ella y al niño solos tanto tiempo aquí arriba y arriesgarse a que se fueran. —El soldado le sonrió con sorna a Ben, la expresión de disfrute bailando en su rostro—. Parece que te equivocaste sobre que tu vieja era demasiado gallina para irse de este lugar. —Rebuscó en su bolsillo en busca de un encendedor, lo encontró y sacó un cigarrillo arrugado que tenía detrás de la oreja. Ahuecó las manos y las chispas brotaron del encendedor mientras lo encendía. El humo salió de su boca y echó la cabeza hacia atrás antes de soplar una nube hacia Ben.

—Creo que voy a ir al pueblo a conseguirme un culito.

—Tu hermano tiene órdenes específicas. Desea que las cumplas. —Ben se agarró con fuerza al mostrador, sus nudillos se pusieron blancos.

—Malcolm no le va a negar a su hermanito un poco de diversión. Además, ya se ha decepcionado antes. Lo superará. Vamos, Ben, iremos a la ciudad, encontraremos a una cosita dulce, nos divertiremos con ella y luego volveremos a buscar a tu maldita esposa y al mocoso. Eso si es que todavía están vivos. —Malik pasó junto a Ben y le dio una palmada firme en el hombro—. Quédate aquí si quieres, pero yo voy a conseguir lo mío. —Se agarró la entrepierna y la sacudió arriba y abajo. Ben se apartó, asqueado.

Malik se rio mientras se daba la vuelta para salir de la cabaña. —Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente, hermano. Voy a que me descarguen.

De pie en medio de la cocina, rodeado por el desayuno sin terminar, Ben se quedó quieto, sin moverse, mientras el rugido de la camioneta de Malik se alejaba en la distancia.

—Leah, sé que estás aquí escondida en algún lado. Sal ahora.

El silencio le respondió.

Esperó.

—Tengo un mensaje para ti. Malcolm quiere que te unas a los De Cree y que traigas a Adam. Si no lo haces, las consecuencias serán tu responsabilidad. No podré proteger a ninguno de los dos. Te sugiero que salgas de tu escondite y me traigas al niño. —Se quedó completamente quieto; su oído aguzado para escuchar cualquier susurro de vida mientras sus ojos barrían la habitación. Se acercó a la estufa y lentamente tomó la sartén, todavía tibia por la cocción, sintiendo su calor contra sus manos callosas mientras la colocaba en el fregadero de metal.

—¿Alguna vez te preguntaste por qué todos los electrodomésticos seguían funcionando cuando nada más lo hacía? ¿Nunca se te ocurrió? ¿Por qué la estufa, el agua y la calefacción todavía funcionaban cuando nada más que necesitaba electricidad lo hacía? Porque deberías haberlo hecho. Esa debería haber sido tu primera pista. No fue por accidente que todavía tuvieras electricidad para ciertas cosas. Estoy seguro de que has disfrutado de ese lujo este último mes y medio. Mmm. Considerando lo que todos los demás estaban experimentando en Lex. Qué niña tan tonta, tan tonta eres —sonrió Ben con suficiencia. Incapaz de contener una risa que salía

de lo profundo de su pecho—. Dile adiós a esos privilegios, nenita. —La risa terminó abruptamente, su tono cambió mientras su voz se volvía de hielo. Sin emociones y distante.

—Mueve tu puto culo al complejo de los De Cree a menos que quieras morirte de hambre. Basta de estas pendejadas. Si te importa en algo el niño, vete a los De Cree, rápido.

Se dio la vuelta bruscamente y se fue, cerrando la puerta de un portazo detrás de él.

Asustados, Leah y Adam no se movieron de su escondite durante una hora.

El miedo de que el hombre llamado Malik regresara finalmente la obligó a salir de su escondite. Dijo que volvería, y Leah no quería estar allí cuando lo hiciera.

—Mamá, ¿estamos a salvo? —preguntó Adam mientras Leah lo colocaba suavemente en el suelo.

—No, Adam, no lo estamos.

—¿A dónde vamos a ir?

—No lo sé, pero lejos, muy lejos de aquí.

Leah examinó la pequeña cabaña, contemplando las cálidas paredes de madera, el sillón a cuadros que había sido el lugar favorito de su padre y un estante de libros viejos que podrían mantenerla ocupada durante horas. Suspiró, observando las cómodas que guardaban sus pocas pertenencias y la ventana por donde entraba la luz de la mañana. Su familia había estado viniendo aquí durante muchos años, desde que era una niña pequeña. Pero ahora, ¿qué pasaría? Tendrían que irse. No había duda al respecto. Pero, ¿a dónde irían para estar a salvo? ¿En quién podía confiar para proteger a Adam de los De Cree? Después de lo que vio en la ciudad, supo que tenía que proteger a Adam de Malcolm Gobbo a toda costa.

Se le erizó la piel al recordarlo.

Ella y Adam corrieron hacia el vehículo aquel fatídico día que fueron a la ciudad. Rápidamente lo abrochó en el asiento trasero,

con los ojos fijos en él mientras también trataba de estar atenta a su entorno. Una vez que lo tuvo asegurado, bajó el seguro de su puerta y la cerró de golpe, buscando las llaves en su bolsillo delantero. Al sacarlas, sus ojos escanearon la calle de enfrente. Buscando a alguien, esperando y temiendo a la vez ver a alguien. Abrió su puerta y rápidamente puso las llaves en el encendido. Alejando el auto de la destrucción que era ahora la ciudad de Lex.

Mientras el vehículo serpenteaba entre los escombros frente a ellos, Leah mantuvo los ojos fijos en lo que tenía por delante y miró por el espejo retrovisor la carretera detrás de ella.

Inclinándose hacia adelante, creyó ver un movimiento en el espejo.

Un hombre, o algo, pasando como una sombra entre los vehículos en llamas.

—¡Mamá! ¿Qué es eso?

La voz de Adam rompió su concentración, llevando su atención a la carretera. Frenó de golpe. Una forma desplomada yacía en el centro de la carretera. Parecía una bolsa de lona o un bulto de ropa. Redujo la velocidad, insegura de lo que era. Aprensiva, bajó la ventanilla para ver si podía verlo mejor mientras pasaban a su lado. Lo vio y ahogó un grito.

—Mamá, ¿qué es? —Adam estiró el cuello para ver afuera. Sus manos se presionaron contra el asiento mientras intentaba levantarse lo suficiente para mirar por la ventana.

—¡Cierra los ojos! ¡AHORA, Adam! ¡Ahora! —Leah se dio la vuelta bruscamente, alzándose sobre el asiento para poder empujar a su hijo hacia abajo—. Agacha la cabeza y no mires arriba. —Gritó, presionando su cabeza para que mirara al suelo.

—¡Me estás lastimando! —su voz sonó asustada y confundida. Leah nunca le levantaba la voz a su hijo, y mucho menos lo obligaba físicamente a hacer algo.

—No me importa. —Su voz era estridente, teñida de histeria—. No abras los ojos ni levantes la cabeza hasta que yo te lo diga. ¿Me oyes?

Los gemidos de Adam venían de atrás.

—¿Me oyes? Contéstame. —La voz de Leah era exigente.

—Te oigo. —Adam comenzó a llorar, sus pequeños sollozos mezclados con el inicio de un hipo.

Frenó en seco, los chillidos de las llantas dejando atrás el olor a goma quemada. Adam se balanceó hacia atrás contra su asiento. Sus ojos parpadearon abiertos por un momento mientras pasaban a toda velocidad junto al objeto en medio de la carretera. Los cerró con fuerza y se cubrió la cara con las manos mientras su madre se alejaba a toda velocidad, dejando el bulto atrás.

Leah estaba helada hasta los huesos al recordarlo. Grabado para siempre en su mente. La necesidad de escapar era más fuerte que cualquiera que hubiera sentido antes. Nada la preparó para lo que vio ese día en la ciudad. Nada.

Hizo que Adam mantuviera los ojos cerrados y la cabeza gacha hasta que estuvieron a kilómetros de la ciudad de humo ardiente. Lejos de la posibilidad de que viera la carnicería que quedó de lo que sea que hubiera ocurrido mientras estaban escondidos en la cabaña.

Ignorantes de todo.

Leah tragó saliva mientras su precioso niño la miraba en busca de respuestas. Su pequeño hijo, a quien sostuvo en sus brazos el día que nació y prometió que lo protegería a toda costa.

No podían volver a la ciudad. Tendrían que ir a otro lugar, lejos de todo esto. Pero, ¿dónde?

¿A qué lugar del mundo iba a ir donde Adam estuviera a salvo? ¿Quedaba alguien que no fuera parte de los De Cree? ¿Y la ayudarían a proteger al que posiblemente era el último niño vivo?

CAPÍTULO 22

Summer

SUMMER NO PODÍA CREER que había matado a un hombre.

Tropezó por las calles desoladas, la mirada saltando de esquina en esquina, buscando desesperadamente algo, ¿pero qué? ¿Esperanza? Ya no lo sabía. Lo único que veía era un vacío. Cada paso le pesaba, sus botas gastadas hundiéndose en los montones de desechos que cubrían el suelo como si el caos hubiese estado allí desde siempre. Parte del paisaje.

Ante sus ojos se desplegó una escena de carroñeros, figuras demacradas hurgando entre los restos de lo que alguna vez fueron vidas vibrantes. Sus expresiones reflejaban su desconcierto, pero ignoraban la batalla eterna que le rugía por dentro.

Entumecida, miró a su alrededor. Girando lentamente en círculo, se esforzó por asimilar este lugar, este universo al que la habían arrojado, como a una muñeca rota.

Gris. A donde mirara, el mundo era gris. Como si le hubieran desteñido el color a todo hasta volverlo opaco. Era como si hubiera entrado en un mundo distópico y fantasmagórico salido de una película lúgubre.

¿Era ella la protagonista? ¿O solo un papel secundario?

No había música. No. Se había ido. El flujo continuo de canciones de los ochenta que siempre sonaba en su cabeza se apagó el día que Josh murió. Terminó como él, sin sonido. Muda.

Sus ojos se enfocaron en la gente que antes eran personas, individuos, pero ahora eran otra cosa. Mirándola con desconfianza, buscaban comida y algo para intercambiar.

¿Se habían visto obligados a hacer lo que ella acababa de hacer? ¿Se habían convertido en nada más que salvajes dispuestos a quitar una vida?

Las náuseas amenazaron con abatirla otra vez, pero esta vez era una mezcla de miedo y de la vida que crecía dentro de ella.

Había hecho algo horrible, pero ¿qué más podía hacer? Era el único camino que tenía. Su mano fue a posarse en su vientre pequeño y redondeado, pero resistió el impulso y, en cambio, se pasó el dorso de la mano por la nariz.

El maldito se lo merecía. Era uno de ellos, y ellos mataron a Josh. Además, pudo haber lastimado al bebé.

El bebé de Josh.

Le dolió el corazón, retorciéndosele en el pecho al pensar en él, su mata de rizos rojos saltándole sobre la frente como un moño indomable. Su cara torciéndose en una mueca payasesca que la obligaba a reírse a pesar de sí misma.

Enojada, intentó apartar los pensamientos. ¿Para qué pensar en él ahora? Se había ido, no era más que un cadáver pudriéndose.

Summer se dobló, la garganta cerrándose cuando la bilis le subió con furia. Con los ojos anegados, vomitó, vaciando el contenido de su estómago casi vacío sobre latas tiradas, envolturas de comida rápida y otros objetos desechados que atestaban la acera. Ola tras ola, tuvo arcadas, y el olor a vómito llenó el aire.

Cuando por fin pasó la náusea, se llevó una mano temblorosa a la frente húmeda.

Lo hecho, hecho está. Josh estaba muerto. Merri y Larry estaban muertos. El mundo como ella lo conocía estaba muerto.

Summer miró sus manos, repelida por la sangre seca que las encostraba.

Sangre, la que derramó.

Se las limpió a lo bruto en los pantalones y echó a andar rápido, la mente corriendo de vuelta al inicio de todo el caos.

Summer se arrodilló en el suelo, los brazos alrededor del cuerpo inmóvil de Josh, su cabeza reposando pesada sobre sus brazos. Las lágrimas le corrían por la cara mientras aceptaba que esto era un adiós. Le acarició el pelo y le susurró su amor, besándole los labios aún tibios. Preguntándose cómo demonios iba a vivir sin él.

Se quedó así mucho tiempo, mientras el día pasaba de claro a atardecer y luego a oscuridad. Apretándolo contra sí, permitiendo que la sensación de su cuerpo, sólido entre sus manos, la llenara de algo. No estaba segura de qué era ese algo, pero se sentía completo.

Sólido. Aunque sabía que él ya no estaba.

Su Josh.

Este cuerpo al que se aferraba no era más que una cáscara vacía de lo que alguna vez fue Josh, pero no estaba lista para lidiar con ese conocimiento aún. Eso llegaría después. Antes de lo que quería. Con un esfuerzo enorme, Summer se puso de pie y se secó las lágrimas. Sus ojos recorrieron la oscuridad de la noche que ya clareaba con la mañana que venía. El estacionamiento vacío y el césped fueron haciéndose reconocibles con cada minuto que pasaba. Miró alrededor. Buscando cualquier cosa que le ayudara a llevarlo a casa. Sabía que no había nada. Josh pesaba demasiado para alzarlo sola, pero tampoco podía dejarlo allí.

Resignada, arrastró su cuerpo como pudo detrás de unos arbustos. Lo besó por última vez, sintiendo cómo la calidez se había ido de sus labios azules y fríos.

Conteniendo la histeria que amenazaba con apoderarse de ella, se quedó de rodillas entre los arbustos, escuchando si había disparos.

Los tiros se habían desvanecido en el fondo en algún momento entre cuando a Josh lo abatieron y ahora. Quienquiera que fueran los De Cree, ya se habían movido a su siguiente destino.

Summer salió disparada de la cobertura de los arbustos y corrió, prometiéndole a Josh que volvería por él.

Nunca volvió a ver al chico que amaba.

Cuando llegó a la casa de Josh, sus padres no estaban. La casa estaba vacía. El corazón le retumbaba en el pecho mientras subía las escaleras de la casa de los Murray, encontrando la misma desolación. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras el silencio inquietante se hacía más espeso. No había señales de vida; ni siquiera los ladridos inconfundibles del amado shih tzu de Larry y Merri, Meggie Mugs. Salió al porche y gritó sus nombres, pero solo obtuvo un eco lúgubre como respuesta. El estómago se le hundió al pensar en lo que podría haber pasado.

En el horizonte, humo se alzaba de los restos carbonizados de edificios que antes bullían de vida. Vio cuerpos esparcidos por la calle, ojos vacíos y fríos en la muerte, mirándola de vuelta con horror.

Ignorando los cadáveres tendidos ante ella, llamó otra vez por Larry y Merri, haciendo bocina con las manos para ver si así su voz llegaba hasta sus padres de acogida. Hasta llamó al perro.

La rotura de una ventana a lo lejos le respondió.

Se abrazó a sí misma, apretando fuerte. Agachó la cabeza, permitiéndose sentirse derrotada, y sollozó.

—¿Qué hago?—Se sentó en los escalones del porche y empezó a mecerse, aún abrazándose los brazos.—¿Qué hago?

Cerrando los ojos, Summer intentó en vano ahogar las últimas veinticuatro horas.

¿Apenas ayer ella y Josh caminaron tomados de la mano para terminar con la vida del bebé que aún crecía en su vientre?

Entonces su vida ya le parecía completamente al revés.

Vaya chiste. Negó con la cabeza, tratando de borrar la imagen de los dientes manchados de rojo de Josh escupiendo sangre.

Qué maldito chiste.

Algo frío y húmedo le tocó la mano, aún aferrada a sus brazos. Saltó, sobresaltada, levantando las manos para atacar, y sintió las yemas de los dedos rozar algo suave y peludo. Un quejido agudo le taladró el cerebro mientras intentaba enfocar qué la había tocado.

La perra de los Murray, Meggie Mugs, salió corriendo de Summer. El animal se dio vuelta, mirándola con sus ojos oscuros, heridos.

—¡Meggie Mugs!—Summer dio un brinco, provocando que la perrita saltara hacia atrás. Su tontita coleta en la parte superior de la cabeza se bamboleaba. Faltaba el moñito rosa que a Merrie le gustaba ponerle.

Summer miró alrededor, con la esperanza de ver a alguno de sus padres de acogida, pero Meggie Mugs estaba sola.

Se le encogió el corazón. No era buena señal. Ellos nunca abandonarían a la perrita a la que amorosamente llamaban su bebé peludo.

Sentándose, le extendió la mano a la perra asustada.

—Ven aquí, Meggie, ven aquí, Meggie Mugs, no te voy a hacer daño.

La perra bajó las patas delanteras, apoyó la cabeza en ellas y gimió.—Lo sé, nena, yo también quiero quejarme. Ven.—la animó Summer, haciendo un ruidito de beso. Se lo había visto hacer a los Murray para atraer a la perrita.

Las orejas de la perra se alzaron en respuesta y bajó el cuerpo quedando a cuatro patas. Summer repitió el ruidito y, poco a poco, la perra se le fue acercando, encorvada, arrastrándose.

Por fin, Meggie Mugs estaba a su lado, mirándola con ojos recelosos. Summer se palmeó las piernas, y la perra la miró, la cola empezando a menear, y saltó a su regazo. Ella acarició a la pequeña can, frotándole el lomo. Lágrimas de confusión le corrieron por las mejillas mientras la perra se alzaba y le lamía la cara.

—Qué buena niña, buena perrita, buena Meggie Mugs—dijo, abrazando el cuerpo tembloroso de la criatura.—¿Dónde están los Murray, nena? ¿Dónde están?—Meggie solo la miró y gimió.

Con la perra en brazos, se quedó mirando la calle vacía, sintiéndose perdida, pero no tan sola ahora que Meggie Mugs estaba

con ella.

Pasaron dos días y los Murray no regresaron. Al tercer día de ver una pantalla de televisión llena de nieve, Summer salió para ver si los padres de Josh habían vuelto. Acomodando a Meggie Mugs a salvo en una bolsa de pana color naranja rústico colgada del hombro, se dirigió hacia allá. Sus padres seguían sin volver. Se quedó un tiempo, durmiendo en la cama de Josh, entre las cosas que lo habían visto crecer, deseando poder llevarse todo lo que él tenía. Pero sabía que no era posible. Se quedó unos días, dándose un tiempo limitado para empaparse de la esencia de Josh en la casa que era su hogar. Para pasar el rato en su dormitorio, respirando el olor de su colonia y mirando todas sus cosas. Pasando las manos por su guitarra y recorriendo con los dedos el lomo de sus libros, saboreó esos momentos que sabía que pronto desaparecerían. Durmió en su cama, arropada bajo su edredón gastado que había estado firmemente remetido bajo el colchón. Pasó las manos por las repisas que guardaban sus recuerdos y escondió con cuidado fotos de Josh de niño en su mochila. Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras doblaba algunas de sus prendas favoritas, junto con suficiente comida y agua para varios días. Con una última mirada, se subió la capucha de su suéter azul marino, dos tallas más grande, y cerró su mochila, lista para irse con el corazón pesado.

Aspiró la manga del suéter, donde aún perduraba el olor de la colonia de Josh. Acariciando la cabecita peluda y alzada de Meggie Mugs, que asomaba por la bolsa de pana colgada del hombro, Summer volvió a salir.

Los Murray seguían sin estar en casa, pero la vivienda había sido forzada y saqueada. Los recuerdos queridos de Merri y Larry, la vida que compartieron, yacían desperdigados por el suelo. Fotos de la familia que habían construido con los años y la colección de CDs atesorada estaban hechos pedazos alrededor del estéreo. Gavetas aleatorias habían sido arrancadas de las cómodas. La preciada caña

de pescar de Larry yacía abandonada en el piso, arrojada desde su lugar de honor como si nada.

Meggie Mugs se puso inquieta y gimoteó.

—Lo sé, nena—dijo Summer, sacando a la perrita de la bolsa y dejándola en el suelo. Meggie Mugs trotó hacia las cosas desparramadas, olfateó y dio un salto atrás, soltando un ladridito de enojo. Miró a Summer ladeando la cabeza y luego dejó escapar un pequeño quejido mientras se echaba, apoyando el hocico peludo sobre las patas delanteras.

—Se fueron. Hay que afrontar los hechos. No van a volver.—Meggie Mugs soltó un gruñidito de protesta.—No podemos quedarnos. Ya no es seguro.

No pasó mucho hasta que Summer se quedó mirando el sofá, la mochila atiborrada con más de su propia ropa y tres cuchillos grandes de cocina. Visualizó a ella y a Josh abrazándose, su yeso de dama dragón destacándose contra el color oscuro del sofá, la ropa a medio poner.

Lo más probable es que el bebé se hubiera concebido en ese sofá.

El bebé de Josh.

Summer palpó su bolsillo, sintiendo el cuchillo en su funda de cuero.

No iba a permitir que le pasara nada a lo único que le quedaba de Josh.

Meggie Mugs se sentó mirándola, con la cola moviéndose. Inquieta, soltó un ladridito agudo.

—Lo sé, nena. Tenemos que irnos.—Suspiró, dándole otra mirada a la habitación mientras sostenía la caña de pescar de Larry, ahora en su estuche, junto con un estuche de aparejos.—Tenemos que encontrar a otras personas.—Pensó en el bebé, a salvo dentro de ella por ahora. Eventualmente necesitaría ayuda, pero no podía pensar en eso ahora. Eso sería problema de la Summer del futuro, si es que había una Summer del futuro.

Meggie ladeó la cabeza y gimió, su coleta aún brotando desde la coronilla como una especie de surtidor peludo.

Una sonrisa leve se le formó a Summer en las comisuras de la boca.

Perrita tonta.

No había pensado mucho en la cosita antes. Siempre estaba ahí. Por lo general, recostada cómoda en el regazo de Larry o de Merrie. Una perrita consentida, acostumbrada a los mimos. La preciosa bolita de pelo de los Murray.

No había forma de que Summer la dejara atrás. Era lo mínimo que podía hacer para pagar la amabilidad que le habían mostrado. El primer lugar donde casi se sintió en casa.

Casi

Se frotó la nariz con el dorso de la mano, resoplando.

Ya no era seguro quedarse. La casa saqueada lo probaba. Sí, afuera había un silencio extraño. Demasiado. No se topó con mucha gente, pero sabía que estaban, escondidos y observando. Sabían cuándo entraba y salía, y eso la asustaba más que nada.

Summer suspiró. De eso hacía dos meses; desde entonces había visto más de lo que jamás imaginó posible. Pensar en Josh le traía de vuelta la culpa recurrente por haberlo dejado solo en los arbustos. ¿Cómo pudo hacer eso? Dejar al chico que amaba pudriéndose en la hierba, oculto tras un arbusto. Cerró los ojos, tratando de exprimir de su mente la imagen de él ahí tendido, sus rizos anaranjados brillantes contra el pasto verde.

¿Seguirían brillantes? ¿O se habían apagado, como su vida, hasta volverse algo pálido y horrible?

Nunca vio a sus padres ni a los Murray.

Estaba sola y embarazada, y el mundo se había acabado.

Frotándose los hombros, pensó en el hombre al que había apuñalado hacía apenas unas horas.

Creyó que estaba a salvo, escondida en uno de los edificios destrozados en las afueras del pueblo. Acurrucada en la esquina, bien pegada a la pared y a resguardo de las sombras. Estaba exhausta pero lo bastante alerta como para sobresaltarse cuando oyó una bota pesada pisar la tabla del piso junto a su cabeza. Antes

de poder reaccionar, unas manos le inmovilizaron los brazos contra el suelo con garras de hierro mientras ella forcejeaba para zafarse de debajo de él.

Al instante, reconoció sus pantalones caqui de corte militar.

Era de los De Cree.

Un gruñido profundo le retumbó en el pecho.

—Oiga, nenita—dijo, soplándole su aliento agrio en la cara. Ella apartó el rostro, asqueada.

—A ver, ¿qué tenemos aquí?—dijo el soldado, girándole la cara hacia él. Sus ojos le taladraron los de ella. Tenía la barba descuidada y parecía no haberse bañado en días.—¿Está tímida, nenita?

Summer luchó por apartar el rostro. Miró rápido por la habitación, tratando de ver dónde estaba Meggie Mugs. Estaba a un lado, contra la pared, mirando al soldado encima de Summer. Su pequeño cuerpo peludo se tensó para hacer algo. Abrió el hocico como con ganas de ladrar, pero se contuvo, agachó la cabeza sobre las patas delanteras y gimió quedo.

Summer la fulminó para que guardara silencio, esperando y rezando porque la perra entendiera de algún modo su mirada penetrante.

El peso de él le presionaba con fuerza el vientre pequeño, que apenas empezaba a mostrar el embarazo. En pánico, la mente de Summer trabajó rápido.

—Voy a hacerla hermana de los De Cree, chiquita—dijo, deslizándole un dedo por la barbilla.—Va a ser una perfecta putita de cría.

—¿Los De Cree?—Levantó la vista para mirarlo directo a la cara. El soldado se detuvo un momento, sin esperar que le hablara.

—Sí—dijo, relajando la presión.

Tenía una mano libre y la movió por la pierna del soldado, apoyándola firme entre sus pantalones. Sintió cómo lo de adentro se endurecía al instante. Repugnada, empezó a frotar.

—¿Puede llevarme? ¿Puede llevarme con usted, de vuelta con ellos?

El soldado, sorprendido, miró a la chica bajo él.

—Encontró al soldado indicado si quiere estar en los De Cree, nenita.—Su cuerpo respondía a las caricias de ella. Estiró la mano y le apretó un pecho, queriendo arrancarle la ropa ahí mismo.

Antes de que ella tuviera tiempo de protestar, el soldado ya le había levantado la camiseta, dejándole el pecho al descubierto, contenido por su top deportivo negro.

—Espere.—Lo sujetó mientras él forcejeaba con sus pantalones.—Déjeme…—Le desabrochó el pantalón, exponiendo su deseo creciente.

—Échese.—Lo empujó hasta que quedó tendido en el suelo.

Lo siento, Josh. Pensó mientras se le iba encima.

Obligándose a no arcadear ante el hedor penetrante, Summer intentó no concentrarse en lo que le hacía al soldado. Él tenía los ojos cerrados, ensimismado en el placer que ella le proporcionaba.

Soltando un gemido bajo, llevó la mano al bolsillo de sus pantalones, buscando el cuchillo que guardaba ahí. Al sacarlo, se cuidó de no romper la ilusión del soldado.

Él no le prestó atención, acostado, absorto en el deseo. Summer se incorporó y lo montó a horcajadas. Sus ojos se abrieron de golpe.

—Oh, sí, nenita.—Le azotó las caderas, agarrando el dobladillo de sus pantalones.

Summer se pegó a él, sintiendo su miembro resbaloso y húmedo presionándole el vientre tenso.

—Esto es por Josh—dijo, alzando la mano con rapidez y cortándole el cuello.

El soldado se sujetó el cuello mientras Summer saltaba de encima. La sangre brotó a borbotones de la herida abierta. Meggie Mugs ladró con un chillido agudo. Saltó y corrió al lado de Summer. El soldado extendió la mano hacia ella, pero Summer alzó rápido a la perrita y se apartó del hombre medio desnudo, que boqueaba su último aliento.

Agarrando su camiseta y la bolsa, y aún con la perrita chillando en brazos, huyó, sin querer ver los últimos instantes del soldado. La imagen de su miembro rígido en su boca le manchó la mente. La perseguiría para siempre.

Ella era pequeña. Él era grande. Summer hizo lo que tenía que hacer.

No iba a volver a pensar en eso. Nunca.

Pasaron horas antes de que llegara al bosque. Ya no podía quedarse en el pueblo. Necesitaba alejarse de las imágenes de muerte y destrucción. Imágenes del soldado desnudo de la cintura para abajo, con el cuello bombeando sangre.

El bosque parecía el lugar más lógico para esconderse. La preocupación se le anidó hondo en la cabeza a Summer.

Había sido por poco.

Necesitaba encontrar un lugar seguro con otros. Pronto estaría demasiado grande y lenta para escapar de futuros ataques. No era tonta. Summer sabía que era pequeña para tener dieciséis, y una adolescente embarazada, sola y con solo una perrita peluda como protección, era presa fácil. El próximo atacante podría no ser tan fácil de distraer y de eludir.

Siguió avanzando, ignorando el hambre que le roía el vientre. Al rato puso a la perrita en el suelo para que caminara junto a ella. La cola de la pequeña iba de lado a lado, sus ojos oscuros mirándola constantemente.

¿Se aseguraba de que yo estuviera bien? ¿O tenía miedo de que la dejara?

—Vamos a estar bien, Meggie Mugs—dijo Summer, más para sí que para la perrita.

La perra la miró y siguió trotando, su tontita coleta ya ausente. Summer se la había cortado poco después de irse de lo de los Murray, dándole a la perrita la libertad de no tener pelos en la cara ni los nudos que venían con eso. Estaba sucia y el pelo más corto. Sombra de la perrita que se sentaba segura en los brazos de sus dueños. Mimada como un peluche. No, ya no era la perra de los Murray. Ahora era de Summer, y se congelaría el infierno antes de dejar que algo le pasara a la pequeña can.

Más tarde esa noche, agotada, usó su mochila de almohada y se quedó dormida con Meggie Mugs acurrucada en el hueco de sus piernas dobladas, el hocico apoyado en sus rodillas. Summer sacó el

suéter de Josh y se lo pegó al cuerpo. Aspiró la tela, acunándola como si le fuera la vida en ello.

Todavía podía olerlo.

Capítulo 23

Ben

BEN SE DETUVO DETRÁS del auto abandonado de Malik y bajó. La calle estaba inquietantemente silenciosa, como si toda la esencia de la vida en la ciudad se hubiera evaporado. Entrecerró los ojos contra el sol brillante del mediodía y examinó el área. Nada se movía. El silencio era inquietante, como si el miedo hubiera invadido la ciudad. Ben podía sentirlo al acecho en cada rincón oscuro, debajo de cada auto estacionado, saturando el aire mismo que respiraba. Se asomó a callejones y portales, pero no había rastro de Malik. Tiritó a pesar de no tener frío; sabía que la gente se agazapaba tras esas puertas cerradas y ventanas con postigos bajados.

Se rió entre dientes.

El Poder.

El De Cree era una fuerza con la que había que contar, y él era la mano derecha de Malcolm, en el corazón de la organización.

No podía creer su suerte.

Todo ocurrió tan rápido.

Leah ni siquiera se había ido cuando él se unió al De Cree. Todavía estaba en casa, sentada junto a la ventana con ese gesto largo y caído, dándose lástima porque Ben no estaba en casa para consolar sus pequeños sentimientos.

Resopló, asqueado. Sabía que ella desaprobaba a Malcolm. ¿Y qué? ¿Qué importaba lo que ella pensara? Él era el hombre de la casa. Él decidía por la familia. *Él.* No ella.

Ben ni se molestó en informarle de sus contactos con la organización. ¿Para qué lo haría?

Fue a varias reuniones de Malcolm y quedó enganchado de inmediato.

Sonrió para sus adentros. Las ideas que Malcolm le planteó en aquella primera reunión seguían pegadas por dentro de su cerebro. Negándose a soltarse.

El edificio del De Cree sorprendió a Ben cuando llegó. Primero, porque estaba tan lejos de la ciudad, escondido en un claro del bosque. Casi dio marcha atrás cuando tomó el camino largo, angosto y recién asfaltado que conducía al complejo. Cuando vio por primera vez los edificios, se le escapó el aliento. Parecía la combinación de una escuela secundaria enorme y un centro correccional.

Su instinto fue asegurar la puerta, dar la vuelta y salir disparado de ahí lo más rápido posible. Pisar a fondo, pero algo centelleó en una de las ventanas superiores. Un destello plateado. Se detuvo, inclinó la cabeza sobre el volante y entornó los ojos para ver qué era lo que destellaba. Volvió a brillar, y creyó ver la silueta de una mujer, alta y esbelta, recortada contra el resplandor.

Golpearon con fuerza la ventanilla. Ben dio un brinco, con el corazón trepándole a la garganta. Se giró para ver a un hombre de poco más de treinta, de pelo rizado oscuro y barba desaliñada,

sonriéndole con unos dientes blancos y parejos que contrastaban con su aspecto descuidado. Vestido con ropa de camuflaje, ese tipo no se veía para nada como un soldado.

El hombre le hizo el gesto de bajar la ventanilla con sus nudillos grandes y peludos. Ben le arqueó una ceja. ¿Quién carajos se creía este tipo? ¿De verdad pensaba que Ben le iba a hacer caso?

El tipo soltó una risita y se irguió, dejando ver a un grupo de hombres detrás de él.

Ben intentó hacerse una mejor idea de la situación y calcular cuánta gente tenía enfrente, pero lo único que alcanzó a ver fue al hombre justo frente a él y, detrás del soldado, una figura más alta y sombría que se cernía.

Era enorme, al menos uno noventa, si no más, y un hombre hecho montaña, de hombros anchos y brazos oscuros henchidos de músculo. Llevaba la misma ropa que el primero, pero solo una camiseta de color gris verdoso. Sobre su cuello grueso descansaba una cabeza calva perfectamente redonda.

Ben tragó saliva. Había sido un error terrible. La expresión severa del hombre negro frente a él pareció endurecerse mientras observaba hablar al otro. La mandíbula le tembló con irritación, dejando claro que el soldado barbudo no le agradaba.

Ben extendió la mano para girar la llave en el encendido cuando, de pronto, volvieron a golpear la ventanilla.

Se estremeció y soltó un alarido, girando la cabeza para encarar al hombre alto que lo miraba a través del cristal. A Ben se le cayó la quijada de la sorpresa. El hombre no sonreía, pero sus ojos gris claro, en marcado contraste con su piel oscura, lo miraban fijamente. Extrañamente, eso tuvo un efecto calmante en Ben, y se sintió relajarse.

Señaló con el pulgar hacia atrás. Ben obligó su mirada a apartarse de aquellos ojos desconcertantes y a dirigirse hacia donde apuntaba. Malcolm Gobbo apareció, caminando hacia el vehículo, vestido con su atuendo típico de los setenta: pantalones marrones y un abrigo de cuero curtido.

Era él. El hombre del momento.

Sin vacilar, Ben desbloqueó la puerta y la abrió de golpe, saliendo al aire fresco. Los dos hombres con los que ya se había topado se alinearon, uno a cada lado de Malcolm Gobbo. Se plantaron ahí, dos figuras imponentes, con las piernas separadas y las manos entrelazadas delante, en guardia. Cada uno notablemente distinto del otro y, aun así, conectados de algún modo por el hombre entre ellos.

Malcolm extendió la mano cuando Ben tropezó hacia ellos en un estado irreal. Su miedo previo se esfumó al instante.

—Bienvenido, Ben, lo hemos estado esperando.

Ben se irguió y estrechó la mano del hombre más bajo. La sacudió con firmeza y respondió con un asentimiento.

Malcolm miró a ambos soldados que estaban a su lado antes de hablar.

—Este es mi hermano Malik Gobbo y nuestro hermano de armas, John Wilder. Creo que conoce a su esposa.

Ben estrechó las manos de ambos y se quedó en pausa.

—¿La conozco? —su cerebro se esforzaba frenéticamente por recordar dónde podría haber conocido a la esposa de ese hombre, y rezó porque no fuera alguien con quien se hubiera acostado recientemente.

—Sí, por lo visto, ella y su esposa se conocen de hace mucho. Por lo que entiendo, es responsable de su unión. Ella lo presentó con su compañera de vida —la voz de Malcolm estaba calmada, con un toque de deleite.

Ben miró a John, confundido.

—Amanda —la voz profunda de John salió corta y brusca. Sus ojos de lobo se entornaron hacia Ben, la hostilidad detrás de ellos oculta, pero aún visible. Era fácil de reconocer si sabías cómo. Ben era un experto en ello.

Frunció el ceño, sorprendido.

—¿Amanda?

Se rascó la cabeza, perplejo. Amanda no estaba casada. —La única Amanda que mi esposa conoce es Amanda Froth.

—Amanda Wilder —John apenas movió los labios, con la mirada fija por encima de la cabeza de Ben, ya no en él.

Exasperado, Ben cambió el peso de un pie al otro mientras miraba a John. Se detuvo, maldiciéndose por estarse moviendo.

Negó con la cabeza.

—No conozco a ninguna Amanda Wilder —dijo Ben, conteniendo una risita al imaginar a esa mujercita tonta, con su pelo teñido de un rojo chillón y su tez blancuzca, casada con este pedazo de carne humana frente a él.

—La única Amanda que conozco es Amanda Froth, y definitivamente no está casada.

John giró lentamente la cabeza hacia Ben, la intensidad de su mirada emanando de sus ojos de un color antinaturalmente claro.

¿Qué carajos? pensó Ben, frunciendo el ceño, confundido. *¿Qué le pasa a este imbécil?*

Malcolm le dio a John una palmada tranquilizadora en el hombro. El cuerpo de John adoptó una postura de atención, con los ojos dirigidos hacia el frente, lejos de Ben.

—Ah, sí; bueno, han pasado muchas cosas desde la última vez que vio a Amanda. Desde entonces se comprometió con John y pasó a ser miembro del De Cree. Amanda Froth ya no existe. Pero Amanda Wilder prospera y sobrevive; está convirtiéndose rápido en una de nuestras integrantes de crecimiento más acelerado.

Pillado desprevenido, la expresión de Ben delató su shock, haciendo que la compostura de John titubeara. Por un momento, Ben estuvo seguro de que el hombre quería golpearlo. Contuvo la sorpresa y negó con la cabeza, incrédulo, a pesar de sí mismo.

Lo que fuera. Esto estaba jodido. Si Amanda era parte del De Cree y de verdad estaba casada con este imbécil, bueno, quizá se había equivocado. La idea de que ella estuviera metida en el De Cree le generó dudas, y quiso irse a casa a ducharse. Quitarse la mugre por haber sido tan estúpido.

—Ben —la mano de Malcolm se extendió, tocándole el brazo.

Saltó sin querer y maldijo por lo bajo, avergonzado. ¿En qué clase de blandengue se estaba convirtiendo?

—¿Qué? —su voz salió molesta, y se pasó la mano por el cabello. Maldijo de nuevo por lo bajo—. A la mierda esto. —Se volteó para irse, pero volvió a encararse con Malcolm, apuntándolo con el dedo,

acusador—. ¿Qué carajos está pasando aquí? ¿Qué mierda es esta? Amanda no está casada con este payaso. Sus ojos se desviaron hacia John, que permanecía mirando fijamente al frente, con las fosas nasales dilatadas. El otro, el hermano de Malcolm, se burló, tratando de mantener el gesto compuesto.

Ben estaba a la vez indignado y avergonzado.

Con las manos abiertas, Malcolm alzó los brazos lentamente hacia el cielo. Giró en semicírculo hacia los dos soldados y luego de vuelta hacia Ben.

—Tranquilo, hermano Ben, tranquilo —su voz era baja y serena, sorprendente en alguien a quien Ben había llegado a admirar por sus entrevistas y documentales—. Ben, supuse, por nuestra correspondencia, que estaba al tanto de cómo funciona el De Cree. ¿Estoy equivocado al pensar eso? —No bajó las manos; las mantuvo en alto, una ligeramente inclinada hacia Ben y la otra hacia los hombres detrás de él.

Ben chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco. —Leí absolutamente todo lo que escribió y fui a cada mitin que hizo desde que descubrí sus libros. Sé de qué se trata.

—Oh. —Malcolm bajó las manos lentamente y las entrelazó frente a sí. Inclinó la cabeza, mirando directamente a Ben. Sin decir nada por un momento.

Ben se irguió, con las piernas separadas, y entrelazó sus propias manos frente a él, imitando a Malcolm. Le sostuvo la mirada, desafiante. Ahora estaba encabronado. Muy encabronado. No iba a dejar que lo siguieran jodiendo.

Malcolm suspiró; los hombros se elevaron y luego se relajaron. Una sonrisa se extendió por su rostro.

—Entonces conoce las reglas como hermano del De Cree.

Ben se detuvo. La frente se le arrugó.

—El matrimonio, Ben.

La expresión de Ben no cambió.

Malcolm exhaló, pero su actitud ahora era ligera y su sonrisa se parecía más a una media sonrisa, casi juguetona.

—Todos los adultos del De Cree están casados. Incluidos los nuevos miembros. Somos una organización orientada a la familia.

La comprensión empezó a abrirse paso en el cerebro de Ben. Podía ver las páginas de los libros de Malcolm detallando la importancia de cómo el patriarcado de su sociedad era una de las piedras angulares de la organización.

—John ha sido un miembro devoto desde hace tiempo, y ha esperado pacientemente a su pareja durante muchos meses. Como miembro respetado de nuestra sociedad, era imperativo elegir con meticulosidad una esposa adecuada para él. Cuando llegó tu amiga Amanda, pues… —Malcolm se volvió hacia John, riéndose por lo bajo. John no se movió, pero Ben pudo ver algo en esos ojos suyos, algo parecido a luz.

—Creo que es seguro decir que John quedó prendado.

La garganta de John se movió como si hubiera tragado algo grande, y a Ben le cayó el veinte. A este tipo le gustaba Amanda. Abrió mucho los ojos, incrédulo, y volvió a negar con la cabeza, pero esta vez con aceptación. El cuerpo se le aflojó de la tensión.

—¿Ve lo perfecto que es, Ben? —dijo Malcolm, con la voz aún calmada e imperturbable—. Su esposa ya tendrá aquí a su mejor amiga. ¿Qué tan maravilloso es eso?

La cabeza de Ben se alzó de golpe. No había pensado en que Leah estuviera involucrada con el De Cree. Esbozó media sonrisa y asintió, forzando las manos dentro de los bolsillos del pantalón.

—Ahora, por favor, sígame. —Malcolm le colocó una mano firme en la mitad de la espalda y con la otra señaló el complejo frente a ellos—. Bienvenido, Ben, al De Cree.

Ben volvió al presente; el recuerdo de aquel encuentro fatídico de meses atrás se desvaneció. Entrar al Complejo, ver a toda la gente asentirles y la influencia que Malcolm ejercía sobre ellos fue electrizante.

Ben quedó enganchado.

Se unió a la organización de Malcolm Gobbo sin importar lo que Leah dijera al respecto. Ella tendría que acatar.

Ben sentía que no había opción. Tenía que ser parte de la visión de Malcolm, y ahora lo era.

No fue difícil. Una vez que conoció a Malcolm y le juró lealtad, subió de un salto la escalera, demostrando una y otra vez que él era el hombre que Malcolm quería. De hecho, fue Ben quien sugirió a Malcolm iniciar la revolución en Lex. Era del tamaño justo para empezar. Ni demasiado grande ni demasiado pequeña. El resto del mundo ni se daría cuenta si de pronto la población de una pequeña ciudad canadiense desaparecía en silencio.

Fue demasiado fácil. Malcolm Gobbo compró y convirtió políticos al De Cree. Era el amanecer de una nueva era. Lex era solo una ciudad. Pronto sería todo el país, y Ben ayudó a hacerlo realidad, encabezando una gran parte. Malcolm Gobbo podía ser la cara del De Cree, pero Ben Hollen era el cerebro.

O eso le gustaba creer.

Sonrió para sus adentros mientras se daba la vuelta para volver a su auto. Tenía prácticamente todo lo que quería. Bueno, salvo Leah y el niño, pero no le preocupaba demasiado. Leah haría cualquier cosa por proteger a Adam, y si quería que el niño viviera, se uniría al De Cree y se pondría a su lado como su esposa.

Estaba el asunto de Yasmeen, y cómo se ocuparía de ella cuando Leah estuviera de vuelta. Se encogió de hombros. Malcolm tenía sus propios planes para Yasmeen. Él se ocuparía de ella después, cuando fuera el momento adecuado. Por ahora, tenía otras cosas de qué preocuparse. Como Malik.

El hermano de Malcolm era una piedra en el zapato de Ben. Le desagradaba tanto como idolatraba a Malcolm. ¿Cómo podían ser dos hermanos tan distintos? Malcolm era un genio, mientras que su hermano menor, Malik, era un idiota. Pero Ben tendría que lidiar con el grandulón si quería mantenerse en las buenas gracias de Malcolm.

Abriendo la puerta del auto, miró alrededor, tratando de averiguar adónde se había ido Malik. No podía estar tan lejos, ya que su vehículo estaba ahí. Seguramente el imbécil estaba violando a alguna adolescente desprevenida. Desde que el De Cree tomó el control, Malik se lanzó a un frenesí de violaciones, con todas las

libertades para hacer lo que le viniera en gana. Estaba en el cielo, saciando su sed insaciable de carne joven.

Algo cruzó como un rayo por el rabillo del ojo de Ben, haciéndolo brincar de sorpresa.

Se giró, sacó el arma y apuntó hacia el movimiento.

Una chica medio desnuda de unos quince años salió disparada de un edificio, con el pelo negro y desgreñado cayéndole sobre los ojos. Aterrada, miró por encima del hombro para ver si la seguían. Llevaba algo blanquecino y mugriento apretado contra el pecho, pero no alcanzó a distinguir qué era, hasta que se dio cuenta de que era un perro sarnoso.

Ben resopló. Ahora tenía una idea clara de dónde andaba Malik. Empezó a caminar en la dirección de la que venía corriendo la chica, irritado una vez más con el hermano de Malcolm. No tenía tiempo para cuidar a este bebé grandulón compulsivo. Era una mierda. Un hombre de su rango en el De Cree no debería tener que cuidar a un hombre-niño. Carajo, había un montón de mujeres en el complejo en las que Malik podría meterla. Pero oh, no; tenía que cazarlas como conejitos y atraparlas primero.

Ben volvió a negar con la cabeza, pensando en la pobre chica que estaba casada con Malik. Bueno, no era realmente una niña. Sarah. Por lo visto, había salido con Malcolm primero, cuando estaban en la universidad. Parecía más joven de lo que era. De cualquier modo, a esa chica le había tocado la peor parte en lo que a maridos del De Cree se refería. Claro que tampoco le tocó elegir nada. Las mujeres no tenían opción en el asunto. Malcolm le escogió la esposa a su hermano, procurando elegir una que pareciera mucho más joven de lo que era.

Abrió la puerta del edificio y llamó.

Nada.

Más irritado, Ben entró en el edificio abandonado. Reinaba un silencio mortal. Una sensación que reptaba le subió por la nuca, erizándole el vello. Se puso en alerta, llevó la mano a la funda en la cintura y sus dedos acariciaron suavemente las aristas del arma. Nada se movía, ni siquiera el correteo de las ratas. El lugar parecía vacío. Ben estaba seguro de que la chica fugitiva era una de las

víctimas de Malik. Conocía esa mirada en sus ojos. La había visto demasiadas veces en los rostros de otras chicas a las que Malik se había devorado como si fueran dulces.

Vacilante, siguió adelante, ladeando la cabeza, escuchando con atención para oír algo.

Entonces lo oyó. Un sonido húmedo, enfermo, jadeante, no muy lejos.

El corazón de Ben golpeó con fuerza en el pecho. Aceleró el paso, empuñando el arma. Al entrar en la habitación, se detuvo en seco.

Malik yacía en un charco de su propia sangre, sujetándose el cuello que manaba.

Tenía los ojos muy abiertos, asustados, y extendió hacia Ben una mano empapada de sangre.

—¡Mierda!

Corrió al lado de Malik, se quitó la chaqueta y se la enroscó alrededor de la carne desgarrada y burbujeante, tratando en vano de detener el flujo gorgoteante. Con la otra mano, Ben agarró el walkie-talkie sujeto a su cintura y presionó el botón.

John Wilder respondió al otro lado.

Con una voz temblorosa que ni él reconoció, gritó: —Sí, soy Ben. ¡Malik está herido!

CAPÍTULO 24

TABITHA

TABITHA OBSERVABA DESDE EL rincón de la puerta cómo Malcolm miraba el cuerpo ceniciento y sin vida que tenía delante. Intentó ocultar el ligero temblor de sus hombros irguiendo la espalda, negándose a reconocer, incluso ante sí mismo, el torbellino emocional que ardía en su interior porque su hermanito bastardo estaba muerto.

Inhalando profundamente, dirigió la mirada hacia sus uñas, observando su forma bien cuidada y apropiada, carente de un largo excesivo o colores llamativos. Ella no era ese tipo de mujer. No, nunca lo fue y, sin embargo, en otro tiempo, sí.

Pero eso fue antes de Malcolm.

Antes de Malcolm, pasaba horas aplicándose cuidadosamente un rubor rojo encendido en las mejillas y cardándose el pelo con pericia hasta que quedaba alto y rebelde. Una mujer, aunque no del todo una mujer. Era una chica joven en la universidad, cargando con los

sueños con que se alimentaba a todas las chicas de entonces. El de convertirse en algo más que una simple esposa.

Fue una época de locos en los ochenta. El mundo en general estaba cambiando y, con ello, también los roles de ser mujer. Se esperaba que las chicas cursaran estudios superiores en institutos y universidades.

Trabajarían junto a sus futuros maridos como sostén de la familia, sin saber que la sociedad aún esperaba que cumplieran con los deberes tradicionales de una ama de casa y madre. Traer el pan a casa y, además, tener que cocinarlo. Pero en ese momento, no eran conscientes de la mentira con la que las habían alimentado. Creían que podían tenerlo todo. Excepto Tabitha. Ella solo fingía que lo quería todo.

Tabitha entrecerró los ojos hacia su esposo, rememorando aquellos días. Se pasó la mano por la parte delantera de la blusa, alisando las arrugas que no estaban allí. Volvió a entrecerrar los ojos, pensando en lo lejos que había llegado y en cómo había llegado a donde estaba, de pie en las sombras, viendo a su marido llorar la muerte de su hermano.

Los celos siempre habían sido parte de ella, incluso en el pasado.

Tabitha notó un cambio en el comportamiento de su compañera de cuarto desde el momento en que empezó a salir con un chico que conoció en el campus. Sarah solía pasar todo el tiempo con Tabitha, pero ahora siempre estaba con él. A pesar de que Sarah no era de beber mucho, iban juntas a todas las fiestas del campus. Pero ahora, su atención se centraba solo en este chico, haciendo que Tabitha se sintiera como un segundo plato. Las que una vez fueron amigas íntimas se estaban distanciando, y eso no le sentaba bien. No le gustaba ni un poco.

Mientras que Tabitha no tenía muchas amigas, Sarah, que era muy querida e invitada a todo, sí las tenía. Como su amiga y compañera

de cuarto, eso significaba que a donde fuera Sarah, también iba Tabitha.

Cuando Sarah empezó a rechazar las invitaciones a las fiestas del campus para pasar tiempo con Malcolm, Tabitha decidió separarlos.

Para poner en marcha su plan, Tabitha necesitaba saber más sobre ese tipo, Malcolm Gobbo. Así que empezó a espiarlos. A dondequiera que iban, ella estaba un poco más atrás, camuflándose como siempre en el paisaje sin que nadie la notara.

El día en que todo cambió fue un día ordinario, sin nada de especial.

Tabitha había seguido a Sarah desde su residencia hasta un parque cercano. Malcolm esperaba bajo un árbol. A Tabitha le sorprendió su aspecto. Era guapo, con unos brillantes ojos verde claro y un cabello castaño claro y ondulado que era largo, pero no como el de los roqueros de heavy metal de la época, sino más bien al estilo hippie, como si acabara de salir de los años setenta. Incluso su forma de vestir estaba pasada de moda por una década.

Se apretó contra la áspera corteza del viejo roble, asomándose por detrás de su tronco. Los gestos animados y las palabras apasionadas de Malcolm giraban en torno a la creación de un cambio en el mundo que se acercaba a la década de 1990. Se sintió cautivada por sus ardientes palabras y su energía contagiosa.

Vio cómo él tomaba las manos de Sarah entre las suyas, esforzándose por oír con precisión lo que decía. Era difícil captarlo todo, pero lo que Tabitha pudo distinguir despertó su interés. Sus palabras y el poder que había tras ellas parecían haberse apoderado de Sarah, que estaba sentada hechizada, casi hipnotizada, apenas respirando.

Tabitha observaba sin aliento, tan absorta como Sarah. No podía evitarlo. Su estómago dio un vuelco, haciendo que su cuerpo vibrara con algo inesperado. Deseo. Este hombre, una reminiscencia andante de los años setenta, que ni siquiera era tan alto, la estaba excitando, solo con hablar.

El tipo irradiaba liderazgo. El mero sonido de su voz podía cautivar a cualquiera, atrayéndolo y haciendo que estuviera ansioso por escuchar cualquier cosa que tuviera que decir. Sus palabras tenían

una fuerza magnética que podía persuadir instantáneamente a la gente para que creyera todo lo que decía con una fe inquebrantable.

Tabitha en realidad no interiorizó lo que Malcolm decía. Pero la manera en que hablaba, y su fervor, eran harina de otro costal. Podría haber persuadido hasta a una monja para que abandonara su vocación y se convirtiera en su seguidora. Así de convincente era, y eso era excitante.

Más tarde esa noche, sentada en la cama de Sarah, Tabitha se inclinó y le preguntó despreocupadamente por su día con Malcolm. Intentando mostrar interés en la relación de su amiga. No fue difícil. No mentía. Estaba interesada, pero no de la forma que Sarah pensaba. Tabitha sintió una punzada de envidia al ver cómo se iluminaban los ojos de su amiga mientras hablaba de su cita. Aunque parecía interesada en la relación de su amiga, sus preguntas surgían de algo más que mera curiosidad. Mientras sorbían su té humeante y charlaban, Tabitha no podía quitarse de la cabeza los pensamientos que se arremolinaban en su mente al imaginar a Sarah y Malcolm juntos, y se preguntaba cómo sería que él la mirara con la misma adoración. Su intención inicial de separar a la pareja había cambiado. Originalmente, quería a Sarah para ella, pero su enfoque se desvió a reclamar a Malcolm para sí. Escuchando atentamente, enmascaró sus verdaderas intenciones con una sonrisa falsa mientras Sarah relataba cada detalle de su día con Malcolm.

El corazón de su amiga rebosaba de adoración por Malcolm, y no pudo contener su emoción al sincerarse sobre él. Él anhelaba una esposa que encarnara los ideales tradicionales: una que le diera hijos y estuviera a su lado como su compañera para forjar su futuro. Su destino estaba claro: establecer una nueva plataforma política que traería un cambio positivo al mundo.

Tabitha escuchaba atentamente mientras la pasión ardía en los ojos de Sarah al imaginarse al lado de Malcolm en su camino hacia la grandeza.

Con un nudo apretándosele en el estómago, se giró mientras Sarah seguía hablando sin parar sobre Malcolm y sus planes futuros. Con cada palabra, la emoción crecía más y más fuerte en Tabitha. Quería saberlo todo sobre él y la organización que había creado,

llamada «El De Cree». Así que escuchó atentamente, ávida de cada dato que Sarah le proporcionaba. Y Sarah se lo proporcionó. Le sirvió en bandeja el itinerario de Malcolm, dándole la oportunidad de idear un plan.

Al acercarse a la puerta del pequeño salón donde Malcolm hablaría, Tabitha se metió en un baño cercano antes de deslizarse en la zona abarrotada. Se había recogido el pelo hábilmente en un elegante moño, revelando sus pómulos afilados y su fuerte mandíbula. Temprano esa tarde, se había aplicado el maquillaje justo para realzar sus facciones sin que pareciera que llevaba nada. Con un rápido toque de bálsamo labial, se contempló en el espejo. Se alisó con las manos el vestido de verano color crema con diminutas flores rosas. Se había gastado sus últimos dólares en comprarlo junto con el suéter de color canela que le llegaba justo por encima de las caderas, realzando su cintura y dándole un aspecto suave y femenino, pero aun así modesto. Sintiendo un aire de confianza, se apartó del espejo y salió hacia el evento.

Al entrar en la sala, vio a Sarah de pie en las sombras, a un lado. Ni siquiera reparó en su compañera de cuarto.

De pie en la parte de atrás, Tabitha pasó desapercibida, con los ojos fijos en Malcolm mientras hablaba. Escuchando atentamente, estudió su lenguaje corporal, analizando cada palabra que decía, tomando notas mentales para su próxima presentación con él. Observó con asombro cómo la multitud permanecía hipnotizada por cada palabra que pronunciaba. La cautivó. Nunca antes había presenciado a alguien con tal autoridad sobre un grupo solo a través de sus palabras.

La voz de Malcolm vibró a través de Tabitha, despertando un anhelo largamente guardado justo bajo la superficie, dentro de ella, un deseo. El fuerte deseo de poder. Siempre estuvo ahí, impulsando a Tabitha. No era ingenua. Sabía que el éxito solo era alcanzable estando con un hombre poderoso. Malcolm era ese tipo de hombre. Lo quería a él.

Sarah no se percataba de nada.

Sin que Sarah lo supiera, Tabitha había recopilado toda la información que pudo sobre Malcolm. De saber lo que él quería de

una mujer estudiando a su novia. Sus gestos, la forma en que inclinaba la cabeza. Sus risitas tontas y suaves ante la más mínima cosa que Malcolm decía. Tabitha sabía lo que Malcolm quería en una esposa porque lo que él quería era a alguien como Sarah. Así que, Tabitha se convirtió en una versión mejor de su amiga. Una más lista, de hecho. Malcolm no sabría qué lo había golpeado, y Sarah tampoco.

La diferencia entre las dos mujeres era que Sarah era lo que Malcolm quería: una chica ingenua y sencilla que haría lo que le dijeran, mientras que Tabitha interpretaba un papel, y era una experta en la interpretación de roles. Eso es lo que hacía Tabitha. Interpretaba papeles, convirtiéndose en quien y lo que necesitara ser para conseguir lo que quería y lo que quería ahora era a Malcolm.

Cuando Malcolm terminó su discurso, una oleada de gente hizo fila para saludarlo. Recatada y silenciosa, Tabitha se quedó en la fila, observando a cada individuo mientras se acercaban ansiosamente a tocar y hablar con Malcolm.

Mientras una persona tras otra hablaba, ella observó su rostro y cómo cambiaba según quién le interesaba y quién no.

Tabitha observó a Sarah de cerca, notando cómo se posicionaba junto a Malcolm. Tenía las manos entrelazadas al frente mientras él estrechaba una mano tras otra. Ella los saludaba a todos por igual, con la cabeza baja e inclinada y una sonrisa sutil.

Tabitha se fijó en todo y en todos. Imitando ligeramente a Sarah al entrelazar las manos al frente, bajar la cabeza y levantar ligeramente los ojos, pero haciéndolo mejor.

Cuando finalmente le llegó el turno a Tabitha de conocer a Malcolm, respiró hondo, preparándose para entrar en su nuevo papel. Tenía una única oportunidad para robarle el protagonismo a Sarah.

Tabitha se paró frente a Malcolm, con las manos entrelazadas al frente. Sus ojos, tímidos, igual que los de Sarah. Cuando levantó la vista, el rostro sobresaltado de su amiga y los ojos juguetones de Malcolm la miraban de vuelta.

—¿Tabby?

La aparición de Tabitha frente a Sarah tomó a la chica por sorpresa, dejándola sin saber cómo reaccionar. En un instante, los ojos de Malcolm se desviaron hacia Sarah. La mujer que estaba frente a él le resultaba familiar a Sarah, pero no a él, lo que lo tomó desprevenido.

—Tabitha.

Tabitha inclinó ligeramente la cabeza hacia Malcolm, mirándolo a los ojos y luego bajando la vista con modestia. Expresó sutilmente su interés con una sonrisa en el rostro.

—¿Qué haces aquí?

Las palabras de Sarah salieron entrecortadas y confusas. La repentina y alterada apariencia de Tabitha dejó a la chica en shock y sin palabras.

Malcolm extendió sus manos, con las palmas hacia arriba, mientras esperaba que Tabitha pusiera las suyas en ellas. Sus dedos se entrelazaron, y él le dio un suave apretón, sin soltarla.

—¿Y quién es esta, Sarah?

—Tabby, mi compañera de cuarto, te hablé de ella. Me sorprende que esté aquí. —La atención de Sarah se fijó en sus manos entrelazadas. Incapaz de apartar la vista de ellas, la preocupación surcó su frente—. No sabía que te interesaran este tipo de eventos, Tabby.

Con un movimiento suave, Tabitha levantó la cabeza y habló con delicadeza.

—Tabitha.

Sarah se quedó con la boca abierta. Una expresión de absoluto desconcierto se dibujó en sus facciones mientras luchaba por encontrarle sentido a la caótica situación.

Tabitha casi sintió lástima por su amiga. Después de todo, Sarah le caía bien. No es de extrañar que estuviera atónita. Tabby era el nombre por el que todos la llamaban. Siempre le había disgustado su nombre, lo encontraba anticuado y de bruja, una reliquia de una comedia de situación que su madre solía ver. El nombre Tabby era perfecto para una universitaria de los ochenta, exudando una sensación de diversión y dinamismo.

Sarah no podía moverse, su mente era incapaz de comprender a la mujer desconocida que tenía delante. El maquillaje cargado se había ido, borrado por completo. Los tops cortos y reveladores de Tabitha y su cabello desaliñado y cardado habían desaparecido. Esta persona ante ella que decía ser Tabitha no era su compañera de cuarto. Esta era alguien nuevo. Sarah simplemente no se había dado cuenta todavía.

—Bueno —exclamó Malcolm, tomando las manos de Tabitha y besando cada una. La sensación de sus suaves labios sobre su piel era cálida y acogedora. Sintió que el corazón le latía más rápido, y su cuerpo tenía esa sensación de hormigueo que le daba cuando quería follar.

—Finalmente es un placer conocerla, después de oír tanto sobre usted. —Los ojos de Malcolm la atravesaron, sus labios revoloteando contra su piel mientras hablaba.

¿Lo sintió él también? ¿Esta poderosa atracción mutua? ¿Acaso Malcolm la deseaba tanto como ella necesitaba sentir a ese hombre delgado y bajo presionado contra su carne desnuda?

—Nunca mencionaste lo encantadora que es tu compañera de cuarto.

Sarah balbuceó, confundida de nuevo, sin saber qué decir o hacer. Se quedó mirando cómo los ojos de Malcolm se clavaban en los de Tabitha. El miedo y la comprensión aparecieron en su rostro al observar la amenaza que se desarrollaba ante ella.

—No sabía que Tabby venía.

—Tabitha.

La voz de Tabitha, suave y desconocida, habló de nuevo mientras mantenía el contacto visual con Malcolm.

—Tabitha.

Podía sentir cómo Malcolm la evaluaba, mirándola de arriba abajo, olvidándose ya de Sarah, que estaba de pie, perdida, frente a ellos.

Puede que Tabitha no fuera lo que algunos llamarían hermosa. Pero eso nunca le importó. Sabía cómo presentarse para cautivar a la persona que quería. Tabitha era un camaleón, capaz de transformarse en la pareja ideal, la mujer ideal, la esposa ideal. Era

lo que cualquiera quisiera que fuera, si eso era lo que necesitaba hacer para conseguir lo que deseaba.

—¿Qué es entonces, querida? ¿Eres Tabitha o eres Tabby? —La voz de Malcolm era tranquila, con un toque de risa. Todo aquello lo divertía. Esta pequeña escena entre los tres.

La excitó.

—Soy Tabitha.

Apretó suavemente los dedos de él, teniendo cuidado de no aplicar demasiada presión. Quería evitar dar la impresión de que se le estaba insinuando. Necesitaba que pareciera más una necesidad de estabilidad. Como si lo necesitara a él para poder erguirse más. Cuando sintió que las manos de él agarraban las suyas con más fuerza, lo hizo. Se irguió un poco más. Pero no demasiado. No, no demasiado, todavía.

—¿Pero Sarah te llama Tabby?

Sarah sintió que el calor le subía a las mejillas mientras estaba de pie junto a su novio, observando con vergüenza cómo coqueteaba con su compañera de cuarto. Parecía una espectadora indefensa, obligada a presenciar esta incómoda danza entre las dos personas en las que había depositado toda su confianza.

—Todo el mundo la llama Tabby.

—¿Ah, sí? Mmm —murmuró Malcolm, devolviendo el apretón a Tabitha—. Encuentro que Tabitha es encantador. Bastante cautivador. Le tengo un gran afecto. Evoca sentimientos de feminidad atemporal. Tabby es un nombre para alguien a un nivel personal. Alguien especial, alguien íntimo y familiar, no cualquiera. Alguien que justifica la informalidad de Tabby.

Tabitha sintió que se le contraía la respiración, con el corazón latiéndole en la garganta mientras envolvía sus dedos alrededor de la muñeca de él, sintiendo su pulso bajo las yemas de sus dedos. Colocando las manos de él alrededor de sus muñecas, ella sintió su pulso latir contra la carne de él, reflejando su propio ritmo.

Sarah nunca tuvo una oportunidad.

No tardaron mucho en casarse. Malcolm quería una esposa a su lado, y la necesitaba rápido si quería promover los valores familiares del De Cree.

Intentaron tener hijos de inmediato, mes tras mes, luego año tras año sin éxito.

Malcolm y el De Cree crecieron, pero, con todo su éxito, Tabitha seguía siendo estéril. Habían hablado de la fecundación in vitro, una tecnología revolucionaria que existía desde finales de los años setenta. Pero mientras se sentaba en el consultorio del médico, sus esperanzas se desvanecían una y otra vez.

Tabitha no podía deshacerse del sentimiento de insuficiencia mientras veía a otras mujeres a su alrededor quedar embarazadas con facilidad, pero para Tabitha, todavía parecía fuera de su alcance.

Suspiró, observando a su esposo mientras estaba sentado de luto sobre el cadáver de su hermano. Sabía todo lo que él estaba pensando antes de que él mismo lo pensara. Él no se daba cuenta, por supuesto. Ella se encargaba de que así fuera. Tabitha sabía cómo hacer que Malcolm dijera e hiciera lo que ella quería que hiciera. Bueno, eso fue hasta que apareció Ben con su putita, Yasmeen. Ahora la atención de Malcolm estaba en la mujer de Ben. Reconoció la ironía de todo, sabiendo que él le había hecho lo mismo a Sarah con ella. La diferencia era que Yasmeen era el tipo de mujer que Malcolm siempre condenaba. Sin el consentimiento de Tabitha, declaró a esta mujer como la elegida.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal y sintió una oleada de repulsión. Esto no era lo que había planeado. Todo había ido bien hasta que su cuerpo le falló, dejándola estéril e incapaz de engendrar un hijo propio.

Con la espalda recta y su rostro de Tabitha en su lugar, se acercó a su esposo. Con un toque tranquilo pero firme, le rodeó el hombro con la mano. Él mantuvo la mirada baja, pero extendió la mano para tocar la de ella que descansaba sobre él.

—Esto me inquieta, mi querida Tabby.

Apretó suavemente su hombro, pero no se inclinó para abrazarlo. Tenía que mostrarle a su esposo que compartía sus emociones por la

pérdida de su hermano, a pesar de que Malik era una persona repugnante.

Nada que ver con su hermano.

No sintió remordimiento, ni tristeza. Nada. Malik estaba muerto. De hecho, sintió alegría porque ahora no tendría a otra persona que le quitara la atención de Malcolm.

En adelante, podría relajarse sabiendo que Malik no arruinaría sus planes para el De Cree.

Respiró hondo, sintiéndose crecer más robusta y alta. El poder de su mano sobre la de Malcolm, la forma en que ambos se energizaban mutuamente, no necesitaba palabras.

—Debemos encontrar y llevar ante la justicia a la persona que hizo esto.

Malcolm levantó la vista por primera vez. Una expresión triste cubría su rostro mientras miraba a los ojos de Tabitha. Su corazón sintió un breve aleteo, como cuando solía verlo en el podio. Predicando a su gente, el poder de sus palabras recorría su cuerpo como ninguna otra cosa podría hacerlo jamás.

Él era Malcolm Gobbo, destinado a ser la persona más poderosa del país. Primero en Lex y luego más allá.

Lo sabía en lo más profundo de su alma. Su anillo de bodas brilló bajo la mano de él, una promesa de estar a su lado en las buenas y en las malas. Ya podía ver a sus futuros hijos corriendo detrás del Complejo De Cree, donde estaba el área de juegos de los niños. Sus risas llenando el aire. No importaba cómo vinieran a este mundo, ella sería su madre y él sería su padre. Juntos, eran una familia, y esa familia iba a gobernar el mundo.

—Encontraremos al asesino de Malik, querida, y nos aseguraremos de que se haga justicia. —La voz de Malcolm, por primera vez desde que Tabitha lo conoció, sonaba distante e incierta. Las palabras eran pesadas, cargadas de capas de tristeza y pérdida por debajo.

—¿Qué estaba haciendo Ben antes de que esto sucediera? ¿Por qué se separó de Malik? —El tono de Tabitha fue cuidadosamente medido al preguntar. No quería parecer demasiado acusadora, pero quería que la culpa recayera sobre Ben por lo que le había pasado a Malik.

—Fueron a recuperar a su esposa e hijo.

Tabitha hizo una pausa. No entendía por qué su esposo quería a la esposa de Ben aquí, junto con su hijo. Tenía poco sentido a menos que, por supuesto, lo tuviera.

Si Ben tenía a su esposa aquí, no podría estar con Yasmeen. Eso iba en contra de las reglas.

Tener dos esposas no era una opción para Ben. Solo podía tener una, y tenía que ser su esposa legal. La que había abandonado, junto con su hijo.

Apretando la mandíbula, una oleada de ira y celos la consumió al pensar en cómo los ojos de Malcolm se detenían en Yasmeen. La forma en que su largo y oscuro cabello se balanceaba seductoramente mientras caminaba por el complejo. Tabitha podía ver el deseo en los ojos de cada hombre mientras miraban descaradamente a Yasmeen, incluido su esposo. Le revolvía el estómago.

Su mente repetía las imágenes de la noche en que Malcolm eligió a Yasmeen como la elegida. Su voz diciendo repetidamente que esto era para ellos, para su futuro.

La repugnaba.

Cerrando los ojos, vio la piscina, el agua, los miembros cantando como en una película de terror. La ira, el miedo y los celos la abrumaron como nunca antes. Los mismos sentimientos que consumían sus emociones hasta que Malcolm entró en su vida, revelando la profundidad del impacto que él tenía en ella.

Ahora se sentía amenazada de nuevo.

Se aclaró la garganta y miró a su esposo, su sonrisa aún tranquila y tranquilizadora. Una mano amorosa todavía cálida bajo la de él.

—Es extraño cómo Ben no parece encontrar a su esposa e hijo, y el intento de Malik de encontrarla resultó en su brutal asesinato. Masacrado como un cerdo. ¿Qué pasa con Ben? ¿Cuál es el problema por el que no puede hacer algo tan simple como recuperar a su familia? ¿No es acaso su mano derecha?

El rostro de Malcolm mostró los primeros signos de una profunda reflexión, sus ojos parpadeando con las imágenes que ella había plantado en su mente. Registrando las palabras poco a poco.

Frunció el ceño, su mano se apartó de la de ella. —¿Cree usted realmente que Ben esconde algo? —preguntó con seriedad. Pero tan pronto como ella sintió la tela fresca de su camisa bajo sus dedos, se apartó.

—No, no —replicó Tabitha rápidamente, dándose cuenta de que había presionado demasiado. Dio unos pasos hacia atrás, inclinando la cabeza obedientemente—. Por supuesto que no, querido. Nunca diría eso de uno de sus soldados más leales. —Hizo una pausa, inclinando ligeramente la cabeza como si se le acabara de ocurrir una idea.

—Pero, ¿no le parece extraño? Querido. No pretendo ofender, pero, ¿puedo hablar con libertad?

Malcolm se puso de pie. Tabitha supo que tenía su atención. Cuando alguien deseaba hablar con Malcolm, él no se sentaba a mirarlo desde abajo, nunca. Por nadie, y mucho menos por su esposa. Pero apreciaba la perspicacia de Tabitha.

—Hable —dijo.

Su mano cayó a su costado.

—¿Y si ella se sintió amenazada por algo que Malik pudo haber intentado hacer? —Inclinó la cabeza y desvió la mirada a propósito. Sabiendo muy bien que Malcolm sabía de lo que estaba hablando.

—Su hermano es conocido por, digamos, forzar a otros a someterse a sus… —hizo una pausa para dar énfasis— necesidades particulares.

Los ojos de Malcolm se abrieron de par en par.

—Tabby, ¿está insinuando que mi hermano intentó abusar de la esposa de Ben Holland?

Sus ojos se abrieron con sorpresa, su oscura mirada se fijó deliberadamente en la de Malcolm. Quería que él viera el shock reflejado en su expresión, que supiera que estaba tan desconcertada como él por el inesperado giro de los acontecimientos. La tensión en el aire crepitaba con electricidad entre ellos, sus ojos fijos en silencio. El corazón de Tabitha latía con adrenalina e incertidumbre mientras esperaba.

—Solo digo que usted dijo que tenía los pantalones alrededor de los tobillos.

Bajó la vista al suelo, sonrojándose con modestia.

Él levantó la mano y la colocó suavemente en el costado de su brazo. Al principio, la apretó con fuerza, como si necesitara algo. Buscando recuperar el control de la situación.

Tabitha se estremeció, haciéndole saber que él tenía la sartén por el mango. Sus manos se relajaron mientras le masajeaba el brazo de manera acariciadora.

Forzó una sonrisa, sus labios tensos e inflexibles, antes de inclinarse para darle un rápido beso en la frente.

Tabitha bajó la vista una vez más, dejando que Malcolm creyera que había recuperado el control sobre ella. Lo cual, por supuesto, no había hecho. Todo se estaba desarrollando exactamente como ella lo había planeado.

—Gracias, querida. Ha sido de gran consuelo para mí. Por favor, vuelva a nuestras habitaciones. Estaré allí en breve. La necesitaré antes de abordar la situación.

Comprendiendo sus intenciones, ella levantó la vista y sonrió tímidamente, luego salió por la puerta con confianza y una sonrisa maliciosa, anticipando lo que sucedería después en sus habitaciones. Plenamente consciente del grave peligro en el que había puesto a la esposa de Ben y a su pequeño mocoso.

Capítulo 25

Malcolm

MI HERMANO SIEMPRE HA sido mi responsabilidad.

Las palabras resonaron claras y definidas en la mente de Malcolm, cada parte de la frase cortando, nítida como el cristal, hasta el fondo de sus pensamientos turbios.

Siempre fue así. Desde que su padre abandonó a su madre, ella sentó al pequeño Malcolm, de cinco años, en la cocina apenas iluminada, en una silla que ya había visto mejores días y que crujía debajo de él. La vio sentarse frente a él. Solo el leve temblor de sus manos mostraba que algo andaba mal. El olor familiar a pan tostado quemado y sopa de tomate flotaba en el aire.

Recordaba ese día como si fuera ayer. Cómo el vinilo descolorido de la silla le raspaba la espalda cuando su madre tomó aire hondo. La observó, solemne, entrelazar las manos delante de sí. Las dejó reposar sobre sus muslos gruesos, cubiertos por su acostumbrado vestido negro de casa, ya desteñido.

—Tu padre se fue. Nos dejó solos, sin dinero. Sin esperanza —dijo Mamá con voz muerta. Tenía la nariz roja de tanto llorar, pero los ojos, aunque inyectados en sangre, permanecían secos. El llanto había terminado. Mamá estaba poniendo las cosas en claro.

Malcolm se sentó distante. El bebé Malik, tambaleante sobre unas piernas recién firmes, le dio palmadas para que lo alzara y lo sentara en su regazo. Obedeció, levantando al niño para que pudiera aporrear la mesa con los puños regordetes. Con cada golpe se le escapaban pequeños ruiditos de alegría, irritando a su madre.

Malik tenía apenas un año. Todavía inocente, tan fresco y nuevo. Estiró la mano por encima de la mesa buscando una cuchara que reposaba en un pequeño charco de sopa de tomate enlatada que habían cenado.

—Tengo que conseguir un trabajo para mantenernos. Tu hermano será tu responsabilidad desde ahora —dijo Mamá, sin rodeos, mientras se recogía su cabello crespo en el moño de siempre—. —¿Entiendes esta responsabilidad, Malcolm? —le exigió al niño.

—Sí, Mamá —respondió, retorciéndose. El peso de Malik le parecía cada vez más pesado.

—Buen chico. Es una gran tarea la que te doy: cuidar de tu hermano. Una obligación de hombre. Si algo le pasa a Malik, te haré responsable. ¿Capisce?

—Capisce, Mamá —respondió el niño que había sido, el bebé de su regazo aplastándolo.

—Capisce, Mamá —murmuró Malcolm, con los ojos secos y nublados por el recuerdo.

—¿Qué dijiste, Malcolm?

Se volvió despacio hacia la voz que había tajado los recuerdos de su infancia.

Era Ben, su mano derecha. Su confidente, bueno, tan de confianza como podía sentir por cualquiera que no fuera Tabby.

El amante de la elegida, Yasmeen.

Yasmeen le recordaba a Malcolm a Mamá. No a la Mamá que él conoció, sino a la de las fotos en blanco y negro que ella escondía en su cómoda. La Mamá joven y hermosa, de pelo largo y ondulado que arrojaba por encima del hombro, despreocupada y feliz. Aún no apaleada por la vida.

Suspiró y miró hacia la cáscara fría que había sido su hermano. Le dolía el pecho. Se sentía apretado y constreñido. Había defraudado a Mamá. Malik estaba muerto.

Idiota

Ben lo había encontrado medio desnudo, con las fatigas del ejército enredadas en los tobillos, la garganta rajada.

Lo que había ocurrido para terminar con la vida de su hermano menor no era ningún secreto. Malik era impredecible. Un comodín desde el día que echó a andar. Aprovechaba su relación con Malcolm para hacer lo que se le antojara, tomando lo que quisiera. Se pavoneaba con una sonrisita ladina y un aire de derecho adquirido. Al fin y al cabo, era el hermanito de Malcolm, y Malcolm lo había habilitado para actuar como si el universo le debiera algo. Esa desfachatez a menudo se extendía a mujeres que consideraba de su propiedad, tomando lo que deseaba de quienes no necesariamente habían consentido. Sí, era un poco brutal, pero era un buen soldado y la responsabilidad de Malcolm, y ahora estaba muerto.

Su hermanito, aquel bebé regordete que sostenía en su regazo.

Las palabras de Tabby resonaron en sus pensamientos.

Degollado como un cerdo.

Pensó en Mamá. Consumiéndose en el hogar de ancianos MeadowLark. Su Alzheimer le arrancaba la dignidad junto con los recuerdos.

Mamá, te fallé. Malik está muerto. Muerto, muerto, muerto. Fallé. Fallé. El niño que confiaste a mi cuidado… se fue.

Malcolm se apretó la frente con los dedos, hundiendo las yemas en los pliegues de su carne.

Odiaba el fracaso.

—Malcolm. —Ben volvió a interrumpir sus pensamientos.

—¿Vio quién lo hizo? —preguntó Malcolm con calma, sin que su voz delatara su ansiedad.

Recuerdos de un Malik joven, siempre pegado a él, inundaron su mente.

Nunca fue un chico brillante, pero siempre estaba ansioso por complacer a su hermano mayor. Un buen soldado, un buen hermano, siempre. Sí, un buen hermano. Malik era salvaje, fuera de control, y a menudo cruel con los demás.

¿Quién podía culparlo? Un padre al que nunca tuvo la oportunidad de conocer lo había abandonado. Su madre, siempre una sombra oscura posada en la cocina, había dejado la responsabilidad de cuidar de Malik en manos de su hermano, que solo le llevaba cinco años. Un niño también, y aun así lo hizo. Malcolm lo vigiló y lo cuidó de la única forma que sabía.

Ahora, tantos años después, bastaba con que Malcolm entrara a una habitación para que Malik se irguiera, atento, rebosante de admiración por su hermano mayor. Permanecía inquebrantablemente leal a él, pasara lo que pasara.

Respaldó a Malcolm en su deseo de cambiar el mundo para bien. Era un verdadero creyente y haría pedazos a cualquiera que hablara en contra de Malcolm.

Los papeles se habían invertido desde la infancia. De chicos, siempre era Malcolm quien cuidaba de Malik. Pero al hacerse mayores, fue Malik quien se quedó al lado de su hermano, siguiendo a Malcolm sin vacilar ni objetar. Siempre listo para defenderlo.

Hermanos, y ahora el bebé que habían dejado al cuidado de Malcolm se había ido.

Clavó la mirada en el cuello abierto, la herida enorme expuesta en la carne blanca e inerte de Malik. Compuesto, Malcolm se apartó del cuerpo de su hermano para encararse con Ben. Podía sentir el miedo irradiando del otro hombre, el olor a ansiedad y pavor impregnando el aire.

—Yo…

—Benjamin, le asigné a usted y a mi hermano la tarea de traer de vuelta a su esposa y a su hijo —dijo Malcolm, tranquilo e imperturbable.

—Sí… —tartamudeó Ben.

—Supongo que su esposa le resultó atractiva a mi hermano —Malcolm señaló la parte inferior desnuda de Malik. Pensó en las palabras de Tabby antes—. Es de apetitos insaciables.

A Ben se le abrió la boca.

Por un momento, Malcolm se preguntó si tal vez Ben había sorprendido a Malik violando a su esposa y, presa de los celos, lo apuñaló por tocar algo que no era suyo. Pero enseguida apartó esa idea.

Ben había probado su lealtad cuando le ofreció a Malcolm a Yasmeen durante su bautismo en la De Cree. Yasmeen era tan deliciosa e intoxicante. Ben la sostuvo drogada, mirando sin un gramo de celos mientras Malcolm se movía entre sus muslos delgados hasta que se estremeció y alcanzó el clímax, aferrándose a sus pechos firmes para sostenerse. No había forma de que matara a Malik por probar un poco de algo que Ben ya no quería. El niño era lo único que importaba.

El hijo de Ben era la razón de todo esto. Ben sabía que, de ser necesario, habría que deshacerse de su esposa para conseguir al niño. Si venía de buena gana, bueno, podría vivir. Eso facilitaría la transición del niño a la De Cree. Sus ojos fueron a los de Ben, buscando ver si había algo en ellos que no hubiera visto antes.

¿Estaba Ben más apegado a su esposa de lo que admitía? Malcolm se detuvo, pensándolo.

Él había insistido con fuerza en permitir que tanto el niño como su madre entraran al complejo. Ben había estado seguro de que ella vendría a tomar su lugar legítimo a su lado.

Malcolm no protestó. Al fin y al cabo, solo era una mujer, y ya esposa de Ben. No tenía problema con que se uniera mientras se comportara y se alineara como una hermana obediente de la De Cree.

En cuanto a Yasmeen, el asunto de Ben con ella era problema suyo. Había reglas que seguir respecto a tener otra mujer, pero ese asunto menor tampoco le importaba a Malcolm. Haría una excepción con Ben, siempre que fuera discreto.

La verdad era que a Malcolm le gustaba ver a Yasmeen rondando por el complejo.

Al pensar en ella, su deseo creció, y pudo sentir cómo se excitaba. Se imaginó tocándola con las yemas de los dedos, delineando la planicie de su vientre con su ombligo perfecto.

Cerró los ojos e inspiró lento y profundo por la nariz, recordando la imagen de su cuerpo desnudo flotando en la piscina frente a él mientras él separaba con suavidad sus piernas laxas.

Basta. Su voz se alzó fría y severa en su mente.

¿Capisce? Sácala de tu cabeza.

Pensó en Tabby y abrió los ojos, la cabeza nítida y una vez más enfocada. Tabby era su esposa. Su compañera de vida. La mujer que sería la madre de su futuro hijo y a la que no iba a abandonar, ni a ella ni a su hijo, como su propio padre lo hizo con él y con su hermano. No. Estaba creando un mundo donde los padres nunca dejaran a los hijos para que cuidaran de las madres y de los hermanos menores. Él no era su padre. Estaba haciendo un mundo mejor que el que él y Malik tuvieron. Mejor que el de su Mamá.

Alzó la vista con el corazón pesado, entendiendo la magnitud de sus actos y las razones que lo habían empujado hasta aquí. Su futuro hijo y los hijos de su gente no crecerían como él, ni como Malik, que ahora yacía masacrado sobre una mesa, con los pantalones abajo, expuesto ante el mundo.

—Así que, ¿la madre de su hijo tiene más de lo que esperábamos? —Malcolm volvió a mirar el cuerpo de Malik—. —Juzgué mal a esa mujer suya. Un error. —Sintió el pecho apretarse de nuevo cuando los ojos vacíos de Malik miraron al techo blanco—. —Nunca subestime el vínculo de una madre con su hijo.

Ben cerró la boca, el gesto duro.

Por la compostura sacudida de Ben, Malcolm supuso que su corazonada era correcta. En el calor de la lujuria de Malik, la mujer a la que todos habían subestimado lo degolló para escapar con el niño.

Increíble. Malcolm sintió el calor subirle lentamente por la cara, arrastrándose hasta las orejas. Había cometido un grave error.

Posó la mano con suavidad sobre la cara de Malik, cerrándole los ojos desmesuradamente abiertos. Las palabras de su madre retumbaron con fuerza en sus oídos.

¿Capisce, Malcolm?

—Capisce —susurraron las palabras por sus labios apenas entreabiertos, sin parpadear.

—Ben —murmuró.

—Sí —respondió al instante, como un perro fiel.

—Esto es de lo más lamentable, esta matanza de mi hermano, muy lamentable.

—Malcolm…

—Shh… —Alzó la otra mano para silenciar a Ben, la derecha aún en el rostro de Malik.

—Por supuesto, esto no puede quedar impune. ¿Lo sabe?

Ben se quedó inmóvil, sin mover un músculo.

—¿Nos entendemos?

Los labios de Ben se apretaron, la coloración desapareció de ellos. Una gotita de sudor le corrió por la sien izquierda. Inclinó la cabeza en un leve asentimiento.

—Bien —la voz de Malcolm cortó, suave como la seda, la densa tensión que colgaba en el aire—. Me alegra que nos entendamos.

Soltó un suspiro hondo y apesadumbrado, las moléculas de su aliento ar remolinándose ante sus ojos mientras miraba a su hermanito. Recordándolo todo. El bebé risueño acomodado con cuidado en su regazo, sintiendo el peso y la suavidad del cuerpecito mientras Malik aporreaba la mesa, emocionado. El sonido de la risa encantada de su hermano, acompañado por el olor a pan tostado quemado, denso en el aire, mientras Mamá revolvía sopa de tomate de lata en la estufa de la cocina.

CAPÍTULO 26

Summer

VIVIR EN LA NATURALEZA estaba resultando mucho más difícil de lo que Summer había imaginado. Ella y Meggie Mugs pasaron los primeros días comiendo estofado frío de lata, acurrucadas juntas bajo varias capas de los suéteres de Josh. Summer metía el cuerpo tembloroso de Meggie Mugs bajo sus sudaderas, manteniendo a la perra calentita contra su piel. Protegiéndolas a ambas. Pero sabía que se estaba engañando a sí misma. Si no conseguía el equipo adecuado para vivir en el bosque, iba a morir, y también Meggie Mugs, y no estaba dispuesta a permitir que eso sucediera. No con el hijo de Josh creciendo dentro de ella. Lo único significativo que quedaba de él y del amor que compartieron. Así que, a pesar de su reticencia, regresó al pueblo, se metió a la fuerza en lugares donde todavía quedaban algunas carpas, utensilios de cocina, agua embotellada, purificadores de agua, algunos llaveros de pedernal que encontró para encender fuego y un saco de dormir abrigado

para ella y Meggie Mugs. Luego fue a los supermercados en días distintos. Llenaba su mochila con todas las latas que podía cargar. Junto con comida para perros enlatada y seca y cualquier otra cosa para Meggie Mugs que pudiera encontrar.

Hizo muchos viajes. Cada vez, el miedo a ser atacada se apoderaba de Summer, pero ella seguía regresando, buscando más provisiones que pudiera llevar al pequeño campamento que había construido. Incluso con el vagón metálico para niños que tomó del Kmart local, era muy poco lo que podía cargar a la vez.

Empacó una mochila considerable y una carpa compacta que podía transportar fácilmente.

Entró a la fuerza en una biblioteca, buscando en los estantes varios libros de supervivencia sobre cómo mantenerse con vida en la naturaleza. Incluso probó suerte pescando con la preciada caña de Larry sin mucho éxito, pero valió la pena cuando pudo comer pescado en lugar de usar algunas de sus preciosas latas. Esos valiosísimos libros de supervivencia le enseñaron a limpiar pescado y a atrapar conejos y otras criaturas pequeñas. Meggie Mugs siempre estaba a su lado, mirando a Summer con ojos confiados.

Summer aprendió, un día a la vez, cómo sobrevivir en la naturaleza. Buscando comida, cazando y haciendo pequeños viajes de ida y vuelta al pueblo para conseguir más provisiones. Siguió adelante y, en el proceso, descubrió que era buena en eso. En esto de la supervivencia.

Día a día, Summer se mantenía en las sombras, sus ojos escudriñando a las pocas personas que veía en busca de cualquier señal de peligro. Una andrajosa Meggie Mugs fuertemente aferrada bajo su brazo, como el peluche de un niño. Algo que Summer nunca tuvo. Los ositos de peluche se quedaban, miembros permanentes de cada hogar de acogida. Eran los niños los que se iban, rotando por una puerta para luego salir por otra, con la precisión de un reloj.

Se sentía asustada, sola y perdida, algo que no era necesariamente nuevo, y sin embargo, lo era. Antes, solo tenía que preocuparse por sí misma. Bajó la vista hacia Meggie Mugs, sentada contra su pie, con un aspecto desaliñado, exactamente como Summer. Se sentaron junto al fuego, calentándose mientras una lata

de estofado que había abierto burbujeaba en una olla portátil para acampar.

Era temprano para haberse detenido a pasar la noche, pero Summer tenía frío y ya no tenía ganas de caminar. Tomó la decisión de parar por la noche, a pesar de la hora temprana. El frío se le metía en los huesos y se sentía agotada por el esfuerzo de su embarazo que la estaba alcanzando. Llevaba al menos un mes viviendo en el bosque, ¿o no? El tiempo se había vuelto borroso para ella últimamente, aunque sabía que debería ser más consciente, dada su condición. Sintiéndose sola y famélica, encendió un fuego para calentarse. Sentada junto a las llamas, Meggie Mugs comenzó a gemir y a retorcerse de emoción, saltando sobre sus patas traseras, como si quisiera irse.

—Cállate, Meggie Mugs.

Summer se puso de pie, aferrando el cuchillo a su costado. Ya sabía que, si tenía que hacerlo, volvería a matar. No quedaba nada en ella que no haría para proteger a la perra y al bebé. Nada.

Entonces la oyó: la voz de un niño, un niño en el bosque, una risita aguda, no muy lejos. Meggie Mugs soltó un pequeño gañido, su cola meneándose de un lado a otro. Desesperadamente quería correr a ver de dónde venía el ruido.

Los dedos de Summer agarraron con fuerza el collar de la perra, pero Meggie Mugs estaba decidida a escapar. Sacudió la cabeza de un lado a otro, zafándose del agarre de Summer, dejándola sosteniendo un collar vacío. La perra soltó un estornudo antes de lanzarse hacia el espeso bosque.

Sin dudarlo, salió disparada tras la perra fugitiva, esquivando ramas bajas e intentando no tropezar con troncos caídos. Podía oír el crujido de las hojas y los ladridos de Meggie Mugs más adelante mientras se abría paso entre el denso follaje. El sudor le corría por la cara, pero no aminoró la marcha.

—Vuelve aquí, Meggie, perra estúpida —siseó Summer en voz baja, desesperada por que la perra regresara. No podía perder a la pequeña chanda desaliñada. Ni ahora, ni nunca. Necesitaba a Meggie Mugs, igual que necesitaba los suéteres de Josh.

Pensó en el aroma del estofado de carne a fuego lento que flotaba en el aire mientras burbujeaba sobre la fogata, quemándose. Su mente se aceleró con el miedo de que posibles intrusos le robaran sus pertenencias mientras perseguía frenéticamente a su chanda escapada.

—*Mierda, no necesito esta pendejada hoy.*

La cola meneante de la perra se congeló de repente, y Summer hizo lo mismo. La criatura peluda saltó a un pequeño claro, donde estaban de pie una figura femenina alta y un niño. Ella tenía el pelo largo y rubio y llevaba una mochila elegante de diseñador que no parecía adecuada para vivir a largo plazo o acampar, como la de Summer, gastada y maltrecha.

El niño tenía una mochila cubierta de coloridos personajes de dibujos animados, algo con lo que Summer no estaba familiarizada. No sabía nada de niños ni de lo que les gustaba. Menos aún de lo que estaba de moda para ellos en estos días. Su mano fue instintivamente a su vientre redondeado, como si tuviera vida propia. ¿Se convertiría en una de esas madres que sabían todo sobre las tendencias infantiles?

Asqueada, sacudió la cabeza. ¿Estaba delirando? Si no actuaba pronto, la única preocupación de su hijo sería la supervivencia. No los dibujos animados de los sábados por la mañana.

Summer se agachó. Oculta de la vista, se quedó inmóvil, observando en silencio a la madre y al hijo mientras caminaban con poco esfuerzo por hacer silencio.

¿No se daba cuenta la mujer de lo descuidado y peligroso que era eso?

Vio cómo Meggie Mugs empezaba a ladrar, y la mujer y el niño se giraron para mirar a la perra. El niño se agachó, con una amplia sonrisa llena de dientes extendiéndose por su cara.

—¡Oh, mamá, mira, es un perrito. Es un perrito!

Meggie Mugs corrió inmediatamente hacia él. Saltó sobre sus patas traseras, apoyando las delanteras en sus rodillas con entusiasmo. El niño se agachó para acariciarla, y ella respondió con ansiosos lametones por toda su cara. Su cola se meneaba de un lado a otro con entusiasmo, haciéndolo soltar risitas.

—Adam, no, no dejes que haga eso. No dejes que el perro te lama. No sabes de dónde ha salido. Podría tener enfermedades.

Ocultando una sonrisa con los nudillos, Summer observó al niño reír mientras Meggie Mugs le babeaba toda la cara. Torpemente, la madre permanecía de pie, sus ojos nerviosos revoloteando, escudriñando los árboles frente a ella.

¿Se te acaba de ocurrir, señora, que tal vez la perra le pertenece a alguien? ¿Tal vez a alguien como yo?, pensó Summer, su sonrisa evaporándose.

¿Enfermedades? ¿Estaba loca esta señora? Meggie era una maldita Shih Tzu, no una rata. Además, Meggie Mugs era de lo más hermosa para su raza, una posesión preciada de los Murray, comprada a un criador de primera.

Summer se sorprendió a sí misma negando con la cabeza, incrédula. De verdad estaba defendiendo a la pequeña bola de pelos. La misma perra de la que una vez se había burlado por ser mimada e inútil cuando el mundo era diferente.

Meggie Mugs casi pareció entender lo que la madre había dicho. Miró a la mujer, se agachó sobre sus patas que ahora descansaban en el regazo del niño, y le ladró, como diciendo: «¿Qué te pasa, señora?».

Summer, tratando de contener la risa, se tapó la boca con la mano. No pudo evitarlo. La perra era divertidísima e inteligente. Era propio de Meggie Mugs reconocer a alguien que delira sobre la realidad.

—Ah, mamá, solo es un perrito. Mírala, mírala, es solo un perrito.

Meggie Mugs danzaba alrededor, levantando sus patitas, haciendo esa cosa linda donde las juntaba, haciendo parecer que estaba saludando. Soltó un pequeño gañido y bailó sobre sus patas traseras mientras continuaba agitando sus patas delanteras arriba y abajo. Viéndose absolutamente adorable.

La madre se movió hacia el niño, lista para alejarlo. Pero entonces miró a la pequeña y desgreñada Shih Tzu con su cola meneante y sus ojos suplicantes. Con un suave suspiro, se arrodilló y pasó los dedos por el pelaje sarnoso de la perra, haciendo que Meggie Mugs brincara y ladrara emocionada. Chillando de alegría por la atención.

—¿De dónde saliste, perrita? ¿Eh? ¿Con quién estás? —dijo la mujer, inclinándose más cerca, acariciando a Meggie en la cabeza de nuevo.

La perra ladró en respuesta y se giró hacia los árboles donde Summer se agachaba entre los arbustos, tratando de no ser vista.

Una repentina comprensión la golpeó: tal vez ella y Meggie Mugs podrían unírseles a dondequiera que se dirigieran. Summer dudó, mirando lo poco preparados que estaban.

¿Quién era ella para tirar la primera piedra cuando tampoco había sido precisamente una experta en supervivencia al salir de la casa de los Murray con Meggie Mugs y la caña de pescar de Larry a cuestas? Summer se estremeció, pensando en esas primeras semanas y en el soldado con los pantalones alrededor de los tobillos, su cuello abierto bombeando rojo como una fuente de agua gorgoteante.

Se quedó agachada, paralizada, su corazón latiendo cada vez más fuerte contra su pecho. Sentía el aliento atrapado en la garganta mientras observaba al niño abrazar a Meggie Mugs, con los brazos envueltos firmemente alrededor de ella. La lengua rosada de la perra lamía con avidez su cara, haciéndolo estallar en carcajadas y frotar su nariz en su pelaje sucio. La madre escudriñaba nerviosamente su entorno, sus ojos se abrían con preocupación al darse cuenta de que el dueño de la perra podría no ser alguien a quien quisiera conocer.

A medida que el sol se hundía en el cielo, un lienzo de nubes humeantes y cambiantes apareció, bloqueando la mayor parte de la luz. El aire tenía un toque gélido a medida que se acercaba la noche, haciendo que Summer se envolviera más en su abrigo. Aún agachada, trató de equilibrarse, cambiando su peso de un pie al otro. Las ramitas y hojas quebradizas bajo sus botas crujieron y se partieron.

La mujer se giró hacia los arbustos, el miedo asomando en su rostro.

—Adam, levántate, ven aquí. Ven aquí ahora. —Extendió su mano hacia él. Meggie se giró hacia los arbustos y ladró, meneando la cola; una señal de que la perra, en efecto, no estaba sola.

—¿Qué pasa, mamá?

Summer no se movió, no respiró. No dijo una palabra.

Di algo. Su voz gritaba en su cabeza. *Levántate y di algo*.

La mujer agarró al niño, sus facciones frenéticas.

—¿Quién está ahí?

Summer, paralizada, permaneció en completo silencio. Sus ojos, abiertos y sin parpadear, se instó a sí misma a levantarse y revelarse. Pero sus piernas se negaron a moverse, y permaneció arraigada al lugar, incapaz de moverse.

Meggie soltó un fuerte ladrido hacia el escondite de Summer. En su cabeza, gritó: «¡Cállate, perra, cállate!». Sin embargo, los ladridos de la perra solo se hicieron más fuertes y persistentes mientras se giraba para mirar a Adam y su madre antes de saltar hacia los arbustos en dirección a Summer.

Perra maldita.

Con un fuerte crujido, Summer apoyó las manos en el suelo y se levantó, sacudiéndose la tierra de los pantalones, lista para revelarse.

Al oír a alguien moverse en el arbusto, los ojos de la mujer se abrieron de miedo mientras se abalanzaba sobre su hijo, gritando.

—¡Corre, Adam!

En un instante, la mujer desapareció entre los arbustos, agarrando la mano de su hijo. Se detuvo brevemente para levantarlo en brazos y luego se fue rápidamente sin mirar atrás. Sin saber que no huía del peligro, sino de una adolescente embarazada con su consentida perrita faldera.

La madre corrió, su largo cabello rubio ondeando a sus espaldas, mientras el niño miraba por encima de sus hombros, con sus delgadas piernas envueltas alrededor de su cintura. Estiró el cuello y vio a Summer de pie, sola en el bosque, con Meggie Mugs sentada a sus pies. Levantó su pequeña mano en el aire, sus ojos se encontraron con los de Summer, y saludó. Ella levantó la suya lentamente y le devolvió el saludo, viendo cómo su última esperanza desaparecía entre los árboles.

Una vez más, Summer estaba sola.

CAPÍTULO 27

LONNIE

ARRODILLADA EN LA TIERRA blanda, Lonnie arrancaba con cuidado las malas hierbas de entre las hileras de verduras con sus propias manos. Sonrió mientras se maravillaba de la belleza de las plantas que emergían del suelo. Las zanahorias eran de un naranja brillante y los tomates estaban oscuros y maduros. El sol estaba alto en el cielo, golpeando con un calor sólido que se posaba en su espalda mientras trabajaba.

Hundió la mano en la tierra fértil, dejando que la tierra oscura se la tragara, disfrutando de su frescura colándose entre los pliegues de sus dedos.

La vida, sin importar lo que sucediera a su alrededor, seguía creciendo. Floreciendo incluso cuando el mundo se desmoronaba.

Ella lo sabía demasiado bien.

El calor seguía presionando su espalda, instándola a continuar deshierbando. Ahora había muchas bocas que alimentar.

Tras el brutal ataque de los De Cree a Lex, los sobrevivientes comenzaron a llegar. Uno a uno, como soldados rotos, traumatizados por las cosas que no podían olvidar. Algunos llegaban solos, otros en pequeños grupos. Hombres, mujeres y niños. No paraban de llegar.

Kai no estaba contento con eso. Odiaba a los extraños y desconfiaba de todo el que no fuera como ellos.

Lonnie inclinó la cabeza, deseando poder sanar el corazón enfadado de su hermano. No era bueno para un joven como Kai tener tanto odio y, a la vez, tanta bondad mezclados en un solo cuerpo. Al final, el espíritu tendría que elegir un bando, y Lonnie temía que Kai eligiera el equivocado. Además, era 1993 y las viejas heridas necesitaban sanar y cicatrizar para endurecer la piel. Hacerla fuerte para lo que vendría después. Y vaya que si todos necesitaban tener la piel dura ahora.

Arqueando la espalda, levantó la mirada del exuberante verdor del huerto y examinó la extensión de los árboles. Enclavado entre ellos se encontraba el campamento. Hayden. Un lugar alejado del resto del mundo.

El refugio con el que Kai siempre había soñado.

Por ahora, era un escape seguro de Malcolm Gobbo y sus secuaces De Cree.

Quienquiera que trabajara con Malcolm no conocía bien los diferentes lugares para habitar Lex. No estaban familiarizados con las zonas salvajes que florecían en las afueras de la ciudad.

La pequeña ciudad de Lex se encontraba enclavada entre densos bosques y colinas ondulantes. Los residentes apreciaban la belleza natural que los rodeaba y encontraban consuelo de sus ajetreadas vidas urbanas. Muchos fines de semana consistían en hacer senderismo en la naturaleza, pescar en los lagos cercanos o sumergirse en la tranquilidad de los bosques. A pesar del crecimiento y la prosperidad de la ciudad, la gente de Lex valoraba su conexión con la naturaleza. Era su refugio del trajín diario de las semanas laborales de nueve a cinco.

Sabía que Malcolm Gobbo no era de por aquí, así que no podía apreciar que la gente migrara a los bosques en busca de seguridad. Quizás sí lo hacía, pero Lonnie dudaba que se aventurara tan

adentro en territorio desconocido. Además, la tierra pertenecía a su gente. Por lo que Lonnie vio en la televisión antes de la invasión de los De Cree, Malcolm estaba demasiado ensimismado en su propia revolución como para preocuparse por un mísero grupo de nativos escondidos en el bosque.

Su mayor error, pensó Lonnie mientras entrecerraba los ojos.

Alguien se acercaba.

Se puso de pie y se cubrió los ojos con la mano, tratando de distinguir la silueta que caminaba hacia ella. Se dio cuenta de que, fuera quien fuera, no era consciente de su presencia, y Lonnie usó eso a su favor tomando la pistola que guardaba a su lado. Con pasos cuidadosos, se adentró en la espesura, avanzando firmemente hacia la figura solitaria.

Una vez que Lonnie estuvo lo suficientemente cerca para ver a la persona con claridad, se relajó.

Era solo una niña con un perrito, y parecía exhausta y a punto de desplomarse.

Sin pensarlo dos veces, Lonnie salió al claro, con la pistola lista a su costado.

La chica dio un respingo y, de la nada, blandió un gran cuchillo de cocina. Su rostro agotado cobró vida de repente y se endureció. Las orejas del perrito se irguieron y mostró los dientes. Un gruñido bajo se escapó de entre ellos.

Lonnie retrocedió, con las manos en alto.

—No quiero hacerte daño —dijo, sosteniendo la pistola con los dedos laxos.

La chica permaneció en silencio, agarrando el cuchillo con ambas manos. Era una niña diminuta, y la hoja parecía demasiado grande para ella. Lonnie no dudaba de que la chica supiera cómo usarlo. Había algo en la forma en que se mantenía tan desafiante. Esta no era su primera batalla.

—Si quisiera pelear, pequeña, te ganaría sin problemas. —Lonnie miró la pistola en su mano y la sacudió suavemente.

La chica la miró nerviosamente pero no retrocedió, aunque Lonnie pudo sentir que su valentía flaqueaba.

—Mi nombre es Lonnie Daxon. Mi hermano Kai y yo dirigimos un refugio para sobrevivientes de los De Cree.

Los ojos de la chica vacilaron mientras se mecía de un lado a otro, con los labios temblando.

—Baja el cuchillo y ven conmigo. Tenemos refugio y comida. —Con cautela, Lonnie se acercó a la chica, tratando de no asustarla—. Es un lugar seguro para que te quedes y descanses.

—¿Cómo sé que no intentas engañarme? ¿Cómo sé que no eres una de ellos? —dijo la chica, apartándose el pelo negro de sus ojos color avellana.

Lonnie se miró los jeans, notando la tierra apelmazada en las rodillas por las horas de jardinería. Su camiseta de Pink Floyd, antes blanca, también tenía las mismas manchas marrones.

—Mírame. ¿Parezco un soldado de los De Cree?

—Supongo que no —respondió la chica, bajando lentamente el cuchillo. El perro la miró y gimió, luego soltó un pequeño ladrido ahogado.

Lonnie arqueó una ceja ante la criaturita. Estaba sucio y desgreñado, un poco como la chica, y por más que lo intentara, Lonnie no podía decir exactamente de qué raza o razas, para el caso, era. Se encogió de hombros mientras la criatura estornudaba, sacudiendo la cabeza hacia la chica.

—Qué perro más interesante.

Tan pronto como las palabras salieron de su boca, la cosita desaliñada se giró hacia Lonnie, apenas la miró, y volvió a dirigirse a la joven, levantando sus patas delanteras sobre la pierna de ella.

—Un poco más adelante está mi huerto de verduras en el que estaba trabajando. —Lonnie se dio la vuelta con una rápida mirada hacia la joven. Se veía tan perdida, vestida con un suéter enorme que colgaba lánguidamente de su delgada figura, haciéndola parecer pequeña y frágil. Por alguna razón insondable, se sintió atraída por la niña. Protectora, como si necesitara mantenerla a salvo y, extrañamente, oculta. Se encogió de hombros, desechando esos pensamientos. Era la naturaleza humana querer proteger a los jóvenes y vulnerables, y esta chica era ambas cosas.

—Vamos. Te ves tan agotada —la persuadió—. ¿Tienes nombre?

La chica no respondió, pero avanzó vacilante, todavía sosteniendo su cuchillo, aunque ya no con tanta rigidez. El perro iba pegado a sus talones.

Lonnie siguió caminando hacia su huerto, confiando en que la chica no la atacaría por la espalda. Cerró los ojos, rezando en silencio para que su instinto sobre la chica fuera correcto y que estuviera haciendo lo correcto al llevarla a su refugio.

—Ya somos unos cuantos. Sobrevivientes, escondidos a salvo de los De Cree. Venimos de todos los orígenes, pero así es cuando pasan cosas como esta. Todos somos solo gente tratando de sobrevivir. —Lonnie se detuvo frente a su exuberante huerto.

—Ah, ¿no es hermoso? Me encanta cultivar y ayudar a nutrir las cosas hasta que están listas para ser cosechadas. Supongo que trato a las personas de la misma manera que a las plantas, lo que tiene sentido ya que soy tanto partera como jardinera.

—¿Eres partera? —dijo la chica, deteniéndose en seco, con el cuchillo colgando lánguidamente a su costado. Lonnie se volvió hacia ella, perpleja por su expresión descompuesta.

—Sí, he sido partera durante quince años. Es mi vocación. La amo con todo mi corazón.

La chica cayó de rodillas, abrazándose la cintura, y comenzó a mecerse hacia adelante y hacia atrás, gimoteando.

El perro comenzó a ladrar, dando vueltas en círculos.

Lonnie corrió al lado de la chica y le pasó un brazo cálido por sus pequeños hombros, transmitiendo toda su fuerza al cuerpo tembloroso de la adolescente.

Luchando por reprimir los sollozos, la chica levantó la cabeza, con la nariz roja y moqueando. Apretó firmemente las manos sobre su vientre, alisando el enorme suéter para revelar una pequeña bola escondida debajo.

Los ojos de Lonnie se abrieron como platos al ver el estómago abultado de la chica. Los labios de la niña temblaban, y pequeñas gotas de saliva comenzaban a formarse en las comisuras de su boca. El perro aulló en un lamento agudo, sus patas delanteras saltando arriba y abajo sobre el muslo de la chica. Lonnie sintió el viento arremolinarse a su alrededor. Chasqueando y escupiendo trozos de

arena. Picándole la piel. La desesperada joven mantuvo su mirada cautiva, incapaz de liberarse.

—Summer —dijo, agarrándose el bulto.

—Me llamo Summer.

Capítulo 28

Kai

HAYDEN SE CONVIRTIÓ EN un santuario para quienes sobrevivieron al caos exterior, gracias a los esfuerzos de Lonnie. Eso hacía que Kai la amara y lo enfureciera, todo al mismo tiempo.

Aunque él veía Hayden como un refugio para los que escapaban de la locura de afuera, no se refería a que fuera para todos. Solo se refería a gente como él y ella.

La Gente.

No cualquier hijo de vecino.

O Chris.

Uf, Chris, un hombre pálido y de voluntad débil, siempre suspirando por su hermana como un cachorrito enamorado. Lo odiaba y, sin embargo, no lo odiaba.

Solo era otro hombre que deseaba a Lonnie y era pésimo ocultándolo.

¿Cuál era el problema con estos tipos? Todos exhibían un comportamiento idéntico. Suspiraban por Lonnie, viéndola como una especie de ser raro y exótico.

¿Era una especie de complejo de salvador lo que los impulsaba a actuar de esa manera? ¿O era algo completamente diferente?

Kai guardó su equipo de pesca en la parte trasera del viejo bote, sacudiendo la cabeza y lanzando gotas de sudor mientras el olor salobre del lago se mezclaba con el aroma fresco de la carnada. Gusanos gordos que había recogido más temprano esa mañana.

En su mente, siempre se había imaginado pescando junto a los miembros de su comunidad, una unidad cohesionada trabajando hacia un objetivo común. Y ahora, mientras bajaba a la playa de arena, esperando a Chris, ese sueño se había hecho realidad. Pero no era exactamente lo que había imaginado. No en este nuevo mundo, tomado por los De Cree.

Levantó la vista al oír el sonido de pasos que se acercaban y vio a Chris vestido con ropa de fajina, o lo que Kai supuso que era ropa de pesca. Chris se subió las gafas por el puente de la nariz y se pasó las manos por el pelo revuelto, como si acabara de despertar para enfrentarse al mundo. Exploró sus alrededores, sintiéndose perdido porque Lonnie no se veía por ninguna parte. Dios no permitiera que ella hiciera algo sin él.

Al ver a Kai, Chris levantó la mano y saludó. No era un hombre de muchas emociones. Kai asintió brevemente antes de seguir empacando. Mientras contemplaba el lago y el bote, le aterrorizaba pasar el día con el tipo blanco de mediana edad. Sin embargo, esto era lo que había querido: pasar sus días en compañía de otros, pescando y proveyendo para la comunidad. Solo que se había imaginado a alguien que no fuera Chris. El solo hecho de decir el nombre de ese tipo le hacía estremecerse.

Kai odiaba que se llamara Chris.

Sabía que estaba siendo ilógico. Lo sabía, pero no importaba. Kai no quería que ese nombre saliera de sus labios.

Ambos se giraron a la vez hacia la voz femenina que se acercaba. Era la voz de Lonnie, suave y femenina. Una voz cuyo tono aliviaba

la ansiedad y proporcionaba consuelo en la tristeza. La voz de una madre.

Su hermana, vestida con ropa de jardinería, caminaba hacia ellos con una hielera de comida y agua, sonriendo y saludando.

Verla hizo que Kai sintiera una oleada de calidez. Una sonrisa se extendió por su rostro. En ese momento, lo entendió. Comprendió cómo Chris y todos los hombres antes que él habían visto a su hermana: como una criatura mítica sacada de un cuento de hadas. Brillaba como una luz guía, atrayendo a todos los que la conocían con su presencia cálida y vibrante. Era la hermana de Kai, la persona más preciada para él en el mundo.

Su mirada se desvió lo suficiente para vislumbrar la mano de Chris saludando como un maníaco a Lonnie. Su rostro resplandecía con la misma alegría pura que Kai había sentido momentos antes al verla. Odió a Chris por ello.

Mientras se acercaba a ellos, Lonnie le entregó la hielera a Chris en lugar de a Kai, lo que le provocó una sacudida de sorpresa.

—Les traje unos sándwiches, bebidas frías. Ya saben, todo lo bueno. No quiero que mis chicos pasen hambre.

¿Mis chicos? Kai sintió que se le revolvían las entrañas.

Chris sonrió de oreja a oreja.

—Lonnie, chica, eres una santa.

Ella soltó una risita.

Su hermana soltó una risita ante las palabras de ese cascarón de hombre, como una colegiala. Justo delante de Kai.

Se le revolvió el estómago.

Se detuvo y miró el rostro amable y redondo de Lonnie, notando cómo se le arrugaban los ojos en las comisuras. Un tono rosado apareció en sus mejillas.

La vergüenza lo invadió.

Hacía mucho tiempo que no veía a su hermana sonreír así.

El mundo se estaba acabando.

Y su hermana estaba sonriendo.

Rodeada por un flujo constante de gente, Lonnie prosperaba en el ajetreo y el bullicio de los esfuerzos unificados para dirigir Hayden.

Su verdadera pasión siempre residió en cuidar a los demás, especialmente a las mujeres y niños vulnerables bajo su cuidado. Era algo natural para ella, cumpliendo su papel de cuidadora y figura materna para los necesitados, tanto física como emocionalmente. Ella siempre estaba ahí. Esa era la esencia de Lonnie; era quien era en su núcleo. Su corazón rebosaba de amor y compasión por todos.

Incluido Chris, o más bien, especialmente Chris, para gran consternación de Kai.

Kai se quedó de pie, escuchando y asintiendo, ocultando su resentimiento hacia el hombre que traía felicidad a su hermana en la oscuridad.

Lonnie se inclinó hacia Kai, rodeándole los hombros con los brazos y susurrándole al oído. —Sé amable con Chris —le instó—. Sabe más de lo que te imaginas. Habla con él y escucha sus ideas para Hayden. Puede ser de gran ayuda para todos nosotros.

Los ojos de Kai se abrieron con incredulidad mientras miraba a Lonnie. —¿Chris? ¿Estamos hablando del mismo tipo? —Observó a Chris sentado en el bote, con una expresión tonta en el rostro mientras los miraba.

—Confía en mí. Dale una oportunidad —dijo Lonnie, apretándole el brazo—. Podrías llevarte una sorpresa.

—Lo dudo.

Ella le dio una palmada y un empujón.

Poniendo los ojos en blanco con fingida frustración, sacudió la cabeza y se dio la vuelta para irse.

—Más vale que se porten bien, chicos —gritó por encima del hombro—, y asegúrense de traer a casa pescado fresco para cocinarlo con las verduras que voy a cosechar.

Rodeada por el sonido de los pájaros piando y las hojas susurrando, desapareció por el sendero hacia el denso follaje, dejando a Kai y a Chris solos el uno con el otro.

Mientras Kai remaba de vuelta a Hayden, sentía que el cerebro le iba a explotar por el abrumador día con Chris. No podía creer lo mucho que el tipo sabía de pesca. Era casi intimidante. Aunque Kai era un pescador hábil, no pudo evitar sentir una leve vergüenza al pensar que Chris podría ser incluso mejor que él. Chris no era ningún novato. Su pericia y experiencia eran evidentes en cada movimiento que hacía en el bote.

Con cada captura, Chris blandía su cuchillo con una precisión sin esfuerzo, abriendo el vientre del pez y derramando sus entrañas en el agua con un suave movimiento de muñeca. El olor metálico de la sangre llenaba el aire, atrayendo aún más peces hacia el bote. Lanzaba la carne a la hielera con hielo, uniéndose a las otras capturas relucientes que habían pescado. Y mientras tanto, no paraba de hablar de Lonnie.

Una relajante luz anaranjada iluminaba el agua tranquila mientras el sol se hundía bajo el horizonte. Los remos rompían la superficie del agua, perturbando el pacífico reflejo del cielo y las nubes en la superficie, enviando ondas en todas direcciones.

Mientras Chris seguía hablando de sus planes de caza para el fin de semana, la mente de Kai seguía consumida por los acontecimientos del día. De la nada, Chris sacó el tema de protegerse de los De Cree. Kai aguzó el oído. Aquello era un cambio respecto al tema de su hermana.

—¿A qué te refieres? —preguntó, encontrando su voz después de haber estado callado la mayor parte del día, dejando que Chris dominara la conversación.

—Crear un equipo defensivo. Un ejército, por así decirlo —continuó Chris, sin dudarlo.

Sentado frente a Kai en el pequeño bote, el rostro de Chris brillaba de emoción. Los remos se hundían en el agua, impulsándolos cada vez más cerca de la orilla.

—He estado pensando —comenzó Chris, con los ojos chispeantes de emoción—. Podríamos empezar nuestro propio pequeño ejército dentro de Hayden. Tener guardias patrullando las fronteras, permitiendo solo la entrada a aquellos considerados seguros. Podríamos implementar un sistema parecido a un gobierno, con un

presidente y miembros asignados que se encarguen de diferentes tareas. Necesitamos almacenar suministros, como productos enlatados, y buscar a otros sobrevivientes. Establecer atención médica para los necesitados también es imprescindible. La gente se enferma y se lastima. Necesitamos estar preparados para ello.

Kai escuchaba, con la mente hiperconcentrada, asimilando todo lo que Chris decía.

No encontraba las palabras adecuadas para responder. Chris presentaba argumentos válidos, y estaba meridianamente claro. Necesitaban tomar medidas. Habían pasado varios meses desde la toma de Lex, pero todavía no veían ninguna señal de que las autoridades vinieran a su rescate. A pesar de no estar sorprendido, Kai aún se aferraba a la esperanza.

El rostro de Chris se puso serio, su mandíbula se tensó. Sus ojos se endurecieron, enfocándose en algo invisible. Al presenciar un lado desconocido de Chris, Kai sintió que el aire se enfriaba, provocando que se le erizara el vello de los brazos y la espalda.

—Los De Cree son una fuerza poderosa y peligrosa, amigo —advirtió Chris. El tono de su voz insinuaba un conocimiento más profundo de este grupo del que había revelado anteriormente—. Sus planes son calculados y despiadados. Tenemos que hacer todo lo posible para defendernos de ellos.

Los ojos de Chris revelaron un destello de miedo. Eso inquietó a Kai. Se sentía como esperar la caída en una montaña rusa: predecible y sorprendente a la vez.

—No podemos subestimarlos —advirtió Chris—. Nunca.

—¿Cómo sabes tanto sobre los De Cree y Malcolm Gobbo?

Kai frunció el ceño en confusión mientras miraba a Chris. No tenía idea de quiénes eran los De Cree y Malcolm Gobbo hasta que Chris apareció aquel fatídico día, buscando refugio con otros sobrevivientes traídos a Hayden por Lonnie. Recordaba haber oído sus nombres mencionados en la radio o haber visto un breve reportaje de noticias sobre una nueva organización, pero nunca lo registró como algo a lo que valiera la pena prestar atención.

El chapoteo rítmico de los remos llenaba el aire mientras Kai remaba hacia la orilla. Fijó sus ojos en Chris. Era la primera vez en

todo el día que sentía curiosidad por escuchar más de ese tipo.

El inesperado ladrido de un perro cercano rompió el peso de la situación, perturbando la atmósfera pacífica que los rodeaba.

No un perro grande, el sonido de uno de esos perritos escandalosos que a la gente mayor le gusta tener.

Cuando el bote golpeó contra la orilla arenosa, ambos hombres se pusieron de pie de un salto. Con movimientos practicados, comenzaron a arrastrar el bote hacia adentro, con los ojos escudriñando la orilla en busca del origen del fuerte ladrido.

Un pequeño perro gris y blanco salió disparado de detrás de un grupo de arbustos, con la cola moviéndose furiosamente mientras corría hacia ellos. Tanto, que Kai pensó que se caería de la emoción. Una sonrisa parpadeó brevemente en su rostro.

Chris se agachó, encontrándose con la mirada emocionada del perro mientras este se paraba sobre sus patas traseras. Sus patas delanteras bailaban en el aire en un gesto que parecía un saludo. Chris se rio, acariciando al perro, que le lamió la cara con avidez.

Kai observaba, confundido, sintiéndose incómodo.

¿De dónde salió el perro?

—Oh, cosita linda. Linda, linda, cosita linda. ¿De dónde saliste? —dijo Chris efusivamente, haciendo eco de los pensamientos de Kai.

—*¡Meggie Mugs!*

Una joven voz femenina atravesó el aire, haciendo que las orejas del perro se irguieran y sus patas se congelaran en el aire. Chris se levantó, con los ojos fijos en la dirección de la mirada del perro.

Lonnie emergió de la densa maleza, agarrando una canasta tejida rebosante de verduras recién cosechadas. Tras ella iba una joven con el ceño fruncido, su pelo oscuro enredado y descuidado, oculto bajo capas de sudaderas con capucha de gran tamaño. Una mochila abultada llena de equipo de campamento pesaba sobre sus hombros. Su rostro delataba una mezcla de ira, juventud, vulnerabilidad y dureza, todo a la vez.

El perro ladró y corrió hacia Lonnie y la adolescente desconocida, que no parecía tener más de quince o dieciséis años.

Lonnie levantó una mano a modo de saludo. Le dirigió a la chica a su lado una mirada tranquilizadora mientras se acercaban a ellos.

Kai se quedó helado.

¿Qué demonios estaba pasando?

Chris se acercó más a Lonnie. Sonriendo como un niño pequeño, extendió los brazos para saludar.

La joven se hizo a un lado mientras Chris, con un rápido apretón, abrazó a Lonnie y tomó la pesada canasta de verduras que ella llevaba. La chica miró a Kai con una mezcla de aprensión y quizás un toque de miedo. Podía entender por qué. Era alto, con su metro noventa de estatura intimidaba, y comparado con la chica, era un gigante. Ella tenía suerte si llegaba siquiera al metro y medio.

Pero había algo en sus ojos que le decía que, aunque pequeña, era feroz.

Sintiendo un rasguño en la pierna, Kai bajó la vista y encontró al perrito saltando y mirándolo. Agachándose, levantó a la temblorosa cosita y le permitió retorcerse de emoción en sus brazos, intentando lamerle la cara. Levantó la barbilla, tratando de evitar la pequeña lengua rosada.

Lonnie se rio.

—Kai, no eres más que un osito de peluche adorable. Ni siquiera puedo mirarte.

Chris estaba de pie con el brazo izquierdo sobre los hombros de Lonnie, una amplia sonrisa extendiéndose por su rostro. No podían contener la diversión mientras veían a Kai luchar con el perrito que se retorcía. Lonnie se inclinó más cerca de la chica a su lado y la tomó del brazo.

Al instante, los tensos músculos de la chica se relajaron bajo el contacto de Lonnie. Desvió su mirada de Kai a Lonnie, buscando consuelo y seguridad en su presencia.

El perro se acurrucó en los brazos de Kai, observando a los demás, asimilando su entorno. Acarició distraídamente la cabeza del perro, con los ojos fijos en Lonnie, esperando una explicación para la inesperada llegada de estos nuevos compañeros.

—Bueno, veo que ya conocieron a Meggie Mugs.

Kai miró al perro, que lo miró directamente y asintió un poco, se estremeció y le lamió la mano como si se estuviera presentando.

—Y aquí tenemos a Summer. —Lonnie le dio a la chica un apretón amistoso en los hombros, como si fueran viejas amigas.

—Se va a quedar con nosotros de ahora en adelante.

Kai entrecerró los ojos hacia la chica, todavía acariciando la cabeza del perro. Se miraron, cada uno mostrando su desconfianza y sospecha del otro.

Chris extendió la mano para tomar la de Summer sin previo aviso. Ella saltó ante el contacto inesperado, su cuerpo se puso rígido por la sorpresa.

Su mano se movió rápidamente hacia el bolsillo lateral, dejando al descubierto el mango visible de un cuchillo. En un instante, Kai se puso rígido, listo para entrar en acción. Meggie Mugs soltó un ladrido, señalando una advertencia a Chris. Se retorció, queriendo que la bajaran.

Kai aflojó con cuidado su agarre sobre el pequeño y desaliñado perro y lo vio correr hacia la chica. El perro saltó para tocar la pierna de la chica con dos patas, dejando manchas de tierra y mugre en su ropa. Luego se acurrucó cerca de ella, apoyando la cabeza sobre su pie. Entrecerró los ojos, lanzándole a Kai una mirada de advertencia.

Los animales, pensó, *prestan atención a aquellos a los que son leales.*

Lonnie, como si nada acabara de pasar, empezó a hablar con Chris. Escuchaba atentamente mientras Chris relataba los acontecimientos del día en el lago con vívido detalle. Incluida la última conversación que había tenido con Kai de regreso a casa.

Sus voces zumbaban monótonamente. Kai permaneció inmóvil, observando a la chica acariciar al perro con una mirada acusadora. El perro, desafiando a Kai a decirle algo a la chica.

Sintiéndose incómodo y ligeramente irritado, Kai comenzó a clasificar la pesca fresca y el equipo de pesca. Se concentró en desenredar cuidadosamente los sedales y guardar las herramientas. Retirándose a sus propios pensamientos, dejando atrás las voces que se desvanecían de su hermana y de Chris.

No estaba seguro de esta chica con la mano lista y esperando para sacar el cuchillo que llevaba a su costado. No estaba seguro de que le gustara que estuviera aquí en Hayden.

Algo se sentía diferente con esta.
Sus ojos, como los de él, contaban una historia.
Una historia que no estaba seguro de querer conocer.

CAPÍTULO 29

LEAH

LEAH SE SENTÓ EN el duro suelo de tierra de la pequeña cabaña. Sus ojos se detuvieron en el rostro apacible de Adam mientras dormía profundamente en su cama, acurrucado bajo capas de mantas abrigadas.

Estaban de vuelta en la cabaña una vez más. ¿Esperando qué? No lo sabía. Había regresado aquí presa del pánico, buscando refugio de cualquier caos que estuviera consumiendo el mundo exterior. Pero a medida que pasaban los días, se dio cuenta de que no sabía qué estaba esperando. Tal vez que llegaran las autoridades y pusieran orden en esta locura. O quizás que alguien, quien fuera, viniera a ayudarla a sobrevivir esta pesadilla. Tal vez incluso Ben.

Le costaba admitirlo, pero necesitaba su ayuda. Estaban solos, varados en la oscuridad sin electricidad ni conexión alguna con el mundo exterior, tal como Ben se lo había advertido.

Con las provisiones de comida menguando, no podía armarse de valor para dejar a Adam atrás e ir al pueblo.

Se negaba a someterlo una vez más a los horrores de la ciudad, a la destrucción y al caos que se habían apoderado de ella.

En lo único que podía pensar era en el bulto de tela tirado en la calle durante su última visita. En cómo hizo que Adam bajara la cabeza y no mirara bajo ninguna circunstancia.

Dentro del bulto estaba el cuerpo sin vida de un niño.

Un niño no mucho mayor que Adam.

Ya no podía negarlo. El miedo le recorría cada centímetro del cuerpo. Había cometido un error al esconderse de Ben. Qué estupidez.

Él era uno de los De Cree y había prometido protegerla a ella y a Adam. Eran su familia.

¿Por qué, oh, por qué no le creyó? Y ahora aquí se enfrentaba a la dura realidad de quedarse sin comida, de potencialmente morir congelada con su pequeño durante el invierno. Su supervivencia durante los duros meses de invierno estaba en juego.

Se había esforzado tanto por salir al bosque. Caminaron con dificultad a través del denso follaje, sus pies hundiéndose en la tierra blanda a cada paso. Esperando desesperadamente encontrar un refugio o a alguien que pudiera ayudarla a ella y a Adam. Pero todo lo que encontraron fueron árboles imponentes y el ocasional crujido de un animal salvaje. Recordó el día en que apareció el perro. Sobresaltada por un repentino y fuerte ladrido que resonó por el bosque. Había tomado la mano de Adam con miedo y ambos huyeron de un perro pequeño que apareció de la nada, con la ropa rasgándose con las ramas mientras escapaban. La adrenalina que bombeaba por su cuerpo le dio la fuerza para seguir adelante hasta que finalmente llegaron a un claro donde pudieron recuperar el aliento y evaluar la situación.

No se molestó en comprobar si había alguien seguro con el perro. No, no después de escuchar ese crujido de ramitas en los arbustos. El riesgo era demasiado grande para asumirlo. Su miedo era el problema. Siempre tenía miedo, y ahora estaba aterrorizada de que algo malo le pasara a Adam si no encontraba a alguien, a quien

fuera, que la ayudara a ella y a su hijo. Necesitaba que otros la ayudaran a protegerlo y se aseguraran de que este mundo loco no los devorara y escupiera sus huesos. Dejándolos tirados en el camino como aquel cuerpo del último niño que había visto.

Sollozó, presionando la cabeza contra sus rodillas flexionadas, abrazándolas con fuerza contra su pecho. Llorosa y derrotada.

¿Qué le había pasado a Amanda?

¿Qué le había pasado a toda la gente que conocía?

¿Dónde estaba la policía? ¿Los soldados? ¿Alguien?

¿Por qué seguían viviendo en este mundo patas arriba?

Su nariz moqueaba mientras las lágrimas corrían por su rostro. No había esperanza. El aplastante peso de la derrota la agobiaba, y se odiaba a sí misma por ello.

Ben tenía razón, ella no era nada sin él. Nada sin su ayuda.

Respiró hondo y entrecortadamente. Conteniendo las lágrimas y los mocos.

¿Por qué no había esperado? El perrito era amistoso. Saltaba sobre Adam con entusiasmo. Quizás la persona en el arbusto también habría sido amistosa. Pero, por otro lado, quizás no.

Leah pensó en las últimas palabras que Ben le dijo, una advertencia. Si quería evitar que le pasara algo a Adam, lo mejor para ella sería asumir la responsabilidad de su hijo y unirse a los De Cree. ¿Qué había querido decir con eso?

Había una nota sobre el mostrador esperándola cuando regresaron a la cabaña.

Ella y Adam se habían marchado. Mal equipados para los duros elementos y el entorno salvaje. Siendo una tonta, pensando que encontraría a alguien pronto. Se encontraron durmiendo en el suelo, con poca o ninguna comida. Por supuesto, tuvo que regresar y, por supuesto, Ben sabía que lo haría. Allí, en el mostrador, había una nota escrita con su letra, revelándolo todo. Las coordenadas que le permitirían encontrarlo y llevar al niño a un lugar seguro.

La ignoró. La arrugó y luego la tiró al bote de basura. Antes de que llegara el frío y mientras todavía había electricidad. Pero la sacó muy pronto, cuando cada lata de comida se agotó y ninguna otra la reemplazó. La había sacado de inmediato, desdoblándola y

alisándola. Memorizando cada palabra, sellando las indicaciones en su cerebro.

Adam levantó la cabeza de la almohada. Leah se secó las lágrimas a toda prisa. El niño ya estaba lo suficientemente asustado, no necesitaba ver a la única persona responsable de él perdiendo el control.

—¿Estás llorando? ¿Por qué lloras, mamá?

Frotándose los ojos cansados, se sentó y agarró su mantita, temeroso de la oscuridad.

Un débil tintineo metálico llegó a los oídos de Leah y Adam sacó el camioncito naranja que había escondido bajo la almohada, sano y salvo. Sus deditos siempre lo aferraban.

Como una manta de seguridad.

—No, estoy bien, cariño, estoy bien, vuelve a dormir. —Extendió la mano para acariciarle la frente, sintiendo la humedad del sudor. Con cuidado, lo arropó de nuevo bajo las cobijas, el camioncito naranja bien ajustado bajo su barbilla. Sus pequeños dedos lo sostenían con fuerza.

—Tengo hambre, mamá. ¿Puedo comer una tostada con canela?

Su voz se alzó con entusiasmo, pero Leah no tenía canela ni pan.

—Oh, cariño, no hay pan en el supermercado. Recuerda, te lo dije.

El rostro de Adam se contrajo en un ceño fruncido.

—Pero tengo unas galletas saladas, ¿y puede que todavía me quede algo de mantequilla de maní? ¿Te gustaría algo así?

Leah intentó sonar alegre. Al darse cuenta de que apenas quedaba mantequilla de maní y solo unas pocas galletas, supo que sus provisiones de comida no durarían más de unos días, y mucho menos una semana.

Ya no quedaba agua potable. Los grifos habían dejado de funcionar poco después de su regreso a la cabaña, sin dejarle otra opción que hervir agua del lago en una fogata para las necesidades básicas.

Estaba en una situación más que desesperada. Reconociendo la verdad, aceptó la dura realidad que enfrentaban.

—Está bien, mamá, comeré unas galletas. Pero solo comeré dos con mantequilla de maní, porque quiero más por la mañana.

—Adam —dijo ella, con un tono lleno de resignación—. Puedes comer tantas como quieras. Podrías comértelas todas.

Intentó sonar segura y serena, pero su voz delataba sus verdaderas emociones. Miedo.

—Mañana tú y yo vamos a emprender un gran viaje.

—¿Un viaje? —Sus ojos se iluminaron de emoción mientras aferraba el oxidado camión naranja en sus manitas. Adam amaba ese camión. ¿Quién iba a decir que aquel día en el supermercado, cuando el extraño alto de pelo largo y negro se lo entregó, a partir de ese momento, sería su juguete favorito? Cada vez que Adam sentía miedo, se aferraba con fuerza al camión y una sensación de calma lo invadía. Era su ancla, manteniéndolo firme y seguro en medio de sus miedos.

—¿A dónde, mamá?

—Bueno, vamos a ir a ver a papá.

—¿A papá?

—Sí, vamos a ir a ver a papá y vamos a tener una pequeña charla con él. Sé que tendrá montones y montones de tostadas con canela para ti.

—No me importa comer tostadas con canela con papá.

El corazón de Leah se estrujó, y pasó los dedos por el sedoso cabello de su hijo.

—No, no te importa, ¿verdad?

—No. —Sacudió la cabeza, haciendo correr el maltrecho camión por los bordes de su edredón. Las ruedas gastadas chirriaban y traqueteaban contra la tela, pero él no pareció notarlo mientras tarareaba ruidos de motor.

—Bueno, de todos modos haremos el viaje mañana. Así que puedes comerte tus galletas y tu mantequilla de maní. Por la mañana, nos comeremos lo último y luego empacaremos lo que necesitemos y nos iremos a ver a papá.

—¿Estás segura, mamá? Realmente no me gustan esos hombres con los que estaba papá cuando jugamos a las escondidas en el armario. Me dieron miedo.

El corazón de Leah se aceleró. A ella también le dieron miedo.

¿Estaba haciendo lo correcto? ¿O estaba caminando hacia una trampa? Pero ¿qué se suponía que debía hacer? Adam estaba a punto de pasar hambre. Algo que nunca en su vida imaginó que tendría que preocuparle.

Tenía que hacer algo. Tenía que hacerlo. Esta era la gota que colmaba el vaso. Era una cuestión de supervivencia.

Ben prometió protegerla a ella y a su hijo. Todavía era su esposa. Leah no podía quedarse de brazos cruzados y dejar que Adam pasara hambre. Ben no querría que estuvieran muriendo de hambre. No querría que a su hijo le faltara comida.

Él era muchas cosas, pero no podía ser un monstruo.

La mente de Leah trabajaba a toda velocidad. ¿Estaba solo tratando de sentirse mejor? Quizás, pero ya no importaba. Tiempos difíciles requerían decisiones difíciles. Y estaba decidida. Tenía que proteger a Adam a toda costa. Y si eso significaba que tendría que arrastrarse de vuelta a Ben y suplicar su ayuda por el bien de su hijo, lo haría.

Se puso de pie, sintiendo que había hecho algo, cualquier cosa, para cambiar la situación actual. Incluso si era algo de lo que no estaba segura que fuera una buena idea.

—Mamá, guarda las galletas para el viaje de mañana. —Habló Adam, ya acurrucado de nuevo bajo las sábanas. Apoyó la cabeza en la almohada y se subió las mantas hasta la barbilla—. Voy a comer mañana. No necesito nada esta noche.

Leah sintió que su corazón se retorcía. No se había dado cuenta de cuánto le había afectado su situación. Él no debería tener que preocuparse por la comida del día siguiente o por calmar los miedos de su madre. Los roles no deberían invertirse. Ella era la madre, la adulta. No Adam. Él debería dormir seguro en la comodidad de su hogar, volver a ser un niño despreocupado, jugando con su amado camioncito de juguete y no guardando comida para comer.

—Pero dijiste que tu pancita tiene hambre —dijo Leah, odiándose aún más por esperar que Adam lo dijera en serio y pudieran guardar las galletas para mañana.

—Estoy bien, mamá, solo estoy cansado. Me voy a dormir ya.

Leah se acurrucó detrás de él, rodeando su pequeño cuerpo con los brazos y atrayéndolo hacia ella. El cabello sin lavar de Adam le hizo cosquillas en la nariz mientras inhalaba el aroma almizclado a tierra de días sin un baño adecuado.

Ella tampoco se había bañado en días. El lago empezaba a estar demasiado frío y calentar el agua para beber ya era suficiente trabajo en un día.

—Te amo, Adam. Mami hará cualquier cosa para protegerte, siempre.

—Lo sé, mamá —dijo el niño, sus palabras ahogadas mientras se quedaba dormido.

Leah presionó su mejilla contra él, sintiendo los mechones de su cabello desaliñado. Le besó la nuca. Sin querer soltarlo. Haría cualquier cosa por este niño. Absolutamente cualquier cosa. Y en este momento, sabía que necesitaba asegurarse de que estuviera a salvo, que tuviera comida, calor y un techo sobre su cabeza para protegerse.

Al salir el sol, Leah empacó cuidadosamente la comida restante y el agua recién hervida en recipientes resistentes y los envolvió en gruesas mantas. Metió todo en mochilas grandes, junto con unos viejos sacos de dormir que encontró en el ático mohoso. Leah cargó todo en el carrito rojo de Adam, abrigándolos a ambos con ropa extra para mantenerse calientes, aunque ni siquiera era otoño todavía. Hacía más frío de lo normal para esta época del año.

Echó un último vistazo a la cabaña vacía. El único lugar que alguna vez sintió como su hogar. ¿Volvería alguna vez aquí? Dejó que los recuerdos de su infancia en este lugar, de sus padres y de los años transcurridos desde el nacimiento de Adam la inundaran.

Leah vaciló, agarrando con fuerza la mano de su hijo de tres años mientras estaban de pie frente al carrito lleno con sus pertenencias. No pudo evitar sentir una sensación de culpa y fracaso al dejar atrás

todo lo que conocían, en dirección al complejo de los De Cree y a Ben.

CAPÍTULO 30

CHRIS

CHRIS SE IRGUIÓ EN el centro del claro, con los pies firmes sobre la tierra cubierta de polvo, observando al grupo de voluntarios de cara fresca que entrenaban. Oyó el susurro de las hojas cuando Lonnie se le acercó por detrás. Su aroma, una mezcla de canela y pan casero, se deslizó hacia él, acelerándole el corazón. Ella se paró a su lado, con las botas de hule hundiéndose apenas en la tierra.

Lonnie miró al grupo de soldados que entrenaban frente a ellos. —Parece que tenemos buena asistencia —comentó.

Chris jugueteó con los bordes de sus lentes mientras se rascaba nervioso la nuca. Tomó aire hondo, intentando esconder cómo la mera presencia de Lonnie le hacía latir el corazón a mil y sudar las palmas.

Desde aquel día que les cambió la vida, cuando Lonnie casi chocó con él, el día en que Malik intentó matarlo, su vínculo se había profundizado.

Bufó, pensando en cómo el error más grande que había cometido fue también el día en que Lonnie entró en su vida, haciéndolo caer de nalgas.

Era la mujer más hermosa que había conocido.

Si no hubiera ocurrido la toma de poder de los De Cree, sus caminos jamás se habrían cruzado. A pesar de todo, estaba junto a esa mujer extraordinaria, con ganas de tomarle la mano, besársela y pedirle que fuera suya.

Pero no lo hizo, claro.

No. La bondad era simplemente quien era ella. Era buena con todos, incluido él.

No había forma de que alguna vez se interesara en él. ¿Cómo podría? Lonnie sabía la verdad sobre él. Quién era en realidad. Un mentiroso, un tramposo y una mierda de hombre, débil.

Se le torcieron las comisuras de la boca y una arruga profunda le surcó el entrecejo.

—¿Qué pasa, Chris? —preguntó ella, con la voz cargada de preocupación.

Meggie Mugs, esponjada y limpia, se sentó a los pies de Lonnie. La Shih Tzu alzó una pata y la apoyó sobre el pie de Lonnie, como si reclamara la propiedad de su humana.

Maldito perro, era como si la pequeña pudiera leer la mente de la gente. Pero sus pensamientos se ablandaron cuando la colita de la perra se agitó al mirar a Chris. Se acomodó, como si fuera a levantarse y acercársele, pero soltó un ladrido de bienvenida en su lugar.

—Shhh, Meggie, todos están tratando de entrenar —lo calmó Lonnie, inclinándose para rascarle detrás de las orejas.

La chica que llegó con la perra. La que estaba embarazada y tenía apenas dieciséis, miró con fiereza. Le lanzó a Chris una mirada llena de acusación. Lonnie saludó a la chica con la mano y su expresión tensa se suavizó mientras Lonnie acariciaba el pelaje de Meggie Mugs.

Summer apretó los labios hasta formar una línea rígida y le dirigió a Chris una mirada de desaprobación antes de volverse hacia Kai con la misma expresión.

Los dos se trenzaron en combate, empuñando gruesos bastones de madera con movimientos fluidos que Chris les había estado enseñando. Era un apasionado del Bartitsu, un estilo de lucha que afirmaba haber practicado durante años y que él calificaba como —la técnica del caballero—.

Semanas antes, Kai se quedó de pie observando los movimientos de Chris con los brazos cruzados, evidenciando su escepticismo.

—Nunca había oído hablar de esto —dijo, con un tono que delataba su duda.

A Chris no lo inmutó; su amor por el Bartitsu brilló mientras explicaba su historia y sus beneficios. A Kai no le quedó más que soltar una risita burlona ante la idea de pelear como un caballero, pero sin otras opciones de entrenamiento, participó en los combates con los demás voluntarios. Para su disgusto, ese día Chris designó a Kai para que hiciera equipo con Summer.

El hermano de Lonnie se alzaba por encima de la chica. Se ató el cabello negro largo en un moño alto en la coronilla, para mantenerlo fuera del camino.

Kai entrecerró los ojos cuando sus bastones chocaron con un golpe fuerte.

—Necesitas concentrarte, chica —la regañó—. Un momento de distracción puede ser fatal en combate. —Su voz tenía un filo de fastidio, algo común en Kai, a quien siempre parecía molestarle algo o alguien.

Summer se lanzó contra Kai, balanceando el bastón con desenfreno. Él se encogió cuando el palo le golpeó el brazo con un golpe seco. Con los ojos muy abiertos, la miró incrédulo.

—Una chica en tu estado no debería estar peleando. Es una tontería. Nos vas a frenar. Deja la pelea para la gente más fuerte.

El rostro de Summer se vino abajo; se le fue el color.

—Uy —dijo Lonnie junto a Chris.

—Tiene razón —dijo él, señalando a Summer, tomando nota de su figura menuda y la evidente pancita—. No debería estar peleando. Mírala, pesa cuarenta y cinco kilos mojada y ya se le nota. Es demasiado joven, demasiado pequeña y está demasiado embarazada.

Lonnie soltó una risita para sí, mirando a la chica, con los brazos extendidos, apuntándole con el bastón a su hermano. Parecían David y Goliat, listos para enfrentarse.

—Esa chica ha estado peleando toda su vida. Es exactamente lo que necesitamos para proteger a Hayden —se rió Lonnie—. Además, tiene algo por lo que pelear que muchos de los que estamos aquí no tenemos.

—¿Qué quieres decir?

—Chris, vamos, piénsalo. ¿Qué tiene?

Antes de que Chris pudiera responder, la voz de Kai retumbó en el aire.

—El entrenamiento no es lugar para una chica en tu estado. Piensa en tu bebé.

—¿Que piense en mi bebé? ¿Por qué crees que estoy aquí?

Summer se sonrojó profundamente, y la cara de Kai la reflejó.

—Es imprudente, y vas a ser un lastre. —Las emociones, que normalmente mantenía enterradas muy dentro, le estaban subiendo a la superficie.

Mientras el sol le caía encima, Summer alzó el bastón y le soltó a Kai un golpe en el brazo con un ¡zas! satisfactorio. Le subía y bajaba el pecho, con la adrenalina corriéndole por el cuerpo.

Kai soltó un grito, llevándose la mano al brazo izquierdo. Apretó los dientes y cerró los ojos, tratando de contener la rabia ardiente que le hervía adentro.

—En el apocalipsis siempre hay alguien embarazada, hombre. Es el maldito apocalipsis. ¿Qué esperas? —Summer, lista para la pelea, alzó el bastón, preparada para la batalla—. ¿Crees que los bebés salen de un huevo o qué? Las mujeres tienen bebés, supéralo.

Kai alzó las manos, arrojó el bastón y se fue hecho una furia.

Pasó a toda velocidad junto a Chris y Lonnie, y de pronto se detuvo en seco; su voz grave se volvió clara, breve y precisa.

—Solo puedo aguantar hasta cierto punto, Lonnie. Esta chica es una amenaza, poco fiable y un riesgo.

Lonnie apoyó la mano en el hombro de su hermano mientras Chris miraba, atónito. Él sentía lo mismo que Kai.

—En su momento, decía la gente lo mismo de ti.

A Kai se le encendió la cara de un rojo intenso mientras la rabia le hervía por dentro. Apretó la mandíbula, queriendo decirle algo a su hermana. En cambio, con un gruñido frustrado, dio media vuelta y se alejó a zancadas, negando con la cabeza, incrédulo.

—Tiene razón, ¿sabes?

Ella solo miró a Chris y sonrió.

—Hay algo que sé cuando miro un alma. Esa chica que tú y Kai creen que es problemática, una molestia, una carga. La queremos de nuestro lado.

—Lonnie, entiendo que eres una persona amable y empática que quiere que todos nos unamos y nos ayudemos. Pero hay gente que no se puede salvar ni cambiar.

Con una mirada de acero, le clavó los ojos a Chris, haciéndolo retorcerse bajo su escrutinio intenso. Cambió el peso de un pie a otro y evitó su mirada acusadora, sintiendo cómo el calor de la vergüenza le subía a las mejillas. Ella sabía la verdad sobre su implicación con The De Cree. Chris Anwir, el hombre detrás del botón que lo apagó todo. Sus ojos entrecerrados eran como dagas, acusándolo sin decir palabra.

—Lo siento —murmuró, con la cabeza gacha y las mejillas encendidas de vergüenza. El silencio cayó entre ellos mientras los gritos y el chocar de la madera llenaban el aire. Haciendo girar su bastón, Summer ejecutó los movimientos que Chris les había enseñado. Practicaba sola; los demás no querían enfrentarse con ella.

Sin amedrentarse, el bastón de Summer cortó el aire con movimientos fluidos, como si fuera una extensión de su brazo. Meggie Mugs soltó un ladrido de ánimo, su diminuta pata aún descansando de manera protectora sobre el pie derecho de Lonnie.

—Te agradezco que vieras algo en mí, algo que yo no veía. Lo eres todo para mí, Lonnie. —La mano de Chris tembló de emoción. Miró sus cálidos ojos marrones y sintió un nudo formársele en la garganta. Sin pensar, le tomó la mano, dándole un apretón suave. Pero casi en cuanto su piel se tocó, retiró la mano de golpe, avergonzado de haberla tocado después de haber estado regañando a Summer hacía apenas unos momentos.

Lonnie extendió la mano y, para su asombro, le sujetó los dedos, dándoles un apretón reconfortante.

—Confío en ella, Chris, porque tiene todo que perder si fracasamos.

Él la miró, distraído por la sensación de sus dedos entrelazándose. Sus palmas quedaron firmemente unidas.

—¿Qué quieres decir? Podemos protegerla.

—Aunque intentemos mantenerla a salvo, ella no sabe confiar. Se le nota. Está grabado en su alma.

A Chris le costaba concentrarse en las palabras de Lonnie. La mirada se le iba a sus labios. Le dolían las manos por las ganas de acariciarle las mejillas suaves y sus labios anhelaban encontrarse con los de ella, saborear la pasión que irradiaba. Sabía que no era digno de esa mujer increíble, pero no podía evitar el deseo intenso que sentía por ella.

—Se va a buscar problemas si depende solo del instinto de supervivencia sin ayuda. Todos queremos protegernos, pero en esta situación nos necesitamos unos a otros —. La voz le salió ronca de la garganta,

—Chris —. Lonnie se inclinó hacia él, alzó la mano y le tocó un lado de la mejilla; lo miró con tanta bondad y con algo más.

¿Estaba viendo las cosas a través del filtro de sus propios deseos?

Al mirarla a los ojos, no vio más que el alma más pura, la única persona con la que podía imaginarse. Ella lo había arruinado para cualquier otra mujer.

—No entiendes —dijo con voz suave y paciente.

—¿Qué hay que entender? —dijo, tropezando con sus propias palabras.

—No está haciendo esto para protegerse.

Chris frunció el ceño y se volvió hacia la chica. Sus movimientos eran precisos y contundentes, alimentados por la determinación y la rabia. Eran exactamente las técnicas que él le había enseñado durante sus sesiones de entrenamiento juntos.

Cabeceaba y se escabullía con seguridad, su figura menuda moviéndose con gracia. Su vientre de embarazada apenas se notaba bajo la sudadera gastada, pero cuando sobresalía, le recordaba a

Chris su vulnerabilidad. Era pequeña y estaba embarazada. Aun así, no mostraba señales de debilidad. Chris no dudaba de que por ahora podía defenderse. ¿Pero por cuánto tiempo? Esa panza no se quedaría pequeña.

—Lo siento, Lonnie, no entiendo. Mírala. Fíjate en ella. Es una niña tratando de jugar a la soldado.

—Es una madre tratando de proteger a su bebé, Chris. Está tratando de asegurarle un futuro a su hijo.

CAPÍTULO 31

LONNIE

SUMMER Y LONNIE ESTABAN sentadas en una mesa de pícnic de madera afuera del tráiler de Lonnie, listas para disfrutar su cena en el aire fresco del atardecer. Mientras Lonnie tomaba un sorbo de su té, vio a Kai pasar por el sendero desgastado, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. No pudo evitar sentir una punzada de tristeza y anhelo al verlo, con la cabeza inclinada, sabiendo que el duelo todavía lo atenazaba, sin soltar jamás las garras de su alma. Ella lo entendía más que nadie, ya que lloraban la misma pérdida. Solo que lo hacían de maneras diferentes. Su duelo estaba siempre ahí, pero ella le dio un lugar donde vivir. Un lugar al que no se le permitía entrar en las otras partes de ella. Tenía que hacerlo, o de lo contrario no podría levantarse por la mañana y enfrentar el día.

Kai no lo hacía. Él dejaba que el duelo lo consumiera.

—Hermanito, ven acá —lo llamó Lonnie, saludándolo con la mano. Él asintió y cruzó el patio trasero, pero su ceño fruncido era evidente

cuando vio a Summer sentada en la mesa de pícnic. Al acercarse, no pudo evitar notar el ruido que provenía del interior del tráiler. La puerta se abrió de golpe y Chris salió con una olla grande de espagueti en la mano, de cuya superficie se elevaba vapor.

—Oye, Kai —dijo Chris, con una sonrisa genuina extendiéndose por su rostro.

Kai levantó la cabeza, ofreció una mueca tensa y soltó un «hola» en voz baja. Por el rabillo del ojo, captó la mirada de desaprobación de Lonnie y se movió incómodo al sentarse en la mesa de pícnic.

—Me alegra que estés aquí. Hay algunos temas urgentes sobre el entrenamiento de voluntarios que quiero hablar contigo —dijo Chris, ajeno a la interacción entre los dos hermanos.

Lonnie colocó una hogaza de pan caliente recién horneado y un tazón de ensalada fresca sobre la mesa de pícnic. Puso platos, mantequilla y vasos antes de unirse a Chris mientras él servía espagueti en cada plato.

El olor de la comida casera flotaba en el aire con un aroma que hacía agua la boca.

El rostro de Summer se iluminó mientras miraba a Lonnie con una mezcla de admiración y adoración difícil de ignorar.

—Esto se ve increíble —exclamó Summer, con una sonrisa radiante ante el festín que tenían delante. Para Kai era evidente que Summer idolatraba a su hermana, y podía entender por qué. Él también lo hacía.

Se aclaró la garganta.

—Sí, se ve delicioso. Gracias por la invitación.

—Bueno, gracias a ustedes por la compañía —Lonnie miró al grupo de personas, con una mezcla de gratitud y satisfacción en sus ojos—. A comer, antes de que se enfríe.

El calor que emanaba de sus platos creaba un ambiente acogedor mientras todos se servían con entusiasmo.

Chris sonrió al sentarse, su brazo rozó el de Lonnie. Lonnie miró a su hermano, preguntándose si se habría percatado de la interacción entre Chris y ella.

Desde el momento en que Lonnie besó a Chris en el campo de entrenamiento, su mundo explotó, lleno de nuevas posibilidades.

Cuando se apartó del beso, el rostro de él mostraba una mezcla de asombro y anhelo, exponiendo sus verdaderos sentimientos por ella.

Era una añoranza y la débil chispa de esperanza para ambos.

Chris abrió la boca para decir algo, pero Lonnie se inclinó más cerca y presionó sus labios contra los de él, separándolos ligeramente.

Él la agarró por los hombros, apretando, atrayéndola hacia sí, y ella sintió que se derretía. Cuando se separaron sin aliento, sus miradas se encontraron con un deseo voraz que era desconocido para ambos.

Lonnie le tomó la mano y la llevó a sus labios, plantando un beso en cada dedo. Dándose la vuelta, todavía sosteniendo su mano, lo guio hacia su tráiler.

¿Podría Kai notar que las cosas habían cambiado entre ella y Chris?

¿Podía ver el rubor en sus rostros cuando se miraban? Pensó en lo de antes, envuelta en los brazos de Chris, exhausta, sorprendida de que todavía tuviera pasión dentro de ella. Y vaya que sí la tenía. Su rostro se sonrojó aún más, sintiendo todavía los dedos de Chris trazando su estómago, sobre las tenues estrías blancas debajo de su ombligo. Marcas permanentes grabadas en su carne. Un recordatorio de la preciosa vida que una vez llevó dentro. El recuerdo, por siempre impreso en su piel.

Chris inclinó la cabeza y luego la miró con una expresión interrogante. Pero cuando captó la mirada en sus ojos, se inclinó y besó cada una de sus pequeñas cicatrices blancas, abriéndola con poco esfuerzo.

Ella arqueó la espalda, anhelando su contacto, deseando que él la envolviera por completo, en ese mismo instante, con una sed que no se había dado cuenta que tenía.

Después, mientras yacían entrelazados, la barba incipiente de Chris rozaba su cuello con cada beso suave, enviando una sensación de hormigueo por su cuerpo. La apretó con fuerza contra su carne desnuda, saboreando el calor de su piel contra la de él. Ella nunca quiso que la soltara.

Su mano rozó su suave estómago donde una vez creció un niño. La abrazó aún más fuerte, acunándola protectoramente, sin decir una palabra.

Le contaría, por supuesto, sobre Chrissy. Solo que no en ese momento, mientras él la abrazaba desnuda. Ya habría tiempo, más tarde, para esa historia de pérdida y dolor.

En ese instante, se deleitó en su anhelo compartido y en el consuelo de sus brazos. Hacía mucho que había dejado de lado las nociones de amor y atracción, o eso creía. Sin embargo, ahí estaba. Cada vez que miraba a Chris o lo escuchaba hablar con su voz rica y alegre, no podía dejar de pensar en lo de antes. En ellos, juntos, con los labios sellados, cada uno tan hambriento como el otro.

Miró a Chris y sintió que sus mejillas se calentaban. Él lo notó y también se sonrojó, desviando rápidamente su atención a su plato. Con avidez, tomó su tenedor y no paró de elogiar el espagueti, afirmando con cada bocado que era el mejor que había probado.

Lonnie se rio entre dientes por su intento de actuar con naturalidad frente a Kai y Summer.

—Bueno, Lonnie —Summer recogió con entusiasmo un tenedor lleno de espagueti, enrollando los fideos alrededor del tenedor antes de dar un gran bocado. Tomó una rebanada de pan crujiente de la canasta sobre la mesa, arrancó un trozo y lo mojó en la salsa espesa. Estaba sabroso, incluso sin carne. En ese momento, el suministro de alimentos era bueno, pero eso podría no ser siempre así. Con el invierno acercándose rápidamente y más gente llegando a la comunidad, Lonnie quería tener algo de comida más sustanciosa en reserva para cuando los recursos escasearan. Rezaba para que no se llegara a eso, pero quería estar preparada por si acaso.

Los comités estuvieron de acuerdo por unanimidad. Cazarían y recolectarían todo lo que pudieran, lo prepararían y lo almacenarían para el invierno, cuando la carne y otros alimentos fueran más difíciles de conseguir, y lo usarían para llenar estómagos vacíos cuando hubiera menos en la mesa.

Summer dio otro bocado al espagueti, saboreando el sabor rico y ácido de la salsa.

—El espagueti está muy bueno. Nunca antes había probado una salsa como esta —exclamó entre bocados, completamente absorta en él—. ¿Es algún tipo de receta india?

A Lonnie le fue imposible contener la risa. —¿Qué tipo de receta india?

—No sé. ¿Ustedes tienen una receta específica? Lo único que he comido es salsa de lata. No tengo mucha experiencia con la comida de otra gente.

El tintineo de un cuchillo rompió abruptamente el silencio de la comida. Kai se metió un tenedor de espagueti en la boca, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Ya no usamos la palabra *indio* y no todos somos iguales. Somos ojibwe y no, nosotros no creamos la salsa de espagueti. Eso es italiano, no *indio*.

La mano de Lonnie salió volando, golpeando a Kai en el brazo con un chasquido seco.

—Basta —lo reprendió, con los ojos entrecerrados por la decepción.

—Es mi propia creación. La compartiré contigo. Podemos prepararla juntas. Es algo que he cultivado a lo largo de los años, ajustándola a mi gusto. Añadiendo un poco de esto o aquello. Sería bueno transmitirla —Lonnie le frunció el ceño a Kai, avergonzada por su ataque a la chica.

El rostro de Summer se sonrojó de ira y vergüenza, sus palabras chorreaban sarcasmo mientras replicaba: —Oh, perdóname, señor Sabelotodo «Indio» o como sea que quieras que te llamen *hoy.* Estuve demasiado ocupada siendo zarandeada de un hogar de acogida a otro como para estar al tanto de lo que es y no es aceptable decir en este momento.

Summer golpeó su tenedor contra el plato, esparciendo migas y trozos de pan. Apretó los dientes mientras hablaba, la amargura y el dolor filtrándose en cada palabra.

—¿Tienes idea de en cuántas escuelas he estado? —Se inclinó hacia Kai, con los ojos encendidos de ira—. ¡Veintitrés escuelas diferentes en un solo año! Y aun así, te sientas ahí, todo engreído y ofendido, esperando que yo sepa cada maldita costumbre y tradición cultural que existe —dio un mordisco al pan caliente recién horneado, masticándolo furiosamente antes de continuar—. Es un puro milagro que sepa leer, pero oye, ¿a quién carajo le importa eso? ¡Qué descaro el mío, preguntar por el espagueti!

Lonnie tocó suavemente el puño de Summer, cerrado con fuerza alrededor de su tenedor. Podía sentir la tensión y el dolor en el agarre de la joven. Miró a los ojos de Summer y habló con genuina calidez.

—Ahora eres una parte bienvenida de nuestra familia. No tienes que ir a ningún otro lugar, nunca más. Este es tu hogar, si nos aceptas.

Summer parpadeó sorprendida ante las palabras de Lonnie, sin saber cómo responder. Se limpió rápidamente la boca y dejó la servilleta sobre la mesa. Abrumada por las emociones, tartamudeó: —Tengo que irme… —se levantó bruscamente, dándoles la espalda para que no vieran las lágrimas que comenzaban a correr por su rostro.

Lonnie sintió una oleada de ira al ver a la joven reprimir sus emociones y huir, encerrándose en sí misma.

—Summer, espera —la llamó Lonnie—. Hice tu postre favorito, pay de manzana, solo para ti —vio cómo Summer aceleraba el paso, sin molestarse en responder.

Kai se metía tenedoradas de espagueti en la boca, con los ojos fijos en el plato. La vergüenza emanaba de él y sabía que el hecho de que ella le hubiera recriminado su comportamiento lo había avergonzado. Pero no le importaba. Lonnie había soportado estas tonterías durante demasiado tiempo. No podía quedarse de brazos cruzados e ignorarlo más. Kai reprendió a la chica sin motivo. Perdiendo los estribos solo porque no le caía bien.

—Sabes, es solo una niña, una niña traumatizada.

Kai hizo una pausa, sin levantar la vista de su plato.

—¿Has visto su estómago? No tiene nada de niña.

—Eso demuestra lo poco que sabes —dijo Lonnie, sacudiendo la cabeza con incredulidad ante la desconsideración de su hermano.

—Estás tan cegado por tu propio duelo que olvidas que los tiempos difíciles y la tristeza golpean a muchos. Cada persona que vive en la Tierra está sujeta a ello. La crueldad es algo que nos persigue implacablemente a todos.

Inclinó la cabeza, repentinamente agotada.

—También lo es la bondad. Sé mejor, Kai. Espero más de ti.

Chris dejó escapar una tos nerviosa. Ella se aclaró la garganta y habló con firmeza, asegurándose de que ambos la oyeran. Sus ojos eran feroces mientras miraba a los dos hombres que reprendieron a Summer. Al ver el dolor y la desolación en los ojos de la joven, Lonnie ya había tenido suficiente. Eran demasiado duros con ella. No iba a permitir que siguieran menospreciando a la chica atormentada. No más. Sobre su cadáver.

Había algo en la adolescente con lo que sentía un alma gemela, lo cual era extraño ya que no podían ser más diferentes: Summer, audaz e intrépida, exudaba fuerza y poder, mientras que Lonnie siempre se había sentido tímida y fácil de influenciar. Sus emociones eran fáciles de ver. Sin embargo, se sentía tan conectada con la chica de fuego. Una comprensión tácita entre ellas. Quería protegerla a ella y al diminuto bulto bajo la sudadera con capucha de Summer, con todas sus fuerzas.

El corazón de Lonnie se hinchó de calidez al recordar las muchas veces que había escuchado el suave palpitar del diminuto corazón bajo su estetoscopio. Cada latido una nota delicada que llenaba sus oídos y le dibujaba una sonrisa en el rostro. Se sentía privilegiada de poder presenciar y compartir este momento con Summer, viendo cómo los ojos de la chica se abrían de par en par con asombro y maravilla ante el milagro de la vida que crecía dentro de ella. Era una alegría simple, pero que tocaba a Lonnie en lo más profundo de su alma. Sabía quién era Summer debajo de su duro caparazón. La conocía, y la iba a proteger a toda costa.

Chris y Kai iban a tener que espabilar y empezar a tratar a Summer como familia. O vérselas con Lonnie.

Pensó en Chris, y en sus cálidos labios hormigueando sobre los de ella, su interior iluminándose después de una larga oscuridad. Y pensó en Kai, su única familia restante, y en cuánto lo amaba con todas sus idiosincrasias. Sus pasiones, su profunda tristeza y la rabia que no lo dejaba ir. Sin embargo, era un hombre compasivo lleno de bondad para aquellos a quienes amaba. Iba a tener que liberarse de la carga de la oscuridad dentro de él.

Fue Kai quien imaginó Hayden, y ahora ahí estaba. Vivo, y él andaba por ahí enfurruñado como un niñato porque la gente de la comunidad de Hayden no era quien él había imaginado.

—Sabes, Kai, te estás comportando de una manera bastante estrecha de miras y, me atrevería a decir, sentenciosa —soltó Lonnie, harta.

Tanto Chris como Kai la miraron, sus expresiones contraídas por la sorpresa y el disgusto. Kai se levantó de un salto de su asiento, casi haciendo volar su plato de espagueti a medio comer. Ella le sostuvo la mirada, sus ojos taladrándolo con decepción.

Lentamente, se dejó caer de nuevo en su asiento, su rostro ahora teñido de vergüenza. Chris se paró a su lado. Sus propias reacciones reflejaban las de Kai. Lonnie extendió la mano y le tocó el brazo antes de volverse para mirar a su hermano.

Chris se sentó de nuevo, y ella se acomodó a su lado. La mano de él se deslizó bajo la mesa de pícnic y le apretó la rodilla, dándole fuerza y provocando una sensación de torsión y giro en su pelvis. Una sensación que hacía mucho creía desaparecida.

—Crecimos con dos padres amorosos que harían cualquier cosa por nosotros. Sí, perdimos a nuestra madre, pero fue por una enfermedad, no porque nos abandonara. Luchó con cada aliento de su vida para quedarse con nosotros —Lonnie contuvo las lágrimas que amenazaban con caer, respirando hondo para abrir la opresión que se formaba en su garganta—. Nuestro padre fue un buen hombre, un padre maravilloso. Te enseñó las mismas habilidades que nos mantienen a todos vivos —se volvió hacia Chris—. Me has contado muchas historias sobre cómo tu padre hizo lo mismo por ti

mientras crecías. Cómo pasabas cada momento libre de tu infancia con él en la naturaleza, aprendiendo a vivir de la tierra. Igual que nuestro padre hizo con nosotros.

Chris asintió. La presencia de su padre era más fuerte que nunca con él desde que llegó a Hayden. Le había confesado a Lonnie que, más que nunca, se sentía como él mismo. Como en aquellos momentos con su padre mientras crecía.

—Summer no ha tenido nada de eso. Ni madre, ni padre. Nadie que le enseñara nada más que lo fácil que es deshacerse de un niño —hizo una pausa, apretando los labios, imaginando a Summer como una niña pequeña, sola, sin nadie que la protegiera y cuidara. Cerró los ojos, tratando de perdonar a un mundo que se llevaba a los niños demasiado pronto y desechaba a otros como juguetes defectuosos.

—Somos Hayden —abrió los ojos y miró a su hermano. Los dedos de Chris le agarraban la rodilla, enviando poder a través de su cuerpo.

—No puedes elegir a quién le abren las puertas de Hayden. Así no funciona. Has dicho desde el momento en que creaste este lugar que la gente que lo necesitara vendría, y han venido. El mundo que imaginaste está aquí. Los necesitados han llegado —su rostro se suavizó al ver la lucha en la cara de su hermano. Le dolía el corazón por él. Lo amaba tanto y deseaba poder lavar el dolor que yacía estancado y aceitoso dentro de él. Quitárselo y permitirle vivir de nuevo.

—Acepté venir aquí porque creía en tu visión, en tu sueño. Creía en ti.

Extendió su mano hacia Kai, quien colocó la suya, mucho más grande, en la de ella.

La voz de Kai se redujo a un susurro, apenas audible, pero ella captó cada palabra.

—Tienes razón, como siempre.

Con un toque suave, le estrechó la mano con las suyas, sintiendo el calor reconfortante extenderse por sus palmas. El firme agarre de Chris, todavía en su rodilla, la ancló. Cerró los ojos y dejó que la

presencia de ellos la invadiera, estos dos hombres que eran suyos, dándole fuerza y mucho más.

Quizás podrían empezar de nuevo, dejando atrás sus viejas vidas y agravios. Kai y Lonnie unidos en su pérdida compartida, mientras Chris intentaba superar su pasado problemático y sus conexiones con los De Cree. Empezar de cero en un mundo donde empezar de nuevo parecía imposible. Este nuevo mundo que los obligó a reevaluar quiénes eran y cómo enfrentarían la supervivencia en lo que quedaba del mundo viviente; un mundo que todos tenían que navegar y en el que existir.

—Summer debería aprender a pescar —dijo Lonnie, sin moverse—. Deberías llevarla contigo la próxima vez, enseñarle a cazar y pescar, a limpiar la presa, a cocinarla a solas en el bosque. Enséñale a vivir de la tierra. Está ávida de conocimiento y es una superviviente. Tú puedes enseñarle esto —Lonnie miró a Chris—. Ambos deberían, como sus padres les enseñaron a cada uno de ustedes.

Kai levantó la vista y asintió.

—Lo haré —dijo sin dudar.

—Enséñale todo, Kai. Como lo haría un tío.

Él levantó la vista con un destello de desafío en sus ojos, pero permaneció en silencio, asintiendo en señal de acuerdo.

CAPÍTULO 32

YASMEEN

A YASMEEN SE LE CONTRAJO el estómago con inquietud, el corazón le latía con fuerza en el pecho mientras observaba a Leah salir de los densos arbustos que rodeaban el complejo De Cree. Las mejillas hundidas de Leah se alzaron con una expresión de puro asombro, sus ojos abiertos y sin parpadear mientras contemplaba la vista ante ella. Una estructura perfecta y prístina, que se erguía alta e imponente contra el telón de fondo del bosque circundante. Cada detalle del edificio parecía irradiar un aire de lujo y poder.

Sí, el edificio era impresionante, con su fachada brillante que resplandecía bajo el sol. El césped inmaculado era de un verde casi cegador. Todo alrededor de Leah contrastaba con la pobreza que se aferraba a ella, convirtiéndola en un adefesio en ese lugar de perfección orquestada que era el complejo De Cree.

La mirada de Leah se apartó de la estructura, bordeada por la belleza de la naturaleza, y se posó en Yasmeen.

Estaba de pie, con los pies separados, una sonrisa burlona jugueteando en sus labios, regodeándose ante Leah como si no fuera más que un insecto patético. Pequeña e insignificante. Con las manos en las caderas, la expresión burlona de Yasmeen lo decía todo.

Soltó un bufido.

—Vaya, vaya, mira lo que trajo el viento. —Recorrió con la mirada la ropa desaliñada de Leah mientras se alisaba sus capris blancos. Sus manos, por un momento, se posaron sobre su vientre aún plano. Se veía deslumbrante y lo sabía. Yasmeen no había pasado meses escondida en la naturaleza, haciendo quién sabe qué para sobrevivir. Estaba a sus anchas, la mar de segura, disfrutando de la gloria de los De Cree. Claro, no era una «verdadera creyente» en la causa de Malcolm. El tipo le daba escalofríos a Yasmeen. Pero ahora era la mujer de Ben y estaba embarazada de su descendencia de «sangre pura». Esto la convertía, prácticamente, en una reina en los De Cree.

Su rostro, brillante y dorado, se iluminó con una sonrisa febril. No había manera de que pudiera resistirlo. Irradiaba felicidad. Tenía todo lo que quería, y se notaba. Resplandecía desde lo más profundo de su ser.

—Necesito ver a Ben Hollen —suplicó Leah, con los ojos moviéndose de un lado a otro, cautelosa de su entorno. Volvió a mirar a Yasmeen, sin interesarse en la hostilidad que ella expresaba. Por un momento, Yasmeen se sintió desconcertada; sus hombros se relajaron un poco.

¿Qué demonios?

Se había acostado con el esposo de esa mujer y, sin embargo, Leah estaba ahí, con los ojos moviéndose aterrorizada, como si ni siquiera supiera quién era Yasmeen.

Recomponiéndose, echó hacia atrás sus rizos oscuros y sueltos con una sonrisa burlona. —Ben no quiere verte —declaró, con una autoridad que no tenía—. ¿Comprendía Leah el riesgo que corría al estar aquí? ¿Lo peligroso que era? Si Malcolm se enteraba, le daría un ataque. La tenía entre ceja y ceja, especialmente después de lo que le pasó a Malik.

Los labios de Yasmeen se curvaron en una mueca de desdén al pensar en el hermano de Malcolm. Se sentía aliviada de que estuviera muerto; un problema menos, como dicen. Se alegraba por su pobre esposa, esa sombra de mujer. Estaría libre de las cadenas de su marido abusivo. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Sarah. Una amiga de Tabitha de la universidad.

Yasmeen no pudo evitar una risita al pensar que Tabitha alguna vez tuvo amigos. «Amigos» era un término generoso para la gente que toleraba la compañía de esa mujer y, por lo que Yasmeen podía ver, ya no eran amigos.

Mirando a Leah, Yasmeen negó con la cabeza. La mujer parecía agotada y a punto de desplomarse. Era inimaginable para ella pensar en Leah como alguien que pudiera degollar a Malik. No mostraba ni una sola señal de fuerza. La sola idea era absurda.

Pensar en la Purga borró todos los pensamientos de Yasmeen. Toda esa gente, todos los niños. Su mano, ya poseída por un instinto maternal, revoloteó hacia su vientre. Tomó una profunda bocanada de realidad, mirando a Leah con nuevos ojos.

Leah parecía aterrorizada y al borde de la histeria. ¿Qué había tenido que pasar todos esos meses para salvar a su hijo?

El hijo de Ben.

En ese momento, Yasmeen entendió los sentimientos de Leah. Haría cualquier cosa para proteger al pequeño frijolito que crecía en su vientre. Un «sangre pura» a los ojos de Malcolm. El futuro líder de los De Cree.

Su corazón se aceleró. La idea de que su hijo se convirtiera en el futuro líder de los De Cree no le sentaba nada bien. Detestaba a Malcolm y veía al monstruo que era bajo la fachada. El asesino de miles. Pero no era tonta. Si quería vivir, que su bebé viviera, tenía que seguir fingiendo que era una fiel hermana de los De Cree. Además, amaba a Ben más que a nada, y donde él estuviera, estaría ella. Si él quería que su hijo fuera el sucesor de Malcolm, que así fuera. Ella sería una madre digna.

—Escucha —dijo Yasmeen, suavizándose, al darse cuenta de que ella y Leah no eran tan diferentes. Solo eligieron lados opuestos de la guerra—. Hazte un favor y esfúmate. Si alguien te ve por aquí,

más vale que te despidas de tu hijito —dijo Yasmeen, mirando a su alrededor para ver si Tabitha, la guardia siempre vigilante, andaba cerca.

Tabitha molestaba a Yasmeen casi tanto como Malcolm. La forma en que la adulaba después de ser bautizada en los De Cree le daba escalofríos. Tan pronto como Tabitha descubrió el embarazo, se aferró a Yasmeen, rondando como un buitre. Quería gritarle a la esposa de Malcolm y decirle que dejara de acechar en los umbrales, siempre observando y esperando a su alrededor como un ave de rapiña desesperada.

La voz de Leah temblaba mientras suplicaba, sus manos se retorcían en un torbellino de energía nerviosa. Se pasó los dedos por su cabello enmarañado, con los ojos desorbitados por la desesperación. Yasmeen podía sentir la tensión que irradiaba de Leah, suspendida, densa y viva en el aire.

—Necesito ver a Ben —rogó—. Tiene que salvar a nuestro hijo.

Miedo. Un terror abrumador. Su intensidad ahogó a Yasmeen.

Su pose de confianza se desvaneció al enfrentarse a Leah, su expresión ahora seria. Estaban cara a cara. Madre a madre. El dolor en los ojos de Leah atravesó a Yasmeen como cuchillas afiladas.

—Ben no puede ayudar a tu hijo.

Las lágrimas corrían por el rostro de Leah, su voz se quebraba.

—Es solo un niño pequeño —dijo, juntando las manos frente a ella como si estuviera rezando—. Por favor… te lo ruego. Ben tiene que ayudarlo. Adam es su hijo. —Sollozó mientras el sol desaparecía tras nubes espesas y ominosas, proyectando una sombra sobre el cielo que antes era azul.

—Es un mestizo —dijo Yasmeen. Sus palabras sonaron tontas incluso para ella. Estos términos pertenecían a Malcolm, no a ella, y se sintió estúpida al usarlos. Suspiró. Le gustara o no, no tenía más opción que pronunciarlos. Malcolm era la ley, y también lo eran sus palabras—. Ignoraste la advertencia de Ben, y ahora el destino del niño está en manos de Malcolm.

Un escalofrío de miedo le recorrió la espalda mientras enderezaba la postura. ¿Qué estaba haciendo? Estar aquí hablando con Leah y no entregarla a los De Cree era suicida, incluso para Yasmeen.

Malcolm quería sangre por el asesinato de su hermano. Le costaba entender la idea de que Leah fuera capaz de matar a Malik, pero la convicción de Malcolm era suficiente para hacerla consciente del peligro.

—Tienes que irte ahora —susurró en un tono urgente—. Es demasiado tarde para recibir ayuda.

—¡No! —exigió Leah—. Sé que Ben no le dará la espalda a Adam. —Sus palabras sonaban fuertes, pero Yasmeen pudo oír la vacilación detrás de ellas. ¿Acaso Ben había mostrado alguna vez preocupación por Adam antes? Pensó en cuántas veces había mencionado a su hijo. Nunca, jamás, a menos que Malcolm sacara su nombre a colación. Pero esto era diferente. Se trataba de la vida de Adam. No abandonaría a su hijo, ¿o sí? Su mano quiso presionar su vientre de nuevo, pero se detuvo, pensando en el bebé que crecía dentro de ella.

Su hijo con Ben.

—Mira, te digo, Leah, que no lo hará.

Una extraña expresión cruzó el rostro de Leah, como si escuchar su nombre de la boca de Yasmeen la dejara en un estado de conmoción y sorpresa.

—No, eso no es posible. —Lágrimas brotaron en los ojos de Leah mientras negaba con la cabeza, tratando de contenerlas.

—Sí, lo es. Ningún niño que no sea sangre pura puede… —Yasmeen hizo una pausa. Decir lo obvio era inútil. Leah lo sabía—. Tú no eres parte de los De Cree. Insultaste a Malcolm y lo hiciste ver débil frente a su gente. Peor aún, él cree que mataste a su hermano. Ahora está furioso y necesita dar un ejemplo contigo.

—¿Qué? ¿Su hermano? —Un gemido escapó de los labios de Leah, y se giró a medias para irse, pero cambió de opinión y se volvió hacia Yasmeen.

—¡Adam no es ningún mestizo! —dijo con los dientes apretados, apuntando con un dedo tembloroso a la sorprendida Yasmeen. Se veían partículas de suciedad pegadas a las uñas rotas de Leah—. Y no he matado a nadie, nunca. Ni siquiera sé de quién estás hablando.

La visión de Leah allí, cubierta de tierra y hirviendo de rabia, activó algo dentro de Yasmeen. Ben le había advertido a Leah sobre las consecuencias, pero ella lo ignoró. Si Leah hubiera escuchado, su hijo estaría protegido.

—Adam es el hijo de Ben. Debe ayudarlo —bramó Leah una vez más.

—¡Voy a tener un hijo de Ben! —soltó Yasmeen, sorprendiéndose a sí misma.

Sobresaltada, Leah retrocedió.

Al ver la confusión en el rostro de Leah, Yasmeen no pudo evitar sentir una pizca de satisfacción.

—Bueno, no sé si es un niño —balbuceó Yasmeen, tratando de recomponerse—. Pero sí, Ben y yo estamos esperando un bebé —repitió, con un tono cargado de petulancia—. Este niño es un sangre pura.

—¿No entiendo? —Leah retrocedió, sus ojos escudriñando el ondulante césped verde que se destacaba, exuberante, detrás de Yasmeen—. ¿Eso no tiene sentido? —La comprensión se extendió por el rostro de Leah—. Tú eres ella. La mujer en mi cama.

—¿Qué? —respondió Yasmeen, sintiéndose un poco desconcertada —. ¿Estaba bromeando? ¿Acababa de darse cuenta de quién era Yasmeen? Tenía que estar bromeando—. ¿Qué es lo que no entiendes? Ben siguió adelante sin ti. Vamos a formar nuestra propia familia aquí con los De Cree —dijo Yasmeen, agitando la mano hacia el complejo como una presentadora de concursos mostrando autos nuevos.

Los ojos de Leah tenían una expresión de compasión. Esto solo avivó la ira de Yasmeen. No podía creer que Leah, parada allí con ropas hechas jirones suplicando la ayuda de Ben, sintiera lástima por ella.

—Eso no es posible… simplemente no lo es —la voz de Leah era lenta, como si le estuviera explicando los hechos a una niña reprendida.

—Pues sí es posible. —Yasmeen se cruzó de brazos sobre su pecho hinchado, sin disfrutar en absoluto de cómo se estaba desarrollando

esta conversación—. Tengo casi tres meses. No eres la única capaz de tener un hijo de Ben.

La frente de Leah se arrugó en confusión, como si estuviera recordando algo. Algo que Yasmeen no sabía. Su corazón comenzó a acelerarse y sintió una necesidad abrumadora de huir.

—¿Cómo es posible si Ben se hizo una vasectomía un año después de que Adam naciera? —Leah hizo una pausa y tragó—. Fue después de que tuve un susto de embarazo. Ben estaba furioso y enloquecía pensando que había intentado engañarlo.

Yasmeen se quedó plantada en el suelo, su cuerpo se volvió frío.

—Recuerdo lo miserable que estaba después del procedimiento. Se sentó con una bolsa de arvejas congeladas entre las piernas durante más de una semana, quejándose todo el tiempo, de la maldita suerte que tuve de no estar embarazada. Después, empezó a hacerse pruebas de esperma, diciendo que ninguna mujer volvería a engañarlo.

Leah miró a Yasmeen con empatía, lo que la enfureció. —Conozco a Ben, no pasó por todo eso solo para hacerse una reversión más tarde. Desafortunadamente, Ben no puede ser el padre. Es imposible.

Una nube oscura descendió sobre el cuerpo de Yasmeen. La sangre se le escurrió hasta los dedos de los pies, sin dejar sensación alguna, solo frío y muerte.

¿Vasectomía?

Ben nunca le dijo que se había hecho una vasectomía. Ni siquiera se inmutó cuando ella le reveló que estaba embarazada. Algo no estaba bien. Algo estaba muy mal. Con un veneno que no sabía que poseía, Yasmeen se volvió hacia Leah.

—¡Lárgate de aquí. Ahora! —Su voz cortó el aire como una cuchilla afilada, su dedo apuntando a Leah, que temblaba frente a ella—. Llamaré a los soldados De Cree si no te vas ahora mismo. —Los ojos de Leah se llenaron de lágrimas mientras Yasmeen continuaba reprendiéndola—. ¿Cómo te atreves? ¿Quién te crees que eres para cuestionarme? Solo estás enojada porque mi hijo vivirá, y el tuyo solo está esperando su hora hasta que Malcolm lo encuentre.

Incapaz de soportar la vista de la frágil figura y las ropas hechas jirones de Leah, Yasmeen se dio la vuelta y se marchó furiosa. Las palabras de Leah resonando detrás de ella.

Leah no sabía de qué demonios estaba hablando. Por supuesto que Ben era el padre de su bebé.

No había nadie más.

Necesitaba ver a Ben, y necesitaba verlo ahora.

CAPÍTULO 33

Summer

SE SENTÍA BIEN PERTENECER a un lugar. Ser parte de algo. Summer había estado sola demasiado tiempo y había visto demasiado. Bajó la mirada a su vientre protuberante, un recordatorio de Josh y la vida que habían creado juntos. Parecía tan lejano, surrealista. Casi como si nunca hubiera sucedido. Por un breve instante, amó a un chico que la amó de vuelta, solo para que terminara igual de repentinamente. Como si nunca hubiera sucedido. Pero *sucedió*. Su creciente vientre lo demostraba.

Contuvo las lágrimas mientras seguía a Lonnie, recogiendo lo último que quedaba en el huerto. Era enorme, capaz de abastecer de comida a los vagabundos cada vez más numerosos que encontraban su camino a Hayden. Sus números estaban creciendo, para gran deleite de Lonnie.

La opinión de Lonnie era la opuesta a la suya. Summer creía que necesitaban mantener su paradero en secreto y evitar cualquier

chusma indeseada. Kai compartía su punto de vista, al igual que la forma en que la frente de Chris se arrugaba de preocupación cada vez que otro hombre fornido entraba en Hayden. Él también lo compartía. Cada nueva persona era un peligro potencial para su pacífica comunidad.

¿Acaso Lonnie estaba ciega a la realidad de la situación? ¿Ignoraba por completo lo que estaba sucediendo afuera, en el páramo más allá del denso bosque? ¿Inconsciente de los horrores que acechaban justo más allá de su «refugio» seguro? ¿No entendía que esto era una cuestión de supervivencia, y que los tiempos desesperados podían llevar a la gente a cometer actos que nunca creyeron posibles?

¿Como matar a un hombre?

Summer cerró los ojos, intentando borrar la imagen del soldado, desnudo con los pantalones bajos y la garganta cortada. Era él o ella y, más importante, lo único que quedaba de Josh. El bebé de ambos.

Con dedos suaves, trazó la curva de su abdomen hinchado, imaginando una versión diminuta de Josh chapoteando en el tibio líquido amniótico. Como si fuera una señal, un piececito presionó de vuelta, creando una colina bajo su piel. Aplanó la mano sobre su estómago mientras el bebé pateaba y giraba, comunicándose ya.

Así es, mi bebé. Lo hice por nosotros. No había otra opción.

Se irguió, con las manos en las caderas, tratando de estirar la espalda mientras movía los hombros para parecer más grande. Había un brillo resuelto en su mirada mientras intentaba aliviar la tensión que se aferraba a sus hombros como un peso muerto. El saber lo que había hecho ya no se sentía abstracto. En cambio, se hundía profundamente en cada fibra de su ser. Podía poner todas las excusas que quisiera. Aun así, había quitado una vida.

—Oh, mira esa hermosa panza —la voz de Lonnie irrumpió en los oscuros pensamientos de Summer. Le dedicó una cálida sonrisa a la mujer; sus reservas iniciales se habían desvanecido hacía mucho. No podía evitar que Lonnie le cayera bien. Se había formado un vínculo entre ellas, uno que ni siquiera los desacuerdos podían romper, y vaya que no estaban de acuerdo en muchas cosas. Era una

sensación extraña e inesperada tener a alguien que la entendía y la aceptaba.

Con sus virtudes y defectos.

Lonnie, el ángel, saliendo del huerto, salvándolas tanto a ella como a Meggie Mugs. Llevándolas a un lugar seguro donde no estarían solas. Además, era partera. Ahora el bebé que él había querido tener nacería en manos de alguien que sabía de verdad cómo traer bebés al mundo.

Era el destino. El espíritu de Josh guio a Summer hasta Lonnie y Hayden. Él desafió a la muerte para protegerlos. Ella lo sabía. Y ahora estaban aquí.

Ellos.

A Summer le sorprendió lo rápido que la pequeña vida dentro de ella se había vuelto parte de sí. Ya no era una, sino dos. Cuando pensaba en el futuro, eran ella, el bebé y, por supuesto, Meggie Mugs. No podía olvidar a la bolita de pelo de los Murray, que se había convertido en su sombra peluda, con la cola moviéndose de un lado a otro mientras trotaba junto a Summer.

Últimamente, la pequeña traidora pasaba más tiempo con Lonnie. Dividiendo su tiempo entre las dos.

En los pocos meses que Summer y Meggie Mugs llevaban en Hayden, la perra se había vuelto tanto de Lonnie como de Summer.

A ella no le importaba. Siempre estaba ocupada con el entrenamiento y aprendiendo habilidades de supervivencia. Era bueno que Meggie Mugs tuviera a alguien más a quien seguir.

Sonriéndole con picardía a Lonnie, Summer se alisó el suéter, uno de Josh, sobre su creciente estómago.

—No está nada mal esta panza de Buda, si me permites la opinión.

—Para nada, mi pequeña guerrera —rio Lonnie, volviendo a sus quehaceres—. ¿Has pensado en nombres para el frijolito?

Summer se sonrojó. Le encantaba cómo Lonnie se refería a ella como «Pequeña Guerrera». La hacía sentir fuerte y digna de su lugar en Hayden. Podría estar embarazada, pero no era ninguna floja y lo demostraba una y otra vez cuando entrenaba y salía a explorar con Kai y Chris. Algo que hacían todo el tiempo ahora, desde el pleito en la infame cena de espagueti.

Chris y Kai le estaban enseñando a Summer todo lo que sabían sobre sobrevivir en el bosque. Le mostraron cómo encender un fuego con pedernal y yesca, cómo cazar y descuartizar la carne, preparándola para su uso futuro. Summer observaba a regañadientes, con los brazos cruzados sobre el pecho. No podía creer que estuviera atrapada en el bosque con este par de idiotas, enseñándole habilidades de supervivencia. Pero los recuerdos de los momentos aterradores en que ella y Meggie Mugs estuvieron perdidas y solas atormentaban sus pensamientos. El soldado. Siempre el soldado. El olor de su sangre brotando de su garganta se enconaba, como un absceso, en la nariz de Summer.

Poco a poco, comenzó a apreciar sus conocimientos y experiencia. El huerto donde se encontraba era un santuario en comparación con los peligros que enfrentó antes de conocer a Lonnie.

Así que Summer se aguantó y los acompañó, absorbiendo cada pizca de conocimiento que le enseñaban.

Para su sorpresa, le encantó. Para sorpresa de Chris y Kai, se le dio de maravilla.

Esbozó una pequeña sonrisa pícara, pensando en cómo esas salidas lo habían cambiado todo. Casi podía tolerar estar cerca de Kai, e incluso de Chris. Casi.

—Sí, voy a llamarlo Joshua —dijo Summer, henchida de orgullo.

Lonnie se agachó para inspeccionar un grupo de repollos.

—Oh, qué buen nombre, con fuerza —su voz se elevó por encima de las verduras.

Summer echó un vistazo a los árboles, inclinando la cabeza hacia atrás, dejando que la luz del sol se filtrara a través de las hojas y le diera en la cara. Inspiró el aroma fresco y terroso del bosque y sintió una suave brisa juguetear con su cabello. El frescor rozó su piel, trayendo un alivio refrescante.

—Todavía no he decidido un segundo nombre. Quizás Robert como su padre… —se detuvo. Era la primera vez que hablaba de Josh en voz alta. Lonnie no se movió.

El aire se tornó pesado por el silencio, haciendo que Summer se sintiera incómoda y abrumada.

—¿Qué le pasó?

Summer hizo una pausa, sin querer responder. Las palabras *NADA*, listas para rasgar la burbuja de aire que flotaba entre ellas, rompiendo el silencio. Pero se detuvo. Los actos de bondad de Lonnie eran un escudo, ofrecido libremente y sin expectativas. Summer era una extraña de la que Lonnie no sabía nada. No sabía de lo que Summer era capaz. Sin embargo, Lonnie y Kai le habían dado un remolque para ella sola, un hogar que era suyo. En lugar de simplemente arrojarla a un lugar temporal, la acogieron como a una de los suyos. Confiando sin preguntas ni expectativas.

Ese primer día, cuando Summer reveló que estaba embarazada, Lonnie comenzó de inmediato los cuidados prenatales, estimando cuán avanzado estaba el embarazo y qué tan bien crecía el bebé. Cuidando de ella y del embarazo con compasión. Algo a lo que Summer no estaba acostumbrada ni con lo que se sentía completamente cómoda. Pero se estaba ablandando. Abriéndose a ese abrazo reconfortante.

Le encantaba estar en Hayden.

Le encantaba estar rodeada de la belleza de la naturaleza. A ella, Summer Raine Reidar, la chica de la calle. Le encantaba abrir los ojos con el suave piar de los carboneros afuera mientras se estiraba, sintiendo los cálidos rayos del sol matutino colarse por las cortinas de su dormitorio. *Su* dormitorio de *su* pequeña casa. Respiraba hondo e inhalaba el fresco aroma a pino del bosque cercano. Su casita enclavada en el bosque era el primer lugar en el que se había sentido bien. Le sentaba bien. Le hizo pensar que quizás no era una rata callejera después de todo. Quizás era algo diferente, algo más.

A Summer le encantaba pescar con Kai y Chris mientras se sentaban uno frente al otro en el pequeño bote de aluminio, con sus cañas de pescar colgando sobre el borde. Los árboles caían lánguidamente en la quietud. Sobre ellos, un lienzo azul brillante de cielo se extendía sin fin. Se turnaban para lanzar sus sedales en la vasta extensión del lago, rodeados por los sonidos pacíficos del agua lamiendo el bote y el llamado de los colimbos. Aquí era donde estaba Dios. Aquí era donde pasaba el rato. No en una iglesia sofocante. Y Lonnie y Kai se lo habían dado, sin esperar nada a cambio.

Suspiró, dejando caer los hombros. Meggie Mugs, siempre bajo sus pies, gimió, levantando las patas delanteras sobre la pierna de Summer como un recordatorio de que ya no estaba sola.

—Está muerto —Summer pronunció las palabras en voz alta por primera vez. Se sintieron como una bofetada en la cara. El escozor fue más allá de la piel. Penetró hasta el centro de su ser—. Murió —dijo, sintiendo el peso de la verdad asentarse sobre ella.

Lonnie se dio la vuelta, sorprendida.

El peso que presionaba el pecho de Summer se movió, aligerándose ligeramente. Sin saber que la presión estaba allí, siempre. La sobresaltó. Este era el peso de todo. El profundo dolor que la consumía y posaba su mano de puño cerrado sobre su corazón, prometiendo nunca, jamás, soltar su agarre. Estaba tan acostumbrada que ni siquiera se daba cuenta de que estaba ahí, pero solo pronunciar la verdad, *está muerto*, obligó al agarre en su corazón a aflojarse, haciéndole recordar que una vez, ese apretado control sobre su corazón no existía. De hecho, crecía y se hinchaba con su amor por su chico patinador, Josh.

—Lo mataron. Los De Cree —sus labios temblaron mientras Lonnie se le acercaba, rodeándola con sus brazos regordetes. Summer respiró hondo por la nariz, queriendo mantener a raya el torrente de emociones. No había esperado que la mujer mayor la abrazara.

Nadie la abrazaba. Bueno, eso no era verdad. Josh sí lo hacía.

A Josh le encantaba rodear con sus brazos su pequeña figura, atrayéndola hacia su pecho. Su cabeza se inclinaba, presionando sus labios contra la coronilla de ella. Su aliento le hacía cosquillas en la oreja mientras susurraba: *Chica Dragón*. Ella se sonrojaba y enterraba la cara en la sudadera de él, sintiendo el latido de su corazón contra su pecho.

—¿Cómo? —Lonnie pasó suavemente sus dedos por el cabello desgreñado de Summer, las raíces ligeramente más claras que las puntas teñidas de negro.

Contra su voluntad, un sonido ahogado, como de esnórquel, salió de la nariz de Summer.

—¿Creerías que iba a abortar? Josh… el papá, no quería que lo hiciera, pero vino conmigo para apoyarme y esperaba poder

convencerme de que no lo hiciera. Estábamos en la sala de espera cuando llegaron los soldados De Cree y empezaron a dispararle a todo el mundo. Josh y yo salimos corriendo del edificio, pero le dispararon por la espalda. Murió en mis brazos.

Las lágrimas caían de los ojos de Summer mientras el dolor y la culpa la abrumaban. Josh todavía estaría vivo si ella no hubiera insistido en el aborto.

Lonnie apartó suavemente a Summer de la calidez de su abrazo. Su rostro era una mezcla de sorpresa e incredulidad.

—¿Estabas en la Clínica de Salud Rayside?

—¿Sí? ¿Por qué?

Lonnie miró hacia el brillante cielo azul y cerró los ojos, susurrando: —Gracias.

Con un toque suave, frotó los brazos de Summer, una expresión de complicidad en su rostro.

—Parece que el universo no nos ha abandonado después de todo —dijo, con los ojos brillando de emoción—. Ha guiado a nuestra pequeña guerrera y a su precioso frijolito justo donde pertenecen.

Las cejas de Summer se fruncieron en confusión, sus labios se separaron mientras intentaba procesar las palabras de Lonnie. Sus costumbres hippies nunca dejaban de sorprenderla. La curiosidad pudo más que ella, y una vez le preguntó a Kai si era algo cultural. Pero él simplemente se rio y respondió: «Es cosa de Lonnie».

—Te vi a ti y a tu Josh en la clínica ese día —dijo Lonnie, con los ojos brillantes de reconocimiento—. Con razón me resultabas familiar. Yo estaba allí cuando sucedió. Cuando tomaron la clínica, te vi a ti y a tu Josh allí. Los De Cree llegaron mientras yo estaba en la clínica. Apenas escapé. Fui una de las afortunadas —se agachó y apretó la mano lánguida de Summer—. Estábamos destinadas a sobrevivir —colocó su otra mano sobre la protuberante pancita de Summer—. Todas nosotras.

Los labios de Summer temblaron, un ligero estremecimiento que delataba la profundidad de su dolor. Los recuerdos de aquel fatídico día en la clínica inundaron su mente, cambiando para siempre todo lo que conocía. Lonnie estuvo allí, la testigo de los últimos momentos de Summer y Josh juntos antes de la agonía de perderlo.

Arrancado del mundo en un instante. Sintió una tristeza abrumadora adicional, sabiendo que Lonnie estuvo allí. Fue real. Sucedió y cada vívido recuerdo cortaba como un cuchillo en su corazón, dejando cicatrices que nunca sanarían por completo.

—¿Y Josh? ¿No se suponía que él también debía sobrevivir?

—Me he hecho esa misma pregunta tantas veces. Tantas veces, pero no nos corresponde saberlo. Todos ignoramos la decisión del Universo sobre quién de nosotros camina de este lado o del otro.

La cabeza de Summer se sacudió, incapaz de contener las lágrimas que caían en cascada por sus mejillas. La presa dentro de su pecho se había roto, liberando todo el dolor que había en su interior, precipitándose hacia afuera, incapaz de ser contenido de nuevo.

—No puedo entrar en razón con un universo que se llevó a la única persona que me amó.

Lonnie cerró los ojos, sus párpados aletearon mientras luchaba por mantener la compostura. Respiró hondo, luchando por contener y dominar la creciente emoción que intentaba escapar desde su interior. Las palabras de Summer resonaban en su corazón.

¡Yo tampoco!, gritó Lonnie en su cabeza, queriendo vociferarlo al cielo. *¡Yo tampoco!*

Pero no lo hizo. No.

El brillo de los rayos del sol la obligó a cerrar los ojos, haciendo que manchas oscuras pulsaran detrás de sus párpados. Imágenes de un chico de largo cabello castaño aparecían y desaparecían, su sonrisa se hacía más grande hasta que estuvo justo frente a ella. Jadeó y abrió los ojos, el nombre del chico un susurro que escapó de sus labios y fue llevado por el viento.

—Cada uno de nosotros tiene un viaje que recorrer. Para algunas personas, su viaje es corto, para otras es largo —Lonnie presionó sus manos contra el vientre de Summer, sus dedos enviando corrientes invisibles de electricidad al bebé que crecía bajo las yemas carnosas. Sonrió al rostro de la joven—. Debemos creer, mi pequeña Guerrera, que el Universo sabe lo que hace, incluso si no lo entendemos —hizo una pausa—. Especialmente cuando no lo entendemos.

Summer apretó los labios con fuerza, exigiéndoles que dejaran de temblar. Colocó sus manos sobre las de Lonnie, sintiendo la corriente que la mujer mayor parecía emanar, hormigueando bajo sus palmas.

Vio tristeza en los orbes marrones de los ojos de Lonnie. Estaba viva, pero no frenética. Tallada dentro del alma de Lonnie, siempre presente pero silenciosa e inmóvil.

La voz de Lonnie estaba cargada con el peso de la experiencia y la pérdida. Summer miró a su alrededor, sintiendo una intensa presencia en el aire. Sintió una calidez reconfortante invadirla, como si alguien hubiera colocado un escudo protector a su alrededor.

De pie en el huerto donde había tenido lugar su fatídico encuentro, podía sentir una presencia que las rodeaba. Era como si los espíritus espeluznantes de Lonnie se estuvieran reuniendo en un halo arremolinado de luz brillante, una fuerza que Summer reconoció como Dios.

Y lo sintió a él.

A Joshua, de pie en el círculo con alguien más, alguien allí para Lonnie.

Él sonreía mientras el hijo de ambos crecía más y más dentro de ella. Podía oírlo, sus labios moviéndose con esa sonrisa torcida que tenía solo para ella. Diciéndole que todo estaba bien.

Se dio la vuelta, mirando a Lonnie. Meggie Mugs miró a su alrededor, el pelo de su lomo meciéndose con el viento. Un pequeño gemido escapó del fondo de su garganta.

—¿Lonnie?

Summer apenas podía hablar, con los ojos llenos de lágrimas, mientras Lonnie asentía, con sus propios ojos anegados en lágrimas.

—¿Los sientes?

Rodeó a Summer con sus brazos, abrazándola de una manera que Summer supo que Lonnie necesitaba tanto como ella. Se abrazaron mientras el viento giraba a su alrededor, el sol abriéndose paso entre los árboles, cayendo en espiral sobre la mujer, la chica y la perra.

Summer miró al cielo, jurando que escuchó a Josh, su voz danzando en el viento y hasta sus oídos.

Estás en casa, Chica Dragón. Por fin estás en casa.

CAPÍTULO 34

YASMEEN

LOS PASOS DE YASMEEN resonaban en el pasillo mientras irrumpía en la habitación que compartía con Ben, decidida a confrontarlo por lo que Leah le había revelado. Pero su ira se desinfló como un globo pinchado cuando lo vio sentado en la mesa del comedor con Malcolm, con las cabezas inclinadas, muy juntos en una conversación. Ambos levantaron la vista sorprendidos por su repentina entrada.

La cálida sonrisa de Malcolm la golpeó como un puñetazo en el estómago, dejándola sin aliento y expuesta.

Su voz tranquila y suave cortó el aire tenso.

—Buenas tardes, Yasmeen.

Podía sentir su interior temblar al oírlo, despreciando la forma en que la miraba con su mirada penetrante. Era hambrienta y anhelante, haciéndola sentir vulnerable en su presencia. Se movió,

incómoda, tratando de mantener una fachada de compostura mientras él la saludaba con esas tres sencillas palabras.

Su voz salió en un susurro tembloroso. —Malcolm.

No se atrevía a mirarlo; sus ojos estaban fijos en el suelo.

—Ben, necesito hablar contigo. A solas. —Jugueteaba con el dobladillo de su blusa, incapaz de cruzar la mirada con ninguno de los dos hombres sentados ante ella.

—Lo que tengas que decir, puedes decirlo delante de nuestro intrépido líder —dijo Ben en un tono que transmitía claramente su molestia hacia ella.

Los ojos de Yasmeen se alzaron de golpe, en shock, mientras luchaba por procesar lo que estaba oyendo. Se quedó de pie, con la boca completamente abierta por la incredulidad.

—Ben… es importante. —Reprimió el quejido que asomaba en su voz. Sus dedos se retorcían nerviosamente, de forma muy parecida a como los dedos de Leah se retorcían apenas unos momentos antes afuera del complejo, cuando Yasmeen se paró con aire de suficiencia, con una mano en la cadera, frente a ella.

Ben permaneció inmóvil, mirando a Yasmeen sin ceder en su declaración inicial.

Una amplia sonrisa, como la del gato de Cheshire, se dibujó en los labios de Malcolm. Su barbilla desapareció, dejando solo su profundo hoyuelo.

—Yasmeen, todos somos una familia en el De Cree. Lo que a usted le molesta, nos molestará a todos. No tenemos secretos. Somos uno. —Malcolm pronunció sus palabras, intentando hipnotizarla. Ella no podía soportarlo. La hipocresía era demasiada.

—Ah, ¿en serio? —dijo con valentía. Colocó las manos con firmeza en su cintura que lentamente desaparecía—. Qué curioso, porque a mí me están ocultando secretos.

La bien cuidada ceja de Malcolm se arqueó, sorprendido, y Yasmeen no pudo evitar notar cómo los ojos de él y de Ben se cruzaban en una mirada cómplice.

—¿De qué demonios hablas? —La voz suave y profunda de Ben interrumpió las palabras de Yasmeen, deteniéndola en seco. El ligero temblor en su tono insinuaba una verdad que ella no quería oír.

Él se negó a mirarla a los ojos, y un pavor invadió a Yasmeen. Las palabras de Leah resonaban en su mente.

Vasectomía

La atmósfera cambió de repente; la tensión flotaba como una densa niebla. Estudió las expresiones en los rostros ante ella, captando la forma en que los ojos de Malcolm se movían, brillantes, entre ellos dos. Sonreía con aire afectado, casi jubiloso. Ambos evitaban mirarla, haciéndola sentir como una extraña en sus propias habitaciones. Su mente se aceleró con preguntas. ¿Qué secretos le estaban ocultando? ¿Qué estaba pasando y en qué se había metido?

—Ben, preferiría hablar de esto contigo en privado —dijo, empezando a sentirse como una tonta. La genuina sorpresa de Leah al oír que Yasmeen estaba embarazada la desconcertó. La esposa de Ben no parecía en absoluto amargada o celosa. Su reacción fue de shock. Estupefacta al saber que Yasmeen creía estar embarazada del bebé de Ben. La noticia era increíble. Imposible.

—Ben, ¿te hiciste una vasectomía? —soltó mientras las palabras de Leah se repetían en su cabeza.

Los ojos de él se abrieron de par en par y su boca se abrió por la sorpresa. Dejando escapar un suspiro de alivio, Malcolm le dio una palmada en la espalda a Ben y se levantó, estirando los brazos hacia Yasmeen con esa maldita sonrisa de gato loco. Ella retrocedió, dando un paso atrás, con el rostro contraído por el asco.

El momento quedó suspendido en el aire mientras él hablaba, su voz baja y segura. Había detenido su lento y deliberado avance y ahora esperaba con una paciencia inquebrantable.

—Es hora de que sepa la verdad, hermana. —Hizo una pausa, esperando que ella comprendiera lo que estaba a punto de revelarse ante ellos.

Conteniendo la respiración, Yasmeen lo miró, temiendo lo que se avecinaba.

—¿Qué verdad? —Su voz no era la suya, sino pequeña, chillona, apenas por encima de un susurro. Podía sentir su corazón latiendo con fuerza en su pecho, su ritmo más fuerte que el sonido de su propia voz, ahogando todos los demás ruidos de la habitación. El sudor le resbalaba por las palmas de las manos mientras luchaba por

mantener la compostura, dejando al descubierto lo aterrorizada que estaba.

—Vaya, querida, ¿no lo ha adivinado? —dijo Malcolm con una sonrisa socarrona, sus ojos claros desplazándose hacia el estómago de Yasmeen. Ben no pudo contener un bufido mientras se apoyaba en la pared, sonriendo con aire de suficiencia. El corazón de ella se hundió al seguir la mirada fija de Malcolm, dándose cuenta de lo que estaba insinuando.

Palideció y giró bruscamente la cabeza en dirección a Ben, solo para encontrarlo devolviéndole una mirada escalofriante.

—¿Adivinar qué? Ben, ¿de qué está hablando? —Yasmeen se acercó a él a tropezones, evitando a propósito cualquier contacto con Malcolm. Se arrodilló frente a Ben, sus manos temblando mientras le suplicaba. Ben permaneció estoico, sus fríos ojos mostrando un atisbo de asco mientras la miraba desde arriba.

—¿Crees que habría dejado que te embarazaras con un hijo mío? —dijo Ben, su voz fría—. ¿Honestamente crees que dejaría que otra perra me engañara?

—Ben… ¿de qué hablas? Me estás asustando… —Yasmeen rodeó las piernas de él con sus brazos, hundiendo la cabeza en ellas. Inhaló su aroma persistente impregnado en sus pantalones. Todo esto se estaba convirtiendo en una pesadilla. Hacía solo unas horas, estaba loca de felicidad. Ahora veía su mundo desmoronarse, impotente para detenerlo. Y mucho menos para creerlo.

Ben se apartó bruscamente de la pared, derribando a Yasmeen al suelo. Derrotada, ella lo miró desde abajo, su rostro transmitiendo dolor y traición.

—Ya es suficiente. —La voz de Malcolm retumbó con furia. Ben se estremeció al oírlo y retrocedió, con la cabeza inclinada en señal de sumisión, como un perro adiestrado que obedece a su amo. Malcolm se acercó a Yasmeen, con las manos extendidas suplicando perdón. Pero ella negó con la cabeza, con lágrimas rodando por su rostro mientras se alejaba de él.

—¿Cómo? ¿El bebé? —sollozó, abrumada por la incredulidad. Se llevó la mano a su boca temblorosa, incapaz de hablar.

—Sí, el niño. —Malcolm sonrió—. El futuro del De Cree. —Inclinó la cabeza hacia la mujer abatida y desmoronada en el suelo—. Este es el más alto honor que hemos seleccionado para usted, mi querida.

Yasmeen parecía desconcertada, su expresión se contrajo mientras luchaba por hablar. Sacudió la cabeza en desacuerdo, sus rizos oscuros cayendo a su alrededor como una cortina protectora.

—Muchas hermanas habrían abrazado la oportunidad que usted ha recibido. —Malcolm extendió los brazos por encima de su cabeza como una especie de profeta retorcido.

—Un vientre yace vacío. El otro yace lleno.

Volvió a mirar a Yasmeen, destrozada en el suelo. Con una oleada de terror, ella levantó la cabeza para encontrarse con la mirada de Malcolm. En un estado de pánico, se meció hacia adelante y hacia atrás, cubriéndose los oídos, pronunciando «No» de forma rápida y repetitiva.

—El niño del futuro crece en usted, Yasmeen. La he elegido para que lleve a mi hijo para Tabitha y para mí. —Los ojos de Malcolm brillaban de emoción. Su postura se erguía, más alta y segura con cada palabra, que quedaba suspendida en el aire, pesada de anticipación y esperanza.

—No entiendo. —La voz de Yasmeen sonaba frágil mientras hablaba. La incipiente comprensión la debilitó. ¿Era esto real? ¿Una especie de broma macabra? Sintió que había entrado en una especie de realidad alternativa donde arriba era abajo y abajo era arriba. No tenía ningún sentido.

—Mi querida, usted es el recipiente de mi descendencia. La he elegido para que cultive mi semilla. Para que lleve a mi hijo. Para hacer lo que Tabitha no pudo.

Yasmeen retrocedió, horrorizada. —¡No! ¡Miente! Es imposible. Le he sido fiel solo a Ben.

Ben apareció junto a Malcolm, su expresión desprovista de toda compasión.

—Imbécil. —Los labios de Ben se curvaron en una mueca de desprecio, sus palabras destilaban veneno—. ¿Cómo pudiste olvidar la noche de tu renacimiento? Aquella en la que Malcolm te folló mientras el De Cree observaba.

Sus palabras burlonas la atravesaron, despertando recuerdos que se había esforzado por reprimir. La Piscina. El sabor del vino y el peso de Malcolm sobre ella. Los ojos de Tabitha rebosantes de resentimiento, y las figuras vestidas de blanco del De Cree rodeando la piscina. Y luego todo se volvió negro.

El horror se extendió por el rostro de Yasmeen mientras recordaba vagamente todo aquello. El vino debía de haber estado adulterado con algo y Malcolm la violó. Lo que era aún más horrible fue darse cuenta de que Ben estaba involucrado. Él había ayudado a planear esta siniestra trama. Ahora tenía sentido por qué Tabitha se aferraba a Yasmeen como una sanguijuela. Creía que el niño que Yasmeen llevaba era para ella.

Dio un grito ahogado, liberando un gemido profundo y gutural. Se llevó las manos a la garganta, aferrándose a ella como si intentara evitar que las palabras escaparan. —¡No! —gritó, con la desesperación y la incredulidad claras en su voz—. ¡Es mentira! —Las palabras rebotaron en las paredes, devolviéndoselas con un tono burlón, sabiendo que no lo era.

—Usted dará a luz a mi hijo, querida, y se lo entregará a Tabitha para que lo críe. El niño se convertirá en el príncipe del nuevo mundo y usted tendrá el honor de ser parte de la historia. —Una pequeña sonrisa tiró de las comisuras de la boca de Malcolm. Su voz temblaba de emoción al revelar sus planes que finalmente se habían hecho realidad.

—¡No! —gritó Yasmeen de nuevo, rodeándose la cintura con los brazos—. ¡No! No sucederá.

Los labios de Malcolm se separaron, revelando sus blancos dientes. Apenas se percató de la figura en el suelo, demasiado absorto en sus pensamientos y planes para el futuro. Su atención estaba en el niño nonato que crecía dentro de ella. Este niño crecería para gobernar a su lado. Todo por lo que había trabajado y visualizado estaba encajando. Finalmente estaba sucediendo. Era como un dios, intocable y todopoderoso. Nadie podía interponerse en su camino ahora.

Capítulo 35

Ben

BEN SE PASEABA POR la habitación, mordiéndose las uñas. El sabor salado a sangre persistía en su boca.

¿Cómo se enteró Yasmeen de la vasectomía? ¿Quién se lo había dicho?

Su mente trabajaba a toda velocidad, buscando a cualquiera en el De Cree que supiera de su vasectomía.

Estaba Malcolm, por supuesto. Malcolm tenía que asegurarse de que solo su esperma pudiera embarazar a Yasmeen. Ben había estado más que dispuesto a hacerse el último análisis de esperma que se había hecho antes de la toma del poder. Fue fácil. Una breve llamada a su médico le consiguió una cita para masturbarse en un vaso y verificar la efectividad de su vasectomía, junto con una solicitud de todos sus expedientes médicos hasta la fecha.

El comportamiento lujurioso y posesivo de Malcolm hacia Yasmeen no pasó desapercibido para Ben. No era ingenuo. Sabía lo que

Malcolm quería. Tan pronto como planteó la idea de que Yasmeen fuera una madre sustituta para él y Tabitha, Ben vio sus segundas intenciones. No era ningún tonto.

Le molestaba saber que Malcolm quería lo que era suyo. Pero a medida que pasaba el tiempo, eso solo avivó una sensación de poder en su interior. Se consumió en deseo por Yasmeen, incapaz de resistirse a tomarla con fuerza en cualquier lugar y en cualquier momento.

Malcolm podía devorar a Yasmeen con la mirada todo lo que quisiera, pero como líder del De Cree, tenía que mantener una cierta imagen para defender las reglas. No podía traicionar a su esposa ni pretender a la mujer de otro hombre. Especialmente a la de un miembro de alto rango de la comunidad.

Malcolm le presentó su idea a Ben, describiendo cómo implicaría una ceremonia con miembros selectos de la élite presentes, tratándolo como un bautismo para Yasmeen en el De Cree.

Ben se quedó pasmado frente a él, escuchando la sarta de pendejadas que salía de la boca de Malcolm, incapaz de responder al principio.

—Así que, ¿quiere tirarse a mi mujer?

Las palabras se le escaparon antes de que pudiera contenerlas. Su rostro se sonrojó de vergüenza. No había sido su intención mostrar esa faceta de sí mismo. La faceta que pensaba que todo lo que Malcolm había dicho desde que lo conocía mejor era una pendejada. Pero esas pendejadas eran poder, y Ben prosperaba con ellas. Las amaba. Le daban el propósito que siempre había buscado, pero que nunca había alcanzado del todo antes.

Al conocer a Malcolm, Ben había aprendido una lección valiosa. La clave del poder era convencer a los demás de que tú eres quien puede salvarlos de su existencia ordinaria y luego convencerlos de que la idea de llevar a cabo la salvación fue de ellos.

Armado con ese nivel de control, uno podía manipular a cualquiera para que hiciera su voluntad bajo el pretexto de mejorar la sociedad para todos.

Cómo ser un líder de secta para principiantes.

Estando al lado de Malcolm y observándolo, Ben aprendió una gran cantidad de cosas, desde el uso de un tono casual por parte de Malcolm hasta su aguda manipulación de las palabras, adaptadas a cada individuo con el que hablaba, haciendo que esa persona sintiera que era la más especial para él. Era un arte, como magia, y Ben quería eso. Quería ese poder como propio.

Se aclaró la garganta, intentando recuperar el control de sus emociones, maldiciendo su estúpido impulso de sonreír ante la idea de tal dominio sobre los demás.

Malcolm nunca haría eso. De ninguna manera. Siempre permanecía tranquilo, sin mostrar nunca sus emociones en el rostro.

Ben tragó saliva.

Malcolm se había quedado allí, estudiándolo, esperando su siguiente respuesta.

—Por supuesto, tal acto de lealtad y sacrificio vendría con recompensas. —La voz de Malcolm era tan suave como la seda, como siempre, pero había un dejo de vacilación en su tono mientras miraba a Ben, tratando de medir su reacción.

¿Recompensas?

Ben podía sentir el peso del momento oprimiéndolo, sabiendo que su respuesta tendría consecuencias duraderas para él, para Yasmeen y para Leah. Y, sin embargo, no pudo evitar sentir un escalofrío de emoción. Su mente se aceleró con las posibilidades mientras esperaba que Malcolm continuara hablando.

—Al conceder este favor, usted demostraría una dedicación inquebrantable a las ideas del De Cree y, naturalmente, su lealtad hacia mí.

Con una expresión vacía, Ben se irguió, reprimiendo la creciente emoción en su pecho.

—Ben Hollen.

Malcolm extendió el brazo y apoyó la mano en su hombro, enviando escalofríos que recorrían su cuerpo de arriba abajo. Respiró hondo, sintiendo el peso de la petición, sin siquiera haberla oído.

—Quiero que sea mi compañero de confianza, mi mano derecha en todos los asuntos y decisiones. ¿Acepta este rol?

Los labios de Ben se apretaron con determinación, luchando por mantener la compostura. Mantuvo su cuerpo rígido y sostuvo la mano de Malcolm con un agarre firme, no queriendo mostrar ninguna señal de lo conmocionado y eufórico que se sentía.

—Sería un honor. —respondió Ben con confianza, sus palabras precisas y al punto. Sabía que cualquier parloteo de gratitud mostraría debilidad frente a Malcolm, dándole poder sobre Ben, usándolo como un arma sobre él en el futuro. Mantuvo su rostro compuesto, negándose a mostrar ninguna vulnerabilidad.

La mirada de Malcolm perforó a Ben, una pequeña sonrisa tirando de la comisura de sus labios. Ambos entendieron las intenciones tácitas entre ellos. Él no era de los que se dejaban engañar, y Ben tampoco.

Por supuesto, no había forma de que Yasmeen hubiera estado de acuerdo, pero a Ben no le importaba eso. Lo único que le importaba era su posición en el De Cree. Estaba un paso más cerca de tomar el liderazgo y, con el tiempo, iba a suceder. Observando y estudiando a la gente de su alrededor. Al observar a Malcolm, Ben aprendía algo nuevo cada día. Así que sí, cambió la expresión de su rostro, pensó en Malcolm tirándose a Yasmeen y se dio cuenta de que no le importaba. Malcolm podía tenerla. Bueno, por un corto tiempo.

Todo había sido tan simple. Tabitha se lo había puesto fácil a Ben haciéndole preguntas específicas, como la fecha exacta del último período de Yasmeen. Ella llevaba una tabla detallada, y Ben tenía que actualizarla todos los días. Tabitha luego sugirió que le dijera a Yasmeen que quería tener un bebé con ella, y él siguió el juego. Para asegurar la precisión, Yasmeen comenzó a tomarse la temperatura cada mañana como un reloj. Como parte de sus esfuerzos por concebir, mostraría cuándo era más fértil.

Yasmeen hizo lo que Ben le dijo, loca de contenta de que él quisiera tener un hijo con ella. El nivel de dedicación que mostró al proceso lo hizo sentir casi mal. Por supuesto, los primeros meses fueron solo para tener una idea de su ciclo, pero una vez que Tabitha conoció el ciclo de Yasmeen al dedillo, era hora del renacimiento de Yasmeen.

Cayó en la trampa con facilidad. Tan cegada por la necesidad de ser de Ben. No cuestionó nada y ahora aquí estaba.

Su mente retrocedió a dos semanas después de la ceremonia, cuando la prueba de embarazo se volvió rosa. El rostro de Yasmeen resplandecía de emoción mientras saltaba a sus brazos, apretándolo tan fuerte que podía sentir el corazón de ella latiendo contra su pecho. Debería haberse sentido avergonzado. Mal por ella. Pero la realidad era que necesitaba a Leah de vuelta a su lado con el niño. Cuando se trataba de mujeres, esa era su máxima prioridad. Yasmeen era temporal, algo para pasar el rato. Su pasatiempo. Leah era su esposa. Su futuro estaba con su verdadera familia, y apartó todos los pensamientos de culpa.

Se presionó los dedos contra las sienes palpitantes, respirando profundamente varias veces mientras los acontecimientos de los últimos meses martilleaban en su mente. Eso fue entonces, esto era ahora, y había nuevas preocupaciones urgentes que atender. ¿Quién le contó a Yasmeen sobre su vasectomía? Quizás Tabitha se había ido de la lengua. Sus celos hacia Yasmeen la consumían. La forma en que Yasmeen se jactaba de ello, era casi como si estuviera tratando de restregárselo a Tabitha en la cara.

No le extrañaría que Tabitha pusiera a Yasmeen en su lugar. Dándole una cucharada de su propia medicina.

Los pasos de Malcolm aún se oían por el pasillo después de irse, ¿o es que Ben solo creía oír sus zapatos golpeando contra el suelo, sin estar nunca lejos de descubrir lo que Ben realmente tramaba?

Se dirigió al dormitorio. Hizo una pausa por un momento antes de girar la manija y abrir la puerta. Ella llevaba horas allí, acostada en su cama. A pesar de la oscuridad de la habitación, pudo ver que sus ojos estaban rojos e hinchados de tanto llorar. Ni siquiera lo miró cuando entró, sino que permaneció acurrucada en una bola apretada, de espaldas a él, mirando a la pared.

—¿Cómo te enteraste de la vasectomía? ¿Te lo dijo Tabitha? — soltó bruscamente, sin prestar atención al hecho de que él era el responsable de la mujer que yacía en la cama.

Yasmeen no respondió. Yacía paralizada, insensible por todo lo que había aprendido.

—Te estoy hablando. —Los dedos de Ben se apretaron alrededor del brazo de ella mientras la sacudía, la desesperación infiltrándose en su voz—. ¿Quién te lo dijo? —exigió, la frustración clara en su tono.

Yasmeen permaneció inmóvil, vacía de emoción mientras parpadeaba hacia él.

Se incorporó, sus rizos salvajes y enredados caían en cascada alrededor de su rostro hinchado.

—¿Qué importa? —replicó ella, su voz teñida de dolor.

—Necesito saber.

—No fue Tabitha. Ella fue la obediente hermana del De Cree.

Miró fijamente a Ben, sus labios se curvaron en una mueca de desprecio, como si supiera un secreto que él no conocía. Hizo que Ben se sintiera intranquilo.

—No te las des de virtuosa, Yasmeen. ¿Por qué estás tan sorprendida? —Los puños de Ben se cerraron, su voz temblaba de ira mientras se cernía sobre ella. Ella retrocedió, sus ojos abiertos de par en par con miedo y vergüenza—. No tienes derecho a hacerte la víctima —escupió, su rostro contorsionado por la rabia—. Te quedaste de brazos cruzados sabiendo quién era Malcolm y no hiciste nada. De hecho, hasta hace unas horas, estabas perfectamente feliz con todo. No tienes derecho a juzgarme.

Yasmeen se arropó más con las sábanas, tratando de desaparecer.

Ben la agarró del brazo, atrayéndola hacia él. Los ojos de ella ardían de furia mientras él se cernía sobre ella.

—¿Quién te lo dijo? —gritó Ben, cerniéndose sobre ella—. ¿Quién te contó lo de mi vasectomía?

Las lágrimas corrían por las mejillas de Yasmeen mientras dejaba escapar un grito débil y lastimero que se convirtió en una carcajada sonora. Echó la cabeza hacia atrás, todo su cuerpo temblando con cada estallido de sonido.

El rostro de Ben se crispó de rabia mientras levantaba la mano, listo para golpearla por burlarse de él.

—Ah, yo no haría eso si fuera tú.

Una ola de frialdad lo invadió cuando Yasmeen lo miró con una expresión de superioridad, una que nunca antes había visto en ella.

El amor y la admiración que una vez llenaron sus facciones ahora eran reemplazados por pura animosidad.

—¿O qué? —preguntó Ben, con la mano aún en alto.

—No creo que a Malcolm le sentara bien. ¿Y a ti? —dijo ella con voz tranquila.

Soltó su agarre del brazo de ella, sintiendo el peso de su mano mientras colgaba, torpemente, en el aire. La expresión triunfante de ella hizo que sus entrañas se retorcieran como una serpiente, una mirada de asco extendiéndose por su rostro.

Su risa llenó el aire, un sonido agudo e infeccioso que burbujeaba desde lo más profundo de su ser. Echó la cabeza hacia atrás contra la almohada, su cabello cayendo en cascada alrededor de su rostro en un halo de rizos oscuros. Una sonrisa traviesa se extendió por su rostro mientras lo miraba con ojos brillantes. En ese momento, parecía una diosa, una criatura etérea y seductora que hacía que su corazón diera un vuelco con solo una mirada.

—Supongo que nunca pensaste en eso, ¿verdad, Ben?

Se apoyó sobre los codos, sintiendo el cambio de poder mientras su cabello caía por su espalda.

—Bueno, más te vale empezar a hacerlo si pretendes mantenerte en buenos términos con Malcolm, porque aparte de intentar hacerme daño, no creo que le hiciera ninguna gracia descubrir que tu esposa estuvo dentro del complejo buscándote.

La mandíbula de Ben se aflojó mientras procesaba la información. ¿Leah? ¿Cómo? Su mente se aceleró. No podía creerlo. Se enorgullecía de saber siempre su paradero. ¿Cómo pudo haberse escabullido sin que él lo supiera? Se había escondido en esa cabaña de mierda que tanto amaba con el niño. Atrapada con suministros menguantes, esperando que alguien la rescatara. ¿Cómo había escapado a su ojo vigilante?

—Sí, pensé que eso captaría tu atención. —La cabeza de Yasmeen se sacudió incrédula.

—¿Cuándo estuvo aquí? —La mano de Ben temblaba mientras se la pasaba por el pelo. Se lo había dejado crecer, ya no lo peinaba con su habitual estilo de punta. En cambio, adoptó el aspecto más

largo y despeinado que favorecían la mayoría de los hombres del De Cree.

—Justo antes de que yo entrara. Te estaba buscando. Pensó que ayudarías a tu hijo —dijo Yasmeen, ahora sentada erguida en la cama—. ¿No se sorprendería al saber que si tuvieras la oportunidad, le entregarías a su precioso niño a Malcolm en bandeja de plata?

—Pensó que la ayudaría. ¿Por qué? —dijo Ben, confundido, pero pensando en cómo podría usar esta información a su favor.

Yasmeen se quedó sentada con la boca abierta.

—Eh, porque Adam es tu hijo.

—Es un mestizo —se burló, desestimando lo que ella dijo con un gesto de la mano—. No hay nada más bajo que eso. —Pronunció las palabras sin esfuerzo, habiéndolas dicho tantas veces antes. Pero en el fondo, no creía ni una sola palabra. Adam no era un mestizo, y una vez que Ben probara la inocencia de Leah, juró traerla de vuelta al complejo por cualquier medio necesario, incluso si eso significaba arrastrarla de vuelta a patadas y gritos.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —Yasmeen no podía creer las palabras que salían de la boca de Ben.

Él sonrió con aire de suficiencia.

—¿Crees todo lo que dice Malcolm?

La expresión severa de Ben la hizo estremecerse y retirarse hacia las sábanas, volviéndose a poner nerviosa en su presencia.

No pudo evitar pensar en el hijo de Malcolm, el «elegido» destinado a gobernar junto a su padre.

No había forma de que Ben permitiera que eso sucediera. De ninguna manera. Sería su hijo quien estaría a su lado y guiaría al De Cree hacia el futuro. No este pequeño bastardo que crecía dentro de Yasmeen. Ben respiró hondo y lo soltó, lenta y firmemente. Su aversión por Yasmeen se hacía cada vez más fuerte y poderosa dentro de él. La sentía manchada. Ya no le servía para nada.

Una amenaza.

Adam era su hijo, su carne y sangre, puro e incorrupto, a diferencia de la cosa oscura y retorcida que se pudría dentro de Yasmeen.

—No tienes ni idea de lo que creo, ni de lo que soy capaz.

Los ojos de Yasmeen se abrieron de par en par con sorpresa cuando él salió furioso de la habitación, cerrando la puerta de un portazo detrás de él.

El pánico se apoderó de él mientras intentaba dar sentido a cómo Leah había llegado al De Cree sin su conocimiento.

¿Cuándo dejó su cabaña?

¿Dónde estaba el niño?

Necesitaba actuar rápido y encontrarla a ella y a su hijo antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 36

Leah y Kai

LEAH SE AGACHÓ, LAS ramas espinosas de los arbustos le arañaban los brazos y las piernas. Sostenía a Adam cerca de ella. Su pequeño cuerpo temblaba de miedo mientras ella lo cubría, usando su propio cuerpo como un escudo protector.

—Sh, mi niño —lo calmó, poniéndole una mano en el pecho, intentando tranquilizar el corazoncito que martilleaba contra sus costillas. Asomándose a través del denso follaje, observaron a la figura alta y sombría que se movía en silencio entre los árboles.

A Leah se le hizo un nudo en la garganta mientras luchaba por reprimir el miedo que crecía en su interior.

Vivían como nómadas, sobreviviendo con lo que podían encontrar después de abandonar la cabaña. A pesar de su promesa anterior de no volver nunca al pueblo, no tuvieron más remedio que regresar varias veces en busca de provisiones antes de retirarse sin perder tiempo a la seguridad del bosque.

El mundo era un caos, y cualquier sensación de normalidad había desaparecido.

Malcolm Gobbo y los De Cree se habían encargado de eso. Sus soldados no mostraban piedad en su brutal reinado de terror. Recorrían las calles aisladas aterrorizando y asesinando a cualquiera que no fuera de los suyos.

Leah no podía quitarse la idea de la cabeza y se estremeció al recordarlo. Apretó los párpados con fuerza, intentando alejar cualquier pensamiento sobre Ben. Pero era inútil; su imagen estaba grabada a fuego en el reverso de sus párpados, un recordatorio constante del monstruo al que una vez llamó esposo.

Adam se movió debajo de ella. Lo acurrucó más contra ella, intentando consolar al pequeño aterrorizado.

Era difícil imaginar que este niño tan bueno y preciado pudiera provenir de alguien como Ben. ¿Cómo era posible que un niño como Adam fuera hijo de un hombre dispuesto a sacrificar a su propio hijo para su beneficio personal?

Estupefacta, no podía comprender cómo había subestimado las verdaderas capacidades de Ben. Lo había aprendido por las malas, ¿no es así?

El recuerdo volvió en destellos vívidos: el denso bosque, su ropa rasgada cubierta de tierra y arañazos, y la constante sensación de ser observada. Sus ojos se movían de un lado a otro, buscando señales de Adam escondido detrás de un arbusto. El alivio abrumador de saber que estaba a salvo, oculto de la vista.

Sin embargo, sin pensar, Leah se plantó ante la amante de Ben, ofreciendo a Adam a Ben y a los De Cree sin considerar las consecuencias. Rogando y suplicando, creyendo que Ben mantendría a su hijo a salvo. Fue un momento de desesperación ciega que la atormentaría para siempre.

Se sentía extraño percibir la hostilidad que la amante de Ben sentía hacia Leah. Si alguien debía ser hostil, era ella. Pero ella no sentía nada. Ni siquiera sabía el nombre de la mujer. Lo único que le importaba en ese momento era qué le pasaría a Adam si alguien la capturaba.

La mujer habló, revelando que estaba embarazada del hijo de Ben y que él no quería saber nada de Adam, que no era un sangre pura.

¿Qué diablos era un sangre pura, y cómo era que esta mujer esperaba un bebé de Ben? Nada de eso tenía sentido.

Sintió una oleada de compasión por la amante de Ben, pero desapareció con la misma rapidez. Adam estaba solo en los arbustos. Había sido una tonta al ir al complejo De Cree y poner en riesgo la seguridad de su hijo.

¿Riesgo? Qué ironía, Leah. pensó, recordando cómo había llevado a su hijo directamente al mayor peligro de su vida. Entregándolo como una idiota llorona.

Ahora estaba aquí, resignada y perdida, escondida en el bosque, abrazando a Adam, sin idea de qué hacer mientras un extraño acechaba entre los árboles frente a ellos.

Habían pasado semanas desde su mal preparado viaje al complejo De Cree. Había visto mucho desde entonces, pero no quería creer que Ben pudiera estar involucrado en estas atrocidades. Pero ¿cómo no iba a estarlo si era tan cercano a Malcolm? La verdad era difícil de tragar, pero era terriblemente obvia.

Ben lo sabía. Y estaba el extraño comentario que la mujer hizo sobre el hermano de Malcolm Gobbo.

Él cree que usted mató a su hermano. Ahora está furioso y necesita dar un escarmiento con usted.

Leah se estremeció. ¿Por qué el líder de los De Cree pensaría que ella mató a su hermano?

Parpadeó rápidamente, intentando aclarar su visión. Frente a ella apareció un hombre alto de largo cabello oscuro, flanqueado por otros dos. Uno era un hombre de mediana edad con gafas en la punta de la nariz, que sudaba profusamente pero que se veía claramente en su elemento. La otra era una adolescente joven, que agarraba un rifle contra su pecho con feroz determinación. Se movían sigilosamente entre los árboles, escuchando los sonidos del bosque circundante. El miedo en el pecho de Leah creció.

Al verlos juntos, no encajaban con la imagen de los De Cree. Su ropa era rústica, de campo, más adecuada para la vida a la intemperie que los estrictos uniformes de los soldados De Cree.

Se agachó aún más, deseando tener una mejor arma para defenderse a ella y a Adam que el bate de béisbol que encontró durante sus viajes al pueblo. Un bate apenas era rival contra los tres individuos que tenía delante con armas en la mano. Cambió su peso, perdió el equilibrio y golpeó el blando costado de Adam.

Él gritó de dolor antes de que Leah pudiera taparle la boca.

El hombre alto y moreno se detuvo y levantó la mano, indicando a los otros que se detuvieran. Juntos, los tres se giraron hacia donde ella y Adam se escondían, apuntándoles con sus armas con una precisión inquebrantable. A Leah se le cortó la respiración entrecortada, preparándose para lo que vendría a continuación.

Los habían visto.

Kai la vio, a la mujer.

Se escondía en los arbustos, asomándose por entre las ramas cuando él vislumbró su cabello rubio. Destacaba contra el vibrante verdor que los rodeaba. Siguió su mirada y sus ojos se encontraron con los azules de ella. Parecía petrificada. Se irradiaba de ella, filtrándose por cada poro de su piel.

—Mátala —susurró Summer detrás de él, su voz emanando sed de sangre. Él levantó la mano para indicarle que se callara, sintiendo su pequeño cuerpo temblar de anticipación. Era solo una niña, pero podía sentir la sed de sangre en su interior. Eso lo incomodó. Sabía que ella hablaba completamente en serio.

La mujer retrocedió, sus ojos se abrieron de miedo al ver a Summer. Kai la miró, andrajosa y sucia, con una expresión forzada de desesperación en los ojos. Estaba claro que no era una soldado, sino otra víctima que huía de la devastación de los De Cree.

—No es una de ellos. —La voz autoritaria de Kai rompió la tensa atmósfera, haciendo que sus músculos se relajaran una fracción.

Mantuvo su agarre en el arma, apuntándola con mano firme a la mujer agachada en los arbustos. Parecía estar intentando encogerse.

Estaba claro que estaba aterrorizada, y eso era todo lo que necesitaba saber.

—No lo sabes. Mátala antes de que intente matarnos —exigió Summer, avanzando con una mezcla de ira y miedo en cada uno de sus movimientos.

Chris sujetó las muñecas de Summer, sus dedos hundiéndose en su piel mientras ella luchaba contra él.

—¡Basta ya! Ya es suficiente con las muertes —gritó él, reteniéndola. Los ojos desorbitados de Summer ardían de rabia mientras intentaba liberarse de su agarre. Él la soltó y ella lo empujó, tropezando hacia atrás, secándose las lágrimas que amenazaban con caer antes de recuperar la compostura.

La voz de Summer cortó el aire como una cuchilla afilada, hiriendo a Chris con su tono amargo.

—Nunca tuve un papá, y no necesito uno ahora —declaró, sus palabras cargadas de desafío y dolor. El peso de su pasado se tejía en cada palabra que pronunciaba, su exterior endurecido delataba las heridas internas que ellos no conocían.

Kai notó el cambio en el semblante de Chris, la forma en que su rostro se transformó. Se dio cuenta de que las palabras de Summer lo habían golpeado con fuerza, como un golpe físico en el pecho.

Lo sorprendió darse cuenta de lo mucho que Chris se preocupaba por Summer. ¿Chris también había desarrollado un instinto paternal hacia ella? A Kai le sorprendió no haber considerado nunca antes esa posibilidad, que tal vez Chris compartía el mismo sentido de responsabilidad y protección hacia Summer que Kai.

Como Lonnie.

—¡Basta! —retumbó la profunda voz de Kai. Una emoción inesperada lo invadió al ver la expresión de dolor en el rostro de Chris y la dinámica constantemente cambiante de sus relaciones tanto con Summer como con Chris. Eso lo confundió, lo hizo cuestionar todo lo que creía saber.

Todo el cuerpo de Summer se sacudió de sorpresa, haciendo que su rostro se sonrojara profundamente. Evitó mirar a Kai, incapaz de encontrarse con su mirada. Sus ojos se desviaron hacia el suelo, avergonzada.

Kai no se dio la vuelta. No lo necesitaba. Summer guardaba silencio.

Con pasos cautelosos, se acercó al denso arbusto que se alzaba más adelante. La mujer se agachó, su cuerpo encogiéndose como si se mezclara con el follaje. Parecía vulnerable, como una flor delicada doblándose bajo la presión de la lluvia.

A medida que se acercaba, sus sentidos se vieron abrumados por el espeso aroma a tierra y hojas húmedas. El crujido de las ramas y el canto de los pájaros llenaban el aire como si el mundo no se hubiera puesto patas arriba, y que Kai se acercara sigilosamente a una mujer temblorosa agachada en un arbusto fuera algo normal.

—¿Quién es usted? —exigió, odiando la dureza que se filtraba en sus palabras.

Ella se encogió, apretujándose más entre las ramas, haciendo que estas se partieran bajo su peso. Envolvió sus brazos alrededor de algo, gimiendo de miedo.

—¿Es una De Cree?

Sus penetrantes ojos azules se abrieron de par en par, su expresión salvaje, mientras se cernía sobre algo, usando su cuerpo como barricada.

Con cautela, se acercó, agachándose para ver qué protegía.

—¡Kai, no lo hagas! —gritó Chris detrás de él.

No prestó atención mientras se acercaba sigilosamente a la mujer, sus respiraciones entrecortadas resonaban en sus oídos mientras ella apretaba algo contra su pecho. Protegiéndolo del avance de Kai como una madre protege a su cría. Sus gemidos se hicieron más fuertes y frenéticos a medida que él se acercaba.

—¡Aléjese! —chilló ella, aferrando con más fuerza lo que fuera que escondía.

Sin previo aviso, le lanzó un batazo de béisbol de madera a Kai, fallando por poco su cabeza mientras él tropezaba hacia atrás. El sonido de Summer y Chris cargando sus rifles llenó el aire.

—¡No disparen! —corrió hacia la mujer, lanzándose frente a ella y abriendo los brazos en cruz. Su corazón martilleaba contra sus costillas mientras se enfrentaba a los cañones de las armas que le apuntaban—. ¡No disparen!

Summer y Chris se quedaron helados, con los rifles en alto, los ojos fijos con incredulidad en la figura alta e imponente que tenían delante. Kai se había posicionado frente a la mujer, protegiéndola con su cuerpo. Su cabello negro azabache caía por su espalda como un río de tinta, y su intensa mirada se clavó en la de ellos. Echó un vistazo hacia atrás.

Sus ojos se encontraron con la mirada asustada de un niño pequeño, que se aferraba a la pierna de su madre para protegerse. La mujer sostenía a su hijo cerca, protegiéndolo con una mano mientras la otra sostenía el bate de béisbol en alto, lista para atacar.

—Está protegiendo a un niño.

CAPÍTULO 37

Summer

SUMMER ESTABA SENTADA EN el cojín que Lonnie le había puesto en el duro banco de madera del bote, saboreando la sensación de los rayos del sol en su piel y la suave caricia del viento en su cabello. Frente a ella estaba sentado Kai, con sus anchos hombros relajados mientras sostenía a Meggie Mugs en su regazo. La pequeña desertora parecía contenta, con el hocico apoyado en la pierna de Kai, la cola meneándose lentamente, disfrutando de la tranquilidad de una tarde silenciosa en el agua.

Las comisuras de los labios de Summer se curvaron en una sonrisa pícara. —Pequeña traidora.

Meggie Mugs miró directamente a Summer, con las orejas erguidas y esa ligera inclinación de cabeza que parecía decir: «¿tienes algún problema con eso?».

Kai se volvió hacia Summer con cara de confusión. Su mente estaba completamente absorta en la pesca. Su caña se dobló

ligeramente mientras recogía el sedal del agua, creando ondas y haciendo que los peces se dispersaran.

—Traidora —dijo Summer, señalando a la perra. Ella levantó la vista hacia Kai y dejó escapar un pequeño gemido de protesta.

Él se rio entre dientes, dándole una palmada en la cabeza a Meggie Mugs antes de volver a centrar su atención en el agua y su caña de pescar.

—Es posible amar a más de una persona al mismo tiempo.

Summer bufó.

—Sí, bueno, no sé yo qué decirte.

Kai no pudo evitar sentir un destello de diversión, reconociendo su propia voz en boca de Summer. Él solía ser igual que ella cuando era más joven. Demonios, todavía se parecía a ella en muchos aspectos. Desconfiado del mundo. Lonnie tenía razón. Cada quien tiene su propio viaje con desafíos y juicios de otros en un momento u otro.

—No sé por qué teníamos que traer a esa mujer. Tú sabes quién es.

Las palabras salieron de su boca antes de que tuviera tiempo siquiera de pensarlas.

A Kai se le cayeron los hombros y un suspiro escapó de sus labios mientras recogía el sedal y, con un movimiento suave, lo lanzaba de nuevo, con tanta naturalidad que ni siquiera molestó a la perra inmóvil en su regazo.

—¿Otra vez con esto, Summer? —dijo, su voz profunda y baja, agotada por la conversación.

—Tú sabes que es peligrosa. —Summer contempló el lago cristalino. Podía ver el tenue contorno de su bote, meciéndose suavemente de un lado a otro en el agua tranquila. La única perturbación era el suave balanceo causado por el bote a la deriva, que creaba ondas en la superficie plana. Se estaba tan en paz allí bajo el sol, con Kai y Meggie Mugs y solo sus cañas en las manos. Odiaba empezar una pelea con él. Pero esta nueva mujer y su hijo en Hayden eran un suicidio. Tenía que irse, y Kai tenía que verlo. Tenía que saber que era verdad.

Summer recordó lo de hacía unos días, cuando regresaron con Leah y su pequeño hijo, Adam. Lonnie, por supuesto, estaba allí con

los brazos abiertos. Le aseguró a Leah que era bienvenida, que estaban a salvo y, sin demora, los instaló en un tráiler para ellos solos. Tal como había hecho con Summer.

Cuando entraron por primera vez en Hayden, todos se quedaron de pie, rodeando a esta nueva extraña con el niño. La alta mujer rubia parecía asustada e insegura ante todos ellos. Recelosa, al igual que Summer lo estaba de ella.

Más tarde, bajo el toldo del tráiler de Lonnie y Chris, se sentaron afuera a comer una cena que Lonnie había preparado, con Chris yendo y viniendo a su alrededor para ayudarla. Summer se sentó en su lugar habitual en la mesa de pícnic, con la espalda recta y los ojos escudriñando cada movimiento de la mujer que tenía enfrente. Lonnie sirvió estofado casero en el plato del niño, que dio las gracias y devoró su comida, obviamente muerto de hambre.

Summer quiso juzgar a su madre por eso, pero pensó en las noches bajo la luna, acurrucada con Meggie Mugs, con el estómago rugiendo. La constante duda de cuándo sería su próxima comida todavía la atormentaba.

Inconscientemente, se presionó la mano contra el vientre, sintiendo lentos movimientos contra su palma de la personita que llevaba dentro, apartando esa parte de sus recuerdos. Ella había pasado hambre, y se suponía que debía proteger a su hijo, pero ignoró la hipocresía y miró acusadoramente a la madre del niño. Su bebé aún no había nacido. Allí estaba sentado un niño pequeño, sucio, hambriento y en el bosque, expuesto a los elementos y al peligro. Su madre no parecía capaz de defenderlo. A diferencia de Summer. Metió el estómago, arqueándose hacia adelante como si intentara envolver al bebé, formando un escudo alrededor del pequeño ser que había en su interior. Protegiendo a su hijo nonato de la mujer sentada frente a ella.

Summer conocía demasiado bien hasta dónde llegaría para proteger a su hijo.

Se detuvo un momento, sorprendida de haberse referido al bebé como «suyo» en lugar de «de Josh», como siempre hacía. La tomó por sorpresa. Sintió que se le calentaban las mejillas, como si estuviera traicionándolo a él y a su memoria. Sus manos volvieron a

posarse sobre su vientre, admirando cómo se curvaba y crecía cada día, imaginando la vida que crecía en su interior.

Su corazón todavía le dolía por Josh, un dolor que quizá nunca desaparecería del todo. Pero no podía negar el amor que estaba creciendo dentro de ella por su hijo nonato. Summer amaba al bebé. Haría cualquier cosa por él, y sabía que esas palabras no eran vacías.

Chris se acomodó junto a Lonnie y comenzó su habitual interrogatorio, soltando las preguntas de rigor que se hacían cuando aparecían caras nuevas en Hayden. Su voz siempre bullía de curiosidad.

—¿Dónde ha estado? ¿Cuánto tiempo ha estado allí? ¿Qué ha visto usted?

Leah hundió el rostro en un humeante tazón de estofado, saboreando cada bocado mientras mojaba una gruesa rebanada de pan casero untado con mantequilla en el rico caldo. Summer observó cómo el rostro de la mujer se transformaba con puro placer al dar un bocado al pan empapado en salsa.

Summer conocía demasiado bien esa sensación de comer después de días sin hacerlo. Su mirada recorrió la mesa de pícnic, observando los rostros sonrientes y afirmativos de los que estaban sentados con ella. Cálidos y acogedores con la extraña en su mesa.

Ninguno de ellos mostraba signo alguno de preocupación. Para ellos, Leah era solo otra madre con un hijo, una víctima inocente de los De Cree como ellos. Pero la intuición de Summer le decía lo contrario. No podía quitarse la sensación de que Leah y su hijo eran un problema.

Leah había respondido con contestaciones cortas y directas. No había señales de que estuviera tratando de ocultar algo.

¿Era estúpida? ¿No se daba cuenta de dónde estaba? ¿No entendía la gravedad de su situación?

Solo aumentó las sospechas de Summer hacia ella.

Con cada bocado de comida, la energía de Leah se reponía, revitalizándola y haciendo que sus palabras brotaran sin control. Compartió todo lo que había ocurrido desde el cierre de Lex,

comenzando con los días de silencio en los que perdió el contacto tanto con su trabajo como con su amiga Amanda.

Sus palabras fluían libremente, como si no tuviera reservas ni vacilaciones. Compartió cada mínimo detalle de su vida, desde vivir con su hijo en la cabaña familiar tras su separación de su marido, hasta aventurarse en el pueblo solo para descubrir que el mundo había cambiado drásticamente en el distrito de Lex una semana antes. Describió la destrucción que presenció y la carta que encontró de su amiga, en la que confesaba haberse unido a los De Cree y haberse casado con uno de sus soldados. Y, finalmente, temiendo por su seguridad, se retiraron a su cabaña para esconderse.

La tez de Chris pareció perder color cuando le preguntó por qué había dejado la cabaña. Leah procedió a contarle la historia, comenzando con su exmarido y los soldados que habían ido a su cabaña buscándola a ella y a Adam. Describió cómo se habían escondido de ellos y el ultimátum que su marido le había dado después de que un soldado se fuera al pueblo, aburrido de buscarlos a ella y a Adam.

Su voz tembló al hablar de él, dudando como si decidiera si revelar más sobre el otro soldado.

—Ese hombre, ese soldado… —Leah parecía asustada—, dijo cosas que me aterrorizaron.

La atención de Summer fue captada por completo mientras escuchaba, con el ceño fruncido por la preocupación mientras miraba del rostro demudado de Chris a la expresión igualmente concentrada de Kai.

Leah no era como las otras personas que llegaban a Hayden.

—Cuando nuestra situación se volvió desesperada y nuestras provisiones de comida estaban disminuyendo, sentí que no tenía otra opción. Dejamos la cabaña y me dirigí al complejo de los De Cree para ver a mi marido.

El recuerdo aún estaba fresco y vívido en la mente de Leah mientras negaba con la cabeza. —La amante de mi marido me confrontó, y dijo algo extraño. —Se detuvo y se encontró con las miradas de asombro de los que estaban frente a ella—. Me dijo que corriera.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, pesadas como si una nube oscura hubiera descendido, proyectando una sombra sobre lo que estaba por venir.

—¿Por qué? —se atragantó Lonnie, con las palabras atrapadas en la garganta, su voz apenas audible.

—Dijo algo extraño. Me cuesta entenderlo. —La cabeza de Leah se inclinó de un lado a otro, como si tratara de sacudir las palabras correctas. Miró a su hijo, con los ojos fijos en su plato de comida, fingiendo no escuchar.

—Dijo que Malcolm Gobbo me culpaba del asesinato de su hermano, Malik Gobbo. El soldado que había venido a mi cabaña. Después de dejar la cabaña, fue asesinado, y Malcolm Gobbo cree que yo soy responsable de ello.

Temblando, miró a la gente que tenía delante con una mirada suplicante. —Juro que no lo hice. Nunca podría quitarle la vida a alguien. No lo volví a ver después de que se fue de la cabaña. Me aterrorizó, pero nunca tuve otro encuentro con él. —Se tomó un momento para ordenar sus pensamientos antes de continuar—. Ni siquiera sabía su nombre ni quién era hasta entonces.

—¿Cuál es el nombre de su marido? —El tono de Chris era inusual. Summer podría haber jurado que oyó un ligero temblor en su voz, como si tuviera miedo de la respuesta que Leah le daría.

La pregunta de Chris pareció tomar a Leah por sorpresa, y por primera vez, vaciló antes de responder.

Summer notó la forma en que su garganta se apretó, como si intentara tragarse la respuesta y mantenerla oculta.

Con los ojos fijos en el plato de comida a medio comer, la mano de Leah tembló mientras sostenía la cuchara en el aire. Una expresión de dolor se extendió por su rostro.

El corazón de Summer se aceleró, sintiendo que algo andaba mal. Un agudo zumbido resonó en su oído, advirtiéndole que el peligro estaba a punto de ser revelado. Habían cometido un grave error al permitir que esta mujer y su hijo entraran entre ellos.

—Ben Hollen. —Las mejillas de Leah se sonrojaron con un intenso tono carmesí mientras murmuraba el nombre de su marido—. Mi marido es Ben Hollen. —Bajó los ojos, luchando por contener las

lágrimas, incapaz de hacer contacto visual con las personas que tan generosamente la habían ayudado a ella y a su hijo. El miedo a su juicio y rechazo se revelaba en su rostro.

Tan pronto como Chris escuchó el nombre de Ben Hollen, su rostro perdió todo el color. Se movió en su asiento y miró a Lonnie, quien le hizo un gesto de reconocimiento con la cabeza. La confusión se arremolinó en la mente de Summer mientras observaba el sutil intercambio entre los dos, mientras Lonnie extendía la mano sobre la mesa y tomaba suavemente la de Chris entre las suyas, apretándosela para apoyarlo.

¿Qué diablos estaba pasando? ¿Quién era Ben Hollen? ¿Por qué Chris de repente parecía que se iba a desmayar al oír su nombre?

Summer estaba desconcertada. Lonnie se estaba comportando de una manera que era completamente impropia de ella.

Normalmente, era un dechado de compostura y serenidad, pero la mujer sentada ante ella ahora parecía alterada y angustiada, tanto como Chris. Quizá incluso más.

Leah siguió hablando, sin darse cuenta de que la mención del nombre de su marido había desencadenado una oleada de emociones y miedo en Chris y Lonnie.

A Summer no se le escapó. No, se dio cuenta de cómo las palabras de Leah afectaron a Chris y Lonnie. Parecía ser la única. Incluso Kai parecía no darse cuenta, lo cual era impactante ya que desconfiaba de todos.

No pudo evitar notar la forma en que los ojos de Kai se detuvieron en Leah, sus cejas frunciéndose en concentración. Miró a Leah, observando sus largas piernas y sus rasgos llamativos que parecían haber cautivado a Kai. Tenían casi la misma altura, siendo Leah solo unos centímetros más baja que Kai, lo cual era sorprendente, considerando su imponente estatura.

¿Se sentía atraído por ella?

Ambos tenían aproximadamente la misma edad y compartían rasgos físicos similares.

El corazón de Summer se hundió mientras observaba la mirada de Kai, tratando de leer su expresión, pero sus ojos entrecerrados no revelaban nada.

Una sensación corrosiva y desagradable se revolvió en sus entrañas, como si algo o alguien importante estuviera a punto de escapársele.

¿Por qué Kai no era más reservado con Leah?

¿Por qué no era tan cauteloso y cerrado con Leah como lo fue con ella cuando Lonnie trajo a Summer a Hayden? Kai había mostrado instantáneamente un nivel de desconfianza hacia Summer. La hizo sentir enojada, pensando en lo diferente que solía ser su relación y en lo mucho que Kai no confiaba en ella antes. Le llevó una eternidad ganarse su confianza, y aún más tiempo para que Summer se sintiera cómoda confiando en él a su vez.

Se preguntó si Kai alguna vez dejó de sospechar de ella.

Le temblaron las manos mientras apartaba su plato y se levantaba de la mesa de pícnic. La charla continuó a su alrededor mientras tomaba rápidamente su tazón de comida a medio terminar y murmuraba que no se sentía bien, usando su embarazo como excusa. No miró hacia atrás mientras se dirigía directamente a su tráiler, necesitando soledad y silencio para calmar sus pensamientos acelerados. No podía soportar más la confusión emocional de quienes la rodeaban.

Meggie Mugs había estado sentada bajo la mesa a los pies de Summer y se levantó, siguiéndola. Al acercarse al tráiler, Meggie Mugs se detuvo y miró hacia la casa de Lonnie y gimió. Sintiendo la renuencia de la perra, mantuvo la puerta abierta y esperó pacientemente. Con una última mirada hacia atrás, Meggie Mugs se unió a ella dentro del tráiler y se sentó en la mesa compacta.

Summer terminó los últimos bocados de su estofado, todavía tratando de averiguar por qué Chris parecía tan afectado por el nombre del marido de Leah. Otro pensamiento cruzó su mente: el nombre del soldado, Malik Gobbo. Era el hermano de Malcolm Gobbo, el hombre que había sido asesinado. El mismo día que se suponía que debía traer de vuelta a Leah y a Adam.

Su mente intentó atar cabos, pero las piezas todavía no encajaban del todo.

Malcolm Gobbo pensaba que Leah había asesinado a su hermano.

Se quedó sentada pensando en el soldado que había matado y apartó el recuerdo. No le gustaba pensar en ello.

¿Por qué acusaban a Leah de haberlo planeado todo? ¿Qué clase de peligro traía a Hayden? Innumerables preguntas corrían por su cabeza.

Se estremeció mientras colocaba una mano protectora sobre su estómago, el miedo extendiéndose por ella. Necesitaba que Leah y su hijo se fueran lo antes posible. Era por la seguridad de su hijo. Y por la suya propia. Por Kai, Lonnie, e incluso Chris, aunque a Summer le inquietaba por qué Chris conocía al marido de la mujer.

¿Qué sabían realmente de Chris? ¿De dónde había venido? Lonnie parecía tener todas las respuestas, pero también estaba involucrada con Chris. Ya ni siquiera intentaban ocultarlo. Vivían juntos como pareja. Hizo que Summer sintiera una mezcla de ira y miedo. Había comenzado a confiar en Chris, a verlo bajo una nueva luz. Y sabía que Kai sentía lo mismo. Pero ahora se preguntaba si estaban siendo ingenuos. ¿Era Chris realmente quien creían que era?

Un torbellino de emociones consumió su mente.

Summer sacudió la cabeza y respiró el aire refrescante. No podía quitarse de encima la sensación de que la seguridad que tontamente había pensado que finalmente tenía en su vida, estaba en peligro.

Sus ojos se alzaron para encontrarse con los de Kai frente a ella. El bote se mecía suavemente sobre el agua, tratando de perturbar las imágenes de Leah de aquel día que se repetían sin cesar en su mente. Un bucle constante del que no podía escapar. Leah y Chris. El recuerdo del soldado, tirado en el suelo, boqueando. No podía quitarse la sensación de pavor que se cernía sobre ella como una nube oscura.

—Tú sabes que es peligrosa —repitió—. Sabes que tengo razón, Kai.

CAPÍTULO 38

KAI

KAI CONTEMPLÓ A SUMMER y notó lo rígida que parecía. No apartaba la vista de él, con el rostro marcado por la preocupación. Él trató de mantener una expresión neutra, pero no podía quitarse la sensación de inquietud en el estómago. Entendía la desconfianza de Summer hacia Leah y su hijo, pero había algo en esa mujer y su niño que le resultaba familiar. A pesar de devanarse los sesos, no lograba descifrar qué era.

Kai apretó los dedos en la caña de pescar, dejando que las palabras de Summer calaran. Podía sentir la frustración en su voz y no pudo evitar preguntarse por qué no estaba más preocupado. Debería estarlo.

—¿Qué importa? ¿Solo porque su exesposo es parte de los De Cree? Ya no está con él —comentó Kai, y sus propias palabras le sonaron falsas incluso a él. Se concentró en recoger el sedal, donde

no picaba nada. Sus pensamientos se desviaron hacia la comida y la responsabilidad añadida de alimentar dos bocas más.

—No deberíamos confiar en ella. ¿Y si es un topo, enviado a espiarnos?

—Es posible —Kai se reclinó, recogiendo el sedal. Entrecerró los ojos cuando el sol brilló sobre el agua ondulante.

Meggie Mugs, que descansaba en su regazo, levantó la vista hacia Kai y le lamió la mano antes de acurrucarse más profundamente, poniéndose cómoda. Él le dio unas palmaditas en la cabeza, sintiendo su calor y satisfacción.

—¿Es posible? Lo dices como si no fuera la gran cosa.

Se giró para mirar a Summer, olvidándose del sedal mientras se hundía bajo la superficie del agua. —¿Qué esperas que te diga? —preguntó—. ¿Quieres que envíe a una madre y a su hijo a ese infierno?

A Kai se le encogió el corazón al ver el rostro de la chica, sus facciones contraídas en una mezcla de conmoción y traición. El color huyó de sus mejillas, dejando una complexión pálida, casi translúcida. Apretó los puños alrededor de la caña, deseando poder decirle lo que realmente pensaba. Cómo estaba de acuerdo con Summer, pero algo dentro de él no podía echar a la mujer y al niño. Algo primario y protector. No tenía sentido, pero no podía hacerlo. No lo haría, aunque quisiera tanto como Summer. Si no es que más.

—Tú, más que nadie, deberías saberlo. —Cambió de peso y evitó el contacto visual, incómodo con la conversación y deseando que terminara.

—Además —añadió, tratando de desviar la tensión entre ellos—, Lonnie me arrancaría la cabeza si siquiera lo considerara.

Él y Summer se fulminaron con la mirada antes de soltar una risita. Si había algo que sabían con certeza, era que Lonnie les arrancaría la cabeza.

Kai se dio cuenta de lo mucho que Summer significaba para todos ellos. Era una parte fundamental de Hayden. Lonnie le tenía un fuerte apego, razón por la cual Summer estaba sentada frente a él en ese preciso momento.

No podía mentir. Realmente disfrutaba pasar tiempo con Summer, llegar a conocerla. Fue inesperado, y sintió una punzada de culpa por haber sido duro con ella en el pasado. Pero era como un petardo, impulsiva e impredecible, siempre lista para causar caos. Un pequeño torbellino dondequiera que fuera.

También era joven y ahora enfrentaba los desafíos del embarazo completamente sola.

Se reclinó contra el duro asiento de madera, permitiendo que su cuerpo se sumergiera en un estado de relajación. Volvió su mirada al agua, hipnotizado por el flujo rítmico de las olas contra el bote, que calmaba su mente y su alma.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Summer mientras contemplaba el impresionante paisaje frente a ellos.

—Me encanta estar aquí afuera. —Un ligero rubor le subió a las mejillas y bajó la cabeza, avergonzada de haberse expuesto.

Con un repentino estallido de energía, Meggie Mugs saltó del regazo de Kai al asiento de Summer, junto a ella.

La perrita se acurrucó contra el costado de Summer, colocando una pata en su muslo. Summer bajó la cabeza para encontrar la mirada de la perra, la levantó y acercó sus rostros. Meggie Mugs lamió la mejilla de Summer con su lengüita húmeda, su cola golpeando a Summer mientras la meneaba con entusiasmo. Este simple acto de afecto hizo que la sonrisa de Summer se ensanchara, revelando un lado de ella que Kai nunca había notado.

—Basta, pequeña traidora.

La perra soltó un pequeño gañido en señal de reconocimiento y se relajó, acurrucándose de nuevo en el costado de Summer. Su regazo ya no era lo suficientemente espacioso para que la cachorra descansara cómodamente.

Estaba claro que Meggie Mugs era una fuente de anclaje y estabilidad para Summer.

Kai podía sentir que la niña dentro de Summer estaba emergiendo. Su dura fachada se desmoronaba poco a poco.

La pesca se había convertido en su rutina diaria, un ritual familiar. Cada mañana, salían juntos y lanzaban los sedales, observando

cómo el sol se elevaba sobre el agua. Era su forma de proveer a la creciente comunidad. Traer comida para que todos la compartieran.

Kai se sintió atraído por ella y la vio como la pequeña compañera que nunca supo que necesitaba, lo que lo hacía sentir protector hacia ella en este mundo que se había vuelto loco.

La frustración llenaba la voz de Summer mientras hablaba. —¿Alguna vez te preguntas por qué nadie ha venido a salvarnos? —Su mirada recorrió las aguas abiertas, como si el lago pudiera darle las respuestas que quería—. ¿Dónde está el ejército? ¿Dónde está el gobierno? —Se encogió de hombros, confundida—. No tiene sentido que nadie haya venido por nosotros.

—Me lo pregunto —respondió Kai, porque era verdad—. Me lo pregunto todo el tiempo.

Sabía que podía decirle la verdad a Summer. Estaba curtida. A pesar de tener solo dieciséis años, sabía que el mundo no era color de rosa. Como a ella siempre le gustaba decir, se crio entre la maleza.

Él no se había criado entre la maleza.

Summer dejó escapar un profundo suspiro y expresó sus pensamientos.

—Quiero saber qué está pasando allá afuera. ¿Por qué no hemos ido a investigar? ¿Por qué ni siquiera hemos intentado explorar? ¿No crees que deberíamos reunir un grupo de soldados y salir de Lex?

Kai había estado pensando lo mismo. Asintió con la cabeza en señal de acuerdo.

—Y no confío en ella —dijo una vez más.

Kai miró el agua, concentrándose en recoger el sedal. Sintió una ligera picada, se detuvo para dejar que el sedal se hundiera antes de jalarlo de nuevo, esperando pacientemente el momento ideal para atrapar el pez.

—Summer, yo no confiaba en ti, y aquí estamos.

Sintió su mirada furiosa y el peso de la verdad detrás de sus palabras. Él no había confiado en ella. A veces todavía no estaba seguro, pero estaba permitiendo que el muro se derrumbara. No podía evitarlo aunque lo intentara. Era tan vulnerable, pero fuerte. Dura, pero sola.

Les había llevado semanas llevarse bien. Al principio se fulminaban con la mirada, resentidos con Lonnie por ponerlos en esta situación. Pero estar afuera cambió las cosas. El cálido sol y el sonido del agua chapoteando suavizaron sus actitudes mutuas. Incluso la tonta perrita corriendo entre ellos jugó un papel en cambiar la dinámica entre ambos.

Algo cambió.

Kai pensó por un momento antes de hablar, recordando cómo fue cuando le hizo preguntas personales por primera vez y cómo ella respondió con enojo, diciéndole que no era de su incumbencia.

—Creo que es una buena idea. Deberíamos explorar más allá de la ciudad y ver qué hay.

El rostro de Summer se iluminó de emoción mientras lanzaba su sedal al agua. Lo recogió lentamente. Meggie Mugs se acurrucó a su lado como si anclara a la chica.

—Nos llevará un tiempo, pero podemos sacar un equipo. Tendremos que empacar para un viaje de varias semanas. Haremos que Chris venga con nosotros. Aunque sea un fastidio de mil demonios.

Ambos intentaron contener la risa. Algo que sucedía a menudo entre ellos dos. Compartían el mismo sentido del humor, esforzándose por no reír, ya que reír no era algo que les saliera naturalmente a ninguno de los dos.

—Ah, Chris… —dijo Summer, acariciando la cabeza de Meggie Mugs mientras esta la miraba, un pequeño gruñido de decepción retumbando en su garganta—. Basta, traidora. No me importa lo que pienses de él.

Kai rodó los ojos hacia la perra, divertido.

—Pequeña rata con correa, traidora.

La cabeza de Meggie giró bruscamente en dirección a Kai, sus orejas se irguieron y se inclinaron hacia un lado como si lo desafiara. Lo retó a repetirlo.

Kai y Summer ya no pudieron contener la risa. Brotó incontrolablemente, haciendo que Meggie Mugs inclinara la cabeza confundida. Cuanto más se reían, más la perra no podía entender lo que estaba sucediendo. Sus ojos se movían de un lado a otro entre

los dos. Sus orejas se erguían y bajaban, y soltó un pequeño gañido, suplicando a sus humanos que pararan.

La caña de pescar de Summer se dobló, y el sedal salió disparado, cortando el sonido de sus risas. Ella saltó de su asiento, tirando de la caña con todas sus fuerzas.

—¡Pescó algo!

Kai aseguró rápidamente su caña de pescar en la ranura del costado del bote y tomó la red que descansaba entre ellos.

La caña de pescar de Summer se arqueó de una manera que parecía que se partiría en dos.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó, sin acercarse, pero observando cómo luchaba por recoger el sedal, su vientre redondo protruyendo mientras se inclinaba hacia atrás. Parecía cómico en su pequeña figura, como una pequeña bola que desafiaba a cualquiera a ignorarla.

—No —negó con la cabeza, su voz tensa por el esfuerzo mientras continuaba luchando contra el pez en el sedal. Una sonrisa iluminó su rostro, llena de pura alegría y determinación.

Kai se quedó de pie, sin decir una palabra, mientras Summer luchaba con el pez al final del sedal. Con los pies firmemente plantados, apretó los dientes mientras sus delgados brazos se tensaban al tirar contra el peso.

Fijó la vista en el agua, su cuerpo quieto y listo para la acción. Un grito triunfante escapó de los labios de Summer cuando un pez saltó fuera del agua, rompiendo la superficie con un chapoteo. Con rápidos reflejos, él se inclinó sobre el borde del bote y recogió el gran pez con su red. Se retorció en protesta, sus escamas brillando bajo el sol mientras Kai lo izaba al bote.

Sus miradas se encontraron, radiantes de emoción y deleite mientras el pez se sacudía en el bote, enredándose en la red.

El calor del sol de verano cubría cada centímetro de la piel de Summer mientras levantaba los brazos, sacudiéndolos en el aire como una guerrera victoriosa. Con la caña de pescar aún en la mano, soltó una carcajada y gritó de alegría.

—¡Así se hace, carajo! —exclamó, con el torrente de adrenalina enrojeciéndole las mejillas.

Kai estalló en una carcajada, echando la cabeza hacia atrás, sorprendido de lo bien que se sentía.

CAPÍTULO 39

KAI

KAI Y SUMMER AVANZABAN por el sendero, ahora bien pisado, que hasta hace unos meses estaba intacto. Cada uno llevaba un manojo de pescados en las manos, prueba de la exitosa jornada de pesca. Había sido una mañana espléndida, y aún se le repetía en la cabeza lo que él y Summer habían compartido más temprano.

Meggie Mugs se les adelantó a saltos, con la mirada clavada en Lonnie a lo lejos. Kai, a pesar de sí mismo, disfrutaba del bullicio vibrante del campamento. Le sorprendía, considerando que Hayden se había transformado en algo distinto a lo planeado originalmente, o eso creía.

Giró la cabeza, absorbiendo las vistas y sonidos de Hayden. Se había convertido en una comunidad vibrante, llena de las risas de los niños y el trajín de la gente trabajando unida por un propósito común. Una sensación de paz lo invadió. Lonnie tenía razón otra vez. Esto era lo que había estado buscando todo el tiempo: un lugar

donde la gente viviera y trabajara como uno solo, con un sentido genuino de unidad y propósito. Miró a Summer, y una pequeña sonrisa le tironeó de las comisuras. En ese momento entendió que Hayden era más que un refugio. Era hogar.

Sumido en sus pensamientos, se quedó allí, empapándose de todo.

Detrás de él, escuchó el sonido tenue de pasos acercándose. Se volvió para ver quién era, y sus ojos se posaron en una mujer alta y rubia, con el cabello cayéndole por la espalda, balanceándose a cada paso. Era Leah, el origen de su ansiedad por proteger todo lo que luchaban por mantener a salvo.

A medida que se acercaba, notó la firmeza de su mandíbula y el leve fruncimiento del ceño, que la hacía parecer preocupada.

Ella lo miró de reojo y enseguida bajó la cabeza para evitar su mirada, como si pudiera sentir su recelo hacia ella. Su actitud cambió cuando la voz de Lonnie resonó, llamándola para que se acercara. Aceleró el paso y se apresuró a ponerse a su lado.

Summer masculló unas cuantas maldiciones por lo bajo, pero Kai la ignoró mientras veía a Leah acercarse a su hermana, su cuerpo tenso relajándose con cada paso.

Se detuvo, un mechón de cabello le cayó sobre la cara mientras miraba a su hijo. Él estaba sentado en la arena, sus pequeñas manos aferradas a una colección de juguetes de colores. Su voz le llegó hasta él, pero Kai no alcanzó a entender lo que le decía al niño. Se arrodilló a su lado, hablándole con una sonrisa suave en los labios.

La luz del sol le dio justo de lleno en el cabello, y a Kai le revoloteó algo en el estómago; no podía apartar la vista de madre e hijo. Al final, Leah se incorporó y siguió su camino hacia Lonnie.

—¿Ajá... ok?— La voz de Summer lo sacudió y lo arrancó de sus pensamientos. Él se volvió a mirarla. —Bienvenido de vuelta, Kai. ¿Dónde estabas recién? ¿Te perdiste?— Le pasó la mano por delante de la cara con expresión interrogante. Kai apartó la vista de Summer, evitando su mirada acusadora.

—¿Me das los pescados? Voy a limpiarlos.—

Con la mano extendida, Summer le hizo señas para que le pasara los pescados que llevaba, su propio bulto colgándole del hombro con la otra mano.

—Sí, estaría genial— dijo, tropezando con las palabras. Entrecerró los ojos mirando al niño que jugaba, con el pelo color arena y la piel tostada por horas bajo el sol. Un destello naranja le atrapó la mirada. Sin dudarlo, metió la mano en el bolsillo. La sensación de vacío le pegó en el estómago como un puñetazo.

—¿Dónde tienes la cabeza, hombre?

Summer tomó los pescados de sus manos y los agregó a los suyos.

—¿De qué hablas?— bufó Kai, mirando hacia abajo a Summer, ahora cargada con la pesca del día. —Mi cabeza está justo aquí. Solo pensaba. Eso es todo.—

—Pues espero que estés pensando en lo que hablamos en el bote — dijo Summer, irritada y con algo más que Kai no supo identificar.

Alzó una ceja y le dio un empujoncito en el hombro libre. —¿Puedes con todo ese peso, dragoncita?—

Los ojos de la joven se alzaron, brillantes y alertas. Pareció crecer ahí mismo delante de él, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—¿Por qué me llamaste así?— Su voz salió ronca, como si estuviera a punto de perderla. Lo cual era chocante, porque nunca se callaba.

Frunció el ceño y se encogió de hombros, confundido. —No sé, es que me recuerdas a uno. Pequeña diablilla feroz que escupe fuego si la haces enojar.— Sonrió de medio lado y le dio un toquecito con los nudillos en la mandíbula. —Hasta pareces un dragón. Aunque seas del tamaño de un chihuahua.—

—Vete a la mierda— bramó Summer. Tenía la cara encendida y llena de vida. Se dio la vuelta para irse, pero luego lo miró de reojo, aún resplandeciente.

—¿Vas a venir después?— Asintió hacia el espacio comunal para preparar y cocinar la comida. Era una adición reciente, más fácil para acomodar a más gente que iba llegando a Hayden, hambrienta y en shock.

—Tengo un par de cosas que hacer y luego voy para allá.—

Summer lo miró y de nuevo hacia donde él miraba al niño.

—Sé que solo es un niño. Lo entiendo. Con él no tengo el problema.— Su voz fue baja; el tono juguetón había desaparecido.

—Lo sé.— No la miró; sus ojos seguían clavados en el niño que jugaba.

Le dirigió una última mirada y luego se dio vuelta, rumbo al área de cocina.

—No vayas a quemar a nadie con esa boquita ardiente— le gritó mientras ella se alejaba, la espalda cargada con su pesca. Sin voltear, ella alzó la mano y le enseñó el dedo, sin disminuir el paso.

Los labios de Kai se curvaron en una sonrisa ladina mientras se encaminaba hacia el niño, fijándose en el objeto naranja en su mano, que arrastraba por la arena.

Se detuvo frente al pequeño; su altura proyectó una sombra que le bloqueó los rayos tibios del sol que lo bañaban hasta hacía un instante. El niño alzó la cabeza para cruzar la mirada con la de Kai, revelando sus solemnes ojos color avellana.

—¿De dónde sacaste eso?

Kai se agachó y tomó el camión de juguete naranja de la mano de Adam. Imperturbable, Adam observó cómo Kai examinaba el juguete, buscando las letras que sabía que estaban allí. El corazón le retumbó en el pecho cuando volteó el camión. Ahí estaban, las iniciales C.D., confirmando lo que ya sabía.

Christopher Daxon.

El rostro de Kai palideció mientras los recuerdos de Chrissy le inundaban la mente. Aún podía verlo sosteniendo el camión que él le había dado a su sobrino años atrás. Los dedos de Chrissy, mugrientos de tierra, de empujarlo por la arena. La risa del niño ensordeciéndole los oídos, su voz resonando por siempre *en su corazón.*

¡*Tío*!

Cerró los ojos, luchando por contener el dolor.

¿Cuándo había sido la última vez que pensó en Chrissy?

La vergüenza le caló hasta el último rincón del cuerpo. ¿Cómo había permitido que el recuerdo de Chrissy se quedara relegado al

fondo? ¿Cómo pudo olvidarlo siquiera por un instante?

Con un toque suave, pasó la yema del pulgar por las iniciales C.D., sintiendo las crestas gastadas donde una vez vio a Chrissy esforzarse por grabarlas en la parte trasera del camión con un clavo. El niño estaba empeñado, y Kai lo sentó con cuidado en su regazo, guiándole la manito mientras marcaban las letras juntos. Aún podía oler el dulce aroma del cabello de Chrissy haciéndole cosquillas en la nariz mientras se inclinaba sobre el niño, viéndole sacar la lengüita en concentración.

Kai miró a Adam, tratando de entender cómo el camión de Chrissy estaba ahora en las manos de ese niño.

—Tú me lo diste. En el supermercado.—

Atónito, sí, Kai recordaba haberle dado el camión a un niño asustado y perdido, pero no había reconocido que se trataba de Adam.

Y ahora estaba ahí, el mismo niño sentado en la arena, mirándolo hacia arriba.

El hijo de Ben Hollen. El niño que podía destruirlos a todos.

—¿Qué significan esas letras?— La voz infantil de Adam cargaba un peso mayor a sus años. Como si lo habitara un alma vieja.

—El nombre de mi sobrino. Christopher Daxon.—

Kai le devolvió el camión, dándole una palmada en el hombro al ponerse de pie para irse. Se sintió avergonzado por no haber reconocido a Leah y Adam aquel día en el supermercado.

Y aun así, ahí estaba Adam. El niño al que Kai, sin pensarlo, también le había regalado su posesión más preciada.

¿Fue casualidad? ¿Que el mismo niño estuviera aquí, en Hayden?

Con los ojos abiertos de par en par, el pequeño extendió el brazo hacia Kai, ofreciéndole de vuelta el camión de juguete.

—Mira, Kai, lo estoy cuidando muy bien. ¿Crees que Chrissy estaría orgulloso y contento?

—Te acuerdas de mi nombre.—

—Sí, eres mi Guerrero Indio. Se supone que debes protegerme.—

Kai se quedó desconcertado.

—¿Protegerte? ¿Cómo así?

El niño se encogió de hombros.

—No sé. Eso es cosa de grandes.—

Empujó el carro otra vez por la arena, haciendo ruidos de motor con sus labios, que vibraban con el bramido.

—Sí.— La palabra tropezó en los labios de Kai. Se sintió raro, fuera de sí. ¿Cómo estaba pasando esto? ¿Cómo podía el niño frente a él ser el mismo del supermercado? ¿Por qué este niño creía que Kai debía protegerlo?

El niño alzó la vista, entornando los ojos por el sol.

—Chrissy estaría orgulloso y feliz. Has hecho un buen trabajo.

Las risitas vibrantes de Adam le cosquillearon los oídos a Kai.

Era agradable, tenía que admitirlo, volver a oír la risa de un niño.

—¿Kai?

Volteó la cabeza hacia los pasos que se acercaban, molesto de que Chris viniera hacia él. Miró de nuevo al niño, deseando quedarse un momento más, pero el crujir de las pisadas de Chris sobre la grava le dijo a Kai que no podía ignorarlo.

—Sí—. Se volvió y empezó a caminar hacia Chris, manteniendo unos pies de distancia entre ellos y Adam.

—Estaba hablando con el chico—. Chris se metió de lleno en la conversación, sin rodeos. Las palabras le salían en ráfaga, aunque Kai sabía que no corrían tan rápido como sus pensamientos. Algo que Kai había aprendido sobre Chris era que, aunque pudiera ser molesto, y a Kai no le gustara que estuviera saliendo con su hermana, tenía reflejos de látigo. Chris Anwir era un tipo listo. Probablemente más listo que Kai. ¿A quién quería engañar? Chris era más listo que la mayoría de ellos. Pero la gente lista no siempre hace cosas inteligentes.

—Sí— dijo Kai sin más, mirando de reojo a Adam.

—Ella me estaba contando sobre su conversación de esta mañana. —

Kai enderezó la espalda, dándole a Chris toda su atención.

—¿Y?—

—Y que es una buena idea. Salir y ver qué hay allá afuera. Ya pasó suficiente tiempo—, Chris hizo una pausa, con un gesto extraño cruzándole la cara. Kai no lograba entenderlo, pero siempre había

algo en Chris que parecía oculto. Algo que a Kai le costaba sacudirse o confiar por completo.

—Estoy de acuerdo.—

Adam alzó la mirada, sin siquiera intentar ocultar que oía lo que Chris y Kai decían.

—No se preocupen. Kai nos va a proteger de mi papá. Es mi Guerrero Indio. Va a protegernos a todos.—

Los dos hombres se volvieron al unísono, sorprendidos por el tono inquietante de la voz del niño.

—¿Cómo que tu papá? ¿Sabes algo de tu papá? ¿Está cerca de aquí?— Los ojos de Chris recorrieron la zona, con el miedo visible en su rostro. —¿Guerrero Indio? Pensé que ese era un término que ya no se supone que usemos.—

Kai se quedó desconcertado. Nunca había visto a Chris tan descompuesto.

La mirada sombría de Adam permaneció fija en ellos mientras alzaba la mano y señalaba los arbustos a lo lejos.

—Está allá afuera. Cree que se está escondiendo de nosotros.—

Adam bajó la mano y volvió a jugar, imitando ruidos de carro.

Un escalofrío recorrió a Kai, pero el rostro de Chris había tomado un tono gris pálido.

—Adam, ¿tu papá sabe que estás aquí?— Kai trató de ignorar a Chris, aunque una sensación de miedo le iba creciendo. ¿Habían cometido un error catastrófico al permitir que Leah y Adam entraran a Hayden?

Adam asintió y comenzó a tararear, sin mirarlos.

—¿Tu mamá lo sabe?— preguntó Kai, temiendo oír la respuesta.

—Nop.— Negó rápidamente con la cabeza, como si la sola idea fuera algo que no quería que su mamá supiera.

—¿Por qué crees que tu papá está aquí? ¿Lo viste?

Adam ladeó la cabeza, como si no entendiera la pregunta, y volvió a mirar los árboles que se mecían delante de ellos. Como si hubiera algo o alguien allí, observando.

—Mmm. Siempre anda por ahí. Pero mami no sabe. Ella piensa que nos estamos escondiendo de él, pero él siempre está, vigilándonos.—

—¿Lo has visto? ¿Te ha hablado?— preguntó Kai, dándose cuenta de que se había acomodado demasiado a la rutina del día a día en la que había caído.

—Nop. También cree que se esconde de mí.— Adam no los miró, siguió jugando con sus juguetes.

—¿Pero no lo has visto?— Kai notó que la atención de Adam se le empezaba a ir.

—Nop. A veces creo que lo veo, pero luego ya no está. Igual sé que estuvo ahí, aunque mis ojos me engañen.—

Kai se relajó. Solo era un niño que extrañaba a su padre. No lo veía hacía mucho. Era añoranza. Algo que los niños con mucha imaginación se inventan.

Chris iba y venía, pasándose las manos por el cabello oscuro. El miedo irradiaba de él a cada paso. Siempre estaba en guardia, siempre preocupado por lo que había más allá de los límites de Hayden. Hasta el punto de lo radical. Igual que... y entonces a Kai le cayó la ficha. Igual que Summer.

Chris y Summer habían visto más de lo que había allá afuera que Kai.

—Adam, ¿quieres a tu papá? ¿Lo extrañas?— preguntó Kai, con la mente en espiral mientras miraba la coronilla del niño, rogando que le diera respuestas que no quería oír.

Adam sacudió la cabeza con violencia. Le temblaban las mejillas y los labios.

—Nop. Ni de broma.—

Kai no podía sacudirse la sensación de temor e inquietud. La inocencia del niño y la desesperación de su madre por salvarlo lo habían cegado. Ella solo trataba de proteger a su hijo, pero ahora Kai temía lo que sin querer había dejado entrar en sus vidas.

—Por esto tenemos que estar más vigilantes con la seguridad—. Chris despotricaba mientras caminaba de un lado a otro, con la mente visiblemente en ebullición.

Kai le sujetó el brazo a Chris y lo jaló lejos de Adam para que no los oyera.

—¿Sabes algo sobre ese Ben Hollen que no me hayas contado?

Chris se quedó quieto, incapaz de responder.

—Tienes que ser honesto conmigo.—

—Ben Hollen es un tipo peligroso. No es alguien con quien jugar— afirmó Chris, mirando al niño que estaba inmóvil con el camión aferrado. Parecía escuchar cada palabra que decían.

—¿Nos equivocamos al traerlos aquí?

Chris alzó la vista; sus ojos ya le decían a Kai todo lo que necesitaba saber.

—¿Qué creo?

Kai pudo ver la resignación en los ojos de Chris, pero seguían claros y enfocados cuando lo miró de vuelta.

—Necesitamos toda nuestra atención en más seguridad, un campo de fuerza más fuerte para proteger a la gente que ya está aquí. Summer tiene razón, hay que salir, evaluar lo que queda y prepararnos para lo peor. ¿Dónde carajos está la ayuda? ¿Por qué nadie ha venido a salvarnos? ¿Qué hay más allá de Lex?— Asintió con la cabeza hacia Adam. —¿Cometimos un error al traer a la familia Hollen a Hayden? Ya es tarde para eso. Están aquí.—

Chris cerraba y abría las manos temblorosas antes de volver la vista a donde veía a Leah y a Lonnie charlando en una banca. Meggie Mugs estaba tendida entre ellas, disfrutando de la atención.

La mirada de Kai se fue hacia las dos mujeres. Los ojos de Leah se cruzaron con los suyos por un instante, despertando sentimientos encontrados en él. Su presencia dentro de Hayden había puesto una diana sobre cada persona allí. A pesar de saberlo, Kai no pudo evitar sentir una extraña atracción hacia ella. Azorado, bajó la vista al suelo, avergonzado de que lo hubiera sorprendido mirándola.

Chris se subió los lentes por el puente de la nariz y se volvió hacia el bosque de árboles que Adam había señalado. Se sentían ominosos. Ya no reconfortantes.

—Vamos a tener que decidir hasta dónde estamos dispuestos a llegar para mantener este lugar a salvo.—

Kai miró a Adam, y luego de vuelta a Lonnie y Leah, que seguían conversando, sin enterarse de lo que pasaba.

—Haría lo que fuera por proteger Hayden.—

—¿Lo que sea?— preguntó Chris, posándole una mano en el hombro a Kai.

Kai se detuvo, mirándolo.

Le dirigió una última mirada al niño, Adam Hollen, que creía que Kai era su protector. Su Guerrero Indio.

El graznido de un ave arriba les llamó la atención. Un cuervo majestuoso salió disparado de los árboles que Adam había señalado hacía instantes. La mente de Kai voló al cuervo que había visto afuera del supermercado. Era su símbolo, su tótem animal—si es que creía en esas cosas. Y sí. A pesar de que no se lo enseñaron. Estaba ahí, enterrado hondo en lo más profundo de su alma.

El cuervo planeó sobre sus cabezas, extendiendo amplias las alas, con su graznido retumbando en el cielo. Parecía jugar con las nubes, danzando en el aire allá arriba.

Su gente. Algo que había estado buscando toda su vida.

¿Quiénes eran los hombres, mujeres y niños de Hayden? ¿No eran su gente? Pensó en Summer, en Lonnie, incluso en Chris. Si no eran su gente, entonces ¿quiénes?

Kai ya sabía la respuesta.

—Haré lo que haga falta— dijo, con la mirada volviendo a Adam. El niño se irguió, estirando el cuello al máximo mientras alzaba la mano hacia el cuervo que volaba encima, como si intentara atraparlo con las puntas de los dedos.

Kai sintió una oleada abrumadora de deber y protección, algo que solo había experimentado una vez antes. Pudo sentir a Chrissy a su lado, intentando tirarle del brazo.

Adam era parte de Hayden y, por lo tanto, responsabilidad de Kai. Apartó la vista del niño y se volvió hacia la madre. Ella miraba al cuervo que giraba arriba. Cuando notó que Kai la observaba, asintió, se sonrojó y apartó los ojos. Kai volvió a enfocarse en el niño, que se ponía en puntitas, la mano esforzándose por alcanzar lo inalcanzable.

A pesar de todos los motivos para preocuparse, Kai iba a proteger a Leah y a su hijo.

Se quedarían en Hayden.

Capítulo 40

Ben

BEN SABÍA DÓNDE ESTABA Leah en todo momento.

Aunque Leah no tenía ni idea de que él lo sabía.

Ella creía que estaba sana y salva, oculta de Ben y de los De Cree. Del resto del mundo, en realidad, pero como siempre, Leah subestimaba a Ben.

De hecho, sobreestimaba su propia inteligencia.

Si no se enfocara solo en sí misma, no estaría en esta situación. Vivía en su propia burbuja, viendo solo lo que tenía a tres pulgadas de su cara. El mundo giraba en torno a ella y a Adam, y nada más importaba.

Estúpida mujer.

Pero él siempre estaba ahí, observando y esperando, a veces a plena vista.

No tenía otra opción. El hecho de que estuviera vigilándola a ella y al niño, sin que ella lo supiera, solo demostraba cuánto lo necesitaba

para protegerla.

No tenía ni idea del peligro en el que se encontraba.

Malcolm quería la sangre de Leah.

Ben no tenía otra alternativa. Tenía que seguirla. No podía permitir que alguien más la atrapara y la llevara ante Malcolm. Sería Ben quien la entregaría cuando estuviera listo.

A ella y al niño.

Sería él quien recuperaría a su esposa y la llevaría de vuelta con los De Cree. Pero no para ser juzgada por Malcolm. No, eso no sucedería.

Quedaría muy mal para Ben. Su posición caería aún más en las filas de los De Cree y había muchos que estaban más que dispuestos a bajarle los humos.

John Wilder, para empezar.

De ninguna manera Ben iba a permitir eso.

Su objetivo principal era exonerar a Leah y demostrar su inocencia en la muerte de Malik.

A pesar de todo, era su esposa, y la quería a ella y a Adam a su lado. Era crucial ahora, más que nunca.

A su mente le costaba comprender que Leah se le había escapado de las manos. Más difícil de asimilar aún era que ella hubiera encontrado el camino al complejo y suplicado que la dejaran entrar, completamente inconsciente de la gravedad de su situación.

Y a Yasmeen, nada menos.

¿En qué demonios estaba pensando Leah?

Uf, era tan tonta. Casi lo había arruinado todo.

Pero no todo estaba perdido. Después del breve exabrupto de Yasmeen, Ben había encontrado a Leah de nuevo con facilidad. No fue difícil. Conocía a su esposa mejor que nadie. Era tan predecible como un reloj.

No le tomó mucho tiempo seguir las migajas que ella dejó tras su encuentro con Yasmeen. No mucho en absoluto, gracias a Dios. Afortunadamente, Ben había acertado sobre Adam. Leah lo había escondido agachado detrás de un arbusto, a solo unos metros de ella cuando confrontó a Yasmeen.

Pero habían estado demasiado cerca. Si Ben quería mantener su posición como la mano derecha de Malcolm, su máxima prioridad era conseguir que Leah y su hijo entraran a los De Cree y fueran miembros oficiales.

Los necesitaba a ambos. Solo tener a Adam no sería suficiente en la mente loca y retorcida de Malcolm. Diría que Adam no era de sangre pura, aunque el niño era definitivamente del linaje de Ben.

El concepto distorsionado de Malcolm sobre quién era puro y quién no, era irracional.

Por Dios, Adam nació dentro del matrimonio. ¿Qué más quería Malcolm? El niño que iba a tener de Yasmeen ni siquiera era hijo de su esposa. ¿Qué diablos de sentido tenía eso? Pero en la mente de Malcolm, etiquetar a Yasmeen como la elegida lo aclaraba todo. Al diablo con las reglas que todos los demás tenían que seguir.

Ben sabía que Malcolm deliraba el noventa por ciento del tiempo, pero también sabía que el tipo hacía que las cosas sucedieran, y Ben quería eso. Lo necesitaba.

El poder siempre había sido lo que más lo excitaba.

Por eso le gustaban las mujeres como Leah. Podía controlarlas, solo dándoles la más mínima cantidad de admiración e interés. Dale un hueso a un perro hambriento y siempre volverá por más.

Ben necesitaba a Leah y al niño con él. El tiempo se agotaba. Tenía que encontrar un chivo expiatorio para el asesinato de Malik. Lo único que importaba era que Malcolm lo creyera. Todo lo demás era irrelevante.

Y así estaba aquí, observando a Leah una vez más.

Cada mañana, Ben ponía excusas para irse durante el día: viajes de caza, visitas a los soldados en Lex. Pero su verdadera intención siempre estaba clara: estaba vigilando a Leah. Cada paso que ella daba, cada movimiento que hacía, Ben estaba allí, cerca de ella. Observando, con el corazón latiéndole fuerte de anticipación, justo fuera de su vista.

Nada más le importaba en esos momentos. Nada.

Malcolm no tenía ni idea.

Comenzó al principio, cuando él y Malik llegaron a la cabaña vacía. Ben sabía que Leah volvería, eventualmente. A pesar de su amor por

la cabaña, la mujer no estaba hecha para sobrevivir al aire libre.

Como un reloj, hizo justamente eso. Leah no tenía ningún sentido de la creatividad. Era más predecible que el clima.

La observó todos los días mientras se escondía dentro de la cabaña, acurrucada, asustada y aterrorizada de dejar a Adam salir de la casa.

Lo cual era bueno porque si hubiera habido algún ruido de ese lugar, los soldados De Cree se les hubieran echado encima en un instante. Poniéndolos bajo custodia. Leah muerta y tal vez el niño también.

Sin embargo, eso no le gustaba. No le gustaba en absoluto la idea de que el niño muriera.

Ni Leah, en realidad.

Así que esperó, sabiendo que tendrían que salir de la cabaña por comida. Eventualmente.

Fue una sorpresa mayúscula cuando se lo perdió. Totalmente inesperado que hiciera precisamente eso. Dirigirse directamente al complejo De Cree como un cordero de sacrificio.

Estaba furioso por su incompetencia. Enojado, por haber permitido que sucediera.

No vio venir eso. Para nada.

Y que se encontrara con Yasmeen, vaya, eso terminó por arruinarlo todo.

No le importaba que Yasmeen descubriera la verdad. Era solo cuestión de tiempo antes de que lo hiciera. Hubiera sido mejor una vez que todo estuviera aclarado y Leah estuviera a salvo en el complejo De Cree con el niño.

Entonces Yasmeen simplemente habría aceptado su lugar como su consorte secundaria.

Malcolm le había asegurado que una vez que el niño naciera, podría hacer lo que quisiera con Yasmeen, fuera su esposa o no. Sin embargo, Ben no pudo evitar notar cómo Malcolm evitaba su mirada al decirlo.

Saber que Yasmeen era suya y no de Malcolm solo intensificaba la oleada de poder. Malcolm no podía hacer nada al respecto. No tenía precio. Por supuesto, Malcolm podría querer otro hijo, y bueno, Ben

estaba de acuerdo con eso. Dudaba que Yasmeen estuviera tan dispuesta, pero no iba a pensar en eso ahora.

Lo que importaba era que encontró a Leah, y de ninguna maldita manera iba a perderla de vista de nuevo.

La alcanzó en el bosque, cerca de donde se había encontrado con Yasmeen. Cargada con una mezcla infantil de equipo de campamento, arrastrando al niño detrás de ella. Desde entonces, él estaba un paso detrás de ella en cada recodo.

Ben no había esperado que el grupo apareciera de la nada.

No, no lo había hecho. No esperaba eso en absoluto, ni que acogieran a Leah y a Adam.

Un evento que no había planeado.

Ben había estado siguiendo a Leah y a Adam desde la distancia cuando la vio saltar, arrastrando a Adam con ella hacia los arbustos para esconderse. Se mantuvo atrás, alerta, con su arma levantada mientras veía al pequeño grupo de tres emerger del bosque.

Casi les dispara. Ben estaba a punto de hacerlo, pero cuando vio a la figura más alta saltar frente a los arbustos donde se escondían Leah y Adam, Ben bajó su arma. No pudo entender exactamente lo que el hombre alto decía, pero estaba claro que estaba usando su cuerpo para protegerlos de los otros.

La mayor de las sorpresas, para nada. Leah extendió su mano hacia el hombre alto, sosteniendo a Adam en sus brazos, y permitió que el extraño alto la ayudara a salir del arbusto.

Ben tuvo que luchar para mantener la compostura. Levantó su arma, apretó el dedo en el gatillo y apuntó a la cabeza del hombre. Pero luego lo pensó mejor y la bajó.

Quizás esto podría funcionar a su favor. Si la llevaban a otro lugar, probablemente la mantendrían en una sola ubicación con otros, haciéndole creer que estaban a salvo. Ya no estarían deambulando solos por el bosque, arriesgándose a morir de hambre o a toparse con alguien que no dudaría en hacerle daño a ella o a Adam.

Ben no tendría que dar vueltas en círculos todos los días siguiéndolos. Estarían resguardados en un solo lugar, bien y ordenadamente. Donde podría vigilarlos hasta que pudiera decidir qué hacer a continuación.

Así que los dejó ir, y los siguió hasta Hayden, el lugar liderado por el tipo alto de pelo largo que los encontró.

La sola idea de este hombre despertaba emociones intensas en Ben: una mezcla de celos e ira que le hacía querer destrozar a Kai con sus propias manos, aunque no podía identificar la razón exacta.

Le gustaba al niño, le gustaba mucho al niño.

Ben se agachó en su lugar habitual una vez más.

Aunque tenían un sistema de seguridad de estilo militar tan fuerte a su alrededor, nadie se percató de él. Se sentó y observó, sin faltar un solo día, durante una buena hora. Sabiendo que, por ahora, Leah y el niño estaban a salvo.

Más o menos.

Ben sabía dónde estaban, y si él pudo rastrearlos hasta Hayden, otros también podrían. Cuando fuera el momento adecuado, Ben planeaba ser esa persona, guiando a Malcolm y a los De Cree directamente al mismo lugar desde donde estaba observando.

Pero por ahora, nadie necesitaba saberlo.

Era el pequeño secreto de Ben para todos ellos.

Se asomó a través del follaje, observando a Kai y a la adolescente, que siempre estaba a su lado, acercándose al camino. La mirada de Kai se detuvo en Leah mientras ella pasaba a su lado con la cabeza gacha, dirigiéndose hacia una figura fuera de su vista. Se detuvo para hablar con el niño que jugaba en un arenero antes de seguir su camino. Ben lo observó todo desde su escondite en los arbustos.

Oscuras emociones de celos y amargura consumieron a Ben mientras observaba a su hijo interactuar con Kai, con su largo cabello negro y su imponente altura, haciendo que su propia estatura pareciera pequeña en comparación. Su hijo se rio mientras le ofrecía un juguete a Kai.

Una voz familiar que llamaba a Kai interrumpió la ira contenida de Ben. Sus ojos siguieron el sonido para ver a un hombre acercándose. La rabia de Ben, que había estado burbujeando dentro de él momentos antes, dio paso a una conmoción total. No podía ser... pero lo era. El hombre que caminaba hacia Kai parecía un fantasma, alguien que había regresado de entre los muertos. Era imposible, y sin embargo, ahí estaba frente a todos ellos.

Chris Anwir.

—Qué caraj… —se tapó la boca con la mano, tratando de contener las palabras y su impulso de salir de su escondite.

¿Chris estaba vivo? ¿Cómo demonios era eso posible? Malik había dicho que había matado a Chris en la planta. Incluso se jactó de ello. De cómo hizo que Chris se arrodillara con las manos detrás de la cabeza, al estilo de una ejecución. Disparándole a quemarropa en la nuca. Se rio de ello mientras Malik imitaba la explosión de su cabeza con las manos.

Pero ahí estaba, Chris, con preocupación en el rostro, hablando a toda velocidad con Kai, quien se había levantado de hablar con el niño.

¿Pero qué demonios está pasando?

Malik mintió.

No había matado a Chris, así que, ¿qué había pasado? No hay forma de que Malik lo hubiera dejado ir libre. Malcolm fue muy claro con sus instrucciones. La vida de Chris debía terminar.

No se podía confiar en él, y con buena razón. El tipo traicionó a toda su ciudad al cortar la energía. No podías depender de alguien que vendería a su propia gente.

Ben no prestó atención a la ironía de que él también había traicionado a su propia ciudad. No era lo mismo. Él era un De Cree, y eso era todo lo que importaba. Chris, por otro lado, era un hombre débil y engañoso, en quien no se podía confiar bajo ninguna circunstancia. Sin embargo, aquí estaba, libre y de pie junto al despreciable Kai. El hijo de Ben, jugando, a solo centímetros de sus pies.

Esta excusa de hombre que había intentado matar una ciudad.

¿Cómo terminó Chris en Hayden? Él, obviamente, era el cerebro detrás de las tácticas militares que Ben había observado en las últimas semanas. ¿Cómo no se dio cuenta Ben de Chris antes? No se percató de quién era el entrenador militar porque estaba demasiado preocupado por Leah.

Ignoró lo que estaba justo frente a su cara. El traidor entre ellos. De repente, la verdad golpeó a Ben como una tonelada de ladrillos.

Chris era un traidor.

Chris era un traidor de los De Cree, y de alguna manera, había escapado de Malik. Ahora todo tenía sentido.

Los pensamientos giraban en la cabeza de Ben, las ideas de cómo podría usar esta nueva información a su favor. Chris era el chivo que estaba buscando. El cabeza de turco para salvar la reputación de Leah. Chris tenía todos los motivos para matar a Malik. Leah no los tenía.

No creía que Chris hubiera matado a Malik más de lo que creía que lo había hecho Leah. El tipo era demasiado gallina para lograr algo así. Pero eso era irrelevante. Podía trabajar con esto. Llevar a Chris vivo ante Malcolm demostraría que Malik había mentido, y que Chris tenía todos los motivos para matarlo para mantener ese secreto en silencio para siempre.

Era perfecto.

Mantener una vigilancia constante sobre el paradero de su esposa estaba resultando ser más beneficioso de lo que podría haber imaginado.

Capítulo 41

Tabitha y Yasmeen

TABITHA ESTABA SENTADA OBSERVANDO a Amanda desde el otro lado de la habitación, fingiendo escuchar mientras Amanda divagaba sobre John y su embarazo.

Luchaba por evitar poner los ojos en blanco, preguntándose cuándo Amanda se callaría.

¿A quién le importaba su mocoso?

En los De Cree, el linaje lo determinaba todo, y el hijo de Amanda siempre estaría por debajo del hijo de Tabitha, el heredero de la dinastía De Cree.

Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras su corazón se aceleraba con anticipación.

Su hijo.

La comprensión era casi demasiado increíble para asimilarla. Después de años de espera y esperanza, por fin sería madre. Sus ojos se desviaron hacia Yasmeen, sentada a su derecha.

Tabitha se encontraba constantemente obsesionada con ella, incapaz de apartar la mirada por mucho tiempo; sorprendiéndose a sí misma observándola, tratando de detectar cualquier cambio sutil en la cintura de Yasmeen.

Yasmeen estaba desplomada en su silla, su rostro un lienzo en blanco. Sus ojos entrecerrados, fijos en la mesa frente a ella mientras la charla incesante de Amanda con el otro grupo de mujeres llenaba la habitación como un enjambre de abejas. Su mente estaba en otra parte.

Tabitha se sentía igual y se preguntaba cuánto tiempo más podría mantener esta farsa, fingiendo estar interesada mientras su mente se alejaba cada vez más.

—¿Ya saben el sexo? —interrumpió Tabitha. Se llevó la taza de té a los labios secos y bebió el líquido caliente de un trago. No le podía importar menos lo que Amanda fuera a tener, pero necesitaba algo para ocupar su mente. Ver a Yasmeen sentada a su lado, la pequeña pancita que se asomaba bajo su blusa era demasiado. Sabía que Yasmeen llevaba el hijo destinado a Tabitha, pero verla día tras día crecer con el hijo de Malcolm le estaba pasando factura.

Debería ser ella la que estuviera embarazada del heredero de Malcolm, no la fulana de Ben. Cerró los ojos, tratando de borrar la imagen de Malcolm inclinado sobre el cuerpo drogado de Yasmeen, dejándola embarazada del hijo que ella no podía concebir.

—No, no queremos saber —continuó Amanda con su parloteo, su voz perforando la cabeza de Tabitha como un hacha.

—John y yo creemos que cualquier hijo será un nuevo y bendecido miembro de los De Cree.

Tabitha intentó sonreír, pero sintió la boca tensa y rígida.

—Será genial. Nuestros bebés crecerán juntos. Compañeros de juego desde la cuna —dijo Amanda radiante, con la expresión alterada de una obsesa.

Tabitha mantuvo su sonrisa falsa, esforzándose por no salirse de sus casillas. De ninguna manera el mocoso de Amanda estaría cerca de su bebé. El hijo de esa mujer estaría inclinándose y sirviendo a su hijo. Amanda deliraba. Tabitha odiaba que Malcolm quisiera que se

presentara como una igual a las esposas de los soldados de menor rango.

Porque eso era John Wilder, aunque él no lo supiera. Él y Amanda pensaban que estaban en lo más alto de los De Cree, totalmente inconscientes de que eso estaba lejos de la verdad. John Wilder era y siempre había sido más un reclutador para la organización, no el músculo que realmente hacía el trabajo sucio. Pero no se podía tener una comunidad en crecimiento si solo tenías criminales dispuestos a hacer cualquier cosa por su líder. Eso era seguro, aunque Malcolm no se daba cuenta de esto; es decir, hasta que llegó Tabitha. Por supuesto, fue ella quien le aconsejó que buscara fuera de la colección de vándalos borrachos de poder que se apuntaban fácilmente para ser parte de los De Cree. Necesitaban hombres con esposas como John y Amanda Wilder si realmente querían ser tomados en serio como una organización que deseaba cambiar el mundo. Hombres de familia que vigilaran el complejo y se ocuparan de las cosas que había que hacer.

Había mucho por hacer. El número de los De Cree estaba aumentando, y pronto crecería con nuevos miembros nacidos en la comunidad.

El súbito sonido de una silla raspando contra el suelo devolvió a Tabitha al momento presente.

Yasmeen se puso de pie, mirando a las mujeres sentadas ante ella. Turbada, comentó que necesitaba recostarse. Todas se levantaron de un salto, al igual que Tabitha.

—Iré contigo. —A Tabitha le hirvió la sangre de ira por verse obligada a responder a Yasmeen como todos los demás. Ella era la esposa de Malcolm, no esta zorra que llevaba a su hijo; una mujer ante la cual todos parecían reaccionar y a la que complacían por encima de todos los demás. Un hecho que ardía dentro de Tabitha como un carbón al rojo vivo.

—¡No! —La voz de Yasmeen cortó el aire. Sus palabras atravesaron el tenso silencio. Todos los ojos se volvieron hacia ella. El peso de sus miradas la oprimía, pero se negó a retroceder ante Tabitha.

La presión dentro de la cabeza de Tabitha aumentó, hirviendo y burbujeando hasta que amenazó con desbordarse. Cerró los ojos y respiró hondo, tratando de calmar la tormenta que se desataba en su interior. Podía sentir su corazón acelerado y sus palmas comenzaban a sudar.

Al abrir los ojos de nuevo, intentó concentrarse en cualquier cosa que no fuera la figura de Yasmeen que se retiraba, con su largo cabello rizado rebotando a su espalda.

«Solo unos meses más», se recordó Tabitha a sí misma, deseando que el tiempo pasara rápido. «Luego se habrá ido para siempre».

A pesar de que Malcolm le aseguró que así sería, una pequeña parte de ella no confiaba en él. Había visto la forma en que sus ojos recorrían a Yasmeen cuando pensaba que nadie miraba. Yasmeen tenía que irse.

Una vez que naciera el bebé, Tabitha se iba a encargar de que así fuera.

Los pasos de Yasmeen resonaban en el austero pasillo blanco mientras se apresuraba, consciente de la mirada crítica de Tabitha en su espalda. Aceleró el paso, incapaz de soportar un segundo más en la habitación llena de zánganos sin mente. Escuchar a la vieja amiga de Leah planificar la vida de sus hijos creciendo en esta secta era insoportable.

Amanda no tenía idea de a qué estaba trayendo a su hijo. Era totalmente ajena a la destrucción que los De Cree habían causado. La mayoría de estas marionetas de ojos vidriosos que seguían a Malcolm vivían en la ignorancia. Le estaban dando la mano al diablo, sin saber que habían vendido sus almas por aquello que creían estar tratando de salvar.

Idiotas, pensó mientras se apresuraba hacia sus habitaciones.

No todos en esa habitación estaban ciegos, no, no todos.

La cálida y palpitante sensación del feto moviéndose dentro de ella le revolvió el estómago a Yasmeen. Apretó una mano contra su

abdomen, sintiendo la pequeña vida que crecía en su interior. No pudo evitar sentir náuseas por la sensación.

Había una persona además de Yasmeen que sabía exactamente lo que estaba sucediendo fuera de los muros del complejo.

Tabitha.

Tabitha lo sabía todo.

Yasmeen entró en su habitación y rápidamente cerró la puerta con llave detrás de ella. Sabía que estaría vacía, ya que Ben y Malcolm probablemente estaban ocupados ideando otros planes atroces para matar gente y controlarla. No es que importara si él estaba allí. Últimamente, no le servía de mucho.

Cuanto más se notaba su embarazo, más la quería Malcolm a su lado, haciendo a un lado a su esposa para darle espacio a *La Elegida.* Exhibiéndola como una especie de virgen María perversa.

Más tarde, la pasión de Ben la consumiría con una intensidad tan ardiente que se sentía más como un objeto de posesión. Una lucha para ver a quién pertenecía, si a Malcolm o a Ben. La forma de Ben de decir que Malcolm podía tener su vientre, pero Yasmeen era de Ben para hacer con ella lo que quisiera.

Hombres, pensó. Todo se trataba de sus egos y de quién era el león más grande de la manada. Yasmeen era solo un cadáver por el que peleaban. Nada más que carne muerta.

Suspiró y se sentó en la cama, sintiéndose derrotada.

¿Era esto lo que merecía por acostarse con el marido de otra mujer?

Pensó en Leah y Adam.

Ben actuaba como si le hubiera dado la espalda a su propio hijo por Malcolm. Dándolo por muerto para poder ser el hombre de confianza de Malcolm. Pero Yasmeen también tenía sus propios secretos. Sabía más de Ben de lo que dejaba ver.

Un dolor abrumador oprimió su pecho, mientras llevaba su puño cerrado al lugar donde más le dolía. Su corazón. Abrió la boca en un grito silencioso de ayuda mientras golpeaba la cama a ambos lados con los puños. Deseando que el dolor que Ben le causaba desapareciera junto con el estar atrapada en esta comuna de mala muerte. ¿Cómo diablos terminó aquí abandonada, violada y

embarazada? Juntó las manos alrededor del pequeño montículo de su vientre, inclinando la cabeza hacia atrás y gritó en silencio. Los únicos sonidos eran las inhalaciones ásperas de cada bocanada de aire que no creía poder tragar.

Ben vendió su alma sin preguntar, y ella todavía lo amaba.

No más.

No permitiría que estos dos hombres tuvieran más control sobre su vida.

Un suave golpeteo resonó en la habitación, seguido por un leve traqueteo de la manija de la puerta. Conteniendo la respiración, esperó una respuesta.

—¿Yasmeen? —La voz aguda de Tabitha cortó el silencio, haciendo que Yasmeen se estremeciera mientras todo el calor que le quedaba se le escapaba del cuerpo.

—¿Estás bien? ¿Por qué está la puerta cerrada con llave? —Tabitha golpeó más fuerte, su preocupación volviéndose más urgente—. ¿Necesitas que vaya por el doctor? ¿O por Malcolm?

Al oír el nombre de Malcolm, Yasmeen se puso de pie.

—¡No! —respondió más rápido de lo que quería. Se llevó las manos al cabello, apartándolo de su cara.

Lárgate, gritó dentro de su cabeza. Imaginando que le daba un puñetazo a Tabitha en su cara de suficiencia.

—Estoy bien. Solo cansada. Voy a recostarme un rato. Nos vemos mañana —mintió.

Hubo una pausa en la puerta.

—¿Estás segura? ¿El bebé está bien? Debería ir por el doctor, como mínimo.

La voz de Tabitha se sentía como insectos arrastrándose por todo su cuerpo, tratando de cavar dentro de su carne para infectarla.

—Todo está bien —dijo Yasmeen con los dientes apretados, forzándose a responder.

Me alegro de que pienses en mí, perra.

—Quizás debería ir por Malcolm.

—Tabitha, solo necesito descansar. Eso es lo que más quieren las mujeres embarazadas. —Hizo una pausa, queriendo abrir la puerta y agarrar a la esposa de Malcolm por el pelo y tirar una y otra vez.

Quizás incluso darle unas cuantas bofetadas en la cabeza. Pero eso solo causaría más problemas.

Entonces se le ocurrió una idea.

—Ahora por favor, si no te importa, mi cuerpo necesita recostarse. Sé que no entiendes esto, pero gestar un bebé es agotador. —Hizo una pausa, se levantó y pegó la oreja a la puerta, tratando de escuchar al otro lado—. Ahora se mueve tanto, que solo necesito recostarme sin nada que me apriete la piel. Solo meterme desnuda bajo las sábanas. Que todo cuelgue —soltó una risa para dar efecto, sin darse cuenta de que se estaba acariciando el estómago mientras hablaba—. Hasta los sostenes me quedan apretados, mis pechos se han hinchado tanto que es obsceno.

—Bien. —La voz de Tabitha cortó el aire con un filo agudo.

Estaba furiosa.

Bien, a veces las palabras eran tan efectivas como un puñetazo en la cara.

Si había alguien a quien detestaba tanto como a Malcolm, era Tabitha.

No se oía ningún ruido del otro lado de la puerta. Era seguro asumir que Tabitha se había ido. Pero por cuánto tiempo era otra historia.

Fue en ese momento que Yasmeen supo que se iba. Tabitha volvería con Malcolm y Ben. No podía más. No podía quedarse y jugar a ser la feliz *Elegida.*

Y más importante aún, no podía participar en convertir a Malcolm y Tabitha en padres.

Miró alrededor de la habitación, esperando que alguien saltara y la sujetara, forzándola a detenerse. Pero no había nadie.

Corriendo hacia el armario, tomó apresuradamente un abrigo y se lo echó sobre los hombros, el peso reconfortante de la tela dándole fuerza. En un movimiento rápido, llenó con algunas pertenencias un bolso de cuero que Malcolm le había dado después de su bautismo. Echó un último vistazo a la habitación vacía que había compartido con Ben los últimos meses. Esperando que alguna emoción se apoderara de ella. Algo que la hiciera sentir. No llegó ninguna

emoción. Dándose la vuelta, abrió la puerta de par en par y salió al pasillo.

Ben no era el único que guardaba secretos fuera de los De Cree. Yasmeen también lo hacía.

De alguna manera, tenía que llegar a Hayden.

Era su única esperanza.

CAPÍTULO 42

YASMEEN

LA PRIMERA VEZ QUE Yasmeen siguió a Ben, lo hizo porque no confiaba en él.

¿Por qué habría de hacerlo? Se la tiró en su casa con su esposa dormida en el sofá, sin enterarse.

Si eso no era la definición de alguien en quien no se puede confiar, Yasmeen no sabía qué lo era.

Su hijo los sorprendió, desnudos y dormidos en la cama de sus padres. Otra razón para no confiar en Ben.

Y estaba Malcolm Gobbo. Con solo oír su nombre en su cabeza se le erizaba la piel.

Ben lo veneraba como si fuera alguna clase de resurrección de Dios en persona.

Era asqueroso, y aun así se quedó, incluso después de descubrir la horrible verdad.

Ben la había vendido. La puso en bandeja para que Malcolm se diera un festín con ella.

Lo había querido con fiereza, y aunque su cerebro —que por lo general funcionaba a un nivel alto— no podía soltarlo ni siquiera cuando todas las señales estaban ahí.

Naturalmente, no pudo evitar seguirlo cuando él se iba cada día solo con la endeble excusa de ir de caza o trabajar con los soldados en la ciudad. Su mejor excusa para explicar por qué tardaba tanto —y la verdadera razón por la que salía— era afirmar que buscaba a su esposa y a su hijo para traerlos de regreso al De Cree.

Ella sabía que Malcolm esperaba que Ben buscara a su esposa y se la llevara, pero nunca le prestó mucha atención.

Leah se había ido. ¿Qué le importaba lo que le pasara?

Eso fue hasta que Ben empezó a desaparecer todos los días durante horas. Entonces sí le importó. Le importó mucho.

Porque, por más que Yasmeen lo odiara, Ben parecía obsesionado con el hecho de que Leah lo había dejado.

Ella no lo iba a permitir. No había manera de que Yasmeen dejara que esa mujer y su hijo volvieran a la vida de Ben.

Si Leah estaba en el De Cree, ¿qué sería de Yasmeen y de su hijo?

Así se sentía Yasmeen hasta que Leah llegó al complejo y destrozó su mundo.

Se abrió paso entre los matorrales, aferrando solo el morral de cuero cargado con algunas de sus pertenencias. Había dejado el carro que había robado en una zanja varios kilómetros atrás.

El sueño que creyó tener al alcance se había acabado de golpe.

Yasmeen miró los árboles que se mecían a su alrededor, recordando la alegría abrumadora que sintió cuando vio positivo el test de embarazo. Se detuvo un momento, tratando de recomponerse, mientras los árboles parecían mirarla con desprecio, burlándose de lo ingenuamente esperanzada que había sido.

No pudo contener la emoción al ver aparecer esas dos líneas. Le gustaba la idea de una hija, algo que Ben no tenía todavía. Le gustaba mucho esa idea y en secreto había esperado que el bebé fuera una niña.

Una niña con los ojos color avellana de Ben y su piel oliva y su cabello oscuro y rizado.

Aún le recorrían cosquilleos por todo el cuerpo, traicionándola.

Una vez más, la sensación de aleteo en el estómago regresó, haciéndola encogerse.

Siguió avanzando trabajosamente por el bosque, perdida entre recuerdos y sueños deslavados.

Antes de que su mundo se hiciera pedazos, Yasmeen había empezado a seguir a Ben en sus salidas diarias.

Le sorprendió gratamente lo fácil que fue. Le dijo a Tabitha, que nunca estaba lejos de donde estuviera Yasmeen, que necesitaba una siesta diaria. ¿Qué podía decir Tabitha ante eso? Nada, así que funcionó, por supuesto.

Negó con la cabeza, aturdida por lo extraño e inquietante que había sido el comportamiento de Tabitha. La mujer se le pegaba como una sombra que nunca la abandonaba. A Yasmeen le daba escalofríos la manera en que Tabitha vigilaba cada uno de sus movimientos con una intensidad al borde de la obsesión. Pero ahora todo tenía sentido: claro que Tabitha estaba obsesionada con ella.

Pensarlo le recorrió la espalda de escalofríos.

Todo se reveló, incluida la posesividad de Tabitha, en el momento en que Leah apareció en las escaleras del De Cree.

Las piezas que faltaban y que hicieron encajar toda la realidad.

Revelando la verdad y abrasando cada sueño que tenía hasta volverlo cenizas carbonizadas, imposibles de rescatar jamás.

Yasmeen apretó los ojos, sin querer recordar la cara de Malcolm a centímetros de la suya en la piscina, su deseo evidente mientras el agua chapoteaba a su alrededor al ritmo de sus movimientos. Su cuerpo flácido balanceándose con cada embestida, debajo de él.

Entendía de qué eran capaces Malcolm Gobbo y el De Cree. Yasmeen no tenía a nadie a quien culpar más que a sí misma.

Lo siguió por primera vez como una semana después de que él empezó a salir todos los días. Tomaba uno de los tantos jeeps y manejaba por más de una hora, pasando siempre el letrero de carretera de *Bienvenidos a Lex* antes de bajarse y seguir a pie. La

mayoría de las veces se escondía entre los arbustos para evitar que alguien lo viera.

La cabaña fue un descubrimiento sorprendente para ella. Ben nunca había mencionado tener una cabaña, pero ¿por qué lo haría? Ella no era su esposa ni alguien de importancia para él. Pero, en ese momento, no sabía la verdad. Todavía se aferraba a la idea de formar una familia con Ben como padre de su criatura. Insensatamente veía a Leah como una amenaza para su futuro con Ben.

Él se sentaba ahí a vigilar la cabaña, escuchando los crujidos de la vieja estructura de madera.

Agazapado y listo para saltar a la acción, mantenía la vista fija en el niño cuando salía de la casa a jugar. Su madre por lo general no aparecía por ningún lado, pero a veces salía al porche y observaba a su hijo jugar bajo los rayos dorados del sol.

Ben no sabía que Yasmeen también lo observaba, oculta, vigilándolo. Viendo cómo su mirada se detenía en el niño que jugaba.

Pronunciaba su nombre, dejándolo posarse en la lengua como un peso, ahogándola. Adam, el niño que se interponía en el camino de su bebé. La hija que siempre había querido. La criatura que creyó que era de Ben.

La repulsión supuraba dentro de ella, negra y pútrida. Su hijo no era de Ben. Nunca lo había sido.

Sus celos se intensificaron y ardieron más hondo, hirviendo dentro de ella cada día mientras iba tras Ben. No podía evitar sentirse así, aun después de saber la verdad de todo. Todas las mentiras en las que la habían hecho creer, expuestas.

Ben no notaba su ausencia cada vez que volvía. Nunca le afectaba que ella se le echara encima, desesperada por hacerlo suyo. Lo jalaba hacia la cama mientras ella yacía desnuda, con el principio de una curva formándose en su vientre. Una vez, le colocó la mano sobre el vientre en crecimiento, pero él se retiró de golpe, sorprendiéndola.

Ahora sabía por qué.

Yasmeen se detuvo en seco, se apretó las manos con fuerza contra la cabeza, tratando de borrar todo lo real.

El rostro de Ben se torció en una mueca de repugnancia absoluta cuando arrancó su mano de su vientre. La agarró del cabello y la atrajo hacia él, le obligó la cabeza hacia abajo y se hundió en su boca hasta correrse.

Así era entre ellos. Ella se le arrojaba a Ben, queriendo apretarlo dentro de sí y reclamarlo como suyo. Y cada vez él la tomaba con más fuerza, hasta que ambos quedaban exhaustos y derrotados, como guerreros que acaban de perder una batalla.

Solo se intensificó cuando Yasmeen supo la verdad sobre todo.

Aun así, se quedó, arrastrando a Ben a su cama mientras él se hundía en ella. Gimiendo su nombre mientras su cuerpo tembloroso se arqueaba bajo él.

Seguía deseándolo, incluso cuando sabía que él no la deseaba.

Solo empeoró cuando Leah y Adam se toparon con el hombre llamado Kai. Ben se había vuelto más exigente, nunca dejaba a Yasmeen en paz cuando regresaba de Hayden. Por supuesto, Yasmeen sabía por qué se la tiraba con tanta ferocidad: era por el hombre alto y atractivo, nativo, de cabello largo y oscuro, que cuidaba de Leah.

Lo vio.

Vio cómo la miraba.

Yasmeen sabía cómo mira un hombre a una mujer. Y aunque Kai hablaba como si no le gustara, Yasmeen sabía más. Estaba conteniendo lo que de verdad sentía, y eso era deseo.

Ben también lo vio.

Siguió caminando, sabiendo que cada paso la acercaba a su destino. Había recorrido ese camino muchas veces en las últimas semanas. Siguiendo a Ben directo hasta Hayden. Pensó en Leah y en cómo Yasmeen la había tratado aquel día fatídico en el De Cree, y se preguntó si Leah haría lo mismo y la echaría.

¿Y qué con el hombre alto? ¿Permitiría que la amante de Ben entrara, junto a su esposa, en su santuario?

No tenía idea, pero ¿qué opción tenía salvo intentarlo? ¿Adónde más podía ir?

Se dio cuenta de que tendría que esconderse aunque la recibieran, por culpa de Ben. Su ojo vigilante siempre estaba sobre su esposa y su hijo. Si la veía en Hayden, no podría mantener en secreto su paradero, no mientras estuviera embarazada del hijo de Malcolm.

Puede que Malcolm no apremiara a Ben para encontrar a Leah más rápido, pero no había manera de que dejara de intentar encontrar a Yasmeen, o más bien, al receptáculo que cargaba a su heredero.

Era la realidad de las cosas. Mientras estuviera embarazada, tenía que mantenerse oculta.

Gotas ligeras de lluvia empezaron a caer del cielo, golpeando el follaje sobre ella con suaves chasquidos.

Se subió la capucha de su abrigo color mostaza para protegerse y siguió a pie. La distancia hasta Hayden era considerable, y aún le faltaba bastante.

El sol se había puesto hacía horas, y el día desde hacía rato se había vuelto oscuridad. El trayecto había sido arduo, pero a Yasmeen no le importaba. Se sentía como una travesía por el infierno, pero se acercaba al otro lado, lista para lavar el daño que había hecho con la lluvia torrencial.

No había terminado, claro. Sus pecados no se habían lavado, pero al pararse justo fuera de la barrera donde sabía que habría soldados custodiando Hayden, esto era solo la primera parte del viaje de salida del Infierno.

Todavía le quedaba mucho por recorrer.

Tomó aire hondo y cruzó hacia el otro lado, sabiendo que no había vuelta atrás cuando hombres vestidos de oscuro la rodearon, con las armas en alto.

—¡Alto ahí y manos arriba!

Una voz familiar salió de la oscuridad. Yasmeen no podía distinguir ninguna de sus caras, solo el destello de las armas apuntándole.

—¿Quién eres y de dónde vienes?—dijo la voz del arma frente a ella, acercándose. Era una voz que conocía. Una que no había escuchado en muchísimo tiempo.

Alzó la mano y se bajó la capucha, sacudiendo sus rizos mojados, y miró directamente al hombre que hablaba, con el rostro apenas visible en la oscuridad.

—¿Yasmeen Zadeh?

—Hola, Chris. Qué sorpresa verte con vida.

Capítulo 43

Yasmeen

YASMEEN ESTABA DE PIE, envuelta en una manta gruesa que la mujer, Lonnie, le había dado. Por supuesto, Yasmeen sabía exactamente quién era ella. Sabía quiénes eran todos. Llevaba semanas observándolos sin que lo supieran.

A todos menos a Chris. Esa sí que fue una sorpresa. No sabía que él estaba aquí, escondiéndose de Malcolm y los De Cree. Todos lo creían muerto a manos de Malik.

¿Lo sabría Ben? Se preguntó. No podía ser. ¿O sí?

No creía que fuera posible. Si ella no lo vio, lo más probable era que Ben tampoco. Si no vio a Chris, vivo y sano, como jefe de la fuerza de defensa de Hayden, no tardaría en hacerlo.

Puede que Ben se sintiera cómodo sin tener que espiar a Leah tanto o por tanto tiempo, pero seguía haciéndolo con regularidad. Era solo cuestión de tiempo antes de que prestara atención a las prácticas militares que ocurrían visiblemente por toda la comunidad

y, cuando eso sucediera, se llevaría una gran sorpresa. Chris Anwir, resucitado de entre los muertos.

Dejó a Yasmeen pasmada, de eso no cabía duda. Miró al otro lado de la habitación, donde Chris estaba junto a la mujer, Lonnie. Su rostro estaba pálido, como si fuera él quien hubiera visto un fantasma y no ella. Yasmeen respiró hondo, expandiendo el pecho, y tomó un gran sorbo de la humeante taza de té caliente que Leah, de entre todas las personas, le había dado.

Sacudió la cabeza con incredulidad, sintiendo como si hubiera entrado en una especie de universo alternativo. Yasmeen sabía que venir a Hayden la enfrentaría con algunas sorpresas, pero esto era algo que no podría haber imaginado. ¿Leah preparándole un té caliente para que entrara en calor y los muertos con vida?

Un perrito blanco y negro se acercó a la pierna de Yasmeen con un trotecito y le puso una pata en el pie. Ella lo miró, confundida, y apartó el pie. Era una especie de perro faldero, algo que su Mamani tendría.

Un perro de viejos.

El perro la miró, con la cola meneándose y la lengua rosada colgando, jadeando. Ella desvió la mirada, sin entender lo que quería el perro, y volvió a mirar fijamente a Chris y Lonnie.

—Bueno, supongo que no soy la única sorprendida. —Volvió a sorber su té. Sabía increíblemente bien, si Yasmeen era sincera consigo misma. Al instante sintió que entraba en calor con la ayuda del té y la manta. Lo suficientemente cómoda y contenta de que el viaje a Hayden hubiera terminado, pero aún tenía que enfrentarse a las personas frente a ella, que la miraban fijamente con rostros inquisitivos.

—Yasmeen —fue Chris el primero en hablar, con la voz quebrada al decir su nombre. Lonnie le puso una mano en el brazo.

—¿La conoces? —Los ojos de Chris se desviaron hacia una joven que estaba de pie con el hombre, Kai. Su mirada era acusadora hacia Chris, casi dolida, mientras el rostro de Chris enrojecía al asentir.

—Nos conocemos.

—¿Qué? ¿Cómo? —Kai ahora miraba a Chris con las mismas acusaciones e interrogantes escritas en todo su rostro.

—Tranquilos, no somos amigos —intervino Yasmeen. La cabeza de Chris se levantó de golpe. Su expresión de alivio se asomó brevemente en sus facciones, pero se desvaneció rápidamente cuando se giró hacia Kai y la adolescente. Leah se mantenía atrás, observando mientras se mordía el dedo índice. Hizo una pausa al oír hablar a Yasmeen y amagó con dar un paso adelante para decir algo, pero no lo hizo.

La perrita se paró sobre sus patas traseras y apoyó las delanteras en los pantalones de Yasmeen, cubiertos de una costra de lodo. Ya se había secado en la cálida sala comunitaria donde estaban.

Ella sacudió un poco la pierna, tratando de que la perra la dejara en paz.

—Meggie Mugs, abajo. —La adolescente corrió y rápidamente alzó a la perrita, acurrucándola en sus brazos. Regañándola.

Yasmeen tragó saliva, aliviada. Era difícil concentrarse en actuar como si no estuviera nerviosa, rodeada de todas estas personas que eran víctimas de los De Cree, con un chucho sarnoso distrayéndola.

—¿Exactamente qué son el uno para el otro? —preguntó Kai, cruzando los brazos y con el ceño fruncido por la sospecha. Miró con dureza a Chris antes de volver su atención a ella.

—Yo también la conozco. —Leah rompió los incómodos silencios de Chris. Dio un paso adelante, pálida, sus dedos ahora entrelazados frente a ella.

—¿Tú? —Las palabras de Kai estaban cargadas de decepción mientras miraba a Leah.

Ella asintió, su largo cabello rubio meciéndose como cortinas a cada lado de su rostro, tratando de esconderse de todos ellos.

—Ella es… —Miró a Yasmeen, casi disculpándose—. Es la amante de Ben.

La habitación quedó en silencio por un segundo antes de estallar en un coro de voces.

—¿Sabías esto? —le preguntó Kai a Chris, su voz creciendo con ira. La adolescente que sostenía a la perrita a su lado simplemente se quedó allí, consumiéndose en su propia furia.

—Sí. —Las palabras de Chris fueron claras pero en voz baja. Lonnie le rodeó el brazo con el suyo como si él fuera a caerse si no lo hacía, y se mantuvo firme a su lado, lista para defenderlo.

¿Estaban juntos?, pensó Yasmeen mientras la habitación se volvía inaudible, pues todos hablaban al mismo tiempo.

Ella simplemente se quedó atrás, esperando. Esperando a que el estruendo de acusaciones y confusión se calmara antes de que, por supuesto, volviera a estallar.

—Era —dijo ella, necesitando que esto terminara para poder enfrentar las consecuencias y pasar a la siguiente parte de la ecuación. El siguiente paso para darle un vuelco a todo.

Leah se giró hacia ella, con comprensión en su rostro, y Yasmeen apretó la boca, odiando que Leah supiera perfectamente por qué estaba allí. Sabiendo muy bien las mentiras que Ben le había contado. Sin embargo, había una cosa que Leah no sabía. No estaba al tanto de todos los secretos con los que Yasmeen había llegado a Hayden.

No, pero pronto lo sabría. Todos lo sabrían.

Todos dejaron de hablar para volverse hacia Yasmeen, era cómico en realidad, como un espectáculo de circo, pero ella era el acto principal. La payasa principal que salía del coche diminuto. La que nadie esperaba al final.

Se quedaron sin hablar, esperando que respondiera.

—Ya no estoy con él.

Ahí estaba, lo había dicho en voz alta. Las palabras convirtieron en realidad todo lo que hizo desde el momento en que abandonó a Ben, hasta el lugar donde estaba ahora y lo que sucedería después.

—He escapado de los De Cree y de Ben.

Leah no dijo una palabra. Yasmeen pensó que quizás Leah se alegraba por ello, pero la expresión en su rostro era de comprensión y empatía. Quiso odiarla por eso. Yasmeen fue quien le hizo mal a Leah. No quería ni merecía ninguna compasión. La enfurecía. La enfurecía haber sido tan estúpida como para creer que Ben la elegiría a ella por encima de Leah. Que creería cada sucia mentira que él le había contado. Había renunciado a toda su vida, dejado su trabajo y seguido a Ben a… a una secta. Una secta asesina.

Bajó la cabeza.

No era culpa de Leah que Yasmeen cometiera tantos errores. Meterse en una situación que sabía que estaba mal. Seguir a Ben directamente a las manos de Malcolm Gobbo.

El peso de unos dedos presionando su hombro hizo que levantara la cabeza de golpe. Leah estaba frente a ella, asintiendo con la cabeza. Las lágrimas brotaron en sus ojos.

—Lo entiendo —susurró ella, frotándole el hombro—. De verdad que sí.

Yasmeen no supo qué hacer. Sentía que se le cerraba la garganta y una necesidad desesperada de escapar, pero no había a dónde ir, y estaba completamente agotada. Desgastada por la caminata bajo la lluvia hasta Hayden, la relación destructiva con Ben y la horrible verdad sobre Malcolm.

Ya no le quedaba nada por dentro. Estaba vacía.

—Están en peligro. —Las palabras de verdad salieron, y todos los oídos se posaron en ella. La fila central del circo.

—¿Disculpe? —Leah se echó hacia atrás, su mano reconfortante cayendo a su costado.

—Están en peligro.

Leah se dio la vuelta, sus ojos mirando a Kai, confundida.

—Usted y su hijo —continuó Yasmeen. Era hora de revelar por qué había venido aquí, buscando refugio y algo más—. Malcolm cree que usted mató a su hermano, Malik.

—¿Está muerto? —preguntó Chris, su voz cargada de sorpresa.

—Sí, alguien le cortó el cuello hace meses.

Leah negó con la cabeza.

—Usted dijo esto antes, ¿no lo entiendo? Ni siquiera sé quién es ese hombre, Malik.

—Es un maldito enfermo al que le gustaba violar jovencitas. —Yasmeen hizo una pausa, dejando escapar una risita burlona—. Alguien debe de haberle ganado la partida porque lo encontraron con el cuello rajado y los pantalones por los tobillos, con todo al aire.

Se oyó un jadeo de la adolescente. Su rostro palideció mientras abrazaba con más fuerza a la perrita.

—Malcolm cree que usted tuvo algo que ver con eso —continuó Yasmeen, ignorando a la chica—. Le ha ordenado a Ben que la traiga, a usted y a su hijo.

Kai estaba al lado de Leah, su mano amagó con tocarla, pero la retiró, y simplemente se quedó a su lado mientras ella miraba a Yasmeen con total sorpresa.

—Adam. Necesito ver cómo está Adam. —Miró a Kai y se dio la vuelta para irse, inclinando la cabeza—. Con permiso —dijo y salió de la habitación, la puerta de malla golpeando detrás de ella.

Kai se quedó mirando a Leah, como si estuviera luchando consigo mismo por no ir tras ella.

—Me buscará. Si Malcolm sabe que estoy vivo, vendrán por mí —le dijo Chris a Lonnie, tomando sus manos entre las suyas. Ella asintió mientras levantaba las manos de él entre las suyas y las besaba.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —Kai miró a su alrededor, confundido, primero a su hermana, luego de vuelta a Yasmeen—. ¿De qué estás hablando, Chris? ¿Por qué te buscaría Malcolm Gobbo y por qué diablos pensaría que estabas muerto?

Chris miró a Lonnie, se inclinó y la besó de lleno en los labios, como si se estuviera despidiendo. Ella asintió, como si los dos se comunicaran sin necesidad de palabras.

Él suspiró y se giró hacia Kai.

—Porque yo trabajaba para él. Malcolm Gobbo me buscará porque yo trabajaba para él y… —Miró una vez más a Lonnie, quien se llevaba los puños a la boca, con los ojos llenándose de lágrimas—. Y una vez que mi trabajo terminó, le ordenó a su hermano, Malik, que me matara.

—¿Qué carajos, Chris? —Era la chica de nuevo, conmocionada, mirando a Chris como si la hubiera golpeado en la cara.

Yasmeen se sintió abrumada. Esto no era parte del plan. Se suponía que Chris estaba muerto, pero aquí estaba, revelando que de alguna manera se había escapado de Malik y había encontrado el camino hasta Hayden. Ocultando su pasado a todos. No a todos, observó Yasmeen. Lonnie sabía la verdad. Era evidente. Ella sabía la verdad sobre Chris.

—¿Trabajabas para él? —preguntó Kai con tal sorpresa e incredulidad.

—Sí —la voz de Chris sonó aliviada, como si se hubiera quitado una pesada carga que había estado llevando, aunque pudiera haber sido lo que lo mantenía a flote.

—¿Haciendo qué, Chris? ¿Qué estabas haciendo para Malcolm Gobbo?

—Trabajaba en la Corporación de Energía del Distrito Lex.

Silencio.

La garganta de Chris se contrajo como si intentara desalojar algo grueso y peludo atascado en ella.

—¿La central eléctrica? Trabajaste… —La comprensión se extendió por el rostro de Kai al darse cuenta de quién estaba detrás del corte de energía.

La chica a su lado miró a su alrededor, perdida, como si todo su mundo estuviera siendo destruido sistemáticamente frente a ella. Se giró hacia Yasmeen, sus ojos claros ardiendo.

—¡Tú! Tienes que irte, tienes que largarte de aquí. —Parecía feroz y aterrorizada al mismo tiempo. Incapaz de digerir todo lo que acababa de presenciar.

—No puedo.

—Claro que puedes, carajo. —La chica estalló, comenzando a temblar. Yasmeen notó por primera vez que, oculta bajo la sudadera con capucha de gran tamaño, la chica estaba embarazada.

Como ella.

—No puedo irme. Necesito su ayuda. —Levantó la mano y señaló a Lonnie, que tenía los brazos alrededor de la cintura de Chris, la cabeza apoyada en su pecho como si fuera el fin de los tiempos. Lo cual, en cierto modo, era.

Lonnie levantó la cabeza del pecho de Chris, confundida, y lo miró a él, buscando respuestas. Chris se encogió de hombros, sin saber de qué estaba hablando Yasmeen.

Yasmeen abrió la parte delantera de su abrigo, la manta que llevaba puesta cayó al suelo, mientras se alisaba la camisa mojada, revelando su embarazo.

—Es de Malcolm Gobbo.

CAPÍTULO 44

SUMMER

¿QUÉ QUIERES DECIR CON que puede quedarse aquí? —vociferó Summer.

Kai, Lonnie y Leah estaban de pie en el área comunitaria frente a la adolescente, dejándola desahogar sus frustraciones. Summer caminaba de un lado a otro por el suelo, sin apartar la cabeza de los otros tres.

—Se dan cuenta de quién es, ¿verdad? —Se detuvo a propósito frente a Leah. Los ojos de Leah se agacharon, incapaces de enfrentar la furia en los ojos verde claro de Summer—. ¡Es la maldita madre sustituta de Malcolm! ¡Está embarazada de su hijo! ¡De él! ¿De verdad creen que descansará hasta recuperarla? ¿Lo creen? —Se volvió hacia Kai y Lonnie.

—Summer, no tiene a dónde ir —comenzó Lonnie.

Summer se giró hacia ella, con el rostro rojo de ira. —¿Y qué? ¿A quién le importa? ¿Crees que ella te habría mostrado la misma

compasión si las cosas fueran al revés?

A diferencia de Leah, Lonnie no apartó la mirada de Summer. Se quedó quieta, dejando que la adolescente se desahogara.

—¿Mostró compasión cuando ese monstruo mandó a sus matones a asesinar a gente inocente? ¿A gente como Josh?

Contuvo las lágrimas que se formaban, secándoselas con el dorso de la mano. Sintió al bebé removerse dentro de ella, recordándole que debía mantener la calma. Fulminó con la mirada a los tres que tenía delante.

Kai y Lonnie se habían convertido en su familia. La familia que nunca tuvo, y se sentía traicionada por ellos, tal como todos lo habían hecho en el pasado.

Bueno, excepto Josh. El dulce, muerto y ensangrentado Josh.

A Summer se le oprimió la garganta, la opresión casi la asfixiaba. Se rodeó el estómago con los brazos, sintiendo su firmeza bajo la sudadera, e imaginó que eran los brazos de Josh, envolviéndola a ella y al bebé en su abrazo. Pero eso la dejó sintiendo un frío glacial por dentro.

Lonnie se quedó cerca mientras Summer luchaba con sus sentimientos e intentó ponerle una mano reconfortante en el hombro. Summer se apartó de un tirón con frustración, sus oscuros mechones azotándole salvajemente el rostro.

—Entonces, ¿qué sigue? —espetó, con los brazos todavía alrededor de su vientre, el rostro pecoso de Josh desvaneciéndose de su mente—. ¿Su hijo y el mío van a ser puestos juntos en la cuna? ¿Serán amiguitos de juegos? —resopló sarcásticamente—. Ya me lo imagino, su mocoso preguntándole a mi hijo dónde está su papá.

Sus emociones se desbordaron y las lágrimas corrieron por sus mejillas, rompiendo el dique de dolor y frustración que se había estado acumulando dentro de ella. Hay un límite para lo que un ser humano puede soportar y, en ese momento, Summer había llegado al suyo.

Rio entre sollozos.

—Sí, ¿no será esa una charla de patio de recreo interesante?

Cubriéndose la boca, intentó reprimir el lamento que quería escapar de su interior. Se giró hacia ellos, sus rostros inexpresivos e inmóviles, paralizados en silencio por la conmoción.

—¡No tienen idea! —se inclinó, abrazándose con fuerza, las palabras gritando desde lo más profundo de su ser, ya no capaz de mantener oculta la verdad—. ¡Ni idea de lo que tuve que hacer para proteger lo único que me queda! —Hizo una pausa, con la boca abierta mientras inhalaba una bocanada de aire desgarradora que rasgó el aire.

Lonnie agarró a Summer y no la soltó, incluso mientras ella luchaba contra su agarre.

—No, no entiendes —gritó, su voz quebrada por la histeria—. Lo que he hecho. —Kai estaba a su lado y, sin decir una palabra, también rodeó a Summer con sus brazos, sujetándola en su lugar con Lonnie.

Al sentir sus brazos a su alrededor, Summer se desmoronó, sus piernas cediendo bajo ella. No cayó. El agarre de Kai y Lonnie la mantuvo firmemente de pie, acunándola a salvo en sus brazos.

Dejó escapar un sollozo entrecortado y desgarrador, rindiéndose a su abrazo protector. No dijeron nada, solo la dejaron llorar, sin soltarla.

—Soy yo —gimió, exhausta y derrotada—. Yo fui la que lo hizo.

Lonnie apartó suavemente el cabello de Summer, los suaves mechones deslizándose entre sus dedos. Mientras Summer se recostaba contra el pecho de Lonnie, podía sentir las tranquilizadoras vibraciones de su tarareo contra sus oídos.

Kai las abrazó a ambas, en silencio.

Summer inspiró una bocanada de aire profunda y húmeda y cerró los ojos, viendo el día en su mente.

—Yo lo hice. —Sus palabras fueron suaves, la verdad liberando algo dentro de ella que se había estado enconando desde que todo sucedió—. Yo soy la que mató al hermano de Malcolm Gobbo. Fui yo.

La mano de Lonnie se detuvo y Summer pudo sentir que el agarre de Kai se tensaba de sorpresa.

Sintió que su rostro se contraía por el remordimiento y lloró en silencio, sin hacer ruido. Dejando que todas las lágrimas de una vida fluyeran desde lo más profundo de su alma. Y lloró por lo que hizo ese día en el edificio abandonado. El día en que se convirtió en una asesina.

Lonnie y Kai la sostuvieron, sin soltarla, inclinando sus frentes hacia la de ella. Cerró los ojos y dejó salir toda su pena hasta que no le quedó nada dentro.

Unas manos le tomaron el rostro, cálidas y temblorosas, y abrió los ojos para ver a Chris. Las lágrimas corrían por sus mejillas y sus labios temblaban de emoción. Summer intentó controlarse para no fruncir el ceño, pero no pudo contener las lágrimas que amenazaban con estallar una vez más.

—Lo siento —susurró él, acunándole el rostro entre las manos—. Lo siento mucho, Summer.

No podía moverse. No podía decir una palabra. Su mente daba vueltas a toda velocidad mientras intentaba asimilar el hecho de que este hombre, en quien había llegado a confiar, era responsable de ayudar a Malcolm Gobbo a tomar el control de la ciudad y de todo lo que sucedió después.

Apartó la cabeza de él, incapaz de mirarlo a los ojos.

Kai y Lonnie aflojaron el agarre sobre ella mientras Summer recuperaba la fuerza en sus piernas una vez más y se ponía de pie por sí misma, negándose a mirar a Chris mientras él se alejaba de ellos.

Secándose los ojos con el dorso de la mano, se apartó del abrazo de Kai y Lonnie, recomponiéndose.

—No arriesgaré a mi hijo para proteger al de Yasmeen —dijo, con total convicción.

—No tendrás que hacerlo —respondió una voz femenina desde la puerta detrás de ellos.

Todos se giraron, sorprendidos de ver a Yasmeen de pie en la entrada, su rostro ensombrecido por sus propios demonios.

—¡Maldita sea, claro que no sucederá! —gritó Summer, señalando a Yasmeen con el dedo.

—No sucederá porque no voy a tener al hijo de Malcolm… —La voz de Yasmeen era muerta, sus ojos en blanco por la resignación.

Summer se cruzó de brazos, su rostro enrojeciendo de ira una vez más.

—Bueno, siento decírtelo, reinita, pero ¿te has visto últimamente? —Fue despiadada, y no le importó.

Los ojos de Yasmeen no acusaron recibo de las duras palabras de Summer. Centró su atención solo en Lonnie.

—No voy a seguir con el embarazo —dijo Yasmeen sin inmutarse, sus palabras suaves y tranquilas.

—Yasmeen, Summer solo está enojada. Ha sufrido una pérdida considerable —respondió Lonnie. Yasmeen pareció confundida. Como si no supiera de quién estaba hablando Lonnie.

Yasmeen cerró los ojos y se frotó las sienes como si le palpitaran.

—Entiendo —respondió, sin reconocer aún a Summer en la habitación—. Pero no puedo cambiar lo que se ha hecho.

—¿Ah, en serio? ¡Pues gracias! —replicó Summer—. Supongo que con eso basta, démonos la mano y seamos las mejores amigas. —Summer extendió la mano. Kai le bajó la mano, sujetándosela a un costado.

—Basta, Summer —dijo él con su voz profunda, sujetándola con facilidad en su firme abrazo, pero a Summer ya no le quedaban fuerzas para luchar. Su cuerpo rígido se relajó en los brazos de Kai y, por mucho que se odiara por su debilidad, se desmoronó en sus brazos reconfortantes, sus emociones superándola.

Se apoyó en él, hundiendo el rostro en su pecho e inhalando el olor familiar. La mano de él acunó la parte posterior de su cabeza, haciéndola sentir segura. Protegida de una manera que nunca había sentido, ni siquiera con Josh.

Los ojos de Summer vieron a Leah secándose las lágrimas discretamente mientras los miraba a ella y a Kai. Su rostro estaba cubierto de empatía, algo que Summer no esperaba. Leah no parecía conmocionada ni horrorizada. Parecía que quería acercarse y consolar a Summer. Lo que la confundió. Summer acababa de confesar haber matado al hombre del que se acusaba a Leah. Su vida y la de su hijo estaban en peligro por ello.

No tenía sentido.

Al encontrar la mirada de Leah, Summer respondió con una sonrisa tentativa pero amable. A su manera silenciosa, Leah estaba tratando de apoyarla y consolarla, y Summer no sabía cómo sentirse al respecto.

—Quiero interrumpir el embarazo y necesito su ayuda para hacerlo —soltó Yasmeen de sopetón, sobresaltando a Summer y devolviéndola a donde todo este drama había comenzado. La mujer, Yasmeen.

Yasmeen, que estaba de pie, con su atención centrada únicamente en Lonnie.

—Si no me ayuda, haré algo para terminarlo yo misma. —Su tono estaba cargado de verdad. Su lenguaje corporal, rígido y decidido.

Hablaba completamente en serio.

Lonnie suspiró.

—La protegeremos a usted y al bebé, aquí en el complejo, de los De Cree. No hay necesidad de medidas tan extremas —dijo Lonnie, tocando el brazo de Yasmeen. Yasmeen miró la mano que la tocaba y luego a Lonnie, confundida, como si no entendiera la amabilidad que Lonnie le extendía.

—Necesito seguridad de los De Cree. Solo soy un recipiente para Malcolm. Desechable. Es solo cuestión de tiempo. —El labio de Yasmeen tembló, y su mano se alzó para cubrirlo. Ocultando la agitación en su interior—. No, no puedo tener al hijo de Malcolm… La idea me repugna… me enferma hasta lo más profundo de mi ser. Lo quiero fuera, y lo quiero fuera ya. —Sus ojos se clavaron en los de Lonnie. La fuerza de la convicción en ellos.

Summer observaba, sin moverse mientras tomaba una respiración profunda, recordando cuán convencida estaba de interrumpir su propio embarazo.

—Sé lo que estoy haciendo. Estuve allí. Viviéndolo. He tenido mucho tiempo para pensar en esto desde que descubrí la verdad. No le daré más de mí a mi violador. —Su rostro se volvió pétreo y sus ojos se velaron como si estuviera recordando algo. Un recuerdo que estaba grabado a fuego en su mente. Summer conocía esa mirada. La conocía demasiado bien, por desgracia.

—¿Me va a ayudar o no? —preguntó Yasmeen—. Porque tiene que hacerse ahora, antes de que el embarazo avance más.

Lonnie colocó sus manos sobre el pequeño y redondo vientre. Yasmeen se estremeció, casi apartándose del contacto. Se quedó helada mientras Lonnie manipulaba sus manos alrededor de su estómago.

Se enderezó y retiró las manos. Su expresión era preocupada.

—Tengo que examinarla más de cerca, pero tiene alrededor de veinticuatro semanas de embarazo —hizo una pausa Lonnie, dejando que esto calara en Yasmeen.

El corazón de Summer latía con fuerza en su pecho. Yasmeen solo estaba unas pocas semanas por detrás de ella.

—Sí, tengo seis meses. Así que ya ve mi urgencia —dijo Yasmeen, sin titubear, su voz plana.

—Será doloroso y largo, y tendrá que dar a luz —Lonnie tomó las manos de Yasmeen—. Los riesgos son altos. Esto es muy serio e innecesario. Podríamos mantenerlas a salvo de Malcolm. A usted y al niño.

Yasmeen se negó a mirar a Lonnie.

—Tengo que hacer esto —sus labios se apretaron, rindiéndose a la elección que estaba haciendo—. Y se equivoca, Lonnie, se equivoca mucho. Nunca estaré a salvo. Nunca.

CAPÍTULO 45

LONNIE

UN ESCALOFRÍO LE RECORRIÓ todo el cuerpo, la sensación se extendió por ella como una ráfaga de agua helada.

El aire parecía moverse en un movimiento circular a su alrededor, casi como si le hablara al oído en susurros. Giró la cabeza de un lado a otro, sintiendo que buscaba algo o a alguien que intentaba comunicarse con ella.

Habían pasado demasiadas cosas ese día, con secretos que salían a la luz uno tras otro, como una montaña rusa de emociones interminable.

No sabía cómo asimilarlo. Chris estaba de espaldas a la pared, con la mano sobre la boca, incapaz de apartar la vista de Summer.

Summer lo rechazó. Por supuesto, ambos sabían que lo haría si alguna vez descubría la verdad sobre la implicación de Chris con los De Cree.

Se frotó la frente palpitante con los dedos, incapaz de procesarlo todo. Ahora esta mujer, Yasmeen, que estaba de pie ante ella rodeada de la gente que amaba, quería que Lonnie hiciera lo único que Lonnie nunca quiso hacer.

¿Cómo podía pedirle, a ella entre todas las personas, que interrumpiera su embarazo? ¿Acaso no sabía lo terrible que sería para todos los implicados en una fase tan avanzada?

Kai la miraba con el ceño fruncido, acusadoramente. Una mirada que le resultaba familiar, pero que no había visto desde hacía tiempo. Él sabía la verdad. Su rostro lo delataba todo. Sabía que Lonnie estaba al tanto de la implicación de Chris en los De Cree, y ella iba a tener algunas conversaciones difíciles con él para hacerle entender su postura y por qué permitió que Chris entrara en Hayden y en su cama.

¿Cómo demonios iba a poder hacer eso?

Otra vez.

Cerró los ojos, no queriendo pensar en el pasado. No tenía cabida ahora, en el presente. Pero Kai no lo vería así, ¿o sí?

Sabía que no lo haría, y Lonnie no estaba segura de que él pudiera perdonarla esta vez.

Suspiró, tratando de lidiar con lo que tenía directamente frente a ella en ese momento y empezar por ahí.

—Yasmeen, usted no sabe lo que implica en esta etapa.

—No creo que se dé cuenta de lo peligroso que es Malcolm Gobbo —replicó Yasmeen.

Lonnie la miró. Era una joven hermosa de casi treinta años, pero aparentaba más edad. Amargada. Lonnie entendía cómo sucedía. La vida y la pérdida podían hacer eso. Envejecerte antes de tiempo.

—Creo que sí —dijo, evitando las miradas fulminantes de los demás en la habitación—. ¿No cree que correremos más peligro si la ayudo a interrumpir su embarazo?

La expresión de Yasmeen decayó, sorprendida por la inesperada respuesta de Lonnie.

La sospecha se filtró en la mente de Lonnie. ¿Cómo es que la había elegido a ella y no a nadie más? De todos los individuos en

Hayden, ¿cómo podía saber Yasmeen que Lonnie era la única con la experiencia suficiente para interrumpir un embarazo?

—Yo..., no había pensado en eso. —Yasmeen se giró, contemplando la situación para organizar sus pensamientos.

—¿Por qué yo? ¿Por qué me lo pide a mí?

Yasmeen se volteó como un venado a punto de ser atropellado por un camión, completamente tomada por sorpresa.

—Yo…

—Sí, ¿y cómo supiste que estábamos aquí? —intervino Kai, poniéndose al lado de Lonnie.

Sintió que una pequeña oleada de alivio la invadía al ver a su hermano menor a su lado, pero se mantuvo en calma, sin mostrar ninguna emoción porque sabía que todavía no estaba a salvo con él. Tenía muchas explicaciones que darles tanto a él como a Summer.

Sintió un tirón en el corazón, como si alguien intentara arrancárselo.

Summer. No podía perderla. Lonnie no podía perder a esta chica que había irrumpido en su vida sedada y había encendido todo a su alrededor en emocionantes llamas rojas y naranjas.

La amaba y ya amaba al pequeño que crecía dentro de ella.

Lonnie no miró a Summer. Aún no podía. Si lo hacía y veía rechazo, se derrumbaría en el suelo, hecha pedazos, y esta vez, cuando sucediera, no se levantaría.

Lonnie simplemente iba a hacer que Summer la perdonara. Tenía que hacerlo. La chica la necesitaba y ella necesitaba a Summer. Ahora que conocía el oscuro secreto enterrado en el interior de la chica, necesitaba estar ahí para ella y ayudarla a sanar aún más.

—Me topé con Hayden —balbuceó Yasmeen—, yo…

—Patrañas —la voz de Summer ya no estaba cargada de ira. Estaba contenida, acallada por el flujo constante de acontecimientos, como esas máquinas de tenis que le disparan pelotas a una persona. Gritando de dolor la primera vez que golpea, pero después de varios pelotazos, simplemente quedándose ahí, molesta, tratando de evitar lo que viene después.

—Usted vino aquí con un propósito —dijo Kai.

Yasmeen parecía asustada. Atrapada como un venado encandilado.

Eso es lo que es, ¿no?, pensó Lonnie, observando a Yasmeen. Incluso parecía un venado con sus ojos oscuros y grandes. Un venado atrapado por los cazadores.

Lonnie no era una cazadora. Era una cuidadora. Toda su vida había cuidado de otros. Aprendió a ayudar a las mujeres a traer vida al mundo. Una figura materna. Sin pensarlo, miró a Summer, que estaba allí de pie, mirando con dureza a Yasmeen. Summer nunca había conocido el amor de una madre y ahora iba a serlo. ¿Y Lonnie? Ella una vez fue madre, y ahora no lo era.

—Solo diga la verdad —pronunció, despejando su mente de todo el desorden, tratando de tomar el control y hacerse oír—. Si quiere mi ayuda, tiene que ser directa con nosotros y dejarse de rodeos.

La mujer estaba contemplando qué decir a continuación. Sopesando qué debía revelar exactamente, pero entonces sus hombros se desplomaron.

—He estado vigilando Hayden durante semanas. —Se dirigió a Chris, que se enderezó, dejando de apoyarse en la pared, con la boca abierta para decir algo—. Nunca lo vi, Chris. Sinceramente, no sabía que estaba vivo.

—¿Nos estabas espiando? —Leah estaba en el umbral, de regreso tras ver cómo estaba Adam.

—Sí —dijo Yasmeen con naturalidad.

Leah gruñó, sin palabras.

—La vi, Lonnie. —Yasmeen continuó—. Descubrí quién es usted, qué hace.

Lonnie apretó los labios, sintiéndose vulnerada y tonta por haber sido tan arrogantes de pensar que estaban a salvo. Tan descuidados con lo que creían que era seguridad.

—¿Cómo nos encontraste? ¿Cuánto tiempo llevas vigilándonos? —respondió Kai.

Yasmeen hizo una pausa, debatiendo qué revelar a continuación.

—Semanas. —Inclinó la cabeza—. He estado observando durante semanas.

Yasmeen suspiró y luego reveló la verdad de los acontecimientos que habían ocurrido desde que Leah apareció en el complejo De Cree. Contó cómo Malcolm la drogó y la violó, y cómo Ben había sido parte de ello. Evitó la mirada de Leah cuando reveló qué clase de hombre era el esposo de Leah.

Conmocionada y horrorizada, Leah no pudo borrar la expresión de empatía que sentía por Yasmeen mientras esta pronunciaba las palabras que Leah nunca quiso oír ni creer.

Habló de Tabitha y de cómo la acosaba, sin dejarla sola, esperando a que este embarazo terminara para que Yasmeen pudiera entregarle el bebé.

Lo contó todo, excepto cuánto amaba todavía a Ben y cómo se acostaba con él cada noche, dejándolo hacer lo que quisiera con ella, tanto física como emocionalmente.

Eso era demasiado difícil de admitir. Demasiado vergonzoso de revelar.

Lo contó todo, pero no que había seguido a Ben.

Casi lo hizo. Casi les dijo que fue Ben quien la llevó directamente a sus puertas. Que todo el trabajo que hicieron para proteger este lugar no fue suficiente, ni de cerca. De hecho, había sido muy fácil.

—Seguí a Leah ese día —soltó al final de todo.

—¿A mí? —Leah miró a Kai, atónita, sin entender de qué hablaba Yasmeen.

—Sí, después de que usted se fue del complejo. —Yasmeen continuó. No era una mentira completa, pero tampoco era toda la verdad.

—Después de que usted se fue, me quedé preocupada —dijo, tomándose un momento para ordenar sus pensamientos, eligiendo cuidadosamente sus palabras para no parecer una acosadora loca que seguía a Ben—. Fue por lo que dijo sobre Ben y la vasectomía. No podía quitármelo de la cabeza. Luego la vi con su hijo y, antes de darme cuenta, la estaba vigilando.

Leah parecía sorprendida. Insegura de la veracidad de Yasmeen.

—Cuando usted vino aquí, planeé mi escape de los De Cree. —Yasmeen continuó—. Esperé y elaboré una estrategia, aguantando

todo lo que pude, hasta que no pude esperar más y ahora, aquí estoy.

Lonnie sintió que las cosas empezaban a encajar, aunque algunas piezas no cuadraban del todo en el rompecabezas. Yasmeen estaba ocultando cosas. No decía toda la verdad.

—Lonnie —suplicó Yasmeen—, por favor, tiene que ayudarme. —Juntó las manos, llevándoselas temblorosas a los labios—. Por favor.

Sus palabras vibraron en los oídos de Lonnie.

¿A cuántas mujeres había visto en la Clínica de Salud Rayside con la misma mirada desesperada en los ojos? Pero ese no era su trabajo. Ella no terminaba con la vida. Ayudaba a traerla al mundo. ¿Cómo podía ser parte de la horrible elección de Yasmeen cuando iba en contra de la fibra misma de su ser?

Todo el cuerpo de Yasmeen temblaba incontrolablemente, el cuerpo tomando el control sobre la voluntad de la mente.

El abuso que esta joven había experimentado era algo que Lonnie no podía ignorar.

No podía darle la espalda a una mujer necesitada. Así era ella. Ayudaba a las mujeres.

Enderezó los hombros, mirando a las otras tres mujeres en la habitación. Todas ellas necesitadas de diferentes maneras. Summer, todavía una niña y embarazada, sin haber tenido nunca una familia en la que apoyarse. Leah y su pequeño Adam, escapando de un exesposo abusivo y Yasmeen, la amante de ese esposo. Abusada y violada. Todas ellas con vidas enteras por delante. Encontrando su camino de alguna manera hacia ella, Lonnie.

Una mujer que ayudaba a las mujeres.

Y eso es exactamente lo que iba a hacer. Ayudarlas a todas.

CAPÍTULO 46

YASMEEN Y LONNIE

YASMEEN SE RECOSTÓ, DEJANDO que las hierbas medicinales difuminaran el dolor y los recuerdos que se repetían desde hacía dos mañanas.

Estaba acostada en una cama mientras Lonnie preparaba el medicamento que usaría para ablandar y dilatar su cuello uterino. Su mente estaba entumecida mientras la voz monótona de la mujer mayor continuaba, describiendo el medicamento que iba a usar y lo que haría para iniciar el procedimiento.

El rostro redondo de Lonnie apareció sobre el suyo, forzándola a volver al aquí y al ahora.

El último lugar en el que quería estar.

—Una vez que le aplique el medicamento en el cuello uterino, no habrá vuelta atrás. —Lonnie le tocó el brazo y a Yasmeen le sorprendió lo frío que se sentía, como si la sangre se hubiera drenado de las manos de la mujer. No se esperaba eso,

considerando que ella se sentía tan acalorada. Hirviendo, en realidad, como si estuviera por darle fiebre.

Yasmeen sintió náuseas y el contacto de los dedos de Lonnie la hizo cuestionar todo por lo que estaba a punto de pasar.

—¿Está segura de que esto es lo que quiere hacer? Debe estarlo, Yasmeen, y sepa que no tiene que hacer esto. Tiene opciones. —Lonnie habló como si pudiera oír los pensamientos que recorrían su mente.

Yasmeen tragó saliva, tratando de imaginar la vida si continuaba con el embarazo. Una vida en la que, aunque huyera de Malcolm para siempre, él la encontraría. De ninguna manera la dejaría escapar con su hijo. Yasmeen sabía que esa era la verdad.

Su labio inferior tembló al recordar cuán emocionada y esperanzada estaba cuando descubrió que estaba embarazada. Cuando una vida con Ben y su hijo era una realidad. Pero nunca fue real. Solo en su mente tonta vivía ese sueño.

La vida plantada en su interior se lo arrebató todo. Se lo arrancó del corazón y en su lugar dejó algo oscuro y siniestro en contra de su voluntad.

No podía tenerlo. No podía permitir que sucediera lo que fue forzado, en contra de su voluntad. Era su única opción, lo único sobre lo que podía retomar el control.

—Estoy segura —dijo su voz cortante, desconocida y distante.

La mujer mayor suspiró con un leve asentimiento de cabeza. Yasmeen sabía que Lonnie no quería participar en esta terrible decisión, pero que de todos modos iba a hacerlo. Sí, se sintió culpable por un momento, pero luego apartó esos pensamientos. No se permitiría pensar en lo que Lonnie quería. No ahora. Quizás más tarde, cuando todo terminara y fuera libre de pensar en otras personas una vez más. Cuando la vida pudiera empezar de nuevo, incluso en este mundo desastroso del que formaba parte.

—Voy a repetírselo de nuevo —dijo Lonnie, jugueteando con un cilindro largo, con las manos temblándole ligeramente—. Nunca antes he hecho este procedimiento. —Hizo una pausa, tratando de calmarse—. No es para lo que estoy entrenada.

—Entiendo —las palabras apagadas de Yasmeen cayeron, extrañas, de sus labios secos. Luchó contra el impulso de tocárselos, temiendo que si movía las manos alcanzaría su vientre, que parecía tener voluntad propia, y eso era algo que no permitiría que sucediera. Eso la haría incorporarse y huir de esta habitación y de Lonnie, sellando un futuro que no quería.

—Le daré medicamentos para el dolor, pero estoy limitada por mis suministros. —El rostro de Lonnie se contrajo, sabiendo lo que vendría después de que le insertara el medicamento en el cuello uterino—. Será desagradable. Se sentirá mal, tendrá cólicos dolorosos. No será fácil.

Yasmeen tragó saliva, escuchando la voz de Lonnie volverse hueca, resonando como en un largo túnel.

—El be…, el feto, podría nacer vivo.

Yasmeen se negó a parpadear, no queriendo pensar en eso. No queriendo oír esas palabras.

Vivo.

Asintió y cerró los ojos.

Eso fue hace dos días.

Lonnie tenía razón. Fue horrible. Los cólicos y las náuseas, las carreras al baño mientras se sujetaba la frente sudorosa con las manos, deseando la muerte, sintiendo que preferiría morir antes que soportar más.

La terrible verdad era que apenas había comenzado. Lo peor estaba por venir, y así fue.

Dos días después de que Lonnie, con manos temblorosas, colocara el medicamento en el cuello uterino de Yasmeen, ella se recostó de nuevo en la cama tipo catre mientras Lonnie despegaba manualmente sus membranas, forzando a su cerrado cuello uterino a dilatarse para poder romper la fuente de Yasmeen. Los fluidos brotaron a borbotones y seguían brotando horas después.

A lo largo de su trabajo de parto, Lonnie fue una presencia constante a su lado, ayudándola con remedios herbales mientras le limpiaba el sudor de la frente con un paño fresco.

Su admiración por la mujer creció en esos terribles momentos. Encontró consuelo en las palabras de Lonnie mientras su trabajo de

parto persistía. Cuando Lonnie apoyó suavemente su estetoscopio en el pequeño y redondo vientre de Yasmeen, sintió un reconfortante apretón de su mano mientras susurraba las palabras que lo sellaron todo.

—Se acabó. El útero está en silencio.

Los ojos de Yasmeen se abrieron de golpe, delatando los pequeños destellos de dolor visibles en sus pupilas dilatadas.

Una sola lágrima rodó por su mejilla. La única lágrima que caería. Asintió y se secó la solitaria gota.

—¿Cuánto falta ahora? —se aclaró la garganta—. Antes de que… —se detuvo, incapaz de hacer la pregunta.

El agarre de Lonnie en su mano se hizo más fuerte mientras le frotaba suavemente la piel húmeda, visiblemente conmocionada después de no oír ningún latido.

—Ya no falta mucho —dijo, con la voz temblorosa como si fuera a quebrarse—. Haré todo lo posible por ponerla lo más cómoda que pueda.

Lonnie se puso de pie, apartándose de Yasmeen, pero pudo ver la mano de la mujer mayor llevársela a la boca, con la cabeza inclinada, tratando de recomponerse.

Leah estaba allí, de pie en las sombras, la única otra persona que presenciaba la horrible decisión que Yasmeen había tomado.

Irónico, pensó. Que fuera Leah quien estuviera aquí para ayudarla a ella y a Lonnie. Leah, de entre todas las personas, mostrando compasión hacia Yasmeen.

Leah se levantó de su asiento y se acercó a Lonnie, posando suavemente una mano en su brazo. Los labios de Lonnie estaban apretados, una clara expresión de remordimiento y pena visible en su rostro. Su piel parecía pálida, pero apretó la mano de Leah en respuesta, ofreciéndole seguridad.

—Ya no falta mucho. —La voz de Lonnie estaba ronca, a punto de quebrarse—. Quédese con ella, necesito ver qué más tengo para ayudar después de que el be…, después de que termine.

Leah asintió, frotando el brazo de Lonnie y la vio irse.

Sin hacer ruido, Leah se paró junto a Yasmeen, mirándola desde arriba.

Yasmeen giró la cabeza, avergonzada de que la miraran. Los cólicos que habían comenzado hacía dos días se sentían más intensos, y se mordió el puño, tratando de desconectarse de todo lo que había sucedido y de lo que estaba por venir. Sintió las manos de Leah, suaves y delicadas, mientras le colocaba un paño fresco en la frente y le apartaba el cabello. No le dijo nada a Yasmeen, pero continuó cepillándole el cabello hacia atrás mientras se hundía en la silla que parecía haberse materializado al final del catre.

Desde que Lonnie declaró que ya no había latido, Leah se mantuvo firme a su lado, una presencia reconfortante mientras Yasmeen luchaba contra el dolor. Sostuvo la mano de Yasmeen, ofreciéndole su fuerza y apoyo mientras empujaba la forma sin vida del niño fuera de su cuerpo y hacia las manos expectantes de Lonnie. La habitación estaba impregnada del denso olor a sudor, antiséptico y silencio.

Se había acabado.

El dolor era insoportable, superando cualquier experiencia previa para Yasmeen. Sin embargo, lo acogió, esperando que permaneciera grabado en su memoria para siempre. Un recordatorio implacable de sus acciones, de lo que había hecho, de lo que se había quedado de brazos cruzados y había dejado que sucediera.

Se recostó en el catre, exhausta y entumecida. Estaba hecho. Ya no estaba embarazada del hijo de Malcolm.

Lonnie envolvió con cuidado el cuerpo del bebé, protegiéndolo de la vista de Yasmeen. Tomando el bulto, se giró y se dispuso a salir. Kai y Chris esperaban justo al otro lado de la puerta, habiendo prometido encargarse discretamente de todo lo que había ocurrido dentro de la habitación.

—¿A dónde lo lleva? —Yasmeen se incorporó de golpe, con el rostro pálido.

Lonnie se dio la vuelta, acunando el bulto en sus brazos como si fuera una muñeca pequeña y delicada. Su expresión revelaba su culpa. Ni siquiera había considerado que Yasmeen quisiera ver al niño.

—Lo siento. —Lonnie se sonrojó al volver a la cabecera de la cama —. Es que pensé que…

Los ojos de Yasmeen parecían fríos y distantes. Sabía exactamente lo que Lonnie pensaba, pero no podía culparla por ello.

—¿Qué es? —preguntó con un tono afilado en la voz. Parpadeó, preparándose para la respuesta que ya sabía.

—Un niño —respondió Lonnie.

Yasmeen asintió. Su respuesta estaba confirmada.

—Si necesita un tiempo a solas antes de… —Lonnie le hizo un gesto a Leah para que se acercara—. Tómese todo el tiempo que necesite, Yasmeen. No hay prisa. —Lonnie le entregó el bulto envuelto en una manta blanca. Ella lo tomó con rigidez, sin revelar lo que pasaba por su mente. Manteniendo sus verdaderos sentimientos ocultos en su interior.

Tomando la mano de Leah, Lonnie la guio hacia la puerta. Mientras caminaban, miró hacia atrás a Yasmeen, que estaba sentada sin emociones, con el bulto en sus brazos, mirando fijamente al frente.

El remordimiento abrumó a Lonnie.

¿Qué había hecho? ¿Qué demonios se había permitido hacer?

—¿Cree que estará bien? —preguntó Leah—. Eso fue… —bajó la mirada—, horrible.

La mirada de Lonnie permaneció fija en la puerta cerrada mientras hablaba. —El tiempo tiene una forma de forzarnos a seguir adelante, incluso cuando no queremos —dijo suavemente. El recuerdo de Yasmeen acunando a su hijo sin vida en la cama ya se estaba enterrando profundamente en la mente de Lonnie, para no desvanecerse jamás.

Se quedó quieta, observando la escena de Kai y Chris de pie frente a ellas, esperando. Sus ojos eran como ventanas a sus pensamientos. Los ojos marrones de Kai contenían ira y acusación, como ella había esperado. Sintió una punzada aguda de culpa golpear su alma aún más profundamente. Chris, por otro lado, tenía los ojos azules, gentiles y comprensivos, con un toque de anhelo en ellos.

Lonnie no podía soportar mirar a ninguno de los dos. Su imaginación estaba fija en los párpados cerrados del pequeño niño que, momentos antes, había sostenido en sus manos. Una versión en miniatura de su madre ya era visible en sus facciones. La imagen de su rostro perfecto se quedaría con Lonnie para siempre, atormentándola por el resto de su vida.

Le había quitado la vida, y la realidad de todo ello no podía cambiarse. Ninguna excusa o razonamiento borraría el hecho de que Lonnie era responsable. Por mucho que Yasmeen le hubiera suplicado, podría haber dicho que no, pero no lo hizo. Y ahora, otra vida inocente se había perdido por sus acciones.

—Christopher. —El nombre rodó de su lengua como una caricia, su corazón se hinchó al recordar la brillante sonrisa de su hijo. Sus dientes diminutos, como perlas a la vista de todos mientras la saludaba con su mano regordeta. La luz del sol se reflejaba en su cabello castaño claro que había heredado de su padre, haciéndolo danzar y brillar alrededor de su rostro querubínico. Casi podía sentir el calor de su abrazo. Lo sentía tan cerca.

Chris dio un paso hacia ella, con las manos extendidas para ofrecer consuelo, pero Kai lo agarró del brazo, deteniéndolo y negando con la cabeza. La confusión de Chris era evidente, pero Lonnie permaneció quieta mientras Kai la miraba a los ojos con comprensión. Pero luego, en un instante, la compasión se convirtió en otra cosa, algo que Lonnie siempre supo que estaba enterrado en lo más profundo de Kai. Acusación y culpa. Culpa por lo que le había pasado a Chrissy.

El corazón de Lonnie se retorció y se contrajo como si se lo estuvieran arrancando del pecho. Dejó escapar un jadeo desgarrador, el peso del remordimiento aplastándola como pesadas cadenas. Luchó por recuperar el aliento, las abrumadoras emociones asfixiándola y ahogándola.

Los ojos de Kai permanecieron fijos en ella mientras Lonnie se inclinaba, dejando que las emociones de los últimos días la invadieran. Leah miró a Kai con una mezcla de confusión y desafío antes de acercarse a Lonnie y rodearle los hombros con el brazo. Chris se zafó del agarre de Kai. Llamando a Lonnie por su nombre,

se apresuró hacia ella, colocando una mano reconfortante en su espalda. En ese momento, Lonnie soltó sollozos desgarradores, los llantos de una madre que había perdido a la persona más preciada de su vida.

Su hijo.

Yasmeen estaba sentada, inmóvil, ajena a todo lo que había más allá de las cuatro paredes que la rodeaban. Esperó, medio ida, medio escuchando hasta que no pudo oír ningún murmullo proveniente del otro lado de la pared.

Había creído oír a alguien llamar a Lonnie, pero lo ignoró, apartando cualquier conexión con lo que pudiera estar pasando afuera. Su única preocupación era cuándo terminaría el ruido, y Yasmeen supo con certeza que se habían ido.

Así que esperó. No tenía idea de cuánto tiempo pasó antes de que los sonidos detrás de la puerta desaparecieran. Una vez que estuvo segura, lentamente bajó las piernas del catre y posó suavemente los pies descalzos en el suelo. Se puso de pie con cautela, esperando a ver si sus fuerzas le fallarían. No lo hicieron. No estaba tan débil como pensaba que estaría después de la espantosa experiencia que acababa de vivir. Le dio asco. Se sentía casi normal. ¿Cómo podía ser normal?

Yasmeen buscó su ropa y la vio cuidadosamente doblada en una cómoda vacía al otro lado de la habitación. Se la puso, con cuidado de mantener la enorme toalla sanitaria del tamaño de un pañal que Lonnie había colocado dentro de un par de calzones de malla que ahora llevaba. No quería pensar por qué necesitaba esa ropa interior tipo pañal y prefirió pensar en la carta que quería escribirle a Lonnie.

Su corazón latió con fuerza al mirar el bulto blanco sobre la cama. No miraría dentro. No se torturaría de esa manera.

Sacó un bolígrafo del cajón de la mesita de noche y escribió en un papel de carta viejo y amarillento.

Querida Lonnie, comenzó.

Gracias por su compasión y amabilidad. Entiendo que fue difícil para usted, pero aun así lo hizo por mí. Por favor, perdóneme por lo que estoy a punto de hacer y confíe en que estamos del mismo lado.

Estoy en deuda con usted para siempre.

Gracias.

Yasmeen

Dobló el papel y escribió en letras grandes, LONNIE, esperando haberlo escrito bien. Lo dejó sobre la cama y alcanzó el bolso de cuero marrón que Malcolm le había regalado el día después de violarla. Dentro había otra carta ya escrita y guardada a buen recaudo. Con cuidado, metió el bulto blanco en el bolso, asegurándose de que estuviera bien sujeto en el fondo, contenta de no poder ver lo que había dentro. Apretó los cierres y se pasó la correa por el hombro.

Se giró hacia la ventana. La misma de la que antes se había asegurado que se abriera y que estuviera lo suficientemente cerca del suelo exterior como para poder bajar.

Miró alrededor de la habitación, sintiendo la presencia de Lonnie y Leah por todas partes. Las tres nunca olvidarían este día. Quedó grabado en sus memorias para siempre. Nunca olvidaría lo que hicieron por ella. Jamás.

Solo esperaba vivir para volver a verlas a ambas, y salió por la ventana abierta, con el bolso marrón fuertemente apretado contra ella.

CAPÍTULO 47

LEAH

LEAH LLAMÓ A LA puerta y esperó a que Yasmeen respondiera, pero no hubo contestación. Haciendo una pausa para darle más tiempo a solas, Leah esperó y esperó.

No se oía ningún sonido tras la puerta de madera. Ni siquiera el crujido de las sábanas. Frunció el ceño, preocupada. Sintió que algo andaba mal. A sabiendas de que no tenía derecho, agarró la perilla de la puerta y la giró, asomando la cabeza dentro de la habitación.

Estaba vacía.

Entró. Faltaba el bulto de la cama, junto con todas las pertenencias de Yasmeen. Se quedó inmóvil, tratando de procesar lo que sucedía.

Llamaron a la puerta y el rostro de Lonnie apareció por la pequeña abertura. Leah levantó las manos, recorriendo con la mirada la habitación vacía mientras Lonnie empujaba la puerta para entrar.

—¿Dónde está Yasmeen? —preguntó, tan atónita como Leah.

—No tengo idea. Entré y esto es todo lo que había. —Se giró hacia la puerta, sabiendo que había permanecido cerrada todo el tiempo que estuvieron fuera. Lo sabía porque había estado pendiente por si Yasmeen necesitaba algo.

Lonnie volvió a la cama y levantó las sábanas como si pudiera encontrar a Yasmeen allí, pero Leah sabía que no la buscaba a ella. Buscaba el bulto.

—También desapareció —dijo Leah; las palabras le salían extrañas, como si no fueran suyas. Las dos se giraron al unísono hacia la ventana y al instante fueron a abrirla. No tenía seguro y se deslizó con facilidad, dejando a la vista el bosque y el suelo no muy abajo.

—No se habrá atrevido… —Lonnie se asomó por la ventana.

Leah se quedó atrás, intentando asimilarlo todo. Yasmeen no estaba en condiciones de andar por ahí. Leah se mordisqueó el dedo índice, tratando de averiguar si se le pudo haber pasado por alto la salida de Yasmeen de la habitación, pero sabía que no. Registró la habitación una vez más, intentando ver si había pasado por alto alguna pista.

Por el rabillo del ojo, vio algo amarillo sobre la cama, casi perdido entre las sábanas que Lonnie había revuelto.

—Lonnie —dijo Leah, leyendo en voz alta las palabras escritas en él.

Lonnie se acercó y estiró la mano para tomar la carta. La desdobló y la sostuvo para que ambas pudieran leer.

Cuando terminaron, Lonnie dejó caer la hoja de papel sobre la cama. Se quedaron un momento en silencio, dejando que las palabras que Yasmeen escribió calaran hondo.

—Tenemos que traerla de vuelta. —La voz de Lonnie temblaba al hablar. Leah no sabía qué decir, pero asintió. Lonnie se giró para mirarla, abrazándose a sí misma.

—Tú sabes adónde fue, ¿verdad?

Leah sacudió la cabeza, confundida. ¿Por qué iba a saberlo? Estaba tan sorprendida como Lonnie.

—Oh, Dios —Lonnie se llevó las manos a la boca y caminó de un lado a otro de la habitación—. Oh, Dios, ¿qué hemos hecho? —Fue

hacia la puerta y la abrió de par en par. Leah se quedó en silencio, observando cómo Lonnie se asomaba, agarrada al marco.

—¡Kai! ¡Chris! ¡Los necesito! —gritó. Se volvió frenéticamente hacia Leah.

—¿Usted sabe cómo volver al complejo De Cree? —preguntó, agarrando a Leah del brazo con tal fuerza que sus dedos le dejaron marcas en la piel.

Asintió justo cuando Chris y Kai aparecieron de repente en la habitación.

—¿Qué pasa? —preguntó Kai antes de que Chris pudiera hablar—. ¿Cuál es el problema?

Summer entró con cautela en la habitación, como salida de la nada. Miró a su alrededor, buscando señales de Yasmeen.

—Se fue. —dijo Lonnie, con la mirada saltando de Kai a Chris.

Confundido, Kai examinó la habitación.

—Se marchó. —Lonnie tomó la carta de la cama y se la dio bruscamente a Kai. Él la leyó y se la pasó a Chris, palideciendo al hacerlo.

—Volvió —dijo él.

Lonnie asintió.

—Van a tener que ir con Leah y traerla de vuelta antes de que llegue al complejo De Cree.

—¿Yo? —preguntó Kai, atónito.

Leah estaba perpleja. Para ella, volver al complejo De Cree estaba fuera de toda cuestión. No había forma de que lo hiciera.

—Sí, tú y Leah. Es imperativo. No puede estar sola ahí fuera y no puede volver con los De Cree y Malcolm Gobbo.

Kai miró a Leah y su rostro enrojeció.

—Ya hemos hecho suficiente por ella. No voy a hacerlo. Tenemos suficientes cosas de las que preocuparnos aquí. —Se negó a mirar a Leah a los ojos, y ella se sonrojó por su hostilidad, comprendiendo que ella y Adam eran una de esas cosas que le preocupaban.

—No tienes elección —declaró Lonnie, poniendo las manos en las caderas mientras fulminaba con la mirada a su hermano. Sus ojos se clavaron en él.

—No recibo órdenes de ti, Lonnie —afirmó Kai, cruzándose de brazos.

Summer se acercó a Kai y fulminó con la mirada tanto a Lonnie como a Leah.

—Tenemos que dejarla ir —dijo, de acuerdo con Kai—. Es un problema. Nunca debimos haberla aceptado aquí.

—Estoy de acuerdo con Kai y Summer —intervino Chris. Ambas se giraron y lo fulminaron con la mirada.

—Cállate, Chris —dijeron al unísono. Se miraron, avergonzados.

Chris se encogió de hombros y se retiró a las sombras, con el rostro abatido por el dolor.

—Basta, ustedes dos. Paren ya —los regañó Lonnie mientras caminaba hacia Chris, tomándolo del brazo.

—No va a pasar —dijo Kai. Dándose la vuelta para irse, miró a Leah, y por un momento ella pensó que podría decirle algo. Se le hizo un nudo en la garganta mientras esperaba, pero él no dijo nada.

—Tienes que hacerlo. Se llevó al bebé.

Kai se detuvo, de espaldas a su hermana.

—¿Qué? —preguntó Summer, asqueada.

Chris apretó la mano de Lonnie en su brazo. Su rostro se iluminó con la comprensión.

—Tú y Leah tienen que ir a buscarla y traerla de vuelta antes de que llegue con los De Cree y Malcolm Gobbo.

—¿Por qué ella? —preguntó Kai, y la comprensión apareció en su rostro. Hizo un gesto con la mandíbula hacia Leah, y a ella le dolió la forma en que dijo *ella*, como si fuera una mala palabra o, peor aún, como si no recordara su nombre.

—Porque Leah sabe dónde está el complejo De Cree —afirmó Lonnie—. Sabe cómo llegar y puede hacer entrar en razón a Yasmeen.

El pecho de Kai se expandió al respirar hondo, su mirada se desvió de su hermana a Leah.

Leah lo entendió. Tendría que ir con Kai. Si no encontraban a Yasmeen, no pasaría mucho tiempo antes de que Ben y Malcolm también supieran dónde estaba Hayden.

CAPÍTULO 48

AMANDA

PASEABAN CON LAS MANOS entrelazadas y las armas colgadas a la espalda por un sendero poco transitado, rodeados de árboles imponentes y el trino de los pájaros. La belleza de la naturaleza abrumó a John y a Amanda con una sensación de asombro. Se detuvieron para sentir la suave brisa acariciar sus rostros, inhalando la dulce fragancia de las flores silvestres y la tierra húmeda. La luz del sol danzaba entre las hojas, y se detuvieron más de una vez para admirarlo todo. Con cada paso, se sentían más conectados con el mundo natural que los rodeaba, agradecidos por su impresionante belleza.

John posó con ternura la mano sobre el vientre abultado de Amanda, provocando que una ráfaga de emoción la recorriera. Su tacto siempre tenía un efecto eléctrico en ella, incluso después de todos estos meses desde que intercambiaron sus votos. Más aún, si

era sincera. Su amor, al igual que el bebé que crecía dentro de ella, florecía.

Amanda todavía no podía hacerse a la idea de que esta era su vida y que John Wilder era su hombre. Su compañero para siempre.

Si se hubieran conocido en el viejo mundo, no se habrían mirado dos veces. John no era el tipo de hombre que normalmente le atraía a Amanda. Ella prefería a los hombres de mediana estatura, de cabello claro y estilo pulcro y conservador, como Ben Hollen, si era sincera.

John era esencialmente lo opuesto a lo que ella solía buscar. Era fuerte, de físico corpulento y con la cabeza completamente rapada. Un contraste con sus rasgos delicados, su piel pálida, su corto cabello de fuego y su menuda complexión.

Pero en el momento en que lo miró a sus extraños ojos grisáceos, se enamoró perdidamente, y aunque su diferencia de altura era tan contrastante como su apariencia, encajaban a la perfección. Las piezas que faltaban en sus almas y que no sabían que les hacían falta.

—La apuesta de hoy, ¿niño o niña? —preguntó John, mirándola desde arriba, con el rostro iluminado de felicidad. Su gran mano acariciaba el vientre de ella; su orgullo irradiaba de él.

Ella colocó su mano sobre la de él, amando el contraste de sus pieles y cómo la mano de él era más del doble del tamaño de la suya. La hacía sentir protegida de todos y de todo lo que estaba fuera de ellos mismos. Su amante, este hombre, su esposo.

—¡Mmm, niño! —exclamó—. ¿Y tú?

John se agachó y apoyó la oreja contra el abultado estómago de Amanda. Ella ahuecó la mano sobre la cabeza lisa de él, deleitándose con su reconfortante peso contra ella mientras él esperaba a oír si la pequeña vida en su interior le compartiría sus secretos.

—Hola, Nicole —su voz vibró a través de la blusa holgada de Amanda, haciéndole cosquillas.

—¿Nicole? —rio ella, encantada con este juego que jugaban entre ellos.

—¿Samantha? ¿Emily? —dijo él, poniéndose de pie y envolviéndola en sus brazos. Amanda se dejó caer en ellos como si fuera el lugar más seguro en el que pudiera estar.

—Creo que Daniel —presionó su rostro contra el musculoso pecho de él, inhalando su embriagador aroma que la hacía desear estar aún más cerca de él.

—Daniel Wilder, mmm. Me gusta —la voz de John retumbó en su pecho, haciendo sonreír a Amanda.

—Daniel Johnathan Wilder —dijo ella, alzando la vista hacia sus increíblemente claros ojos, esperando que su hijo los heredara.

John se inclinó y presionó sus labios contra los de ella, sintiendo la calidez y la pasión familiares mientras se fundían. No se cansaban el uno del otro, permaneciendo en un beso y soñando con cómo sería su futuro hijo.

El sonido de algo que crujió en el bosque más adelante los hizo detenerse de golpe y echar mano a sus armas, preparados para el peligro.

Amanda ahogó un grito.

Leah estaba ante ellos, con las manos en alto en un gesto de rendición. Detrás de ella, un hombre alto de ascendencia indígena permanecía de pie, su postura firme mientras les apuntaba directamente con una escopeta.

Sin dudarlo, las dos mujeres acortaron la distancia entre ellas y se abrazaron con fuerza, como si hubieran estado separadas durante años.

John se quedó inmóvil, con su arma apuntando a la persona desconocida que estaba junto a Leah. Ambos permanecieron congelados mientras las dos mujeres se abrazaban, con lágrimas corriendo por sus rostros.

—¿Dónde has estado? —las manos de Amanda acariciaron el largo cabello rubio de Leah, como si no pudiera creer que Leah estuviera allí.

—¿Recibiste mi carta? ¿Dónde está Adam? Tienen que venir con nosotros. Tienen que venir con nosotros al De Cree.

—Sí, la recibí —dijo Leah, apartándose y secándose los ojos. Se recompuso, recuperando el aliento, antes de continuar—. Amanda,

tienes que escuchar. El De Cree no es lo que crees.

John miró a Amanda, quien le devolvió una familiar mirada de decepción que decía: «Oh, no, otra vez lo mismo».

Leah miró de reojo al hombre que estaba a su lado, pero el rostro de él no mostraba más que desprecio e ira.

Sintiéndose inquieta, a Amanda le preocupó el tipo de persona con la que Leah se estaba involucrando.

¿En qué estaba metida? ¿Dónde había estado todos estos meses y en dónde diablos estaba Adam? ¿Cómo era posible que Leah no lo tuviera a su lado?

—Por favor, dime que no eres parte de ellos —la voz de Leah tembló. Amanda notó la mirada de terror en sus ojos mientras observaba la imponente figura de John.

El tamaño de John era intimidante, pero la expresión en el rostro de Leah albergaba un nivel de miedo que Amanda nunca antes había presenciado.

—¿Parte de qué? ¿Del De Cree? Sé que crees que son una especie de secta o algo así, pero escucha, Leah, no es nada de eso.

Leah se apartó de ella, acercándose al hombre con el que estaba.

—¿Hablas en serio? —preguntó, atónita y horrorizada—. Asesinaron a todos en Lex. Los masacraron y los dejaron pudrirse en las calles.

—Eso es ridículo —dijo Amanda, observando cómo la rabia se profundizaba en el rostro del hombre.

—Leah, ¿estás a salvo? ¿Dónde está Adam? He estado muerta de preocupación. ¿Este hombre te retiene contra tu voluntad?

—¿Qué? —la expresión en el rostro de Leah era de puro asombro, como si Amanda estuviera hablando en otro idioma.

Sintió un escalofrío. La forma en que Leah la miraba era como si existieran en universos diferentes. Amanda y John estaban en un mundo, mientras que Leah y el hombre alto de cabello largo y oscuro estaban en otro.

—Lu Lu, es mejor que tú y Adam vengan al recinto. Sé que Ben ha sido un completo imbécil, pero tienes que entender que si vas a ser parte de este nuevo mundo, tienes que ser parte del De Cree. Es por tu propio bien —suplicó.

—¿Te escuchas? ¿Realmente oyes las palabras que salen de tu boca? —preguntó Leah con estupefacción e incredulidad, mientras se acercaba más al hombre.

—Cuando volví a la ciudad y encontré tu carta, ¿sabes qué más encontré? ¿Además de destrucción y caos? ¿Sabes lo que vi ese día mientras huía de la ciudad con Adam?

La cabeza de Amanda se sacudió involuntariamente mientras dudaba en escuchar lo que Leah tenía que decir a continuación. Una sensación de pavor le subió por el cuello.

—¿Tienes idea de lo que tuve que pasar con mi hijito en el asiento trasero?

John se colocó de repente al lado de Amanda, listo para interponerse entre ella y la andanada de palabras que Leah les lanzaba.

Notó que el pecho del hombre subía y bajaba mientras su rostro se contraía de indignación con cada palabra que Leah pronunciaba.

¿De qué hablaba Leah? ¿Qué quería decir? La ciudad estaba bien. ¿Por qué Leah hablaba como si el mundo estuviera bajo ataque?

—Era un niño, Amanda, un niño pequeño. No mucho mayor que Adam. Yacía muerto en la calle como un animal atropellado. Necesitas ir a la ciudad y verlo por ti misma. Ver lo que realmente es el De Cree al que te has unido.

Amanda se llevó la mano al estómago en un gesto protector.

—¡Eso es mentira! —gritó John, rodeando los hombros de Amanda con su brazo y atrayéndola a la seguridad de su abrazo—. Soy un soldado del De Cree.

Con un movimiento repentino, el extraño sacó su arma y apuntó directamente a John; el fuerte clic del seguro llamó la atención de John. En respuesta, John desenfundó rápidamente su propia arma y apuntó directamente al otro hombre.

—Basta, basta, John, basta.

Leah se volvió hacia el hombre, haciéndole señas para que bajara el arma, pero él no movió un músculo, manteniendo su arma enfocada en John. Ambos iguales en altura y fuerza.

—Esto es una patraña. Tal cosa no ha sucedido. Yo lo sabría —la voz de John retumbó, su propia ira en aumento.

Leah negó con la cabeza, llevándose una mano a la frente con incredulidad.

Amanda conocía su verdad, y esa era que el De Cree había cambiado su vida para mejor. Pero Leah nunca le mentía. Bueno, no realmente. No siempre había sido del todo sincera en el pasado sobre su relación con Ben, afirmando que todo estaba bien cuando no lo estaba. Siempre era de extremos, restando importancia a la infidelidad de Ben, para luego estallar al verlo con Malcolm en el estadio.

Así que, ¿quizás estaba siendo dramática con esto?

El rostro de Adam vino a la mente de Amanda. Leah haría cualquier cosa para protegerlo. Amanda lo sabía con certeza. Negó con la cabeza, confundida, sintiéndose desconectada de todo. Nada de eso tenía sentido.

—Si eres miembro del De Cree, entonces sabes que te digo la verdad —Leah señaló con el dedo a John, quien retrocedió, horrorizado, incapaz de ocultar su reacción a sus palabras.

—Somos miembros prominentes del De Cree, lo sabríamos. Son puros disparates. Estamos protegiendo a la gente de Lex de los rebeldes.

Amanda hizo una pausa, dándose cuenta de lo poco que ella y John se aventuraban fuera del recinto. El permiso reciente para ir de cacería era algo raro.

A pesar del afán de John por unirse a los otros soldados en sus rondas fuera del recinto, siempre le decían que lo necesitaban dentro de los muros para proteger a los miembros de los peligrosos y violentos rebeldes del exterior.

Gente como Leah.

Amanda y John no podían entender la lógica detrás de ello. Después de todo, John era un militar entrenado, físicamente imponente y capaz. Entonces, ¿por qué insistían en mantenerlo en el recinto? Pero eran recién casados y se envolvieron en la pequeña burbuja que crearon dentro del complejo. Todas las preguntas se olvidaban mientras se deleitaban con la nueva vida que les había presentado Malcolm Gobbo.

Además, como diría Malcolm, los miembros eran valiosos y necesitaban ser protegidos de la infiltración que se había apoderado del distrito de Lex. Cuando se trataba de esta importante tarea, solo unos pocos soldados elegidos eran lo suficientemente confiables. Y a la cabeza de todos ellos no estaba otro que el soldado más leal de Malcolm, John Wilder.

Era un honor. Un puesto destacado en el De Cree.

Amanda despreciaba la inquietante sensación que se revolvía en su estómago. La dejaba con dudas, haciéndola cuestionar si podría haber algo de verdad en las palabras de Leah.

Colocó su mano sobre el estómago, tratando de calmar a la pequeña vida en su interior y las crecientes dudas que estaban surgiendo. ¿O siempre estuvieron allí? Enterradas y desatendidas a propósito.

Los ojos de Leah siguieron su mano y se abrieron de par en par al darse cuenta.

Amanda sonrió débilmente, deseando tanto compartir este momento especial de su vida con su mejor amiga.

—Amanda, cómo pude… —Leah tropezó con sus palabras, sintiéndose mortificada al darse cuenta de que no había notado el evidente vientre de embarazada de su amiga.

Amanda asintió y se apoyó en el cuerpo firme de John. Él la rodeó con un brazo protector sobre el hombro, permitiéndole usar su cuerpo como ancla. Las lágrimas rodaron por sus mejillas y las secó con una pequeña risa. Después de todo este tiempo, finalmente podía compartir con Leah que iba a tener un bebé. Su mejor amiga en todo el mundo además de John. La única persona a la que había deseado contárselo incluso más que a sus padres, con quienes no había hablado en meses.

—¿Crees que arriesgaría a mi bebé, Leah? ¿Crees que arriesgaría a mi hijo más de lo que tú arriesgarías a Adam?

Los labios de Leah estaban apretados, tratando de evitar los sollozos que Amanda podía ver que luchaba por contener.

El hombre que se cernía detrás de ella cambió su peso, impaciente, como si tuviera prisa y algo importante que hacer.

—Tenemos que irnos —dijo con su voz profunda, su arma todavía apuntando a John.

Leah se acercó a Amanda y la envolvió en un cálido y apretado abrazo. Las dos mujeres permanecieron en medio de los altos árboles del bosque, su lazo de amistad inquebrantable a pesar de sus creencias diferentes. La luz del sol se asomaba entre las hojas, proyectando un suave resplandor en sus rostros mientras se abrazaban, cada una sintiendo el consuelo y el apoyo familiares de los brazos de la otra, intactos por el caos del mundo exterior.

Amanda saboreó la sensación de la presencia de Leah, cerrando los ojos e inhalando profundamente. Leah se inclinó y rozó con sus labios la mejilla de Amanda, casi como si fuera a besarla, pero en lugar de eso le susurró al oído.

—Necesitas descubrir la verdad. Por el bien de tu hijo y el tuyo —la voz de Leah era baja, mirando a John con una expresión preocupada antes de continuar—. El hombre con el que estoy es Kai Wagamese. Tiene un recinto llamado Hayden, y su hermana es partera —susurró, revelando su ubicación.

—Ven conmigo. Te protegeremos a ti y al bebé —le besó la mejilla y la abrazó una vez más antes de retroceder y mirar a Kai, que las observaba impaciente detrás de ellas.

Leah echó un último vistazo a Amanda antes de desaparecer en el bosque con Kai Wagamese, dejándola de pie con los brazos vacíos y una mirada anhelante. Desapareciendo tan rápido como había aparecido.

—Está bien, cariño —la voz profunda de John la consoló desde atrás mientras la rodeaba con sus brazos por la cintura, atrayéndola cerca de su robusto pecho. Ella echó la cabeza hacia atrás, conteniendo las lágrimas que amenazaban con caer, preguntándose cuándo volvería a ver a su amiga y sin saber todavía el paradero de Adam.

—John, ¿por qué estás siempre en el recinto? ¿Por qué Malcolm no te quiere en el campo? Estás mejor entrenado que cualquiera de los otros soldados. Ninguno de ellos tiene tu experiencia —no se movió de sus brazos, sino que se apoyó en él mientras la sostenía. Así era él. Siempre la escuchaba y valoraba sus opiniones, genuinamente

curioso por lo que ella tenía que decir. Amanda sabía que la mente de él debía estar a mil por hora con toda la información que Leah había revelado. ¿Cómo podría no estarlo? Sus propios pensamientos se arremolinaban con todo lo que Leah había dicho.

—Cariño, nunca quiero estar lejos de ti. Tu seguridad y la del bebé son mi máxima prioridad. Si estuviera fuera con los otros soldados, apenas te vería —Amanda se volvió hacia su esposo, buscando consuelo en su abrazo. Sabía que lo que decía era verdad, pero no podía evitar preguntarse por qué Malcolm no quería que John y los demás en el recinto se fueran. ¿Qué estaba ocultando?

Abrazó a John, sintiendo a su hijo nonato patear dentro de ella. Era una sensación surrealista, saber que su bebé llegaría al mundo pronto. John se inclinó y besó la parte superior de su cabeza, y ella cerró los ojos, de repente llena de preocupación por primera vez desde que dijeron sus votos.

—Todo va a estar bien, mi vida, estamos en el lado correcto. Tu amiga entrará en razón. Además, es la esposa de Ben y la madre de su hijo.

—Supongo —dudó Amanda, insegura de si todavía lo creía. Podía sentir los rápidos latidos del corazón de John, ahora más fuertes y rápidos que antes de su paseo—. Supongo… —dijo sin terminar la frase, sus pensamientos derivando hacia la ubicación exacta donde Leah había mencionado que estaría Hayden. Tomó nota mental de ello, sin querer mencionárselo a John todavía.

CAPÍTULO 49

KAI

KAI IRRUMPIÓ ENTRE LOS arbustos, abriendo el camino mientras Leah lo seguía. La rabia lo consumía.

—Kai, espera —dijo Leah, su voz proveniente de atrás. Corrió hasta él y lo agarró del brazo, pero él se zafó con un brusco movimiento y la confrontó, con el rostro rojo de furia.

—¿Se lo dijiste? ¿Lo hiciste? —su voz retumbó por el bosque, reverberando en las hojas que colgaban sobre ellos.

Leah dejó caer los hombros y evitó el contacto visual, con el rostro contraído por la culpa.

Sus dedos jugaban nerviosamente con el borde de su blusa mientras la decepción de él flotaba pesadamente en el aire.

—Kai, puedo explicarlo. —Su tono era el que usaría con su hijo. Como si él fuera un niño enojado al que necesitaba hacer entrar en razón y calmar.

—¿Explicar qué? ¿Qué explicación lógica podrías dar para poner voluntariamente en riesgo a cada persona en Hayden? Nos expusiste al enemigo. —Hervía de ira contra la mujer que tenía delante. Estaba enojado consigo mismo por haberla traído de vuelta a Hayden, y aún más furioso por la imprudencia de ella en lo que respecta a la seguridad de todos.

—Le dijiste a la esposa de un soldado De Cree dónde está nuestro campamento. No hay nada que puedas explicar.

Leah se detuvo, con el rostro horrorizado e indignado.

—Amanda es mi mejor amiga. Jamás haría nada para lastimarme.

—Está con los De Cree. ¿Cómo puedes no verlo? —Estupefacto, buscó respuestas en el cielo para racionalizar los pensamientos de ella.

—Ella ya no es tu amiga. ¿Has pensado en el niño?

Su rabia se intensificó mientras le daba la espalda, intentando borrar de su mente la expresión atónita y dolida de ella.

—Por Dios, mujer, se supone que debes proteger a tu hijo.

—Amanda nunca lastimaría a Adam. Lo quiere.

Soltó un profundo gruñido desde el fondo de su garganta, pensando en Chrissy y en el pequeño camión que ahora estaba en manos del hijo de esta mujer.

Famosas últimas palabras.

Qué ingenua era Leah al pensar que la gente no podía herir a quienes amaba. Al poner el regalo más preciado del mundo en manos de alguien poco fiable, porque lo aman.

—Eres una mujer tonta e ingenua.

—¿Cómo te atreves? —Leah se quedó con la boca abierta, indignada.

—¡Cómo te atreves tú! —bramó él, sintiendo que el cielo cambiaba con su humor—. Has puesto a tu hijo en grave peligro. Tú misma dijiste que tu exesposo lo quiere, y ahora acabas de dejar un rastro de migas de pan hasta nuestra puerta.

Sintió la punzada de los recuerdos de Chrissy, siempre presentes, deseando poder retroceder en el tiempo y enmendar los errores del pasado. Pero por supuesto, no podía. Para Chrissy ya era demasiado tarde.

—¿La viste a ella, mujer? ¿Lo viste a él? Es uno de los soldados De Cree. Y sin embargo, ustedes dos se abrazan y hablan maravillas de los bebés, mientras que al mismo tiempo revelan que vieron a un niño masacrado en la calle. —Se volvió hacia ella, con sus ojos oscuros fulminándola con la mirada.

—Haz que tenga sentido.

Leah se cubrió la boca, la comprensión dibujándose en su rostro.

Una ola de culpa lo arrolló al darse cuenta de la gravedad de sus palabras. Pero, de nuevo, ¿de qué servía la culpa? Ella se lo merecía. La vida del niño estaba en riesgo. No podía dejar que sus emociones nublaran su juicio, no cuando toda su comunidad en Hayden estaba en juego.

Pensó en Summer, de solo dieciséis años, que mató por la vida de su hijo nonato. ¿Cómo se atrevía esta mujer a arriesgar la seguridad de todos porque confiaba en su amiga?

Cerró los ojos, imaginando a Adam, y se apartó de Leah, incapaz de tolerar mirarla. No había forma de que la dejara salirse con la suya arriesgando la vida de un niño, incluso si era su propio hijo. Especialmente si era su propio hijo.

El cielo se oscurecía, y Kai podría haber jurado que escuchó un cuervo graznar en algún lugar a lo lejos, como si lo llamara. Recordándole a Kai que Chrissy había puesto a Adam en su camino por una razón.

Dos veces.

De todos los niños del mundo, Kai le había dado el camión a Adam todos esos meses atrás. El niño que aparecía constantemente en su vida, siempre necesitado de protección.

Igual que Chrissy.

No era una coincidencia que se topara con el niño dos veces cuando estaba perdido y asustado a merced de la incompetencia de su madre.

No tenía más opción que llevar al niño a Hayden.

La sola palabra Hayden hizo que la garganta de Kai se contrajera con el recuerdo de Chrissy sentado en su regazo, prometiendo crear un refugio tanto para él como para su madre.

—¿También papi? —decía Chrissy, jugando con los largos mechones del cabello de Kai, tan oscuros en contraste con el cabello castaño claro de Chrissy.

—También papi —decía Kai a regañadientes, prefiriendo no pensar en Eamon Daxon.

—Oh, me encanta este lugar, Hayden. Me encanta, tío. ¿Cuándo lo vas a construir?

Kai se reía entre dientes, colocando su mano en la nuca del niño y besando su cálida frente.

—Refugio, es Refugio, no Hayden.

El pequeño rostro de Chrissy se arrugaba mientras miraba a Kai, repitiendo las palabras «Refugio» con determinación. A pesar de sus esfuerzos, siempre salían como «Hayden».

Kai lo decía lentamente, moviendo los labios para que el niño pudiera repetirlo. Chrissy colocaba sus dedos sobre los labios de Kai, sintiendo cómo las palabras vibraban en ellos y pronunciándolas para que el pequeño pudiera repetirlo.

—Hey den —decía cada vez, su boca moviéndose con la de Kai.

Kai se reía, abrazando a Chrissy con fuerza, sintiendo su pequeño corazón contra el suyo, el olor de su cabello persistiendo bajo su nariz.

—Hayden será —declaró Kai mientras la voz de Chrissy repetía la palabra una y otra vez. Él rodeaba el cuello de Kai con sus brazos, su pequeña mejilla presionada contra la suya, y se quedaban así, inmóviles, mejilla con mejilla, mientras el niño parloteaba sobre todo bajo el sol.

Kai habría hecho cualquier cosa por ese niño. Cualquier cosa, y aun así no fue suficiente.

Y ahora ese niño lo había llevado a otro. Adam.

Darle el camión a Adam lo cambió todo para Kai. Resquebrajó ese muro de dolor que estaba tan herméticamente cerrado que no podía respirar ni funcionar. Lo único que podía hacer era trabajar en Hayden. Construir el lugar seguro que le había prometido a Chrissy.

Esa era la salvación de Kai de la pérdida que lo consumía. Construir Hayden.

Eso es exactamente lo que hizo y ahora Adam también era parte de ello y de alguna manera sentía que todo estaba encajando. Chrissy le había mostrado el camino, y en lo más profundo de su alma, creía que había despejado la senda.

Hayden y Adam.

Miró al cielo, las nubes se arremolinaban oscuras y amenazantes, y se tragó el nudo que siempre se le formaba en la garganta cuando pensaba en Chrissy. El cuervo graznó una vez más, mientras un rayo de sol atravesaba las nubes sombrías. En ese momento, el cuervo surcó el cielo con sus alas extendidas, capturando y reflejando los rayos del sol.

Sintió a Leah a su lado, su mano tocando su brazo, y la miró, sorprendido. Ella era más baja que él, pero no por mucho. Su largo cabello rubio caía por su espalda. Igual que su largo cabello oscuro. Ambos se quedaron mirando al cuervo mientras volaba en círculos sobre ellos. Llamándolos.

—Un cuervo —dijo Leah en un tono suave, pero él no se movió. Mantuvo la mirada fija en el cuervo que se elevaba por encima.

Su ira se estaba calmando, sus pensamientos se volvían más centrados mientras observaba al pájaro, sintiendo que despertaba de un largo y oscuro sueño, volviendo finalmente a la vida.

Escuchó mientras la voz de Leah continuaba.

—Cada vez que algo importante sucede en mi vida, veo un cuervo.

Bajó la vista hacia Leah, su rostro liso y sus ojos azules clavándose en los suyos. Un fuerte lazo de conexión que lo confundía se sentía como si los estuviera atando, sin importar cuánto luchara contra él.

—Tu animal espiritual.

Ella asintió, comprensiva.

—Siempre lo he pensado, aunque no estoy segura de por qué.

—Nos pasa a todos. Todos nos sentimos atraídos por nuestro guía espiritual. Simplemente es así —dijo Kai, incapaz de apartar la mirada del rostro de ella.

—La mayoría simplemente no presta atención y lo llama coincidencia.

—Kai. —Rozó ligeramente su brazo con las yemas de sus dedos, enviando una sacudida de calor y hormigueo por su cuerpo.

No sabía si quería apartarse, sentir repulsión, o aferrarse a ella con una fuerza de hierro.

—No quiero hablar de eso, Leah. No entiendes las implicaciones.

—Lo siento, pero confío en Amanda.

Se preguntó cómo Leah podía ser tan ingenua, a pesar de todo lo que había pasado y la dura realidad de su vida actual.

Respiró hondo, con el peso del mundo presionándolo fuertemente, y observó cómo el cuervo se alejaba volando, emitiendo su último graznido de recordatorio mientras se iba.

La mujer lo frustraba hasta el extremo. Pero sabía que ella estaba en su vida por una razón. Leah era la madre de Adam, así que también tenía que protegerla. Dios sabe que necesitaba protección.

Se quedaron allí por un momento, observando al cuervo volar cada vez más lejos hasta que fue solo una mancha negra en el cielo, antes de darse la vuelta para irse y regresar a Hayden.

Encontrar a Yasmeen ya no era una opción. Necesitaban volver con su gente. Tendría que hacer las paces con Chris para que pudieran unirse y aumentar el entrenamiento.

Lonnie trajo a Chris y a Summer a Hayden.

Kai trajo a Leah y a Adam.

Leah trajo a Yasmeen y ahora a esta Amanda y su esposo, John.

La exposición de Hayden los ponía a todos en peligro y ellos mismos se lo habían buscado.

CAPÍTULO 50

JOHN

JOHN ABRIÓ LA PUERTA, intentando no azotarla contra la pared.

Amanda se volteó hacia él, con el rostro atónito y confundido a la vez. La caminata de regreso al complejo De Cree había sido mayormente en silencio. Se tomaron de la mano, pero no hablaron. Ambos intentaban procesar lo que acababa de suceder en el bosque.

—John, no entiendo por qué Leah actuó como lo hizo. Decir esas cosas tan horribles. Ella no es así.

Él fue hacia su esposa y la tomó en sus brazos, acunando la cabeza de ella contra su pecho.

El aroma a champú de hierbas emanaba de sus vibrantes mechones rojos, y no pudo resistirse a inclinarse para inhalar profundamente.

John la abrazó con fuerza, reacio a soltar a su esposa, deleitándose con la sensación de sus suaves curvas presionadas contra él.

En su vida anterior, Amanda era una mujer a la que probablemente no le habría dedicado una segunda mirada.

No era su tipo.

Prefería a las mujeres con más curvas y que compartieran un origen similar al suyo.

¿A quién quería engañar? Le gustaban las mujeres negras, como él.

Amanda era la personificación de la palidez, su piel de un blanco lechoso puro. Su pelo rojo solo acentuaba el contraste con su tez casi traslúcida. Sus ojos eran claros, pero no tanto como los de John.

Las reacciones de la gente hacia él no eran nada nuevo. Era de esperarse, en realidad, con su imponente estatura y su cabeza rapada. Pero eran sus llamativos ojos gris azulado contra su tez oscura lo que siempre captaba su atención y los hacía mirarlo dos veces.

Claro, la gente de color podía tener ojos claros. La madre de John era una de ellas y provenía de una larga línea de parientes de ojos azules antes que ella. No fue una sorpresa para sus padres que él naciera con los mismos ojos de su madre. En la familia de ella, era lo normal.

No era la gran cosa, hasta que se unió al ejército.

No fue hasta entonces que descubrió que tenía un raro trastorno genético llamado síndrome de Waardenburg. Afortunadamente, su audición estaba bien, o de lo contrario no habría podido alistarse en el ejército, y si algo quería John más que nada en ese entonces era ser un soldado.

Le encantaba ser soldado. El ejército lo convirtió en el hombre que era. Lo que lo llevó a Malcolm Gobbo y a Amanda. El yin de su yang. Hasta a él le sonaba cursi, pero era la verdad. Cuando se paró por primera vez frente a Amanda, la atracción fue tan fuerte que sintió que casi lo derribaba. No tenía sentido. Ella era lo opuesto al tipo de mujer que le gustaría y, sin embargo, era perfecta. Como si la hubiera conocido toda su vida y solo estuviera esperando que llegara para llenar el vacío que siempre había estado ahí en su vida, hasta que dejó de estarlo.

Malcolm prometió que elegiría la pareja perfecta para John, y lo hizo de más maneras de las que John podría haber imaginado.

—Bueno, tu amiga está confundida. En todo caso, es al revés. Son los radicales los que amenazan a los De Cree. Habló como si el mundo se hubiera vuelto loco, como en una especie de novela distópica. Eso es simplemente ridículo —dijo John, tratando de entender qué demonios había pasado en el bosque. Acarició el pelo de Amanda, dejando que sus dedos se deslizaran por los sedosos mechones, y se preguntó por un momento si su bebé heredaría su cabello.

El rostro de Amanda, surcado de lágrimas, lo miró, sus ojos muy abiertos con incredulidad de que su mejor amiga pudiera estarles mintiendo.

Él le ahuecó el rostro con las manos, deseando no haberse topado nunca con Leah y el hombre, Kai.

—¿No confías en Malcolm? —preguntó John, inclinándose para mirarla a la cara, odiando la duda que escuchó en su voz. Amaba a Amanda más de lo que jamás imaginó que podría amar a alguien. Ahora, con el bebé en camino, su corazón explotaba de una felicidad que nunca había experimentado.

Pensó en su vida antes de los De Cree y de Amanda. Una vida llena de soledad, un trabajo que odiaba, forzado a tomar después de que el ejército lo dejó en la estacada.

A los dieciocho años, se alistó en el ejército y dedicó quince años a servir a su país. La experiencia lo moldeó en la persona que siempre había querido ser. Había sido un adolescente torpe y larguirucho con peculiares ojos azules y a menudo se sentía como un extraño mientras crecía.

Su tiempo en el ejército se vio truncado por un extraño accidente, lo que lo llevó a seguir una carrera como policía. Era lo más cercano que podía estar a la euforia de ser un soldado. Pero no era suficiente y lo dejó sintiéndose insatisfecho e incompleto. Eso fue hasta que conoció a Malcolm Gobbo. Desde ese momento, su vida cambió por completo.

—¿Cuál crees que es la razón por la que Malcolm te mantiene aquí? No sé por qué no lo vi antes. ¿Por qué te dejarían atrás? Hay

muchos hombres y mujeres, para el caso, que podrían proteger a los De Cree y mantenerlo a salvo. Hombres que son fuertes pero no tan entrenados están ahí afuera haciendo ¿qué? ¿Por qué no hemos cuestionado lo que está pasando allá afuera?

Las palabras de Amanda perforaron los oídos de John porque sabía que había verdad en ellas. ¿Cómo era posible que nunca lo hubiera cuestionado?

Sabía por qué. Era feliz exactamente donde estaba. Finalmente tenía a alguien en su vida. Su propia familia. John no cuestionaba la verdadera naturaleza de los De Cree, simplemente creía lo que le habían dicho. Y si eso significaba proteger a los que estaban dentro de su complejo, John estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario.

Todo lo que le importaba estaba dentro de estos muros. Mataría por protegerlo.

Ahora se enfrentaba al hecho de que las cosas no cuadraban. En el momento en que a John le entregaron a Amanda como su pareja, todo lo que estaba fuera de ella se detuvo. Sus ambiciones de ascender en la jerarquía de los De Cree pasaron a un segundo plano, por debajo de ella y ahora del niño. Tenía poco sentido si se detenía a pensar en ello, pero no pensaba en ello. El amor se había apoderado por completo de su mente, sin dejar espacio para nada más.

—John —dijo ella, rompiendo el silencio que se había vuelto ensordecedor.

—Tienes razón, algo no cuadra —suspiró él, incapaz de creer las palabras que salían de su boca. Pero al escuchar a Amanda decir en voz alta lo que ambos habían ignorado, era difícil no sentir cómo se hacía añicos la burbuja de color de rosa en la que vivían.

Pero, ¿cómo podía cuestionar a Malcolm cuando el hombre le había dado todo? Todo lo que siempre había querido en la vida. Era real, este matrimonio con Amanda. No era falso como las muchas relaciones que había tenido con otras mujeres en el pasado. Mujeres con las que había esperado poder compartir una vida, pero algo faltaba. Siempre faltaba algo.

Amanda era esa parte que faltaba en su corazón. Eran John y Amanda Wilder. Las palabras fluían sin esfuerzo de su boca, como si «John y Amanda» siempre hubieran sido una sola entidad en lugar de dos individuos caminando por separado en el mundo.

Ahora esta mujer increíble en sus brazos lo estaba convirtiendo en padre. John Wilder, el chico *geek* que era demasiado alto, demasiado flaco y con extraños ojos de alienígena, no solo era un esposo, sino que iba a ser papá.

Y se lo debía todo a Malcolm Gobbo y a los De Cree.

Las súplicas desesperadas de Leah para que Amanda la escuchara atravesaron los pensamientos de John como un cuchillo afilado. Las imágenes explícitas del cuerpo destrozado del niño tirado en medio de la carretera daban vueltas en su mente, causando confusión e incredulidad.

¿Cómo podía ser verdad algo de eso?

Pero, por otro lado, mira lo que le pasó a Malik.

John, como todos, sabía de lo que era capaz Malik. Todos sabían que el hermano de Malcolm era un psicópata. No tenía nada bueno que decir sobre Malik Gobbo.

Hizo una pausa, pensando en la esposa de Malik, Sarah, encerrada en su habitación con sus dos hijos pequeños. Tabitha sacaba a los niños a jugar al patio todos los días. Los dejaba con las madres de los otros niños, pero nadie veía a Sarah. Era como si hubiera desaparecido, desvanecido en el aire.

El encuentro con Leah y Kai había destrozado la fachada de seguridad de los muros cuidadosamente construidos que John y Amanda habían levantado a su alrededor. Las grietas, siempre presentes pero ocultas, ahora eran visibles y suponían una amenaza para la comodidad a la que se habían acostumbrado.

John apretó a Amanda con más fuerza contra él, sintiendo un miedo creciente por la seguridad de su esposa y su bebé.

CAPÍTULO 51

YASMEEN

YASMEEN SE ABRIÓ PASO apresuradamente hacia el complejo y vio a uno de los soldados de bajo rango montando guardia en la entrada. Era exactamente lo que necesitaba. Todos los guardias la conocían y la dejarían pasar sin dudar. Como soldado de menor rango, este guardia no tendría acceso a las instrucciones personales de Malcolm. Recibiría órdenes de su superior, quien, a su vez, recibiría sus propias instrucciones de una autoridad aún mayor. Era una cadena de mando que se extendía hacia arriba como una fila de fichas de dominó cayendo.

Se acercó a la entrada con seguridad, pero por dentro, el estómago se le revolvía de miedo. Fracasar no era una opción.

—Hola, Hermana —El rostro del soldado se iluminó al verla. No parecía molesto por su repentina aparición, que era exactamente lo que Yasmeen había esperado. Conocía a Malcolm demasiado bien. Él nunca querría perturbar su imagen cuidadosamente elaborada como

el líder y «hermano» de su comunidad. Revelar que Yasmeen, su preciada incubadora humana, había desaparecido, podría destruir su control y la adoración entre sus seguidores. Él era más listo que eso. Sabía que sin la lealtad de ellos, solo era otro hombrecito insignificante.

—Hermano —respondió Yasmeen, evitando su mirada. Él se hizo a un lado y ella atravesó las puertas metálicas del complejo con seguridad y aplomo.

En cuanto estuvo fuera de la vista, aceleró el paso. Los cólicos menstruales comenzaron a molestarla en la parte baja del abdomen, pero ignoró el dolor. Sabía que si todo salía según el plan, tendría toda una vida para sanar, pero si no, no importaría porque estaría muerta.

Entró con paso decidido al edificio, con los sentidos en alerta máxima mientras se preparaba para lo desconocido. Habían pasado días desde que se fue en busca de Hayden y no podía quitarse de encima la sensación de pavor mezclado con miedo. El sonido de sus pasos resonaba por el pasillo vacío, acompañado del débil zumbido de las luces fluorescentes y de un parloteo lejano. Los ojos de Yasmeen se movían de un lado a otro, captando cada detalle: las impecables paredes blancas, los pisos pulidos y las brillantes puertas de metal que bordeaban el pasillo. Su corazón se aceleró mientras se preguntaba qué le esperaba al final de este viaje.

«Malcolm debe de estar volviéndose loco», pensó.

Miró a su alrededor, asustada por primera vez desde que concibió esta horrible idea. El impacto total de lo que había hecho y lo que llevaba en la bolsa la golpeó con toda su fuerza.

Malcolm la mandaría a matar, por supuesto. Había hecho lo impensable. El futuro heredero, destruido.

Luchó contra el nudo que se le formaba en la garganta. Ya no tenía sentido arrepentirse. Todo había terminado y no podía volver atrás en el tiempo. Además, no quería. Tal vez algún día, en la seguridad de otro mundo, uno donde los De Cree ya no existieran. Tal vez entonces podría ser la madre que había esperado ser.

Se llevó la mano a la boca y se mordió los nudillos. Las lágrimas asomaron a sus ojos oscuros, pero se las secó rápidamente y

aceleró el paso, decidida a llegar a las habitaciones de Malcolm sin que la vieran.

Apretándose contra la pared, intentó fundirse con el entorno. El complejo parecía desierto, lo cual era extraño a esa hora del día. Pero al doblar la esquina, chocó con Amanda.

—¡Yasmeen! ¡Hace días que no te veía! —Su rostro se iluminó al saludarla. Yasmeen forzó una sonrisa falsa como respuesta.

—¿Cómo va el bebé? —preguntó la tonta con una sonrisa radiante, extendiendo la mano para tocar el vientre deshinchado de Yasmeen. Con un movimiento brusco, detuvo la mano de Amanda en seco, haciendo que esta diera un respingo por la sorpresa ante la repentina acción.

—Bien —ladró Yasmeen, con la mano temblando por su reacción física hacia Amanda. No le agradaba Amanda. Solo otra marioneta manipulada y con el cerebro lavado por las falsas palabras de Malcolm. Pero tampoco quería hacerla enojar y que fuera a lloriquearle a Tabitha o, peor, a Malcolm.

Pensó en todo lo que le había hecho a Leah y en cómo, aun así, le había tomado la mano y secado la frente en el momento más oscuro de su vida. Esta idiota que tenía delante nunca haría eso por ella, y mucho menos por Leah. Una traidora. Eso era Amanda, una traidora que se volvería contra su amiga solo por pertenecer.

Le daba asco a Yasmeen.

—Malcolm me necesita en este momento —mintió, incapaz de soportar a Amanda por más tiempo—. No quiero hacerlo esperar —Yasmeen evitó mirar el rostro tonto y embelesado de Amanda. No extrañaba para nada la compañía aquí en los De Cree. Eran todos zombis, incapaces de tener un pensamiento original. Cada uno de ellos con esa expresión aturdida que todos compartían. Siendo Amanda una de las peores.

El rostro de Amanda se contrajo con confusión mientras preguntaba: —¿Ah, sí? —continuó—: Voy de camino al jardín. Malcolm ha convocado a todos los oficiales de alto rango y a sus familias a una reunión —Con los brazos cruzados firmemente sobre su abultado estómago, Amanda enarcó una ceja inquisitivamente.

—Sí —respondió Yasmeen, con el rostro inexpresivo, sintiendo la hostilidad de Amanda hacia ella y maldiciéndose por haberle apartado la mano de un manotazo. Esto era extraño. Era como si un velo se hubiera corrido y la verdadera Amanda se estuviera revelando ante Yasmeen por primera vez. ¿Era Amanda más consciente de lo que estaba pasando de lo que pensaba?

Yasmeen se irguió, la sangre subiéndole al rostro, el miedo trepándole por el pecho y el cuello, queriendo ahogarla, poco a poco, hasta que no le quedara aire para respirar.

—Por eso me apuro. Malcolm quiere hablar conmigo antes de la reunión. No entiendo por qué te concierne, Amanda. Tu interrogatorio es bastante perturbador. Yo soy la elegida. No te corresponde cuestionar mis acciones.

Las mejillas de Amanda se enrojecieron, su expresión previamente engreída se desvaneció rápidamente. Yasmeen esbozó una sonrisa condescendiente, apretando su cartera de cuero con fuerza a su costado mientras sentía el peso de su contenido y la creciente ansiedad que se instalaba en su pecho.

—Ahora, si me disculpas —dijo Yasmeen, pasando de largo a la humillada Amanda—. Nuestro líder espera.

—Por supuesto, me disculpo —tartamudeó Amanda, haciéndose a un lado—. No quise decir nada… —Yasmeen no le prestó atención mientras se alejaba. Que se cocinara en su propio jugo, pensó. Que Amanda se preocupara por lo que Yasmeen le diría a Malcolm o, peor aún, a Ben.

Casi podía sentir la ansiedad de Amanda creciendo a sus espaldas. Se lo merecía, pensó Yasmeen.

¿Qué había sacrificado Amanda, además de la traición a su amiga? Yasmeen no le debía nada. Se apresuró por el pasillo hacia las habitaciones de Malcolm. Pensó en Leah y en el pequeño Adam y cerró los ojos, tratando de bloquear sus imágenes.

¿Era Yasmeen diferente de Amanda?

Resistió el impulso de mirar hacia atrás, temerosa de ver su propia expresión reflejada en el rostro de la otra mujer. Se concentró en la información que Amanda le había dado y aceleró el paso. Si Amanda tenía razón y se estaba llevando a cabo una reunión, Malcolm y

Tabitha probablemente estarían ocupados en otro lugar con Ben y el resto de la cúpula de los De Cree, preparándose para su próximo discurso.

Se dirigió a los aposentos de Malcolm y se sintió aliviada al no encontrar ningún guardia apostado afuera. De lo que fuera que se tratara la reunión, tenía que ser importante. Respiró hondo antes de entrar, examinando la habitación. Parecía estar vacía. Dejando escapar un suspiro de alivio, cerró la puerta detrás de ella.

CAPÍTULO 52

BEN

MALCOLM CAMINABA DE UN lado a otro, frustrado. Ben permanecía quieto, observando, con una expresión desprovista de toda emoción.

¿Dónde diablos estaba?, pensó, con el cerebro a punto de estallar. ¿Adónde demonios se había largado Yasmeen?

Llevaba días desaparecida y, por mucho que Ben intentaba asegurarle a Malcolm que todo estaba bien, la situación no pintaba nada bien.

—Si informamos a los miembros superiores de los De Cree que la elegida fue raptada, creo que su búsqueda se acelerará. —La voz de Malcolm era suave como la seda al hablar, enmascarando el pánico que Ben sabía que estaba allí.

Tabitha entró en la habitación. Se veía terrible, sus manos se movían y retorcían constantemente, volviéndolo loco. Irritaba a Ben hasta el extremo con su nerviosismo excesivo. Ben veía a través de

la fachada de Tabitha. A ella no le podía importar menos lo que le pasara a Yasmeen. Lo único que le importaba era el mocoso que llevaba dentro.

Ben exhaló por la nariz, tratando de contener su creciente ira. Podría matar a Yasmeen por hacer esto. Se dio cuenta de que ella estaba furiosa por haberla engañado con el embarazo, pero, por Dios, la convirtieron en la elegida. ¿Qué más quería la zorra esa?

—¿No ha sabido nada de ella, Ben? —Malcolm detuvo su caminar justo frente a él.

Los ojos de Ben volvieron a enfocar y se encontraron con la mirada de Malcolm, observando el color claro de sus iris. A pesar de los intentos de Malcolm por ocultarlo, Ben podía ver la ansiedad en sus ojos. Era la primera vez que veía a Malcolm tan vulnerable y desequilibrado.

—No, Malcolm. Lo lamento. —respondió Ben, odiando lo incompetente que se sentía. A diferencia de Leah, Yasmeen había desconcertado por completo a Ben. Por más que buscaba, Yasmeen parecía haber desaparecido sin dejar rastro, dejándolo con una sensación de impotencia. Había dedicado todo su tiempo y energía a encontrarla, descuidando sus contactos con Leah y el niño. Ahora, al parecer, todos sus esfuerzos habían sido en vano.

—Interesante… —Malcolm se acarició su pequeña barbilla.

—¿A qué se refiere? —Ben se enderezó, tratando de parecer más alto. A pesar de sus esfuerzos por parecer fuerte, sentía las piernas débiles, delatando cuánto le habían afectado las palabras de Malcolm.

¿Acaso Malcolm sabía que Ben sabía dónde estaba Leah? No, era imposible. ¿O no?

—Bueno, parece que las dos mujeres que me eludieron son suyas. —dijo Malcolm, sin levantar la voz.

A Ben le tembló la boca. —¿Qué está insinuando, Malcolm?

Los largos dedos de Malcolm trazaron distraídamente la barba incipiente de su barbilla, con el ceño fruncido en profunda reflexión. Tabitha observaba a los dos hombres con inquietud, sus manos jugueteando nerviosamente.

—¿Por qué tanto su esposa como su amante siguen interfiriendo en mi camino hacia el éxito?

Ben no se inmutó. Lo veía venir.

—Eso es un poco dramático, ¿no le parece? —El tono de Ben se mantuvo firme mientras respondía, sosteniendo la mirada de Malcolm, negándose a dejarse intimidar por él—. Creo que es más simple que eso. Simplemente usted no les agrada, Malcolm.

Los ojos de Malcolm se entrecerraron, pero no parpadeó. La habitación quedó en silencio antes de que una amplia sonrisa se extendiera por su rostro. Soltó una pequeña risa antes de reanudar su metódico caminar de un lado a otro.

—¡Mujeres! —exclamó, alzando las manos—. ¿Qué hacemos con estas criaturas seductoras? —Casualmente, colocó sus manos detrás de la nuca, entrelazando los dedos—. Más importante aún, ¿qué deberíamos hacer con sus mujeres, Ben?

Ben abrió la boca para responder cuando John entró, interrumpiéndolos.

—La gente está esperando. —dijo John, con el rostro sonrojado, presumiblemente por la emoción de la multitud que esperaba afuera.

—Bien, gracias, John. Solo nos tomará un momento. —respondió Malcolm, todavía de pie con las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

John asintió y salió de la habitación.

—Bueno, parece que tendremos que terminar esta conversación en otro momento. —dijo Malcolm, bajando las manos a los costados antes de darles la espalda. Cruzó la habitación hacia su escritorio, tomando un papel que descansaba sobre su superficie. Sus ojos recorrieron las palabras con cuidado, revisando el discurso que había preparado para la reunión de los miembros.

Ben se le acercó, apoyando una mano en su hombro.

El cuerpo de Malcolm se sacudió mientras se giraba, con los ojos muy abiertos por la cautela. Ben retiró rápidamente la mano, sabiendo que estaba pisando terreno peligroso.

—Yo me encargaré de esto, Malcolm. Asumo toda la responsabilidad por sus acciones y arreglaré las cosas. —dijo Ben,

con un dejo de súplica en su voz. Y no solo lo decía. Tenía la intención de hacer eso y más.

Todo lo que necesitaba era localizar a Yasmeen y exponer a Chris Anwir como el asesino de Malik. Ese era el plan, pero la desaparición de Yasmeen le metió un palo en la rueda. Ahora tenía que encontrarla y acelerar las cosas para traer a Leah y a Adam ante los De Cree.

Malcolm golpeó ligeramente el pecho de Ben con su dedo índice, manteniendo una sonrisa falsa, apretando los labios.

—Solo tráigalos aquí. A ambos, incluido su hijo. —Un brillo siniestro apareció en sus ojos mientras hablaba, pero luego se giró bruscamente y le tendió el brazo a Tabitha para que lo tomara. Ella no dudó, enlazando su brazo con el de él.

Ben los observó mientras salían juntos de la habitación, con los brazos entrelazados. Su corazón se aceleró mientras los seguía obedientemente.

CAPÍTULO 53

AMANDA

EL JARDÍN REBOSABA DE los miembros de la élite de los De Cree. A pesar del aire fresco, el calor corporal de toda la gente apiñada lo volvía sofocante.

Mientras observaba el mar de devotos seguidores que rodeaban a Malcolm, Amanda no pudo evitar sentirse abrumada por la idea de que un solo hombre creara admiradores tan leales. Una nación que haría cualquier cosa por su líder. No podía quitarse de la cabeza las palabras de Leah y las emociones encontradas que se arremolinaban en su interior. Rodeada por la enorme multitud, se sentía a la vez abrumada y parte de algo más grande que ella misma. Luchaba por saber qué creer. ¿Debía confiar en lo que Leah le había dicho? Era una batalla constante en su mente.

Malcolm apareció, vestido con unos pantalones blancos holgados y una camisa suelta. Los murmullos de la gente reunida en el jardín se acallaron.

El impacto de Malcolm Gobbo en Amanda fue inmenso. Sintió una sensación de trascendencia, como si fuera parte de algo más grande que ella misma, algo que nunca antes había experimentado. Haría cualquier cosa por aferrarse a ese sentimiento. Ser miembro de los De Cree era una experiencia transformadora para ella. Aunque significaba perder el contacto con su familia temporalmente, sabía que lo entenderían una vez que todo se asentara y las nuevas costumbres de los De Cree se convirtieran en la norma.

Puso la mano sobre su vientre abultado, sintiendo al pequeño que llevaba dentro. John estaba a su lado, un hombre cariñoso con el que sus padres estarían encantados de verla. Eufóricos de ser abuelos. Todo saldría bien. Amanda se negaba a considerar cualquier otra posibilidad.

Las palabras de Leah atravesaron el aura poderosa que emanaba de Malcolm y devolvieron a Amanda a la realidad. El calor burbujeante de la anticipación y la emoción de que estaba haciendo algo valioso, salvando al mundo un miembro a la vez, se desvaneció como un espejismo en el desierto.

Malcolm carraspeó y Amanda, junto con los demás reunidos en el exuberante jardín, se quedó inmóvil, expectante ante el discurso de su líder. Se maravilló de cómo un hombre tan modesto podía inspirar tal reverencia, y sin embargo lo hacía, sin esfuerzo. Era una presencia hipnótica, una droga poderosa imposible de resistir.

—Pueblo mío —la voz de Malcolm era firme mientras recorría a la multitud con la mirada—. Los he reunido en este hermoso día soleado con un propósito específico. Para pedirles su ayuda. —Con las manos extendidas hacia el cielo, los miembros permanecieron en silencio. Los únicos sonidos eran el suave susurro de las hojas.

Malcolm hizo una pausa, bajó las manos a los costados mientras llenaba sus pulmones con una profunda respiración, preparándose para hablar de nuevo.

—Como todos saben, Tabitha y yo hemos sido bendecidos con la elegida que lleva nuestro futuro en su vientre. —Tabitha dio un paso adelante para situarse junto a Malcolm—. Desafortunadamente, algo ha sucedido. La elegida ha desaparecido. Sospecho que ha habido

juego sucio, y hay pruebas que apuntan a Leah Hollen como la culpable.

Amanda se quedó boquiabierta por la sorpresa. No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Yasmeen había desaparecido? Pero si la acababa de ver hacía unos momentos. ¿Leah era la responsable de su desaparición? Eso era imposible.

—Gente de los De Cree, los llamo a que se aventuren fuera de nuestro complejo y encuentren a la elegida. Su misión es traérmela de vuelta ilesa. Además, les pido amablemente su ayuda para capturar a los perpetradores responsables de este crimen y asegurarse de que me los entreguen.

Malcolm dejó claro que Yasmeen y sus captores debían ser llevados directamente ante él, subrayando su exigencia.

—Aquellos que tengan éxito recibirán un reconocimiento y recompensas especiales.

—Pero si acabo de verla —murmuró Amanda para sus adentros.

Su mente daba vueltas, negándose a aceptar la posibilidad de que Malcolm pudiera estar mintiendo. Se le puso la piel de gallina. ¿Era falso todo aquello en lo que creía? ¿Podría Leah tener razón? La idea era demasiado abrumadora para comprenderla.

—Acabo de verla —dijo un poco más alto.

—¿A quién? —la voz de John sobresaltó a Amanda.

Sus ojos se encontraron con los de él.

—A Yasmeen. La acabo de ver adentro, yendo a las habitaciones de Malcolm.

—¿Hablas en serio? —respondió el rostro atónito de John.

—La vi. Dijo que Malcolm la estaba esperando. —Amanda se sentía paralizada—. ¿Por qué diría Malcolm que está desaparecida?

La voz de John se elevó por encima de la multitud, alta y clara.

—¡Está aquí! ¡La elegida está aquí! —ahuecó las manos alrededor de su boca y se puso de puntillas, asegurándose de que sus palabras se oyeran por encima de la multitud de miembros.

Todas las cabezas se giraron hacia Amanda y John. Amanda se quedó congelada, sin esperar tal reacción de John. La traición se abrió paso en su mente, arrugando su frente, confundida.

—¿Qué demonios haces? —le siseó a su esposo, sus palabras se perdieron en los sonidos que estallaban a su alrededor.

Malcolm miró a Ben, confundido por la repentina conmoción.

La voz de Malcolm resonó desde el pequeño micrófono que llevaba sujeto a su camisa. —¿Qué está pasando? —gritó, con la voz tensa mientras intentaba comprender el alboroto que se desarrollaba ante él. En medio del caos, se había olvidado de apagar el micrófono, y todos oyeron su pregunta.

—¿No lo sé? —los ojos de Ben se movían con ansiedad. La multitud estaba concentrada en el centro, donde Amanda y John permanecían como dos ciervos asustados, congelados bajo los focos de atención.

Saltó del escenario improvisado y se abrió paso entre el gentío hacia ellos. Centrado en descubrir qué había interrumpido el discurso de Malcolm. Al acercarse, Amanda notó un destello de reconocimiento en su rostro. Dudó un momento antes de abalanzarse hacia ellos.

Agarró el brazo de Amanda, y su expresión pasó de la sorpresa al fastidio.

—¿Qué estás tramando? —su voz era cortante, más una exigencia que una pregunta.

John intervino, apartando a Ben de Amanda de un tirón.

—¡Suelta a mi esposa! —ordenó con autoridad.

Los ojos de Ben se clavaron en John, con un brillo duro en su mirada. Su voz era baja y acusadora cuando preguntó: —¿Realmente sabes quién es tu esposa? Porque yo sí.

El rostro de John enrojeció de furia. Apretando los dientes, respondió: —Es mi compañera y una miembro de la hermandad de los De Cree. —Miró a Ben con el puño cerrado y listo para golpear.

Ben logró soltarse del agarre de John, soltando una risita. —No es una hermana. Es la mejor amiga de Leah.

John se interpuso entre Ben y Amanda, desafiando a Ben a que hiciera algo.

—Te equivocas, hermano —dijo John con firmeza—. *Era* la mejor amiga de Leah hasta que escapó de su pasado y se convirtió en

miembro de los De Cree. También es la madre de un niño De Cree de sangre pura.

John se acercó a Ben, sus penetrantes ojos claros fijos en él.

—*Mi* hijo de sangre pura.

Retrocedió, atrayendo a Amanda a su lado de forma protectora. Ella se quedó allí en estado de shock, con la boca abierta, luchando por procesar todo lo que estaba sucediendo.

—Preocúpate de tu propia esposa e hijo y mantente alejado de los míos.

La cara de Ben ardía de ira y se abalanzó sobre John, listo para lanzar un puñetazo. Pero antes de que su puño pudiera conectar, una mano le agarró la muñeca y lo detuvo. Girándose sorprendido, Ben se encontró cara a cara con la expresión severa de Malcolm. En un instante, toda la rabia de Ben se disipó y su rostro palideció de miedo.

A Amanda se le cortó la respiración al ver las expresiones expuestas en sus rostros. Nunca había visto a Malcolm enojado, ni las claras señales de miedo de Ben.

—¿Cuál es el alboroto? —preguntó Malcolm. Su voz era tranquila como siempre, pero Amanda no pudo borrar la mirada de malicia que vislumbró en sus ojos.

—Mi esposa —tartamudeó John, empujando suavemente a la desconcertada Amanda hacia adelante, apretándole la mano—. Vio a Yasmeen. Vio a la elegida.

Las manos de Malcolm volaron a los hombros de Amanda, su rostro se contorsionó en un estado irreconocible mientras la sacudía con fuerza, haciendo que su cabeza se balanceara hacia adelante y hacia atrás sin control.

—¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Dónde la vio? —exigió él, buscando respuestas en la expresión alterada de Amanda.

—Hoy. —Apretó la mandíbula y tropezó con las palabras, luchando por evitar que su cabeza se sacudiera. El agarre de Malcolm en sus hombros se hizo más fuerte, sus dedos se clavaron con más fuerza.

—¿Hoy? ¿Imposible? ¿Dónde la vio?

John arrancó a Amanda del agarre de Malcolm, su expresión se tornó instantáneamente en una de decepción. Se posicionó entre

Amanda y Malcolm, creando una barrera para protegerla de cualquier otro contacto. La furia y la indignación bullían en sus ojos mientras miraba fijamente a Malcolm.

Malcolm dio un paso atrás, de repente consciente de todos los ojos fijos en él.

Las expresiones atónitas de los espectadores parecían intensificar el peso del momento. Se pasó los dedos por su cabello rizado. La tensión en su cuerpo pareció desenrollarse como un resorte. Inclinó la cabeza de un lado a otro mientras rotaba los hombros, concentrándose en recuperar el equilibrio y la compostura.

Amanda se aferró a John, con la mente tambaleándose por la incertidumbre y la inestabilidad. Todo en lo que creía se estaba desmoronando a su alrededor.

Malcolm permaneció inmóvil, intentando calmar su respiración agitada que salía contra su voluntad.

Ahora lo veía tal como era. Malcolm perdió el control y expuso un lado de sí mismo que ninguno de ellos había visto antes. ¿O no era cierto? ¿Lo habían visto otros antes? ¿Eran solo ella y John los que no lo habían hecho?

—Iba a sus habitaciones —la voz de Amanda era apenas un susurro mientras se encogía detrás de los grandes y musculosos brazos de John. Necesitaba desviar la atención de Malcolm de ella y de John, así como de los otros miembros que se habían cerrado a su alrededor.

—¿Mis habitaciones? ¿Cuándo? —Malcolm recuperó la compostura mientras presionaba para obtener más información, esbozando una sonrisa falsa al hablar.

Tabitha estaba en el escenario, incapaz de oír su conversación. Intentó acercarse, pero uno de los guardias la detuvo. Molesta, se zafó de un tirón y bajó del escenario, mezclándose con la multitud.

—Hace solo unos momentos. Me topé con ella de camino hacia aquí. —Amanda levantó la vista, sintiendo una débil brisa rozándole el rostro.

Sin decir una palabra, Malcolm se fue. Ni siquiera se molestó en escuchar el final de la respuesta de Amanda. Observó cómo Ben corría tras él como un perro obediente.

Comenzó a seguirlos, sus pies moviéndose por voluntad propia.

John la alcanzó apresuradamente.

—Amanda, ¿qué haces? —preguntó, manteniendo el paso—. No se nos dieron instrucciones de seguirlos.

—Tengo que ver qué está pasando —dijo ella, sin aminorar la marcha.

Se podía oír la voz de Tabitha dirigiéndose a la congregación, asegurándoles que todo estaba bajo control y que Malcolm se dirigiría a ellos en breve.

—Amanda, esto podría causarnos serios problemas. Podría poner en riesgo todo lo que hemos logrado.

Se detuvo en seco, su pecho subiendo y bajando, asimilando la expresión preocupada de John. Una mezcla de emociones la inundó al verlo. Este hombre maravilloso asignado como su compañero por Malcolm se había convertido en algo más profundo y genuino.

Amor.

—John —suspiró ella, sus ojos incapaces de mirar sus grandes ojos suplicantes—. Algo no está bien, y necesito saber qué es.

—No es asunto nuestro —intentó razonar con ella, sabiendo que era en vano. Sabía que Amanda, la periodista, no dejaría el asunto así.

—En cuanto vi a Yasmeen antes, se convirtió en mi asunto —exclamó Amanda. Miró a John, tratando de hacerle entender, antes de salir corriendo hacia las habitaciones de Malcolm y Tabitha. Dejó a John solo, sin saber qué hacer a continuación.

—¡Maldita sea, Amanda! —gritó su voz desde atrás. El corazón de Amanda se llenó de amor al oír sus pasos acercándose, cada vez más fuertes a cada paso.

CAPÍTULO 54

BEN

EL ROSTRO DE MALCOLM se iluminó con una sonrisa mientras caminaba a paso rápido hacia sus habitaciones.

—Debe de haberse escapado de los rebeldes —exclamó—, y vino de inmediato a asegurarme que el niño está a salvo.

Ben puso los ojos en blanco, igualando con facilidad el paso rápido de Malcolm.

—Lo dudo —musitó, pensando en lo mucho que Yasmeen despreciaba a Malcolm. ¿Y qué rebeldes? ¿De qué demonios hablaba Malcolm? No había rebeldes. Ni oposición. Nada más que ciudadanos asustados que se escondían de ellos.

Se apresuraron por los pasillos, pasando junto a muchos guardias que lucían la misma sonrisa: los drones de Malcolm. Ben no pudo evitar sentir una oleada de asco, y una mueca de disgusto se dibujó en su boca. Aún le parecía increíble, después de todos estos meses,

la facilidad con la que la gente podía ser manipulada para seguir ciegamente a cualquier imbécil que soltara lo que querían oír.

Demonios, él también había caído, prácticamente postrándose a los pies de Malcolm y obedeciendo ciegamente cada una de sus órdenes. Incluso después de saber la verdad sobre quién era Malcolm en realidad.

—Será un alivio cuando llegue el momento de que nazca el niño —dijo Malcolm con una sonrisa, sintiéndose ya un padre orgulloso.

—Todo a su debido tiempo, todo a su debido tiempo —repitió Ben, recitando una de las frases favoritas de Malcolm.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, un indicio sutil del cambio en la dinámica de poder entre Malcolm y Ben. Pero él parecía ajeno a los roles cambiantes, demasiado concentrado en sus propios pensamientos sobre Yasmeen y en llegar a sus habitaciones.

Malcolm mostró una sonrisa brillante y segura, revelando sus dientes perfectamente blancos y rectos. Ben no pudo evitar preguntarse por el dentista que le había hecho el tratamiento. ¿Seguiría vivo, sería miembro de la organización De Cree, o habría corrido la misma suerte que muchos otros en Lex: la muerte a manos de Malcolm Gobbo?

Mientras se acercaban a las habitaciones, la mano de Malcolm temblaba de anticipación cuando fue a tomar la perilla. Sin un instante de vacilación, abrió la puerta y entró.

La habitación estaba vacía.

—¿Yasmeen? —había un dejo de desesperación en la voz de Malcolm. Sus pasos frenéticos resonaron por cada cuarto mientras la buscaba.

—¿Yasmeen? ¿Estás aquí?

El silencio que los recibió fue ensordecedor, roto solo por el sonido de la respiración de Malcolm. Él siguió llamándola por su nombre, con un pánico que crecía con cada respuesta vacía.

Ben deambuló de un cuarto a otro, abriendo puertas metódicamente y asomándose a los clósets. No pudo evitar notar lo meticulosamente organizada que estaba la ropa, con camisas ordenadas por color y pantalones pulcramente doblados en

categorías designadas. Era antinaturalmente perfecto, rozaba lo obsesivo.

¿Acaso Ben estaba realmente sorprendido? Después de todo, eran las habitaciones de Malcolm y Tabitha.

Malcolm apretó las manos en puños mientras caminaba de un lado a otro en su dormitorio, la frustración creciendo en su interior. Pateó un cajón vacío que había quedado abierto en la parte inferior de una cómoda impecablemente organizada, en el por lo demás perfecto dormitorio.

—¿Dónde está? —tartamudeó, golpeando la parte superior del mueble con los puños.

Ben vio cómo un sobre sobre la cómoda se volcaba por la fuerza del golpe de Malcolm. Vio la caligrafía distintiva de Yasmeen en el anverso.

Extendió la mano y agarró la carta, notando lo delgada que era. Lo que fuera que estuviera dentro del sobre no era mucho. Le dio la vuelta y vio la letra de Yasmeen en el sobre, deletreando claramente su nombre y el de Malcolm.

—¿Qué es esto? —Malcolm extendió la mano para tomar el papel. Recorrió rápidamente los nombres impresos en tinta negra y negrita antes de rasgar el sobre. Su mirada se deslizó por la página, pero luego se detuvo.

Malcolm le lanzó el papel amarillo a Ben, con el rostro desfigurado por la frustración.

—Explícamelo, Ben —sacudió la carta como si fuera un objeto extraño en lugar de un simple trozo de papel.

Justo en ese momento, Tabitha entró en la habitación.

Genial, pensó Ben. Justo lo que necesito. Tabitha. ¿Podía ponerse mucho peor?

—¿Está aquí? —preguntó Tabitha, con las manos temblorosas como siempre. Malcolm y Ben la ignoraron mientras Ben examinaba la carta. Empezó a leerla en voz alta, las palabras sin registrarse en su mente. Quizás si las oía en voz alta, tendrían más sentido.

Ben, Malcolm:

Todo lo que yo quería era casarme contigo, Ben, y tener un bebé juntos.

Ambos destrozaron ese sueño, tomando todo lo que yo era y destruyéndolo.

Estuve a tu lado, Ben, observando los horrores cometidos a manos de Malcolm Gobbo y no hice nada. He hecho cosas horribles. Cosas de las que no me puedo retractar.

No más. Ahora estoy limpia. Libre de la amargura que ambos me han forzado a tragar en mi vida. Limpia para empezar de nuevo.

No soy ninguna hermana. Y por supuesto que me niego a ser la elegida.

Aquí tienen su regalo de vuelta.

Púndranse en el infierno, bastardos.

Ben levantó la cabeza de la carta y le dirigió a Malcolm una mirada perpleja. ¿De qué demonios hablaba Yasmeen? Su carta era un embrollo confuso de palabras al azar.

En ese momento, un grito agudo resonó por la habitación. Tabitha estaba de pie junto a la cama con un maletín de cuero marrón agarrado en sus manos, con los ojos fijos en su contenido.

—¡No, no, no, no! —negando con la cabeza con incredulidad, Tabitha gimió mientras sacaba un bulto blanco de la bolsa que habían pasado por alto al borde de la cama.

Tabitha soltó un grito desgarrador y dejó caer la manta, revelando lo que Yasmeen había escondido dentro.

Ben se sintió como un espectador, incapaz de apartar la vista de la escena que se desarrollaba. Malcolm se aferró la manta al pecho, con el rostro vencido por el dolor. Tabitha cayó de rodillas junto a la cama, su boca formando en silencio la palabra «no».

La mirada aguda y penetrante de Malcolm hizo añicos la mente nublada de Ben, devolviéndolo al presente con un estallido repentino de ruido y caos mientras los soldados respondían a los gritos y entraban precipitadamente en la habitación.

Ben se quedó paralizado, su cuerpo inmóvil mientras los hombres pasaban a su lado empujándolo. Su mirada permaneció fija en la de Malcolm. Sus ojos se encontraron en un duelo feroz. Malcolm se sentó en la cama, todavía aferrando el bulto blanco contra su pecho. Su intensa mirada nunca vaciló, quemándole el alma a Ben.

Había dolor en esos ojos, pero estaba eclipsado por algo más que acechaba detrás de ellos. Algo más oscuro y más peligroso. Era odio puro, no el tipo de odio común, sino uno profundo y arraigado que envió escalofríos de terror por todo el ser de Ben.

Una sensación espeluznante lo invadió, como si alguien acabara de caminar sobre su tumba. El miedo se apoderó de él y no lo soltó.

—Oh, por Dios, Yasmeen —susurró—. ¿Qué has hecho?

CAPÍTULO 55

YASMEEN Y AMANDA

LOS PIES DE YASMEEN golpeaban la tierra. El peso de la mochila tiraba de ella con cada paso, enviándole punzadas agudas de dolor a la parte baja del abdomen.

Podía sentir cómo la sangre caliente brotaba con cada zancada, pero el miedo le impedía bajar el ritmo. Su corazón se aceleró, igualando el ritmo de sus pisadas mientras se obligaba a seguir adelante. Cada inhalación le quemaba los pulmones, pero no se atrevía a detenerse, temerosa de que, si lo hacía, todo habría terminado. El mundo se desdibujaba a su alrededor mientras se concentraba en una sola cosa: volver con Hayden.

Ya no había vuelta atrás. Lo había hecho. Había consumado la venganza definitiva.

Sus pies patinaron hasta detenerse, lanzando nubes de tierra y grava en todas direcciones. Un jadeo repentino escapó de sus labios y se llevó las manos a la boca, tratando de atrapar el sonido en su

interior. A pesar de sus esfuerzos, un gemido logró escaparse, resonando en el silencio del bosque.

Se dejó caer de rodillas y hundió el rostro entre las manos, con los hombros sacudiéndose con cada lamento desgarrador. La tristeza y la ira brotaron de ella. Un dolor profundo y crudo que emanaba de cada fibra de su ser. Un llanto que era físico, como si su propio ser estuviera siendo desgarrado.

Yasmeen luchaba por contener los sollozos, temiendo que la consumieran por completo. Su cuerpo temblaba con cada grito convulsivo y podía sentir cómo su corazón se rompía en pedazos. Su mundo se desmoronaba a su alrededor, y todo lo que quedaba era el peso aplastante de la pena.

Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras lloraba al hijo que había esperado tener con Ben. Lloró por el amor que aún sentía por él. Sollozó por el dolor de lo que acababa de hacerle a su propia carne, y derramó lágrimas por la incertidumbre de lo que vendría después a causa de todo ello.

Nunca se había sentido tan miserable. Todo su cuerpo clamaba de dolor, y finalmente entendió lo que significaba la expresión «corazón roto», porque su corazón estaba roto, y dolía más de lo que jamás creyó posible.

Luchó por ponerse de pie, sabiendo que aún no estaba fuera de peligro. La camioneta amarilla que le había quitado a Lonnie estaba escondida a poca distancia, detrás de una pequeña curva que llevaba a un camino de tierra.

Al llegar a la camioneta oxidada, arrojó la mochila dentro y se desplomó en el asiento delantero, agradecida de poder descansar. Cada parte de su ser ansiaba reposo y recuperación, pero sabía que tendría que esperar hasta estar muy lejos del recinto De Cree.

Introdujo la llave en el contacto, sintiendo el escozor de las lágrimas que se acumulaban en sus ojos. Los cerró y soltó un grito gutural, golpeando el volante con los puños en señal de frustración.

—¿Por qué miré? —El peso de sus acciones se le vino encima como una carga abrumadora de la que no podía escapar—. ¿Por qué? —Apoyó la cabeza en el volante y se permitió llorar.

Los sucesos de hacía unas horas se repetían en su mente, como un disco rayado que siempre volvía al mismo momento doloroso en que sacó el bulto del morral y lo puso en el borde de la cama, sintiendo algo sólido en su interior. A pesar de saber que no debía, abrió la manta y reveló su contenido.

Era perfecto. Un muñeco diminuto con diez dedos en las manos y diez en los pies. Tocó la suave pelusa que cubría su cuerpecito y sintió que algo moría dentro de ella.

Juntó apresuradamente los bordes de la manta, pero ya era demasiado tarde. La imagen de su hijo envuelto en la tela blanca quedaría grabada para siempre en su memoria, atormentándola por toda la eternidad.

Nunca más compraría nada blanco.

Nunca.

Yasmeen se incorporó y se secó la nariz con el dorso de la mano. Respiró hondo, permitiendo que el aire entrara entrecortadamente en sus pulmones. Encendió la camioneta, tomó otra respiración profunda y se marchó, sin atreverse a mirar hacia atrás.

Amanda caminaba de un lado a otro, mordiéndose nerviosamente el labio inferior. John estaba sentado frente a ella, inmóvil, perdido y aturdido.

Acababan de regresar a sus habitaciones, aún conmocionados por lo que habían presenciado. Malcolm y Ben los habían conducido por un camino de secretos y mentiras, exponiendo la enmarañada red de engaños que se ocultaba tras las puertas cerradas de las habitaciones de los Gobbo. La conmoción de todo aquello aún flotaba pesadamente en el aire, dejándolos horrorizados e inquietos. Mientras cerraban sus propias puertas y se retiraban a la seguridad de sus habitaciones, sus pensamientos estaban consumidos por las perturbadoras revelaciones que acababan de descubrir.

—John —dijo ella, deteniéndose y arrodillándose frente a él. Pero sus ojos permanecían fijos en la distancia.

—John… John —suplicó Amanda, poniendo las manos sobre su regazo—. Por favor, háblame.

Vio la tristeza en su mirada cuando él la miró.

—¿Qué fue lo que acabamos de ver? ¿Siquiera fue real? —La voz de John temblaba de incredulidad.

Amanda se mordió el labio de nuevo y bajó la mirada, asintiendo, incapaz de hablar.

La pregunta de John parecía flotar en el aire sin que nadie la respondiera. —¿Por qué haría algo así? ¿Por qué? —Él apoyó la cabeza entre las manos, incrédulo.

—La carta que dejó. Era tan fría y llena de ira —dijo ella—. Despreciaba a Malcolm, nunca quiso ser la elegida.

Amanda se estremeció y se abrazó a sí misma.

El grito horrorizado de Tabitha, al descubrir el cuerpo inmóvil del bebé sobre la cama, taladraba los oídos de Amanda con su agudeza.

Sintió el impulso de huir, pero en su lugar se asomó con cautela por las pequeñas aberturas de la puerta. Cada instinto de su cuerpo le gritaba que corriera y escapara de los De Cree tan rápido y tan lejos como fuera posible.

Pero no lo hizo. Tanto ella como John se quedaron paralizados, presenciando la absoluta conmoción en los rostros de Ben y Malcolm.

Y ahora, se encontraban aquí. Sentados en sus habitaciones, ambos atónitos y desilusionados por los acontecimientos que habían tenido lugar.

Malcolm no perdió tiempo en ordenar un registro exhaustivo del edificio, reuniendo a todos una vez más. Estaba visiblemente alterado y furioso cuando anunció que Leah Hollen había capturado a Yasmeen y que ambos, junto con su hijo Adam, debían ser encontrados de inmediato.

A continuación, anunció que Leah y los rebeldes eran culpables de cometer infanticidio contra el futuro líder, y que debía hacerse justicia. No dejaría que la muerte de su hijo quedara impune.

Amanda y John permanecieron inmóviles, escuchando el caos que se desarrollaba a su alrededor. Sabían la verdad, pero las mentiras que Malcolm estaba difundiendo provocaban gritos de horror y

repulsión entre la multitud. Mientras permanecían sentados, aturdidos e intentando comprender lo que estaba ocurriendo, todo su sistema de creencias se desmoronó bajo ellos.

Amanda puso una mano suave sobre el rostro de John, girando su cabeza para que la mirara. Los ojos de él parpadearon, pero no reaccionó.

—Mintió, John —susurró ella—. ¿Y si todo lo que nos dijo también fue una mentira?

Incapaz de creer lo que oía, John se levantó, casi tirando a Amanda al suelo.

—¡No! —tartamudeó, buscando desesperadamente una explicación —. Tiene que haber una razón para esto. Alguien ha manipulado o influenciado a Yasmeen. Leah y ese hombre con el que estaba deben haberle hecho algo. —John se dio la vuelta, agarrando los hombros de Amanda con desesperación—. Tuvieron que hacerlo.

Amanda asintió, incapaz de soportar ver cuánto dolor sentía John. Él idolatraba a Malcolm y todo lo que representaba, dispuesto a sacrificar su vida por él. Los acontecimientos del día, junto con el inesperado encuentro con Leah y Kai en el bosque, fueron abrumadores para Amanda, pero para John, era casi inimaginable.

Acunó a John en sus brazos, su gran cuerpo temblando mientras las lágrimas corrían por su rostro. Pasó sus dedos por su espalda, pensando en la mujer alta e insegura que solía ser su amiga.

Leah.

El mundo de Amanda estaba patas arriba después de todo lo que había sucedido en los últimos días, pero de una cosa estaba segura: Leah nunca le haría daño al bebé de Yasmeen. No tenía duda de que Malcolm mentía al respecto. Leah no era una persona peligrosa. De hecho, arriesgó mucho al tratar de advertir a Amanda sobre los De Cree. Susurrándole instrucciones sobre dónde estaba. ¿Por qué haría Leah eso estando en tanto peligro? Arriesgándose por Amanda y, en ese momento, una revelación la inundó. Su bebé. Leah intentaba salvarlos a ambos.

Se estremeció cuando una ola paralizante de miedo recorrió su cuerpo, comenzando desde el coxis y subiendo hasta la base de su

cuello. En ese instante, la expresión inocente y seria de Adam estaba clara como el agua en su mente.

Malcolm lo buscaba a él, y Amanda no creía que ya no representara una amenaza.

Capítulo 56

Ben

La lluvia repiqueteaba en la ventana, y la tenue luz del exterior proyectaba una sombra sobre el despacho de Malcolm. La habitación olía a cuero viejo y a tinta fresca. Todas las superficies estaban limpias, con papeles meticulosamente organizados en pilas y libros dispuestos por tamaño. El gran escritorio de madera de Malcolm era lo único que se interponía entre él y su leal mano derecha, Ben.

—Ben —comenzó Malcolm, con una voz suave como el terciopelo, el tono que, debido a su poder, siempre tomaba a uno desprevenido —. Sus profundos ojos nunca abandonaron los de Ben, asegurándose de mantener su atención. No mostraba emoción alguna después de todo lo que había sucedido antes. —Sabe, siempre he admirado su tenacidad. Tiene un don para encontrar lo que otros no pueden.

Un malestar se instaló en la boca del estómago de Ben mientras anticipaba las consecuencias de las acciones de Yasmeen. Podía sentir la tensión en la habitación, densa y pesada. Malcolm parecía tranquilo, pero Ben sabía que no era así. Estaba luchando por mantener la compostura, y eso aterrorizaba a Ben hasta la médula.

—Gracias, Malcolm. Es mi cargo, después de todo.

Un atisbo de sonrisa se dibujó en los labios de Malcolm. —En efecto. Y hablando de eso, es la hora. No más excusas. Necesito que me traiga a su esposa y a su hijo.

Ben enarcó una ceja, invadido por una sensación de inquietud.

—¿Excusas, señor?

El ritmo de la lluvia era el único sonido en la habitación.

Malcolm continuó: —Entiendo los desafíos, Ben. Pero necesito que usted entienda algo también. Aunque yo lo diga a la ligera, esto no es una petición, es una exigencia. Necesito que traiga a su esposa ahora mismo.

—¿No puede creer realmente que ella esté involucrada en la muerte de Malik? —Ben respiró hondo, intentando calmar la ansiedad que bullía en su interior. Gotas de sudor comenzaron a formarse en su piel—. ¿Y sabe que Leah no tuvo nada que ver con lo que hizo Yasmeen?

La mirada de Malcolm se ablandó momentáneamente.

—Malik, mi hermanito.

Un destello de dolor cruzó el rostro de Malcolm, revelando una expresión cruda y desprotegida antes de desvanecerse.

—Tengo motivos para creer que ella sabe más de lo que usted piensa. Necesitamos llegar al fondo de esto. —Se giró hacia Ben—. ¿Es esto un problema?

Ben tragó saliva. Las palabras de Malcolm quedaron suspendidas en el aire.

—Entendido —respondió finalmente—. Pero, Malcolm, usted sabe cómo me hará quedar esto, ¿verdad? ¿Traer a mi propia esposa para un interrogatorio?

Hubo una pausa. Malcolm inclinó la cabeza, con su semblante tranquilo y sereno ocultando la tormenta interior. —No se trata de las apariencias, Ben. Se trata de justicia para Malik.

Ben asintió lentamente. —De acuerdo. Haré todo lo posible por traerla discretamente.

Malcolm se inclinó hacia delante. El peso de su mirada era implacable. —He sido paciente. Pero mi paciencia, como todas las cosas, tiene sus límites. —Su voz, aunque fría y aparentemente ligera, tenía una profundidad que no dejaba lugar a dudas sobre la gravedad de la situación—. Se le acabó el tiempo, Ben. Tráigamela o, de lo contrario, no regrese.

Ben se enderezó, sacudido por las palabras de Malcolm. No lo decía en serio, ¿o sí?

—¿Malcolm?

Sus ojos atravesaron los de Ben, llenos de malicia y una convicción inquebrantable.

—Tráigame a su esposa y a su amante.

—¿Yasmeen? —«¿Por qué iba a saber él dónde estaba?», pensó.

Se mordió la lengua, no queriendo revelar que sabía exactamente dónde estaba Leah.

Malcolm le dio la espalda a Ben y caminó hacia la ventana, mirando la lluvia que caía sin cesar. Apoyó la mano contra el cristal y descansó la frente sobre él.

—Donde está Leah, Yasmeen nunca anda muy lejos —comentó antes de volverse para mirar a Ben—. Quiero que traigan a ambas aquí de inmediato.

Ben asintió e inclinó la cabeza, reconociendo la tácita despedida de Malcolm. Se dio la vuelta y salió del despacho sin decir una palabra, sabiendo que las palabras no tendrían ningún impacto o significado en ese momento. Malcolm quería acción. La exigía.

El peso de la tarea oprimía los hombros de Ben. La confianza de Malcolm en él se estaba desvaneciendo. Había una advertencia subyacente que no era sutil. Le hizo pensar que quizás no había sido tan listo después de todo. Quizás Malcolm siempre había sido consciente de que Ben conocía el paradero de Leah y del niño.

El juego al que había jugado, manteniendo a Leah escondida sin entregarla, era de alto riesgo.

¿Podría Malcolm haber sabido todo el tiempo que Ben la estaba vigilando? ¿Pero cómo? ¿Será que Ben había subestimado a

Malcolm? La posibilidad cruzó por su mente. Después de todo, Malcolm Gobbo era el jefe del De Cree, y tenía la responsabilidad última de cada decisión que los había llevado a este momento.

Ben maldijo en voz alta. La frustración y la ira hervían en su interior. Sus pies golpeaban con fuerza el suelo de baldosas mientras avanzaba furioso por el pasillo hacia sus aposentos. La duda lo carcomía, preguntándose si había cometido un error fatal. El peso del posible fracaso pendía pesado en el aire, sofocándolo a cada paso que daba. Podía sentir el sudor frío formándose en su frente y los rápidos latidos de su corazón.

Todo estaba en juego, y él había jugado la carta equivocada y estaba a punto de perderlo todo.

Respirando hondo por la nariz, irrumpió en sus habitaciones vacías.

Ya basta. Era hora de actuar. Primero Leah, ahora Yasmeen. Esas zorras iban a arruinar todo lo que había construido con Malcolm.

Apretó la mandíbula, tratando de controlar la creciente furia que bullía dentro de él.

Ben les había ofrecido todo y ellas le escupieron en la cara a cambio. Volviéndose en su contra, decididas a destruirlo.

Corrió a toda prisa a su dormitorio, el que compartía con la desagradecida Yasmeen. Su mirada recorrió el lugar, medio esperando ver a Leah y Yasmeen ya allí, esperándolo.

¡NO MÁS!

No permitiría que estas mujeres siguieran saboteando sus posibilidades de éxito por más tiempo. Era hora de actuar y ponerle fin a esto.

—¡Estúpidas, estúpidas zorras! —gruñó entre dientes.

—Tenían que hacerlo. No pudieron resistirse a llevarme al límite.

Empezó a llenar una maleta de lona, metiendo un par de jeans oscuros y una camisa negra.

—Bueno, pues ya lo lograron. No tienen a nadie a quien culpar más que a ustedes mismas.

Subió el cierre con un tirón seco, sellando la maleta, y se la echó al hombro con frustración.

Se vio de reojo en un espejo cercano. Su pelo rubio cenizo le caía sobre la cara, y se lo apartó distraídamente con la mano. Se tomó un momento para aplacar cualquier mechón rebelde y recomponerse.

Sabía exactamente lo que tenía que hacer. Solo el ligero temblor de su labio superior delataba los cálculos organizados que tenían lugar en su mente.

—Estúpidas zorras —le dijo una vez más a su reflejo—. ¿Creyeron que podían joderme, eh?

Esbozó una sonrisa de suficiencia, con una clara comprensión de lo que tenía que hacer.

CAPÍTULO 57

YASMEEN

AL ENTRAR EN HAYDEN, Yasmeen soltó un largo suspiro y apagó el motor de la camioneta.

Cerró los ojos por un momento, sintiendo que el alivio la invadía. El miedo y la fatiga incesantes que había cargado todo el día intentaron desvanecerse al ver los tráileres familiares.

Por el rabillo del ojo, Leah llamó su atención.

Tan pronto como Leah vio la camioneta, su rostro se convirtió en una mezcla de alivio y enojo.

—Quédate aquí, Adam —le dijo al niñito que estaba a su lado. Adam obedeció y se sentó a jugar con sus carritos en la arena.

Los pies de Leah crujieron sobre la grava mientras se dirigía a la camioneta estacionada descuidadamente junto a uno de los tráileres.

La pintura amarilla brillante se estaba descascarando y el óxido se había extendido, creando un agudo contraste con las hojas que

lentamente se transformaban en vibrantes tonos otoñales.

Leah se asomó por la ventanilla abierta a la figura fantasmal de Yasmeen, que se aferraba con fuerza al volante como si su vida dependiera de ello.

En cierto modo, así era. Todo se le venía abajo.

Yasmeen miraba al frente, con los ojos fijos en los árboles imponentes que parecían cernirse sobre la camioneta, con sus ramas torcidas extendiéndose como dedos acusadores que la hacían sentir insignificante.

—¿Terminaste lo que tenías que hacer? —preguntó Leah indirectamente.

Un viento helado susurró entre las hojas, haciendo eco del tormento interior de Yasmeen.

Volvió su pálido rostro hacia Leah. El llanto le había hinchado los ojos, dejándola entumecida y a punto de desmayarse. Yasmeen asintió en silencio, incapaz de encontrar fuerzas para hablar. Las palabras se habían perdido, atrapadas en sus partes oscuras, quizás para siempre.

Leah abrió la puerta de un tirón y le tendió la mano a Yasmeen para que la tomara.

Temblando, dejó que Leah la ayudara a bajar de la camioneta.

Sus fuerzas la habían abandonado y se apoyó pesadamente en Leah en busca de soporte.

Leah cerró la puerta de la camioneta de un portazo y caminaron lentamente hacia Adam. Yasmeen se aferró al brazo de Leah, con miedo de soltarlo por temor a desplomarse en el suelo y no volver a levantarse nunca más. Se quedaría allí tirada, sobre la hierba sucia entre los bichos y los gusanos, y se hundiría en la tierra cada vez más y más hasta que finalmente el suelo se la tragara por completo, dejando solo la hierba amarillenta que nunca más crecería en ese lugar.

Pasaron junto a Adam. Ella contempló al niño que jugaba en un arenero improvisado. Sus ojos color avellana se encontraron con los de ella y su corazón se aceleró. Era una réplica de Ben, hasta en el más mínimo detalle.

Era hermoso.

El niño volvió a agachar la cabeza para seguir jugando. Ella se volvió hacia Leah mientras la guiaba a uno de los tráileres más adelante.

La voz de Yasmeen era gélida y sin vida mientras se esforzaba por forzar las palabras a salir de su garganta oprimida.

—Se parece a Ben —dijo, sus palabras cayeron como piedras en el silencio entre ellas.

Leah se mantuvo concentrada en la casa rodante frente a ellas.

—Lo sé —respondió—, pero ahí es donde terminan las similitudes.

El tono de Yasmeen era sereno y carente de toda emoción mientras hablaba, sus palabras perdían fuerza y pronto desaparecerían.

—Hiciste lo correcto al venir aquí. Tu hijo es afortunado de tenerte.

—La afortunada soy yo de tener a Adam.

El rostro de Leah permaneció inexpresivo.

Yasmeen asintió, comprendiendo. Ella casi tuvo un hijo. Quizás habría sido como Adam.

Un repentino estallido de emoción la abrumó, provocando que un sollozo escapara de sus labios sin previo aviso. Se cubrió la boca con su mano temblorosa, tratando de contener los sollozos que amenazaban con liberarse.

—Pero te equivocas. No soy una buena madre.

Leah mantuvo la vista al frente mientras se acercaban a la casa móvil que compartía con Adam.

—Tengo que ser mejor. Él necesita que yo haga mucho más de lo que he hecho hasta ahora.

—Lo siento —dijo Yasmeen, tratando desesperadamente de contener las lágrimas. Leah apretó más fuerte el brazo de Yasmeen mientras le permitía llorar.

Llegaron al tráiler y Yasmeen se detuvo.

—Estoy confundida. ¿No es este tu lugar? —Su corazón se aceleró.

Oh, Dios, por favor, que esto no sea una broma, pensó Yasmeen. *No puedo soportar más.*

—Te quedarás con nosotros hasta que te recuperes. Una vez que estés bien, te encontraremos un lugar propio. Pero por ahora, te

quedarás con Adam y conmigo.

Leah se encontró con la mirada de Yasmeen, la primera vez desde que la había ayudado a bajar de la camioneta.

Yasmeen podía sentir el agarre férreo de la mano de Leah en su brazo, anclándola y haciendo imposible que tropezara o cayera. La fuerza en el agarre de Leah era inquebrantable.

No había discusión al respecto. Yasmeen no tenía voz ni voto en el asunto. Se iba a quedar con Leah y, para su sorpresa, sintió un inmenso alivio.

Yasmeen tomó una bocanada de aire, sintiendo la sensación de algo pesado atorado en su garganta. Se volvió hacia Leah y le hizo la pregunta que había estado en su mente desde que comenzó el caos.

—¿Por qué me estás ayudando? Después de todo… —dudó, no queriendo forzar su suerte.

Con una determinación silenciosa, Leah guio a Yasmeen hacia la puerta principal. Alcanzó la perilla, con la mano firme, y la giró con seguridad, revelando una habitación luminosa y acogedora en el interior.

—Yo también lo amé una vez. —Leah se volteó para mirar a Yasmeen—. Sé lo que Ben le hace a la gente que lo ama.

Las lágrimas brotaron en los ojos de Yasmeen, nublándole la vista. Su labio inferior tembló mientras asentía, apenas capaz de contener un sollozo.

Leah la rodeó con un brazo y caminaron juntas, como soldados que regresan de la guerra, hacia el tráiler que ahora sería su hogar.

CAPÍTULO 58

BEN

BEN SE ARRODILLÓ DETRÁS de un matorral de arbustos crecidos, mirando a través de las ramas enmarañadas al grupo de remolques acurrucados en una arboleda oculta. Admiró la astucia con que eligieron el lugar, pero aun así no fueron lo suficientemente astutos para evadir su mirada vigilante.

Bueno, y además Leah lo llevó directo a ellos. Su esposa era predecible. Eso Ben se lo concedía.

La buena de Leah. Ajena, como siempre, a las consecuencias de sus actos.

Yasmeen, por otro lado, era otra historia. Al verla salir del remolque, a Ben le dio un vuelco el corazón. No podía creer lo que veía. Ahí estaba Yasmeen, parada justo frente a él. Las preguntas se arremolinaban en su mente mientras luchaba por mantener la respiración pareja.

Yasmeen era todo lo contrario a Leah. No había nada predecible en ella. Ben nunca se habría imaginado que terminaría aquí en Hayden, y mucho menos quedándose con Leah. Aunque, pensándolo bien, nunca habría adivinado que Yasmeen haría lo que hizo.

Los lamentos penetrantes y desgarradores de Tabitha al desplomarse en el suelo, sus dedos arañando y retorciéndose, la tela de la manta blanca abierta sobre la cama. No podía escapar de ese sonido. La pura intensidad de sus emociones era sofocante, y luchaba por sacárselas de la cabeza.

El solo pensarlo hacía que se le erizaran los pelos de la nuca. Detestaba a Tabitha inmensamente, pero los sonidos que salieron de ella, y la forma en que cayó al suelo, le mostraron a Ben una faceta suya que no quería volver a ver jamás.

Ni en sus sueños más locos se imaginó que Yasmeen haría lo que hizo. La frialdad calculada de sus acciones lo conmocionó hasta la médula. Había subestimado su astucia, y eso le había costado caro. Cada uno de sus movimientos era como el ataque veloz de una cobra, dejando a Malcolm, a Tabitha y a Ben tambaleándose. Se dio cuenta de la verdadera magnitud de las consecuencias de su traición. Esto no era solo un acto de venganza para Yasmeen, sino un plan cuidadosamente elaborado para destruirlo.

Y podría haber funcionado, pero él todavía tenía algunos ases bajo la manga con los que ni siquiera Yasmeen podría meterse. Planes que había esperado pacientemente para poner en marcha y dejar toda esta porquería atrás, asegurando su lugar al lado de Malcolm. Estaba harto de todas estas estupideces. Esto se iba a acabar de una vez por todas.

Ahora había llegado el momento.

Agachándose más profundamente entre los arbustos espinosos, se asomó por un hueco entre las hojas y observó a Leah caminar con una adolescente. El vientre de la chica estaba abultado y se asomaba por debajo de una sudadera holgada. Podría haber sido confundida con una fanática del grunge de baja estatura.

Le resultaba extrañamente familiar, como si la hubiera visto antes. Pero, ¿cómo diablos iba Ben a conocer a una chica punk embarazada?

Sacudió la cabeza, pensando en el nativo, Kai, que se había ido hacía una hora con Chris Anwir, esa comadreja escurridiza.

Ben los vio partir juntos, sintiendo que había tensión entre ellos.

Vaya, vaya, ¿qué es esto?, pensó Ben. No pudo evitar encontrarlo intrigante mientras observaba a los dos hombres desaparecer en el denso bosque, con Chris siguiendo a Kai como un cachorro regañado.

A lo largo de la mañana, una mujer nativa entró y salió del remolque de Leah, con los brazos cargados de agua fresca y mantas cada vez. Ben podía oír suaves murmullos que provenían del interior.

Yasmeen estaba allí. Recuperándose.

Su ira creció.

Cálmate. Una voz dijo dentro de su cabeza. No actúes precipitadamente.

Se agazapó en la maleza, apartando algunas hojas y ramitas sueltas para ponerse cómodo. Respiró hondo, tratando de acallar el ruido de sus pensamientos acelerados, y se concentró en los sonidos de la naturaleza que lo rodeaban, despejando su mente de todo. Malcolm, Leah, Yasmeen. Todos ellos necesitaban salir de su cerebro por un rato para poder respirar y poner sus pensamientos en orden. Estaba tan furioso de que todo se hubiera vuelto en su contra después de todo lo que había hecho para llegar tan lejos. Casi lo lograba y entonces, bum, Yasmeen aparece y lo manda todo al diablo.

Ben oyó un sonido y se incorporó, atisbando a través de las hojas que ya empezaban a cambiar de color.

Entonces lo vio.

A Adam.

Parecía un poco mayor que la última vez que Ben lo vio. Tenía el pelo más largo y su piel tenía el brillo saludable de alguien que pasaba la mayor parte del tiempo al aire libre.

Por un momento, el corazón de Ben se conmovió, retorciéndose al ver a su hijo jugar solo. Su voz era arrastrada por el viento mientras empujaba sus juguetes, inconsciente de todo el caos que lo rodeaba. Pero Ben lo descartó. Esto no era culpa suya, era de Leah. Se lo advirtió y ella no escuchó. De hecho, Leah había empeorado las

cosas cuando fue y ayudó a Yasmeen a destruir lo único que más le importaba a Malcolm.

Solo ella tenía la culpa de las consecuencias.

Adam tenía la libertad de deambular por el recinto. Todos se sentían seguros en su pequeño escondite. Exactamente lo que Ben necesitaba para ejecutar su plan. Se reclinó, colocando las manos detrás de la cabeza para relajarse.

Sus ojos permanecieron fijos en cada movimiento del chico, esperando el momento justo.

CAPÍTULO 59

LEAH

—AHÍ VIENE LONNIE —DIJO Summer, volteándose hacia Leah, con palabras cortas y directas. Leah levantó la vista mientras Lonnie salía sola del tráiler.

Summer apenas miró a Leah, pero eso ya era un avance para ella. Poco a poco comenzaba a aceptarla. Eran pequeños avances, pero Leah los tomaba.

Después de presenciar las revelaciones de Summer cuando Yasmeen llegó por primera vez, que dejaron a todos pasmados, Leah intentó acercarse más a Summer.

Había algo tan vulnerable y perdido en la chica. No podía evitar querer conocerla. Estaba sola en el mundo. Leah, más que nadie, sabía lo que era estar sola, sin familia. Bueno, hasta que tuvo a Adam. Todo cambió una vez que tuvo a su hijo.

¿Se sentía Leah atraída por la joven con su perrito por esa razón? ¿Era porque le recordaba un poco a sí misma? Lo que sí sabía era

que quería estar en la vida de Summer, incluso si por un increíble golpe de suerte, el mundo volvía a la normalidad. Quería estar ahí para ella y su bebé, pero en ese momento, tenía que ganarse la confianza de la chica.

Pequeños avances.

—¿Me pregunto cómo estará? —preguntó Leah, protegiéndose los ojos del sol mientras Lonnie bajaba las escaleras.

—¿Lonnie o Yasmeen? —la voz de Summer tenía un dejo de acusación. No era ningún secreto que a Summer no le gustaba la presencia de Yasmeen en Hayden, para nada, y no tenía reparos en expresar esos sentimientos. Leah lo entendía perfectamente. ¿Pero acaso no eran también ella y Adam una amenaza para Hayden?

Yasmeen no era tan diferente de Leah a fin de cuentas. Ella, al igual que Leah, se enamoró del hombre equivocado. Del mismo hombre equivocado. Además, vio con sus propios ojos el impacto que había dejado en la mujer todo lo que había sufrido y todo lo que había hecho. Leah no podía darle la espalda.

No después de lo que habían hecho. De lo que presenciaron juntas en esa habitación. De lo que Yasmeen sufrió, consumiéndose de dolor en la cama mientras daba a luz al bebé mortinato concebido por una violación.

Fue horrible. No había palabras para describirlo. Leah, que siempre había sido provida, batalló con la decisión de Lonnie de ayudar a Yasmeen a interrumpir su embarazo. Al final, dijo que ayudaría a Lonnie no porque quisiera, sino porque le debía mucho a la mujer que había defendido que Leah y Adam se quedaran en Hayden.

Fue un trato terrible, uno que no se le pidió, pero lo hizo. Ayudó a Lonnie y vivió en carne propia lo que ocurrió en esa habitación, algo que la cambió para siempre.

Luego, cuando Yasmeen regresó, convertida en una sombra de lo que era, Leah no pudo darle la espalda, aunque se arrepentía de haberla ayudado a interrumpir su embarazo, o quizás fue precisamente por haberla ayudado.

Fue ella quien vio a la mujer temblando en la camioneta, paralizada por todo el trauma que había sufrido. Fue ella quien ayudó a Yasmeen a bajar de la camioneta y entrar al tráiler. Cada

paso que dieron fue un recordatorio de que lo sucedido era algo que ninguna de ellas olvidaría o se perdonaría jamás. Ahora estaban unidas, juntas, Leah, Yasmeen y Lonnie, después de lo que pasó en esa habitación y lo que pasó después, cuando Yasmeen se fue con la evidencia de su crimen.

Para bien o para mal, estaban conectadas, y era el deber de Leah cumplir con ayudar a Yasmeen. Esperaba con todas sus fuerzas que las tres pudieran sanar y superar ese día oscuro y dejarlo atrás, y que no hubiera repercusiones.

Lonnie caminó hacia Leah y Summer, con el rostro inexpresivo. Leah conocía esa cara porque ella también la ponía. Arrepentimiento, vergüenza, responsabilidad. Todo eso y más. Mucha gente era responsable de que Yasmeen estuviera ahí dentro, tratando de sanar más que solo su cuerpo, y Lonnie y Leah eran dos de las que ayudaron a ponerla allí.

Summer se inclinó y rodeó a Lonnie con sus brazos en un breve abrazo, pero Lonnie se aferró a ella, devolviéndole el abrazo un poco más de tiempo y con más intensidad.

—Por Dios, Lonnie —Summer se apartó, con el rostro sonrojado pero tierno, lo que la hacía parecer aún más joven de lo que ya era —. No me fui por mucho tiempo. Cálmate un poco.

Lonnie le dio una palmada juguetona en el hombro a Summer. Su expresión previamente en blanco desapareció. En su lugar apareció una sonrisa cálida y radiante que parecía emanar del simple acto de abrazar a Summer.

Leah se dio cuenta, mientras observaba a la mujer y a la chica bromear. Se querían. Como familia. En este mundo loco y de cabeza, Leah ni siquiera podía pensar en el futuro. Sin embargo, contra todo pronóstico, estas dos personas se habían unido y formado una familia. Un verdadero lazo de amor.

Hizo que Leah temblara y despertó un anhelo que había intentado borrar de su vida hacía mucho tiempo.

—Tengo que irme —declaró Summer, con el rostro iluminado. Lonnie apretó el brazo de Summer, dándole palmaditas con afecto.

—¿A dónde vas? —preguntó.

—Creo que voy a agarrar mi caña de pescar y llevar a Meggie Mugs al lago un rato. A disfrutar de este clima de otoño. Nunca supe qué tan bonito podía ser fuera de las ciudades.

—Es muy cierto —dijo Lonnie. En ese momento, el viento se levantó y sopló sobre ellas, alborotándoles el cabello. Se sentía refrescante y olía a todo lo otoñal.

—Creo que ahora es mi época favorita del año —dijo Summer, comenzando a alejarse. Hablaba sin mirar a Leah o a Lonnie, pero les hizo un gesto de despedida con la mano, moviéndose con soltura. Cada paso con un pequeño saltito a pesar de la pesada carga del avanzado embarazo de Summer. La chica irradiaba juventud y salud y todos los beneficios que conllevaba ser joven.

Vieron a Summer irse, ambas incapaces de expresar lo mucho que la joven había llegado a significar para ellas.

Summer no tenía idea del impacto que había causado.

—¿Cómo está Yasmeen? —dijo Leah, todavía observando cómo Summer desaparecía tras una curva de árboles.

—Mejor. El descanso está ayudando —respondió Lonnie.

—Qué bueno.

Las dos mujeres caminaron juntas, dejando a Yasmeen sola.

—¿Ya está hablando?

Lonnie negó con la cabeza. Su ceño se frunció por la preocupación y la culpa.

—Lonnie…

—Sí —respondió la mujer mayor, con las manos casualmente entrelazadas a la espalda.

—Lo que hicimos, Malcolm… —Leah se detuvo en seco, incapaz de contener todas las emociones reprimidas justo bajo la superficie, esperando salir.

—Lo sé. Querrá venganza —dijo Lonnie, mirando hacia el cielo azul y despejado. Leah también miró hacia arriba, asombrada de cómo la naturaleza prosperaba a pesar de las dificultades de su gente.

—Tengo miedo de que algo malo esté por suceder. Tengo miedo por Adam, por todos nosotros.

Lonnie asintió.

—Yo también lo siento —dijo, su voz revelando que sabía demasiado bien lo cruel que podía ser la vida.

—¿Cometimos un error al acoger a Yasmeen y ayudarla? —dijo Leah en voz baja, odiando sentirse así. Sabiendo que era demasiado tarde incluso para especular.

Lonnie suspiró como si leyera los pensamientos de Leah.

—Lo hecho, hecho está.

Volvió a caminar, con los ojos examinando cada detalle y absorbiendo todo lo que rodeaba a Hayden. Frunciendo el ceño, se detuvo una vez más, casi haciendo que Leah chocara con ella.

—Algo se siente mal. Algo falta. —Su voz sonó pesada, ahogando cualquier otro ruido en el campamento. Como si el mundo se hubiera quedado en silencio de repente.

Leah sintió un escalofrío helado que la envolvió mientras se giraba lentamente, con los pies clavados en el suelo mientras se impulsaba en un círculo. Los árboles, los tráileres y todo lo que estaba a la vista giraba vertiginosamente ante ella.

—Algo se siente mal aquí. —La voz de Lonnie parecía venir de muy lejos mientras a Leah se le ponía la piel de gallina. Ella también lo sintió. Algo no estaba bien en Hayden.

—Algo… alguien.

¿Qué era? ¿Qué era eso que flotaba en el aire, denso y aterrador?

Entonces Leah se dio cuenta.

—¿Dónde está Adam? —Giró en círculos, con los ojos recorriendo sin rumbo el campamento—. ¿Dónde está Adam? —Su voz se volvió más urgente mientras sus pies entraban en acción, corriendo hacia el arenero en el que Adam había estado jugando.

Eso era. Eso era lo que Lonnie sentía que faltaba.

Adam.

Ambas mujeres corrieron hacia donde Adam fue visto por última vez, con el miedo en los ojos.

Los pies de Leah se movieron solos mientras estallaba en un grito.

—¡Adam! ¡Adam!

Una sensación de ingravidez se extendió por su cuerpo, como si estuviera flotando. El sol desapareció detrás de oscuros nubarrones de tormenta mientras se detenía abruptamente. Los pasos de Lonnie

estaban justo detrás de ella. El aire se volvió pesado con el olor a lluvia, y podía sentir la energía crepitando en la atmósfera. Se volteó para mirar a Lonnie, sus ojos se encontraron en un entendimiento silencioso.

El arenero estaba vacío, excepto por el camión de juguete naranja abandonado en la arena.

CAPÍTULO 60

LEAH

¡ADAM! —EL ECO DE la propia voz de Leah resonó por el denso bosque, pero no hubo respuesta. Apartó ramas y ramitas mientras se adentraba en el bosque, con el sudor perlándole la frente.

El corazón se le aceleró mientras intentaba reprimir el pánico abrumador que burbujeaba en su interior.

Se detuvo para recuperar el aliento y escuchó un leve crujido a lo lejos, pero solo eran otros de Hayden, que también buscaban a Adam.

Quizás se había ido en busca de Kai. A Adam le encantaba pasar tiempo con él.

Leah no podía creer la profunda idolatría que Adam sentía por Kai. Nunca lo había visto reaccionar así ante nadie.

¿Pero por qué no le avisó? Adam conocía las reglas. No podía ir a ningún lado ni estar con nadie sin decírselo primero.

Respiró hondo e intentó calmar sus pensamientos acelerados. Adam ya podría estar de vuelta en Hayden, y ella se habría estado volviendo loca por nada.

Pero sabía que no estaba allí. Se secó la frente sudorosa con el dorso de la mano e intentó pensar adónde podría haberse ido un niño de tres años.

—Leah —la voz de un hombre rompió la quietud del bosque, cortando el silencio como una cuchilla afilada. Sobresaltada, Leah se dio la vuelta, con el corazón desbocado en la garganta.

Conocía esa voz.

Vestido de negro de pies a cabeza, Ben estaba de pie frente a ella, con el pelo engominado hacia atrás y un rostro inexpresivo.

—¿Ben? —jadeó, desconcertada—. ¿Cómo se las arregló para aparecer sigilosamente detrás de mí sin hacer ruido? El suelo estaba cubierto de hojas secas, y cada paso que yo daba producía un fuerte crujido. Era como si se hubiera materializado de la nada.

El miedo le erizó los vellos de la nuca. —¿Por qué está aquí? —preguntó, intentando mantener la compostura.

—Bueno, veamos —sus dedos le acariciaron la barbilla mientras avanzaba hacia ella. Inconscientemente, Leah retrocedió.

—¿Qué podría traerme hasta aquí? —Levantó las manos, mirando la vasta extensión de árboles que perdían sus hojas.

—Quédese donde está —su mano se alzó frente a ella, advirtiéndole que no se acercara.

Él rio entre dientes, divertido.

—¿O qué, Leah? —Se acercó más—. No me parece ni un poco amenazante, pero supongo que eso es lo que pasa cuando te casas con alguien. Llegas a conocerlo bastante bien.

—¿Acaso lo conocí alguna vez, Ben? —preguntó Leah, con un nudo en la garganta. Intentó desviar la mirada hacia la izquierda, en busca de alguna vía de escape o de alguien a quien pudiera pedir ayuda.

Él se detuvo y enarcó una ceja.

—¿No es así? Creo que sí. Creo que sabía exactamente quién era yo. Usted era demasiado débil para admitirlo. Eso habría requerido que tomara cartas en el asunto.

El rostro de Leah se encendió. Las palabras de Ben le quemaban en el cerebro. ¿Sería verdad? ¿Había sabido desde el principio qué clase de hombre era Ben?

No. Sabía que era muchas cosas, pero no el hombre que estaba frente a ella.

—Nunca la habría imaginado capaz de todo lo que le hizo a Yasmeen —Leah se sintió arder con la rabia que se había ido acumulando durante varios meses.

—O del asesinato de gente inocente. ¡Niños, Ben! Usted es padre, por el amor de Dios —su voz tembló de emoción al pronunciar la palabra «padre».

—Eso es retorcido, Ben. Jodidamente retorcido —dijo, sintiendo que la derrota se apoderaba de ella.

—Hablando de niños, parece que extravió a uno —Ben se inspeccionó las uñas mientras hablaba, sin prestar atención a las acusaciones que le lanzaban.

Una súbita comprensión inundó a Leah cuando levantó bruscamente la cabeza, la revelación recorriéndole todo el ser.

—¡Usted lo tiene! ¡Usted tiene a Adam! —se abalanzó hacia adelante, agarrando la camisa de Ben con las manos y retorciéndola con fuerza.

Los dedos de él se clavaron en las muñecas de Leah, con un agarre firme e inflexible mientras las apartaba de su cuerpo. La fulminó con una rabia ardiente, sus ojos fijos en el pálido rostro de ella.

—¿Dónde está? —exigió, intentando en vano liberarse de su agarre.

—¿No te gustaría saberlo? —La empujó hacia atrás, soltándole las muñecas y haciéndola perder el equilibrio. Ella tropezó, pero no cayó. Estabilizándose, Leah avanzó de nuevo.

—¿Dónde está, Ben? ¿Dónde está Adam?

Dándole la espalda, Ben se alejó, consciente de que ella lo seguiría.

—Vamos, mamá. Intenta no quedarte atrás.

—¡Más le vale no haberle hecho daño! —Leah corrió hasta ponerse al lado de Ben, interponiéndose en su camino y deteniéndolo.

Él la apartó como si fuera una mascota molesta y siguió caminando.

—¡Ben! —dijo ella, corriendo a su lado, tratando de seguirle el paso—. ¡Por el amor de Dios! Por favor, Ben, devuélvemelo —le rogó, agarrándole el brazo y clavándole las uñas.

Ben apartó el brazo, mirándola con asco.

—El problema con mujeres como usted y Yasmeen es que no consideran las consecuencias de sus actos —comentó, ignorando la expresión mortificada de Leah mientras seguía caminando, apartando cualquier rama que osara ralentizarlo.

—Ben —suplicó Leah, el miedo creciendo en su interior mientras las palabras de él resonaban certeras en sus oídos. Sí lo pensaron, ¿no? Pero nunca esperó que sus acciones llevaran a Ben a quitarle a Adam.

—Cállate, Leah, y camina. Ahora hablo yo —Ben siguió caminando rápido mientras Leah tropezaba, intentando mantener el paso a su lado.

—Usted y Yasmeen… ¡*mis mujeres*! Casi me han arruinado con sus payasadas. Esta última realmente le va a costar, Leah. A usted —se giró bruscamente, agarrándola por los hombros—. ¡*Mujer estúpida*! ¿Creyó que no habría repercusiones por lo que usted y Yasmeen hicieron? ¿Por qué demonios ayudaría a la mujer con la que me encontró en la cama follando? ¿Acaso es masoquista?

Leah intentó hablar, pero las palabras se le atropellaron. —Ben, yo… necesito que me diga, ¿dónde está Adam? —suplicó.

—Ni siquiera quiero una explicación. Es demasiado tarde —la soltó con una mirada de asco y continuó su paso hacia un claro que emergía al lado de la carretera.

—¿A dónde me lleva? —preguntó Leah, al ver una camioneta justo adelante, estacionada a un lado de la carretera contra la barandilla de protección.

—¿A usted? No la llevo a ninguna parte —empezó a caminar por el camino pavimentado hacia la camioneta que esperaba.

—Entonces, ¿por qué quería que lo siguiera? —preguntó ella, confundida, con una sensación de inquietud apoderándose de ella una vez más.

Ben se acercó a la camioneta y metió la mano en el bolsillo delantero en busca de las llaves. Con un rápido giro de muñeca, abrió la puerta y subió. La puerta se cerró de un portazo tras él, dejando a Leah afuera.

Golpeó la ventanilla con los puños y tiró de la manija de la puerta. Pero Ben ya la había cerrado con seguro.

—¡Ben! ¿Dónde está? ¿Qué está haciendo? —gritó Leah, al borde de la histeria, mientras Ben arrancaba el motor.

Agarró la manija de la puerta una vez más, zarandeándola con todas sus fuerzas para que se abriera mágicamente.

—¡Ben! —gritó, golpeando la ventanilla una vez más con los puños.

La oscura ventanilla bajó a paso de tortuga, revelando los fríos ojos de Ben que se asomaban por detrás del cristal.

—Mi querida esposa, estoy aquí para darle una última oportunidad de ver a su hijo por última vez —dijo con una expresión controlada y una pequeña sonrisa dibujada en sus labios.

—¿Qué? —el corazón se le aceleró mientras se inclinaba, aferrándose al borde de la ventanilla como si su vida dependiera de ello. Porque así era—. ¿De qué está hablando?

Ben ladeó la cabeza hacia la parte trasera de la camioneta. Leah presionó la ventanilla, intentando bajarla, estirando el cuello para ver qué había en el asiento de atrás.

Adam dormía profundamente, despatarrado en el asiento con el pulgar en la boca. Sus labios, lisos y carnosos, se movían en una suave succión alrededor de su pulgar, igual que cuando era un bebé.

—¡Adam! —gritó Leah a través de la ventanilla, sintiendo el dolor en las palmas de sus manos mientras las golpeaba repetidamente contra el cristal—. ¡Adam!

El niño no se movió.

Frenética, Leah metió la mano por la ventanilla, sus dedos intentando aferrarse a Ben.

—¿Qué le ha hecho? —gritó aterrorizada. El sonido de su propia voz vibrando en sus oídos.

La ventanilla empezó a subir, atrapando la muñeca y la mano de Leah. El pánico se apoderó de su cuerpo. El espacio entre el cristal y

el marco se reducía. Miró a Ben con los ojos desorbitados, sintiendo el borde afilado de la ventanilla presionar su carne.

—Ben, ¿qué le hizo? —la voz de Leah se elevó en histeria. Su mente cegada por la visión de Adam inconsciente en la parte trasera de la camioneta y su incapacidad para alcanzarlo.

—Solo le di algo para ayudarlo a dormir. Parece que ya no confía en el buenazo de papá. Ahora, Leah, despídase —gritó por encima de los alaridos de Leah.

—¡No! ¡Por favor, devuélvemelo!

Ben le arrancó la mano a Leah y la empujó dolorosamente fuera de la ventanilla.

—¡Usted se buscó esto, Leah! ¡Se lo advertí! ¡Solo puede culparse a usted misma! —subió la ventanilla del todo y metió primera, levantando polvo y gravilla a su paso.

—¡No! —los pies de Leah martilleaban el pavimento mientras corría detrás de la camioneta, con los brazos extendidos y los dedos aferrándose en vano mientras la camioneta aceleraba y desaparecía de la vista.

—¡Adam!

Capítulo 61

Adam

ADAM LUCHABA POR ABRIR sus pesados párpados, pero no querían obedecerle. Se quedó quieto, sintiendo cada bache y cada curva mientras la camioneta avanzaba por el sinuoso camino.

¿Dónde estaba Mamá?

Tenía miedo. No sabía dónde estaba ni dónde estaba Mamá.

Entonces recordó.

Papi.

Adam estaba agachado en el suelo, con las piernas dobladas debajo de él. Sujetaba su camión de juguete de un naranja vibrante, moviéndolo de un lado a otro en la arena áspera, trazando pistas y senderos mientras observaba el ajetreo del campamento.

El sol ardía a sus espaldas, pero él ni siquiera se daba cuenta mientras hacía ruidos de motor y empujaba por la tierra, sintiendo cómo la arena se le metía bajo las uñas.

Le gustaba estar aquí en Hayden. Mamá parecía mucho más feliz.

El calor de los rayos del sol se filtraba en su piel, comenzando en la coronilla y descendiendo por su espalda. Se pasó los dedos sucios por el pelo, disfrutando de la sensación de los mechones calientes.

El aroma fresco del rocío y las hojas caídas llenaba el aire. Para Adam, no había otro olor que le hiciera pensar más en un hogar.

Hacía caminos en la arena mientras jugaba. Mamá pasó junto a Lonnie, con una expresión de preocupación en el rostro.

Eso hizo que a Adam le doliera la pancita. No le gustaba cuando Mamá ponía esa cara de preocupación. Le daba miedo, le hacía sentir que algo malo iba a pasar, y pronto.

Quizá era por esa mujer que Mamá dijo que se quedaría con ellos un tiempo. No podía recordar su nombre, pero recordaba su cara. Adam era muy bueno para recordar las caras de la gente. Recordaba haberla visto en el antiguo hogar con…

Enterró su camión en la tierra, tratando de alejar los recuerdos que no quería recordar. No quería pensar en esa época. Aquí era mejor.

Sin previo aviso, el sol desapareció de la vista y la oscuridad envolvió a Adam. Miró hacia arriba con ojos grandes e inocentes que parpadeaban rápidamente con confusión.

—Hola, Adam —saludó la sombra. Adam entrecerró los ojos, tratando de enfocar. Levantó la mano para protegerse los ojos.

Su padre estaba de pie sobre él. Adam se puso de pie de un salto y el camión naranja que Kai le dio se le resbaló de las manos.

—¿Papi?

Papi tenía su sonrisa torcida. Esa en la que la comisura de sus labios se arqueaba de forma extraña solo de un lado. El tipo de sonrisa que hacía pensar a Adam que se estaba riendo, pero no de una manera graciosa.

—Hola, campeón, ¿cómo has estado?

Adam inclinó la cabeza, incapaz de bloquear los implacables rayos del sol que se colaban por los huecos alrededor de Papi. Cerró los

ojos con fuerza, esperando que, al aislarse del mundo, pudiera hacer desaparecer a su padre.

—No se supone que estés aquí. —Con un suspiro, Adam se frotó los ojos con las manos, embarrándose la cara de tierra.

—¿Quién lo dice? —Papi hizo un gesto a su alrededor, como si buscara a alguien—. ¿Tu madre? ¿Su novio el indio? —Papi se quitó la correa de la mochila del hombro. El peso de la bolsa comenzó a caer hasta que la agarró a tiempo antes de que golpeara el suelo.

—No tienes permitido decir indio. Kai me lo dijo —dijo Adam, sin levantar la vista hacia su padre.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? ¿Acaso hiere sus delicados sentimientos? —Papi se rio como si se creyera gracioso, pero Adam no pensaba que lo fuera. Deseó que Kai viniera y le diera un puñetazo a Papi justo en la cara.

—¿Eso es lo que le gusta a tu madre ahora? Mariquitas de pelo largo que se quiebran con unas simples *palabras*.

Adam ignoró a su padre y volvió a sentarse en la tierra. Hizo ruidos de motor con la boca, esperando que si era lo suficientemente ruidoso, molestaría a Papi y se iría.

—Escucha, amiguito, necesito que vengas conmigo un rato. —Papi abrió su mochila y revolvió dentro, buscando algo.

La cabeza de Adam se sacudió de un lado a otro. No escucharía a su padre. Evitó el contacto visual, esperando que Mamá regresara con Lonnie. O quizá incluso Summer. Ellas podrían darle una paliza a Papi y deshacerse de él. Summer dijo que era parte dragón. Podría convertirse en una chica dragón y asustar a Papi para que se fuera, seguro.

¿Dónde estaban? ¿Por qué tardaban tanto en volver?

—No te estoy pidiendo permiso precisamente, amiguito. —Papi sonrió mientras sacaba de su mochila una botella transparente con líquido y un trapo. Empapó el paño y se inclinó sobre la cabeza gacha de Adam.

La boca de Adam se abrió de golpe en señal de protesta, con los ojos desorbitados mientras intentaba apartar el paño con las manos. Su cabello se agitaba salvajemente mientras negaba con la cabeza, pero todo lo que escapó de sus labios fue un débil «no».

Con el paño cubriéndole la boca y la nariz, Adam luchó contra el agarre de su padre. Pero Papi lo sujetó con fuerza, susurrándole al oído: —Mamá ha sido una niña mala, ahora Papi tiene que castigarla.

Y todo se volvió negro.

Ahora lo recordaba todo. Papi iba a castigar a Mamá. Adam luchaba por mantener los ojos abiertos, vislumbrando el cielo a través de la oscura ventana. Un elegante cuervo se deslizaba por el cielo, con las alas extendidas como si lo estuviera observando dentro de la camioneta.

Descendió en picada, manteniéndose justo en el campo de visión de Adam. Sus ojos se volvieron más y más pesados hasta que no pudo mantenerlos abiertos más tiempo y cayó de nuevo en un sueño profundo. Pero antes de hacerlo, se preguntó a dónde lo llevaba Papi y si volvería a ver a su Mamá.

CAPÍTULO 62

LEAH

SE MOVÍA CON LENTITUD, arrastrando los pies mientras avanzaba penosamente. Los intensos rayos del sol caían sobre el pavimento, creando la ilusión de un asfalto derretido. La visión de Leah se volvió borrosa mientras se enfocaba en el camino por delante, buscando desesperadamente cualquier señal de la camioneta de Ben.

Pero ya no estaba. Junto con Adam.

Corrió tras la camioneta con cada gramo de energía que tenía hasta que, finalmente, su cuerpo se rindió y colapsó sobre el pavimento. Los costados le gritaban de dolor y sus piernas se negaron a seguir llevándola.

Al final, se obligó a levantarse y continuó.

Un puente apareció a lo lejos, y ella avanzó penosamente como una zombi, entumecida ante el mundo que la rodeaba, tropezando en la carretera abandonada.

Los fuertes trinos de los pájaros en los árboles cercanos rompieron la fachada de que la vida, como Leah la conocía, se había detenido. Continuaba, indiferente a sus padecimientos.

Al pasar bajo el puente, el sol desapareció y se llevó consigo el calor opresivo, enviando una ola de alivio sobre ella.

Se apoyó en el costado del puente, deslizándose agotada hasta quedar sentada en el suelo.

Un profundo suspiro escapó de sus labios mientras sentía las ásperas rocas y guijarros presionando contra su cuerpo.

No le importaba. No sentía nada.

Una brisa fresca agitó los mechones sueltos de su cabello húmedo, todavía recogido en una cola de caballo. Sin pensar, apartó los mechones de su rostro quemado por el sol y apoyó la cabeza contra la fría superficie del puente. Sentía la piel sensible y delgada, igual que su alma.

Llevaba horas caminando y el sol seguía en lo alto. Se estaba haciendo tarde, y ahí estaba ella, en una carretera desierta, rodeada de la nada. No más cerca de Adam que la última vez que lo vio, drogado en el asiento trasero de la camioneta.

Cerró los ojos, sintiendo la derrota filtrándose en su carne quemada. Lo había perdido, y era por su propia culpa.

No había forma de que Leah alcanzara a Ben así. Además, no le quedarían fuerzas para ocuparse de recuperar a Adam si forzaba su cuerpo, ya en deterioro, a seguir adelante.

Necesitaba ayuda. Recuperar a Adam no sería fácil, quizás imposible. Sola, estaba casi segura de que fracasaría. Con ayuda, quizás habría una posibilidad.

Quizás.

De cualquier manera, Leah necesitaba enfrentar la realidad. No podía hacerlo sola. Tendría que regresar con Hayden y reagruparse.

¿Cómo lograría eso? ¿Cómo podría retroceder, alejándose de Adam? ¿Qué le pasaría a él en el tiempo que transcurriera?

La sola idea de rendirse y regresar era impensable. ¿Qué clase de madre sería si simplemente se apartaba del camino que su hijo había tomado?

Acercó sus piernas dobladas al pecho y hundió la cara en ellas, permitiendo que los sollozos atrapados en su interior se liberaran.

No le servía de nada a Adam, tropezando, perdida, por una carretera vacía bajo este calor sofocante.

Suspiró, colocando las manos en el camino arenoso. Temblando, se puso de pie sobre sus débiles piernas. Todo se arremolinaba ante ella mientras se aferraba al costado del puente para sostenerse. Cerró los ojos para estabilizarse, con la mente fija en una decisión. Regresaría, sola, sin Adam.

—No te dejaré, mi amor —dijo con los labios agrietados, la lengua espesa y pastosa por la falta de agua—. Voy a buscarte. Ya voy.

Dio media vuelta por donde había venido, poniendo un pie delante del otro, más decidida que nunca a recuperar a Adam.

El tiempo se había perdido.

El camino y el cielo se fusionaron, creando una bruma borrosa, dejándola sin idea de las horas o incluso del día.

Todo lo que sabía era que debía seguir moviéndose y ni siquiera pensar en detenerse porque si lo hacía, todo habría terminado.

El calor del sol seguía ardiendo, implacable en su persecución. Castigando a Leah por no ser más cuidadosa, por hacer cosas en las que no tenía derecho a involucrarse, y ahora había perdido a Adam.

Su corazón no dejaba de doler. Creía haber sentido dolor antes. La muerte de sus padres, la decepción de Ben como esposo y padre. La destrucción del mundo en el que vivía. Pensó que lo había experimentado todo, pero nada de eso se comparaba con esto. Esta cosa cruda y salvaje dentro de ella, exprimiendo la esencia que era ella. Le dolía incluso seguir adelante, y se preguntó si sobreviviría.

La deshidratación y el agotamiento la habían llevado al borde del delirio mientras avanzaba penosamente durante horas bajo el sol implacable, consumida por la pena.

El camino abrasador parecía chisporrotear bajo el intenso calor, creando la ilusión de ondas. Haciendo que el horizonte pareciera

temblar como agua en el aire.

Un pequeño objeto negro surcó el cielo, devolviendo a Leah a la realidad de un tirón.

Levantó la cabeza bruscamente, parpadeando, esforzándose por recuperar el enfoque e identificar lo que se le acercaba.

Un cuervo graznó ruidosamente, rompiendo la neblina borrosa en su mente, trayéndola de vuelta a la realidad.

Los labios resecos de Leah se separaron mientras levantaba débilmente la mano hacia el cielo. La melodía de la canción favorita de Adam de una película sobre ratones inmigrantes se repetía en sus pensamientos. Solía cantarla todo el tiempo y se sabía la letra de memoria.

Luchó por cantar, su voz quebrándose bajo el peso de los pensamientos de Adam solo sin ella, asustado.

El cuervo descendió en picada, y debería haberse asustado, pero no lo hizo. Centró su atención en él, como si fuera un faro de luz guiando su camino.

Leah presionó la lengua contra el paladar seco, buscando cualquier rastro de humedad. La movió, sintiendo la textura áspera de su lengua contra sus labios agrietados e intentó producir saliva. Tragando un par de veces, mantuvo la vista en el pájaro mientras la voz de Adam cantaba la canción que sonaba en su cabeza. El cuervo, tan cerca ahora que podía verle los ojos, giró volando en la misma dirección en la que ella iba, a solo unos metros de ella, y graznó como si la llamara para que lo siguiera.

Leah lo hizo, todavía moviendo la lengua, tratando de producir saliva. Su mirada siguió los movimientos del cuervo antes de posarse en algo más adelante. No podía creer lo que estaba viendo, y sus ojos se entrecerraron en confusión mientras la canción se hacía más fuerte en su mente.

¿El canto venía de más adelante?

Apresuró el paso, con la mente concentrada en lo que creía ver muy al frente.

Un niño, no mucho mayor que Adam, estaba de pie en la distancia. Su largo cabello castaño claro se agitaba con el viento

mientras un cuervo volaba en círculos sobre él, casi como si estuviera llamando a Leah para que se acercara a ambos.

El cuervo batió sus alas, mientras el niño le hacía un gesto con la mano.

Leah le devolvió el saludo, oyendo el tintineo de su risa estallar en sus oídos, despertándola y despejando su mente. Todo se volvió más brillante y vivo, y su cuerpo se llenó de adrenalina mientras intentaba alcanzar al niño con el cuervo. Su pelo castaño claro flotaba alrededor de su rostro bronceado.

—¿Quién es usted? —preguntó, sin saber si lo había dicho en voz alta o en su cabeza.

El joven se paró al borde del camino, con la mano levantada en el aire mientras la llamaba. Se dio la vuelta y siguió al cuervo que volaba en círculos sobre ellos, el cielo oscureciéndose rápidamente a su alrededor.

Podía oír al niño cantar, su voz viajando por el aire mientras el cielo cambiaba, liberando el calor a medida que el sol caía tras el horizonte. Pronto llegaría la luna y la frescura de la noche. Leah aceleró el paso, sintiendo su boca llenarse de saliva, y cantó junto con el niño y el cuervo que iban adelante.

En algún lugar allá afuera, bajo la luna azul pálida…

CAPÍTULO 63

KAI

KAI MIRABA FIJAMENTE EL bosque. Era inhóspito y hostil, un marcado contraste con sus habituales sensaciones de familiaridad y consuelo.

Aunque, pensándolo bien, estaba perdiendo la cabeza.

Adam había desaparecido, y Leah había ido tras él; nadie la había visto desde entonces. No sabía qué hacer. Podía sentir el corazón latiéndole en el pecho, como si fuera a estallar en cualquier momento.

De todos los días en que esto podía pasar, ¿por qué tenía que ser justo el día en que él no estaba? Y para colmo, mientras intentaba reparar la confianza rota entre él y Chris.

Mientras se acercaban a Hayden, Lonnie los esperaba de pie. El estómago de Kai se contrajo al ver la expresión en el rostro de Lonnie. Se sentía optimista sobre cómo avanzar con Chris, pero todo eso pasó a un segundo plano cuando recibió la noticia del secuestro

de Adam y la desaparición de Leah. Un profundo sentimiento de desesperación reemplazó todo su optimismo y energía, dejándolo vacío e indefenso.

Desde entonces, había estado hecho un desastre.

Una llama rugiente de ira ardía en su interior, dirigida hacia sí mismo por no haber estado allí cuando Adam más lo necesitaba. Podía sentir el calor subirle por el pecho, alimentado por la culpa y el arrepentimiento. Se suponía que él era el guerrero indio de Adam. Y además, estaba Leah, sola y vulnerable, sin nadie que la protegiera.

No le gustaba admitirlo, pero sabía lo que Leah debía de estar sintiendo porque él también lo sentía, y sabía que no debía. Él no era el padre del niño. Pero había algo en Adam y la inexplicable conexión entre él y Chrissy. No era lógico, pero no podía deshacerse de la profunda creencia de que Chrissy lo había llevado hasta el niño. Y en el proceso, Kai le tomó un gran cariño a Adam.

Más que cariño.

Frustrado y sin aliento, regresó al complejo después de otra búsqueda infructuosa por el bosque. Más temprano, había manejado por la autopista y registrado cada centímetro del área circundante, pero no había ni rastro de Leah.

Se encontró de nuevo al borde del bosque, en el mismo lugar donde Leah había desaparecido. Se quedó allí en silencio, mirando fijamente la quietud del bosque.

A sus espaldas, oyó a Lonnie acercándose.

—¿Viste algo?

—Nada —susurró él. Un dolor agudo le oprimió el corazón, una sensación que casi había olvidado, cuando antes era constante.

Vio un cuervo negro surcando el cielo y entrecerró los ojos mientras una inesperada sensación de serenidad lo invadía. Dirigió su atención al bosque cercano de donde había salido el pájaro, lanzando un llamado al aire.

Sus ojos siguieron los movimientos frenéticos del cuervo, sus graznidos agudos rasgando la quietud del bosque. Antes de darse cuenta, sus pies lo llevaban hacia los árboles, atraído por una fuerza desconocida.

Podía oír a Lonnie llamándolo.

—¿A dónde vas?

—Hay algo ahí. Tengo que ir —. Sin pensarlo dos veces, echó a correr hacia allí. Y entonces, como por arte de magia, allí estaba ella, tropezando entre la maleza, hacia él.

A Leah le flaquearon las rodillas cuando vio a Kai acercarse. Cayó en sus brazos y él la levantó con facilidad. Sobre ellos, el cuervo soltó un graznido penetrante y se lanzó en picada hacia ellos antes de volver a surcar el cielo.

—La tengo —. La voz de Kai retumbó por el bosque mientras miraba el cuerpo inerte de Leah acunado contra su pecho.

En una ráfaga de movimiento, Chris y varios otros aparecieron, corriendo hacia ellos.

—¡Oh, Dios mío! ¿Está bien? —La voz preocupada de Summer flotó tras ellos, sus movimientos ralentizados por el peso de su avanzado embarazo.

—Leah, Leah, ¿estás bien? —. El rostro de Kai estaba tan cerca que el aliento de Leah le acarició los labios. Hizo falta toda su fuerza de voluntad para no presionar los suyos contra los de ella.

Nunca en toda su vida se había sentido más aliviado y feliz de ver a alguien. Sus ojos se desviaron hacia Lonnie, sintiendo una oleada de miedo y gratitud recorrerlo. Todos sus sentimientos por Leah, expuestos para que su hermana los viera.

—Tenemos que llevarla adentro y darle un poco de agua —dijo Lonnie, posando su mano en el brazo de Kai, comprensiva.

Su barbilla se alzó en un sutil asentimiento mientras sostenía a Leah cerca, con la cabeza de ella escondida en su pecho. El olor de su sudor mezclado con la humedad del bosque llenó sus fosas nasales mientras ella le rodeaba el cuello con los brazos, aferrándose a él, su cuerpo pesado y débil contra el de él.

Lonnie se inclinó más, esforzándose por oír las palabras de Leah mientras luchaba por hablar con la boca seca.

—Chrissy… —dijo, su voz era un tenue susurro—, ya voy, Chrissy. Ya voy.

Kai y Lonnie se quedaron helados, sus miradas se encontraron en un intercambio mudo de asombro y sorpresa.

—Adam —gimió Leah, su rostro descomponiéndose por el tormento—, Adam…

Se inclinaron, uno a cada lado de la cabeza febril de Leah, y apoyaron sus frentes contra la de ella. Con los ojos cerrados, hablaron al unísono.

—Te tenemos, Leah. Te tenemos.

CAPÍTULO 64

LONNIE

LONNIE MIRÓ AL OTRO lado de la mesa desierta a Leah, hecha un ovillo de desesperación. Su cabello enredado y la piel quemada por el sol solo acentuaban la preocupación en su rostro, pero estaba recuperando el enfoque y la compostura.

Bueno, en la medida de lo posible en esta situación.

Adam ya no estaba.

A pesar de todos sus esfuerzos por mantenerlo a salvo, el padre de Adam había logrado ponerle las manos encima. Justo bajo sus narices. Sin esfuerzo, sin que nadie se diera cuenta. Ahora ahí estaba Leah, requemada y deshidratada, deshecha hasta el fondo.

Lonnie conocía demasiado bien esa devastación. La manera en que una madre puede quebrarse. Siempre era a través de sus hijos. Siempre.

A través de los sollozos de Leah, Lonnie oyó un crujido y notó a alguien de pie afuera de la puerta entreabierta del comedor estéril.

Un cabello largo y oscuro se asomó, y el corazón se le hinchó de esperanza y orgullo.

Era Kai. Su rostro preocupado se veía firme y, aun así, no tan confiado como siempre intentaba aparentar.

Asintió para reconocer su presencia. Su hermano había estado recargado contra la pared, listo para correr hacia Leah por si se desplomaba otra vez. Ahora estaba de pie, tenso, con los ojos fijos en ella con una mezcla de anhelo y preocupación. Una mirada que Lonnie comprendía y que sentía por su hermano.

Estaba enamorado de Leah y ni siquiera lo sabía. O, peor, lo sabía y se negaba a admitirlo. Pero ahora, al ver a Leah así, hecha pedazos e indefensa, a Kai le costaba ocultar sus verdaderos sentimientos.

Él, como el resto, se sentía sacudido.

Y estaba Adam.

Kai tenía un vínculo fuerte con el niño. Le había dado su posesión más preciada: la camionetita naranja que a Chrissy le gustaba tanto. Lonnie, más que nadie, sabía cuánto significaba esa camioneta para su hermano. No era un juguete cualquiera. Era lo último de Chrissy que podía sostener con firmeza entre las manos.

Suspiró, pensando en Chrissy, sintiendo cómo se le erizaba la piel en los brazos, recordando las palabras que Leah dijo cuando se derrumbó en el abrazo de Kai.

Más tarde, cuando ya había tomado un poco de agua y caldo caliente, con los labios agrietados volvió a contar la historia de Adam en el asiento trasero de la camioneta de Ben, drogado e inconsciente. Cómo le suplicó a Ben que le devolviera a Adam, y luego el horror de verlo alejarse, dejándola abandonada en medio de la carretera, sola.

Relató cómo corrió detrás de la camioneta, aunque hacía rato había desaparecido en el horizonte y ella sabía que nunca la alcanzaría. Su lucha por regresar a Hayden y la angustia de darse la vuelta, alejándose del lugar adonde se había ido Adam.

Fue un viaje oscuro del alma.

Lo que pasó después, al seguir al cuervo y al muchacho… bueno, para eso Lonnie no tenía respuestas. Lo único que sabía era que no

podía ser casualidad.

Leah se apartó de la mesa y empezó a caminar de un lado a otro por la sala, apretando la camionetita naranja que Adam amaba tanto. Sosteniéndola con fuerza como Kai solía hacerlo después de lo de Chrissy.

Lonnie cerró los ojos. Sintió una mano tocarle la rodilla y levantó la vista hacia los ojos azules y preocupados de Chris. Él le apretó la rodilla para consolarla, y ella sintió, no por primera vez, cuánto amaba a ese hombre frente a ella. Menos mal que casi lo atropelló hace ya tantos meses. Chris la trajo de vuelta a la vida. Conocía toda la oscuridad profunda dentro de ella. La vergüenza que cargaría para siempre y el dolor que nunca podría borrar. Conocía sus partes más feas junto con las buenas, y aun así la amaba.

Ella también conocía las suyas, y juntos pasarían una vida intentando hacerlo mejor que en el pasado.

—¿Cómo lo recuperamos? —preguntó en voz baja.

Al oír hablar a Lonnie, Leah se volvió despavorida. Llevó las manos al cabello y lo agarró, pero contuvo el impulso de arrancárselo mientras seguía moviéndose, gimiendo.

—¡Lonnie! —gritó, deseando que alguien volviera todo esto irreal, que le arrancara el horror que le crecía por dentro—. Mi bebé, Lonnie, mi niñito inocente. Un gemido se escapó de los labios de Leah, erizando el vello de los brazos de Lonnie. Esa queja de madre la conocía, y no quería volver a oírla jamás.

Sin dudarlo, Kai corrió al lado de Leah y sostuvo su frágil cuerpo en su abrazo poderoso.

—Shhh, vamos a recuperarlo. No voy a parar hasta que Adam esté en tus brazos, donde pertenece. Kai pegó la cabeza de Leah a su pecho, y con la mano le aflojó los dedos que se aferraban con fuerza a su cabello.

Desbordada, Leah empezó a aullar. La realidad de que Adam no estaba era demasiado.

—No soporto pensar que no esté en el otro cuarto, dormido seguro en su cama. Solo quiero entrar y besarle la frente húmeda y sentir cómo sube y baja su pecho con la respiración.

Un grito de agonía se escapó de la boca de Leah mientras Kai la sostenía, permitiéndole apoyarse por completo en él.

—¿Cómo pude perderlo? ¡No puedo vivir sin Adam, no puedo!

Kai apartó el cabello sudado, pegado a la frente de Leah. Su rostro dejaba ver sentimientos demasiado familiares aflorando. Sabía demasiado bien lo que Leah sentía.

Lonnie observó cómo su hermanito apretaba contra sí a la madre devastada. Sabía que Kai era una torre de fuerza que siempre estaba cuando se le necesitaba. ¿Cuántas veces, de niño, le había rodeado la cintura con sus brazos larguiruchos cuando creía que ella lo necesitaba? ¿Y cuántas veces arregló todo con ese abrazo cálido y palabras de consuelo? Demasiadas para contarlas.

Kai se irguió, mientras sujetaba a Leah con un agarre irrompible. De alguna forma, Lonnie sabía que iba a devolver a Adam a los brazos de Leah, donde pertenecía. Kai le devolvería a una madre a su hijo aunque le costara la vida.

Les dio una última mirada a las dos figuras entrelazadas, ambas sin saber que se sostenían mutuamente. Sus sentimientos ocultos fluían entre ellos, pese a sus intentos de esconderlos del otro.

Tomando aire, se inclinó hacia Chris, le plantó un beso rápido en la mejilla y se incorporó de la mesa.

Leah la vio de pie a unos pocos pasos y se separó del abrazo persistente de Kai; el calor de su cuerpo fue sustituido por un frío súbito que la hizo tiritar. Le tomó toda su fuerza mantenerse erguida mientras intentaba recomponerse.

La mano de la mujer mayor le levantó a Leah la barbilla pálida y temblorosa. No había fuerza en su mandíbula, pero estaba bien. A Lonnie le alcanzaba para las dos.

—Escúchame, Leah —dijo con voz suave y serena—. Tienes que buscar dentro de ti la fuerza para luchar. Tus guías te ayudarán. Solo tienes que escucharlos.

Leah puso los ojos en blanco bajo los párpados hinchados.

—Seguir a un cuervo y a un niño imaginario no me va a devolver a mi hijo. Se limpió la nariz enrojecida con el dorso de la mano, dejando una estela húmeda.

Lonnie inspiró con los labios apretados, sintiendo cómo la energía volvía a Leah.

—Los siento aquí —dijo en silencio, en su cabeza, pensando en el cuervo y en el muchacho de cabello largo.

El nombre con el que Leah lo llamó cuando se desplomó se le escapaba de la memoria. Lo único que alcanzaba a recordar era su voz cantarina y su cabello castaño claro ondeando al viento. Y a Adam solo en el mundo, mientras el otro chico le hacía señas a Leah para que lo siguiera.

Puede que Leah no creyera en guías, pero eso no importaba. Los tenía de todos modos.

Lonnie miró directamente a los ojos de Leah, con los suyos firmes.

—Vas a necesitar hasta la última gota de fuerza y valentía para tu próximo viaje —le dijo.

Leah contuvo un sollozo, tratando de controlar el pánico que empezaba a burbujear otra vez hacia la superficie, esta vez amenazando con desbordarse.

—Eres como la taza de café que está sola sobre la mesa. Lonnie dirigió la mirada de Leah hacia la taza solitaria en la mesa plegable metálica gris.

—La taza parece vacía y aislada, pero a su lado está la mancha de café que alguna vez llevó dentro. Está a su lado. Aunque la taza parece sola, no lo está. El café sigue ahí.

Leah parecía lenta y ebria, esforzándose por comprender el divagar incoherente de Lonnie. Tomó una bocanada de aire y sintió que el peso en el pecho disminuía un poco. Lonnie puso una mano firme en el hombro caído de Leah.

—Tú, niña, no estás sola. Tus manchas de café están ahí. Solo que no puedes verlas —continuó Lonnie, con voz tranquilizadora, mientras miraba a Chris y luego a Kai, que se había retirado hacia la entrada—. Nosotros somos la mesa firme que sostiene tu taza, y no vamos a dejar que caigas. Nuestra fuerza te mantendrá en pie hasta que vuelvas a llenarte.

Lonnie observó cómo Kai desaparecía, dejando vacío el hueco de la puerta. En su ausencia quedó un aura, brillante con la energía de Kai. Si alguien podía traer de vuelta a Adam, era él. De algo estaba

segura: cuando su hermano se proponía algo, nada lo detenía hasta lograrlo.

CAPÍTULO 65

SUMMER Y LEAH

ARRASTRANDO LOS PIES, LEAH seguía a Kai, quien ascendía sin esfuerzo cada escalón con su figura alta y delgada. Entraron en el cuarto de suministros, una estructura improvisada de madera que Kai había construido antes de que la invasión de los De Cree devastara su mundo.

Él se movía sin esfuerzo de una tarea a otra, empacando todos los artículos necesarios para su próximo viaje.

Summer estaba de pie en el umbral de la puerta, observando en silencio cómo los dos frente a ella se preparaban para el viaje que estaban a punto de emprender.

No pudo aguantarlo más.

—Quiero ir también —soltó de repente, con la mano apoyada instintivamente en la parte baja de su adolorida espalda mientras se arqueaba ligeramente para aliviar el dolor punzante.

Las cabezas de Kai y Leah se giraron al unísono, sus expresiones reflejando sorpresa. Fijaron la mirada en su vientre prominente.

—No —dijo la voz de Kai, tajante. Volvió a su tarea, indicando que la conversación había terminado.

—¿Por qué no? Podría ser de ayuda —el corazón de Summer latía con fuerza en su pecho al pensar en lo que les esperaba a Leah y a Kai—. Podría ser su vigía. Cuidarles las espaldas.

Una expresión de desconcierto apareció en el rostro de Kai; sus facciones se contrajeron en confusión mientras se giraba hacia Summer.

—¿Acaso perdiste la cabeza? ¿Te has visto últimamente? ¿Tienes que estar bromeando?

Summer sintió que su rostro se sonrojaba de vergüenza mientras desviaba la mirada, humillada por parecer débil frente a Kai.

—Todavía soy capaz. Todavía puedo matar.

Kai soltó un bufido de asco y se dio la vuelta. Con movimientos bruscos e impacientes, continuó empacando su mochila, metiendo botellas de agua dentro. Su espalda estaba tensa por la frustración mientras cerraba la cremallera de la bolsa con rabia, tratando de calmarse.

Summer se tensó, incapaz de decir una palabra. Sentía tantas emociones recorrerla y no sabía cómo procesar ninguna de ellas. ¿Qué haría si algo le pasara a Kai, o incluso a Leah? Quería a Adam a salvo, por supuesto que sí. Le caía bien el chiquillo, aunque fuera un poco raro. Después de todo, era un niño. Un niño inocente. Pero no quería que se fueran.

Tenía miedo. Cosas malas le pasaban a quienes ella…

Hizo una pausa, tratando de alejar las palabras que querían salir. No quería tener sentimientos por Kai o Lonnie. Por nadie.

Por supuesto, las acciones de Chris inundaron su mente y su corazón amenazaba con hacerse añicos por su traición. Apretó la mandíbula y se pasó la mano por la frente, tratando de reprimir el nudo en la garganta cuando pensaba en Chris. No tenía idea de que sentía algo tan intenso por él hasta que admitió su traición ante todos, haciendo que el dolor fuera aún más agudo.

—En lugar de obsesionarte con matar, quizás deberías concentrarte en el bienestar del niño.

Kai giró la cabeza bruscamente, haciendo que su cabello oscuro cayera sobre su hombro. —Además —dijo, notando la expresión volátil de Summer—, no tenemos idea de cuánto tiempo estaremos fuera y es importante que te quedes cerca de Lonnie ahora.

Miró a Leah, que se movía sin rumbo por la habitación.

Summer pensó: «Está pensando que una mujer inestable es suficiente».

—Bien —dijo resignada, sabiendo que él tenía razón. El dolor en su espalda solo lo demostraba. Por más difícil que le fuera hacerse a la idea, su cuerpo se estaba convirtiendo en una entidad completamente propia con cada día que pasaba, ralentizándola de formas que nunca habría imaginado. Cuanto más grande se ponía, menos podía moverse con facilidad y más ansiosa se sentía por lo que estaba por venir.

—¿Qué van a hacer? ¿Cómo van a recuperar a Adam? —preguntó Summer, cambiando el rumbo de la conversación.

El rostro hinchado de Leah volvió a la vida mientras se giraba con una energía repentina.

—No sé. Supongo que lo veremos cuando lleguemos allí —respondió Kai, reanudando su tarea de empacar.

—Voy a matar a Ben —dijo ella, apretando el puño frente a Summer—. ¡Voy a matarlo por llevarse a mi bebé! —sus labios se curvaron hacia abajo, mostrando sus dientes y encías, dándole un aspecto cruel y feo.

Summer retrocedió, horrorizada por el comportamiento inusual de Leah.

Sin pensar, instintivamente se puso una mano sobre el estómago y lo masajeó suavemente.

¿De qué estaba tan sorprendida? Summer ya sabía que mataría por su propio hijo. ¿Qué le hacía pensar que Leah no lo haría también?

Leah se dio la vuelta bruscamente, sus movimientos llenos de una urgencia desesperada. Rebuscó en los estantes de suministros, sus dedos volando sobre los objetos, buscando lo que sería adecuado

para el viaje que tenían por delante. Los sonidos de crujidos y tintineos resonaron en la habitación mientras continuaba buscando con feroz determinación, ignorando a Summer y concentrándose solo en conseguir lo que necesitaban para poder irse.

—Ya basta de hablar de matar —dijo Kai, exasperado—. Por Dios —sacudió la cabeza y alcanzó una tienda de campaña guardada en un estante superior contra la pared.

—Tenemos que apurarnos antes de que sea demasiado tarde —divagaba Leah, ignorando las palabras de Kai—. Ben busca venganza… no debimos haberlo hecho. Deberíamos haber dejado las cosas como estaban —se giró rápidamente y se encontró cara a cara con una sorprendida Summer—. Tú… tenías razón.

Sus labios temblaron mientras sus ojos inyectados de sangre se llenaban de nuevo de lágrimas.

—Deberíamos haberte escuchado y nunca haberla ayudado. ¡Nunca! Ahora tienen a mi bebé —se llevó la mano a la boca mientras contenía un sollozo silencioso, mordiéndose el dorso sucio de la mano—. ¿Por qué? ¿Por qué la ayudé? ¿Por qué?

Summer sacudió la cabeza, tratando desesperadamente de contener el miedo que amenazaba con consumirla.

Las emociones crudas de Leah eran demasiado para Summer. Su dolor era demasiado reciente y familiar. No podía soportar mirar el rostro angustiado de Leah por más tiempo ni escuchar sus súplicas desesperadas.

—Yo, yo no puedo… —intentó hablar, pero las palabras no le salían.

Summer giró bruscamente y salió a la lluvia torrencial.

Apresuró el paso para seguir el ritmo de la lluvia que golpeaba contra ella.

No quería correr, pero no pudo evitarlo. Sus emociones la estaban superando.

Las lágrimas caían en cascada por sus mejillas. ¿Eran de sus ojos o del cielo? No lo sabía, pero se las secó rápidamente con la manga, solo para que volvieran a caer. Entrecerró los ojos, oteando la zona, no queriendo que nadie viera su vulnerabilidad.

En medio del sonido de la tormenta, el lamento de Leah se escuchó una vez más de fondo.

Summer se tapó los oídos con los puños y corrió tan rápido como su cuerpo sobrecargado se lo permitía.

Leah se quedó en el umbral de la puerta, sus ojos siguiendo los movimientos frenéticos de Summer mientras se agarraba el estómago, tratando de correr a través del implacable aguacero, ya empapada hasta los huesos.

La lluvia golpeaba contra las ventanas y el techo, creando un vacío ensordecedor en el pozo del infierno en el que se encontraba Leah.

Agarrándose al borde de la puerta, se asomó, soltando un grito desgarrador desde un lugar profundo dentro de ella que nunca supo que existía.

Su corazón estaba roto. ¿Cómo diablos iba a recuperar a Adam, si no era ya demasiado tarde?

No. No. No.

Sacudió la cabeza de un lado a otro, su cabello empapado azotando salvajemente en el torrente interminable de afuera. La golpeaba desde todas las direcciones, como puños furiosos contra su rostro, por sus estúpidas decisiones y su imprudente desprecio por la seguridad de su hijo.

Unas manos fuertes la agarraron de los hombros por detrás, atrayéndola hacia el interior de la habitación. Giró su cabeza inerte para ver el pecho sólido de Kai detrás de ella, dejándose colapsar en su apoyo.

—Vamos a recuperarlo —pegada a él, la voz profunda y potente de Kai penetró dentro de ella, enviando vibraciones por todo su cuerpo. Con cada exhalación, Leah podía sentir su aliento cálido en su cabello húmedo, causando una sensación de cosquilleo cerca de las puntas de sus orejas.

Pudo sentir que se erguía y se enderezaba bajo su firme agarre.

—¿Cómo, Kai? ¿Cómo vamos a enfrentarnos tú y yo a Malcolm y los De Cree? —completamente mojada, encontró su mirada, sus ojos atraídos por sus facciones fuertes y angulosas.

—Tengo fe.

Él se inclinó, bajando la cabeza para encontrarse con su rostro levantado. Estaban a escasos centímetros de distancia, lo suficientemente cerca como para que ella viera las partículas de su aliento mezclándose en el aire entre ellos.

La boca de Leah se abrió mientras se apartaba un mechón húmedo de la frente con el dorso de la mano.

—¿Fe? ¿Tienes que estar bromeando? —retrocedió, llevándose la mano a la boca, tratando de contener la histeria que volvía a surgir en ella—. ¿En serio, fe? ¿Ese es el plan para recuperar a Adam? —dejó escapar una risa ahogada.

—No te burles de mí —dijo Kai, visiblemente ofendido.

—¿Burlarme de ti? ¿Cómo diablos tengo tiempo ahora para burlarme de ti? ¡Mi hijo se ha ido, Kai! Se ha ido. ¿Entiendes eso? ¿Alguien lo entiende? ¿Acaso puedes saber cómo me siento ahora mismo?

Sin previo aviso, giró sobre sus talones para alejarse, solo para volverse una vez más.

—Esa palabrería sin sentido no traerá a Adam de vuelta. ¿Me oyes? —agarró a Kai bruscamente por la camisa, retorciéndola con fuerza en su palma mientras tiraba salvajemente.

Sin inmutarse, él agarró las muñecas de Leah y se las liberó de su camisa.

—No eres la única persona que ha perdido un hijo —Leah se soltó bruscamente. Mirándolo con furia, se frotó las muñecas.

—¿Qué se supone que significa eso? —dijo Leah, haciendo una mueca ante el veneno que acompañaba sus palabras.

Kai se apartó de ella, volviendo a organizar su equipo. Todo estaba listo. La lluvia afuera arreciaba, como si el universo se abriera y soltara todas las lágrimas por cada niño perdido.

—¿Qué quieres decir, Kai? Dímelo ahora.

Levantó la vista de su mochila y fijó la mirada en las tablas de madera de la pared, evitando deliberadamente el contacto visual con

Leah.

—Significa que no pude salvar al hijo de Lonnie de las garras de la muerte, pero de ninguna maldita manera dejaré que eso vuelva a suceder. Vamos a traer a Adam a casa.

Se puso de pie, tomando las dos mochilas grandes y se giró hacia Leah. Ella lo miró conmocionada y confundida mientras él le entregaba una de las bolsas.

—En esto, tengo fe —y salió por la puerta hacia la lluvia torrencial, esperando que ella lo siguiera.

CAPÍTULO 66

KAI

CAMINABAN EN SILENCIO, SUS pasos produciendo suaves chapoteos mientras la lluvia seguía cayendo en una llovizna constante, aferrándose a su ropa y piel como un sudario húmedo.

No dijeron ni una palabra. Permitieron que el golpeteo constante de la lluvia a su alrededor fuera el único sonido que penetrara sus ya entumecidos cerebros. Además, Kai sabía lo que Leah estaba pensando. ¿Qué sentido tenía repetirlo todo? Decirlo una y otra vez no cambiaba los hechos.

Así que continuaron, Kai adelante y Leah un poco rezagada. Lo suficiente para que él supiera que ella estaba allí. Pero a la vez lo suficientemente lejos para saber que él aún no estaba listo para hablar.

Se dirigían hacia el claro donde estaban los vehículos estacionados. El plan era manejar hasta la cabaña de Leah para usarla como base de operaciones, y desde allí, evaluarían la

situación en el complejo De Cree y trazarían un plan para rescatar a Adam.

No era un objetivo completamente desarrollado, pero era todo lo que tenían por el momento, y cualquier cosa era mejor que quedarse parados sin ningún plan.

La chaqueta de cuero de Kai estaba empapada, su cabello oscuro pegado al cráneo. Se veía y se sentía miserable. Actuando por impulso, miró hacia atrás, a Leah. Ella no se veía mejor.

Eran dos ratas ahogadas.

Ella le sostuvo la mirada, con el rostro impasible. Eso incomodó a Kai, quien se dio la vuelta, centrando su atención en sus pasos para no tropezar con ninguna raíz húmeda expuesta por la lluvia.

Podía oírla detrás de él, con sus pasos acelerándose, y se sorprendió cuando ella lo agarró del brazo y lo detuvo en seco.

Kai se giró bruscamente, con la cara empapada. Sus facciones, severas y decididas.

—¿A qué te referías allá atrás? —Leah se plantó frente a él, bloqueándole el paso e impidiéndole avanzar.

—Tenemos que irnos, no hay tiempo para hablar. —Apartándola con el hombro, Kai siguió adelante. Ella corrió hacia adelante, alcanzándolo, intentando mantener el ritmo de sus largas zancadas.

—Tenemos mucho por delante, Kai, y quiero saber a qué te referías cuando dijiste que no pudiste salvar al hijo de Lonnie. ¿Tuvo un hijo? ¿Por qué no habla de él?

Kai se quedó quieto sin voltearse, con el rostro contraído por la emoción.

Sí, ¿Lonnie? ¿Por qué no hablas de él?

—Lonnie *tuvo* un hijo.

—Pero… —balbuceó Leah, sorprendida. Su mano se alzó con algo que Kai no había notado. Lo ahuecó, confundida, y luego bajó la mano, sin dejar ver qué era.

Por supuesto, Leah no lo sabía. ¿Cómo podría saberlo? Era una noticia que no esperaba. Él se volteó hacia ella, con los ojos fijos y claros. La animosidad que sentía por ella se disipaba con la lluvia que caía, apagándola con cada gota que tocaba su carne enardecida.

—Al hijo de Lonnie lo mataron, Leah. Fue el único que pudo llevar a término, y murió días después de su cuarto cumpleaños. —Se dio la vuelta, y el pequeño rostro oscuro de Chrissy apareció en su mente.

Ay, Chrissy, cómo te fallé. Cómo le fallé a Lonnie.

Cómo Lonnie le falló a su hijo.

Kai tragó saliva, y la ira crecía de nuevo. No podía pensar así. No podía culpar a Lonnie por lo que le pasó a Chrissy, pero lo hacía. La culpaba a ella más que a nadie.

Leah se quedó con la boca abierta, incapaz de digerir esta nueva información.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —dijo a trompicones.

—Fue hace mucho tiempo. —Kai echó a andar de nuevo, con la cabeza gacha.

—Pero Kai, cuéntame. No puedes soltarme esto así de la nada y no decirme.

—No tengo que decirte nada, ¿me oyes? —dijo, mirando hacia los vehículos a los que se acercaban.

—Solo ten por seguro que Lonnie lo entiende. —Kai suspiró, sintiendo que su ira se extinguía. ¿Por qué se estaba enojando con ella? ¿Cómo iba a saber ella lo que había pasado hacía seis años?

Se detuvo bruscamente y se dio la vuelta, provocando que ella casi chocara contra él, pues caminaba con la cabeza baja.

Puso sus grandes manos sobre los hombros de Leah y apretó. Ella levantó la vista, sus lágrimas mezcladas con la lluvia. Kai se tragó el nudo que se le formaba en la garganta y deseó que esa opresión desapareciera.

—Vamos, los vehículos están más adelante. Salgamos de esta lluvia y pongámonos en marcha y te lo contaré todo.

Leah asintió, temblando, con las manos hechas puños a los costados.

Llegaron a los vehículos estacionados en hileras en el claro, rodeados de árboles. El mismo lugar donde Leah había encontrado a Yasmeen después de que regresara a Hayden.

Aliviado, Kai se dirigió a uno de los autos más cercanos y abrió la puerta. Le quitó la mochila y la hizo entrar en el asiento delantero,

lejos de la lluvia.

Se acurrucó en el asiento del copiloto, temblando. Kai rodeó el auto, dejó su equipo en el suelo antes de subir y encender el motor. La calefacción lanzó aire caliente dentro del auto en cuanto la encendió, calentando rápidamente el interior. Sin decir palabra, volvió a salir, cerrando la puerta de un portazo mientras iba a guardar su equipo mojado en el maletero.

Cuando terminó, abrió la puerta y se acomodó de nuevo en el auto ahora cálido, entregándole a Leah una toalla seca y un suéter de una bolsa de plástico que sostenía.

—Gracias —dijo ella, llevándose la toalla a la cara.

Kai asintió, sacando otra toalla y una sudadera de la bolsa. Se quitó la empapada chaqueta de cuero y la arrojó al asiento trasero. Se despojó de su camisa mojada e hizo exactamente lo mismo, arrojándola al asiento de atrás, para luego ponerse el suéter cálido y seco por la cabeza.

Leah se quedó sentada mirándolo mientras él se desnudaba de la cintura para arriba frente a ella, con su propio suéter todavía en la mano.

—Es lo mejor que puedo hacer —dijo Kai, girándose hacia el parabrisas empañado. Con el costado de la mano, limpió la condensación y bajó la ventanilla para tener una mejor visión de su entorno, poder salir del estacionamiento y ponerse en camino.

Leah se quitó rápidamente el abrigo y el suéter mojados mientras Kai estaba de espaldas. Él esperó hasta que los movimientos de ella cesaron y luego metió la cabeza de nuevo, manteniendo la vista en la carretera.

Salieron de Hayden y, durante un rato, ninguno dijo una palabra, perdidos en sus propios pensamientos y en el calor de la calefacción.

—Hace muchos años, cuando yo era un niño —comenzó, como si no hubiera pasado casi una hora desde que empezaron a manejar.

Leah no se movió ni dijo nada. Se quedó sentada observando cómo las limpiaparabrisas se movían de un lado a otro. El rítmico sonido de la goma contra el cristal era tranquilizador y constante.

—Lonnie se casó con su primer esposo. Eran jóvenes, Lonnie tenía diecisiete años y su esposo, Oscar, diecinueve. Mi padre estaba

decepcionado porque Lonnie era inteligente y planeaba ir a la universidad. Hacer algo de provecho. Ella le aseguró que aun así iría, pero mi padre no quedó convencido.

Así es como él veía todo esto, como un cuento, un oscuro cuento de hadas.

—Lonnie estaba embarazada, y nuestro padre supuso que estaría abrumada y nunca terminaría en la escuela. Asistió a la escuela de enfermería y prosperó. Su esposo Oscar, bueno, no era ninguna joya. No le gustaba que Lonnie fuera a la universidad. Era celoso y empezó a golpearla. Ella, por supuesto, decía que no era nada, que había sido una sola vez. La historia que las mujeres se cuentan a sí mismas, pero no es más que eso, un cuento de fantasía.

—La cosa empeoró, y la última vez Lonnie terminó en el hospital. Perdió a ese bebé. —Kai se detuvo, recordando haber visto a su hermana en una cama de hospital, con la cara negra y amoratada. Él era solo un niño indefenso entonces, sin poder para hacer nada.

Lonnie había instado a Kai a sentarse a su lado en la cama del hospital. Las lágrimas de él corrían por su rostro, pero no dijo una palabra mientras permanecía a su lado.

—¿Y esto? —dijo ella, secándole la cara con un pañuelo—. No llores por mí, mi pequeño Océano. Estoy bien.

—Pero tu bebé se ha ido. —Su voz se había quebrado.

Kai recordaba estar de pie al borde de su cama, ya más alto que la mayoría de los chicos de su edad, con extremidades largas y delgadas y rodillas nudosas. Era un niño, atrapado en un cuerpo en crecimiento.

La barbilla de Lonnie tembló mientras inclinaba la cabeza, obligándose a mantenerse fuerte. Se quedó quieta un momento, intentando contener las lágrimas que amenazaban con caer.

—Sí, es verdad, pero habrá otras oportunidades. Simplemente no era el momento para que esta alma viniera.

Kai se tomó un momento, permitiendo que el silencio llenara el espacio entre él y Leah. Ella permanecía callada, con los ojos fijos en la carretera mientras se acercaban cada vez más a su destino y a Adam.

—Sorprendentemente, Lonnie se lo creyó. Incluso después de perder otros dos bebés con Oscar. Pronto se divorció de él, y después de la escuela de enfermería decidió que quería ser partera. Mientras estudiaba, conoció a su segundo marido, que no era muy diferente de Oscar. Tuvo varios abortos espontáneos más y se divorció de él. Por un tiempo, Lonnie estuvo tan ocupada con el crecimiento de su consultorio de partería que no tuvo tiempo para nada más, pero el destino tenía otros planes. —Agarró el volante, reviviendo los días del pasado.

—Entre su práctica de partera y los turnos en el hospital, Lonnie apenas tenía un momento libre. A pesar de su ajetreada vida, se cruzó con Eamon, un médico interno de Irlanda. Se enamoraron y Lonnie se casó una vez más. Era feliz. Eamon era un buen tipo. Cuando quedó embarazada de Christopher, fue una época feliz. Finalmente tuvo al bebé que siempre había querido, un matrimonio sólido y una carrera próspera. Christopher era el orgullo y la alegría de toda la familia. Todos lo consentíamos. Era perfecto.

El labio de Kai tembló, pensando en aquella noche. Le dolía pensar lo feliz que había sido Lonnie, y todo gracias a Eamon, un esposo y padre devoto.

Inclinó la cabeza y suspiró.

Había estado celoso de Eamon, se había sentido reemplazado por él.

—La noche en que ocurrió, llamaron a Lonnie inesperadamente para un parto. Yo estaba en casa por la fiesta de cumpleaños de Chrissy. Eamon había tomado algunas copas durante el día y estaba un poco mareado. Lonnie estaba preocupada por si podría encargarse de Chrissy solo. Le dije que no se preocupara y que yo me quedaría a ayudar a Eamon. Eamon se rio de la idea de que Lonnie no confiara en él con su hijo. Ella le dijo que no lo decía en ese sentido, que solo quería asegurarse de que Chrissy estuviera bien y que cuatro ojos ven más que dos. Él atrajo a Chrissy hacia sí y nos dijo a ambos que nos fuéramos, que estarían bien. Pondrían una película y la verían hasta que fuera hora de dormir. Christopher se aferró a su padre como si fuera un barco que se hunde. El niño lo adoraba. Eran inseparables, de verdad. Uña y carne.

—Kai es un joven, no necesita quedarse a cuidar a su cuñado y a su sobrino —había bromeado Eamon, reclinándose en el sofá, con Chrissy acurrucado bajo su brazo, ya con su mantita arropándolo.

—¡Noche de película de papá e hijo! —chilló él.

La voz de Kai se quebró. —Esas fueron las últimas palabras que volví a oírle decir.

—Lonnie asintió, sonrió, le dio un beso en la mejilla a Chrissy y luego hizo lo mismo con Eamon. Murmuró un «lo siento» por irse en el cumpleaños de Chrissy antes de decirme que podía irme. Así que lo hice. Tenía planes, y me sentí aliviado porque no quería pasar la noche solo con Eamon viendo una película para niños.

Kai contuvo la respiración, tratando de reunir el valor para decir en voz alta la horrible verdad de lo que sucedió después.

Se había ido al mismo tiempo que Lonnie, acompañándola hasta su auto y esperando a que entrara.

—Probablemente debería quedarme. Ni siquiera estoy de guardia —dijo Lonnie, mirando hacia la casa, cuyas luces ahora estaban atenuadas.

La mirada de Kai siguió a la de Lonnie, hacia una imagen parpadeante del televisor que se veía a través de la ventana.

—Es el cumpleaños de Chrissy. Debería haber dicho que no —dijo ella con la culpa de una madre trabajadora espesa en su voz.

—Parece que ya se están acomodando para pasar la noche. Estarán profundamente dormidos en menos de una hora. —Kai sonrió, dándole una palmada en la mano a su hermana—. Ve a ayudar a traer una vida al mundo. —Se ajustó el abrigo al cuello, sintiendo el frío del invierno calarle los huesos.

—Ten cuidado esta noche. Se supone que habrá tormenta —dijo Kai, girándose para ir a su auto.

—Tú también —gritó ella, encendiendo el motor y marchándose. Kai la siguió justo detrás.

Leah lo estaba mirando ahora. Mirándolo fijamente con una expresión impávida.

—¿Hubo tormenta esa noche? —preguntó, su voz apenas un susurro.

—Sí, casi inmediatamente después de que entré en mi auto, comenzó. —El pecho de Kai se oprimió y su corazón se aceleró—. Caía en mantos de nieve blanca y húmeda, borrando todo lo que tenía delante. Casi me detengo y doy la vuelta. Así de fuerte estaba. —Kai apretó los labios, tragándose el dolor y las palabras que estaban a punto de salir.

—Si tan solo me hubiera dado la vuelta y regresado con ellos. Lo habría visto. Lo habría visto, pero no lo hice. Seguí manejando. Nunca se me habría ocurrido que saliera de la casa. Nunca. Nunca pensé que Eamon se subiría a su auto y...

Leah agarró a Kai por los hombros para sostenerse. —¿Christopher murió por culpa de que su padre manejaba ebrio?

Kai negó con la cabeza, sus ojos llenándose de lágrimas. El horror de todo aquello destelló ante él, trayendo consigo todo el dolor, el arrepentimiento y la ira.

—No. No. Eamon nunca salió de la entrada de la casa.

—¿Kai?

Se volteó para mirarla, sus facciones contraídas en un ceño que parecía consumir cada centímetro de su rostro y de su ser interior. Volvió a negar con la cabeza, deseando, como siempre, haberse dado la vuelta y quedado con Chrissy y Eamon. Si tan solo se hubiera quedado, si tan solo Lonnie hubiera insistido en que Kai se quedara con ellos, tanto su esposo como su hijo estarían aquí hoy.

Si, si, si, si.

Pero no lo hicieron, y por eso se desató el infierno.

Inhaló por la nariz, soltando el nudo que tenía en la garganta, listo para liberar la verdad.

—Cuando nos fuimos, Chrissy se quejó de que quería que volviéramos. Eamon dijo que volveríamos más tarde y que viniera a ver la película. Hizo lo que su papá dijo, y se acurrucaron de nuevo en el sofá y se quedaron dormidos. Cuando Eamon se despertó, Chrissy no estaba. Pensó que se había ido a la cama o al baño o a su habitación, pero cuando se levantó para comprobar, sintió el frío que entraba por la puerta principal abierta. Salió corriendo, todavía en pantuflas, pero se detuvo para tomar la chaqueta de Chrissy que colgaba de un gancho en la pared junto a la puerta. Sus botas no

estaban. Eamon llamó a Chrissy en medio de la tormenta, pero no se le veía por ningún lado. La ventisca arreciaba con vientos cegadores que parecían poder congelarte hasta los huesos. Corrió por el camino, no vio nada y supo que tenía que hacer algo. Y lo hizo. Volvió a su auto, se subió y pisó el acelerador para salir de la entrada. Fue entonces cuando sintió el golpe sordo cuando su auto pasó por encima de algo.

Kai dejó escapar un grito ahogado mientras inclinaba la cabeza, incapaz de concentrarse en la carretera.

—¡Kai, para! ¡Para! —dijo Leah, agarrando el volante y girándolo hacia el arcén. Chirrió cuando Kai pisó los frenos de golpe, dejando un olor a goma quemada. Leah apagó el motor. Se inclinó y estrechó la cabeza de Kai contra su pecho mientras él lloraba. Sollozos profundos que había mantenido atrapados dentro de él durante seis años, ahora escapaban. Lo abrazó con fuerza, meciéndolo hasta que los sollozos se suavizaron y el agarre de Kai en sus brazos se aflojó. Se incorporó, con la respiración entrecortada y temblorosa, secándose los ojos con el dorso de la manga, incapaz de mirar a Leah a los ojos. Se dio la vuelta y encendió el auto, necesitando sentir la vibración del vehículo bajo él. Desesperado más que nunca por avanzar hacia Adam y alejarse de los recuerdos del pasado.

Las líneas de la autopista pasaban zumbando a su lado mientras Kai pisaba el acelerador, manejando cada vez más rápido hacia la cabaña de Leah.

—Chrissy vivió unos días. Pero ya tenía muerte cerebral.

—Ni siquiera detuvieron la película. Seguía en pausa, esperando que Eamon y Chrissy terminaran de verla. Eamon no le daba al play, no sacaba la cinta. Simplemente se quedó así, en pausa, en medio de la película, todos los días hasta que Chrissy murió.

Un sollozo escapó de los labios de Leah. Reprimió sus emociones mientras se pellizcaba la nariz goteante, esforzándose por no volver a romper en llanto.

—No lo sabía, Kai. No sabía que Lonnie tenía un hijo. Fui tan insensible hoy, yo debería haber...

—No hablamos de eso.

Apenas podía pronunciar las palabras, su mente consumida por las imágenes del pequeño cuerpo de Chrissy yaciendo en la estéril habitación del hospital, conectado a numerosos monitores que pitaban y sonaban constantemente. La agonizante decisión de desconectar el soporte vital para que Chrissy pudiera ser libre. Y el rostro de Lonnie, tan tranquilo, sosteniendo a su hijo en brazos mientras se mecía de un lado a otro, cantándole hasta que murió.

Solo una vez vio Kai llorar a Lonnie. Cuando los médicos vinieron a llevarse el cuerpo de Christopher, ella no podía soltarlo. Lo había estado meciendo durante horas después de que ya había fallecido. Kai y Eamon la sostuvieron mientras los médicos se llevaban el cuerpo inerte de Chrissy. Lonnie se había aferrado a él gimiendo, con el corazón partido en dos. Se aferró a Kai durante horas, enterrando su rostro en su pecho, gimoteando el nombre de Christopher una y otra vez, inconsolable. El sonido de sus llantos todavía lo atormentaba.

Eamon, el maldito y destrozado Eamon. No pudo soportarlo. Estaba tan carcomido por el dolor y la culpa. Sostuvo a Lonnie mientras ella lloraba por su hijo, y se quebró. No pudo más. Fue demasiado para él. No podía soportar oír el corazón de su esposa romperse por la muerte de su hijo. Una muerte que él había causado.

Kai negó con la cabeza. Nunca olvidaría los gritos de angustia de Lonnie ni la expresión en el rostro de Eamon. Nunca se perdonaría a sí mismo por no haberse quedado con Eamon y Chrissy. Si tan solo se hubiera quedado, si tan solo Lonnie hubiera insistido en que Kai se quedara con ellos, tanto su esposo como su hijo estarían aquí hoy.

—¿Eamon? —preguntó Leah.

—Se suicidó poco después de la muerte de Chrissy. No podía vivir consigo mismo —dijo Kai, sin querer pensar en los días que siguieron—. Con la mirada perdida, Eamon veía la película, rebobinándola constantemente hasta el principio y reproduciéndola durante horas y días. Siempre deteniéndose en el mismo punto en que la había pausado esa noche. Una y otra y otra vez.

Leah levantó la mano, todavía sosteniendo el objeto que tenía bajo la lluvia.

Abrió la mano, revelando el camión de juguete naranja.

—Esto era suyo. Le diste a Adam el camión de tu sobrino.

Kai asintió, mirando el juguete que Leah sostenía en su mano temblorosa.

—Sí, era de Chrissy.

—Chrissy… —Parecía confundida, como si recordara algo.

—El niño cantando y el cuervo en la autopista… —Hizo una pausa. Kai pudo sentir cómo se le erizaba la piel al recordar sus palabras, tropezando al salir del bosque.

—La película *An American Tail*. La canción… —dijo Leah, su voz sonaba como si estuviera cantando—. Eso es lo que oí, la canción. El niño en la autopista estaba cantando la canción de la película *An American Tail*. Es una de las películas favoritas de Adam.

La carretera se onduló ante los ojos de Kai, la sensación de hormigueo superponiéndose a la piel de gallina. Apretó los labios y pisó el acelerador un poco más fuerte, queriendo llegar a la cabaña de Leah lo más rápido posible.

—Era la película que vieron esa noche. Un regalo mío de cumpleaños. Acababa de salir, y él me la había pedido.

—¿Kai? —Leah le agarró el brazo, todavía aferrada fuertemente al volante—. Chrissy, ¿tenía el cabello largo y castaño claro?

Él asintió, más decidido que nunca.

—Tenemos que apurarnos.

—De verdad vas a recuperar a mi hijo por mí, ¿no es así?

—Diablos que sí.

CAPÍTULO 67

KAI

—AHÍ ESTÁ —DIJO LEAH, señalando al frente.

Mientras se acercaba a la cabaña, el corazón de Leah revoloteó al posar su mirada en el hogar que había atesorado desde la infancia. A pesar de haber estado abandonada por meses, permanecía inalterada, tal como la recordaba de cuando ella y Adam se aventuraron solos en el bosque.

Kai maniobró el vehículo hasta la entrada, que estaba salpicada de flores silvestres moribundas y varias plantas que conducían a la cabaña enclavada en el bosque.

Apagó el motor y el sonido se desvaneció. Se quedaron sentados, inmóviles, sin saber qué hacer a continuación.

—Lindo lugar —dijo Kai, alcanzando la manija de la puerta. Ella siguió su ejemplo mientras recogían su equipo en un estado de aturdimiento, sus movimientos robóticos mientras subían con paso pesado los escalones hacia la cabaña.

El aire dentro era frío y estancado. El olor a humedad de haber estado cerrada y abandonada por meses.

—Puedes poner tus cosas aquí —dijo ella, señalando hacia la habitación de invitados, la que siempre se mantenía lista para las visitas, aunque rara vez se usaba—. Las sábanas están limpias, pero puede que huelan un poco a humedad. Podría tomar unas limpias del armario. Aunque probablemente huelan igual después de todo este tiempo.

—No me preocupa eso, Leah —dijo él—. ¿Dónde está tu habitación? Llevaré tus cosas.

Ella señaló hacia la habitación de enfrente y abrió la puerta. Kai llevó su bolso adentro y lo dejó en el suelo antes de dirigirse a la habitación de invitados.

Después de unos minutos, salieron, vestidos con ropa abrigada y seca. La lluvia finalmente había cesado, dejando tras de sí una quietud calma en el cielo diurno.

—Dejé algunas cosas en el vehículo, como la tienda de campaña y los utensilios de cocina para acampar, por si acaso necesitamos pasar la noche en el bosque —dijo Kai, tratando de no mirar fijamente a Leah mientras ella luchaba por ponerse una sudadera. Estaba vestida con unos pantalones deportivos de tiro bajo y el borde de su camiseta revelaba un atisbo de su abdomen.

Leah asintió con aprobación mientras se recogía el pelo en una cola de caballo. Sin decir otra palabra, recogió la comida que Lonnie les había preparado y salieron de la cabaña, regresando al vehículo.

Todavía tenían un largo camino por manejar y ninguno de los dos iba a esperar más.

Solo había un lugar donde Ben podía estar, y ese era el complejo De Cree. Estaban un paso más cerca de Adam.

Estacionaron el auto en una arboleda apartada a varias millas de las instalaciones de De Cree. Caminaron a través del bosque, con cuidado de no romper ninguna rama ni hacer susurrar las hojas

mientras se dirigían hacia el edificio. Cuando finalmente llegaron al borde del complejo, se agacharon detrás de un espeso matorral, observando con ojos cautelosos el imponente y fuertemente custodiado edificio.

A Leah se le cayeron los hombros, derrotada.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo ella.

Kai presionó su dedo índice contra sus labios, indicándole que guardara silencio, y examinó su entorno con ojo experto, buscando cualquier amenaza potencial.

Había soldados por todas partes. Notó a un hombre alto y moreno de pie en la esquina. Se alzaba por encima del resto de los hombres, su cabeza calva brillando bajo la luz del sol. Kai lo reconoció como el esposo de la mejor amiga de Leah. La pelirroja bajita, cuya voz era demasiado aguda para sus oídos.

—Veo al hombre de tu amiga —dijo él con un tono reservado, tratando de evitar que se le escapara cualquier emoción. Podía sentir la presencia de Leah a su lado. Ella no deseaba nada más que lanzarse al complejo sin pensarlo dos veces.

Apoyó la mano en su pecho, haciendo que ella lo mirara con sorpresa. Un dejo de vergüenza apareció en su rostro al darse cuenta de que él podía leerle los pensamientos como un libro abierto.

—Está ahí adentro, Kai, puedo sentirlo.

—Esta no es la forma —sintió el cuerpo de ella temblar bajo su palma. Su corazón aceleró involuntariamente su ritmo mientras observaba la cabeza de ella inclinarse, haciendo que sedosos mechones rubios cayeran sobre su rostro como una cortina.

Cada fibra de su ser anhelaba extender la mano y colocarle el cabello detrás de la oreja, pero no lo hizo. No se atrevió.

«Basta», se dijo en su cabeza. «Deja de mirarla de esa manera. Por el amor de Dios, estamos aquí por su hijo». Intentó sacudirse el calor que subía por su cuerpo, haciendo que sus mejillas se sonrojaran. Ella continuó moviéndose inquieta, perdida en su ansiedad y en la necesidad de entrar en acción ya.

—Tenemos que explorar los alrededores. Ver dónde hay una abertura antes de que podamos avanzar y averiguar dónde tienen a

Adam.

Observó cómo Leah sacaba el camioncito naranja del bolsillo de su chaqueta y lo giraba nerviosamente en sus manos.

Como él solía hacer.

Le resultó sorprendente no sentir el impulso de buscar en su propio bolsillo y sentir el vacío en su interior.

Se levantó una ráfaga de viento repentina, que parecía surgir de la tierra. Ambos se giraron hacia ella mientras el cabello se les azotaba alrededor de la cara.

Leah apretó el juguete contra su pecho, como si pudiera anclarla contra los fuertes vientos.

Hizo que Kai se sintiera asustado y protector, todo en uno. No quería que Leah necesitara ese camioncito como él lo había necesitado por tanto tiempo. Haría cualquier cosa para asegurarse de que eso nunca sucediera.

—Definitivamente vamos a necesitar un plan.

Con un gesto rápido, le indicó que lo siguiera. Agachados, se movieron, bordeando el perímetro del complejo. La hierba estaba húmeda bajo sus pies mientras avanzaban por la maleza, escaneando el oscuro edificio en busca de cualquier señal de entrada.

Cuando el sonido de las voces de los niños llegó a sus oídos, sus rostros se iluminaron de esperanza. Se dirigieron a la parte trasera del edificio, donde pudieron ver un patio de juegos desolado, rodeado por una imponente cerca de hierro que parecía estar electrificada.

Agachados en los arbustos, mantuvieron una distancia segura de la alta barrera metálica, conscientes de que si Adam estaba dentro del edificio, era solo cuestión de tiempo antes de que saliera a unirse al resto de los niños.

Observaron cómo los niños jugaban, apenas haciendo ruido, esperando vislumbrar a Adam entre ellos. Pero después de lo que parecieron horas, todavía no había señales de él.

El corazón de Kai se hundió por la decepción y el miedo. ¿Estaba Adam siquiera aquí? ¿O estaban perdiendo el tiempo en una búsqueda inútil?

Sintiendo un tirón en su manga, Kai se giró hacia Leah. Sin dudarlo, la envolvió en un abrazo reconfortante.

—Lo encontraremos —susurró él, su voz apenas audible.

Leah asintió, respirando hondo, preparándose para lo que viniera después.

—¡Amanda! —susurró ella, tocando el brazo de Kai.

Saliendo del edificio, Amanda se dirigió hacia donde las mujeres y los niños se reunían en el patio.

Leah intentó levantarse del suelo, pero la mano firme de Kai en su hombro la mantuvo en su lugar. Intentó hablar, but su otra mano cubrió rápidamente la boca de ella y la atrajo hacia él.

Podía sentir los rápidos jadeos de ella subir y bajar contra su mano. Ella intentó apartarla, pero él la mantuvo firmemente en su lugar, inclinándose más hacia ella. Su cálido aliento le hizo cosquillas en la oreja mientras susurraba.

—Mira —señaló hacia una mujer alta y esbelta que salía de la entrada del edificio. Como si fuera una señal, los niños dejaron lo que estaban haciendo y se giraron para mirar a la figura que se acercaba con silenciosa obediencia. Con pasos gráciles, la mujer se dirigió hacia Amanda. El aire circundante pareció aquietarse a medida que la mujer se acercaba, su presencia exigía atención y respeto.

Los dedos de Leah se aflojaron de la mano de Kai mientras su cuerpo se relajaba y él la soltó. Observaron en silencio cómo Amanda se dirigía hacia la otra mujer, con una mano apoyada protectoramente sobre su vientre.

La mujer delgada le hizo un comentario a Amanda.

—¿Acaba de decir Adam? —dijo Leah en un susurro, conteniéndose para no levantarse.

Kai asintió, aguzando el oído para captar cada palabra que salía de la boca de la extraña mujer. Y entonces sucedió: estuvo seguro de haberla oído pronunciar el nombre de Adam.

Dejaron de moverse, inclinándose para escuchar en silencio lo que las two mujeres decían.

—Tabitha, esto está mal. ¿Dónde está Leah? —exclamó Amanda, su rostro crispado por la angustia y la preocupación. Sus ojos

recorrieron el patio y la alta cerca de hierro, buscando cualquier señal de algo o alguien, antes de volverse para mirar a la otra mujer.

La expresión de Tabitha era de claro desdén por Amanda mientras fruncía los labios y la miraba fijamente a los ojos.

—¿Está cuestionando a nuestro líder? —preguntó la mujer.

Amanda se silenció al instante. La expresión de su rostro de repente se tornó asustada.

—El niño está seguro dentro del complejo, lejos de su madre y de las duras condiciones de vida en el bosque.

Amanda abrió la boca para protestar, pero la cerró rápidamente.

—Voy a ayudar al niño a prepararse para unirse a los otros niños a jugar. Me gustaría que se encargara de ayudarlo a adaptarse al estilo de vida De Cree e integrarse con los otros niños. Obviamente, usted lo conoce, y él está familiarizado con usted. Tiene la capacidad de calmar su angustia por perder a su madre y adaptarse a vivir aquí como uno de los niños de los De Cree.

Amanda, visiblemente atónita, trató de recomponerse.

—¿Quiere que cuide de Adam? —su voz tembló ligeramente mientras preguntaba, su tono delatando sus nervios.

La mujer severa la miró con una expresión de frustración e impaciencia por la falta de comprensión de Amanda.

—Eso es lo que dije, ¿no?

—Pero no entiendo —dijo Amanda, visiblemente alterada por las palabras que la otra mujer pronunciaba.

—Por el amor de Dios, Amanda, ¿qué hay que entender? Usted lo conoce a él y a su madre. Él confía en usted.

Amanda no respondió.

—¿Le quedó lo suficientemente claro o necesito repetirme y decirlo más despacio?

—No —tartamudeó Amanda—. Con gusto cuidaré de Adam. ¿Pero Leah? —hizo una pausa.

—Adam Hollen es ahora un miembro de los De Cree. Su madre no.

—¿Tabitha? Espere, ¿cómo?

—Ha estado muy alterado desde que llegó y no para de llorar —continuó Tabitha, ignorando las preguntas de Amanda—. Voy a darle

un poco más de tiempo de castigo para que se calme antes de permitirle venir a verla.

—¿Tiempo de castigo? —Amanda extendió la mano hacia el brazo de Tabitha mientras esta se daba la vuelta para irse.

Ella se zafó del brazo con una fuerza sorprendente y, con voz fría, dijo: —Los niños de los De Cree tienen que comportarse de cierta manera. Es el protocolo y a Adam, digamos, ¿se le ha permitido correr salvajemente? Pasará algún tiempo solo en aislamiento hasta que pueda calmarse y comportarse. Entonces y solo entonces podrá salir a jugar con los otros niños, siempre y cuando siga las reglas. Y eso depende de usted, Amanda. Usted se asegurará de que lo haga.

—No puede dejarlo solo. Solo tiene tres años —la voz de Amanda subía de tono, volviéndose frenética.

—Un niño debe aprender pronto quién es el jefe y quién no. ¿Necesito encontrar a alguien más para ayudar a Adam? Hay muchas mujeres aquí que con gusto asumirían este importante papel.

—No, yo lo haré. Responderá mejor conmigo. ¿Puedo verlo? —preguntó Amanda, cubriéndose la boca con las manos.

Tabitha se giró una vez más para irse, pero se detuvo sin mirar atrás.

—Le informaré a Adam que si se queda quieto y se porta bien, puede salir a verla.

Los ojos de Amanda se iluminaron, aliviada.

—Gracias, Tabitha. Creo que sería una gran idea. Tiene razón, él responderá mejor sabiendo que hay alguien más familiar para él aquí además de Ben.

—Ben va a estar muy ocupado con Malcolm. No tendrá tiempo para cuidar de un niño. Usted será la cuidadora de Adam —los ojos de Tabitha se deslizaron hacia el vientre de Amanda, que se tensaba contra su camisa—. De todos modos, necesitará la práctica.

Dándose la vuelta, se marchó sin decir otra palabra, dejando a Amanda sola en el complejo. Se quedó allí mientras los niños jugaban, extrañamente silenciosos, en el desolado patio de juegos.

Amanda se giró y caminó hacia la cerca, aferrando sus dedos a los eslabones de metal, y miró con anhelo hacia el bosque.

Kai y Leah se agazaparon, ocultándose aún más en el follaje para evitar ser vistos.

—Ella es nuestra forma de entrar —susurró Kai, manteniendo su vista fija en la amiga de Leah.

—¿Amanda?

—Mira cómo le respondió a la mujer, Tabitha. No se agradan.

Amanda se cubrió los ojos con las manos, sus hombros subiendo y bajando con sollozos silenciosos.

—Tengo que ir con ella —Leah comenzó a ponerse de pie, pero Kai la jaló hacia abajo, fulminándola con la mirada.

—¿Y luego qué? ¿Nos expones? Necesitas detenerte a pensar, Leah —siseó, tratando de mantener la voz lo suficientemente baja para que Amanda no lo oyera.

—Tenemos que abordar esto de manera inteligente y no solo lanzarnos a lo loco.

Las lágrimas se acumularon en los ojos de Leah, y rápidamente se las secó con el dorso de la mano. Asintió comprendiendo, pero todo lo que Kai vio fue lo indefensa que se veía. Con las manos atadas para no hacer nada.

La puerta del complejo se abrió de golpe, estrellándose contra la pared mientras Adam salía corriendo, llamando a Amanda.

Con una mirada de incredulidad, ella se giró al oír la voz de Adam.

—¡Adam! —gritó en respuesta, agachándose para recoger al niño mientras corría hacia sus brazos abiertos.

Leah jadeó y Kai sintió una oleada de emociones que no esperaba sentir mientras observaba al niño ser alzado en los brazos abiertos de Amanda.

Sin pensar, rodeó los hombros de Leah con su brazo y la estrechó en su abrazo, su garganta se apretó con una ola de alivio que nunca antes había experimentado.

El cuerpo de Leah temblaba contra el suyo, sollozos silenciosos tratando de escapar entre las grietas de sus dedos que cubrían su boca.

En el umbral de la puerta, Tabitha observaba cómo Amanda apretaba sus brazos alrededor de Adam. Su mano acariciaba

suavemente su cabello mientras la otra lo sostenía apretado contra ella, susurrándole palabras de consuelo al oído.

—Recuerde lo que le dije, Amanda. No falle o el niño será puesto con otra persona —la voz de Tabitha perforó el aire, aguda y estridente, antes de darse la vuelta y cerrar la pesada puerta industrial con un golpe resonante.

Amanda no se dio la vuelta, sino que continuó sosteniendo a Adam cerca de ella. Envolvió las pequeñas piernas de él firmemente alrededor de su cintura mientras él enterraba la cabeza en su hombro, con lágrimas corriendo por sus mejillas.

—¿Dónde está mamá? Quiero a mamá.

Su voz resonó, sus palabras hiriendo tanto a Leah como a Kai mientras se aferraban el uno al otro, en silencio. La cerca se alzaba imponente, un muro que mantenía a Adam alejado de ellos. No había ninguna abertura y sería imposible escalarla con un niño de tres años a cuestas.

—Shh, Adam, está bien. Está bien, cariño —lo calmó Amanda, acariciándole el cabello mientras él hipaba. Sus llantos se volvían roncos.

—Papá me quitó de mamá. Me hizo dormir y me metió en su auto. Mis ojos seguían durmiendo, incluso cuando intentaba mantenerlos despiertos, y no podía ver a mamá, solo a los cuervos siguiéndome.

—Adam, no te preocupes, shh, no te preocupes, amigo —canturreó Amanda, con lágrimas rodando por su rostro mientras hablaba.

—¿Dónde está ella, Amanda, dónde está mamá?

Leah se quebró entonces, las palabras que quería gritar se ahogaron en el fondo de su garganta. Envolvió sus brazos alrededor de Kai como si él fuera lo único que podía evitar que se hundiera directamente en el suelo.

Él se aferró a ella, sintiéndose inútil con sus propias emociones abrumadoras. ¿Cómo podían estar tan cerca y a la vez tan lejos de traer al niño de vuelta con ellos?

Permanecieron ocultos, observando cómo Amanda mecía a Adam en sus brazos hasta que sus hipos cesaron y sus lágrimas se

detuvieron. Le susurró palabras reconfortantes que Leah y Kai no pudieron oír.

—Lo quiere —el rostro de Leah, surcado de lágrimas, miró hacia el de Kai—. Sé que lo quiere. Mientras ella lo cuide, sabemos que estará a salvo.

Kai asintió, todavía sosteniéndola en sus brazos, sin querer soltarla nunca.

—¿Y ahora qué? —dijo ella, volviendo a mirar a Amanda y Adam —. ¿A dónde vamos desde aquí?

Kai no supo qué decir. Se sentía impotente e inseguro de qué diablos hacer. Leah colocó su mano sobre el pecho de él. Él cubrió la mano de ella con la suya, sosteniéndola mientras sentía el pulso de su corazón contra su palma, enviando vibraciones a través de su camisa y hasta el agarre de ella.

Su mano sobre su corazón lo hizo sentir más fuerte, más decidido y no solo. Pero también le dio ganas de llorar, y no sabía por qué. Él no era de los que derramaban lágrimas, nunca, y sin embargo, aquí estaba con Leah, quien lo había visto llorar más que nadie en su vida.

Se quedaron inmóviles mientras observaban en silencio hasta que Amanda, con el hijo de Leah acunado de forma segura en sus brazos, se dio la vuelta y entró de nuevo en las profundidades del complejo De Cree. Las sombras los tragaron por completo mientras desaparecían de la vista.

Capítulo 68

Amanda

AMANDA ABRAZÓ A ADAM contra sí, sintiendo su cuerpecito tibio pegado al suyo. Podía notar cómo su pecho subía y bajaba con cada respiración desigual que tomaba.

Apresuró el paso de regreso a las habitaciones que compartía con John, con la mente a mil por todo lo que acababa de pasar en el patio.

¿Cómo demonios consiguió Ben a Adam y dónde estaba Leah?

Pensó en lo que dijo Adam, en cómo su papá lo había hecho dormir, y sintió rabia. Amanda no podía imaginar por lo que estaba pasando Leah. Leah había hecho muchas cosas en el pasado que ella cuestionó. Como casarse con Ben, pero su amor por su hijo era algo que Amanda nunca dudó.

Llegó a su puerta y se maniobró, usando una mano para abrirla mientras mantenía a Adam bien sujeto. Su culito descansando sobre su vientre abultado.

Forcejeó con la perilla y dio un paso atrás cuando la puerta se abrió de golpe. Los ojos de John se abrieron de par en par, congelado ante ella, tomado por sorpresa.

Suspiró; su cuerpo se relajó, aliviada de verlo.

—¿Amanda?—John la miró, y su mano fue a sostenerle la espalda, guiándola hacia sus habitaciones.

—Necesitas bajar al niño. No deberías cargarlo en tu estado.—

Se llevó un dedo a los labios y soltó un suave —shh—. Con la mirada señaló la cabeza dormida de Adam, apoyada en su hombro.

—¿Qué está pasando?—preguntó con su voz baja y profunda.

—Déjame acostarlo y hablemos. Uy, sí que tenemos que hablar.—

John se estiró para tomar a Adam, pero ella negó con la cabeza. Sabía que si John lo sobresaltaba, Adam se despertaría asustado y alterado. El niño ya estaba traumatizado, y John era un completo desconocido para él.

Un desconocido.

Su esposo era un desconocido para el hijo de su mejor amiga. Se había desligado tanto de su vida anterior que Adam, una parte importante de esa vida, ni siquiera conocía a su esposo.

Había algo muy malo en eso. Algo que le hizo darse cuenta de cuán aislada estaba de todos y de todo lo que había sido su vida antes del De Cree.

Tragó, sintiéndose tan tonta. Todo en lo que creía se estaba desmoronando frente a sus ojos. Cada vez era más claro que lo que Leah y Kai le habían advertido estaba resultando ser verdad.

Cada vez estaba más convencida de que era víctima de un engaño, atraída como una fanática lavada del cerebro a los brazos peligrosos de Malcolm Gobbo y su esposa psicótica.

Uf, ¿cómo pudo estar tan ciega? Pensó en lo fría que fue Tabitha en el patio. En cómo encerró a Adam en aislamiento. Un niño de tres años, encerrado como un criminal. ¿Qué clase de monstruo hace eso? ¿Y cómo tardó tanto en darse cuenta?

John se quedó de pie, el ceño fruncido por la preocupación mientras la miraba. Una mano permaneció asentada en la parte baja de su espalda, dándole un apoyo constante. Sus ojos azules,

penetrantes, buscaron en los de ella cualquier señal de angustia o incomodidad.

Dios mío, lo adoraba.

¿Cómo podía haber cometido uno de los peores errores de su vida y aun así haber resultado en lo mejor que le había pasado?

Entró en su dormitorio, notando que la cama seguía perfectamente hecha tal como la había dejado por la mañana. Desenredó al niño dormido de su apretado abrazo.

Adam se resistió, aferrándose a su cuello.

—No, mami, no —llamó, todavía dormido, temeroso incluso en sueños de soltar a su madre.

—Shh, Adam, está bien. Estás seguro aquí. Estás seguro aquí conmigo y con John.—

Lo bajó sobre la cama y se inclinó para tomar el edredón del otro lado, cubriendo el cuerpo de Adam. Él se amoldó a las sábanas, sus manitas buscando consuelo mientras hundía la cabeza bajo las cobijas, aún profundamente dormido.

—Mami.—

—Shh, duerme, campeón. Está bien.— Amanda le acarició el cabello desde la frente y se inclinó para besarle la mejilla, arropándolo.

Su respiración se volvió áspera y rápida. Ella se sentó al borde de la cama y le frotó la espalda con movimientos circulares hasta que su respiración se calmó en un ritmo parejo de sueño profundo.

Inclinándose, volvió a besarlo en la mejilla y se puso de pie para irse, dejando la puerta abierta por si se despertaba. Apagó la luz y se quedó un momento en el umbral mirando a Adam, durmiendo plácidamente.

El pobre angelito.

Cerró los ojos, pensando en su amiga y en cómo demonios estaría lidiando con no saber dónde estaba Adam ni si estaba bien.

La mano de Amanda fue instintivamente a su estómago. Las madres protegen a sus bebés. Eso es lo que hacen las madres.

Tenía que proteger al bebé de Leah. Tenía que hacerlo a toda costa.

John se acercó por detrás de ella, mirando hacia el dormido Adam.

—¿Ya se calmó?—

Ella lo miró y asintió.

—Necesito saber qué está pasando.— Tomó su mano y la condujo a la sala hacia el sofá, ayudándola a acomodarse entre los cojines que había preparado para ella.

Suspirando, se relajó hacia atrás, sin darse cuenta de cuánto le mataba la espalda por cargar a Adam tanto tiempo.

John acomodó los almohadones alrededor de Amanda hasta que ella posó una mano tranquilizadora sobre su brazo, indicándole que estaba bien.

El bebé se movió, pequeñas extremidades recorriendo su vientre.

Así es, chiquito, así es, pégame. Pégame fuerte. Hazme saber que estás ahí. Su voz se fue apagando mientras su mente intentaba darle sentido a lo que estaba pasando y a cómo demonios iba a llevar a Adam de vuelta con Leah. Porque eso era exactamente lo que pensaba hacer. No había manera de que Amanda pudiera volver a mirarse al espejo ni mirar a su hijo a la cara si no regresaba a Adam con su madre.

Ahora solo tenía que decírselo a John.

El problema era que, a pesar de haber visto lo que pasó con Yasmeen, John seguía siendo inquebrantablemente leal al De Cree. Aún no podía comprender que no todo lo que sabía era cierto.

Pero, claro, ella había sido igual, hasta que dejó de serlo.

Ocurrió tan rápido, como si le arrancaran la cortina de los ojos.

John volvió a la sala con un vaso de agua helada y se lo pasó. Ella le dio las gracias y bebió, dejando que el agua fresca deslizara por su garganta reseca, sin haberse percatado de la sed que tenía.

Se terminó el vaso entero. El bebé respondió, dando vueltas y pataleando, haciendo que su vientre se sacudiera. Un jadeo se le escapó de los labios mientras levantaba la camiseta, dejando al descubierto su vientre redondo y tenso. Sus rostros se iluminaron de alegría.

Ambos miraron asombrados cómo el movimiento de su hijo recorría su vientre.

Riéndose, John no pudo resistir la tentación de inclinarse y pegar la mejilla a su vientre, sintiendo al bebé moverse por debajo contra

su piel.

El corazón de Amanda se elevó y se hizo trizas al mismo tiempo.

—John.—

Acariciando su vientre, John lo besó, sintiendo al niño acomodarse adentro. Le bajó la camiseta sobre el estómago, alisándola, y le tomó las manos entre las suyas.

—¿Quién es el niño?—empezó, notando la renuencia de Amanda a hablar.

—Adam, el hijo de Leah.—

—¿Adam?—

—¿Pero cómo? ¿Cómo demonios terminó aquí?—

Amanda negó con la cabeza y se inclinó hacia adelante, apoyando la frente en las palmas de las manos.

—Ben se lo llevó.—

—¿Se lo llevó?—

—Se lo robó a Leah. Lo drogó y secuestró a su propio hijo de su madre.—

John la miró con una mezcla de incredulidad y confusión, esforzándose por procesar lo que estaba oyendo.

—¿Por qué lo tienes tú?—

Amanda se enderezó, tomó aire hondo, tratando de prepararse para lo que venía.

—Tabitha me lo entregó. Dijo que es mi trabajo cuidarlo y ayudarlo a adaptarse al De Cree.—

—¿Tú? ¿Y Ben?— La expresión en la cara de John era de perplejidad, sin palabras.

—¿Qué carajos? Esto no puede estar bien. Su madre debe de estar enferma de la preocupación.—

—Adam es toda su vida.— A Amanda le sorprendió lo fácil que era que la maternidad se volviera lo más importante de todo. Su bebé ni siquiera había nacido aún, y ya entendía esa necesidad de protegerlo. No podía sacarse a Leah de la cabeza ni lo que debía estar pasando en ese mismo momento.

Se volvió hacia John, esperando que entendiera, esperando que ayudara. De cualquier modo, no tenía otra opción.

—Necesito devolver a Adam con Leah.—

John no dijo una palabra mientras volvía a poner su mano sobre la de ella. Se quedaron así unos momentos. John con la cabeza inclinada, incapaz de mirar a Amanda.

—¿Qué estás proponiendo?—Su voz era baja, pero clara.

—Aquí algo no está bien. Algo está muy mal, John.—

Él suspiró, pero sus hombros no se vencieron ni temblaron. Seguía sólido y fuerte, dándole vueltas a lo que Amanda había dicho como siempre lo hacía, aun cuando no estuvieran de acuerdo.

Ella rezó para que esta vez estuviera de acuerdo.

—Pero ¿cómo pudimos haber sido…?—

—¿Engañados?—Amanda le terminó la frase antes de que pudiera.

John la miró.

—Tenemos que averiguar más. Debe de haber una razón por la que Ben se llevó a Adam. Tiene que haber más de la historia de lo que sabemos.—

Amanda asintió con la cabeza, con los ojos aguados y la garganta a punto de cerrársele.

—No podemos simplemente levantarnos e irnos con el hijo de Ben.— Le dio unas palmadas en el regazo, tratando de consolarla.

—Necesitamos más información. Algo sólido sobre lo que está pasando antes de sacar conclusiones.—

Amanda no levantó la cabeza, con lágrimas formándose en las comisuras de los ojos.

—¿Por qué?—soltó. —¿Por qué no podemos irnos? ¿Por qué no podemos agarrar a Adam y largarnos de aquí ahora mismo?—

—Amanda—, John puso los ojos en blanco y echó la cabeza hacia atrás, exasperado.

—Podríamos quedarnos con Leah en Hayden. Incluso tienen una partera.—

John se pasó las manos por el cuero cabelludo liso y calvo, agitado.

—Te estás adelantando. No estoy listo para eso. Necesito saber más sobre lo que está pasando. Hablar con Malcolm.—

—¡John, no!— El pánico le subió a Amanda, áspero e inesperado, tomando a John por sorpresa.

—No puedes hablar con Malcolm. Si me amas, John, si consideras real algo de lo que tenemos, entonces debes prometerme que no le hablas a Malcolm de esto—. Le suplicó, tomando una de sus manos entre las suyas como en oración. —Siento en el corazón, en el alma, que sería el final.—

—¿El final de qué? Eso es una locura. Estás hablando disparates. He estado con Malcolm por mucho tiempo, Amanda. Por muchísimo tiempo—, bajó la voz, tratando de no despertar a Adam y de que nadie fuera de sus habitaciones los oyera.

—¿Y si es verdad, John? ¿Y si lo que Leah dijo aquel día en el bosque era cierto?—

John se recargó en el respaldo del sofá, sintiendo cómo se frustraba y sin saber qué hacer.

—¿Sabes lo que estás diciendo, verdad, Amanda? ¿Sabes lo que estás proponiendo que hagamos?—

—Sí.— Se recostó junto a él, ambos mirando al frente.

—Dame algo de tiempo para ver por mí mismo qué está pasando, por favor. Te pido solo un poco de tiempo.—

Los hombros de Amanda cayeron, derrotados, y se deslizó de lado hacia John, acurrucándose en sus brazos abiertos.

—¿Puedes hacer eso, mi niña? ¿Puedes darme tiempo para indagar? ¿Ver qué está pasando?—

—Creo que deberíamos irnos ya, John. Ahora mismo. Ya no me gusta estar aquí. No me siento segura.—

Él la abrazó, besándole la parte superior de la cabeza. Su cuerpo quería relajarse en su cálido abrazo, pero no podía. Todo dentro de ella quería correr.

—Siento que todo lo que sabemos es una mentira—, dijo Amanda, apretando los labios, tratando de contener la ansiedad creciente que le alertaba del peligro.

—Déjame decirte esto y tú decides si creerlo o no. ¿Qué es real? Tú y yo, y nuestra familia. Eso es real y nada va a cambiarlo. Nada. —

Ella ladeó la cabeza, mirando sus asombrosos ojos azules que siempre le quitaban el aliento. Él se inclinó y posó un beso cálido y prolongado en sus labios.

—Tú y yo, Amanda Wilder, somos reales.—

Ella lo sentía. De verdad. Sabía, con cada fibra de su cuerpo, que ella y John eran reales, pero no podía dejar de pensar en Tabitha dándole unos hechos fríos y duros que sonaban a advertencia o, peor aún, a amenaza.

Eso hizo que le recorrieran escalofríos por los brazos otra vez, dándole miedo. Se acurrucó más en el costado de John, deseando poder olvidar todo por un momento. Solo por un momento, pero las palabras de Tabitha le picoteaban el cerebro una y otra y otra vez. Igual que el sistema de alertas de emergencia que lanzaba su señal de advertencia a altas horas de la noche. El sonido ensordecedor retumbando en sus oídos y reverberando en su mente.

—Tengo miedo, John, tengo miedo.—

—Estoy aquí. Te tengo. Nos tengo.—

Escuchó sus palabras y quería creerlas. Pero algo había cambiado en ella. Un sentimiento nuevo echó raíz en el momento en que vio a Leah en el bosque con el desconocido alto y moreno que parecía un modelo salido de una revista de naturaleza.

Kai.

El hombre que miró a Amanda como si fuera el enemigo. La mala.

¿Era ella la mala? ¿Lo era John?

El hijo de Leah yacía en la habitación contigua, traumatizado tras ser drogado y secuestrado por su padre. Su padre, que era parte del De Cree, como ellos.

Leah. Leah. Leah.

Leah siempre fue buena. No era más que inocente, amable y dulce con todos, incluso cuando los demás no siempre lo eran con ella. Era una excelente madre. Desde el día en que nació Adam, Leah mostró una devoción inquebrantable por su hijo.

Leah era buena.

—¿Somos los malos?—las palabras se escaparon de los labios de Amanda.

—¿Cómo?—respondió John, con la mente lejos.

—Los malos, John. ¿Somos los malos?—

CAPÍTULO 69

KAI

VOLVIENDO SOBRE SUS PASOS, se abrieron camino a través del bosque cada vez más oscuro sin hablar. Perdidos en sus pensamientos y sin saber qué más hacer, avanzaban con dificultad, insensibles por todo lo que había sucedido.

Detrás de Kai, Leah musitaba sus pensamientos en voz alta. Repitiendo las mismas frases una y otra vez.

—Está bien, Amanda lo tiene. Ella cuidará de Adam. Lo hará. Sé que lo hará.

Kai escuchaba, sin decir una palabra, permitiendo que Leah pensara en voz alta. Sabía que ella necesitaba reunir fuerzas como pudiera, para justificar el haberse alejado y dejado a Adam atrás. Él entendía esto más de lo que ella se imaginaba porque se sentía de la misma manera.

Podía sentir la tensión en el tono de su voz. Esforzándose tanto por no desmoronarse.

Iba en contra de cada fibra del ser de Kai el dejar a Adam atrás. A diferencia de Leah, él no tenía la misma confianza en Amanda Wilder que ella. ¿Por qué la tendría? ¿Cómo se puede confiar en una mujer que seguía ciegamente a alguien sin siquiera cuestionar lo incuestionable, renunciando a todo lo que era en el proceso? Amanda no podía ver ni lo que tenía en frente, tan ciega estaba a la realidad. No podía ni protegerse a sí misma con la cabeza despejada, mucho menos a un niño.

Pero no tenían más opción que regresar a la cabaña. Aclarar sus pensamientos y decidir qué pasos dar a continuación. A pesar de las aprensiones de Kai, Amanda era la clave para recuperar a Adam.

El familiar chirrido del camioncito de juguete en la mano de Leah llegó a sus oídos. Era el sonido que provenía de un juguete muy gastado. Recordaba muy bien cómo había sido su salvavidas, manteniéndolo en movimiento en un mundo que parecía acelerarse constantemente.

Ahora el camión tenía un nuevo significado, nuevas razones para mantener a Kai en marcha. No estaba dispuesto a renunciar a otro niño que le importaba.

Frunció los labios, la frustración grabada en su rostro mientras las nubes de tormenta sobre ellos volvían a reventar. La lluvia incesante los azotaba, empapando su ropa y su cabello, a juego con la oscuridad de su ánimo.

Leah se detuvo en seco, inclinando la cabeza hacia atrás, con los brazos abiertos en señal de rendición a los castigadores cielos.

Abrió la boca, permitiendo que la implacable lluvia cayera, y sollozó. Los sonidos se perdieron en el aguacero. Sin pensarlo, Kai ya estaba a su lado, atrayendo el cuerpo empapado de ella hacia el suyo.

Sorprendida, ella levantó la cabeza bruscamente hacia él, con el rostro empapado por una mezcla de lluvia y lágrimas. Brillaba en sus mejillas, a pesar de la oscuridad del cielo. El sonido de las pesadas gotas golpeando el suelo igualaba el ritmo de su pecho subiendo y bajando. Temblaba por el frío húmedo que se adhería a su piel, pero no podía apartar la mirada de la intensa mirada de él.

—No puedo, Kai, no puedo.

Sus dedos, guiados por alguna fuerza desconocida, le acariciaron la frente, apartándole mechones de cabello húmedo. La miró a los ojos con un hambre y un deseo que nunca había conocido, un dolor profundo que parecía consumirlo por completo.

El mundo se desvaneció, dejando solo a los dos de pie en medio de los imponentes árboles del bosque. La lluvia incesante golpeando contra ellos.

¿Era porque era la madre de Adam?

¿Era porque necesitaba salvar a Adam, porque no pudo salvar a Chrissy?

No lo sabía, pero de repente sus labios se encontraron, presionándose mientras él la sostenía contra sí, inhalando la esencia de todo lo que era Leah. Sus manos ahuecaron los lados de su rostro mientras la besaba, su boca descendiendo por su cuello y a través de sus omóplatos. Sus labios saborearon cada centímetro de su piel mientras ella soltaba un gemido bajo en respuesta, derritiéndose en sus brazos como si siempre hubiera estado destinada a estar justo ahí con él.

Porque lo estaba.

Ella encajaba en él como nadie lo había hecho jamás.

El calor de sus cuerpos entrelazados los envolvió mientras el tiempo se ralentizaba. No existía nada más que ellos dos sucumbiendo el uno al otro mientras la lluvia caía a su alrededor.

No se saciaba de ella.

Ella lo besó como si estuviera hambrienta. Aferrándose a él, como si fuera su salvavidas y ella se ahogaría sin su contacto.

Sin aliento, intentó apartarse, y sus labios se separaron. Leah lo miró con una expresión de anhelo, como si finalmente hubiera descubierto el precipicio que había estado buscando, pero ahora dudaba en dar el salto a las profundidades desconocidas.

No puedo, pensó él. Tú no. De todas las mujeres que hay, por favor, tú no.

El pecho de Kai subía y bajaba, el cuerpo de ella todavía presionado con fuerza contra el suyo. Relámpagos de deseo lo atravesaron, atrayéndolo hacia sus labios una vez más.

Absorbiéndola en su abrazo como si no hubiera un mañana, solo ese momento en ese día. Para siempre.

No pudo resistirse a ella por más tiempo mientras sus manos recorrían cada curva y hueco de su cuerpo, sus suaves labios moviéndose contra los de él con un deseo voraz que reflejaba el suyo, dejándolo mareado y anhelando más.

Todos los demás pensamientos se desvanecieron con cada sabor de sus labios y el contacto de su piel erizándose bajo sus manos mientras ahuecaba sus pechos, aferrándose a su ropa mojada.

La levantó con facilidad, llevándola a un árbol cercano, presionándola contra él. Leah tiró de sus pantalones y él hizo una pausa mientras la alcanzaba, desatando la cuerda que sostenía sus pantalones deportivos. Mientras los pantalones de ella caían al suelo, él buscó en sus ojos una confirmación. La mano de ella rozó su mejilla, y asintió mientras él levantaba su muslo hacia arriba con suave fuerza.

Sus piernas se enroscaron alrededor de su cintura, aferrándose a él como si fuera lo único que la mantenía anclada.

La lluvia les empapó la ropa, pero a ninguno de los dos le importó. Todo lo que importaba era el deseo crudo que los consumía a ambos. Se fundieron en uno, encajando como si nunca hubieran estado separados. Ella se reclinó contra la áspera corteza del árbol y jadeó mientras él la penetraba, atrayendo la cabeza de él hacia su pecho.

Kai se perdió en ella.

Jadeantes y empapados, permanecieron allí bajo la lluvia torrencial, abrazándose, con miedo de soltarse.

Se vistieron con su ropa mojada, mucho más difícil de volver a poner que de quitar.

No hablaron, pero se tomaron de las manos, con los dedos entrelazados, unidos.

Kai negó con la cabeza, pensando en la primera vez que vio a Adam llorando, perdido en el supermercado.

Qué extraño que estuviera aquí, al lado de Leah, tomándole la mano bajo la lluvia torrencial, unidos por el amor al hijo de ella.

Adam fue el último niño que Kai imaginó que cambiaría su vida, para siempre, en más de un sentido.

Nunca imaginó que podría amar a otro niño de la manera en que amó a su sobrino.

Kai nunca lo vio venir.

Pero Chrissy sí.

El espíritu de su sobrino llevó a Kai hasta el último niño en el mundo que pensó que salvaría. Que cuando el mundo se desmoronara, su corazón comenzaría a sanar.

Empapados y helados, se dirigieron al auto y, de la mano, regresaron a la cabaña en el bosque sin intercambiar una palabra.

Sintiendo el frío hasta los huesos, se apresuraron a entrar mientras Kai encendía un fuego en el hogar.

Leah regresó con mantas secas que olían a humedad por no haber sido usadas durante meses.

Se quitó la ropa mojada, sin molestarse en apartarse de ella. Cubrió su cuerpo desnudo con la manta, deleitándose con su calidez y frescura a pesar del olor a humedad.

Leah, de pie expuesta ante él, hizo lo mismo.

Se quedó desnuda, su piel hormigueando en el aire fresco, la manta cubriendo sus hombros.

El suave resplandor del fuego iluminaba sus facciones, haciendo que Kai se sintiera débil por el deseo de ella. Él abrió su manta, invitándola a entrar. Ella no pudo resistir su llamado, atraída hacia él como una polilla a la llama. Él la rodeó con sus brazos, sintiendo su calor mientras Leah soltaba la manta y la última barrera entre ellos.

Kai se inclinó sobre Leah, sosteniéndola con fuerza debajo de él.

—Lo traeremos a casa. Te lo prometo, con todo mi ser, traeremos a Adam a casa. —Él la miró a los ojos mientras estos vacilaban con lágrimas. Ella lo atrajo hacia sí, envolviéndolo con sus largas y delgadas piernas mientras el fuego chisporroteaba y crepitaba, lanzando pequeñas chispas sobre la plataforma de cemento.

Afuera, las nubes oscuras avanzaron, el cielo se volvió noche y la lluvia cayó como lágrimas por todas las madres de niños perdidos.

CAPÍTULO 70

JOHN

JOHN MANEJABA POR LA larga y sinuosa carretera en dirección a la ciudad de Lex. Los árboles a los lados se alzaban amenazantes. Casi como si intentaran atraparlo e impedirle avanzar hacia la verdad.

Pensó en esa mañana, antes de haberse ido.

Estaba acostado en la cama, mirando a su esposa al otro lado. El niño, Adam, estaba entre ellos, durmiendo contento, acurrucado en los brazos de Amanda. Se veían tan tranquilos y dulces. A John le estrujó el corazón, al imaginar que en solo unas semanas sería así con su propio hijo dormido entre ellos.

Se le hizo un nudo en la garganta por el amor que sentía por ella. Todo en la vida palidecía en comparación con la vida que estaban construyendo juntos.

Las palabras de Amanda resonaron en su mente una vez más. No habían parado desde la noche anterior. Estar acostado en la cama no

hacía nada para resolver el problema. Si de verdad era sincero con lo que le había dicho a Amanda, John necesitaba ir a ver por sí mismo qué había allá afuera.

Lleno de determinación, se levantó de la cama y garabateó una nota para Amanda, haciéndole saber que volvería más tarde en la noche.

Sabía que el día de ella ya estaba abarrotado con deberes planeados de antemano. Debía reunirse con Tabitha y las otras esposas para repasar algunos planes escolares y actividades para el pequeño número de niños de la comunidad. Había más que solo eso, pero Ben no era de los que prestaban atención a los tejemanejes de los diferentes comités de los De Cree. Siempre se había mantenido en lo suyo y había dejado el resto para que los otros miembros se encargaran de sus propios deberes.

¿Quizás ese era el problema? Quizás debería haberse involucrado más en lo que estaba pasando con Malcolm Gobbo y los De Cree.

No más. Le prometió a Amanda que necesitaba averiguar más información antes de poder seguir adelante con cualquier decisión que tomaran como familia. John se enorgullecía de ser un hombre de honor y planeaba mantener esa promesa a su esposa, incluso si significaba descubrir algo que no quería saber.

Así que ahí estaba, manejando solo en una misión hacia la Ciudad de Lex.

Antes de irse, se reunió con un par de soldados que montaban guardia sobre los vehículos en el estacionamiento de los De Cree. Hombres con los que, sorprendentemente, John no estaba familiarizado. Eso le molestó. ¿Desde cuándo John no conocía a uno de los soldados? Pensaba que conocía a cada miembro de los De Cree. Especialmente a los soldados.

Sintiéndose incómodo, habló con ellos mientras registraba la salida de un auto para usarlo. No necesitó inventar una excusa. A diferencia de John, estos hombres sabían quién era él. Hablaron casualmente, sin siquiera cuestionar a John mientras se subía al vehículo. Simplemente lo despidieron con la mano, firmes en posición de atención mientras se alejaba.

Era desconcertante y, sin embargo, revelador al mismo tiempo.

John era muy apreciado. Nadie cuestionaría su lealtad o sus motivos, y así se fue del complejo, con su arma cerca de él. Destino: la Ciudad de Lex. De una vez por todas, iba a averiguar qué demonios estaba pasando.

No por primera vez, se cuestionó por qué había esperado tanto. ¿Por qué había aceptado ciegamente seguir todo lo que Malcolm decía?

Cuando se conocieron, Malcolm Gobbo estaba más que encantado con la experiencia y el entrenamiento militar de John. Lo puso a trabajar de inmediato, reclutando hombres para que se unieran a los De Cree como soldados.

La vida se sentía bien de nuevo. Era necesitado y estaba haciendo algo correcto por el mundo. Cambiándolo para mejor. John tenía habilidades, y disciplinó a esos hombres y creó un ejército bastante bueno. Un ejército increíble. Malcolm lo elogió, ascendiéndolo y nombrándolo jefe del ejército De Cree junto con Malik Gobbo.

Era una buena vida, y aún mejor cuando se casó con Amanda.

Al principio, a John no le entusiasmaba un matrimonio arreglado, pero estaba tan metido en la organización De Cree que lo aceptó. Además, quería casarse, y esto solo aceleraba un poco las cosas.

No se había dado cuenta de que se enamoraría, y que se enamoraría perdidamente.

Suspiró, con la mano apoyada en el volante mientras los árboles se cernían, todavía queriendo estirarse y detener el vehículo para que no se acercara más a la verdad. Y entonces ahí estaba, los límites de la ciudad apareciendo rápidamente ante él.

Las llantas del auto zumbaban contra el pavimento mientras manejaba por el solitario tramo de la autopista. Una sensación de inquietud le recorrió la espalda y le erizó la nuca al entrar en la ciudad de Lex.

No pasó mucho tiempo antes de que viera el primer cuerpo pudriéndose al costado de la carretera, desechado como basura, y

no sería el último. Era imposible determinar si la persona era hombre o mujer, joven o vieja. Solo que era un cuerpo abandonado como un animal atropellado en el arcén de la autopista, esperando ser descuartizado por las aves de rapiña.

Repugnado, apartó la vista mientras las gaviotas y los cuervos arrancaban trozos de carne del cadáver en descomposición. Subió la ventanilla para protegerse del olor pútrido que emanaba de la carretera más adelante.

—¿Qué demonios? ¿Qué he hecho?

Dijo John, su voz sonando fuerte y alarmante en el silencioso auto.

Se le revolvió el estómago y la bilis le subió por la garganta. Rápidamente se detuvo en el arcén, apenas logrando salir del auto antes de vomitar sobre la hierba. Podía oír el graznido estridente de las gaviotas peleando por restos de carne podrida cerca de allí mientras se apoyaba en su auto, sintiéndose débil y con náuseas.

John se limpió la boca, luchando contra las ganas de tener arcadas, y volvió a subirse al vehículo, rezando para que el hedor no se quedara dentro. Tenía que llegar al centro de la ciudad. No quería, pero tenía que hacerlo. No era una opción, era una necesidad. Pisó el acelerador, preparado para conocer la verdad.

Era como una escena sacada del mismo infierno.

La ciudad en ruinas se extendía ante él, una vista desoladora que coincidía perfectamente con la descripción de Leah. Todo lo que ella dijo era cierto, pero ¿podría realmente haber sido obra del poder devastador de los Soldados De Cree? ¿Podría John haberse equivocado tanto sobre Malcolm Gobbo y los De Cree?

Estaba rodeado de edificios en ruinas y ventanas destrozadas, un sombrío testimonio de la destrucción despiadada que había tenido lugar. Las calles estaban cubiertas de escombros y cenizas, y una sensación de vacío pesaba en el aire.

Las rodillas de John se doblaron y cayó pesadamente sobre la inmunda carretera. Esta ciudad, *su ciudad* en la que había crecido, que una vez bullía con la gente que vivía, trabajaba y moría aquí. ¿Y ahora? Ahora estaba destrozada, salpicada con los restos de lo que solía ser.

Inclinó la cabeza y lloró, horrorizado.

A dondequiera que miraba había cadáveres de ciudadanos: jóvenes, viejos, negros, blancos. No importaba, todos estaban simplemente muertos. Unidos en la muerte.

El olor era tan malo que no pudo contenerse. Se inclinó sobre un contenedor de basura y vomitó mientras las ratas se escabullían. Inclinó la cabeza una vez más y comenzó a tener arcadas hasta que su estómago estuvo vacío y solo salía bilis, con el ácido ardiente persistiendo en su garganta y boca.

Miró a su alrededor, oyendo ruidos, sabiendo que había sobrevivientes aquí escondidos de él, pensando que era uno de los soldados, y tendrían razón. Él era un soldado de los De Cree.

Malcolm le había mentido a John, y también todos los que conocía, excepto Amanda. Ella estaba tan despistada como él hasta que se toparon con Leah. Por mucho que Amanda no quisiera creer nada de lo que Leah dijo, sí lo creyó. Trató de descartarlo, pero no pudo porque sabía que su amiga no mentiría sobre algo tan grande.

Imágenes de Amanda, acurrucada junto a Adam a la luz de la mañana, inundaron la mente de John. Casi podía oír la desesperación en su voz mientras le suplicaba que abandonara a los De Cree de inmediato. Debería haberla escuchado. El corazón de John se encogió ante el pensamiento, pero lo apartó, centrándose en la tarea que tenía entre manos.

Necesitaba pensar en qué hacer a continuación. No podían quedarse en los De Cree. Tenía que llevar a su familia a Hayden. Leah le había dicho a Amanda que fuera a Hayden, que allí estarían a salvo. Pero ¿era seguro? ¿Qué tan seguro podía ser si el hijo de Leah fue secuestrado sin que nadie se diera cuenta?

John se frotó la cabeza, sintiendo la superficie lisa de su cráneo, y maldijo con frustración.

¿Había alguna otra opción? ¿Y más allá de la Ciudad de Lex? ¿Por qué el mundo exterior no tomó ninguna medida para evitar que ocurriera esta atrocidad?

Quizás debería llevar a Amanda y Adam a Hayden, y él podría buscar más allá de los límites del distrito, ver qué había más allá. Era algo, si no mucho. Tendría que ser suficiente hasta que pudiera idear otro plan. Proteger a Amanda y al bebé era la máxima prioridad, y

eso significaba alejarlos lo más posible de los De Cree. Y de ninguna manera iba a dejar a Adam en las garras de su monstruoso padre. De ninguna manera. De una cosa estaba seguro John: no tenía dudas de que Ben estaba al tanto de todo lo que los De Cree estaban haciendo.

Algo le carcomía mientras corría de regreso a su auto, dejando atrás la ciudad corroída. Estaba allí en sus recuerdos, tratando de salir a la superficie.

Entonces recordó a Malcolm hablando de cómo el gobierno estaba de su lado, y que la Ciudad de Lex era solo la primera. ¿Podría esta invasión de Lex ser a lo que Malcolm se refería? ¿Esta destrucción de la civilización? ¿Cómo podía Malcolm Gobbo tener ese poder? ¿Y por qué John pensó ciegamente que el movimiento era de paz? Uno destinado a reconstruir una vida mejor a partir de una que se dirigía al desastre.

No había visto un solo soldado desde que se fue que no fuera parte de los De Cree, ni uno, y eso le dio qué pensar.

No tenía forma de contactar a nadie por teléfono. Estaban todos desconectados, o al menos, eso suponía. No podía recordar la última vez que había usado uno.

No, había estado demasiado distraído, perdido en su luna de miel de amor con Amanda, haciendo un bebé.

Su bebé.

No cuestionó nada. Simplemente siguió ciegamente como un borrego.

—¡Maldita sea! —golpeó el volante y la bocina resonó por la carretera vacía, haciendo que los pájaros salieran volando de la hierba alta a un lado del camino.

—¡Soy un idiota! —maldijo, preguntándose cómo demonios iba a sacar a Amanda y al niño del complejo.

—John. ¿Somos los malos?

Las palabras de Amanda resonaron en su mente, su voz llena de preocupación.

No, él no lo era. Él no era uno de los malos.

Tampoco era uno de los buenos. Ser ingenuo no era excusa para hacer la vista gorda a lo que estaba sucediendo a su alrededor.

John necesitaba conseguir ayuda para salvarlos a todos. A la gente que se escondía en la decadente ciudad de Lex, a los otros miembros ciegos de los De Cree, a los sobrevivientes en el bosque. A todos ellos.

Su mente se aclaró. John sabía lo que tenía que hacer. Miró la ciudad que amaba y se levantó del suelo, sacudiéndose el polvo de las rodillas. Era un soldado. Su deber era proteger su hogar y a la gente en él y eso era lo que iba a hacer, pero primero necesitaba ver qué había más allá del distrito de Lex y si realmente estaban solos en el mundo.

A medida que se acercaba a la autopista, dejando atrás los límites de Lex, el corazón de John latía con fuerza por la confusión y el miedo. Delante de él se alzaba una alta valla electrificada coronada con alambre de púas en espiral. Más allá se veían filas de tanques amenazantes y soldados armados con fusiles.

Estacionó el auto a una distancia segura y tomó los binoculares de la guantera. Mientras escaneaba el área, una sensación de desesperanza lo invadió. El impenetrable muro de alambre metálico rodeaba todo el perímetro, mientras los soldados montaban guardia. No había forma de que nadie pudiera entrar o salir.

Estos soldados eran diferentes. No eran De Cree.

John quiso entrar en acción, pedir ayuda a gritos y agitar los brazos frenéticamente. Pero su entrenamiento se activó, recordándole que mantuviera la calma y evaluara la situación. Hacer cualquier cosa menos quedarse parado en medio de esta carretera con un arma en la mano junto a un vehículo De Cree.

Giró sobre las puntas de los pies y corrió hacia su auto, buscando a tientas las llaves. Se deslizó en el asiento del conductor y se fue tan rápido como pudo sin llamar la atención.

Pero, ¿a dónde iría? ¿Hacia quién regresaba?

Pensó en Leah y en el hombre con el que había estado.

Ahí es donde necesitaba estar.

Hayden.

Primero, necesitaba volver con Amanda y contarle todo lo que vio. Luego necesitaba devanarse los sesos e intentar encontrar una manera de que escaparan sin ser detectados con Adam. Una vez que estuvieran fuera, se dirigirían a Hayden y le contarían a la gente de allí lo que John vio en los límites de la ciudad. Con algo de suerte, quizás juntos podrían salvar a todos de Malcolm Gobbo y los De Cree.

Tenía que intentarlo, al menos.

CAPÍTULO 71

TABITHA

TABITHA PERMANECÍA OCULTA CON la espalda presionada contra la estrecha pared que separaba el pasillo de la oficina de Malcolm. Podía oír voces ahogadas que provenían del interior, y se esforzaba por descifrar lo que decían. La áspera textura de la pared le rozaba la piel y se movió ligeramente para aliviar la incomodidad. Su respiración era tranquila y pausada mientras esperaba, inmóvil como una estatua, la oportunidad precisa para salir de su escondite.

Se asomó por el borde, intentando vislumbrar a Malcolm dentro de su oficina.

Tenía la costumbre de escuchar a escondidas todas las conversaciones de Malcolm. No importaba con quién hablara, cada trozo de información era crucial. Esos detalles eran como piezas de un rompecabezas que había que reunir y encajar para formar la imagen completa. Se inclinó, grabándolo todo en la memoria. Más tarde, le sacaría el tema a su marido de manera casual, dirigiendo la

conversación hacia una solución que la beneficiara sin que él siquiera se diera cuenta.

Malcolm era listo, pero Tabitha era más lista.

Aún sentía una profunda admiración por Malcolm. Su carisma era increíblemente seductor, y su habilidad para usar un encanto sutil para manipular a los demás era algo que ella se encontraba imitando. Como un camaleón, se adaptaba y asumía diferentes personalidades según lo exigiera la situación. Esa era la esencia de Tabitha: una maestra del disfraz. Cambiando a lo que necesitara ser. Mimetizándose a la perfección dondequiera que fuera.

Ahora era Tabitha Gobbo. Tabby solo para Malcolm.

Esa era una mujer de fortaleza, una voz conservadora, una esposa dócil para su poderoso esposo. Eran Malcolm y Tabitha Gobbo, los líderes de la organización De Cree.

Le encantaba cómo sonaba al decirlo.

Había poder en las palabras, y ella siempre lo había sabido. La gente daba el lenguaje por sentado, ignorando cómo lo hablaban, pero Tabitha no. Oh no, ella no.

Sabía que cuando cambias el lenguaje de una persona, socavas la libertad que cree tener. Cuando socavas su libertad, no se dan cuenta de que la están perdiendo hasta que es demasiado tarde.

Así fue como comenzó con los De Cree.

Tabitha había estado allí casi desde el principio con Malcolm. Diciéndole que necesitaba reformular su manera de decir las cosas. Él ya tenía el tono del lenguaje y, en su mayor parte, su uso de las palabras era casi perfecto, pero con Tabitha a su lado, era magia.

Su objetivo era reunir miembros para su organización, y Tabitha lo ayudó a ajustar su lenguaje para inspirar un sentido de propósito al unirse a él.

Como la palabra decreto.

Al principio, parecía que la palabra «decreto» era solo una orden que la gente debía seguir. No sonaba como un propósito o una forma de vida elegida por los individuos. Sin embargo, al manipularla, dividirla en dos palabras y enfocarse en aspectos específicos de su definición, adquirió un significado mucho más profundo. Se convirtió en más que una simple regla, se convirtió en

un llamado, y así, se formó el De Cree: no como un medio para gobernar, sino como una forma de vida guiada por un propósito superior.

Y, sin embargo, seguía siendo un medio para gobernar, ¿no?

Reflexionó sobre las incontables noches que habían pasado juntos. Malcolm hablaba y ella escuchaba, interrumpiendo con pequeños consejos. Tenía un don para retorcer las palabras de la manera justa para alterar su significado y plantar mensajes sutiles en la mente de las personas sin que se dieran cuenta de que estaba sucediendo.

Y eso incluía a Malcolm, quien creía que eran sus palabras las que pronunciaba y solo suyas. No las palabras de su esposa.

Doblepensar

El concepto de doblepensar de la novela *1984* de George Orwell ejercía una fascinación hipnótica sobre Tabitha, por su poder y sencillez. Se maravillaba de la facilidad con que uno podía manipular los pensamientos y creencias de los demás, doblegándolos para que se ajustaran a cualquier narrativa deseada. Era como tener una llave para abrir cualquier puerta y controlar cualquier resultado, cada uno más embriagador que el anterior. Se deleitaba en este poder, comprendiendo que le daba una ventaja sobre aquellos que todavía estaban atados por las limitaciones del pensamiento único.

Entendía el poder del lenguaje y su capacidad para moldear la percepción. Con hábil manipulación, le mostró a Malcolm cómo cambiar palabras y frases para crear una nueva versión de la verdad. Era una práctica del olvido: soltar nociones preconcebidas, desechar creencias comúnmente aceptadas y liberar el control sobre la realidad.

¿Cómo socavas las ideas y los pensamientos de la gente?

Fácil. Como prueba, la conversación que estaba teniendo lugar en la oficina de Malcolm.

Tabitha respiró hondo, conteniendo el aliento para poder escuchar con su agudísima audición las palabras de Malcolm y del pequeño gusano de Ben, que se creía la mano derecha de Malcolm.

Pobre idiota.

Ben Hollen era un ejemplo perfecto de cómo manipular las ideas y los pensamientos de una persona.

Toma a un hombre que oculta sus inseguridades y elévalo a una posición de influencia. Dale la creencia de que se ha ganado este papel a través de sus acciones y que tiene la libertad de moldear y promulgar cambios. Infúndele un sentido de poder sobre los demás para que su lealtad se convierta en sumisión, aunque no sea consciente de ello.

Manual básico para crear seguidores de culto.

Y, sin embargo, ninguno de ellos lo había visto venir. Eso incluía a Ben Hollen.

Todo salió exactamente como estaba planeado, excepto que la maldita zorra de Ben asesinó a su hijo. Y ahora necesitaba a alguien nuevo para que fuera el recipiente del elegido.

Cerró los ojos, permitiendo que los pensamientos se arremolinaran en su mente, atando cabos y ramificándose hacia otras ideas.

Tendría que pensar en eso. Pero ahora mismo, necesitaba concentrarse en lo que estaba pasando en la habitación de al lado con Ben y Malcolm. Algo había sucedido de lo que ella no estaba enterada, y no le gustaba estar a oscuras.

No, no podía estar a oscuras.

Así que pegó el oído a la fría pared. Dejando que las voces del interior vibraran contra su mejilla y su tímpano. A pesar de las voces ahogadas, fue capaz de entender lo que decían.

La voz de Malcolm estaba tan serena y controlada como siempre. Le había enseñado bien. Cuanto más tranquilo su tono, más autoridad irradiaba, ya que la mayoría de la gente rara vez está tranquila.

Con un nerviosismo evidente en su voz, Ben relató los acontecimientos que había presenciado ese mismo día. Describió cómo había soldados desconocidos que habían rodeado la ciudad, creando una cerca impenetrable con hierro y electricidad.

—La magnitud de esta invasión es indescriptible —declaró, su voz llena de reproche—. ¿Cómo es posible que ocurra algo así?

Malcolm miró a Ben, impasible ante sus palabras.

—Tengo razones para sospechar que algunas de nuestras conexiones pueden haber sido comprometidas o posiblemente

detenidas. No pudimos contactar a muchos de los políticos con los que tenemos lazos.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó Ben, presa del pánico.

—Por el momento, nada —replicó Malcolm.

—¿Qué? ¿No lo dices en serio? Eso es inaceptable, Malcolm. Tenemos que largarnos de aquí ahora. Todo se está derrumbando.

La expresión de Malcolm era resuelta mientras negaba con la cabeza, decidido a no renunciar a su misión.

Frustrado, Ben se pasó las manos por el cabello, sin esperar lo que vino después.

—¿Ya encontraste a tu esposa?

—¿Hablas en serio? ¡Tenemos asuntos más importantes que atender, Malcolm!

Tabitha sentía que su temperatura subía con cada palabra que Ben le dirigía a Malcolm. No era miedo lo que provocaba esta reacción, sino ira por haber sido tomada por sorpresa con esta nueva información.

Dejó que este nuevo conocimiento calara en su cerebro. Dejando que macerara allí. Mientras escuchaba a los dos hombres hablar sin cesar, se hizo evidente que Malcolm había perdido el contacto con la realidad. Su propio narcisismo lo había consumido.

¿Y ahora qué?

Piensa, Tabby, vamos, piensa.

Piensa, *Tabitha,* se corrigió.

Tenía que pensar como Tabitha, no como Tabby.

¿O tal vez debería pensar como Tabby?

Las palabras daban vueltas y se retorcían en su mente, un enredo de pensamientos y emociones. Podía sentir el peso de ellos presionándola, sofocándola.

Pero mientras el caos se arremolinaba a su alrededor, formuló un plan de escape. Cada pensamiento cayó en su lugar como estantes cuidadosamente construidos que se alinean ordenadamente en los compartimentos de su cerebro. El revoltijo de caos se transformó de repente en orden, encajando para revelar un camino claro.

Era hora de mudar su piel actual y ponerse una nueva. Hora de cambiar de marcha y tomar otro camino, dejando atrás lo viejo y

embarcándose en algo nuevo.

Escuchó atentamente, oyendo la voz de Malcolm, y sintió una oleada de algo que decidió que eran sentimientos por él. Sí, porque eso era. Se preocupaba por Malcolm, pero él se había hundido demasiado en su propio soberbio liderazgo.

Maldita sea, Malcolm. Maldita sea. Respiró a través de sus labios apretados.

Mientras Ben continuaba con su insoportable perorata, ella ideó rápidamente formas de persuadir a Malcolm para que se fuera y le presentó ideas alternativas que se le ocurrieron mientras esperaba que Ben se callara la boca. Una de esas ideas le provocó algo que rara vez sucedía. Hizo que su estómago diera un vuelco de expectación y emoción.

Pero primero tenía que volver a sus habitaciones. Ahora estaba al día con lo que estaba pasando. La conversación de Ben y Malcolm se había vuelto repetitiva y aburrida. Necesitaba llegar al dormitorio y recuperar los planos que Malcolm había tirado a la basura meses atrás. Los había tomado y guardado a buen recaudo en su dormitorio, escondidos en el cajón inferior de su cómoda. Un lugar seguro en caso de que los necesitaran.

Siempre es importante tener un plan de respaldo o dos, como sabría cualquier persona inteligente.

Y Tabitha no era ninguna tonta.

Había viejos túneles abandonados bajo la ciudad de los que nadie sabía, bueno, no que ella supiera, excepto una persona, pero estaba muerta.

Chris Anwir.

Chris le había confiado a Malcolm lo de los túneles ocultos, revelándole los planos que había tomado de los archivos. Los viejos documentos revelaban un intrincado sistema de túneles subterráneos, olvidados por el mundo exterior desde hacía mucho tiempo. Pero la característica más fascinante de estos túneles era el laberinto que conectaba con el distrito de Lex, sirviendo como ruta de entrada y salida.

Esos planos y los túneles eran ahora el plan de Tabitha. Solo necesitaba hacer que Malcolm pensara que era idea suya.

Le vino a la mente el chico Adam, con su semblante serio y su naturaleza de voz suave. Escondido con Amanda. Bueno, eso tendría que terminar.

Primero, tenía que persuadir a Malcolm de que se deshiciera del grupo de inadaptados que habían reunido. La mayoría de ellos ignoraban por completo la verdad de lo que sucedía más allá de los muros de los De Cree.

La gente era tan tonta.

Tan maleable como la arcilla.

Era hora de que se transformara de nuevo, pero por ahora, tenía que seguir siendo Tabitha. Necesitaba que Malcolm estuviera de acuerdo en que su solución era la mejor: escapar a través de los túneles y mezclarse como una pareja normal en el mundo exterior.

Una familia normal.

Y empezar de nuevo.

Se alisó el vestido. Sabiendo que este atuendo, este disfraz que llevaba, estaba a punto de cambiar de nuevo. Se alegraba por ello. Ser la chica sencilla nunca fue su estilo.

Este plan era exactamente lo que necesitaba, pero primero tenía que convencer a Malcolm y luego, cuando fuera el momento adecuado, le quitaría el niño a esa don nadie, Amanda.

CAPÍTULO 72

LEAH

CAMINARON ENTRE LOS ARBUSTOS, como lo hacían cada mañana, con cuidado de no dejar un rastro tras ellos mientras cada paso crujía bajo sus pies. Estacionaron el auto en su lugar de siempre, oculto de forma segura siempre y cuando nadie se esforzara por buscarlo.

Leah recorrió el sendero que llevaba al complejo De Cree. Con cada respiro, su mente volvía al día anterior, y al anterior a ese, y al anterior. Durante semanas, había estado haciendo este mismo viaje, con la esperanza de vislumbrar a Adam y Amanda. Algunos días, estaban allí, y eso llenaba de esperanza a Leah. Pero otros días, cuando sus rostros familiares no se veían por ninguna parte, Leah no podía evitar pensar lo peor.

Algo estaba pasando en el De Cree. Una sensación de inquietud flotaba en el aire que rodeaba el complejo. Kai también lo sentía. Hacía que Leah se sintiera impotente, como si se estuvieran

perdiendo algo importante que sucedía justo frente a sus narices. Aún no habían encontrado una manera de entrar tras los muros y rescatar a Adam. Incluso con menos soldados alrededor. Cada día parecía haber menos y menos de ellos. Era frustrante, incluso enloquecedor, y Leah no podía quitarse la sensación de que el tiempo se estaba acabando.

Y así los días se alargaban. Registrando cada rincón en busca de posibles puntos de entrada al De Cree y captando fugaces vistazos de Adam. Luego, cayendo en los brazos del otro por la noche.

Cada noche, mientras Leah yacía en el abrazo de Kai, con el rostro acurrucado contra su pecho desnudo, lloraba. Aferrándose a él como si su vida pendiera de un hilo. Él era su salvavidas, una fuente de consuelo en medio de su tormento.

Pero Kai era más que solo un hombre al que aferrarse.

Jamás en su vida había sentido la intensidad de sentimientos como los que sentía por Kai. Era diferente a todo lo que había experimentado antes.

Ni siquiera con Ben. Pero, de nuevo, ¿acaso había sentido algo real con Ben?

No quería pensar en él.

Sacudió la cabeza, tratando de quitarse la imagen de él marchándose con Adam.

Leah nunca lo perdonaría.

Pero no podía pensar en eso ahora.

Se quedó detrás de Kai, deseando desesperadamente estirar la mano y tomar la suya.

Habían discutido volver a Hayden. Sabían que necesitaban más ayuda, pero querían tener un plano claro de la zona antes de traer a nadie más y poner en peligro sus vidas. Porque eso era exactamente lo que estaban haciendo: arriesgar sus vidas. No tenía sentido fingir que era otra cosa.

Amanda era la clave para entrar. El problema era que, cuando la veían, nunca estaba sola.

Era raro ver a Amanda sin Tabitha a su lado. Siempre estaba ahí, siguiendo a Amanda como una especie de monja de patio de colegio lista para golpear los nudillos con una regla si se salía de la línea.

Amanda, acercándose al final de su embarazo, se veía agotada y tensa.

La mente de Leah luchaba por aceptar la dura realidad de que quizás Amanda no era capaz de ayudarlos.

Sin embargo, estaba cuidando bien de Adam. Se veía bien alimentado y limpio. Callado, pero no descuidado. Leah le estaba agradecida a Amanda por ello. Pasara lo que pasara, Amanda era su amiga y amaba a Adam.

Se negaba a creer que Amanda estuviera manteniendo a Adam lejos de ella voluntariamente. Lo que fuera que estuviera pasando detrás de la cerca de hierro, Leah tenía que confiar en su amistad o se volvería loca pensando en Adam solo allí dentro. No tenía otra opción.

Kai se detuvo y le hizo una seña para que hiciera lo mismo, poniéndose un dedo sobre los labios para que guardara silencio.

Su cuerpo respondió instintivamente a su orden, su corazón revoloteando al ver los músculos de su brazo. Estaban tensos y definidos, palpitando con tensión y preparación.

Dios, era guapísimo. Se sorprendió a sí misma de cuánto lo deseaba en ese mismo instante. ¿Qué demonios le estaba haciendo su cuerpo? Respondiendo como una criatura salvaje que quería devorarlo en los momentos más inapropiados. Seamos realistas. En todo momento y en todo lugar, Leah quería apretarse con fuerza contra el cuerpo de Kai, fundirse en lo más profundo de su alma. Ahí era donde sentía que pertenecía. Incluso cuando intentaba alejarse, él era un imán que la atraía de vuelta hacia él.

Cada noche desde que se llevaron a Adam, buscaba refugio en el reconfortante abrazo de Kai. Su tacto aliviaba el dolor profundo de su alma. Se hundía en la suavidad de su piel bajo las yemas de sus dedos. Y en esos fugaces momentos, se olvidaba de todo lo demás, encontrando consuelo y confort en la seguridad de su abrazo.

Se quedó clavada en el suelo. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso y quieto, paralizado por el miedo. Ni siquiera se atrevía a respirar, temiendo que pudiera delatar su presencia.

El sonido de una rama rompiéndose bajo el pie de alguien rompió la quietud.

—¿Quién anda ahí? Los oigo y tengo un arma. Muéstrense.

Las palabras de Kai retumbaron en el cielo, asustando a un pájaro cercano que alzó el vuelo. Temblando, sintió que se desmayaría de miedo.

¿Era este el final? ¿Los habían descubierto?

El arbusto crujió mientras una voz profunda y autoritaria resonaba con una sensación de determinación.

—¡No disparen! Soy yo, John Wilder. —Una figura imponente dio un paso adelante, sus rasgos cincelados resaltados por los dispersos rayos de sol que se filtraban entre los árboles.

Levantó las manos en señal de rendición, con su arma colgada al hombro. Había un destello de urgencia en sus penetrantes ojos azules mientras se hacía visible.

Leah ahogó un grito.

—¿Tiene a Adam?

Se tapó la boca con las manos, dándose cuenta de que había hablado sin querer.

Kai levantó su arma, apuntando directamente a John sin pronunciar una sola palabra.

—No estoy aquí como un enemigo. Estoy aquí en nombre de mi esposa y de su hijo, Adam.

—¿Dónde están?

—Están de vuelta en el complejo. —John mantuvo las manos en el aire, inquebrantable—. Escuchen, ustedes tenían razón. Yo estaba equivocado. Fui a la ciudad.

Leah dio un paso adelante, pero Kai se interpuso entre ella y John, actuando como una barrera. Su arma amartillada, inmóvil.

—¿Qué fue lo que vio?

—Lo vi todo. La destrucción, los muertos. Los edificios, camiones y autos vacíos; vacíos y quemados. Lo vi todo. —La voz de John se quebró, pero no bajó las manos. Su labio inferior temblaba, no de miedo, no por sí mismo—. No lo sabía, lo juro.

Fijó su atención primero en Leah, luego enfrentó a Kai directamente mientras inhalaba profundamente. Se mantuvo firme ante él como un igual, admitiendo sus errores y asumiendo toda la responsabilidad por ellos como un hombre.

—Necesito sacar a Amanda de allí antes de que nazca el bebé. Tenemos a Adam. Ha sido puesto bajo nuestro cuidado. Está a salvo con nosotros por ahora. Pero seré honesto con ustedes. No tengo idea de cuáles son sus intenciones para con él, y definitivamente algo extraño está sucediendo en el complejo. No me mantienen al tanto de nada, lo cual es inquietante, considerando todo lo que he averiguado.

John parecía a punto de derrumbarse.

—Necesito llevar a Amanda y al bebé a un lugar seguro.

—¿Por qué deberíamos confiar en usted? —La voz profunda de Kai era grave e implacable.

—¿Qué otra opción tienen? —replicó John bruscamente, sus ojos de extraño color pareciendo brillar mientras hablaba—. No sé cuánto tiempo llevan ustedes dos aquí afuera, pero si yo me topé con ustedes, alguien más también lo hará. ¿Y entonces cómo van a recuperar a Adam?

El rostro de John delataba todas las emociones que se acumulaban en su interior.

—Estuve en la frontera. Las cosas están cambiando. No sé por cuánto tiempo más sea seguro para cualquiera de nosotros aquí.

—¿Qué va a hacer para ayudarnos? —preguntó Kai.

—Haré lo que sea. Haré lo que sea para protegerlos.

Kai bajó el arma y John dejó escapar un profundo suspiro mientras dejaba caer los brazos a los costados.

—Fui a los límites de la ciudad. Soldados que no son del De Cree nos han rodeado, encerrándonos. Hay cientos de ellos bordeando el perímetro del distrito, no muy lejos de la autopista. Hay cercas de alambre eléctrico con tanques y armas. Algo va a pasar y no sé si están aquí para ayudar o para algo peor. Ya no confío en nada.

—Quiero ver a esos soldados por mí mismo. —dijo Kai, su rostro sin revelar ninguna señal de lo que estaba pensando—. Tiene que llevarnos con ellos.

—Pero tenemos que ver a Adam. —declaró Leah. No iría a ningún lado sin ver primero a su niño. Si todo lo que John decía sobre los soldados desconocidos en la frontera era cierto, necesitaba saber que Adam estaba a salvo antes de ir a cualquier parte.

—Está bien, iremos primero al complejo. Hay un área en la parte de atrás donde los niños pasan el rato y juegan.

—Sí, sabemos dónde es —dijo Kai.

John lo miró, sorprendido, pero luego asintió. Por supuesto que sabían dónde era.

—Amanda sacará a Adam allí. Le haré saber todo lo que pueda sobre la partida, pero no quiero decirle demasiado y que lo usen en su contra. Cuando las cosas se pongan feas, hagan lo que tengan que hacer, pero tienen que prometerme que la protegerán a ella y al bebé en Hayden.

Kai asintió.

—Ok, entonces tenemos un trato. Voy a hacer todo lo que esté en mi poder para sacarlos a todos, incluso si me cuesta la vida.

John dio media vuelta, dejando su espalda descubierta mientras lo seguían hacia Amanda y Adam.

Y hacia el De Cree.

CAPÍTULO 73

BEN

BEN SE QUEDÓ SIN palabras, incapaz de creer lo que oía mientras la voz serena de Malcolm continuaba sermoneándolo. Lo regañó por estar demasiado preocupado por los soldados apostados en las fronteras de Lex.

Como si fuera un inconveniente menor, una fuerza militar desconocida los estaba cercando por todos lados.

¿Acaso Malcolm deliraba? Aunque, bien pensado, ¿no lo hacía también Ben?

¿Por qué demonios se había convencido tan fácilmente de que podrían salirse con la suya con todo lo que había ocurrido en los últimos meses?

Los crímenes, los asesinatos, una ciudad bajo asedio.

Maldita sea. Maldita sea, pensó.

Antes tenía una buena vida, una carrera distinguida, una casa.

Una esposa, un hijo.

Y a cualquier mujer que quisiera como amante.

Pero Ben quería más, siempre quería más.

¿Por qué se había dejado hipnotizar tanto por el señuelo del poder? ¿Por qué?

La verdadera naturaleza de Malcolm estaba quedando al descubierto. La locura detrás del genio. Aunque Ben había visto a través de su fachada hacía mucho tiempo, el neuroticismo caótico de Malcolm se hacía cada vez más evidente, ya no podía ser ocultado ni ignorado por quienes lo rodeaban.

Ben no podía creer que hubiera sido tan tonto como para seguir a semejante loco.

Se pasó las manos por el cabello, sin saber que Tabitha había estado escuchando la conversación hasta hacía unos momentos.

No le importaba. Ella era insignificante para Ben. Alguien en quien rara vez pensaba hasta que la tenía justo en frente, molestándolo hasta el infierno con su sola presencia.

¿Pero Malcolm? Malcolm estaba lejos de ser insignificante. Era inteligente, magistral y peligroso. Tenía a tanta gente poderosa en la palma de su mano, esperando y dispuesta a cumplir las órdenes de Malcolm.

Ben nunca cuestionó el completo dominio de Malcolm sobre cada aspecto de su plan para tomar el control de la Ciudad de Lex. Tenía la plena convicción de que los de afuera, incluidos los políticos, seguían firmemente atrapados en las garras de Malcolm.

¿Por qué Malcolm no le había dicho que cada uno de sus sucios políticos se había vuelto repentinamente silencioso en sus respuestas durante los últimos meses, mientras que algunos no guardaban silencio en absoluto? De hecho, se habían involucrado más, exigiendo actualizaciones de todo lo que ocurría dentro del distrito de Lex. De cada. Sola. Cosa.

¡Carajo!

La cabeza de Ben sentía como si estuviera a punto de explotar.

Malcolm seguía parloteando, haciendo que Ben quisiera estrangularlo. Ya no podía quedarse ahí parado escuchando la sarta de estupideces que salía de la boca de Malcolm.

Un torbellino de pensamientos recorrió su mente, intentando ordenar el caos y decidir su próximo movimiento. ¿Agarrar al niño y huir? No había a dónde huir. ¿Quizás volver a la cabaña de Leah? Mmm. Esa era una idea. Podía pasar desapercibido con el niño, esperar a que pasara lo que fuera que se les venía encima.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando oyó a Malcolm mencionar a Yasmeen.

¿Por qué peroraba sobre Yasmeen cuando quizás, solo quizás, los políticos que tenía en el bolsillo eran ahora los informantes?

Tenía sentido.

¿Por qué si no habría soldados sin identificar rodeando la ciudad? Tenían que estar al tanto de lo que sucedía dentro. El plan era mantener la verdad oculta del mundo exterior sellándola con sobornos a políticos de alto rango. Claramente, sabían lo que estaba pasando dentro de Lex.

Se habían puesto en marcha planes cuidadosamente para evitar cualquier pregunta de conexiones externas. No se dejó piedra sin remover. Todas las posibilidades analizadas y tenidas en cuenta, sin dejar lugar a la incertidumbre o a las sorpresas.

Para el resto del mundo, un brote de un posible virus obligó a todo el distrito de Lex a un estricto aislamiento, con barricadas y los guardias De Cree apostados en cada entrada para asegurar que nadie pudiera entrar o salir.

Por la seguridad de todos, por supuesto.

Pero los soldados que ahora rodeaban Lex no eran De Cree. Eran otra cosa.

Dios, habían sido estúpidos.

Impreparados.

Radicales.

Joder. Joder.

Ahora Ben estaba dentro de una burbuja, atrapado, sin poder escapar. No sabía qué hacer.

Dirigió su atención a Malcolm mientras este seguía perorando, repitiendo el nombre de Yasmeen, de entre todas las cosas. Toda su organización estaba rodeada, y Malcolm hablaba de Yasmeen.

Ben ya había tenido suficiente.

—Pero realmente siento que, para seguir adelante, Yasmeen estaría mejor siendo mi compañera de los De Cree.

La cabeza de Ben se alzó de golpe, sorprendido. ¿Estaba bromeando Malcolm? ¿Estaba oyendo bien? ¿De qué diablos hablaba?

Malcolm seguía insistiendo en que Tabitha debía aceptar tener una segunda esposa o convertirse en una ella misma. En realidad, ya no era su elección, ¿verdad?

Eso fue todo. Ben estaba harto de oír la voz de Malcolm y sus payasadas de loco.

—Yasmeen se ha ido.

Por primera vez en mucho tiempo, la expresión de Malcolm se tornó seria e intensa mientras dirigía su mirada hacia Ben. Había una mirada severa, casi furiosa, con un toque de amenaza subyacente.

—¿Disculpe, Ben?

Ben había llegado a su límite. Se había metido en un hoyo profundo y ahora hervía de ira. Estaba completamente harto. Harto de todos.

—Está delirando. Por el amor de Dios, Malcolm, abortó a su bebé y se lo tiró en la cara trayéndoselo envuelto en el regalo que usted le dio.

Ben se sorprendió al ver la boca de Malcolm abierta de par en par, algo que nunca antes había presenciado. Malcolm estaba desconcertado, nunca pensó que alguien tendría la audacia de hablar en su contra.

—Ben…

—No, yo estuve allí, recuerde que estuve allí, y conozco a Yasmeen mejor que nadie. Nunca la volverá a ver. Se ha ido para siempre.

Ben sabía que estaba pisando sobre hielo muy delgado que podría romperse en cualquier momento, hundiéndolo en el agua helada. Pero no le importaba. Era un sobreviviente, y de todos modos estaba a punto de ahogarse, así que iba a luchar.

—El día que Malik murió, vi a una adolescente salir corriendo del edificio. Estaba medio desnuda, Malcolm.

La expresión normalmente tranquila y serena de Malcolm se retorció en una máscara de furia. Sus ojos ardían con una ira intensa, su mandíbula se tensó mientras miraba a Ben. Todos los pensamientos sobre Yasmeen, desaparecidos.

—¿Por qué no me dijo esto antes?

Ben se arrepintió al instante de las palabras que había pronunciado. La mirada en los ojos de Malcolm lo aterrorizó. Malcolm era el autor intelectual de una secta mortal, responsable de la muerte de cientos de personas bajo su control. Todo llevado a cabo bajo sus órdenes.

Ni siquiera tuvo que mover un dedo.

—Intenté, pero usted no quiso escuchar. Ya había decidido que Leah era la responsable y, para ser honesto, ni siquiera sé de dónde sacó eso. Simplemente no tiene ningún sentido lógico. Leah es débil. Hace lo que le dicen. No es una amenaza para nadie.

Los ojos de Malcolm se entrecerraron, suspicaces.

—¿Sabe dónde está su esposa, Ben?

La acusación en la voz de Malcolm fue clara y golpeó a Ben en el pecho, haciéndole sentir que le faltaba el aire. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿En qué demonios estaba pensando? ¿Cómo seguía aquí, de pie ante Malcolm?

Podía destruir a Ben, matarlo, como los muertos que yacían pudriéndose en las calles de Lex.

—No, no sé dónde está. Le dije que la estoy buscando.

—¿Sabe lo que les pasa a los que me mienten?

Ben tragó saliva, maldiciéndose de nuevo por su falta de control y sentido común. Siempre lo arruinaba al final.

Siempre.

—No sé dónde está, pero puedo decirle una cosa. —No podía creer que fuera a decir esto, pero lo hizo.

—No puede estar lejos de aquí. Estoy seguro de ello. —En el momento en que Ben dijo las palabras, se arrepintió.

Las cejas de Malcolm se alzaron, intrigado, y eso hizo que Ben se helara.

—¿De verdad? ¿Por qué? ¿Por qué se siente así?

—Tengo a nuestro hijo —dijo Ben con naturalidad, fingiendo estar sorprendido de que Malcolm siquiera lo cuestionara.

Malcolm parecía estar dándole vueltas a las palabras de Ben en su mente.

—¿Mmm? Sí, eso tiene sentido. —Dijo más para sí mismo que para Ben, con las manos ahora entrelazadas bajo la barbilla.

—Necesitamos apegarnos al plan original. Nos encargaremos de los soldados que vigilan las fronteras fuera de la ciudad después de que tengamos a su esposa.

Ben contuvo el impulso de poner los ojos en blanco. Había presionado demasiado. No se atrevería a mostrar falta de respeto ahora. Bajo la severa mirada de Malcolm, se sintió pequeño e insignificante una vez más, abrumado por el poder del hombre.

Malcolm tenía a los soldados De Cree, Ben no. Sí, podía liderarlos, pero solo bajo el mando de Malcolm.

Pero todavía tenía algo. Chris estaba vivo, y esa era información que Ben podía ofrecer a su favor.

Podía capturar a Chris como lo hizo con Adam. Aunque sería un poco más difícil drogarlo y arrastrarlo a la furgoneta considerando que era un gordo cabrón. Bueno, solía serlo. Ya no estaba tan gordo.

Malcolm lo observaba.

Ben sintió que su corazón se aceleraba.

Esto podría salir bien, esto realmente podría funcionarle.

Podía traer a Chris, luego tomar a Adam e ir a la cabaña. Desaparecer hasta que las cosas fueran seguras de nuevo para salir. Sí, esto funcionaría. Ben se sintió esperanzado de nuevo, de vuelta al volante de su vida. Pero primero tenía que mantener la compostura y no dejarse matar por hacer enojar a Malcolm.

—Cuando encuentre a su esposa, quiero que me la traiga, pero hay una condición.

Las palabras de Malcolm rompieron los pensamientos de supervivencia de Ben, captando su atención de golpe.

—¿Qué tipo de condición?

—Quiero su cuerpo, Ben.

Ben estaba confundido.

—¿Su cuerpo?

—Sí.

Una sonrisa retorcida se extendió por el rostro de Malcolm, como el gato de Cheshire revelando sus colmillos. Sus ojos brillaron con una malicia familiar, una que Ben había visto muchas veces antes. Era la misma mirada que brillaba en los ojos de Malik.

—Sí, su cuerpo. Tráigame el cuerpo de su esposa. —Malcolm se giró hacia la puerta de su oficina y la abrió, indicándole a Ben que se fuera.

El miedo se apoderó del corazón de Ben mientras asentía y comenzaba a irse, dándose cuenta de la verdad: había subestimado a Malcolm Gobbo y el nivel de maldad que había en él.

—Ah, ¿y Ben?

La voz de Malcolm era glacialmente tranquila, enviando una sensación escalofriante que recorrió todo el cuerpo de Ben.

—¿Sí, Malcolm? —respondió, incapaz de mirar al hombre a la cara.

—No debería ser difícil de hacer, ya que quitarle a su hijo fue tan fácil.

CAPÍTULO 74

LEAH

AGAZAPADA ENTRE LOS ARBUSTOS, Leah sintió cómo la hierba seca le raspaba las rodillas mientras intentaba permanecer oculta. Contuvo la respiración, sin apartar la vista de la puerta, esperando cualquier señal de Amanda o Adam.

Kai se inclinó protectoramente sobre ella, con su cuerpo firmemente presionado contra su espalda. Su aroma, masculino y terrenal, la envolvió, encendiendo su cuerpo. Su corazón latía con fuerza al sentir el consuelo de Kai y la promesa de John de que Amanda vendría con Adam.

La puerta soltó un fuerte chirrido cuando Amanda la abrió. Su mano tomó la de Adam mientras salían juntos. Intentó no parecer curiosa mientras escudriñaba la zona más allá de la cerca.

Leah se hizo un millón de pedazos.

—Adam, puedes correr por ahí. Tienes todo el patio para ti. Puedes ir hasta la cerca si quieres —dijo Amanda, fingiendo

protegerse los ojos del sol mientras escudriñaba la zona donde se escondían Kai y Leah.

—No tengo permitido acercarme a la cerca —dijo Adam, todavía agarrado de la mano de Amanda.

—Sí que puedes, amigo. Ve a buscar unos carritos y juega en la arena. Puedes construir castillitos. ¿Qué tal si nos acercamos a la cerca? Así podrás sentir que estás en el bosque. O puedes montar en uno de los triciclos grandes.

Adam miró hacia los árboles más allá de la cerca, con el rostro desprovisto de emoción.

Leah ahogó un jadeo, intentando reprimir los sonidos que amenazaban con escaparse. Los dedos de Kai, fuertes pero delicados, se enroscaron alrededor de sus hombros en un abrazo reconfortante. Su aliento le hizo cosquillas en la oreja mientras se inclinaba más.

—Amanda no va a dejar que le pase nada malo.

Leah asintió, sabiendo que era verdad, pero aun así le costó todo su esfuerzo no levantarse de un salto e intentar trepar la cerca para arrebatar a su niño y estrecharlo en sus brazos, para no volver a soltarlo jamás.

Tomó la mano de Kai y la presionó contra su adolorido corazón.

Kai la abrazó, con el pecho presionado contra su espalda, centrándola.

Ella se recostó en él, inclinando la cabeza hacia atrás hasta que descansó bajo su barbilla.

—Está bien, solo observemos a tu niño.

Leah se relajó, sintiendo el latido del corazón de Kai retumbando contra su espalda, golpeando con fuerza a pesar de que su voz era tranquila.

—A ti también te está costando no poder hacer nada —afirmó ella.

—Sí —la respiración de Kai se volvió entrecortada detrás de ella. Leah mantuvo la vista fija en Adam, que pedaleaba en un triciclo grande por el patio con Amanda en el centro de todo. No se atrevía a darse la vuelta y mirar a Kai, todavía no.

Se quedaron así, en silencio, viendo jugar a Adam.

Amanda se acercó a la cerca, con pasos lentos y relajados, como si simplemente estuviera dando un paseo. Arqueó la espalda, intentando aliviar la incomodidad del embarazo. Adam la seguía en su triciclo grande, imitando el sonido de un motor. Se apoyó con indiferencia en la cerca, examinando su entorno como si fuera un día cualquiera.

Un lugar cualquiera donde un niño pequeño estaba prisionero.

Kai y Leah se abrazaron con fuerza mientras observaban, dejándose envolver por el sonido de la voz de Adam que traía el viento.

Las ruedas crujían sobre la grava mientras Adam giraba el manubrio, haciendo ruidos de motor para ir más rápido.

Movía sus pequeñas piernas, impulsándose lejos de Amanda hacia el extremo opuesto del complejo.

Se detuvo, contemplando el vasto espacio abierto más allá de la cerca de alambre, y luego se volvió con una mirada de preocupación hacia Amanda y, sin saberlo, hacia Leah y Kai.

La puerta del complejo se abrió y John Wilder apareció nervioso en el umbral, mirando a Amanda y luego a Adam, que paseaba por el otro lado de la cerca.

—Es hora de irse —dijo, tratando de sonar normal, con la mirada inquieta.

Kai y Leah se enderezaron, con los oídos y los ojos alerta.

Amanda llamó a Adam, quien se giró hacia ella y regresó pedaleando.

—¡Espérame! —gritó el niño, sus piececitos pedaleando más rápido hacia Amanda, el triciclo grande haciéndose más ruidoso cuanto más se acercaba a ella.

Amanda giró su cuerpo hacia Adam, pero su cabeza se desvió ligeramente hacia el lado donde Leah y Kai se agazapaban, alerta. Con una voz aguda y clara, gritó:

—No te preocupes, mi Lu Lu, estoy aquí —luego se volvió hacia Adam y dijo con la misma voz—: No iré a ningún lado sin ti, Adam. Te lo prometo.

CAPÍTULO 75

Malcolm

MALCOLM ESTABA DE PIE frente a las puertas de las habitaciones que compartía con Tabby, con las palabras de Ben aún frescas en su mente.

Sí, esos soldados desconocidos eran una preocupación. Sí, tendría que abordar el problema. Y sí, los políticos que tenía a sueldo lo habían traicionado.

Llevaba tiempo observando esos patrones. Cuando hablaba con ciertos informantes, notaba el temblor en sus voces y el aluvión de preguntas sin relación alguna. Algo había cambiado en sus interacciones desde la última vez que hablaron, meses atrás.

Los informes que Malcolm recibía sobre la situación fuera de Lex carecían de sustancia. Se mencionaba un virus peligroso en Lex y el confinamiento para detener su propagación fuera de sus límites, pero esa era la única información. Debían haber proporcionado más

noticias sobre sus planes, incluyendo qué ciudad atacarían a continuación y los pasos que estaban tomando.

Malcolm era muy consciente de la corrupción dentro del gobierno y de la frecuencia con que le ocultaban información al público. Tildaban de teórico de la conspiración a cualquiera que se atreviera a alzar la voz en su contra, desestimándolo y desacreditándolo.

Nada nuevo.

La gente creía lo que le decían, aunque sus ojos vieran algo diferente. Malcolm no podía culparlos. A la gente le gustaba sentirse segura. Así que ignoraban lo que veían y, con el tiempo, olvidaban que alguna vez habían pensado algo distinto. Lo que les decían era ahora lo que creían.

Pero si el público realmente creía que Lex estaba en estricto aislamiento por un virus, ¿por qué había soldados que no eran De Cree rodeando el distrito de Lex con armas? Si las altas autoridades habían descubierto a los políticos que Malcolm había sobornado, entonces este podría ser el enfrentamiento final para derribar a Malcolm Gobbo y a la organización De Cree.

Se estaba volviendo evidente que, una vez más, su plan se estaba desmoronando. Esta vez con un alto costo. Perdió a su hermano, a su hijo con Yasmeen y ahora parecía que iba a perder a los De Cree.

Necesitaba reagruparse y redirigir su próximo movimiento.

Pensó en Ben y en la forma en que le habló. Malcolm estaba perdiendo el control sobre sus seguidores. ¿Cómo se había permitido eso? No era solo la forma en que Ben le faltó al respeto, eran las mentiras descaradas que dijo. Era obvio que Ben sabía dónde estaba su esposa. ¿Acaso creía que Malcolm era un tonto? Ben era un hombre que quería poder y, bueno, Malcolm se lo dio. ¿Se le había subido a la cabeza? ¿Creía que estaba por encima de Malcolm?

Abrió la puerta de un empujón y entró, recibiéndolo el aroma limpio a limón y pino. La habitación estaba inmaculada, como siempre, cada superficie reluciente y libre de desorden. En el centro del cuarto estaba sentada Tabby, vestida a la perfección con un sencillo vestido veraniego de color canela, justo como a él le gustaba. Llevaba el cabello recogido en una cola de caballo baja, que dejaba al descubierto la elegante curva de su cuello.

—Bueno, hola, querida —la saludó, dejando sobre la mesa el libro de apuntes que llevaba en las manos, con sus páginas llenas de notas detalladas y bocetos de la naturaleza inexplorada del distrito de Lex y la intrincada estructura de la ciudad.

Chris se lo había dado, junto con los planos de los túneles ocultos que aún existían bajo la estructura de la ciudad. Pero no podía recordar dónde los había guardado. Era algo que necesitaba priorizar ahora que las cosas eran inciertas.

Chris había sido una gran fuente de información, y lamentaba haberlo mandado ejecutar. Era agradable tener cerca a alguien como él con tanta información metida en la cabeza. Pero Chris era un hombre débil, y con el tiempo habría traicionado a Malcolm una vez que descubriera lo que los De Cree eran en realidad.

Era una verdadera lástima. Pensó mientras tocaba el libro de Chris, sabiendo que contenía todo lo que necesitaba para escapar.

Bueno, casi todo lo que necesitaba. Estaban los túneles, pero ya encontraría los planos a su debido tiempo.

—¿Qué es eso? —Tabby se levantó, con los ojos fijos en los dedos de Malcolm que tocaban el libro.

—Información que creo que podría interesarte. Llamémoslo Plan C.

—¿Plan C?

—Sí, parece que podríamos tener que proceder con el Plan C.

Tabby trazó con los dedos los bordes del libro, estudiándolo, perdida en sus propios pensamientos.

—¿En qué piensas, Tabby? —preguntó Malcolm con voz calmada.

Ella apartó los dedos del libro y miró hacia el tocador, observándolo brevemente antes de volver a centrar su atención en el libro. Su expresión permaneció en blanco, sin delatar el más mínimo indicio de sus pensamientos.

—No creo que sea prudente seguir aquí —dijo ella, todavía concentrada en el libro.

—Estaba pensando lo mismo, querida.

—¿De verdad? —dijo ella, pareciendo sorprendida. Aunque Malcolm lo dudaba. Era su Tabby, después de todo. Siempre iba un paso por delante de todos.

La admiraba por ello.

—Me encantaría saber qué piensas.

—Bueno —dijo ella, deslizando lentamente los dedos por la superficie de la mesa. Los dejó caer a su costado y se apartó de él, volviendo a la silla en la que había estado sentada.

—Supongo que ese es el libro de apuntes de los túneles del que habló Chris Anwir.

Sorprendente, pero no tanto. Malcolm levantó la vista.

—Bueno, sí y no. Son todas sus notas y dibujos. Tengo que revisar otros documentos para obtener información adicional.

—Entonces, ¿quieres escapar por los túneles para salir de los límites de la ciudad?

—Es una opción —dijo él—. ¿Qué piensas?

—Creo que es una idea excelente, pero primero deberíamos discutir algunos asuntos familiares.

Se giró, lanzándole esa mirada. La que siempre le provocaba un pequeño cosquilleo por dentro, sabiendo lo bien que se alineaban sus inteligencias. Siempre trabajando hacia un resultado equitativo.

—¿Tengo una idea y me encantaría que la escucharas? —dijo, con el nivel justo de emoción en la voz, que Malcolm supo que ya había practicado exactamente lo que iba a decir.

—Soy todo oídos, Tabby.

—El hijo de Ben, Adam.

—Sí, ¿qué pasa con él?

—Creo que debería estar con nosotros.

Malcolm se quedó atónito. Era algo que no esperaba oír.

—¿Por qué haríamos eso?

—Bueno, porque queremos un hijo.

Malcolm enarcó las cejas, pero no dijo una palabra, permitiendo que Tabby terminara.

—Escúchame —dijo ella, esperando su reacción de sorpresa.

Él reprimió una sonrisa que amenazaba con revelarse, encantado de lo preparada que estaba Tabby para este nuevo giro de los acontecimientos.

—Nadie buscará a una pareja con un hijo pequeño. Podríamos empezar de nuevo en otra ciudad, incluso en otro país —hizo una pausa, esperando una reacción de su parte.

—Te escucho —dijo Malcolm, con su interés en aumento.

—Piénsalo. Podríamos empezar de nuevo. Esto es lo más lejos que hemos llegado y hemos aprendido de esta experiencia. Desaparezcamos. Tú, yo y nuestro nuevo hijo, Adam. O como quieras llamarlo.

—De hecho, me gusta el nombre de Adam. El primer hombre y todo eso —Malcolm entrelazó los dedos bajo la barbilla, asintiendo con la cabeza en señal de acuerdo, la profunda hendidura abriéndose y cerrándose con cada movimiento.

El deleite se extendió por el rostro de Tabby, y él se regodeó en el hecho de que estuviera emocionada.

Su pequeña Tabby toda alterada por las emociones. Eso en sí mismo lo excitaba.

—Entonces, ¿cómo propones que hagamos esto? Digo, Ben es el padre del niño y todo eso.

La audacia del comportamiento de Ben de antes volvió a inundar la mente de Malcolm. Aún podía oír el tono petulante en la voz de Ben mientras hablaba de la muerte de Malik y de Yasmeen. Por no hablar de las descaradas mentiras sobre el paradero de su esposa.

—Le dije que me trajera el cuerpo de su esposa. Para ser sincero, creo que lo hará —dijo Malcolm, encantado de cómo los acontecimientos siempre parecían encajar a su favor.

La afirmación la tomó por sorpresa, pero ella rápidamente recuperó la compostura, sin mostrar signos de estar afectada por las palabras de Malcolm.

—¿Le ordenaste a Ben que te trajera el cuerpo de su esposa?

—Sí, quería ver si lo haría.

—Interesante —Tabby se levantó y juntó las manos en un gesto de oración bajo la barbilla, imitando a Malcolm sin darse cuenta—. Esto podría beneficiarnos.

—¿Qué deberíamos hacer con Ben?

—¿Ben? Dejemos que sea el chivo expiatorio.

Malcolm levantó la vista. Era su turno de sorprenderse.

—Eso sí que es intrigante, Tabby. Muy intrigante. ¿Cómo sugieres que le echemos toda la culpa a Ben Hollen? Mi cara y mi nombre han estado por todas partes.

—Bueno, los restos del complejo De Cree enterrarán tu cuerpo entre los escombros.

—¿Los escombros?

—Volaremos por los aires el complejo De Cree o lo quemaremos. Lo que sea más fácil. Nuestros cuerpos desaparecerán junto con todos los demás.

—¿Los demás?

—Malcolm, no podemos permitir que nadie en el complejo viva para poder hablar de lo que pasó aquí. Hay que deshacerse de ellos —miró a Malcolm como si le estuviera hablando a un niño.

Eso lo hizo sentir incómodo e incapaz de responder de inmediato. Tabby pudo ver sus preocupaciones y, por un momento, se sintió débil bajo su mirada. Su control se le escapaba hacia las manos de ella.

—No te preocupes, esa será la parte fácil. Haremos algún tipo de celebración y los envenenaremos a todos. Los cuerpos quedarán quemados hasta ser irreconocibles una vez que volemos o incendiemos el lugar. Listo. Problema resuelto.

Malcolm creía conocer a Tabby por dentro y por fuera, pero al escucharla hablar con tanta naturalidad sobre matar a todos los miembros de los De Cree, se dio cuenta de que, en efecto, había subestimado a su esposa.

—Tendremos que encontrar una forma de culpar a Ben de todo. No debería ser difícil. Está claro que quiere usurpar tu posición como jefe de los De Cree. ¿Qué mejor motivo que el deseo de poder de Ben?

—De acuerdo —dijo Malcolm, sorprendido de lo bien pensado que estaba el plan de Tabby—. Todavía hay que pensar en los hijos de mi hermano. Tendrán que venir con nosotros.

Tabby se volvió hacia Malcolm, lanzándole una mirada que casi lo descolocó. Nunca antes había visto una mirada de tal disgusto tan visiblemente expuesta en el rostro de Tabby.

—¿Los hijos de Sarah?

La forma en que dijo «los hijos de Sarah» sonó como si estuviera hablando de algo pútrido y en descomposición. Nunca había presenciado este aspecto de Tabby.

—Los hijos de Malik —corrigió Malcolm, necesitando recuperar el control de la situación—. Los hijos de mi hermano.

Tabby retrocedió ante la dureza de su tono, dándose cuenta de que había expuesto demasiada emoción. Rápidamente recuperó la compostura.

—Malcolm, tú y yo sabemos que esos niños no son de Malik. Tu hermano pasaba a Sarah a cada soldado bajo su mando como si fuera un juego de la botella.

—Tabby…

—Sabes que es verdad. No podemos arriesgar nuestro futuro por los hijos de Sarah. No son de nuestra estirpe.

Malcolm inspiró, dejando que lo que Tabby dijo se asimilara. Por supuesto, estaba al tanto de las payasadas de Malik. Sabía que sus sobrinos no eran hijos de su hermano, pero eran Gobbo.

—Muy bien. Dejémoslo en nosotros tres —dijo, zanjando el tema. No tenía ganas de seguir discutiéndolo con ella. Todavía albergaba celos hacia Sarah desde sus lejanos días como compañeras de cuarto en la universidad. Como fuera. No sentía la necesidad de discutirlo más con ella. Dicho esto, el tema no estaba zanjado para él. Sarah y sus hijos no se hundirían con el barco que se hundía, que era el De Cree. Malcolm se aseguraría de eso.

Mientras consideraba los túneles, se dio cuenta de que necesitaría algo más que el diario. También tendría que localizar los planos, pero eso no debería ser demasiado difícil. Pensó en empezar de nuevo y en Adam, el niño que podría ser su hijo. Junto con Tabby, podrían criarlo para que se convirtiera en un futuro líder de una nueva comunidad. Sería un nuevo comienzo para todos ellos.

Su mente se aceleró con la idea de construir de nuevo. Sabía muy bien que Tabby también estaba pensando en ello. La emoción de todo. Sería como en los viejos tiempos cuando conoció a Tabby, pero esta vez sería diferente. Esta vez no serían jóvenes recién casados recién salidos de la universidad. Esta vez serían una pareja casada durante años, con un hijo pequeño. Adam.

A Malcolm le sorprendió lo mucho que le gustaba la idea de que Adam fuera su hijo. Ni siquiera conocía al niño aún, pero eso no pareció molestarlo, lo que fue otro giro de los acontecimientos que

no había esperado. Malcolm había estado tan decidido a tener un hijo de su propia sangre que nunca se le pasó por la mente que podría tener uno ya nacido y listo para tomar. Uno al que podría criar y moldear a su imagen y semejanza. ¿Por qué no empezar una familia de esta manera? Si Tabby iba a ser madre de un niño que no era biológicamente suyo, ¿por qué no podía Malcolm hacer lo mismo?

—Me gusta esto, Tabby. Me gusta mucho este plan. Tendríamos que cambiar nuestra apariencia, convertirnos en algo diferente de lo que parecemos ahora.

Tabby tenía un brillo en los ojos, anticipando ya el cambio. Recordó cómo se veía Tabby todos esos años atrás, cuando Malcolm cortejaba a Sarah. Mucho antes de que Tabby supiera quién era él. Él sí lo sabía. La idea de ser versiones diferentes de sí mismos en esta próxima etapa de sus vidas le atraía. Transformarse en personas más acordes con los tiempos. Más modernos, menos tradicionales.

Sí, esta era una buena idea. Malcolm necesitaba mudar esta vieja piel suya y dejarla ir, junto con la vida que tenía. Eso incluía dejar ir su deseo por Yasmeen. Esto sería difícil para él, pero al fin y al cabo ella era solo una mujer, y Tabby estaba ante él, ya diez pasos por delante, creando un plan y una vida, a salvo de la caída de los De Cree. Necesitaba olvidarlo. Dejarlo en el pasado.

Había llevado las cosas un poco demasiado lejos en su deseo de tener a Yasmeen. Tabby lo había visto todo con claridad y, sin embargo, aquí estaba ella ante él, salvando la situación.

Tenía que demostrarle que ella era su esposa y que solo la deseaba a ella.

—Estoy pensando que tenemos el comienzo de un hermoso plan —dijo, su mano extendiéndose para tocarle el hombro, bajando el tirante del vestido, dejando al descubierto su hombro y clavícula desnudos—. Un plan perfectamente hermoso.

CAPÍTULO 76

LEAH

EL HORIZONTE SE TIÑÓ de un suave tono anaranjado mientras el sol descendía, proyectando largas sombras sobre el vasto espacio abierto que conducía a la frontera. Imponentes y autoritarios, los soldados marchaban por los perímetros enrejados, con sus armas reluciendo bajo el sol poniente.

Kai, Leah y John observaban a distancia, resguardados por los restos de un viejo edificio. Desde este punto de observación, tenían una vista despejada de la frontera y del ominoso bloqueo de los soldados.

La respiración de Leah era superficial, sus ojos azules escaneaban constantemente a la multitud de soldados, buscando huecos en la barrera. Adam consumía sus pensamientos. Necesitaba verlo. Oír su vocecita resonando en sus oídos.

A su lado, Kai fijó la mirada con determinación.

—No podemos confiar en el mundo exterior —susurró, sin apartar la vista de los soldados—. Si no han actuado ya, puede que nunca lo hagan.

Las manos fuertemente apretadas de John revelaban la profundidad de sus emociones. Las mentiras que había creído burbujeaban en su interior, desgarrándolo por dentro.

—Tenemos que salvarnos a nosotros mismos.

Kai asintió, mirando a John. —Tenemos que volver con Hayden. Necesitamos más ayuda.

Leah, con la voz cargada de desesperación, replicó: —Pero no podemos simplemente dejar a Adam.

—No lo haremos —le aseguró John, su voz profunda resonando con convicción—. Pero necesitamos un plan sólido y más ayuda para salvarlo a él, a Amanda y al bebé. —Hizo una pausa, la tensión en su mandíbula era visible—. Volver con Hayden es nuestra mejor oportunidad.

Kai se quedó pensativo. —Los soldados son demasiados y el bloqueo es impenetrable. Necesitamos encontrar una forma de rodearlo. Tanto para salir de Lex como para entrar en El De Cree.

John y Kai intercambiaron miradas. —¿La pregunta es cómo diablos lo hacemos? —dijo John—. Necesitamos un guía, alguien que conozca la ciudad al dedillo. Por dentro y por fuera.

El rostro de Kai esbozó una leve sonrisa. —Puede que conozca a alguien en Hayden que pueda ayudar.

—¿Ah, sí? ¿Quién? —preguntó John, con una chispa de esperanza en sus ojos claros.

—El novio de mi hermana, mira tú por dónde —dijo Kai sacudiendo la cabeza con incredulidad, riendo entre dientes ante la ironía de todo aquello—. Lo sabe todo sobre la ciudad y tiene memoria fotográfica.

—Pero primero necesito ver a Adam de nuevo —dijo Leah, incapaz de apartar la vista de los soldados en la distancia. Por una vez, no sintió miedo ni pánico, nada. Todas las emociones parecían escapársele mientras se quedaba mirando a los soldados mientras el día se convertía en crepúsculo. Una brisa fresca levantó los

mechones de pelo que se habían soltado de su cola de caballo, provocándole un escalofrío.

Tenía la mente en blanco. La visión de los soldados en la frontera silenció todos sus pensamientos.

John asintió.

—Tengo que contarle todo a Amanda. Necesita estar alerta cuando nos vayamos a Hayden.

Leah dejó escapar un profundo suspiro, temiendo los siguientes pasos y sintiéndose atrapada por el hecho de tener que dejar atrás a Adam. Aquello la carcomía.

Kai le puso una mano en el hombro y se lo apretó para tranquilizarla.

—Sé que esto es difícil, pero así es como lo recuperaremos.

—¿Por qué esos soldados no nos ayudan? —preguntó Leah, las palabras de Kai sonando lejanas.

—No lo sé.

—No puedo volver a Hayden sin Adam —soltó, con los ojos fijos en los hombres armados—. No lo haré.

Su mente estaba decidida.

Kai simplemente asintió, sabiendo que era inútil discutir con ella. ¿Cómo podría convencer a una madre de que abandonara a su hijo?

Encontró la mirada de John, con una expresión decidida en sus ojos.

—Dile a Amanda que tiene que sacar a Adam afuera todos los días. A la misma hora. Necesito estar cerca de él y saber que está bien —dijo, dejando claro que no había lugar a discusión.

John asintió.

—Sí, y necesito que también la cuides a ella.

—No he terminado. —Había una frialdad en su voz. Sus pensamientos se convertían en acciones mientras hablaba—. Amanda tiene que buscar una forma de meterme en el complejo. Ya me cansé de esperar.

Las palabras de Leah quedaron suspendidas en el aire, sus ojos decididos y feroces.

Kai y John se quedaron desconcertados, sus expresiones eran una mezcla de incredulidad y preocupación.

—No —protestó Kai—. Eso es un suicidio. Tienes que esperar a que volvamos.

—Estoy de acuerdo. No quiero que Amanda se ponga en peligro.

Leah se mantuvo firme, inflexible en su determinación de hacer lo que fuera necesario para rescatar a Adam. Se negó a seguir discutiendo con los dos hombres y les dio la espalda, dirigiéndose hacia donde habían dejado el auto.

John y Kai la siguieron, tratando de hacerla entrar en razón sin llamar una atención no deseada.

Siguieron intentando persuadir a Leah mientras manejaban de vuelta al De Cree. Ella permaneció sentada en silencio, emparedada entre los dos. Kai a un lado. John, al otro, dos pilares de fortaleza.

Sintió el poder que emanaba de ellos y supo que no tenía más remedio que confiar en ellos.

Pero tampoco podía depender de que todos los demás rescataran a Adam.

Ella también tenía que ser fuerte, igual que Kai y John. No iba a volver con ellos. No, se quedaría atrás y, de un modo u otro, entraría en ese complejo. Aunque fuera lo último que hiciera.

Capítulo 77

Summer

SUMMER SE SENTÓ AL borde de la cama. Puso la mano sobre su enorme vientre, sintiendo al pequeño ocupante que había dentro.

El bebé crecería aquí. Rodeado de árboles y naturaleza, floreciendo en ella como lo hizo ella.

Creía haberse sentido viva y libre cuando patinaba. Pero eso, como tantas otras cosas, era parte del pasado.

Ahora su vida era pescar, cazar y estar al aire libre. Sentir el viento acariciarle la cara y disfrutar del sol, que calentaba su cuerpo.

A pesar de que le estaba aplicando la ley del hielo a Chris, le encantaba entrenar con Kai y con él. La sensación de fuerza que conllevaba dominar el movimiento y ganar control con órdenes precisas. No le gustaba que le dijeran qué hacer, pero aprender a recibir órdenes y ser entrenada para trabajar en equipo la había moldeado en una persona más fuerte.

Y florecía con Lonnie, que, sentada frente a ella, disfrutaba doblando la ropa de bebé en pequeñas y ordenadas pilas.

Summer no pudo evitar sonreír. A Lonnie le encantaban estas cosas.

Lonnie levantó la cabeza y puso una mano tranquilizadora en el vientre hinchado de Summer. —Ya no falta mucho, mi niña —susurró, mientras sus dedos trazaban la curva de la panza.

Los ojos de Summer se abrieron como platos, con una mezcla de miedo y emoción, al pensar en el parto inminente y en criar a un bebé ella sola.

¿Podría hacerlo? ¿Podría?

—¿En qué estás pensando? —preguntó Lonnie.

Apoyando las manos a cada lado de la cama, Summer arqueó la espalda. Estar embarazada era difícil. Tenía que levantarse a mitad de la noche para orinar a cada rato. Además, todo era una lucha, hasta las cosas más simples. Lonnie decía que era normal y, como Summer no sabía nada de bebés, no le quedaba más remedio que creerle.

Lonnie continuó doblando la ropa de bebé que quedaba y la llevó al pequeño armario en la pared que sería la cómoda del bebé. Lo había forrado con diferentes estantes para que cada artículo fuera fácilmente accesible: los mamelucos en la parte superior y los bodies y calcetines en el medio, las mantas de recibir en un extremo y, dada la situación, los pañales de tela caseros en el otro.

Santo cielo, ¿cómo iba a lidiar con los pañales?

Su vida de antes parecía tan lejana.

A sus pies, Meggy Mugs soltó un pequeño quejido. Trotó hacia la puerta, sus uñitas resonando en el suelo de la casa rodante, y comenzó a arañar la pared para que la dejaran salir.

Summer se levantó con esfuerzo de la cama para dejar salir a la perra.

Al abrir la puerta, vio a Yasmeen saliendo de la casa rodante de Leah, caminando hacia el área común de la comunidad a toda prisa, como si algo estuviera pasando.

Summer no la soportaba. ¿Cómo es que a Leah le había parecido bien que Yasmeen se quedara en Hayden, y mucho menos que

viviera con ella? Para ser sincera, probablemente era culpa suya que se hubieran llevado a Adam.

Había pasado casi un mes desde que Kai y Leah se fueron y no habían tenido ni una sola noticia de lo que había estado ocurriendo fuera de Hayden.

La perrita regresó corriendo adentro y Summer cerró la puerta de un portazo.

Yasmeen giró la cabeza hacia el ruido pero, distraída, siguió su camino.

—¿Por qué tiene tanta prisa? Quizá deberíamos ver qué pasa —dijo Summer, volteándose hacia Lonnie.

—¿De qué «ella» estamos hablando? —cuestionó Lonnie, poniéndose de pie para echar un vistazo afuera.

—Ya sabes de quién hablo —Summer hizo comillas con los dedos y pronunció—: «La que no habla».

—Hablará cuando esté lista —Lonnie se quedó en la puerta, observando a Yasmeen afuera. Giró ligeramente la cabeza, enarcando una ceja hacia Summer.

—Vas a tener que superar ese odio. Te va a carcomer por dentro, niña.

—Es rara, nunca habla. O sea, ¿qué diablos le pasa?

Dejándose caer en el sofá, Summer puso los ojos en blanco. Había un pequeño moisés al otro extremo del sofá, ya limpio y listo. Algo que Lonnie tenía en su interminable provisión de cosas para bebés que había coleccionado a lo largo de los años. Artículos que sabía que las mujeres necesitaban y que a veces no podían permitirse.

Ahora Summer era una de esas mujeres necesitadas.

Tragó saliva, pensando de nuevo en el bebé y en cómo lo iba a cuidar.

—¿Qué está pasando en esa cabecita tuya?

—¿Crees que pueda hacer esto? O sea, vamos, no tengo experiencia cuidando a un bebé, y mucho menos siendo madre. Diablos, ni siquiera sé lo que es una madre.

Lonnie se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros. Summer sintió su cuerpo tensarse al instante, pero se obligó a relajarse contra Lonnie, apoyando la cabeza en su hombro.

No pudo evitarlo. Lonnie se sentía segura y sus defensas estaban bajas.

—No sé si puedo hacerlo. No sé cómo ser una familia. Nunca he tenido una.

—Lo sé, lo sé —Lonnie le acarició la cabeza, apartándole el pelo de su cara limpia. Ya no usaba el maquillaje de antes. Ni delineador negro ni sombras oscuras en los ojos.

—Te adaptarás, como siempre haces, y estarás bien. Lo sé, y no estás sola.

Contra la voluntad de Summer, sintió que su cuerpo la traicionaba, mientras las emociones la desbordaban.

—Pero este mundo es una locura, y eso que ya me lo parecía antes. Ni siquiera sé lo que es normal. ¿Cómo se supone que voy a proteger y hacer que la vida de mi hijo sea normal?

—Bueno, para ser sincera, no creo que ninguno de nosotros se sienta normal —dijo Lonnie, continuando con las caricias en el pelo de Summer; sus dedos, como por arte de magia, calmaban los nervios de Summer, permitiéndole liberar los miedos que guardaba en su interior.

—Solo tengo miedo de arruinarle la vida.

—Puedes contármelo, ¿sabes?

Lonnie envolvió a Summer en sus brazos, como el capullo de una madre que abraza a su hijo.

—No puedo… no puedo hablar de eso.

—Escucha —dijo Lonnie, levantando la cabeza de Summer para que sus miradas se encontraran—. Todos tenemos cosas en nuestro pasado. Todos. Todos cargamos con heridas que siguen dejando cicatrices. ¿Entiendes?

Summer sorbió por la nariz, tratando de contener las lágrimas que una vez más intentaban caer. ¿En quién se había convertido? En esta llorona que se derrumbaba a cada rato. Tenían que ser las hormonas. Y, sin embargo, no lo eran.

Summer sintió los labios de Lonnie presionar contra la coronilla de su cabeza y la represa dentro de ella se rompió.

Durante todo ese tiempo, Lonnie la abrazó, meciéndola, permitiendo que Summer se limpiara de todo lo que había reprimido

de una vida que ya no existía.

Cuando ya no quedaba nada dentro de ella, Lonnie dijo las palabras que Summer no esperaba oír.

—Escúchame bien, niña, y escucha con los oídos bien abiertos, ¿de acuerdo?

Summer asintió con la cabeza contra la camisa húmeda de Lonnie.

—Hay muchas cosas que desearíamos poder retroceder y cambiar. Se toman decisiones que resultan en que sucedan cosas malas. A veces hechos irrefutables, como la muerte de alguien —hizo una pausa, con la voz temblorosa—. Pero no importa cuánto queramos cambiarlo, no podemos. Ya ha sucedido. Los «y si» no importan, porque no puedes cambiar lo que ya está hecho. La vida no funciona así —le dio a Summer un pequeño apretón.

—Hay tantas variables en cualquier situación, Summer. Un momento en el tiempo es como un efecto dominó de olas sobre olas de diferentes vidas. Tú y tu bebé todavía están aquí —puso su mano sobre el vientre de Summer, acunándola más fuerte mientras Summer se sentía hundirse más profundamente en el abrazo de Lonnie.

—Tú y el bebé están aquí. El pasado se ha ido. De lo que tenemos control es del aquí y el ahora.

Summer sorbió por la nariz, mirando el rostro de Lonnie. Ella le secó las lágrimas con las yemas de sus pulgares, mirándola a los ojos con calidez y amor.

—Nunca volverás a estar sola mientras yo viva. Estoy aquí para ti y para este pequeño por mucho tiempo. Ahora eres mi familia y la familia está ahí para apoyarse. En las buenas y en las malas. Eres mi niña. Mi niña y te quiero.

Summer se aferró a Lonnie, incapaz de digerir, y mucho menos procesar, las palabras que de alguna manera se llevaron al instante todos los miedos que había sentido toda su vida.

—No voy a soltarte, ni a ti ni a este precioso pequeño que viene en camino. Eres la hija de mi corazón. Y ese hermano mío, bueno, también lo tienes a él. Tal para cual, te lo digo.

Summer soltó una carcajada y se limpió la nariz.

Lonnie le dio a Summer otro abrazo, le dio una palmadita en la pierna y la besó una vez más en la coronilla.

—Chris también te quiere, ¿sabes?

Summer se puso rígida, y la traición resurgió.

—Él también vive con lo que no puede cambiar. Es un buen hombre, y haría cualquier cosa por ti. Perdónalo, Summer.

Justo en ese momento, un golpeteo insistente en la puerta interrumpió el momento.

Ambas levantaron la vista.

Lonnie se levantó, diciéndole a Summer que se quedara quieta mientras iba a la puerta.

Yasmeen entró, con aspecto agitado y sin aliento.

Miró a Summer, con los ojos enrojecidos, y se volvió hacia Lonnie, haciéndole señas para que se acercara.

El pánico comenzó a apoderarse de Lonnie mientras sujetaba los brazos agitados de Yasmeen.

—¿Qué pasa? ¿Qué está pasando?

Dejó de moverse, respiró hondo y habló por primera vez en más de un mes: —Kai ha vuelto y no está solo.

Capítulo 78

Yasmeen

LONNIE Y SUMMER IRRUMPIERON en la habitación, seguidas por Yasmeen.

Allí estaba Chris y, frente a él, Kai, con un hombre tan alto como él pero corpulento como un camión.

El corazón de Yasmeen le latía con fuerza en el pecho, con los ojos muy abiertos, todavía en shock al ver a John Wilder con Kai.

—Yasmeen —exclamó John, con la voz llena de una mezcla de sorpresa y terror.

¿Y cómo no iba a estarlo?, pensó Yasmeen, sintiendo que quería salir disparada de esa habitación lo más rápido que pudiera, pero por supuesto no podía. Les debía demasiado a estas personas como para abandonarlas.

Cuando Kai llegó, solo estaba con John. ¿Qué diablos le pasó a Leah?

—John —su voz, ronca por la falta de uso, fue apenas audible en un susurro. Lo miró fijamente, estupefacta. John no se daba cuenta, pero ella estaba igual de aterrorizada de verlo.

Kai dio un paso adelante, con los brazos extendidos en un gesto no amenazante, como si intentara tender un puente entre los que eran de Hayden y los que eran de De Cree.

—Tenemos mucho de qué hablar —empezó.

—¿Dónde está Leah? —preguntó Lonnie, con genuina preocupación en su rostro.

—Se quedó atrás para cuidar a Adam —dijo Kai con voz apresurada.

—¿Lo tiene ella? —Summer estaba junto a Lonnie, sujetándole el brazo.

—No, pero… —Kai sacudió la cabeza, intentando ordenar sus pensamientos—. Ya llegaré a todo eso, pero primero todos tienen que oír lo que John y yo tenemos que decir. Lo que hemos descubierto.

—Estamos escuchando —respondió Chris, con los ojos entrecerrados fijos en John.

Abrumado por la gravedad de la situación, Kai inhaló, preparándose para lo que tenía que decir.

—La ciudad sigue rodeada por docenas de soldados de De Cree. Seguimos muy atrapados —hizo una pausa—. Pero hay otros soldados, o eso creemos. John no los reconoce y no llevan uniformes de De Cree.

El rostro de Lonnie palideció. —¿Y qué quieren?

John intervino, su voz de barítono cortando el aire tenso. —Estos soldados no son de De Cree. Parecen militares y están rodeando las fronteras del distrito donde los soldados de De Cree no se ven por ninguna parte. De hecho, están desapareciendo.

Summer apretó los puños, lista como siempre para estallar en una bola de furia. —¿Y por qué deberíamos confiar en ti? Eres uno de ellos.

Kai le lanzó una mirada tranquilizadora. —John no lo sabía. Lo asignaron para proteger a los civiles dentro de De Cree. Su esposa es amiga de Leah. Está con Adam en De Cree.

Los ojos de Yasmeen se movieron rápidamente. —¿Adam? ¿Está con Amanda?

La mirada de John se tornó sombría. —Sí. Leah los está cuidando. No quiso irse. Se quedó para vigilarlos a ambos. Aunque estoy preocupado. Está decidida a entrar y si lo logra sola, temo el resultado. Por ella, por Adam y por Amanda.

Los ojos de Lonnie se suavizaron un poco al mencionar a Amanda. —Está embarazada, ¿verdad? Leah lo mencionó.

John asintió, su rostro una máscara de preocupación. —Por eso estoy aquí con Kai. Necesito protección para Amanda y nuestro bebé.

Yasmeen, con los brazos cruzados, miraba a John con escepticismo. En realidad, le caía bien en cuanto a su personalidad. Sabía que él no conocía todos los trapos sucios de De Cree, pero eso no era una excusa. Debería haberlos conocido. En cuanto a Amanda, bueno, Yasmeen no era hipócrita. No era fan de Amanda Wilder.

—¿Esperas que te aceptemos sin más? ¿Después de todo? No has sido más que una oveja ciega.

—Mira quién habla —espetó Summer, fulminando a Yasmeen con la mirada—. ¿Por qué deberíamos confiar en ti? Tú, que te acuestas con el enemigo.

Yasmeen se sonrojó, negándose a girar la cabeza hacia la mocosa parlanchina. No le daría a la chiquilla la satisfacción de haberla puesto en evidencia.

John sostuvo la mirada de Summer directamente.

—Yo no estuve involucrado en lo que los soldados de De Cree le hicieron a la ciudad. Sé que es un trago amargo, pero Yasmeen tiene razón. Soy una oveja, y tendré que vivir con la culpa de haber sido tan ciego a todo lo que ha sucedido, pero ahora mismo, nos necesitamos. Creo que los soldados que bordean los límites están aquí para ayudar. Si no, tenemos problemas aún mayores.

Kai se acercó a Summer, su voz suave. —Necesitamos unirnos. Unidos, podríamos tener una oportunidad de escapar de todo esto. No podemos estar seguros de si los soldados en el perímetro son amigos o enemigos. Lo único que sabemos es que no han hecho

nada para salvar a los que hemos estado atrapados aquí todos estos meses.

Hubo un denso silencio, cada persona lidiando con la realidad que tenía ante sí. Confiar en John era un riesgo, pero había demasiado en juego y, ¿qué otra opción tenían?

Después de lo que pareció una eternidad, Summer habló.

—Bien. Trabajaremos juntos. Pero un movimiento en falso de esos dos, y se acabó.

Yasmeen chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco.

¿O qué?, pensó, molesta con la chiquilla. ¿Por qué tenía que opinar tanto en todo? ¿Qué tenía? ¿Catorce? ¿Quince años?

John asintió, comprendiendo que estaba a merced de estos extraños. De todos menos de ella y Chris, claro, y bueno, con el historial que tenían, las cosas no pintaban bien para él.

—Tengo todo que perder si no hago algo, lo que sea, para mantener a mi familia a salvo.

Yasmeen permaneció en silencio, aislada.

Juntos, dieron los primeros pasos hacia una alianza incómoda. La lucha estaba lejos de terminar, pero al menos iban a intentar rescatarse a sí mismos.

Chris caminaba de un lado a otro, murmurando para sí mismo sobre la descuidada decisión de haberle dado los planos a Malcolm.

Yasmeen se mantuvo callada, pero centró su atención en las palabras de Chris.

—¿De qué estás hablando? —se le acercó Lonnie, pasando su brazo por el de él, intentando calmar la agitación de Chris.

—Los planos. Los tuve aquí mismo, en mis manos —hizo un gesto como si los estuviera sosteniendo—. Y simplemente se los entregué a Malcolm Gobbo, que los tiró a un lado.

—¿Qué planos? —preguntó John, frunciendo el ceño.

—Los planos de Lex y los túneles subterráneos.

Kai miró a Chris, atónito.

—¿Hay túneles debajo de la ciudad?

—Sí, muchas ciudades los tienen —dijo Chris como si nada—. Algunos son subterráneos, otros viejos túneles secretos de la ley

seca, otros estaciones de tren, sistemas de alcantarillado. Mundos enteros abandonados.

Kai ladeó la cabeza, estupefacto.

—¿Y no pensaste que esta podría ser información que nos interesaría saber?

Chris miró a Kai y negó con la cabeza.

—No tengo los planos ni los mapas de la ciudad para saber siquiera dónde están. ¿Crees que si supiera cómo llegar a ellos no lo habríamos hecho la primera semana cuando todo se vino abajo?

Sacudió la cabeza.

Pobre Chris, pensó Yasmeen. Incluso cuando intenta arriesgar el pellejo, nunca es suficiente.

—¿Crees que si tuvieras esos planos, podrías sacarnos de aquí? —se despegó de la pared contra la que había estado apoyada, su voz, silenciada por tanto tiempo, poniéndose en marcha como un músculo atrofiado. Cada palabra se sentía como un ejercicio.

—Sí, seguro —dijo Chris—. Por eso se los di a Malcolm, por si, ya sabes, había algún tipo de peligro.

Kai miró a Chris, con el rostro inexpresivo.

—¿Qué? —Chris levantó las manos.

—¿De quién tendrías que escapar, Chris? —lo fulminó Kai con la mirada, su voz cargada de acusación.

—Te dije la verdad, Kai, no sabía todo lo que Malcolm planeaba, pero sabía que la ciudad iba a ser cerrada temporalmente —hizo una pausa, incapaz de decir más. Cada palabra que decía lo hundía más. No importaba cómo lo expresara, Chris no salía bien parado.

Era hora de salvar a Chris. No era un mal tipo, igual que John no lo era. Ambos simplemente se dejaron guiar, como cachorros con correa controlados por Malcolm.

No se parecían en nada a ella. Los ojos de Yasmeen nunca estuvieron cerrados a la realidad de De Cree y Malcolm Gobbo. Siempre estuvieron bien abiertos todo el tiempo, fijos en Ben como el premio.

Le desconcertaba cómo ninguno de ellos había intentado con más ahínco escapar. Entendía que los soldados de De Cree rodeaban la mayoría de las fronteras hacia la autopista, pero alguien debía de

haber salido. A ella no le había resultado tan difícil escapar de De Cree. Además, siempre tenía planes por si las cosas se desmoronaban.

Llevaba en la sangre el estar preparada a toda costa.

—Ahora vuelvo —dijo, disculpándose. Nadie se dio cuenta mientras se escabullía por la puerta y corría hacia el tráiler de Leah.

Había tenido muchas razones para volver a De Cree después de hacer aquello en lo que no quería ni pensar. Una de ellas era echarle mano a los planos para poder escapar de este infierno de una vez por todas.

Antes de dejar De Cree, había tomado los rollos de planos que Tabitha escondía en el cajón inferior de la cómoda de su dormitorio. Estaban allí, en el mismo lugar donde había visto a Tabitha ponerlos muchos meses antes. Olvidados, pero no del todo. Yasmeen no olvidó que estaban allí. Solo se sintió furiosa por no haberlos tomado cuando se fue la primera vez, permitiendo que sus emociones la dominaran. Esa sería la última vez que dejaría que eso sucediera.

Ahora las cosas habían cambiado de nuevo. Iba a irse por su cuenta una vez que estuviera lo suficientemente fuerte y pudiera salir de la oscuridad de su cama. Pero después de toda la ayuda que Lonnie, Leah y el resto habían arriesgado por ella, Yasmeen se los debía.

Abrió la puerta del tráiler, decidida, y fue a buscar los planos y sus diarios que había escondido bajo el colchón. Los del complejo, los de los túneles que había debajo, y sus detallados diarios que lo contenían todo.

Durante su tiempo en De Cree, Yasmeen documentó meticulosamente cada movimiento e intención de Malcolm Gobbo y la organización, como si se estuviera preparando para su eventual caída. Porque lo estaba. Sabía que se desmoronaría, y necesitaba algo para proteger su pellejo y el de Ben, para el caso, cuando el castillo de naipes se derrumbara, lo cual era inevitable.

El grupo se reunió alrededor de una larga mesa. Extendidos sobre ella había mapas dibujados a lápiz y muchas páginas llenas de notas escritas a mano. A su lado yacían los planos descoloridos y arrugados que Yasmeen le robó a Tabitha, iluminados por el tenue resplandor de los faroles.

John se mantuvo atrás con Kai y los demás, impactado por las imágenes que tenía ante sí.

Con manos expertas, Yasmeen explicó rápidamente los dibujos del complejo y los alrededores, señalando cada área y detallando su uso específico.

Kai examinó una sección de los planos de los túneles, trazando con el dedo las antiguas rutas del alcantarillado. —Si no podemos pasar a través de los soldados, tal vez podamos pasar por debajo de ellos.

Chris asintió; su conocimiento de la infraestructura de la ciudad salió a relucir ahora que tenía los planos para guiarse.

—Hay una serie de antiguos sistemas de drenaje que conectan diferentes partes de la ciudad. Pocos recuerdan que existen. Son nuestra mejor apuesta si esos soldados no son militares que vinieron a rescatarnos.

Chris, siempre el estratega, señaló una sección del mapa. —Necesitaremos una distracción para atraer la atención de los soldados mientras un equipo se cuela en el complejo.

John se inclinó, su voz baja.

—Tengo contactos dentro del complejo. Miembros que no tienen idea de lo que está pasando afuera y confían en mí. Podría conseguirnos acceso a estos lugares —señaló los dibujos de Yasmeen—. Pero solo si puedo convencerlos de que está relacionado con el protocolo de De Cree.

Los ojos de Yasmeen se dirigieron hacia John, su confianza aún frágil.

—¿Y estás seguro de que no nos traicionarán? Sabes lo leales que son a Malcolm.

John le sostuvo la mirada. —No lo sé, pero tengo que intentarlo. No todos son malos ahí dentro, Yasmeen. Tú lo sabes. Solo están mal guiados. Como nosotros.

Yasmeen bajó la cabeza, con la cara roja.

No, John, pensó, te equivocas. No como *nosotros.* Ella no estaba mal guiada en absoluto. Ni un poco.

El pie de Kai golpeaba el suelo con impaciencia, señal de que la conversación se estaba alargando demasiado.

—Tenemos que concentrarnos. Leah está arriesgando su vida en De Cree. Tenemos que llegar hasta ella, Adam y Amanda —levantó la vista, visiblemente preocupado—. No quiero dejarla sola más tiempo del necesario.

Summer suspiró, frotándose las sienes. —Necesitaremos armas, suministros. Si terminamos en los túneles, el viaje no será fácil. ¿Quién sabe en qué estado se encuentran?

Lonnie levantó la vista, con la determinación clara en sus ojos. —Tenemos depósitos, lugares donde escondimos artículos esenciales antes de que comenzara la toma. Cuando Kai y yo estábamos montando Hayden. Esperábamos guardarlos para el invierno, pero es hora de recuperarlos.

El grupo asintió mientras la esperanza echaba raíces. Por cada problema que identificaban, parecía surgir una solución.

Kai finalmente habló, su voz firme y llena de convicción. —Esta noche, descansamos y reunimos nuestras fuerzas. Mañana, regresamos.

Mientras el grupo se dispersaba de vuelta a sus tráileres, Yasmeen se acercó a John. Su rostro se suavizó. —Esto es una locura.

John asintió.

—¿Verdad? ¿Chris Anwir, vivo? Menos mal que Kai me lo dijo antes de que llegáramos. No sé cómo habría reaccionado al verlo.

Yasmeen soltó una risita, asintiendo de acuerdo.

—Sorprendente, por decir lo menos.

—¿Cómo diablos recopilaste toda esa información además de los planos?

—Nunca he sido una persona muy confiada, John, y… —hizo una pausa, sin tener idea de por qué sentía ganas de confesarse con John Wilder, de entre todas las personas—. Malcolm Gobbo no me engañó.

John arrugó la frente.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que nunca creí una palabra de lo que dijo y que pensé que era un maníaco psicótico desde el principio.

—Entonces, ¿por qué te involucraste tanto y aceptaste ser la elegida?

Yasmeen se rio, aunque no pensaba que nada de eso fuera gracioso.

—Por qué, ¿verdad? ¿Por qué lo haría? Porque estaba estúpidamente enamorada de un hombre perverso, y él me vendió a Malcolm por más poder en De Cree.

John miró el rostro de Yasmeen, y ella intentó ocultar la herida y el dolor que estaba aprendiendo a enterrar en su pecho. Se apartó, incapaz de mirar esos extraños y penetrantes ojos azules que él tenía. Tan contrastantes, pero atractivos, contra su piel oscura. Sintió una mano pesada sujetándole el hombro y se giró bruscamente, alerta y en guardia.

—Ambos tenemos que vivir con las consecuencias de nuestras decisiones. Tú al menos te preparaste para lo peor. Todos nosotros estábamos dando tumbos hasta que trajiste tus diarios y los planos que te arriesgaste a tomar de De Cree.

Yasmeen negó con la cabeza, resoplando.

—Oh, John —le puso la mano en un lado de la cara y le dedicó una pequeña sonrisa—. Mis decisiones son imperdonables, pero no te dejes engañar. Sigo intentando protegerme a mí misma.

CAPÍTULO 79

KAI

EL GRUPO DESALIÑADO ESTABA reunido, cargado con tiendas de campaña, armas, municiones, comida y planos.

Lonnie estaba junto a Summer, quien estaba furiosa porque no podía ir, pero también sabía que estaba demasiado avanzada en su embarazo para ser de ayuda. Ella los retrasaría y, siendo sincera, Summer no quería hacer nada que pudiera poner en riesgo al bebé. Era demasiado peligroso en su estado.

Pero eso no le quitaba lo mucho que odiaba la situación.

Lonnie se mantenía de pie, luchando por contener las lágrimas mientras Kai se acercaba, colocando sus manos sobre sus hombros y juntando sus frentes.

—Por favor, cuídate mucho, mi pequeña Ocean.

Kai cerró los ojos, inhaló hondo y asintió, aún con sus frentes tocándose. Se quedaron así unos segundos, luego se abrazaron y se

separaron, aunque mantuvieron los brazos entrelazados un momento más.

Él se giró hacia Summer, que estaba de pie incómodamente junto a Lonnie, viéndose perdida y haciendo un esfuerzo por contener sus emociones. Kai puso sus manos sobre los hombros de Summer, igual que con Lonnie, e inclinó la cabeza hasta que sus frentes se encontraron.

Las lágrimas llenaron los ojos de Summer mientras intentaba recomponerse, sin poder alejarse de él.

—Cuídate, Kai. Por favor, cuídate —dijo, su voz sonaba joven y frágil—. Lonnie te necesita —cerró los ojos, con el labio inferior tembloroso—, yo te necesito.

Kai la abrazó, acomodando su cabeza en su pecho.—Todo va a estar bien, niña. Vamos a salir de todo esto, juntos. Tenemos que lograrlo.—Se apartó de su abrazo solo para mirarla a la cara y puso su mano sobre su vientre.—Por este que viene en camino.

Besó la cabeza de Summer y le dio otro abrazo.

—Le tienes que enseñar a pescar como me enseñaste a mí, ¿me lo prometes? —dijo, pasándose el brazo por la nariz húmeda.

—Claro, para eso están los tíos.

Los ojos de Summer se abrieron sorprendidos.

—¿Tío?

Kai sonrió de lado y le dio un golpecito juguetón en la mandíbula con el puño.

—Somos familia, ¿verdad? —dijo, como si fuera lo más natural del mundo.

Ella asintió en silencio, esforzándose por no mirar más que sus propios pies sobre el suelo maltratado.

Kai recogió a Meggie Mugs, que esperaba pacientemente entre Summer y Lonnie, y la sostuvo cerca de él.

—Cuida a Hayden, Meggie —dijo, acariciando la cabeza de la perra antes de ponerla en el suelo. Meggie Mugs ladró en respuesta y volvió a pararse junto a los pies de Lonnie.

Lonnie y Summer se tomaron del brazo, ambas luciendo frágiles y tristes. Kai las atrajo a su pecho, abrazándolas con fuerza.

Su familia.

Haría lo que fuera por ellas.

—Voy a traer a Leah y al niño a casa. Y después, veremos qué sigue. Todos, juntos.—Miró hacia atrás, a Chris, quien intentaba tener paciencia para su turno de despedirse, pero no lo lograba muy bien.

Kai se hizo a un lado, sintiendo cada palabra que había dicho. Se apartó mientras Chris avanzaba para despedirse de Lonnie.

Lonnie se estiró para arreglarle el cuello de la camisa a Chris.

Ahora estaba más delgado y lucía más joven. Los días de encierro, pálido por pasar horas frente a una pantalla, habían quedado atrás. Su piel bronceada resaltaba el azul brillante de sus ojos detrás de los lentes. Su cabello oscuro, salpicado de canas, estaba más largo, cayendo en ondas que le daban un aire fuerte y salvaje.

Chris era el hombre de Lonnie, y ella no quería perderlo.

—Tienes que volver a mí, ¿escuchaste?

Chris puso las manos en los costados de su rostro y se inclinó para besarla suavemente en los labios.

—Te lo prometo —susurró, con los labios aún rozando los de ella.

—Dímelo otra vez. Prométemelo una vez más.

Chris miró profundamente a los ojos de Lonnie, acunando su rostro entre sus manos. Sus ojos la absorbieron, memorizando cada detalle de su ser.

Una cálida sensación le recorrió el rostro mientras inclinaba la cabeza, apoyando la mejilla en la mano abierta de él.

—Te prometo que voy a volver contigo. Ahora que te encontré, no hay manera en el infierno que te deje ir, Lonnie Daxon.—

—Eres mía,— susurró Lonnie, pasando sus manos por su espeso cabello.

—Tú, mi hermosa criatura, eres el sueño fantástico que anhelé toda mi vida.— Chris habló con un temblor en la voz, rebosante de amor por ella. —Por fin, aquí, real en mis brazos, al final del mundo. —

Ella tomó sus manos entre las suyas, besando la palma de cada una de sus manos extendidas.

Yasmeen y John estaban juntos, luciendo incómodos. Lonnie se giró hacia ellos como si recién se diera cuenta de su presencia y

caminó para pararse frente a ellos, colocando una mano en la de cada uno.

—Cuando todo esto termine, los dos vuelvan aquí. Ahora son parte de Hayden. Parte de nosotros.—

Yasmeen contuvo las lágrimas. Rehusándose a parecer débil frente a todos, asintió, intentando hablar.

—Lonnie, no sé qué habría hecho sin ti.— Apretó la mano de Lonnie.

—Te lo debo todo.—

—No me debes nada.— Se acercó y le susurró unas palabras al oído a Yasmeen.

—Perdónate.— dijo, apretando su mano. —De una mujer a otra, perdónate por las cosas que no puedes cambiar.—

Se alejó del rostro sorprendido de Yasmeen.

Yasmeen movió la cabeza, sus labios apretados, y murmuró tan bajo que solo Lonnie pudo escuchar las palabras leves.

—No puedo.—

—Sí puedes, y con el tiempo, lo harás.—

Kai entendía lo que Lonnie quería decir cuando hablaba. Ella todavía no se perdonaba la muerte de Chrissy. Kai tampoco, en realidad, hasta ahora. Por fin lo sentía. El perdón por que Lonnie hubiera dejado a Chrissy y Eamon y todo lo que ocurrió después.

Yasmeen llevó una mano a sus labios, tratando de recobrarse.

—Te debo más de lo que te imaginas, pero sobre todo te debo tu bondad, que no merecía.—

Chris tosió incómodo, pasando el brazo por los hombros de Lonnie. Ella había hecho lo mismo por él.

—Ahora estamos todos juntos en esto.— dijo Lonnie. —La vida no es blanco y negro, son todos matices de muchos colores. A veces somos de un color, luego algo nos cambia, y nos transformamos en distintos tonos.— Hizo una pausa, soltando una pequeña risa como si acabara de recordar algo gracioso.

—Como dijo el gran profeta Prince, amados, estamos reunidos aquí por esta cosa llamada vida.—

Estallaron en carcajadas, el miedo a lo que venía y la tensión de la despedida se rompieron, aunque fuera solo por un momento.

—Eres morada, Lonnie. Morado vibrante.— Yasmeen se rió y se limpió las lágrimas que se secaban en sus mejillas.

Kai se quedó un poco apartado, observándolos a todos, viendo cómo su hermana era la líder de toda esa gente, no él. Él era un soldado, pero Lonnie, ella era una líder que unía a las personas.

En ese momento comprendió que Hayden era su lugar. No la comunidad que él había construido a partir de ideas que alguna vez estuvieron atascadas en su cabeza, cuando el mundo era muy distinto. Su visión idealista implicaba aislar a las personas unas de otras y del resto de la sociedad. Ese lugar nunca debió ser. Hayden estaba hecho para la comunidad en la que se había convertido: un sitio donde todo tipo de personas, incluyendo los buenos, los malos y los Chris, podían reunirse bajo el abrazo amoroso de su hermana.

A pesar del peligro que los esperaba, no pudo evitar sonreír para sí mismo.

Se quedó ahí viendo a Summer parada junto a Lonnie, la hermosa hija en la que se había convertido. Yasmeen, una mujer rota, maltratada que tomó muchas malas decisiones, pero pagó por ellas de formas inimaginables. Chris, quien devolvió la luz a los ojos de su hermana, una luz que no había visto desde que Chrissy murió. Mientras él siempre mirara a Lonnie como lo hacía en ese momento, Kai aprendería a dejar ir el pasado y aceptar a Chris como un hermano.

Lonnie se acercó y atrajo a Yasmeen hacia ella, abrazándola con fuerza una vez antes de soltarla, sin querer invadir los muros que Yasmeen aún mantenía en pie.

—Vuelve a salvo con nosotros, chica.—

Yasmeen asintió, alisando su cabello rizado y recogiéndolo en una coleta apretada en la nuca. Preparándose para el viaje que la esperaba.

Lonnie se volvió hacia el gigante John y sonrió.

—Veo tanta bondad en ti. Regresa con Amanda. Yo voy a ayudarla a traer a tu bebé a este mundo. Ya sea aquí o en la próxima etapa del camino. Yo estaré aquí para ellos. Ahora somos tu hogar.—

Kai levantó la cabeza de golpe, sin estar seguro de si realmente quería a John en Hayden. Al mismo tiempo, no podía evitar sentir

una conexión con él. Ambos compartían un profundo deseo de proteger a quienes amaban.

Pensando en sus seres queridos, los brazos de Kai ansiaban volver a tener a Leah entre ellos. Extrañaba el aroma de su cabello, el toque de su piel suave y cómo sabía bajo su lengua. El corazón le latía más rápido; la necesidad de marcharse dominó sus pensamientos de nuevo. Tenía que llegar con ella y Adam ya, antes de que algo les sucediera y fuera demasiado tarde.

Así que no iba a juzgar a John por querer proteger a su esposa embarazada de los De Cree, porque Kai sentía lo mismo por Leah y Adam.

John tenía que proteger a su alma gemela. ¿No era eso lo que Leah era para Kai? ¿Su alma gemela?

Ni siquiera lograba entender sus propios pensamientos. ¿Era tonto pensar así? No lo creía, no cuando ella encajaba en sus brazos como si fuera una extensión más de su cuerpo.

Iba a tratar a John como a un hermano de armas y aceptaría a su familia en Hayden.

El Hayden de Lonnie.

Era hora de partir. Kai se ponía cada vez más inquieto cuanto más tiempo se quedaban.

Chris y Lonnie se abrazaron una vez más.

Kai rodeó a su hermana con los brazos y le susurró al oído.

—Te voy a traer de vuelta a Chris.—

Ella se aferró a él, con lágrimas a punto de brotar de sus ojos.

—Tráemelos a todos de regreso, a cada uno de ellos.—

Asintiendo, Kai se dio la vuelta para irse, acomodándose detrás de John y Yasmeen. Chris se quedó atrás, parado frente a Lonnie y Summer, sin moverse.

—¿Vienes, Chris?—gritó Kai. ¿Acaso Chris los iba a abandonar? No podía. Lo necesitaban.—¡Chris!—llamó de nuevo. John y Yasmeen se detuvieron, la preocupación evidente en sus rostros, observando a Chris de pie, como si estuviera arraigado al suelo.

Chris parecía que iba a marcharse, pero algo lo hizo regresar. Con un movimiento rápido, levantó a Summer en sus brazos. Ella

forcejeó, tratando de soltarse, pero Chris la sostuvo fuerte, sus brazos envolviendo su pequeño cuerpo en un abrazo protector.

—No me voy a ir de aquí sin despedirme—dijo, mientras Summer protestaba.—Tienes todo el derecho de odiarme, pero no puedo irme sin decir que lo siento.—

Summer, vencida, se relajó en el abrazo de Chris, rindiéndose a su apretada sujeción.

—Si me toma el resto de mi vida, voy a lograr que confíes en mí de nuevo. ¿Me oyes? No voy a rendirme hasta que puedas perdonarme.—

Summer no respondió.

Él la apretó fuerte, y luego, al separarse, la miró a los ojos y habló.

—Te amo. No importa cómo te sientas sobre mí. Siempre te voy a amar.—Y la soltó y fue con Kai y los demás.

Summer se quedó de pie, con la boca abierta, incapaz de pronunciar una palabra.

Se marcharon en grupo, sabiendo que tal vez alguno de ellos no volvería.

Meggie Mugs ladró, parándose sobre sus patas traseras, juntando las delanteras y moviéndolas hacia arriba y abajo, como si los estuviera despidiendo.

Capítulo 80

Yasmeen

MIENTRAS EL SOL SALÍA lentamente, avanzaron hacia la cabaña. Los días se acortaban cada vez más a medida que se acercaba el otoño, y la tenue luz del amanecer apenas rompía la oscuridad.

El silencio sepulcral era inquietante. Ni siquiera se oía el trinar de los pájaros a lo lejos. Hizo que Yasmeen se sintiera nerviosa y alerta.

Miró de reojo a Kai. Podía ver la inquietud y la incertidumbre reflejadas en su expresión.

Yasmeen se sentía responsable por todo lo que estaba pasando, aunque sabía que era irracional. Sin embargo, ella sí que había empeorado las cosas.

Dejó de pensar en ello. No tenía caso. Lo que había hecho, hecho estaba. Como le susurró Lonnie, no había nada que pudiera hacer para cambiarlo. Ahora estaba aquí, lista para ayudar. Era lo mejor que podía hacer.

¿Dónde estaba Leah? Había demasiado silencio.

A medida que la luz de la mañana se intensificaba, reveló un espectro de tonos rojos y naranjas que servía como recordatorio de los días que habían pasado y como una señal de lo que estaba por venir. El frío glacial, el duro invierno y la lucha por sobrevivir si no podían escapar.

Kai levantó la mano para detenerlos y se acercó sigilosamente a la cabaña. No quería asustar a quienquiera que estuviera dentro, fuera bueno o malo.

La puerta se abrió de golpe y allí estaba ella, Leah, de pie con una pistola cargada y amartillada, apuntándoles directamente.

En el momento en que vio a Kai, dejó caer la pistola y corrió a sus brazos, enroscando sus brazos y piernas a su alrededor. Colocó las manos en su mandíbula firme y lo besó con una intensidad que parecía esencial para sobrevivir.

Yasmeen se quedó sin aliento, completamente desprevenida. Tragó saliva, casi avergonzada, al presenciar la intimidad, cruda y salvaje, entre ellos.

Kai sostenía a Leah en sus brazos, apretándola con fuerza contra su cuerpo como si no pesara nada. Tenían las frentes y las narices juntas, los ojos cerrados, absorbiéndose el uno al otro, finalmente reunidos.

Los ojos de Yasmeen se abrieron con envidia, al darse cuenta de que lo que estaba presenciando era amor.

Suspiró mientras miraba a los demás, observando las expresiones perplejas e incómodas de quienes la rodeaban. Cambió su peso de un pie a otro, sin saber qué hacer a continuación.

Estaban a punto de arriesgar sus vidas e irrumpir en el complejo De Cree. Había soldados por todas partes, tanto de De Cree como quizás del ejército, y sin embargo, ahí estaban, parados torpemente, viendo a dos personas aferrarse la una a la otra como si no fuera el fin del mundo. ¿O se estaban abrazando como amantes que no estaban seguros de volver a verse?

—Te extrañé —la voz de Leah era apenas un susurro.

Kai asintió, con sus frentes aún tocándose.

—Yo también —su voz profunda era áspera y ronca—. ¿Adam?

—Está bien por ahora, con Amanda. Pero algo está pasando —miró a los demás mientras Kai la bajaba y ella lo soltaba a regañadientes.

—Qué alivio que hayan vuelto —susurró. Sus ojos se posaron solo un instante en Yasmeen, la primera vez que la veía desde que secuestraron a Adam. Luego se volvió hacia los demás.

—Lamento que tardáramos tanto —dijo Kai, volviéndose hacia el grupo, que esperaba incómodamente.

—Tenía miedo de que no volvieran. De que algo les hubiera pasado.

—Prometí que volvería por ti —dijo Kai, incapaz de quitarle los ojos de encima.

Leah le tocó la mandíbula, sonriendo con una mirada cómplice.

—Tenemos un plan. Hay túneles subterráneos. Chris cree que podemos llegar a ellos una vez que saquemos a Amanda y a Adam.

—¿Cómo? —miró a los demás, asintiendo con la cabeza a modo de reconocimiento mientras hablaba.

—Yasmeen y Chris —Kai se dio la vuelta, mirándolos.

—Es una larga historia, pero digamos que Yasmeen es una salvadora, una genio para mantener un registro de todo. Así que ahora solo queda entrar en el complejo De Cree y sacar a nuestro niño y a la esposa de John. Regresaremos a Hayden y llevaremos a toda la comunidad a los túneles y fuera de Lex.

Yasmeen no pudo evitar notar que Kai se refería a Adam como «nuestro niño» cuando hablaba con Leah.

Recostando la cabeza en el pecho de Kai, Leah parecía preocupada pero también algo aliviada, como si extrajera fuerza del latido constante de su corazón.

—Qué bueno que regresaron. Me sentía sola. Pasé los últimos días prestando mucha atención a todo lo que ocurre alrededor del complejo. Especialmente a la esposa de Malcolm, Tabitha. Es una mujer muy extraña. No confío en ella cerca de Adam.

Yasmeen levantó la cabeza con interés. Si había dos cosas que conocía muy bien, eran los entresijos del complejo De Cree y a Tabitha Gobbo.

—He notado que hay momentos en que Tabitha sale sin que nadie lo sepa. La he seguido algunas veces, pero me he devuelto porque no quiero estar lejos de Adam por si algo pasa —Leah hizo una pausa—. Las cosas están diferentes en el complejo. Algo está pasando y creo que tiene que ver con los otros soldados que vimos en la carretera antes de entrar a Lex.

Yasmeen tenía que intervenir.

—¿Por qué entrada está saliendo?

Los ojos de Leah se desviaron hacia Yasmeen, todavía inquieta por su presencia, viéndola más sana que la última vez. Yasmeen podía verlo en sus ojos. La culpa por que Ben se llevara a Adam. Sin embargo, se tragó sus miedos y miró a Leah como una igual y no como una enemiga.

—Está en el lado este. Hay una puerta que nadie usa, excepto Tabitha Gobbo. Traté de llegar a ella para ver si estaba abierta, pero no pude atravesar la cerca ni siquiera para ver si tiene cerrojo —respondió Leah, mirando a Yasmeen directamente a la cara.

—Sé exactamente dónde está. Esa es la puerta por la que escapé. Es una sección de salida de una escalera que ya nadie usa. La mayoría de los miembros ni siquiera saben que existe. Antes era para el personal de limpieza, pero está abandonada. Este sería el lugar perfecto para entrar y salir del complejo.

—Pero todavía está el problema de atravesar la cerca sin ser vistos —dijo Leah—. Intenté encontrar una manera de pasar, pero no pude. Hay una forma de entrar en auto, pero está vigilada.

—No estoy segura de que el camino importe. Salí del complejo en mi auto y nadie me cuestionó. Como yo era la elegida… —hizo una pausa, sin terminar la frase—, no me consideraban una amenaza para salir del complejo. Pero cuando volví, fue una historia diferente. Conozco otra forma de entrar.

—He preparado café. No hay mucho que comer aquí. Pero puedo preparar algo.

Aliviados, subieron las crujientes escaleras de la cabaña rústica, dejando su equipo en la entrada.

—Organicemos nuestras ideas, comamos, recarguemos energías, descansemos un poco y empecemos mañana —declaró Chris al grupo sentado alrededor de la mesa, sus voces mezclándose con el reconfortante aroma del café recién hecho y los frascos de conservas caseras esparcidos sobre la mesa.

—No voy a esperar hasta mañana. Ya fue suficiente. Ya ha pasado demasiado tiempo. Hoy es el día en que recuperaré a mi hijo —la voz de Leah atravesó la charla, elevándose por encima del ruido y haciendo que todos se callaran.

—Algo está pasando adentro. Se están volviendo radicales. Muchos soldados se van y solo unos pocos regresan —continuó Leah.

—La esposa de Malcolm se acerca cada vez más a Adam y Amanda. Y no me gusta. Hay algo en ella. No confío en ella.

Yasmeen se sentó en la silla de madera, con los dedos rodeando la taza de café humeante que Leah había puesto frente a ella. Una profunda sensación de entumecimiento la consumió. El líquido oscuro se arremolinaba mientras lo revolvía distraídamente con una cuchara, sus pensamientos totalmente enfocados en lo que Leah estaba revelando.

—Si Tabitha está siguiendo a Amanda y a Adam, entonces está tramando algo, seguro.

Los ojos de Leah se abrieron, su miedo y aprensión confirmados por la declaración de Yasmeen.

—¿Cómo está tratando a Amanda?

John se levantó y se acercó a Leah, parándose a su lado, escuchando atentamente su conversación.

—Es fría y despectiva. Le dice a Amanda que no cuida a Adam lo suficientemente bien, y que Tabitha lo iba a vigilar afuera de ahora en adelante.

Los ojos de Yasmeen se desviaron hacia John antes de que se pusiera de pie abruptamente, haciendo que la silla casi se volcara.

Incapaz de apartar la vista de los suyos.

—Tenemos que ir hoy. Ahora, lo antes posible.

La mandíbula de John se tensó, una expresión de miedo cruzó su rostro.

—¿Qué sabes tú que nosotros no, Yasmeen? —preguntó, con las manos apretadas en puños a los costados. Leah se paró a su lado, agarrándole el brazo, con una expresión que reflejaba la de John.

—Si Tabitha le está prestando atención a Adam, está pasando algo mucho peor de lo que imaginamos.

CAPÍTULO 81

Malcolm

DE PIE EN LAS habitaciones vacías de su cuñada, Malcolm sintió que un sudor frío le perlaba la frente. Sarah y los niños no estaban por ninguna parte. Horas antes, había pedido que la trajeran a ella y a sus hijos a su oficina.

Después de que pasara casi una hora, una de las mujeres que conocía bien a Sarah se acercó, jugando nerviosamente con las manos. Había buscado por todas partes, pero no había rastro de Sarah ni de los niños.

La mujer temblaba ante Malcolm, temerosa de darle la noticia. Él sintió una mezcla de placer e irritación ante su figura encogida, como si fuera una cerda indefensa esperando el matadero. Cosa que en cierto modo era, considerando los eventos planeados para la noche.

Tras despedir a la mujer, se reclinó en la silla de su oficina, juntando las yemas de los dedos bajo la barbilla.

¿Dónde estaba? ¿Dónde estaban Sarah y los niños? ¿Cómo diablos iba a garantizar su seguridad si no podía encontrarlos?

Era desconcertante. Decidió revisar las habitaciones de Sarah. Solo para asegurarse. Ella era conocida por aislarse en sus habitaciones durante días, enviando a los niños solo para sus lecciones e insistiendo en que regresaran poco después.

Este comportamiento errático llevaba ya un tiempo, y Malcolm se recriminó por no haberse dado cuenta antes. Debería haber estado más atento a las señales de que algo andaba mal.

Una vez allí, abrió de par en par las puertas de la residencia de Sarah, y la verdad lo confrontó. A primera vista, todo parecía normal: no había signos visibles de apuro o desorden. Pero tras una inspección más detallada, pudo ver que las cosas no eran lo que parecían.

Sarah no poseía nada de valor personal, pero tenía ropa para ella y los niños, y esas cosas faltaban. Junto con algunas pequeñas baratijas que los niños apreciaban.

Sarah se había ido, pero ¿cómo? ¿Cómo pudo haberse marchado sin que nadie se diera cuenta, y cuánto tiempo llevaba desaparecida? ¿No debería alguien haber notado que los niños no estaban? ¿No se suponía que alguien debía recogerlos todos los días para las lecciones?

Tenía que averiguar quién fue la última persona que los vio, y rápido.

Absorto en sus pensamientos, caminó hacia el área común y casi chocó con Ben, quien se le acercaba con una expresión de preocupación en el rostro.

—Malcolm, tenemos que hablar —dijo, acercándose más y bajando la voz mientras miraba a su alrededor, cauteloso de cualquier escucha cercano.

—Ben, ¿qué sucede? ¿Por qué se comporta de manera tan extraña? No importa, no responda. No tengo tiempo ahora. Cualquiera que sea el problema, tendremos que discutirlo más tarde. Tengo que encontrar a Sarah. —Se dirigió hacia la sala común donde las mujeres solían estar a esta hora del día.

Ben lo agarró por el brazo, deteniendo a Malcolm en seco.

—Esto es urgente. No puede esperar.

Ben le recordó a Malcolm a un zorro atrapado en el gallinero. Un pequeño demonio astuto listo para atacar cuando se le provocaba. ¿Era Ben un pequeño zorro despiadado? Ciertamente lo parecía.

Malcolm le lanzó a Ben una mirada de desaprobación, un gesto que a menudo usaba para mantenerlo a raya. Pero esta vez, no tuvo su efecto habitual en él.

—Muy bien. Vayamos a mi oficina —respondió Malcolm. Tendría que ocuparse de Sarah y los niños después.

Malcolm escuchaba atentamente mientras Ben continuaba hablando. Su voz era tensa y grave mientras transmitía información desde el frente de batalla. Habló de los soldados no identificados que avanzaban rápidamente, de las amenazas de la llegada de helicópteros y de la captura de sus hombres en la frontera. Era solo cuestión de tiempo, si no es que ya había sucedido, para que comenzaran los interrogatorios. Se había acabado. Ellos, quienesquiera que fuesen, venían por ellos.

El exterior finalmente había tenido éxito y estaba penetrando en las áreas circundantes. Estaban todos ahí fuera en los bosques. Ben afirmó que apenas había escapado con vida.

—Malcolm, ¿me está escuchando?

Malcolm levantó la vista, sorprendido de sus pensamientos. Ben no se daba cuenta, pero eran sus palabras las que distraían a Malcolm, haciendo que su mente se desbocara.

—Sí, estoy escuchando. Esto es inquietante.

—¿Inquietante? ¿Entiende lo que está pasando, Malcolm, lo entiende? Porque esos soldados capturados, esos son los soldados de su hermano. Los criminales que conoció en la prisión. Conocen el sistema por dentro y por fuera y van a hablar. Van a soltar la sopa sobre todo para conseguir sentencias más leves.

La apariencia de Ben era un desastre. El cabello cuidadosamente peinado que pasaba horas perfeccionando frente al espejo ahora era

un caos. Su ropa parecía arrugada y desaliñada. Parecía casi creíble como un soldado, arrastrándose por los campos para evadir la captura, pero Ben no era un soldado de a pie. No, él era una de las caras detrás de la cara que ordenaba a los soldados ir a la guerra.

—Me di cuenta de eso. ¿Qué sugiere usted, Benjamin?

Sorprendido, Ben se quedó helado, con la boca abierta, poco acostumbrado a tomar una decisión que importara. Era un hombre que ansiaba el poder. Le encantaba ser el centro de atención. Creía que un día podría ocupar el puesto de Malcolm. Pero Ben no tenía lo necesario para tomar la iniciativa y tomar decisiones trascendentales que tuvieran peso.

Las decisiones difíciles.

Tabitha entró, y Malcolm supo que había estado escuchando junto a la puerta.

Era hora de decidir si silenciarían a Ben junto con los demás o lo dejarían con las manos en la masa para que cargara con la culpa de todo. Parecía ser más un lastre ahora. No un hombre con mucha sustancia, como Malcolm pensó originalmente, y eso fue decepcionante. Había esperado que Ben tuviera algo de agallas, con su sed de poder y todo.

Pero ahí estaba Ben, de pie ante él, perdiendo la cabeza. Ningún autocontrol en absoluto. No, Ben ya no le servía para nada. Si él pensaba que los soldados de Malik confesarían todo a cambio de una sentencia más leve, ¿qué haría Ben? Ben, que nunca antes había experimentado el encarcelamiento, levantaría las manos en señal de rendición, ofreciendo voluntariamente toda la información sobre los De Cree y Malcolm Gobbo.

—Hola, Tabby, cariño, entra. —Malcolm señaló la silla frente a él.

Ella avanzó con determinación, tomando asiento con la espalda recta y la barbilla en alto. No se molestó en mirar a Ben ni siquiera en hacerle un gesto de reconocimiento, eligiendo en su lugar enfocarse en Malcolm frente a ella.

—Entonces, ¿estás al tanto de lo que está pasando, querida? ¿Con los soldados y los hombres detenidos?

Sin mover la cabeza, desvió la mirada hacia Ben y luego la apartó de inmediato, preguntándose si debería revelar lo que sabía frente a

él.

—¿Por qué no me pones al tanto de todo, Malcolm?

Él hizo un rápido resumen. Tabitha no se inmutó ni una vez.

Por supuesto que no. Ya tenían su plan establecido. ¿Qué importaba si estaban bajo ataque? Se habrían ido mucho antes de que llegaran los soldados. Escondidos muy por debajo de ellos en los túneles.

Pensando en los túneles, maldijo para sus adentros. Todavía no había encontrado los planos. Cierto es que no había buscado mucho, distraído por tantas otras cosas más urgentes en ese momento. Pero tan pronto como pudiera, planeaba pedirle ayuda a Tabby para buscarlos. Necesitaban los planos para navegar por los túneles. El tiempo apremiaba.

—Bueno, esto es alarmante —dijo Tabby, sus ojos lanzándole una mirada fugaz. Él se preguntó qué estaría pensando en esa cabecita bonita suya. Parecía un poco extraña, como si algo la molestara.

Se encogió de hombros. Demasiadas cosas en las que pensar en ese momento. Todavía necesitaba averiguar dónde estaba Sarah. Tanta gente desaparecida. Supuso que los otros soldados los habían capturado, a gente como John. Llevaba desaparecido unos días.

Su esposa Amanda preguntaba constantemente dónde estaba John. Simplemente desapareció, y Malcolm supuso que alguien lo capturó, como hicieron con mucha de su gente. John era un buen soldado, un miembro leal de los De Cree y un esposo dedicado. No hay forma de que traicionara a Malcolm o abandonara a su esposa embarazada.

—Mi sugerencia es que nos armemos, cada uno de nosotros. Tengo un plan para nuestra inminente partida, y necesito que se preparen para ello. No llamen la atención mientras se preparan. Actúen como si todo fuera normal. Tendremos que adelantar la hora del festín. De hecho, con este giro de los acontecimientos, puede que tengamos que prescindir de él por completo y hacer un brindis grupal en su lugar. Un preludio, por así decirlo, antes del festín. Necesitamos que nuestros seguidores sean silenciados lo antes posible. Así que, cuando brindemos, brindaremos por ellos. El festín olvidado. Ya no hay tiempo para estos dramatismos.

Las palabras de Tabitha dejaron a Malcolm y a Ben sin habla, pero por diferentes razones. Ben estaba sorprendido, pero la destreza de ella impresionó a Malcolm. Era una maestra en unir todas las piezas en su nombre.

—¿Le importaría explicar de qué diablos está hablando? —dijo Ben, confundido. Sabiendo exactamente a qué se refería Tabitha.

—Bueno, no creerá que podemos dejarlos con vida, ¿o sí, Ben? —dijo Malcolm, tratando de recuperar el control de la situación que Tabitha le había arrebatado hábilmente.

Ben tragó saliva, sin que le gustara ni un poco este giro de los acontecimientos.

—¿Por qué no podemos simplemente dejarlos? ¿Dejarlos en paz?

—¿Como hemos hecho con su esposa? Dejarla en paz. No, una mujer despechada es algo peligroso.

La desaparición de Sarah y los niños le vino a la mente. Sintió una sensación gélida y gradual que se extendía por su cuerpo. Todos la habían dejado en paz después de la muerte de Malik. Permitiéndole encerrarse en sus habitaciones solo con sus hijos. ¿Cuánto tiempo llevaba desaparecida y se había ido con sed de venganza en mente?

—Tenemos a mucha gente a punto de ser despechada, si los dejamos con vida.

La cabeza de Ben estaba gacha, luchando con una confusión interna mientras se esforzaba por encontrar las palabras adecuadas para decir a continuación.

—Creo que ahora sé dónde está —tragó saliva, dándose cuenta de que Malcolm no parecía sorprendido.

Así que, finalmente, Ben iba a revelar lo que Malcolm ya sabía.

—Encontré dónde se estaba quedando. Está a unos días de aquí, en un lugar llamado Hayden —dijo—. La traeré. Y se la voy a traer a usted.

Malcolm levantó la vista. *Claro que lo harás, Ben*, pensó, sabiendo perfectamente que Ben planeaba escapar. ¿Iba siquiera a llevarse a su hijo con él? Malcolm sintió decepción por haber puesto tanta fe en él.

—Tal vez deberíamos ir todos juntos —dijo Malcolm, mirando a Tabitha, sabiendo que no harían tal cosa. Aunque por un momento

se le cruzó por la mente, pensando en intentar encontrar los planos.

Ben se puso de pie, con el rostro pálido. Malcolm se equivocaba. Ben no era un zorro enjaulado, era una de las gallinas tratando de escapar de ser despedazada.

Estaba decidido. Había que encargarse de Ben. Era un lastre demasiado grande, incluso más que la mayoría de los soldados ya detenidos.

—¿Deberíamos prepararnos? Yo me prepararé —dijo Ben, con demasiada avidez. Su rostro no lograba ocultar lo que realmente estaba pensando.

—Creo que todos deberíamos vestirnos con ropa sencilla, como si hubiéramos estado viviendo en el bosque por un tiempo —dijo Malcolm.

—Te cortaremos el pelo, Malcolm, pero no demasiado corto y te lo alaciaré. —Con un atisbo de sonrisa, Tabitha le habló directamente a Malcolm. Un destello de emoción apareció en las comisuras de su boca.

—Por supuesto, yo también cambiaré mi apariencia —declaró con un brillo travieso en los ojos. Con un rápido movimiento, se deshizo el moño apretado que había sujetado su cabello, dejándolo caer en cascada más allá de sus hombros en ondas sedosas. Pasó los dedos por los gruesos mechones, alborotándolos juguetonamente, lo que provocó que el corazón de Malcolm diera un vuelco mientras observaba a su esposa transformarse en esta versión despreocupada y juguetona de Tabby.

—Necesitaremos nombres alternativos —dijo ella.

—Nombres como Tabby —sonrió él, sabiendo que ya solo él la llamaba así.

—Bueno, algo así, y tú, Malcolm, ¿en qué te convertirás?

Se reclinó en su silla, juntando los dedos bajo la barbilla como siempre hacía cuando pensaba.

—Mmm, tiene que ser simple, similar pero no, para que no sea difícil adaptarse. Tal vez algo como Colin.

Ben los miró como si hubieran perdido la cabeza.

Los dedos de Malcolm chasquearon, sus ojos se iluminaron mientras se enderezaba y exclamaba: —¿Qué tal Colin y Tabby? ¡No,

espera, Colin y Gabby!

Las manos de Tabby se juntaron bajo su barbilla, como una niña pequeña y ansiosa.

—Oh, eso me gusta. Me gusta mucho. Colin y Gabby Renato. Significa renacido. Apropiado, ¿no crees?

Malcolm asintió, complacido.

—¿Y el niño? ¿Qué hay de su nombre?

Ben se volvió hacia Tabitha, confundido, perdido en la conversación de la que claramente no formaba parte.

—¿Qué niño? —preguntó.

—Su hijo, Ben, vamos a llevarnos a su hijo con nosotros. ¿Acaso no quiere que salvemos a su hijo?

Las palabras de Tabitha eran como veneno, filtrándose con cada sílaba mientras le respondía a Ben con una aguda acusación y un amargo resentimiento.

Por primera vez, Malcolm no estaba completamente seguro de lo que Ben estaba pensando. Creía que a Ben no le importaba su hijo. Que no tenía pensamientos de preocupación por su bienestar. Pero la expresión en su rostro y la forma en que se comportaba hicieron que Malcolm se cuestionara sus suposiciones originales.

—¿Dónde está él? —preguntó Ben.

Tabitha se giró, su voz destilando desagrado.

—En el mismo lugar donde ha estado durante semanas. Con la amiga de su esposa, Amanda. —El desprecio en su voz era evidente.

Malcolm no era consciente de cuánto le desagradaba la esposa de John. Interesante, porque ella no tenía ningún poder en absoluto. Qué desperdicio de emociones, y tan impropio de Tabby.

Ben se giró hacia ella, con los ojos encendidos. Le insultaba tener que dirigirse a Tabitha en absoluto. Tratando de componerse, respiró hondo.

—Estoy al tanto de eso. Quiero decir, ¿dónde está él ahora mismo?

Tabitha puso los ojos en blanco.

—Con la amiga de su esposa. Amanda —repitió, puntuando cada palabra lentamente como si Ben no fuera capaz de entender el inglés.

—No hay necesidad de molestarse. Simplemente preparémonos para esta noche —intervino Malcolm, sintiéndose emocionado pero preocupado por el paradero de su cuñada y los niños. Tenía que encontrarla. El tiempo se estaba agotando.

—¿Cómo escapamos? —Ben irrumpió en los pensamientos de Malcolm.

—Pues, entre la multitud de gente, lógicamente. Los supervivientes que han estado escondidos todos estos meses. Están por todas partes. Nos mezclaremos en el caos, sin ser notados.

Ben puso los ojos en blanco. Por supuesto que reconocerían a Malcolm.

Malcolm también lo sabía, pero no tenía planes de escapar a Hayden. Iba a envenenar a los miembros de De Cree. Sí, era verdad. Pero no iba a ir a ninguna parte con Ben. Por otra parte, Malcolm tampoco creía que Ben planeara ir a ninguna parte con Malcolm. Vio la expresión en los ojos de Ben. En el momento en que saliera por esa puerta, sospechaba que Ben desaparecería y a Malcolm no le sorprendería que fuera con su hijo a cuestas.

Pero, ¿cómo debería matar a Ben? Lo pensó. Parecía un riesgo demasiado grande dejarlo vivir para que cargara con la culpa. Sería mejor acabar con él de una vez por todas. Pero, ¿cómo?

Demasiadas cosas en las que pensar y decidir sin tiempo para hacerlo.

—Ben, nos prepararemos para esta noche. Tabitha, vaya a buscar al hijo de Ben y tráigamelo inmediatamente.

Tabitha se levantó de un salto, encantada, recogiéndose el pelo en una cola de caballo en la nuca. Se dio la vuelta sobre sus talones, sin molestarse en mirar a Ben que se oponía, y desapareció.

—Yo puedo ir por Adam —intervino él, su movimiento repentino casi haciéndole perder el equilibrio. Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, exponiéndose tal como Malcolm pensaba que lo haría.

—Tonterías. Lo necesito aquí conmigo. Tabby es más que capaz de recoger a su hijo. Su deber es estar a mi lado. —Malcolm se levantó de su escritorio como si fuera un día cualquiera.

—Pero… —Ben miró con ansiedad la puerta por la que Tabitha acababa de salir, cerrándola tras de sí. Sellándolo dentro con Malcolm.

Malcolm recogió casualmente algunos documentos de la mesa y miró a Ben, cuyo rostro se había puesto blanco.

—¿Hay algún problema? —preguntó Malcolm inocentemente.

Estaba claro que solo había una solución con respecto a Ben Hollen, y era que desapareciera. Para siempre.

Malcolm cambió la conversación a asuntos más urgentes, mientras Ben permanecía inmovilizado. No podía hacer nada más que obedecer.

Era hora de empezar de nuevo.

CAPÍTULO 82

TABITHA

LOS PIES DE TABITHA no podían moverse más rápido sin que pareciera sospechoso mientras avanzaba por el pasillo, pasando junto a los idiotas que pronto serían silenciados para siempre.

No sabía cómo sentirse al respecto. Era mucha sangre en sus manos, pero ellos ya no estarían aquí, la familia Gobbo se habría ido.

De alguna manera, necesitaba convencer a Malcolm de que Ben tenía que desaparecer. Un problema menos del que preocuparse. Ya no se podían dar el lujo de esperar. Tendrían que hacerlo pasar por una víctima del incendio, como el resto de los miembros del De Cree. Era una solución mucho más fácil para el creciente problema de Ben Hollen. Una que empezaba a pensar que era la mejor opción. Además, ya tenía suficientes cosas de las que ocuparse.

Meses atrás, Tabitha había estudiado exhaustivamente los planos de los túneles después de sacarlos de la basura. Si se hubieran ido

entonces, habría sabido la ruta exacta por la que escapar al otro lado de las fronteras.

Hasta ahora.

Maldita sea Yasmeen por habérselos robado. Tenía que haber sido ella. ¿Quién más podría ser?

Ahora todo lo que tenían eran sus recuerdos de los túneles, y no era algo con lo que estuviera segura de querer jugársela. La idea de tomar un giro equivocado en el intrincado laberinto de túneles bajo la ciudad no era atractiva. No le gustaba la perspectiva de perderse bajo tierra. Quizás tuvieran que descartar la idea de los túneles y encontrar otra forma de salir del distrito de Lex. De cualquier manera, tenía que ser esta noche.

Esta noche era la noche. El fin del De Cree y de la vida que había vivido durante la última década. Había empacado sus maletines con las provisiones que necesitarían, incluyendo suficiente comida para varios días de viaje. Eso incluía todos los suministros necesarios para Adam.

Gracias a Dios que el festín ya no formaba parte del plan.

Era lo que Malcolm quería, una despedida afectuosa, aunque ellos fueran los únicos conscientes de que se trataba de un adiós.

Qué dramático.

Toda la velada era inútil y frívola. No había ninguna necesidad de ella, en realidad. El brindis era suficiente.

Él simplemente tenía que tener la última palabra, ese hombre suyo. No pudo evitar sonreír.

Tabitha no sentía mariposas en el estómago. No, eso no era lo suyo, pero sí sentía cierto tipo de emociones parecidas a la excitación. Aunque no las llamaría realmente mariposas.

Malcolm era un hombre, pero era su hombre porque ella lo eligió, y todavía quería estar a su lado. Se complementaban bien. Una verdadera pareja. Y ahora cambiarían de nuevo.

Esto deleitaba a Tabitha. Fuera lo que fuese que se sintiera con las mariposas, esta sensación que tenía dentro, revolviéndose ansiosamente en su estómago, tenía que ser el equivalente a lo que se llamaría un aleteo. Así que decidió que ahora, en el amanecer de una nueva era en su vida, se permitiría que existieran cosas como

sentir mariposas. Hoy, después de todo, marcaba la última actuación de los papeles de Malcolm y Tabitha Gobbo. La función final.

Quizás Malcolm tenía razón con lo del festín después de todo. Su despedida a lo grande de esta etapa de sus vidas. Bueno, el brindis tendría que bastar. Tenía una nueva vida que planear.

Conseguir nuevas identificaciones no sería un problema. Tenía un don para falsificar documentos. Era una de sus muchas habilidades, y una que disfrutaba particularmente. Había aprendido el arte de la falsificación con la mentalidad de que nunca se sabe lo que se puede necesitar en la vida, y siempre es mejor estar preparado para cualquier situación.

Siempre hay que tener un plan B, y un plan C también.

Pensó en seguros sociales, actas de nacimiento y cartillas de vacunación para la escuela del niño y muchas otras cosas, pero ese era un problema para mañana. Al otro lado, lejos del De Cree. Una vez que se mezclaran de nuevo en la sociedad, Tabitha resolvería el resto.

Tenían dinero, por supuesto. Todos estos tontos se lo habían echado encima a montones y Malcolm, sabiamente, lo sacó todo del banco hacía mucho tiempo. Con dinero en efectivo no rastreable, estarían bien por mucho tiempo. Podrían adaptarse fácilmente a convertirse en Colin y Gabby Renato. Ya le encantaba cómo sonaba cuando decía los nombres en voz alta. ¿En quién se convertiría bajo esta nueva versión de sí misma? Las posibilidades eran infinitas.

Su mente bullía con los pensamientos de todas las cosas que podría hacer una vez que estuvieran libres de las restricciones de esta vieja vida y se sumergieran en la nueva. Antes de darse cuenta, estaba en la puerta de Amanda y John Wilder.

La ausencia de John era preocupante. ¿Era posible que Malcolm y Ben tuvieran razón en su suposición de que esos soldados se lo habían llevado? Era una conclusión lógica. Amanda había parecido preocupada y agitada, pero ¿podía su distracción ser realmente tan severa?

A Tabitha no le importaba, para ser honesta. Ya se había desconectado de este lugar y de su gente. Todo lo que quería era

sacar al niño y a Malcolm a salvo de los límites de la ciudad. John y Amanda ya no serían parte de su vida, gracias a Dios.

Con cautela, golpeó con los nudillos la fría puerta de metal; el sonido retumbó en el pasillo vacío. Al no recibir respuesta, golpeó con más fuerza; los golpes secos resonaron en el espacio silencioso. Impacientándose, aporreó la puerta.

Vamos, Amanda, se dijo a sí misma. *Vamos, pequeña cretina, abre la puerta*.

La puerta se abrió de golpe y allí estaba Amanda, odiosamente embarazada, de pie en el umbral con aspecto cansado, como si acabara de despertar.

Su apariencia era sorprendente. Tabitha no le había prestado mucha atención. A pesar de que había estado constantemente cerca del niño desde que decidió que Adam se convertiría en su hijo y de Malcolm.

Pero no le prestaba atención a Amanda porque no era importante para ella. Solo un objeto que caminaba por ahí.

—¿Sí, Tabitha? —suspiró Amanda, su rostro revelando su molestia al ver a Tabitha en la puerta.

Gabrielle, dijo en su mente, *Gabby*, para abreviar. Oh, eso le gustaba aún más. Ya se sentía familiar y correcto.

Amanda parecía impaciente mientras se apoyaba en el marco de la puerta, mirando a Tabitha con hostilidad.

Qué insolencia, pensó Tabitha.

—Sí, necesito al niño.

Entró por la puerta sin decir palabra, apartando a Amanda como si fuera un abrigo colgado de un perchero.

—Oiga, esta es mi casa. No puede simplemente entrar así.

Tabitha se dio la vuelta, con los brazos extendidos, lista para su gran actuación.

—Soy la esposa de Malcolm. El líder del De Cree. ¿Lo ha olvidado?

Cansada e impaciente, Amanda puso los ojos en blanco, su cuerpo groseramente distendido por su estado. Tabitha se sintió bastante asqueada por la apariencia de Amanda. Era francamente obsceno lo desfigurada que se veía.

Sacudiendo la cabeza, evitó seguir mirando a Amanda. En cuestión de horas, ella desaparecería. Una de las muchas que se unirían al brindis antes de disfrutar de una comida especial preparada para todos. En ese mismo instante, Tabitha decidió que sí se sentía bien con los acontecimientos de la noche que se avecinaba. Lo cual era genial, ya que odiaba la indecisión. Iba en contra de su naturaleza. Le gustaba tener todo bajo control.

—Adam no está aquí. Está con los otros niños en el centro. Están en sus lecciones. Debería saberlo —dijo, mirando a Tabitha con resentimiento—. Ya que es su programa.

Maldita sea, era verdad.

Había olvidado que esta era la hora en que los niños se reunían para aprender los caminos del De Cree. La educación de los niños era un camino seguro para los futuros miembros de cualquier sociedad. Entrenarlos mientras eran jóvenes y maleables era la forma de cambiar el curso de la civilización. Cualquier cosa que les enseñaras se convertiría en la verdad. Enseñando a un niño lo que querías que creyera, podías cambiar la historia, la ciencia, la religión y todos los aspectos de la vida para siempre. Cuanto antes fuera el entrenamiento y el modelado de la mente joven, mejor para moldear el futuro a tu antojo.

Y, por supuesto, leer y escribir. No podían tener niños tontos, ¿verdad?

Tabitha creía firmemente en la educación. Le había demostrado que le servía de mucho.

—No importa. —Se dirigió al dormitorio donde sabía que Adam se alojaba.

—¿A dónde va? —dijo Amanda, siguiéndola por detrás. Cada paso le causaba incomodidad.

—Voy a recoger sus cosas. Se quedará con nosotros a partir de ahora.

La mano de Amanda se aferró al brazo de Tabitha y la hizo girar con una fuerza inesperada. Desconcertada, Tabitha le lanzó a Amanda una mirada penetrante, estrechando los ojos con sospecha.

—Quíteme la mano de encima ahora mismo. —Se zafó del agarre y se dio la vuelta para ir a buscar la ropa del niño.

—No puede llevárselo. No se lo permitiré. —Amanda cojeaba detrás de Tabitha, siguiéndola hasta el dormitorio.

—Tonterías —dijo Tabitha, ignorándola.

La mano de Amanda, con una fuerza sorprendente, se envolvió alrededor de sus muñecas e hizo girar a Tabitha.

—No, no se lo llevará. ¿Entiende? No puede venir aquí y quitarme a ese niño.

Tabitha retrocedió, tratando de recuperar el equilibrio, y se rio.

—Se está poniendo un poco valiente, ¿no?

En algún lugar alto en el aire, un zumbido distante llegó a sus oídos. Se detuvieron abruptamente, sus mentes tratando de dar sentido al sonido lejano. Pero se sentía simplemente fuera de su alcance, inalcanzable.

—¿No se lo va a llevar, me oye? ¡No lo hará!

—Ahí es donde se equivoca. Sí lo haré. Viene para quedarse conmigo ahora. Son órdenes de Malcolm —dijo Tabitha, dándose la vuelta, tratando de serenarse, la ira creciendo dentro de ella. No le gustó el sonido del zumbido que acababan de oír. Sonaba familiar y fuera de lugar. Y Amanda se estaba comportando de manera errática y fuera de lugar. Tabitha no tenía tiempo para eso.

—No me importa de quién sea la orden. No me va a quitar a ese niño.

—Desde luego que sí.

Un objeto afilado chocó contra su espalda, derribándola al suelo. Miró hacia arriba a Amanda, que estaba de pie sobre ella con un pequeño taburete levantado sobre su cabeza.

El dolor le punzó en la espalda, pero fue superficial. Carecía de fuerza real porque Amanda no era una luchadora. No era una persona que pudiera infligir dolor fácilmente.

Ese fue el error de Amanda.

Explorando los alrededores, Tabitha evaluó rápidamente lo que podía agarrar y comenzó a levantarse.

Sacudiendo el taburete sobre su cabeza, el cuerpo de Amanda temblaba visiblemente con la adrenalina.

—No se mueva, lo digo en serio. La golpearé. Le prometo que la golpearé.

—Hablemos de esto —dijo Tabitha con voz calmada. Sus ojos se movían por la habitación para ver qué podía hacer para distraer a Amanda.

Este fue un giro extraño de los acontecimientos. No había planeado que Amanda fuera tan protectora con el niño. ¿Y que de hecho la atacara? Bueno, Tabitha nunca vio venir eso. No creía que Amanda tuviera esa capacidad. Tendría que registrar esta información en su memoria. Una nota para sí misma de nunca subestimar a nadie, ni siquiera a alguien como Amanda.

La mano de Tabitha se disparó, agarrando un delicado jarrón de cristal lleno de vibrantes dalias naranjas. Con un movimiento rápido, lo estrelló contra la cabeza de Amanda. El jarrón se hizo añicos contra su sien, lanzando fragmentos por el aire y salpicando agua sobre su cuerpo. El taburete en la mano de Amanda cayó al suelo mientras ella se quedaba paralizada por el shock, luego tropezó hacia un lado y se desplomó. Su blusa de maternidad empapada se subió, revelando su vientre hinchado mientras caía al suelo con una expresión vidriosa y de sorpresa en su rostro. Las dalias naranjas quedaron esparcidas junto a su cuerpo inmóvil.

Tabitha no se movió. Amanda estaba en silencio. La sangre se acumulaba alrededor de su cabeza, negra y aceitosa.

Le dio un empujón al pie de Amanda buscando cualquier tipo de reacción. Pero permaneció flácido y sin respuesta, sin dar ninguna señal de vida.

Alisándose las arrugas de su vestido, soltó los restos de cristal que apretaba en su mano, sorprendida de no tener cortes.

Amanda no parecía viva. Bueno, este era un problema imprevisto. ¿O no? Su plan implicaba prender fuego al edificio en una zona aislada, para que ardiera sin que nadie se diera cuenta hasta que fuera demasiado tarde para detenerlo. Este lugar era tan bueno como cualquier otro para iniciar el fuego.

Arrodillándose, tratando de evitar tocar la sangre que manaba de la cabeza de Amanda, Tabitha presionó sus dedos debajo de la oreja de Amanda, buscando el pulso. No había nada. Ningún movimiento.

Suspirando, Tabitha se puso de pie. Todavía necesitaba sacar las cosas de Adam del dormitorio y estaba a punto de pasar por encima

del gran montículo de lo que ahora era un charco de Amanda, cuando notó un movimiento.

Sus ojos se fijaron en las partes cambiantes de Amanda que se movían.

Su estómago.

Se agachó y puso su mano sobre la carne ondulante, sintiendo algo sólido dentro, mientras se movía a través de su palma. Pateando, queriendo salir.

Amanda estaba muerta, pero el niño dentro de ella todavía estaba vivo.

Con una sacudida repentina, se levantó del suelo y corrió a la cocina. Las mariposas revoloteaban vivas dentro de ella, mientras abría cajones frenéticamente, rebuscando en ellos algo afilado.

Y entonces los vio, pulcramente colocados en fila en un bloque de cocina negro sobre la encimera.

Cuchillos grandes y afilados.

Solo necesitaba uno.

Sosteniendo el cuchillo de carnicero a su lado, regresó a la otra habitación donde yacía el cuerpo sin vida de Amanda, con la sangre filtrándose en la alfombra debajo de ella.

A lo lejos, podía oír el zumbido de los helicópteros.

CAPÍTULO 83

JOHN

UNA NEBLINA OSCURA Y ominosa envolvía el complejo De Cree, proyectando una extraña penumbra. Se dirigieron con cautela hacia las afueras, moviéndose en silencio pero con los corazones palpitantes que parecían resonar en sus oídos.

Cada segundo era un tormento para John, sabiendo que Amanda estaba en algún lugar adentro. El peso de la situación lo agobiaba, amenazando con asfixiarlo de ansiedad. Leah, con el rostro pálido de preocupación, reflejaba su angustia. Cada minuto que pasaba era un minuto más que estaba separada de Adam, igual que él de Amanda.

John tomó la delantera, indicando en silencio a los demás que lo siguieran hacia los autos estacionados y las puertas. El grupo se agachó entre los arbustos, ocultos a la vista, esperando su oportunidad para moverse hacia la zona de salida utilizada por Tabitha y Yasmeen. Mientras elaboraban su estrategia, notaron que no había muchos soldados vigilando la puerta. En su lugar, había en

su mayoría hombres jóvenes que apenas parecían haber salido de la preparatoria: reclutas asignados para proteger los vehículos.

John los reconoció de inmediato. Eran los mismos jóvenes con los que se había encontrado hacía semanas, un recuerdo lejano ahora que se encontraba en medio de un torbellino caótico de eventos que lo habían llevado a este momento.

Con una respiración profunda y un aleteo de nervios, John decidió tomar un riesgo calculado.

Se volvió hacia los demás, buscando las palabras para decir, y decidió ir directo al grano.

—Voy a entrar.

—¿A qué te refieres con que vas a entrar? —dijo Kai, agachado junto a John, con los ojos fijos en los jóvenes soldados.

—Quizás no cuestionen mi regreso. Puede que ni siquiera sepan que he estado fuera por días. De cualquier manera, seré una distracción para que ustedes puedan entrar por las puertas. —Los miró a cada uno, no buscando su aprobación. La expresión en sus rostros le dijo que entendían que esta era la única manera.

—¿Y si te atrapan? —preguntó Chris—. No le servirás de nada a Amanda si estás bajo custodia.

—De pie fuera de estas puertas, no estoy en posición de ofrecerle ninguna ayuda. Si tienes un plan mejor, soy todo oídos, pero la verdad es que sigo siendo un miembro de los De Cree y esos soldados están bajo mis órdenes, entrenados para seguir mis instrucciones. —Puso una mano grande en el hombro de Chris—. Es todo lo que tenemos, amigo. Es la hora. No vinimos a andarnos con rodeos. Esos días quedaron muy atrás. Necesitamos que ustedes entren y salven a nuestra gente.

El rostro de Chris palideció de miedo mientras asentía en señal de acuerdo. Respiró hondo y exhaló lentamente, encontrando los intensos ojos azules de John en una mirada fija.

—Si te atrapan, encontraré a Amanda y la sacaré de este infierno, pase lo que pase. La llevaré con Lonnie —dijo Chris, con la voz firme por la convicción.

Fue el turno de John de asentir, agradecido por las palabras de Chris. Sabía que existía la posibilidad de que alguien lo interrogara

sobre su paradero, pero tenía un plan de respaldo que esperaba que fuera suficiente. Simplemente diría la verdad. Como miembro de confianza del equipo de Malcolm Gobbo, informaría lo que había presenciado en las fronteras y lo pondría al día sobre la situación actual. La lealtad de John hacia Malcolm era incuestionable, así que, ¿por qué sospecharía otra cosa?

Metió las manos en los bolsillos y caminó con confianza hacia la puerta, tratando de irradiar un aire de indiferencia casual. El sol brillaba en sus lentes de sol, dándole la apariencia de alguien despreocupado y tranquilo. Por dentro, sin embargo, el corazón de John latía con fuerza por la expectación y los nervios mientras se preparaba para enfrentar las miradas inquisitivas de los jóvenes que tenía delante.

Al doblar la esquina, John vio a los hombres parados frente al almacén. Tan pronto como vieron a John, corrieron hacia él con una mezcla de conmoción y alivio en sus voces.

—¡Pensamos que lo habían capturado! —exclamó uno de ellos—. Algo extraño está sucediendo —intervino otro, sus ojos moviéndose nerviosamente a su alrededor.

Los ojos de John se abrieron de par en par, su mente bullendo de preguntas. ¿Sabrán lo de los otros soldados? ¿Qué cosas extrañas están sucediendo?

Luchó por mantener la concentración en la tarea que tenía entre manos, combatiendo el impulso de cargar ciegamente hacia el complejo en busca de Amanda. Primero, tenía que desviar la atención de los hombres del grupo que se escondía en los arbustos, esperando su oportunidad para pasar sigilosamente ante sus ojos vigilantes.

El tiempo se estaba agotando, y cada minuto se sentía crucial. Un leve zumbido resonaba en el aire a la distancia, añadiendo una tensión siniestra a la atmósfera ya cargada. Algo estaba a punto de suceder, y John podía sentirlo pulsar por sus venas como una corriente eléctrica.

—Tenemos mucho de qué hablar —dijo, agradecido de poder ocultar sus emociones detrás de sus lentes oscuros. Llevó a los

jóvenes al interior del almacén, dándoles la espalda a las grandes puertas abiertas.

Dentro del almacén, John se paró frente al grupo de hombres. Sus ojos, protegidos por sus lentes de sol, miraban más allá de ellos, enfocados en lo que había más allá: los arbustos y los demás que esperaban ansiosamente escondidos, sabiendo que John era el boleto de entrada y que no se podía hacer nada hasta que él hiciera su movimiento.

Mantuvo a los hombres ocupados pidiendo actualizaciones sobre la situación actual y compartiendo toda la información que tenía para Malcolm, haciéndolos sentir importantes por ser los primeros en saber.

—¿Y mi esposa? ¿Qué noticias hay de ella? —preguntó, intentando ocultar la preocupación en su tono.

—Está bien, solo preocupada por dónde ha estado usted. Todavía tiene al hijo de Hollen con ella —dijo uno de los hombres.

John ocultó su alivio y asintió al joven, murmurando que era bueno saberlo. Observó cómo los demás emergían con cautela de su escondite en los arbustos y corrían rápidamente sobre el césped y a través de la puerta. Yasmeen le hizo una seña de que se dirigían a la parte trasera, donde estaba la puerta por la que ella escapó. Él asintió en reconocimiento y desvió su atención hacia los soldados que tenía delante, manteniéndolos ocupados hasta que el resto del grupo estuviera fuera de la vista.

Una vez que lo estuvieron, John habló: —Gracias por el informe, caballeros. Me alegro de verlos a todos, pero necesito hablar con Malcolm sobre la información que tengo. —Sonrió—. Y si mi esposa se entera de que he estado aquí charlando con ustedes antes de verla, me arrancará la cabeza.

Los soldados estallaron en carcajadas con la última parte. Dándole a John un codazo juguetón en el hombro, hicieron bromas sobre las esposas y cómo siempre tienen la última palabra. John disfrutó de sus bromas y sintió una camaradería con ellos. Eran buenos chicos, simplemente mal guiados como él. Sintió la responsabilidad de advertirles sobre el peligro inminente, de salvar a sus jóvenes familias antes de que se desatara el caos y quedaran atrapados en

medio. Con una breve pausa, se volvió para dirigirse a los cuatro hombres antes de ir al complejo.

Con sus semblantes alegres todavía a la vista, los muchachos se volvieron hacia él mientras hablaba con genuina sinceridad.

—Todos ustedes son hombres y soldados excepcionales. Si ven alguna señal de peligro, les doy pleno permiso para que se retiren y lleven a su familia a lo profundo del bosque, lejos de este lugar.

Los rostros de los hombres cambiaron, el buen humor se desvaneció, reemplazado ahora por una expresión de incomodidad y confusión.

—¿Qué pasa, señor? ¿Qué sabe usted que nosotros no? —preguntó el soldado que parecía hablar siempre por el grupo.

—No sé nada, y eso me molesta. Pero algo va a pasar y no quiero que ustedes queden atrapados en el fuego cruzado. La familia primero, saquen a sus mujeres y niños del complejo. Ustedes son buena gente. Protéjanse a sí mismos y a sus seres queridos. Es una orden.

John saludó a los soldados, quienes devolvieron el gesto con rígida formalidad. Sin decir una palabra más, John giró sobre sus talones y se alejó, dejando a los soldados con preguntas sin respuesta y una creciente sensación de inquietud.

YASMEEN

Mientras John estaba de pie ante los cuatro jóvenes soldados que ahora les daban la espalda, las chirriantes puertas estaban entreabiertas, invitándolos a colarse adentro. Se apresuraron hacia adelante, con pasos rápidos y silenciosos, sin querer llamar la atención. Con el corazón acelerado, se dirigieron hacia el área de donde Yasmeen había escapado. Sabía que la puerta estaría cerrada con llave desde afuera, pero esperarían a que John regresara y se las abriera.

Cada segundo parecía una eternidad mientras permanecían en las sombras, intentando mimetizarse y evitar ser vistos. El área en la

que se encontraban estaba vacía y sin desarrollar. Ni siquiera había un sendero marcado que llevara a la puerta. El bosque circundante había reclamado la mayor parte del área, borrando cualquier signo de un césped que alguna vez estuvo bien cuidado.

Yasmeen apoyó la espalda contra la fría puerta de metal, su pecho subiendo y bajando con una creciente expectación. Podía sentir cómo sus nervios se deshacían, y parecía que los demás se sentían de la misma manera. Leah, en particular, parecía que iba a estallar en cualquier momento.

—Vamos John, vamos —exhaló Yasmeen, sintiendo el peso del miedo oprimiéndola. Era consciente de su ansiedad, pero todo lo que quería era entrar y enfrentar lo que viniera después. Ya no podía soportar la constante acumulación de pavor; había sido un año entero de esto. Si hoy iba a ser el fin para ella, Yasmeen estaba lista. Estaba cansada de vivir al límite, constantemente al borde de la nada. Necesitaba tierra firme bajo sus pies una vez más o la muerte, lo que llegara primero.

—Voy a regresar para ver si John ya entró —dijo Kai, observando la agitación de Leah mientras caminaba de un lado a otro, mordiéndose las uñas—. Para asegurarme de que no lo hayan detenido o algo.

No podía simplemente quedarse ahí y ver a Leah al borde de un ataque de nervios sin hacer nada. Tenía que ir y hacerse el héroe y todo eso. Yasmeen no estaba segura de si eso le parecía admirable o patético. Todo lo que sabía era que el caminar de Leah le estaba crispando hasta el último nervio que le quedaba. Bueno, entendía que su hijo estaba adentro. Lo captaba, pero todos estaban allí esperando y arriesgando sus vidas para ayudar a recuperarlo.

Yasmeen suspiró mientras veía a Kai marcharse a toda prisa, con la cabeza en alto mientras se ponía en riesgo de ser capturado. ¿Para qué? ¿Para ver si John ya estaba dentro del complejo? ¿Qué les pasaba a estas personas? ¿No se daban cuenta de lo peligrosos que eran los De Cree? ¿Acaso Hayden había deformado su percepción de este nuevo mundo?

Sacudió la cabeza y dejó que su espalda se deslizara por la puerta de metal y se desplomó en el suelo cubierto de hierba bajo ella.

LEAH

—Ya no puedo más con esto. —Leah caminaba de un lado a otro, llevándose las manos a los lados de la cabeza. Su paciencia había llegado a su límite—. No puedo seguir esperando más.

—Tranquilízate —Yasmeen se frotó la frente sudorosa y tomó un trago de la cantimplora de agua—. Ya vendrá.

Leah no le prestó atención y continuó caminando de un lado a otro, su rostro cada vez más sonrojado con cada minuto que pasaba.

—¿A dónde diablos se fue Kai?

Poniendo los ojos en blanco, Yasmeen se colocó la fría cantimplora en la frente, tratando de ocultar su creciente molestia, pero sin éxito.

—No soporta tu nerviosismo, así que fue a ver cómo estaba John.

Esto captó la atención de Leah, sorprendiéndola. No se había dado cuenta de que se había ido hasta ahora. Se quedó quieta, girando la cabeza desde donde se había ido Kai y luego en la otra dirección, hacia la parte trasera del complejo y el área cercada para los niños.

En una decisión de una fracción de segundo, corrió hacia la parte trasera del patio de juegos, con el corazón martilleando en su pecho de anticipación. Escaneó el perímetro, esperando vislumbrar a Amanda afuera, o mejor aún, a Adam. La grava cubierta de hierba amarillenta crujía bajo sus botas de montaña mientras corría, el sol golpeando su piel y provocando que se formaran gotas de sudor en su frente. Un sentido de urgencia la impulsaba hacia adelante, alimentado por la determinación. Era el momento. Iba a recuperar a Adam hoy, sin importar lo que costara.

Su mente era un torbellino de ideas, todas centradas en escapar con Adam. La adrenalina recorrió su cuerpo mientras doblaba la esquina, lista para enfrentar lo que se avecinara.

El patio de juegos estaba inquietantemente silencioso, salvo por el sonido de sus propios pasos resonando contra el pavimento. El sol le golpeaba la espalda, intensificando su sensación de urgencia y

desesperación. A medida que se acercaba a la puerta en la parte trasera del patio, pudo oír los sonidos ahogados de niños jugando y risas provenientes del interior.

—Adam —susurró, tocando la manija de la puerta, sabiendo que estaba tan cerca y a la vez tan lejos. Sus dedos se aferraron a la manija, el metal frío en sus manos, mientras la giraba, preparándose para abrir la puerta.

—Leah.

Al oír su nombre, Leah se giró hacia la fuente de la voz masculina.

—Bu.

Ante ella estaba Ben, con el arma apuntándole.

—Vaya, qué sorpresa encontrarte aquí —dijo, una sonrisa torcida extendiéndose por su rostro.

YASMEEN

—¡LEAH! —Yasmeen se levantó de un salto mientras Leah pasaba corriendo junto a ella por el campo hacia la parte trasera del complejo.

—¡Maldita sea, Leah! —La ira hirvió dentro de Yasmeen, alimentada por la frustración y la molestia ante las acciones imprudentes de Leah. Sabía que tenía que ir tras ella antes de que fuera demasiado tarde. Recogió su mochila y su arma, maldiciendo el lío en el que se había metido.

—¿A dónde vas? —preguntó Chris, intentando detenerla, pero Yasmeen estaba decidida a alcanzar a Leah antes de que pudiera sufrir algún daño.

—Leah no está pensando con claridad —explicó, colgándose el arma al hombro mientras se preparaba para actuar—. Si no voy tras ella, hará que la maten. —Con un movimiento rápido, se liberó del agarre de Chris y estaba a punto de correr hacia el peligro hasta que vio la mirada perdida en el rostro de Chris. En cuestión de minutos, todos lo habían abandonado.

—John y Kai estarán aquí en cualquier momento —le susurró Yasmeen a Chris—. Nada ha cambiado desde la última vez que estuviste aquí. La distribución del área una vez adentro es exactamente como la recuerdas. Tienes los planos y el cerebro. Agarraré a Leah, conseguiremos a su hijo y nos encontraremos aquí.

—A Kai y a John no les va a gustar eso.

Yasmeen resopló, sacudiendo la cabeza.

—Bueno, Kai debería haber pensado en eso antes de irse a buscar a John. En cuanto a John, él conoce el lugar. No se perderá.

Por alguna razón, ver el rostro abatido de Chris hizo que la amargura de Yasmeen la abandonara, filtrándose fuera de ella gota a gota tóxica. Puso su mano en el brazo de él y le dio un apretón.

—Tú puedes con esto, Chris. Tengo fe en ti. Nos volveremos a ver. —Le apretó el brazo una vez más mientras Chris asentía, presionando su mano de vuelta.

—Diles a ese par de zopencos que tuve que ir a salvar a sus locas. —Y con eso, giró sobre sus talones y corrió tras Leah.

CHRIS

Chris observó cómo Yasmeen desaparecía al doblar la esquina del edificio, preguntándose si había cometido un error al quedarse atrás, esperando a Kai y a John. El caos de la situación los tenía a todos al límite, pero que Leah se fuera y Yasmeen la siguiera estaba abriendo un escenario completamente nuevo para el que no estaban preparados, dejando a Chris sin saber qué estaba sucediendo o qué debían hacer a continuación.

El plan que él y Yasmeen habían preparado era su única esperanza, si tan solo lograban entrar al complejo.

Su destino era claro: las habitaciones de Amanda y John, o la zona trasera donde jugaban los niños. No había respaldo para ningún tipo de desviación. Una cosa era segura, separarse no era parte de la ecuación. Y ahora eso era exactamente lo que había sucedido cuando Yasmeen salió disparada hacia Leah, dejando a Chris

sintiéndose indefenso. Abandonado para darles la noticia a Kai y a John.

La puerta crujió, la manija giró.

Sobresaltado, Chris retrocedió, con el arma levantada y apuntando a la puerta mientras se abría. Aliviado, John apareció en la entrada, su rostro incapaz de procesar la escena, viendo solo a Chris parado ante él, solo con un arma apuntándole.

Chris bajó su arma, oyendo pasos que venían de detrás de él, y el sonido de la voz de Kai.

—¿Dónde están las chicas? —dijo, deteniéndose junto a Chris, mirando alternativamente a él y a John en el umbral.

—Leah se fue por allá —Chris señaló el área por donde Yasmeen acababa de irse—, y Yasmeen fue tras ella.

La expresión en el rostro de Kai fue de incredulidad, y luego rápidamente de aceptación, como si debiera haberlo sabido.

—No tenemos tiempo para esto. —Los ojos de John se entrecerraron mientras escaneaba el área en busca de algo alarmante.

—Voy tras ellas —dijo Kai, tomando el arma que llevaba colgada al hombro y sosteniéndola frente a él.

—Kai. —John lo miró negando con la cabeza, pero luego volvió a mirar dentro del edificio—. De acuerdo, bien, atascaré la puerta con algo y la mantendré abierta. Entra tan pronto como las tengas. Chris y yo iremos a mis habitaciones a ver si Amanda y el niño están allí.

—Yasmeen dijo que nos reuniéramos aquí —intervino Chris, ahora que parecía que estaba a punto de ocurrir algún tipo de nueva acción.

Kai asintió y echó a correr, bordeando el lateral del edificio, siguiendo el camino de las mujeres. John empujó la puerta para abrirla más, su mano haciendo un gesto a Chris para que se diera prisa y entrara.

El olor acre del humo los recibió mientras se abrían paso por el estrecho pasillo, con John a la cabeza. No era abrumador, pero flotaba en el aire como una señal de advertencia.

—¿Hueles eso? —gritó Chris, tratando de hacerse oír por encima de los ruidos bulliciosos que venían de más adelante.

John se dio la vuelta bruscamente, con los ojos desorbitados y salvajes por la consternación. La adrenalina recorrió el cuerpo de Chris mientras se apresuraban hacia la fuente de la conmoción, sus pies golpeando el suelo con urgencia. Cualquier preocupación por ser atrapados o vistos se desvaneció mientras se acercaban a la desconocida agitación que les esperaba.

Tan pronto como entraron en el bullicioso vestíbulo, Chris y John fueron arrastrados por un mar de cuerpos frenéticos. La gente corría de un lado a otro, sus voces alzadas en gritos y llantos urgentes. El olor a sudor y desesperación flotaba pesado en el aire, junto con el olor más fuerte del humo que estaba envolviendo el edificio. Era difícil saber a dónde ir o qué hacer en medio de la caótica confusión.

Chris se detuvo y se quedó clavado en el sitio. Cuerpos pasaban apresuradamente a su lado como un borrón. No eran los De Cree, sino gente como él, cegada por la promesa de una vida diferente. Una que se aseguraba que sería mejor que la que dejaron atrás.

En medio del clamor de voces y el penetrante olor a humo, se podía oír un zumbido distintivo en lo alto. El golpeteo rítmico de las aspas de un helicóptero cortaba el aire, acercándose con cada momento que pasaba.

Chris pensó en su Lonnie, el amor de su vida. En Summer, la chica que le había robado el corazón y le había mostrado la alegría de amar a ese niño pillo como si fuera suyo. Y pensó en el bebé que pronto nacería y en todo lo que aún estaba por venir.

Todo lo que quería era volver con ellos. Vivir la vida que habían creado juntos en los últimos meses.

El mismo futuro con el que había estado soñando y que lo impulsó a apagar las luces, lo que fue el origen de todo el desastre que condujo a ese momento. Chris, de pie en el centro de todo, con gente corriendo confundida y temerosa mientras el olor a fuego impregnaba el aire.

Tenía que salvarlos.

John corrió hacia adelante, sin darse cuenta de que Chris ya no lo seguía. Con la mente decidida, observó cómo John desaparecía en el mar de gente, sabiendo que John tenía su propia misión que seguir.

Chris respiró hondo. Al ver una sala de estar en la esquina, se abrió paso a través de la abarrotada habitación hacia ella. En un movimiento fluido, saltó sobre la voluminosa mesa de centro de madera. Sintió la adrenalina recorrer su cuerpo. Con todas sus fuerzas, gritó, esperando cortar el ruido y la histeria.

—¡DETÉNGANSE, TODOS, DETÉNGANSE!

Varias personas confundidas se volvieron hacia él mientras oía su nombre, teñido de interrogación. Animado, gritó de nuevo, esta vez con más fuerza, decidido a abrirse paso a través del caos.

—¡Escúchenme! ¡Están en peligro! ¡Todo lo que les han dicho es una mentira!

La gente se detuvo en seco y lo miró, sus expresiones contorsionándose con incredulidad ante el rostro familiar que tenían delante. El nombre de Chris resonó entre la multitud.

—¿Chris? ¿Está aquí?

—¿Chris Anwir?

—¿De verdad es Chris? ¿Está vivo?

—Creí que estaba muerto.

—Escúchenme, soy Chris Anwir. El primer día que la ciudad de Lex fue cerrada, Malcolm Gobbo ordenó a su hermano Malik Gobbo que llevara a cabo mi ejecución. Fuera de estos muros yace un campo de batalla orquestado por Malcolm Gobbo y varios miembros del ejército De Cree. Huí antes de que Malik pudiera ejecutar las órdenes de Malcolm y he estado escondido desde entonces. He sido testigo de primera mano de la destrucción ordenada por Malcolm Gobbo.

Jadeos e indignación se extendieron por la multitud a medida que más gente se reunía, incapaz de comprender lo que estaban presenciando: un hombre muerto hablando. Y no solo hablando, sino diciendo palabras que eran inconcebibles.

—Sé que esto será difícil de entender, pero todos ustedes están en grave peligro.

Como si fuera una señal, el zumbido de los helicópteros se hizo más fuerte, ahogando cualquier otro ruido. Una nube brumosa de humo se filtró en el vestíbulo, arrojando un resplandor espeluznante sobre todo lo que tocaba. Su olor acre asaltó sus sentidos, haciendo

que sus ojos lagrimearan con el inconfundible olor a escombros quemados.

Mientras Chris se paraba frente a los asustados seguidores de Malcolm Gobbo, sintió una sensación de certeza invadirlo. Sabía que estaba exactamente donde debía estar.

Enderezó su postura, sintiéndose sin miedo, abrazando la responsabilidad de estas personas y su seguridad. Durante meses, se había estado entrenando para ello sin siquiera darse cuenta.

Erguido e inflexible, su voz resonó con una fuerza feroz que se había fortalecido cada día desde que se apagaron las luces.

—Voy a sacarlos de este infierno. A todos ustedes.

JOHN

John corrió por el pasillo débilmente iluminado. El penetrante olor a humo llenó sus fosas nasales, desencadenando una sensación de pánico en su interior.

—¡Amanda! —gritó, luchando por ver a través de las lágrimas que le picaban en los ojos. El caos circundante solo aumentaba su creciente miedo mientras la gente pasaba a su lado empujando, gritando y chillando con desesperación. Necesitaba encontrarla y ponerlos a ambos a salvo, pero el humo se estaba acercando, nublando sus pensamientos y dificultándole pensar.

El tiempo pareció ralentizarse mientras John se dirigía a su hogar. el denso humo y los gritos eran abrumadores, pero no pudo evitar abrirse paso a través del frenesí. Mientras luchaba por avanzar por el pasillo abarrotado, su corazón latía con ansiedad por Amanda. Agarraba a cualquiera que podía, con desesperación en su voz mientras preguntaba: —¿Han visto a Amanda? ¿Dónde está?

Cada persona a la que se acercaba o se apartaba o lo evitaba por completo. Podía ver el pánico en sus ojos mientras pasaban apresuradamente a su lado, desesperados por escapar de lo que fuera que estuviera causando que el espeso humo envolviera el pasillo.

Mientras tropezaba hacia sus habitaciones, el pánico se apoderó de su pecho como un torniquete. Columnas de espeso humo negro se escapaban por las grietas de la puerta, arremolinándose y retorciéndose en el aire como una entidad viva. La fuente del humo provenía del interior de su hogar, envolviendo todo lo que apreciaba. Su corazón se aceleró mientras buscaba a tientas el pomo de la puerta, incapaz de imaginar lo que había dentro.

John golpeó la puerta en llamas con el hombro, haciendo una mueca al sentir el calor quemar su piel. Tosió y se ahogó con el espeso humo que llenaba la habitación, divisando la figura inerte de Amanda en el suelo.

—¡Amanda! —gritó. Apretando los dientes, cargó a través de la entrada en llamas. El vello de sus brazos se chamuscó y su piel ardió mientras luchaba contra las llamas, decidido a alcanzar a su esposa.

—Por favor, que esté viva. Por favor, que esté viva —rogó en voz alta, ignorando las llamas que lamían sus brazos. Rápidamente llegó hasta Amanda. Con un último estallido de fuerza, John agarró su cuerpo sin vida y la arrastró fuera del fuego. Mientras miraba su ropa humeante y su piel ennegrecida, las lágrimas nublaron su visión y se derrumbó junto a ella, acunándola en sus brazos. El olor a carne y cabello carbonizados confirmó su peor temor.

Llegó demasiado tarde: Amanda se había ido, y su bebé había sido salvajemente arrancado de su cuerpo.

Capítulo 84

Yasmeen y Leah

A YASMEEN LE ENFURECIÓ QUE Leah se escapara por su cuenta.

Estaban intentando rescatar a su hijo, y Leah se iba por su cuenta, completamente inestable, poniéndolos a todos en riesgo. Era una imprudencia. No estaba pensando con claridad y ahora Yasmeen tenía que hacerla entrar en razón antes de que Leah hiciera que los capturaran a todos o, peor aún, que los mataran.

—No recuperarás a tu hijo si estás muerta, Leah —dijo entre dientes, furiosa por tener que correr tras ella.

Pero Yasmeen estaba en deuda con ella, y no le gustaba deberle nada a nadie y, maldita sea, Leah le caía bien, a pesar de sus numeritos dramáticos.

Dobló la esquina por donde Leah había corrido y se detuvo en seco. Se le encogió el corazón.

—Ben —dijo apenas en un susurro, retrocediendo detrás de la pared y fuera de la vista, espiando lo que sucedía ante ella.

La mano de Ben se cerró con fuerza sobre la boca de Leah, ahogando sus gritos mientras la arrastraba a través de la puerta abierta del patio. Le apoyaba una pistola en la sien. Ella forcejeaba contra su agarre, pero él la mantenía firmemente en su sitio.

—Puedes forcejear todo lo que quieras, Leah. No volveré a soltarte nunca más —dijo Ben.

La mirada en los ojos de Ben sobresaltó a Yasmeen. No era la mirada a la que estaba acostumbrada. Esta era salvaje, una que le provocaba escalofríos.

Estaba en pánico, completamente abrumado por la situación. Solo pudo suponer que tenía que ver con el sonido distante de los helicópteros que parecían acercarse más y más a cada minuto.

Leah intentó protestar, su voz distorsionada por la mano de Ben mientras él la arrastraba con fuerza hacia el complejo.

Saliendo sigilosamente de detrás del edificio, Yasmeen corrió hacia la pesada puerta mientras esta se deslizaba lentamente para cerrarse. Extendió la mano y sujetó la manija justo a tiempo, tirando con todas sus fuerzas para detenerla justo antes de que se cerrara por completo.

Yasmeen contuvo la respiración, esforzándose por oír la conmoción de Ben y Leah mientras forcejeaban por el pasillo. Una vez que los oyó alejarse, abrió la puerta un poco para ver hacia dónde se dirigía Ben.

Arrastraba a Leah con él mientras se dirigía a las habitaciones que Yasmeen y Ben habían compartido. Ella se deslizó dentro y los siguió, dejando que la puerta hiciera clic al cerrarse y bloqueara la entrada a cualquiera desde el exterior.

—Tú y yo vamos a tener una pequeña charla ahora, Leah. Sobre lo que va a pasar.

Leah agarró la mano de Ben, intentando quitarle los dedos de la boca, pero él la sujetó con fuerza. Su aliento estaba caliente contra su oreja mientras luchaba contra él.

Él presionó el cañón de la pistola contra su sien, sus labios flotando cerca de su oreja. Su voz era áspera y dura.

—No, no, no, no, Leah, aquí no tienes el control. Lo tengo yo. Hay muchas cosas con las que no estoy contento. Ahora me toca a mí mandar. Te descubriré la boca si prometes portarte bien. ¿Lo prometes?

Ella asintió.

—Está bien, entonces voy a quitar mi mano, pero si haces un solo movimiento, te juro que te vuelo la cabeza. Se acabaron los juegos. Ya no tengo nada que perder —soltó su agarre sobre la boca de ella, y Leah inhaló bruscamente, tomando una profunda bocanada de aire.

Se esforzó por girar para encararlo, su cuerpo resistiéndose a su firme agarre. Él se negó a soltarla, su brazo envuelto firmemente alrededor de su pecho, restringiendo sus movimientos y manteniéndola pegada a él. Se sintió atrapada, incapaz de liberarse de su agarre.

Su agarre solo se hizo más fuerte. Inclinando la cabeza, se acercó más e inhaló, absorbiendo el aroma de su cabello antes de exhalar. Su aliento era cálido y húmedo contra su cuero cabelludo. Un torbellino de inquietud y pánico la invadió al sentir su cuerpo presionar con fuerza contra su espalda.

—Por favor. ¿Dónde está Adam? Devuélveme a Adam.

Pudo sentir cómo Ben apartaba la nariz de su pelo y suspiraba; el retumbar en su pecho vibraba contra ella.

—No he terminado de hablar. Esto es lo que va a pasar. Tú y yo nos llevaremos a Adam y nos largaremos de aquí. Encontraremos un lugar donde podamos empezar de nuevo. Como una familia.

Su corazón latía con fuerza en su pecho, incapaz de comprender lo que Ben estaba diciendo.

¿Hablaba en serio? ¿Era una especie de broma? Pero podía sentir cómo la apretaba más contra él, su mano deslizándose por su cintura y subiendo por su cuerpo.

Reprimió el impulso de apartarse de su contacto mientras sus manos subían más, el frío metal de la pistola presionado contra su sien la hizo congelarse.

—Sabes, tenía un plan brillante, y se suponía que ibas a ser parte de él, pero tuviste que arruinarlo al enfadarte por todo el asunto de Yasmeen. Bueno, eso ya se acabó. Las cosas van a cambiar. Nosotros tres —tú, yo y el niño— vamos a empezar de cero. Vamos a olvidarnos de todo y a dejar este lugar atrás.

La mano libre de Ben subió y le ahuecó un pecho, haciendo que su respiración se acelerara mientras lo apretaba, como si todavía tuviera posesión de su cuerpo.

—Estás loco —dijo ella, paralizada, incapaz de moverse—. No voy a ir a ninguna parte contigo. Me llevaré a Adam y no volveremos a verte jamás. Eres un asesino que ha cometido actos terribles.

Con un empujón violento, Ben arrojó el cuerpo de Leah al suelo. Cayó con fuerza, sus rodillas golpeando el piso de baldosas. No podía moverse, paralizada por el miedo mientras él levantaba la pistola y le apuntaba directamente a la cabeza.

—Cosas terribles, Leah. ¿Crees que soy una persona horrible? — las duras palabras salieron de su boca mientras su voz temblaba de dolor y traición. La ira ardía en sus ojos, su rostro enrojecido por la emoción. Era difícil creer que este era el mismo hombre que una vez había amado, este extraño de pie ante ella, consumido por la rabia.

—Ni siquiera sé quién eres. No eres la persona con la que creí haberme casado —Leah se estabilizó, apoyando las manos en el suelo y levantando la cabeza para mirar a Ben, con la pistola extendida en la mano y una sonrisa burlona en el rostro. Era desconcertante esta versión desconocida de él, pero quizás esa era la cuestión. Nunca lo conoció realmente. Siempre fue un monstruo disfrazado.

Una risa siniestra escapó de Ben mientras se pasaba la mano libre por el pelo a su manera típica, cuando estaba frustrado.

—Tienes que estar bromeando. Eres tan predecible. Nunca asumes la responsabilidad por tus propias acciones —su rostro se puso rojo, sus labios temblaron mientras inclinaba la cabeza, distraído por el creciente rugido de las aspas de los helicópteros. Parecían acercarse cada vez más, haciendo que el pánico creciera dentro de él, incapaz de concentrarse en la tarea que tenía entre manos.

Los ojos de Leah se desviaron hacia arriba, atraídos por el zumbido bajo que llenaba sus oídos. Se dio cuenta de que venía de algo afuera, no solo un murmullo sordo en su cabeza. Su corazón se aceleró, sabiendo que necesitaba escapar de Ben y llegar hasta Adam.

—No estoy bromeando, Ben. No me gusta. Ya no puedes menospreciarme. No funciona.

—¿Menospreciarte, Leah? Eso lo haces tú sola. ¿Crees que te casaste con un extraño? Echa un vistazo a las decisiones que has tomado. Sabes exactamente con quién te casaste. Simplemente no quieres asumir la responsabilidad por ello. Eso es culpa tuya, querida esposa. Tuya.

Los ojos de Leah se entrecerraron mientras escaneaba la habitación. Se puso de pie, tratando de no sobresaltar a Ben, quien le apuntaba con el arma. Él la miraba con un ojo, su dedo flotando sobre el gatillo, desafiándola a avanzar.

—Secuestraste a mi hijo. Me lo robaste. A mi niño. Desde el día en que nació, lo he tenido en mis brazos. Hasta que me lo quitaste — una rabia feroz la consumió, burbujeando desde lo más profundo de su ser mientras revivía cada una de las acciones hirientes que Ben le había infligido en el pasado. Los recuerdos de la traición inundaron su mente y la llenaron de animosidad.

—¡También es mi niño! —el rostro de Ben se puso rojo de rabia mientras gritaba, sus labios escupiendo saliva—. No me lo llevé. Es mi hijo. Lo salvé. Lo salvé de ti. Estoy tratando de protegerlo, estúpida tonta. Todavía estoy tratando de salvarlo —intentó calmarse mientras Leah sentía el escozor de sus palabras como si fueran bofetadas.

—Soy tu esposo, y no vas a destrozar nuestro hogar. Ya basta. Esto se acabó. Tú y yo, Adam, juntos como una familia.

Leah miró a Ben, impactada. Luchando por entender las palabras que salían de su boca.

—Te perdonaré por estar con ese otro tipo. Sí, sé de él —se llevó la mano a la sien, el frío metal de la pistola todavía firmemente agarrado en la otra. Presionó la palma de la mano contra el costado

de su cabeza, tratando de alejar las imágenes inquietantes que se arremolinaban en su mente.

—Sé que ese tipo anda tras de ti. El maldito robamaridos. Sé que estuvieron juntos, pero por el bien de Adam y de nuestra familia, voy a perdonarte y a dejarlo pasar.

La mano de Leah fue instintivamente a la pistola asegurada en su cintura, oculta bajo su suéter. Con un fuerte agarre en el arma, apuntó directamente a Ben, que permanecía inmóvil, con la cabeza y los ojos todavía fijos en el techo.

—¡Voy a ser el más hombre aquí y lo dejaré pasar, por el puto bien de nuestra familia! —explotó en un ataque de ira, su rostro contorsionado por la rabia mientras se giraba hacia ella. Sus palabras salieron a borbotones, con gotas de saliva volando de su boca con cada sílaba iracunda.

Con la pistola firmemente en su mano, apuntó directamente a Ben, sus manos firmes mientras le sostenía la mirada.

—No voy a ir a ninguna parte contigo. Quiero a Adam. Dámelo o te dispararé si tengo que hacerlo.

—¡MIERDA! —maldijo Ben mientras un fuerte rugido llenaba la sala, ahogando todos los demás sonidos. Tanto él como Leah miraron instintivamente al techo mientras un helicóptero sobrevolaba. En una fracción de segundo, la mano de Ben se disparó y agarró a Leah, presionando de nuevo el frío cañón de su pistola contra su sien, haciendo que ella se estremeciera de dolor.

—No me has dejado otra opción —declaró—. Criaré a Adam yo solo.

Algo dentro de Leah se rompió. En ese momento, no le importaba si vivía o moría. Todo lo que sabía era que tenía que luchar, sin importar las consecuencias. Pegada al pecho de Ben, sintiendo su aliento en la cara, se echó hacia atrás, mirándolo a los ojos y le dio un cabezazo con todas sus fuerzas.

—¡PERRA! —con un grito agudo, la sangre brotó de su nariz mientras gritaba de dolor. Ella levantó su pistola con manos temblorosas, su dedo listo en el gatillo mientras observaba a Ben sujetarse la cara herida. El miedo y la adrenalina corrían por sus venas mientras se preparaba para lo que estaba por venir.

—Creo que me rompiste la nariz —sonaba joven y vulnerable al hablar, pareciéndose mucho a Adam mientras se sujetaba la nariz, haciendo una mueca de dolor.

Sus piernas comenzaron a flaquear mientras Leah sentía que su fuerza disminuía y sus manos temblaban. Miró a Ben y vio a Adam, y toda su determinación desapareció. Bajó su arma, incapaz de decidirse a dispararle.

En un instante, Ben le apuntó con su pistola, llenando la sala con su risa maniática que superaba cualquier ruido del exterior.

—Di adiós, Leah —dijo con desprecio.

Leah dio un paso adelante, extendiendo la mano mientras articulaba en silencio la palabra «no».

Un estruendo ensordecedor resonó en el aire, junto con el olor acre de la pólvora. Leah cayó al suelo, cubriéndose la cabeza con los brazos. Todos los sonidos desaparecieron, excepto el golpe sordo de un cuerpo al caer frente a ella.

Con manos temblorosas, se destapó los oídos y levantó la cabeza para ver a Yasmeen de pie sobre el cuerpo sin vida de Ben, sosteniendo su pistola a un lado con un débil agarre.

El rostro de Leah se contorsionó en shock mientras Yasmeen caía de rodillas y se arrastraba más cerca del cuerpo inerte de Ben.

Paralizada, Leah observó, incapaz de moverse mientras Yasmeen sostenía la cabeza inerte de Ben en su regazo, meciéndose suavemente hacia adelante y hacia atrás. Un sonido suave y lastimero escapó de sus labios, apenas audible en la quietud de la habitación.

El sonido se movió en lo profundo de Leah. Conocía muy bien el llanto de los sueños y esperanzas perdidos. Se acercó a Yasmeen, arrodillándose detrás de ella. Envolviendo el cuerpo tembloroso de Yasmeen con sus brazos, Leah la atrajo hacia sí mientras se mecían de un lado a otro. El peso de su dolor compartido flotaba denso en el aire mientras lloraban por el hombre que ambas alguna vez amaron.

Capítulo 85

Malcolm

EL RUGIDO SORDO DE los helicópteros que se aproximaban llenó los oídos de Malcolm, ahogando todos los demás sonidos. Podía sentir las vibraciones de las hélices mientras cortaban el aire, sacudiéndole el cuerpo, amenazando con hacerlo pedazos.

¿Dónde estaba Tabitha?, pensó con impaciencia, golpeando el suelo con el pie, molesto porque aún no había regresado con el hijo de Ben. La irritación lo carcomía mientras esperaba, su mente repasaba a toda velocidad todas las posibles razones de su retraso. Era la hora. Tendrían que irse de inmediato. Habían esperado demasiado. Pero primero, antes que nada, tenía que dirigirse al área común y comprobar si Sarah y los niños estaban allí. Se dio cuenta de que debería haber hecho esto desde el principio en lugar de delegar tareas a sus subordinados.

Bueno, ya era demasiado tarde para pensar en eso.

Mientras avanzaba por los pasillos, percibió un ligero olor a humo. No pudo determinar de dónde provenía.

Extraño, pensó, sintiendo una creciente ansiedad que se acumulaba en su interior. Realmente necesitaba irse.

Abriéndose paso entre la creciente multitud, hacia el vestíbulo, Malcolm se sorprendió por la conmoción y el humo que había más adelante en el pasillo. ¿Sería posible que Tabitha ya hubiera iniciado su plan? Pero ¿cómo pudo hacerlo si aún no había regresado? ¿Y por qué todos los demás corrían de un lado a otro en pánico?

Había una tensión creciente en la multitud mientras se acercaba a un grupo de mujeres, preguntando desesperadamente si habían visto a Sarah. Ellas negaron con la cabeza, el miedo era evidente en sus rostros.

Se abrió paso entre el mar de gente, recriminándose por no haber actuado antes. Su corazón se aceleró de miedo mientras se preguntaba una vez más dónde estaba Tabitha y, más importante aún, dónde estaban Sarah y los niños.

Mientras seguía avanzando, el sonido de la voz de un hombre llegó a sus oídos desde la lejanía. Era una voz que conocía, pero no lograba identificar a quién pertenecía.

Una mujer baja de mediana edad pasó corriendo a su lado y, con un agarre firme, él la tomó del brazo, deteniendo en seco a la frenética mujer.

—¿Quién es el que habla? —exigió, señalando en dirección a la voz.

—Es Chris Anwir, está vivo.

La mano de Malcolm se crispó hacia donde estaba su pistola mientras luchaba por controlar su ira. Sintió un fuerte impulso de golpearla, pero se contuvo. La mujer que estaba frente a él, con el cabello alborotado y una mirada de locura en los ojos, acababa de revelar que Chris Anwir estaba vivo.

Eso sí que era algo que no esperaba oír.

Chris Anwir llevaba mucho tiempo muerto. La mujer estaba claramente trastornada.

Cerró los ojos por un momento y respiró hondo, obligándose a mantener la calma.

Con mano firme, sacó la pistola de su funda, ignorando las divagaciones sin sentido de la mujer que tenía delante.

—Dice que todo lo que nos han dicho es mentira y que está aquí para salvarnos —gimió la fastidiosa mujer, aferrándose a la manga de Malcolm.

Se tomó un momento para recomponerse, repitiendo su propio nombre en su cabeza. Él era Malcolm Gobbo, líder de los De Cree, y la mujer que estaba ante él era una de sus leales seguidoras. Pero el abrumador deseo de levantar la pistola y ponérsela en la cara era irresistible. Necesitaba alejarse de ella lo más posible y descubrir quién era ese hombre, que se comportaba como si tuviera derecho a hablarle a su gente.

Cerca de la puerta del vestíbulo, el sonido de la voz del hombre se oía claramente, cautivando a la gente y atrayéndola para que saliera a escuchar.

Malcolm se acercó a la ventana, observando a la multitud que se congregaba afuera. En el centro estaba un fantasma, guiando y tranquilizando con seguridad a todos a su alrededor. Con claras dotes de organización y liderazgo, Chris Anwir dirigía a la gente con calma y la sacaba del complejo de manera ordenada.

Malcolm se quedó sin palabras, con la boca abierta por la conmoción. Una ola de incredulidad lo inundó ante la escena que tenía ante sus ojos.

Chris estaba vivo, de pie con confianza, tomando el control de todo el complejo.

Malik mintió.

Todo este tiempo, su hermano había engañado a Malcolm al afirmar que había matado a Chris. La traición y el engaño cortaron profundo como un cuchillo, dejando a Malcolm tambaleándose y cuestionando todo lo que creía saber.

De repente, se dio cuenta. ¿Sería posible que Chris fuera el responsable de la muerte de Malik?

Una ira poderosa lo consumió, sin saber si provenía de haber sido engañado o del hecho de que Chris Anwir estuviera vivo y al mando del complejo. De cualquier manera, la revelación lo sacudió hasta la médula.

Sin duda, Chris mató a su hermano y logró escapar. Él era la razón del sonido de los helicópteros que se acercaban y de los soldados en las fronteras.

Todo empezaba a tener sentido.

Chris era el informante. Él era el traidor de los De Cree. Chris fue quien apagó las luces, y eso era lo que le estaba haciendo a Malcolm ahora. Apagándole las luces.

Le habían jugado una mala pasada a Malcolm.

Actuando por instinto, se dirigió a la puerta lateral, abriéndose paso entre la masa de gente que intentaba huir del edificio en llamas que había sido su sueño.

Se deslizó entre la multitud sin ser visto, mezclándose en la vorágine mientras sacaba su pistola y apuntaba con cuidado. Esta vez, apagaría las luces de Chris para siempre y nadie se daría cuenta de que fue él.

El sonido de los disparos retumbó en el aire mientras la gente se agachaba para cubrirse, protegiéndose la cabeza de dondequiera que volaran las balas.

Malcolm dejó caer los brazos a los costados, todavía sosteniendo la pistola en la mano. Se quedó inmóvil, observando con leve interés cómo un hombre nativo alto, de abundante cabello negro, corría hacia el cuerpo inmóvil de Chris en el suelo.

El desconocido gritó el nombre de Chris y lo atrajo hacia sí, mientras Malcolm observaba con curiosidad.

¿Quién era esa persona cuya voz delataba un abanico de emociones y miedo?

¿Cómo conocía a Chris?

Los ojos del hombre alto se alzaron y se posaron en Malcolm. Se quedó quieto, pero agarró a Chris con fuerza, mirando a Malcolm con una mezcla de sorpresa, ira y odio en su expresión.

—Ah, interesante. Usted me conoce, pero yo no lo conozco a usted —la voz de Malcolm era baja y quedó ahogada por el ruido que lo envolvía. Ya había tenido suficiente. Se dio la vuelta y fue engullido una vez más por el mar de gente que huía del edificio en llamas.

Vagó por los pasillos hasta el vestíbulo, rodeado por los sonidos del caos. En medio de la conmoción, escuchó el llanto de un niño y recorrió la zona con la mirada, esperando que fuera uno de sus sobrinos.

Acurrucado en la esquina, vio a Adam.

En ese instante, aceptó el hecho de que Sarah se había ido, al igual que sus hijos. No solo había perdido a su hermano, sino también a su cuñada y a los últimos Gobbo que quedaban. Toda la familia que le quedaba.

El niño estaba solo en la esquina, con lágrimas corriendo por su rostro. Estaba asustado, olvidado por todos los que estaban atrapados en el frenesí de la huida. La única persona que se fijó en él fue la figura que se le acercaba.

Malcolm no lo olvidaría.

El niño lo miró con los ojos grandes y llorosos. Le moqueaba la nariz y las lágrimas corrían por sus mejillas manchadas mientras su labio inferior temblaba, tratando de contener los sollozos.

—Hola, Adam —saludó Malcolm, agachándose para ponerse a su nivel. Su voz era tan serena como siempre, y una sonrisa amable iluminó su rostro.

El niño se echó a llorar y Malcolm abrió los brazos, permitiendo que el niño corriera hacia ellos.

—Quiero a mi mamá —las lágrimas corrían por el rostro del pequeño mientras se aferraba a Malcolm, sus pequeños brazos rodeándolo con fuerza. El sonido de sus sollozos conmovió el corazón de Malcolm, sorprendiéndolo. Era un sentimiento que nunca antes había experimentado, el anhelo desesperado por el abrazo reconfortante de una madre. Y, sin embargo, a pesar de lo desconocido que le resultaba, Malcolm no pudo evitar sentir una abrumadora sensación de protección y empatía hacia el niño. Lo abrazó con fuerza, ofreciéndole el poco consuelo que podía para aliviar el dolor del pequeño.

—Ya, ya, Adam. Te tengo —susurró, pasando los dedos por el cabello rubio cenizo del niño, sintiendo un fuerte vínculo paternal con él.

Su pequeño cuerpo temblaba mientras Malcolm lo levantaba. Rodeando el cuello de Malcolm con sus brazos, Adam hundió el rostro en su camisa.

El niño estaba alterado, pero su miedo superaba cualquier otra emoción mientras se aferraba a Malcolm sin pronunciar una sola palabra.

Malcolm se apartó rápidamente del vestíbulo y se dirigió hacia la escalera. Con cada escalón, su ritmo se aceleró mientras subía con cuidado hacia el segundo piso que conducía a sus habitaciones.

CAPÍTULO 86

TABITHA

TABITHA CORRIÓ.

El corazón le martilleaba en el pecho mientras corría a través de la maraña de hojas y ramas, zigzagueando con el bulto lloriqueante sujeto con fuerza en sus brazos. El bebé de Amanda lloraba más fuerte mientras corrían, lo que le dificultaba a Tabitha mantener un ritmo constante. Pero no podía bajar el ritmo. Se había acabado, todo había terminado, y un nuevo plan tomaba forma en su mente con cada paso que la alejaba del complejo De Cree.

—Tranquilo, pequeño —jadeó, tratando de recuperar el aliento. Se dio la vuelta, esperando que nadie la siguiera, pero no vio a nadie. Un suspiro de alivio escapó de sus labios mientras continuaba procesando todo lo que acababa de suceder.

Todo había terminado. Lo de los De Cree se había acabado, el liderazgo de Malcolm se había acabado, y ella había matado a Amanda por accidente.

Bajó la mirada hacia el bebé acunado en sus brazos. El bebé le devolvió la mirada con unos ojos grises y acerados. En ese momento, su corazón se hinchó con una emoción que nunca antes había experimentado, pulsando en su pecho con una intensidad que nunca creyó posible.

Tabitha se inclinó y besó suavemente la cabeza del bebé, sintiendo los suaves remolinos de cabello oscuro bajo sus labios. Extendió su dedo hacia él; su diminuta mano se estiró y se envolvió a su alrededor. Sin pensar, Tabitha ajustó la manta alrededor del bebé para mantenerlo abrigado y a salvo.

Mientras avanzaba, pensó en Malcolm y sintió una pequeña punzada porque no estaba con ella, pero era inevitable. En el momento en que sostuvo al bebé retorciéndose en sus brazos, Tabitha supo que tenía que irse de inmediato. Eso significaba dejar atrás a Malcolm y sus planes.

De vuelta en casa de Amanda, le temblaban las manos mientras empacaba frenéticamente lo esencial para el recién nacido. Tomó un mameluco suave y le puso un pañal al bebé que lloraba antes de envolverlo firmemente en una manta de color crema. Metió en una bolsa pañales, toallitas, fórmula y ropa, y se la colgó al hombro. Con determinación en la mirada, salió corriendo de la habitación con su preciado bulto a cuestas, dejando atrás cualquier resto de su vida anterior.

Y el cuerpo vacío de Amanda.

Frunció los labios, intentando apartar la imagen de Amanda tirada en el suelo. Lo hecho, hecho estaba. No había nada que Tabitha pudiera haber hecho para detener lo que pasó en esa habitación. Amanda se volvió contra ella y se puso violenta. ¿Qué se suponía que hiciera Tabitha? No tuvo más opción que defenderse. Además, estaba segura en el fondo de que Amanda habría querido que salvara al bebé. Tabitha no podía simplemente dejarlo morir. ¿O sí? Por supuesto que no.

Tenía que hacer lo que tenía que hacer, y se negaba a regodearse en la fealdad de todo aquello.

Eso era exactamente lo que estaba haciendo, caminar con dificultad por el denso bosque, con las afiladas ramas arañándole la

cara y enganchándose en su ropa. Se detenía de vez en cuando para alimentar al bebé hambriento en sus brazos, usando la preciada fórmula que había empacado en la bolsa de bebé llenada apresuradamente. Su mente se aceleraba con la preocupación de qué pasaría cuando se le acabaran los suministros, pero por ahora, se concentraba en poner la mayor distancia posible entre ella y los De Cree.

Tan pronto como Tabitha salió del complejo, pudo oír el sonido familiar de helicópteros en la distancia. El zumbido de las hélices continuaba llenando el cielo sobre ella.

Se dio cuenta de lo ingenuos que habían sido ella y Malcolm al pensar que podrían ejecutar sus planes de esa noche sin ser atrapados.

Ya era demasiado tarde. Habían esperado demasiado para escapar.

Bueno, juntos.

Tabitha no tenía ninguna intención de que la atraparan, especialmente ahora que tenía a alguien a quien proteger. Miró al bebé pacífico acurrucado en sus brazos, sintiendo ya el amor feroz y la responsabilidad de una madre hacia él.

Vio un claro más adelante y se abrió paso a través de la maleza para llegar a él. Al salir a la autopista, se detuvo en seco.

Dos camiones militares y varios tanques de camuflaje aparecieron a la vista mientras salía a tropezones del denso bosque. El corazón se le aceleró mientras apretaba al bebé contra su pecho, escudriñando frenéticamente la escena en busca de cualquier señal de seguridad.

Los soldados, ataviados con sus uniformes militares, se dieron la vuelta rápidamente al oír el sonido de sus pasos apresurados y los chillidos del niño que había empezado a llorar.

Por un momento, todo quedó en silencio, excepto por los lamentos del niño que resonaban en el aire tenso.

El corazón de Tabitha le latía en los oídos mientras respiraba profundamente para calmarse.

Un soldado, de rostro amable y moreno claro enmarcado por un pelo canoso muy corto y una gorra militar, se acercó a Tabitha.

Extendió la mano en un gesto de paz. —Señora —dijo en voz baja—, por favor, mantenga la calma. Estamos aquí para ayudar.

Tabitha apretó al bebé contra su pecho, sintiendo el diminuto latido de su corazón contra el suyo. Sus ojos se movían entre los soldados fuertemente armados, cuyas botas crujían en la grava mientras formaban un círculo cerrado alrededor de ella y del bebé que lloraba.

No puede terminar así, pensó.

—No pasa nada, señora. —El soldado mayor, con una sonrisa amable en el rostro y un parche que decía «Ejército de los Estados Unidos» en su uniforme, extendió la mano hasta el hombro de Tabitha. Su tacto fue reconfortante mientras hablaba en un tono calmado—. Hemos venido a poner fin al caos que ha asolado a Lex durante todos estos meses.

Tabitha levantó la cabeza bruscamente mientras ocultaba la mitad de su rostro en la manta del bebé.

—¿Estadounidenses?

—Sí, señora, nunca imaginé que nuestras tropas se desplegarían en Canadá para salvar a nuestros hermanos y hermanas del norte de un gobierno corrupto, pero aquí estamos. Bienvenidos a 1993, cuando Canadá necesita ser rescatada de una secta. ¿Quién lo hubiera imaginado?

La voz del soldado era baja y estaba llena de incredulidad, moviendo la cabeza de un lado a otro mientras hablaba. Los otros soldados permanecían como estatuas, pero Tabitha pudo ver sus cabezas asentir en silencioso acuerdo y conmoción.

—Fue difícil de creer al principio, pero ni siquiera la desaparición de ciudades pequeñas puede pasar desapercibida por mucho tiempo. Y así, nos encontramos aquí. Comprendo su miedo y su vacilación. Esta locura se ha prolongado demasiado.

—¿Sabe lo que ha estado pasando?

—Sí, señora, por eso estamos aquí. Para derrocar al régimen corrupto que se le ha permitido reinar en el distrito de Lex durante casi un año. Es nuestro deber actuar con rapidez y discreción, para no alarmar al resto del mundo de lo que ocurrió aquí.

Los ojos de Tabitha se abrieron de par en par.

—¿Y los sobrevivientes? ¿Los que quedaron sufriendo a merced de esta destrucción? —Habló contra la manta, abrazando al bebé que estaba dentro, ahora durmiendo contento de nuevo.

El soldado se irguió y habló con autoridad.

—Nuestra misión es transportar a estos sobrevivientes a un lugar seguro y ayudar a reconstruir sus vidas y el distrito de Lex.

Hipnotizada, Tabitha contempló la interminable fila de camiones que serpenteaba por la autopista. Vio los rostros demacrados y aterrorizados que se asomaban desde los remolques traseros: sobrevivientes de los De Cree. Había tantos, cada uno único. Nunca los había visto como personas reales antes.

—¿Un lugar seguro lejos de los De Cree? —Apenas pudo evitar que le temblara la voz.

—No hay necesidad de preocuparse, señora. Los De Cree ya no podrán hacerle daño a nadie. Ahora está a salvo.

Miró a los ojos dubitativos de Tabitha, con una sonrisa amable en su rostro. —Usted y su pequeño están en buenas manos ahora. Se lo prometo.

Incapaz de contener su emoción, Tabitha sonrió ampliamente desde detrás de la manta. Se inclinó para besar la parte superior de la cabeza del bebé y no pudo evitar soltar una risa alegre.

—Sí, apuesto a que esa es la mejor noticia que ha oído en mucho tiempo —dijo el soldado, poniendo una mano en la espalda de Tabitha.

—Usted no tiene ni idea —respondió ella, aceptando la mano del soldado mientras él la ayudaba a subir al remolque del camión. Se acomodó entre dos hombres ancianos de rostros demacrados y ropas hechas jirones, que parecían desnutridos y agotados.

—Todo va a estar bien. —El soldado sonrió a Tabitha y cerró el remolque.

—Gracias —sonrió Tabitha con genuina calidez.

—¿Cuál es su nombre? —inquirió el soldado, apoyando la mano en el costado del camión—. Tenemos un largo viaje por delante, y trataré de conseguir algunas provisiones para usted y su pequeño.

Mi pequeño, pensó Tabitha mientras acurrucaba el cálido cuerpo del bebé más cerca de ella. Pensó en Malcolm, y en todo lo que

había sucedido hasta ese momento, con ella acunando a su dulce hijo en sus brazos. Todo había valido la pena.

—Gabby —dijo Tabitha con bastante rapidez, dedicándole al soldado la sonrisa más cálida que pudo reunir—. Me llamo Gabby Froth.

—Encantado de conocerla, Gabby. —Saltó al borde del camión y se inclinó para estrecharle la mano.

—Gracias —respondió ella tímidamente, notando lo en forma que estaba para su edad, con un comportamiento reservado pero agradecido—. Por todo —añadió sinceramente, contemplando cuánto mayor era él que ella. ¿Diez años, quizás más?

El soldado sonrió cálidamente y saltó de nuevo al suelo.

—¿Niño o niña? —dijo, dándose la vuelta. Tabitha, por un momento, se quedó confundida.

—Niño —respondió, acunándolo contra su pecho.

—¿Niño, eh? Buen trabajo. —Empezó a alejarse, agitando la mano detrás de él.

Tabitha se recostó contra la cabina del camión y sintió que su cuerpo se relajaba mientras el motor rugía y el vehículo se ponía en marcha. Suspiró, pensando en el bebé que tenía en brazos, y luego se incorporó bruscamente, inclinándose sobre la barandilla.

—¡Olvidó decirme su nombre! —gritó mientras el soldado se alejaba.

Con un rápido giro, él caminó hacia ella con determinación. No pudo evitar notar el dedo anular desnudo y la forma en que se comportaba con seguridad. Su corazón latía con cada paso que él daba hacia ella.

—Williams, Michael Williams.

A Tabitha se le desencajó la mandíbula por la sorpresa, como si nunca hubiera oído el nombre Michael antes. El soldado le lanzó una mirada extraña antes de que ella hiciera un gesto hacia el bebé en sus brazos, levantando la manta para revelar al diminuto infante que había dentro.

—Se llaman igual —respondió ella.

Michael ojeó dentro del bulto, viendo al pequeño niño con la piel como la suya. El cabello oscuro se enrulaba en la cabeza del niño,

con un pequeño mechón blanco que destacaba en la parte delantera. Mientras el bebé se revolvía, Michael no pudo evitar soltar una carcajada. Los penetrantes ojos grises del niño que le devolvían la mirada lo tomaron por sorpresa.

—¿Se llama Michael? —preguntó, volviéndose hacia Tabitha con un brillo de curiosidad en su mirada. Una pequeña sonrisa se dibujó en las comisuras de sus labios mientras esperaba su respuesta, claramente intrigado.

—Micah, se llama Micah —respondió ella mientras la sangre corría por su cuerpo, viendo su nuevo futuro desplegarse ante ella.

CAPÍTULO 87

LEAH

EL CORAZÓN DE LEAH se aceleró mientras ella y Yasmeen corrían por el pasillo, con el penetrante olor a humo llenándoles las fosas nasales. El fuego provenía de la habitación de Amanda y, presa del pánico, intentó tontamente entrar a la fuerza para salvar a Adam.

—Él no está ahí dentro. —Leah no se había percatado de que John estaba sentado en el suelo hasta ese momento, aferrado a los restos carbonizados que solo podían ser de Amanda.

Su mano se detuvo sobre la puerta en llamas, sabiendo que si la abría, lo que fuera que estuviera dentro saldría disparado, envolviendo el pasillo en un infierno.

La imagen de Amanda, sin vida, con el abdomen brutalmente abierto, superaba las peores pesadillas de Leah. Lo que sea que le hubiera pasado para dejarla carbonizada y cercenada en el suelo como una ofrenda sacrificial era incomprensible.

—¿Quién le haría algo tan horrible a otra persona? —Las palabras de Yasmeen temblaban de incredulidad mientras estaban de pie frente a la imponente figura de John, ahora reducido a un manojo de nervios. Él se aferraba a lo que quedaba de su esposa, perdido en un trance de dolor. El persistente hedor a carne quemada llenaba el aire, asfixiándolas.

Amanda estaba irreconocible, reducida a una cáscara vacía que apenas se parecía a un ser humano. Era una escena sacada del infierno, ejecutada con una crueldad inimaginable.

La escena las dejó a ambas en estado de shock. Perder a su mejor amiga devastó a Leah y también intensificó sus temores por la seguridad de Adam. ¿Si alguien pudo hacerle daño a Amanda de esta manera, de qué serían capaces de hacerle a Adam?

Mientras el humo se espesaba y dificultaba la respiración, ella escudriñó el pasillo. Ahora estaba casi vacío, con sonidos lejanos resonando desde otra parte del edificio. Donde había gente, Adam tenía que estar entre ellos. A pesar de su repulsión por la muerte de Amanda, encontrar a Adam era lo único que tenía en mente.

Se movió, sintiendo que estaba a punto de estallar de la ansiedad. No dejaría que el ruido de la gente a lo lejos la detuviera. Por mucho que quisiera a Amanda, ahora estaba muerta y Leah no tenía tiempo para llorar. Tenía que ir a buscar a su hijo.

—Tengo que irme —anunció Leah, apartándose ya de la desoladora escena que tenía delante.

—Me quedo con él —dijo Yasmeen, agachándose junto a John y colocando una mano en su hombro grande y tembloroso.

Leah asintió, comprendiendo que tendría que recorrer este camino sola. Sabiendo que siempre le había correspondido a ella recuperar a Adam, cuya seguridad había dado por sentada.

Con la voz quebrada y los labios partidos, pronunció: —Gracias.

Yasmeen y John levantaron la vista, confundidos.

—A ustedes, a los dos, gracias. —Se agachó, negándose a tocar la carne carbonizada de su mejor amiga, sabiendo que ese cuerpo ya no era su amiga. Esa persona, que era Amanda, se había ido. Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero se las secó. Ya habría

tiempo para llorar más tarde, pero en ese momento, tenía que ocuparse de lo que sucedía. Y eso era encontrar a Adam.

—No se queden aquí más tiempo. Salgan antes de que sea demasiado tarde. El humo ya es demasiado peligroso.

Leah se puso de pie y asintió brevemente antes de darse la vuelta y apresurarse por los pasillos llenos de humo hacia el vestíbulo, atraída por las voces de las últimas personas que quedaban dentro del edificio.

Cubriéndose la boca para no ahogarse con el humo, se mezcló entre la gente, intentando parecer que pertenecía al lugar, cambiando su comportamiento para ajustarse a lo que percibía como la forma de ser de los De Cree. Actuando más como Amanda que como ella misma.

—¿Y dónde está Malcolm en todo esto? —le gritó Leah a una mujer que sujetaba con fuerza a un niño en sus brazos.

—No lo sé. —La mujer sollozó, su cuerpo temblaba mientras abrazaba a su bebé con fuerza contra el pecho. Tenía los ojos rojos e hinchados, irritados por el humo que llenaba el aire.

A medida que se acercaban al vestíbulo, el humo se disipó, revelando el camino que tenían por delante. Leah avanzó a trompicones, respirando con jadeos rápidos mientras luchaba contra el pánico que crecía en su pecho.

—Parece extraño que haya desaparecido cuando más lo necesitamos.

Cuando el humo se disipó, la mujer por fin tuvo una visión clara de Leah y la miró con expresión perpleja por primera vez.

—¿La conozco?

—Soy Sarah —dijo Leah, escogiendo el primer nombre que se le vino a la cabeza.

—¿Sarah? ¿Sarah Gobbo? —La mujer casi se detuvo, pero Leah la agarró del brazo y la apresuró por el pasillo, sin molestarse en responder, pero manteniendo la mirada fija al frente.

—Oh, por Dios, lo siento mucho. Me disculpo. No la reconocí —dijo la mujer, luchando por seguir el ritmo de Leah mientras esta tiraba de ella. Leah aminoró la marcha, permitiendo que la mujer las guiara a su destino.

—Llegué después del fallecimiento de su esposo —bajó la vista hacia el bebé inquieto en sus brazos e inmediatamente empezó a hacerle ruidos tranquilizadores para calmarlo—, cuando usted entró en luto. Discúlpeme por no haberla reconocido.

Leah asintió, dibujando una sonrisa falsa en su rostro. ¿Sarah Gobbo? ¿Era pariente de Malcolm Gobbo? Rezó en silencio para que, quienquiera que fuese Sarah Gobbo, no se toparan con ella.

—Sabe que Malcolm la está buscando —dijo mientras doblaban la esquina. El sonido de múltiples voces se hizo más fuerte, indicando un grupo más grande de personas más adelante. El humo, aunque todavía presente y espesándose por momentos, no era tan sofocante como en los pasillos que habían dejado atrás.

—¿En serio? ¿Por qué? —preguntó Leah, pasando un brazo reconfortante alrededor de la mujer mientras caminaban más rápido hacia el ruido que se aproximaba.

—A mi hermana, a quien seguimos hasta aquí, la enviaron a buscarla. Malcolm quería que usted y sus hijos fueran a sus habitaciones de inmediato. Era importante. Probablemente se trataba del festín de esta noche, que obviamente ahora está cancelado. —dijo mientras estiraba el cuello para ver por encima de la multitud que aparecía, buscando un rostro familiar.

Leah mantuvo la cara agachada e intentó mantener la calma, permitiendo que su mente procesara cada palabra que la mujer decía. ¿Quién era esta Sarah Gobbo? En todo el tiempo que pasó en el complejo de los De Cree, buscando formas de entrar, y las incontables horas que pasó esperando a que Adam saliera al patio de juegos infantil, no había visto ni oído hablar de esta misteriosa Sarah ni de sus hijos.

Impulsando a la mujer con el niño hacia adelante, irrumpieron en el área del vestíbulo y se vieron envueltas en el caos de la multitud.

En medio del caos, se oían gritos sobre helicópteros y soldados, junto con conversaciones en voz baja sobre alguien a quien le habían disparado.

Leah escudriñó la sala abarrotada en busca de alguna señal de Kai o Chris, pero no reconoció el rostro de nadie. Extendió la mano y

apretó suavemente el brazo de la mujer que estaba a su lado, dedicándole una cálida sonrisa.

—Saque a su bebé y a usted misma de aquí —le instó con sinceridad. Los ojos de la mujer mostraban una amabilidad genuina que le recordó a Amanda y a John y lo felices que eran aquí en el recinto, esperando ansiosamente la llegada de su nuevo bebé—. Haga lo que haga, no le diga a nadie que es de aquí. Que es un miembro.

La expresión de la mujer era una mezcla de asombro y confusión mientras miraba a Leah, intentando hablar pero sin encontrar las palabras adecuadas.

—Confíe en mí, váyase de este lugar y nunca le mencione a nadie que fue parte de él —dijo Leah con firmeza antes de darse la vuelta y abrirse paso entre la multitud, dejando a la mujer con la boca abierta por la sorpresa.

El llanto de un recién nacido perforó el aire, y ella se quedó helada, escudriñando todo a su alrededor y por encima de ella. Había un segundo piso con medias paredes, y miró hacia arriba, casi esperando ver a alguien con el bebé de Amanda, pero solo había un hombre de pie en el borde, agarrando la mano de un niño a su lado. El hombre levantó al niño y lo abrazó con fuerza.

A Leah se le cortó la respiración.

Era Malcom Gobbo, y sostenía a Adam.

—¡Adam! —Sus ojos se clavaron en él, sus pensamientos acelerándose mientras elaboraba una estrategia para alcanzarlo.

El sonido de la voz de Leah, fuerte y urgente, se abrió paso entre el murmullo de la multitud. Las cabezas se giraron para ver quién era, sus rostros llenos de curiosidad y preocupación. En los brazos de Malcolm, Adam estiró el cuello para ver quién lo llamaba a gritos y sus ojos se abrieron de par en par al reconocer a su madre.

—¡Mamá! —gritó, retorciéndose para liberarse del agarre de Malcolm.

Leah vio la escalera que se alzaba en el centro de la sala, su camino en espiral conducía al segundo piso, donde se encontraban Malcolm y Adam. Era extraña y fuera de lugar, parecía un vórtice sin barandillas ni barrotes para evitar que alguien se cayera, y había

espacios entre cada escalón, obligando a cualquiera que caminara sobre ellos a moverse lentamente y con precaución.

Leah calculó mentalmente cuánto tiempo tenía para llegar a lo alto de la escalera antes de que Malcolm se fuera, sin perder de vista a Adam en ningún momento.

La cacofonía de ruido que la rodeaba se hizo más fuerte con las pisadas y voces de hombres que se acercaban. Pero su atención se centró en una sola figura, Malcolm Gobbo, que le sonreía con aire de suficiencia desde arriba con su hijo en brazos. Se apoyó contra la pared, con los ojos fijos en ella mientras le susurraba algo a Adam, asintiendo y saludándola con la mano.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Estoy aquí!

Podía oír la emoción y la felicidad en su voz mientras la llamaba, claramente encantado de verla.

—Estoy aquí, mi amor. Justo aquí. —Se apresuró hacia la escalera, sus manos buscando una barandilla que no estaba allí. Su mirada permaneció fija en Adam y Malcolm, cuyo rostro mostraba una sonrisa escalofriante mientras la miraba desde arriba. Colocó al niño sobre su cadera como si fueran viejos conocidos, pero Adam se retorció para liberarse.

—¡Quiero a mi mamá!

Con sus pequeñas manos, Adam intentó empujar el pecho de Malcolm, pero Adam no era rival para la fuerza de Malcolm. A pesar de sus intentos por liberarse, Malcolm lo sostuvo en sus brazos e incluso saludó a Leah con una mano mientras lo hacía.

—Vaya, vaya, ¿no es la escurridiza Leah Hollen? Qué placer conocerla por fin —dijo, inclinándose peligrosamente sobre la pared, sosteniendo a Adam, que se retorcía en sus brazos.

El corazón de Leah latía con fuerza por el miedo mientras veía a Adam tambalearse en el borde de la pared, peligrosamente cerca del espacio abierto de abajo.

—¡Bájelo! —Cada nervio de su cuerpo le gritaba a Malcolm que retrocediera.

Su pie subió tentativamente por la escalera de caracol, pero sabía que no podía seguir a ciegas sin mirar lo que hacía.

¿Quién diablos construía escaleras sin barandillas en estos tiempos?

—Señora Hollen, es hora de que tengamos una presentación adecuada. He estado esperando este momento —dijo Malcolm con suavidad mientras se volvía hacia Adam. Con facilidad, levantó a Adam y lo sentó en lo alto de la pared, dándole una vista panorámica del vestíbulo de abajo.

Los oídos de Leah se llenaron de gritos y jadeos superpuestos mientras observaba a Malcolm levantar a Adam y colocarlo en lo alto de la media pared. El niño se inquietó en su agarre, agitando las manos en busca de apoyo, mientras la multitud de abajo estallaba en caos.

—¡NO!

Leah subió corriendo las escaleras, olvidando cualquier pensamiento de caerse mientras intentaba llegar a la cima de una pieza. Su pie se resbaló y se atoró entre dos escalones, lo que la hizo tropezar y golpearse la pierna contra el afilado borde de metal. Soltó un grito de dolor y se agarró la pierna herida mientras miraba a Adam, que la llamaba.

—¡Mamá!

El corazón de Leah se oprimió en su pecho mientras veía a su hijo inclinarse hacia adelante, estirando los brazos hacia el aire, y empezar a caer hacia la nada. Gritó de horror cuando Malcolm, con un rápido movimiento, agarró a Adam por la parte de atrás de la camiseta y lo puso a salvo. Sin embargo, no lo bajó de la pared.

—¡No se mueva! —le gritó uno de los soldados a Malcolm—. ¡Está rodeado!

Presa del pánico, Leah vio a varios soldados posicionados a ambos lados del pasillo, con sus armas apuntando a Malcolm y Adam.

—¡No disparen, tiene a mi hijo! —gritó, luchando por ponerse de pie y subir las escaleras. Su pierna le gritaba de dolor, pero lo ignoró, usando las manos para equilibrarse, y comenzó a gatear hacia arriba.

Hubo un murmullo de palabras y creyó oír a alguien pronunciar su nombre, pero solo podía pensar en llegar hasta Adam.

Con un gruñido, llegó a la cima y se irguió, con la pierna palpitante y la sangre goteando de la herida. Adam intentó bajar de la pared, pero Malcolm lo agarró y lo usó como escudo contra los soldados que les apuntaban con sus armas.

Caminó cojeando hacia su pequeño, sin prestar atención a los gritos de los soldados y la conmoción de abajo. Su único objetivo era su hijo, encaramado en la pared con una peligrosa caída a un suelo de concreto, y Malcolm Gobbo usando a su bebé como escudo humano contra las armas que le apuntaban.

Avanzó cojeando, decidida a alcanzar a su hijo a pesar de todo lo que la rodeaba. Se negó a esperar que alguien más lo salvara. Era su hijo, y no permanecería de brazos cruzados por más tiempo. Sus pasos se acercaban cada vez más mientras Malcolm luchaba por sujetar a Adam, que se retorcía y peleaba por liberarse de su agarre. Pero Malcolm lo sujetó con fuerza, sin querer soltar al niño que tenía en sus brazos.

—Mamá —la llamó—. Mamá. —Extendió sus diminutos brazos, buscándola mientras su cuerpo se inclinaba hacia adelante, alejándose del borde. Sin dudarlo, ella corrió hacia él, sin importarle las armas, ni Malcom, ni las voces de abajo que la instaban a detenerse. Corrió con cada gramo de fuerza que tenía. El dolor en su pierna quedó olvidado, todos los sonidos desaparecieron, todos los pensamientos excepto Adam extendiendo los brazos hacia ella y la determinación de que nunca más lo decepcionaría. Iba a recuperar a su hijo, y lo iba a recuperar ahora mismo.

Leah chocó contra Malcolm, tomándolo por sorpresa. Sobresaltado, soltó a Adam y trastabilló hacia atrás. El sonido de los disparos retumbó en el aire mientras Leah veía a Adam caer hacia atrás. Sus brazos se agitaron salvajemente en un intento inútil por recuperar el equilibrio. El grito espeluznante de Leah perforó el aire mientras se lanzaba hacia él, agarrando su camiseta de rayas y tirando de él hacia ella, rodeándolo con fuerza con sus brazos.

Lo aferró, sujetándolo como si su vida dependiera de ello. Lo besó con fiereza, pasando las manos por su cabello y tocando cada parte de él, asegurándose de que realmente estaba allí e ileso.

Mientras las lágrimas corrían por el rostro del niño, sintió que sus propios ojos también se llenaban de lágrimas. Sus piernas temblaron bajo ella mientras el mundo parecía girar sin control. El tiempo se detuvo para ella mientras se desplomaba de rodillas, abrazando a su hijo, a su niño, a su Adam. Inclinó la cabeza hacia atrás, sintiendo que un peso se le quitaba de los hombros mientras gritaba de alivio.

—¡Leah! —El rostro de Kai era una mezcla de asombro y alivio mientras corría hacia ella, agachándose en el suelo y envolviéndolos a ambos, a ella y a Adam, en un fuerte abrazo.

Leah no pudo evitar notar las manchas de sangre en su ropa, pero apartó ese pensamiento. Solo quería disfrutar del momento e ignorarlo. Los tres estaban juntos, y eso era todo lo que importaba.

—Gracias a Dios. —Su voz temblaba, su cuerpo, como el de ella, agotado por la adrenalina que los había atormentado durante tanto tiempo.

—Tengo a mi hijo. —Leah levantó la vista hacia el rostro de Kai y se apoyó en él. Él asintió, con lágrimas asomando a sus ojos mientras le besaba la parte superior de la cabeza y se inclinaba para besar también la de Adam, apretándolos con fuerza contra él. Intentando recomponerse del abrumador alivio de tenerlos en su abrazo.

Adam levantó la vista con sus grandes ojos color avellana, y ella se rio, sosteniendo a su bebé con fuerza en sus brazos, sin querer soltarlo nunca. Sintió el corazón apretado. Demasiado grande para su pecho mientras sus labios se curvaban en una sonrisa y sus lágrimas se convertían en risa.

—Tengo a mi hijo.

CAPÍTULO 88

Summer

SUMMER ESTIRÓ EL CUELLO para mirar hacia la vasta extensión del cielo nocturno, salpicado de incontables estrellas titilantes. El reconfortante sonido del fuego crepitando frente a ella llenaba el aire de calidez y luz. Al otro lado de la fogata, Meggie Mugs estaba acurrucada sobre el regazo de Lonnie, tranquila y en paz. A pesar de la calma de la noche, Summer no lograba deshacerse de las extrañas sensaciones que había tenido durante todo el día. Una sensación de inquietud se posó sobre ella como una densa neblina, echando sombra sobre una noche que, de otra forma, sería apacible.

—¿Qué te pasa, niña? —le preguntó Lonnie, acariciando la cabeza de Meggie Mugs.

—Solo estoy preocupada. Me pregunto si alguna vez volveremos a ver a los demás —. No podía creer que dijera en voz alta los pensamientos que la atormentaban. Pero era verdad. Los

pensamientos sobre Kai, Chris y el resto del grupo ocupaban su mente todo el tiempo, haciéndola preguntarse si estarían bien.

—Ay, ya, no hablemos así. Pronto estarán de vuelta. Ya verás.

Pero Summer podía notar que Lonnie también estaba preocupada. Tenía que pensar de esa manera. La idea de perder a Kai y Chris era insoportable para Lonnie, por eso se negaba a siquiera considerarlo.

Chris, suspiró Summer. ¿Por qué tenía que ser tan difícil perdonar su traición? ¿Por qué?

Cuando él se fue, rogándole que lo perdonara, sintió que algo dentro de ella se quebraba. Pero no fue la sensación esperada de enojo o dolor. Fue como si una represa se hubiera roto, liberando todas las emociones que había reprimido. Quería perdonarlo y volver a como eran antes. Pero, ¿de verdad podía hacerlo?

La voz de Lonnie flotó en el aire, siempre sintonizada con las emociones de Summer, mientras preguntaba: —¿En qué piensas?

—Es Chris. No sé cómo superar su traición y, aun así, quiero hacerlo —. Ya había dicho las palabras. Ahora tenía que enfrentarlas. —¿Y si no puedo, y nunca vuelvo a verlo?

—Summer. Te voy a decir algo. A veces, el perdón es la única salida, aunque sea lo último que quieras hacer. No borra lo que pasó, pero el perdón puede liberar a una persona. Y a veces esa libertad no es para quien cometió el error, sino para quien otorga el perdón —. Lonnie inclinó la cabeza y se concentró en acariciar el pelaje de Meggie Mugs, aparentemente sumida en una conversación interna de la que Summer no estaba enterada. Soltó un pesado suspiro, como si se rindiera ante el peso de sus pensamientos.

—Tuve un hijo, Christopher. Cuando murió, Kai me culpó a mí por su muerte, y a sí mismo también.

—¿Tuviste un hijo?

Lonnie se levantó, colocando a Meggie Mugs en el suelo.

—Voy a traernos unos hot dogs para asar en el fuego. Esta es una historia que va a tomar su tiempo, y creo que tú y yo necesitamos distraernos de lo que está pasando con los demás.

Summer quedó sentada en un silencio atónito mientras la mujer mayor desaparecía en un instante, solo para reaparecer casi de inmediato con un par de paquetes de salchichas en las manos.

Bajo el tranquilo manto de la noche, el mundo a su alrededor se volvió silencioso. Con el fuego crepitando y el aroma de la madera quemándose en el aire, ensartaron las salchichas en largo palos y las pusieron sobre las llamas para cocinarlas.

El olor a carne cruda chisporroteaba en la fogata, mezclándose con los aromas de los pinos y la tierra húmeda. Cada una de ellas se tomó un momento para escuchar la sinfonía de la naturaleza, desde el suave canto de los grillos hasta el susurro de las últimas hojas aferradas a las ramas. Una sensación de inquietud seguía flotando entre ellas y así seguiría hasta saber que los demás volvían sanos y salvos a Hayden. Pero, por ahora, en este instante, encontraron consuelo y paz en la compañía mutua y la tranquilidad de la noche.

Lonnie se inclinó, acercándose, con la mirada fija en las llamas chispeantes de la fogata. La salchicha en la punta de su palo estaba siendo devorada lentamente por las llamas hambrientas. Summer no se movió ni dijo nada. Solo esperó, con una ansiedad creciente oprimiéndole el pecho.

—Quiero compartir contigo la historia de mi hijo, Christopher Eamon Daxon… Chrissy —empezó Lonnie.

—Todos estos años, Kai me ha culpado a mí y a sí mismo por lo que ocurrió esa noche, y yo también me echo la culpa. Si hubiera convencido a Kai de quedarse. Si hubiera pedido que otra partera atendiera el parto y hubiera elegido quedarme en casa. Eamon y Chrissy estarían aquí.

Una lágrima solitaria rodó por la mejilla de Lonnie, y rápidamente la secó con la mano.

—¿Cómo íbamos a predecir lo que estaba a punto de suceder? Kai era un joven, apenas entrando en sus veintes, y yo quería que viviera su vida, que saliera con amigos y hiciera todas esas cosas propias de los jóvenes. Que experimentara el mundo por su cuenta, no estar siempre pegado a su hermana mayor, a su sobrino pequeño

y a su cuñado. Así que lo dejé ir, y ahora él nunca me va a perdonar por eso.

Los ojos de Summer se llenaron de lágrimas.

—No lo sabía, Lonnie, lo siento mucho.

—¿Cómo podrías haberlo sabido? No me gusta hablar de eso. No significa que no lo tenga siempre aquí —. Se tocó el pecho con la mano—. Dentro de mí. El dolor de su ausencia nunca termina. Siempre voy a llorar a Eamon y a Chrissy, tanto que algunos días me cuesta levantarme de la cama. Pero sigo aquí, respirando, y nada va a cambiar eso, ni siquiera desear volver el tiempo atrás y haberme quedado en casa esa noche. Una de las razones por las que vine a Hayden fue porque necesitaba ayudar a Kai a sanar. Ayudarlo a entender que la vida tiene que continuar. No es traicionar su memoria. Traición es no seguir viviendo.

Tomando una respiración profunda y purificadora, Summer sintió los primeros indicios de dejar ir la culpa que había cargado desde la muerte de Josh.

Asintió, más para sí misma que para Lonnie.

—Creo que entiendo —dijo, sabiendo que su amor por Josh sería eterno, pero que ella estaba aquí, todavía respirando, a punto de tener a su hijo. La vida, como dijo Lonnie, seguía avanzando sin importar nada. Josh jamás querría que Summer dejara de vivir. Por ella y por su hijo.

—¿Entonces crees que debería perdonar a Chris? ¿Eso es lo que intentas decirme también? —preguntó, pensando en la vida que había construido ahí en Hayden con Lonnie, Kai y sí, también Chris. Eran la familia a la que creía que Josh la había llevado. Los que abrazaron a Summer y al bebé como si fueran propios. Una familia que ya le demostró a Summer que harían todo por ella.

—Todas tenemos cosas de las que nos arrepentimos, Summer, todas. Chris se equivocó, pero sabes en tu corazón que es un buen hombre —dijo Lonnie con un leve temblor en la voz apenas perceptible—. Un buen hombre que hizo algo terrible.

Summer no supo cómo responder, sabiendo que sus propios fantasmas seguían sonando en el armario, cuchillo en mano.

—Lo estoy intentando, Lonnie, de verdad lo intento —dijo, en voz baja.

—Siempre es un día a la vez, chica. Siempre —respondió Lonnie.

Se sentaron en contemplación silenciosa, escuchando el reconfortante crujir del fuego. Ese momento de paz compartido solo entre ellas, les brindó un poco de consuelo aunque sus pensamientos estuvieran lejos de ahí.

Summer se frotó el vientre, sintiendo cómo la tensión recorría su abdomen, causándole incomodidad y un poco de náusea. Una sensación de malestar e irritación persistía en su interior, haciéndola preguntarse si sería por los hot dogs que había comido.

—Estoy agotada, Lonnie —dijo mientras arqueaba la espalda para estirarse, el pronunciado bulto de su vientre de embarazada sobresaliendo—. Creo que ya me iré a dormir.

—¿Todo bien?

—Solo estoy cansada, preocupada, ansiosa. Todo lo anterior —respondió.

—¿Quieres algo? ¿Té? Puedo prepararte algo para relajarte y ayudarte a dormir.

—No, creo que solo voy a irme a la cama. He estado sintiéndome rara todo el día. Ya estoy harta.

La cabeza de Lonnie se alzó alarmada, alzando una ceja con curiosidad hacia ella.

—Solo cansada, Lonnie —Summer puso los ojos en blanco, divertida, y se levantó, estirando la espalda adolorida una vez más, su vientre sobresaliendo aún más. De repente un tirón intenso la tomó, más fuerte que nunca. Sintió que algo se retorcía profundamente en su interior, creciendo hasta alcanzar su punto máximo y soltarse con un chasquido distinto.

—Oh —dejó escapar un ruido de sorpresa, llevándose las manos al vientre mientras un torrente de agua caía desde entre sus piernas hasta el suelo seco. Gotas chisporrotearon al salpicar las llamas del fuego.

Miró a Lonnie, atónita.

Reaccionando de inmediato, Lonnie corrió hacia Summer, rodeándola con un brazo y dándole apoyo.

—¿Lonnie? —llamó tímidamente con una voz pequeña, casi infantil. Su rostro delataba su juventud y el miedo a lo que venía.

Lonnie asintió, su expresión serena irradiando calma mientras sujetaba el brazo de Summer, ofreciéndole su hombro y la seguridad de que estaba en buenas manos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas cristalinas, a punto de desbordarse cuando habló.

—Es el momento, chica —dijo Lonnie, con la voz cargada de emoción—. Es momento del bebé.

Los ojos de Summer se abrieron en grande, una mezcla de emoción y temor recorriéndole el cuerpo. No pudo contener los nervios y soltó una ráfaga inesperada de risitas que solo hicieron que le diera aún más risa.

—No mames.

El sudor corría por la frente de Lonnie mientras lo limpiaba con el antebrazo. Sus ojos se posaron en Summer, que jadeaba tratando de respirar y se aferraba a los bordes de la cama, retorciendo las sábanas entre los puños.

—Un empujón más. Ya veo la cabeza —dijo Lonnie animándola, sujetando la rodilla doblada de Summer. Summer dejó escapar un suspiro cansado y cayó sobre la cama, girando la cabeza de un lado al otro en la almohada. Habían pasado horas desde que entraron de junto al fuego y, aunque Lonnie le aseguraba que todo iba perfecto, Summer no podía evitar sentirse atrapada en un infierno interminable de dolor.

Soltó un grito profundo y primitivo mientras se inclinaba hacia adelante y se sujetaba las piernas, usando toda su fuerza para empujar la presión creciente que necesitaba salir.

—¡Ya veo la cabeza, Summer! Ya casi está. Solo un empujón más, chica. Un empujón grande más —la voz de Lonnie estaba llena de emoción al animarla.

Reuniendo todas sus fuerzas, Summer empujó una vez más. Tenía que hacerlo. No había otra opción.

Apretó los dientes y acercó las piernas aún más a su pecho, sintiendo como si se estuviera partiendo en dos. Con el último empujón, dejó escapar un grito gutural que retumbó en toda la habitación. La sensación de algo resbaloso y húmedo saliendo de su cuerpo era tanto un alivio como una fuente de terror. Y así, en un torrente de sangre y fluidos, el bebé nació al mundo.

Ya había salido.

Lonnie trabajaba en silencio mientras cuidaba al bebé. Summer sintió una oleada de alivio inundarla, haciendo que estallara en una risa liberadora al dejarse caer de espaldas sobre las almohadas. Se pasó el brazo por encima de la cabeza, apoyándolo en la frente, abrumada por lo que acababa de hacer.

Lo logré, Josh. Ya está aquí. Nuestro bebé ya llegó.

El cuerpo de Summer le dolía al incorporarse, sobrepasada por la necesidad de ver al pequeño ser que había crecido dentro de ella durante tantos meses. Ese pequeño desconocido era una mezcla de ella y Josh.

Lonnie seguía ocupada atendiendo al bebé y, de repente, a Summer le cayó el veinte de que ninguna de las dos producía sonido alguno.

—¿Está bien?—

El ambiente estaba cargado de silencio mientras Lonnie trabajaba rápido, sus manos concentradas moviéndose con la precisión de quien ha hecho esto muchas veces, aspirando líquido de la boca del bebé. Todo lo que Summer podía ver era a Lonnie frotando una manta contra la espalda del bebé con movimientos enérgicos.

El pánico comenzó a apoderarse de Summer. No podía ver bien al bebé con la manta cubriéndolo, y ya sentía una protección instintiva que nunca antes había conocido en sí misma.

De la nada, un llanto agudo cortó el aire: el inconfundible sonido de un recién nacido.

Aliviada, Summer se recostó otra vez sobre las almohadas, desbordada por la emoción. Lonnie le pasó al bebé, sus pequeñas extremidades agitándose. Sosteniéndolo cerca de su pecho, Lonnie

le frotó suavemente el cuerpo con la toalla mientras él protestaba a todo pulmón.

Estaba mojado y pegajoso, con el cabello rojo adherido a la cabeza. Summer pasó los dedos por los delicados mechones como si fuera una criatura de otro mundo. Extraño. Algo que nunca había visto antes en su vida. Los labios le temblaban, sin poder contener el llanto al mirarlo, una mezcla de asombro y temor llevándola de un extremo al otro.

Ese pequeño ser humano que se retorcía sobre su pecho era suyo. Y empezó a llorar, acunando al bebé y besando la suave cabecita cubierta de vello.

—¿Lonnie?— Summer levantó la mirada, conmovida por su bebé de cabello rojo, húmedo, igual al de Josh.

Inclinándose, Lonnie rodeó a Summer con sus brazos, cuidando no molestar al bebé que tenía en brazos. Apoyó la mejilla en la de Summer y susurró: —Lo hiciste muy bien.—

La criatura hizo un sonido como de maullido y sacó la pequeña lengua rosada, provocando que ambas estallaran en carcajadas.

—Guau. Mira ese cabello—, proclamó Lonnie, limpiándose las lágrimas de los ojos.

—Eso es un regalo de Josh—, dijo Summer, acariciando la cabeza del bebé.

Jalándola hacia un abrazo fuerte, Lonnie rodeó la pequeña figura de Summer y le dio un beso en la mejilla. Secándose más lágrimas, se quedó mirando al niño acurrucado en los brazos de Summer.

La mirada de Summer seguía clavada en el bebé, el corazón doliéndole al ver los ojos inocentes que la miraban. Él soltó un pequeño quejido de protesta, su cabello rojo y brillante arremolinándose alrededor de la cabeza como si fuera un feroz dragón. Sintió un amor y una protección inmensos hacia ese pequeño ser que había capturado su alma, para nunca soltarla.

—Hola, pequeño dragón. Soy tu mamá. ¿Y ves a esta señora aquí? Ella es tu abuela. Nos salvó. La vas a adorar.—

Las lágrimas de Lonnie ya no pudieron contenerse, la boca abierta de sorpresa y emoción. —¿Abuela?— Dijo apenas en un susurro.

—Bueno, ¿no lo eres?— dijo Summer, besando de nuevo la cabeza del bebé, embriagada por su esencia.

—Por supuesto que lo soy.—

Lonnie se subió a la cama justo al lado de Summer y la abrazó, para que ambas pudieran mirar al pequeño ser perfecto que ahora formaba parte de su mundo.

De repente, la música volvió, inundando la mente de Summer con su presencia estruendosa. Una melodía clásica de los setentas empezó a sonar en su cabeza, una tonada nostálgica sobre ver cielos despejados después de días de lluvia y nubes oscuras que desaparecen.

Summer empezó a tararear la melodía, y los oídos de Lonnie se agudizaron al reconocerla. Se unió cantando la letra, y pronto ambas estaban cantando juntas, la mirada fija en el bebé cuyas pestañas temblaban, intentando mantenerse despierto.

—Va a ser un día brillante, brillante y soleado.— Summer pasó su mirada de Lonnie al bebé en sus brazos, luego de vuelta a Lonnie.

—Se llama Sunny.—

—Quieres decir *que se llama* Sunny—, dijo Lonnie con una sonrisa, mientras le frotaba la espalda al bebé que soltó un pequeño bostezo, descansando plácidamente en los brazos de su madre.

Los ojos de Summer se agrandaron de sorpresa al mirar entre las piernas del bebé. Un jadeo de asombro escapó de sus labios.

—Se llama Sunny.— Se rió, dejando caer la cabeza sobre la almohada. —Mi pequeña Sunny Melody.—

CAPÍTULO 89

LONNIE

LONNIE ENTRÓ AL REMOLQUE acogedor para tomar una manta más gruesa y cálida para su preciosa bebé, Sunny. Había pasado la mañana disfrutando de los últimos días cálidos del otoño con Summer y Sunny. Aunque aún hacía un poco de calor afuera, Lonnie no podía evitar preocuparse por la comodidad de su pequeña nieta.

Su nieta.

Un enjambre de mariposas estalló en su estómago. No podía evitar la oleada de alegría que venía con escuchar la palabra —nieta —. El sonido era como una melodía encantadora, igual que su nombre, recorriendo su corazón y dibujando una sonrisa en su rostro. El amor que sentía por esa niña de cabellos cobrizos no tenía límites, era como un océano interminable brillando bajo el sol. Solo podía sentir un amor puro por ese nuevo tesoro en su familia.

Tomó una manta limpia, que olía dulce, del sillón; la había traído después de secarse en el tendedero. A lo lejos, se escuchaba el

sonido de vehículos pasando, pero no le dio mucha importancia.

—¡Lonnie, ven rápido! —La voz de Summer, llena de pánico, rompió la tranquilidad del patio trasero.

Lonnie apretó la manta con fuerza mientras salía corriendo, el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, preocupada de que algo estuviera mal con la bebé. Encontró a Summer parada frente a la cerca, sosteniendo a Sunny pegada a su pecho en una bandolera.

El rugido de un motor se escuchó entre los árboles mientras una camioneta polvorienta rebotaba sobre el camino de grava, levantando nubes de polvo.

La mano de Summer sujetó con fuerza el brazo de Lonnie, y sus miradas se cruzaron en un entendimiento silencioso.

¿Serían ellos?

Lonnie entrecerró los ojos por la luz del sol y se cubrió con la mano para intentar ver quién conducía hacia su remolque.

Los frenos de la camioneta chillaron al detenerse. La mano de Summer apretó aún más el brazo de Lonnie, y ambas se quedaron inmóviles, sin atreverse a moverse. Juntas, aguantaron la respiración mientras esperaban que la puerta de la camioneta se abriera, el miedo y la anticipación revoloteando en sus mentes.

Con un movimiento ágil, Kai bajó del vehículo, alto y delgado, con el cabello largo cayéndole sobre los hombros. Leah lo siguió, sujetando la puerta trasera mientras Adam saltaba emocionado fuera del auto y comenzaba a brincar, saludando con entusiasmo a Lonnie y Summer.

Un suspiro se escapó de los labios de Lonnie, el sonido quedó atrapado entre la admiración y la incredulidad al ver a su hermano. Una oleada de alivio subió dentro de su pecho y amenazó con desbordarse mientras ella brincaba de alegría, saludando a Adam. Sentía el calor del cuerpo de Summer junto a ella, igual de emocionada, ambas saltando al mismo ritmo.

Summer miró a su alrededor, estirando el cuello para buscar a Chris. —¿Dónde está? ¿Por qué Chris no está con ellos? —Sujetó a la bebé más cerca de su pecho para evitar que su cabecita rebotara.

El sonido lejano de otro vehículo se acercaba, y tanto Lonnie como Summer exhalaron aliviadas al ver que otro camión se detenía

detrás de Leah y Kai.

Se abrazaron ansiosas, aguantando la respiración mientras la puerta se abría y John bajaba, su enorme figura ocupando casi toda la entrada. Yasmeen lo seguía, bajando del lado del pasajero.

La voz de Lonnie temblaba de miedo cuando preguntó: —¿Chris? —Sentía que las rodillas le fallaban, mientras Summer, ya con lágrimas en los ojos, la abrazaba por la cintura en busca de apoyo, la bebé entre ambas.

Todos los demás habían regresado, menos Chris.

Las expresiones de Kai y Leah se desmoronaron al ver la reacción de Lonnie y Summer.

Se voltearon para ver qué había captado su atención y vieron a Yasmeen y a John detrás de ellas, con el rostro lleno de preocupación y confusión.

—No, no, no —la voz de Summer temblaba mientras gritaba, —No puede terminar así.

Lonnie la abrazó, pegando su cabeza contra su pecho, sin querer soltarla jamás. El temor se fue colando mientras intentaba apartar todos los pensamientos de que algo le hubiera pasado a Chris. No podía permitir que su mente creyera que podía perder otro gran amor, otra vez.

Los pies de Kai golpeaban el suelo mientras corría hacia ellas, el rostro marcado por la angustia. Con los brazos abiertos, tiró de ambas en un fuerte abrazo, buscando consuelo y seguridad en su contacto. Su agarre era firme, y Lonnie temía desvanecerse entre ellos, como si fuera a derretirse y fundirse en la tierra. No sabía si podría resistir otra pérdida.

—Escúchenme, todo va a estar bien —calmó Kai.

Entre lágrimas, Lonnie escuchó a Kai intentando consolarla con palabras suaves, pero no pudo entender lo que decía. Su abrazo la envolvía, igual que la tristeza que había resurgido en su pecho.

Un gran camión militar verde olivo subió por el camino, su motor rugiendo como una bestia enjaulada. Soldados bajaron del vehículo, dejando mudas a Summer y Lonnie. Sus uniformes impecables y expresiones serias le provocaron escalofríos a Lonnie mientras los veía descender. Sus botas retumbaron contra la tierra apretada. Era

una escena sacada de una película de guerra. Lonnie no podía creer que estaba ocurriendo en su propio patio.

—Soldados —Lonnie empujó a Summer y a la bebé detrás de ella, protegiéndolas de los hombres. No permitiría que nadie le hiciera daño a Summer ni a la bebé. Primero tendrían que pasar sobre ella. Ya había perdido a su esposo, a su hijo y ahora a Chris. No iba a perder también a su hija y a su nietecita.

—Lonnie, no, tranquila, están con nosotros —dijo Kai, intentando calmar el pánico que crecía en Lonnie y Summer. Su voz era suave pero firme, y colocó una mano tranquilizadora sobre sus hombros.

Los soldados no le prestaron atención al grupo mientras se dirigían a la parte trasera del camión y desaparecían de su vista. —Tranquilas, miren, están con nosotros —Kai las tranquilizó, señalando en la dirección hacia la cual apuntaba.

Lonnie sollozó y se limpió la nariz. Summer dio un paso al frente, abrazando al bebé cerca de su pecho, y se paró junto a Lonnie, enlazando su brazo con el de ella. Unidas en su dolor.

Desde la parte trasera de la camioneta, dos soldados regresaron al campo de visión, seguidos por otra pareja que había estado ayudando a una quinta persona. El hombre parecía débil, pero una sonrisa enorme iluminaba su rostro al fijar la mirada en Lonnie y Summer.

—¡Estoy en casa!— exclamó Chris con toda la fuerza que pudo reunir. Apoyado en dos soldados que lo sostenían de los brazos, luchaba por acelerar el paso, sus piernas pesadas y temblorosas.

Lonnie corrió hacia él, el corazón latiendo con más fuerza de lo que jamás había sentido. Se abrazaron con tal intensidad que casi derribaron a Chris. Estaba vivo. Algo malo le había pasado, pero ahora estaba aquí, vivo, y ella no quería soltarlo nunca más.

Chris apretó sus labios contra los de ella con desesperación. Un latigazo de electricidad recorrió el cuerpo de Lonnie, encendiendo cada nervio con una oleada de energía. El calor de su aliento se mezcló con el de ella. Su piel pálida se tiñó de vida, como si el simple roce de sus labios lo sanara. Sostenía a Lonnie con fuerza, saboreándola, perdidos ambos en ese abrazo.

—¿Te quieres casar conmigo?— volvió a besarla, tomando su rostro entre las manos y mirándola a los ojos como si temiera no volver a verla nunca más. —Cásate conmigo.—

El corazón de Lonnie se hinchó de alegría mientras lloraba. Se sentía como si flotara, llena de felicidad y alivio. En ese instante, nada más importaba que tener a Chris vivo y de vuelta, abrazado a ella.

—¡Sí! ¡Sí!— Con un fuerte abrazo, declaró su amor por Chris mientras lo apretaba, sin querer dejar de sentir su cuerpo firme junto al suyo.

Summer se quedó a su lado, observando y asimilando el hecho de que Chris estuviera aquí, todavía con vida. Su cuerpo temblaba por el inmenso alivio. Chris y Lonnie, con otro abrazo intenso, la envolvieron entre sus brazos. Chris apretó la mejilla de Summer contra su pecho mientras le besaba la cabeza una y otra vez, luchando por contener sus propias lágrimas. No podía soltar ni a Summer ni a Lonnie, pero los llantos del bebé lo desconectaron del abrazo. Bajó la mirada al pequeño rostro arrugado de la criatura, que lloraba pidiendo atención.

—Ay, Summer...— dijo Chris, la voz ronca.

—Ella es Sunny Melody Reidar-McCarthy. Quiere saber si puede llamarte papá.—

Las lágrimas corrían por el rostro de Chris mientras sollozaba incontrolablemente. Lonnie intentaba contener sus propias emociones, pero ¿cómo lograrlo, si el hombre que amaba estaba siendo perdonado por la chica que era como una hija para los dos?

Chris se agachó y acarició los diminutos dedos de la bebé. La niña respondió agarrando su dedo con una fuerza sorprendente, negándose a soltarlo.

—Bienvenida al mundo, pequeña Sunny— dijo Chris con la voz quebrada —Tú y yo vamos a ser los mejores amigos.—

KAI

Kai hundió sus pies en la tibia arena, sintiendo cómo se deslizaba entre los dedos mientras se paraba junto a un Chris nervioso. Su hermana, vestida con un vestido vaporoso color champán y mangas al vuelo, caminaba hacia ellos llevando un ramo de flores en tonos de rojo, naranja y amarillo. Los colores reflejaban las hojas otoñales que rodeaban la playa.

Leah y Summer, ambas luciendo vestidos veraniegos en tonos tierra de amarillo mostaza, estaban al otro lado de ellos. La bebé, envuelta bajo el pecho de Summer con un portabebé hecho por Lonnie, combinaba perfectamente con el vestido amarillo de Summer, aunque de un tono más oscuro. La tela de los vestidos se movía suavemente con la brisa, creando un aura de ensueño alrededor de las dos mujeres y el bebé acurrucado entre ellas.

El cabello encendido de Sunny combinaba a la perfección con las flores naranja brillante en los ramos de Leah y Lonnie. Lonnie declaró que Sunny era la flor de Summer, y que todas las flores de la boda, incluyendo los ramos, debían igualar la luz de su nieta.

Adam, vestido igual que Kai y Chris con bermudas beige y camisa de vestir blanca, caminaba descalzo y llevaba en la mano el camión naranja de Chrissy, delante de Lonnie. Al unirse al lado de Kai, Adam recibió una palmadita amistosa en el hombro. El pequeño lo miró hacia arriba con el rostro iluminado de admiración y confianza, algo que Kai prometió nunca perder en los ojos de Adam.

Summer cantó con una voz etérea, algo que nadie sabía que podía hacer. Cantó "Islands in the Stream" con tanta belleza que hizo llorar a Kai, sorprendiéndolo y avergonzándolo por lo mucho que lo conmovía su voz. Esa pequeña dragona llena de vida tenía un talento inmenso que finalmente florecía, liberado de las cadenas de su pasado, ahora que estaba con la familia que siempre le había correspondido.

Su familia.

Al mirar a Leah, con su cabello rubio elegantemente recogido en un chignon bajo y rizos sueltos enmarcando su rostro, no pudo evitar imaginar su futuro juntos. En el fondo, sabía que ella era la mujer con la que debía pasar el resto de su vida, y Adam el hijo que estaba destinado a criar.

A su lado, Chris comenzó a llorar mirando a Lonnie, con el cabello cayendo en rizos sueltos por la espalda y pequeñas flores amarillas, rojas y naranjas entrelazadas. La brisa jugaba con su cabello, haciéndolo bailar mientras caminaba hacia ellos, con Meggie Mugs siguiéndola de cerca. Su rostro se iluminó con una sonrisa que Kai nunca antes había visto en ella, nacida del amor que sentía por Chris.

—Ella es la Madre Naturaleza— susurró Chris y Kai asintió, una sonrisa dibujándose en su rostro al ver el amor innegable que Chris sentía por Lonnie reflejado en su expresión.

Kai tragó saliva al recordar el aterrador momento en que el arma de Malcolm Gobbo se disparó. La bala pasó a centímetros del corazón de Chris, pero de alguna manera falló y atravesó su espalda. Fue un milagro que sobreviviera, y lo cerca que estuvo Chris de no llegar a este día. Fue intervención divina, y Kai se negaba a creer otra cosa. Si los helicópteros con los soldados no hubieran llegado en el momento exacto, este día habría sido un encuentro muy distinto. Pero ya todo había terminado. Malcolm estaba tras las rejas y nunca volvería a ver la luz del día.

Kai respiró hondo, decidido a apartar la oscuridad del pasado y concentrarse en el momento presente. Observó a los asistentes sentados en hileras de sillas plegables de madera, formando un pasillo por el que Lonnie caminaría. Entre ellos estaban Yasmeen y John, con sus rostros tensos mientras intentaban disimular la tormenta interna que aún batallaba dentro de ellos. Un recordatorio de que su pasado seguía presente y latente.

La atención de Kai se dirigió a su hermana, quien caminaba con gracia hacia su futuro esposo y la familia que formarían juntos. Era su día especial, y él estaba decidido a que así se mantuviera. Ella merecía toda la felicidad del mundo. Así que dejó de lado cualquier pensamiento persistente y se dejó envolver por el calor del día soleado, sumándose a la celebración alegre mientras Lonnie Daxon finalmente se unía en matrimonio con Chris Anwir.

LEAH

Leah y Kai descendieron tomados de la mano para encontrarse con John y Yasmeen afuera de su cabaña. Mientras bajaban juntos para despedirse, la risa de Adam proveniente del patio rompió el ambiente solemne.

—John —dijo Kai, extendiendo la mano en señal de despedida. John la aceptó con una sonrisa forzada pero firme. Él y Yasmeen estaban a punto de partir de Lex, y despedirse de Leah y Kai era su última parada antes de irse.

La mayoría de los soldados de De Cree fueron capturados y puestos bajo custodia, salvo un par que logró escapar. Uno de ellos era Tabitha Gobbo, quien, según se creía, había huido con el bebé que arrancó brutalmente del vientre de Amanda Wilder, matándola finalmente con un arma contundente.

Las autoridades insistieron en que el mundo exterior seguía ignorando los eventos catastróficos que ocurrían bajo la barrera invisible que envolvía la Ciudad de Lex durante el brote del virus.

Por supuesto, era una mentira, y los cuatro que estaban juntos en la entrada del terreno de Leah lo sabían. El único virus era Malcolm Gobbo y los De Cree, pero no podían hacer nada al respecto.

Quienes conocían la verdad firmaron un juramento de silencio respecto al alcance de lo ocurrido. Se les informó que funcionarios gubernamentales corruptos habían sido expuestos y capturados. A cambio de indulgencia, junto con algunos miembros de De Cree que también fueron arrestados, los corruptos revelaron todos los niveles de gobierno involucrados con Malcolm Gobbo.

La nueva realidad era que, durante el confinamiento, Malcolm Gobbo y su culto, Los De Cree, se apoderaron de la ciudad provocando un efecto dominó propio de una distopía. No fue sino hasta que un miembro encarcelado de Los De Cree escapó por túneles subterráneos y reveló la verdad sobre lo que sucedía dentro de Lex que enviaron ayuda de inmediato. La recomendación fue

mantener al público en la ignorancia sobre el nivel de corrupción dentro de la organización De Cree y lo fácil que controlaron una ciudad entera, llevándola a la ruina.

Debido a las investigaciones en curso sobre las conexiones de Malcolm Gobbo, las autoridades desplegaron tropas estadounidenses. Muchos de los soldados de los De Cree, que tenían experiencia militar previa, custodiaban el límite del Distrito de Lex bajo las órdenes de Malcolm para evitar que los ciudadanos escaparan.

Los oficiales al mando informaron a los soldados estadounidenses acerca de un culto que había tomado el control de una ciudad, la cual además estaba cerrada por un virus que ya había seguido su curso. Su misión era mantener coherencia en la versión oficial mientras cumplían con sus tareas.

La ciudad emprendería su reconstrucción, y quienes sufrieron las atrocidades dentro del Distrito de Lex recibirían una compensación económica. La mayoría de la gente creyó en la narrativa fabricada que se les presentó. Era más sencillo que enfrentar la dura realidad.

Pero Leah y las otras tres personas con quienes estaba no formaban parte de esa mayoría. Ellos sabían la verdad, igual que Lonnie, Chris y Summer. El único consuelo que les quedaba era saber que Malcolm se pudriría en la cárcel, al igual que sus soldados. ¿Y después de eso, qué más podían hacer?

—¿A dónde irán ahora? —preguntó Leah, ajustándose el suéter contra el cuerpo. Cada vez hacía más frío, con los primeros indicios de que el invierno se acercaba.

—Hay una orden de arresto contra Tabitha Gobbo —dijo John, soltando un profundo suspiro mientras se guardaba las manos en los bolsillos, abrumado por la noticia. Yasmeen notó su angustia y le tomó el brazo.

—No confío en que la encuentren. Todo es una mierda. Todo —murmuró, negando con la cabeza, incapaz aún de procesar todo lo que había perdido—. No voy a dejar que todo quede en manos de las autoridades. Voy a encontrar a mi hijo y a hacer pagar a esa maldita por lo que le hizo a Amanda.

Yasmeen aclaró la garganta con una tos suave.

—Voy a ayudarlo. Conozco a Tabitha mejor que cualquier persona que la esté buscando, incluso más que John. Sé cómo piensa.

Leah entendía las diversas razones tras la disposición de Yasmeen para ayudar a John. En el fondo, sabía que Yasmeen necesitaba redimirse por sus errores pasados, todavía atormentada por las consecuencias de sus actos.

Ayudar a John a encontrar a su hijo perdido era una manera de buscar redención por lo que habían hecho ese día terrible que Leah deseaba olvidar.

Leah también sabía que Yasmeen lloraba por Ben, a pesar de todas las atrocidades que él le había hecho. Había requerido de un valor y una fuerza inconmensurables para apretar el gatillo, todo para salvarle la vida a Leah.

Sin pensarlo dos veces, abrazó a Yasmeen, rodeándola con los brazos en un apretón intenso. Los rizos del cabello de Yasmeen rozaron su nariz y la hicieron cosquillas.

—Gracias —murmuró Leah y sintió cómo el abrazo de Yasmeen se hacía más fuerte a su alrededor. Se aferraron una a la otra por un momento antes de separarse a regañadientes, Yasmeen rápidamente recogiendo sus emociones y recuperando la compostura.

—¿Por dónde vas a empezar? —preguntó Leah, frotándose los ojos con el dorso de la mano, esperando que los días de lágrimas constantes pronto quedaran atrás.

—Antes de Tabitha, hubo otra mujer que debía ser la esposa de Malcolm. Su compañera de cuarto, Sarah. —Y Yasmeen compartió con ellas su conocimiento sobre Sarah Gobbo, la cuñada de Malcolm Gobbo.

Cuando Yasmeen terminó la historia de Sarah Gobbo, Leah comprendió mejor lo valiosa que sería su ayuda para John. Ella tenía un conocimiento íntimo de Tabitha y sus maneras, así como de Malcolm Gobbo y sus tratos con los De Cree.

—Sarah era muy reservada la mayor parte del tiempo, ¿quién podría culparla?, siendo obligada a un matrimonio arreglado con alguien como Malik, pero aparte de mí, Sarah Gobbo sabe cómo funciona Tabitha. Vivió con ella, y una vez me dijo que tuviera

cuidado con Tabitha, que era como un camaleón. Siempre adaptándose a su entorno.

—Escuché su nombre cuando estaba en el complejo, justo antes de encontrar a Adam. Una mujer pensó que yo era ella y dijo que Malcolm quería ver a Sarah.

—Seguro que sí —bufó Yasmeen. El simple sonido del nombre de Malcolm le revolvía el estómago—. Seguro que sí.

—Vamos a encontrar a Sarah, no sé cómo, pero alguien tiene que saber a dónde fue también —John miró a Yasmeen, el agradecimiento claro en sus impactantes ojos azul grisáceos.

—Y hay otra pista que tenemos a nuestro favor —dijo John.

—¿Cuál es? —preguntó Kai.

La ceja de John se arqueó mientras apretaba la mandíbula, decidido—. El bebé es mi hijo —afirmó como si eso estuviera en duda.

Leah y Kai se mostraron confundidos.

—Mis ojos —dijo, como si fuera evidente—. Es un trastorno genético llamado síndrome de Waardenburg. Se transmite por uno de los padres. Mi madre y su madre lo tenían y así sigue. No sabemos si el bebé es niño o niña, pero lo más probable es que él— Hizo una pausa—. Perdón, Amanda estaba convencida de que el bebé era un niño. Daniel. —Hizo una pausa, visiblemente emocionado. Se quedaron en silencio, dándole a John el tiempo que necesitaba para recobrar la calma.

—John y yo vamos a buscar niños nacidos con el síndrome de Waardenburg que tengan la edad del bebé, empezando desde aquí.

—No cualquier bebé nacido recientemente, sino bebés birraciales con síndrome de Waardenburg. Es difícil ocultar a un niño negro con ojos azules como los míos —dijo, su voz haciéndose más fuerte que nunca—. Él... el bebé, podría tener otras características también. Mi abuela tenía una mecha blanca en el cabello y pérdida de audición en el oído derecho. Mi madre y yo no, pero según historias de la familia, algunos sí.

—¿Alguien en tu familia nació y no lo tenía? —preguntó Kai—. Nunca había escuchado de esa condición.

—Lo único que sé es que mi familia es igual que yo. Algunos tienen un ojo azul y otro marrón, y algunos tienen un mechón blanco de cabello, pero la mayoría tiene los ojos como yo. Era simplemente algo que compartíamos. Ni siquiera sabía que era un síndrome hasta que entré al ejército —John miró a Yasmeen, y ambos asintieron, sabiendo que era hora de irse. Habían permanecido más tiempo del que les hubiera gustado.

Leah abrazó a John fuertemente antes de soltarlo a regañadientes, extrañando a Amanda y sintiendo su presencia todavía en él.

—Vas a encontrarlo, John. Lo sé —le dijo, realmente convencida.

—Nunca voy a dejar de intentar encontrarlo. Jamás, no importa cuánto tiempo tome, seguiré buscando. Si es lo último que haga, lo encontraré, y se hará justicia por lo que Tabitha le hizo a mi familia.

Ella observaba a su hijo jugando en el patio. Su pequeña figura saltaba y reía alegre bajo la brillante luz del sol, agitando por encima de su cabeza el camión de juguete de Chrissy mientras jugaba. Una sensación de calidez brotaba desde su pecho, expandiéndose e intensificándose.

John y Yasmeen se habían ido hace horas, dejando a Leah sola por primera vez en mucho tiempo. No tenía preocupaciones en la cabeza, solo la alegría de ver a Adam jugar y de apreciar la bendición que era su hijo.

—Te quiero —susurró, parada en la puerta mientras el viento helado le azotaba la cara. Pensó en el bebé de Amanda, en algún lugar en manos de Tabitha Gobbo, y tembló, sabiendo cuán cerca estuvo de perder a Adam.

Algo había cambiado en Leah. Algo muy dentro de ella emergía, fortaleciéndola más de lo que jamás había estado antes. Una oleada de determinación recorrió su cuerpo, comenzando por los pies, la sangre subiendo y expandiéndose a través de ella, haciéndola sentirse más segura y poderosa. Pisó el deck, el viento

arremolinándose a su alrededor, haciendo que su cabello bailara alrededor de su rostro.

Solo tenía ojos para Adam, su risa sonando como una sinfonía entre el alto pasto amarillo. Mientras el viento lo envolvía, él giraba en círculos, los brazos extendidos y la cabeza echada hacia atrás en un puro abandono. Su voz se elevaba hacia el cielo, cantando de alegría. El sol iluminaba sus rasgos, bañando su cara de un resplandor cálido que parecía encender cada peca y cada hoyuelo, como si fueran estrellas que brillaban incluso de día.

Él era la personificación de la felicidad infantil, esa que al crecer, se olvida. Así que lo observó, su bebé, su niño, su hijo, capturando un destello de esa felicidad despreocupada una vez más.

EPÍLOGO

Adam 2011

SUNNY SE QUITÓ SUS sandalias Prada de cuero marrón y las dejó caer al suelo del jeep, revelando la inscripción en la suela que decía «2011» y otra palabra que Adam no alcanzó a distinguir. Perdió el interés en el descuido con el que Sunny las aventó, sabiendo que los zapatos costaban una pequeña fortuna. Observó a Sunny apoyar sus delgados pies descalzos en el tablero. Ella movió los dedos pintados de sus pies mientras hablaba con su flamante iPhone 4S de Apple.

—Hola, má —dijo, bajándose las gafas de sol para cubrir sus ojos avellana.

A Adam le costó trabajo apartar la atención de la forma en que el vestido de verano se le subió por la pierna mientras ella se recargaba en el asiento del jeep.

—Sí, ya vamos para allá —respondió al teléfono—, próxima parada, Toronto.

Adam podía oír a Summer al otro lado, su voz tan fuerte como siempre, hablando por los codos.

—Mamá te manda saludos, chico —Sunny se giró hacia él, bajándose las gafas y dedicándole una sonrisa cómplice.

—¡Hola, Summer! —exclamó Adam, imaginando a su estrella de rock de bolsillo y supertatuada… ¿tía?

Adam conocía a Summer desde que tenía memoria y creció considerándola una tía. Pero, cuando se trataba de Sunny, lo último que sentía por ella eran sentimientos de primo y, por mucho que debiera sentirse culpable por ello, no lo hacía. Para nada. No estaban emparentados por sangre de ninguna manera, ni siquiera tanto como dos extraños que se cruzan en una calle concurrida.

Concentró su atención en el camino que tenía por delante mientras intentaba ignorar la visión de la delgada y pálida pierna de Sunny, todavía salpicada de pecas, igual que cuando eran niños.

—Mamá, ¿en serio? ¿Rompieron? ¿Qué pasó? Te cansaste de ella. Claro que sí —dijo Sunny al teléfono, su voz teñida de decepción—. Uf, odio cuando dices eso. Suena tan… cruel.

Adam arrugó la cara al volverse hacia ella. Ya podía imaginarse las palabras que habían salido de la boca de Summer.

—Me está poniendo su cara de Adam, mamá —activó el altavoz de su teléfono para que Adam pudiera oír lo que Summer decía.

—Tú te lo buscaste, madre —respondió ella con una fuerte dosis de sarcasmo, poniendo los ojos en blanco detrás de los oscuros cristales de sus gafas—. Anda, dile lo que me dijiste.

—Soy todo oídos —sonrió Adam con aire de suficiencia, sabiendo perfectamente lo que estaba a punto de ocurrir.

A pesar de que la capota del jeep estaba bajada y el viento soplaba a su alrededor, la voz de Summer llegó a través de la llamada telefónica, fuerte y hermosa.

—Adam, uno, dos, tres, ¡dale!

Adam conocía su parte y, en cuanto Summer contó hasta tres, cantó junto a ella a todo pulmón.

Sunny fingió estar molesta mientras echaba la cabeza hacia atrás contra el asiento, pero pronto se les unió mientras cantaban a gritos

el estribillo de la canción que su madre había estado cantando con ellos desde que ambos tenían memoria.

—Y si no puedes estar con quien amas, cariño. Ama a quien está contigo.

Adam golpeó el volante como un tambor y todos estallaron en carcajadas. La voz de Summer era la más fuerte de todas, llegando desde el otro lado. Realmente era más como una hermana mayor para él y eso lo extrañaba, ya que definitivamente no veía a Sunny como una sobrina.

Inmediatamente desterró el pensamiento de su mente y volvió a centrar su atención en el camino que tenía por delante.

—Entonces, ¿eso significa que volviste con los hombres? —preguntó Adam, mientras Sunny le daba un golpe en el brazo.

—¡No la animes, Adam! —gritó ella por encima del viento.

—¿Qué? —rió él—. Es una pregunta honesta.

—Sunny, no le pegues al chico —la reprendió la voz de Summer a través del teléfono—. Para responderte, Adam, soy un espíritu libre. En palabras de la gran Donna Summer, me encanta amarte, nene, y ahora mismo, ese nene se llama David.

—Ay, qué asco, mamá. En serio, demasiada información. Eres una niña —Sunny negó con la cabeza—. Te juro que a veces yo soy la madre.

Podían oír la risa de Summer desde el otro lado; claramente encontraba divertidísima la indignación de su hija.

—Bueno, chicos, tengo que volver al ensayo. Ya me encargué de sus vuelos para el concierto del mes que viene. La abuela, el abuelo, los papás de Adam y las hermanas los van a encontrar en el aeropuerto de Pearson. Les daré los horarios, las habitaciones de hotel, los pases de camerino y todo eso cuando tengamos un poco más de tiempo. Significa mucho que toda la familia esté allí para este.

—No me lo perdería por nada del mundo, Summer —la notable diferencia en su tono conmovió las emociones de Adam.

—¿La vas a cantar, mamá? —preguntó Sunny, su voz sonando lejana. Hubo un momento de silencio al otro lado, y ni Sunny ni

Adam hablaron, esperando pacientemente a que Summer respondiera.

—Sí, mi niña. Será el debut.

—Estoy increíblemente orgullosa de ti —a Sunny le costaba hablar; su amor y admiración por su madre eran evidentes en su voz—. Sé cuánto significa esta canción para ti. Lo profundamente personal que es para ti.

—Es mi canción de amor para él —dijo Summer, con voz sombría —, nuestra historia. Necesitaba guardármela solo para mí por un tiempo, pero ya estoy lista y qué mejor lugar que el Madison Square Garden para liberar a Sunny Melody en el mundo.

—Es una canción preciosa, mamá, papá estaría orgulloso.

—Va a ser un éxito rotundo, Summer —dijo Adam, sabiendo que sería un hit.

Ningún cantautor en la memoria reciente había alcanzado la fama tan rápidamente como Summer Raine. Las entradas para su concierto se agotaron en cuestión de horas. Cada canción que escribía, cada verso que cantaba, se convertía en una sensación instantánea.

Era extraño tener un familiar famoso. Pero cuando pensaba en Summer, para él era solo Summer Reidar, no la superestrella Summer Raine. Una hermana mayor listilla, con demasiados tatuajes, relaciones sin sentido que iban y venían y un amor feroz por su familia.

—Gracias, chicos —dijo—, nada mal para una niña que creció entre la maleza.

—¡Y prosperó en los árboles! —cantaron a la vez Adam y Sunny.

Summer rio entre dientes, y Adam pudo imaginar su rostro en la ciudad de Nueva York, sus pensamientos perdidos en los días en que se enamoró del padre de Sunny. El adolescente que arruinaría la oportunidad de que cualquier otro ocupara su lugar en el corazón de Summer.

—Amén a eso. Llámenme cuando lleguen a salvo a la universidad. Los quiero a los dos —hubo un clic al otro lado de la línea, y se fue.

Sunny apagó su teléfono y lo lanzó al portavasos que había entre ellos.

Se agachó y recogió el libro que había estado leyendo antes de que su madre llamara. La historia la tenía profundamente absorta, y apenas dijo una palabra en todo el viaje. A Adam no le molestaba, estaba acostumbrado. A menudo pasaban horas juntos leyendo, apenas hablando, mientras se perdían en las páginas de una nueva novela.

—¿Qué lees? —preguntó él.

El libro se le resbaló de las manos y cayó en su regazo con un golpe seco. Se subió las gafas más arriba en la cabeza, revelando el color avellana claro de sus ojos.

—Tienes que estar bromeando, ¿verdad? —preguntó, mirándolo como si fuera de otro planeta.

—No leo la mente.

—Por Dios, Adam —levantó el libro, mostrándole la portada con las palabras La Verdadera Historia de Sarah Gobbo, escritas en mayúsculas de color amarillo oscuro.

Adam se apartó, deseando no haber preguntado.

—Oye —le golpeó el brazo de nuevo.

—¿Qué? —dijo, molesto. Lo último de lo que quería hablar era de ese libro.

—Tu madre la va a entrevistar —la voz de Sunny cambió mientras hablaba, dándose cuenta del impacto que el libro podría tener en él.

—Es mi madre. Ya lo sé.

—Es algo bastante importante.

—¿Por qué? Es periodista. Es su trabajo.

—Adam, ya sabes por qué.

Dejó escapar un bufido despectivo, sin querer pensar en el pasado que estaba muerto y enterrado.

—Lo entiendo, ambos perdimos a nuestros papás…

—La secta mató a tu papá. Mi papá estaba en ella. Muy diferente, Sunny.

Sunny se detuvo, su mano aún descansaba en el brazo de él.

Sabían que los adultos estaban ocultando partes de la historia. Adam era un niño pequeño durante todo ese evento, pero no recordaba nada, y eso incluía a su padre. Su padre era un extraño al

que nunca conoció, solo que él era la viva imagen del hombre, y eso era todo lo que necesitaba saber.

Además, tenía un papá a quien amaba, que lo crio y nunca lo trató de forma diferente a sus hermanitas. Kai era su padre en el verdadero sentido de la palabra, e incluso parecerse a Ben Hollen hacía que Adam se sintiera como un traidor hacia Kai.

—Deberíamos llegar a tiempo para esa asamblea a la que quieres ir —dijo Adam, cambiando de tema.

—Genial. No puedo esperar. Todavía no puedo creer que voy a ir a la misma universidad que tú. Puedes enseñarme los alrededores y ayudarme a familiarizarme con todo. Nos vamos a divertir mucho este año. Va a ser increíble.

Sunny se quitó la liga del pelo, pasando los dedos por la espesa masa de rizos en forma de tirabuzón que estallaron alrededor de su cara como rayos de sol. Hebras de luz solar danzaban entre las espirales, proyectando reflejos dorados y sombras sobre sus facciones. Los mechones eran salvajes e indomables, combinando perfectamente con el espíritu libre y la actitud despreocupada de Sunny. Dejó escapar un suspiro de satisfacción mientras se pasaba las manos por su melena rizada, sintiendo la cálida brisa revoloteando a través de ella.

—Eso se siente tan bien —suspiró, quitándose las gafas y lanzándolas al tablero, con los pies arriba de nuevo mientras abría su libro.

—De verdad deberías leer esto. Es una historia tan buena. Según Sarah Gobbo, Malcolm Gobbo la usó como madre sustituta y la coaccionó para que se casara con su hermano Malik Gobbo. Todo porque Malcolm quería asegurarse de tener un heredero. Es tan retorcido. Nadie lo sabía, ni siquiera la esposa de Malcolm. Fue un trato entre los hermanos porque, al parecer, Sarah era la elección original de Malcolm para casarse. En fin, su hermano no podía tener relaciones maritales con ella.

Imitó el gesto de hacer comillas con los dedos al pronunciar las palabras «relaciones maritales».

—Una vez que estuvo embarazada, él sí pudo, pero nunca cuando no lo estaba. Léelo. Es tan loco de creer. No puedo esperar a ver la

entrevista con tu mamá.

—Mmm, me suena un poco a lo de las criadas —Adam puso los ojos en blanco, dejando escapar un suspiro dramático y encendió la radio. Inmediatamente, los sonidos del último éxito de Summer retumbaron por todo el jeep y ambos se unieron, cantando la letra a todo pulmón mientras se dirigían a toda velocidad hacia Toronto.

Se encontraron apretujados en el auditorio abarrotado, justo a tiempo para el primer orador invitado del año escolar. Adam y Sunny habían estado esperando este evento y llegaron temprano, ansiosos por conseguir un buen lugar. Ahora, estaban de pie entre la multitud, esperando que el evento comenzara.

La idea de asistir a la misma escuela que Sunny lo emocionaba. Aunque ella era una estudiante de primer año y él estaba en su tercero, no podía esperar para mostrarle la Universidad de Toronto. Al estar lejos de su ciudad natal, esperaba que Sunny finalmente lo viera de manera diferente, no como un primo mayor y mejor amigo, sino quizás, finalmente, como algo más que eso.

La miró con adoración en sus ojos, una amplia sonrisa extendiéndose por su rostro.

Ella estaba radiante, incapaz de contener su emoción. Llevaba el pelo suelto, y aunque él sabía que era muy largo, las vibrantes hebras cobrizas apenas le rozaban los omóplatos, contenidas por lo apretado de sus rizos.

Rara vez lo llevaba suelto, pero esa noche sí. Enmarcaba su rostro largo y delgado en un halo en forma de diamante, como rayos dorados. Realmente era la esencia de su nombre, y le dolió el corazón por ella mientras escuchaba a uno de los profesores a punto de presentar al orador que todos habían venido a escuchar.

El orador tenía más o menos la edad de Sunny y era originario de los Estados Unidos, pero había crecido en Inglaterra. Estaba causando un gran revuelo en el Reino Unido con un movimiento que estaba ganando impulso en toda Europa.

Recibió una invitación, junto con sus padres, para hablar en la Universidad de Toronto. La multitud bullía de emoción mientras esperaban ansiosamente la aparición del famoso orador. No solo era muy conocido en Europa, sino que también estaba generando expectación en América. De todas las escuelas que podría haber elegido, se decidió por la Universidad de Toronto para estudiar.

—Esto es tan emocionante —dijo Sunny, saltando arriba y abajo, sus rizos rebotando con ella—. Siento que estamos presenciando algo grande. El movimiento está por todo YouTube, ¿sabes? Se trata de nuestra generación. Los millennials, cambiando el mundo. — agarró el brazo de Adam, entrelazándolo con el suyo, y él se rindió a la energía contagiosa de la multitud, uniéndose a su creciente entusiasmo.

Con Sunny en su brazo, y en Toronto con un año completo por delante, lejos de Lex y la familia, este iba a ser el año. El año en que las cosas cambiarían todo entre ellos.

Mientras la multitud se calmaba, todos los ojos estaban puestos en el joven que había subido al podio. Sunny se quedó helada, con la boca abierta de sorpresa. No podía moverse.

Adam vislumbró algo en sus ojos, una mirada que lo inquietó. Brillaban con admiración y deseo, enviando un escalofrío por su espina dorsal.

El orador era alto y desgarbado, con una ligera torpeza en sus movimientos. Su piel de un tono castaño claro parecía brillar bajo la luz suave, y su pelo rizado tenía un único mechón blanco que se arremolinaba contra sus oscuros rizos. Pero fueron sus ojos lo que llamó la atención de Adam. Eran de un intenso tono azul, casi gris, y destacaban vívidamente contra su tez oscura. Casi antinaturalmente, como si perteneciera a una novela de fantasía, no un simple mortal hablando en una universidad ante sus compañeros.

Un fuerte zumbido llenó el auditorio cuando golpeó el micrófono, provocando que emitiera un chillido agudo.

—Probando, probando.

Su voz con acento era sorprendentemente profunda y resonante. Su apariencia no coincidía con el potente sonido que salía de su interior.

Mirando a su derecha, asintió a una pareja que estaba fuera del escenario y que casi con seguridad eran sus padres. El padre parecía ser mucho mayor que la madre, posiblemente incluso su abuelo. Tenía el pelo blanco y corto. Su piel se parecía a la de su hijo, pero era ligeramente más clara.

La madre tenía un bronceado antinaturalmente profundo, como si pasara horas en una cama de bronceado en lugar de bajo el sol. Era alta y esbelta, su postura irradiaba confianza y aplomo.

Una larga cabellera rizada y oscura le caía por la espalda. Llevaba una falda lápiz oscura combinada con una camisa de vestir entallada y se erguía con confianza sobre unos tacones de plataforma, con las manos entrelazadas frente a ella mientras miraba a su hijo con una sonrisa radiante llena de orgullo.

Adam no pudo evitar ver cuánto se parecía a una reina gobernando su reino.

Sunny permanecía hipnotizada, fija en el extraño que tenía delante. Adam no pudo evitar sentir una punzada de celos, una sensación que lo consumió como nunca antes. Su mirada se desvió hacia el inglés, con sus penetrantes ojos azules y su llamativo mechón de pelo blanco.

Sintió un odio instantáneo hacia él.

Saltando arriba y abajo con una excitación incontrolable, Sunny se aferró al brazo de Adam con más fuerza.

—¿De verdad viene aquí este otoño?

—Al parecer —dijo Adam.

La multitud se silenció cuando el joven de los ojos sorprendentes sonrió; una sonrisa que le provocó escalofríos a Adam. Su encantadora sonrisa solo profundizó el resentimiento de Adam.

Una vez más, el orador se inclinó y golpeó el micrófono, captando la atención de la gente.

—¿Mi voz llega a todos? —preguntó con un fuerte acento inglés. Sus ojos azul claro parecieron hacer contacto directo con Adam, pero sabía que todos en la sala estaban pensando lo mismo. La mano de Sunny se apretó alrededor del brazo de Adam mientras escuchaba hablar al hombre, su fascinación crecía con su encantador acento.

La multitud, incluida Sunny, dio un sincero *SÍ.*

Adam estaba asombrado de cómo reaccionaba el público. Saltaban de sus asientos. El orador se inclinó hacia el micrófono con una presencia íntima, como si estuviera hablando con un amante en lugar de con una sala llena de posibles compañeros de clase.

—Gracias a todos por venir. Me gustaría presentarme formalmente ante mis compañeros. Mi nombre es Micah Williams, y estoy aquí para hablar de nuestro futuro.

Acerca de la autora

DEENA THOMSON ESCRIBE FICCIÓN emocionalmente rica sobre el amor, la pérdida y los lazos que nos unen.

Es autora de Fallen Poppies, The Last Boy y All the Summers of You, así como del relato Mary Ellen y la colección de poesía The Other Side of the Rock.

También escribe libros infantiles bajo el nombre de D.C. Thomson.

Deena vive en Ontario, Canadá, rodeada de sus hijos adultos y de su perro apestoso, Gus.

Querido lector,

¡Muchas gracias por acompañarme en este viaje!

Si disfrutaste la aventura, me encantaría que dejaras una reseña para compartir tus pensamientos y ayudar a otros a descubrir esta historia.

Si deseas mantenerte al tanto de mis últimas obras y novedades, no dudes en seguirme en las redes sociales.

https://www.facebook.com/DeenaThomson6/

https://www.instagram.com/deenathomson/

https://www.tiktok.com/@deenathomson

Tu apoyo significa el mundo para mí.

Espero con ilusión poder conectar contigo.

Con cariño

Deena Thomson